

Elizabeth Adler

*El drama de tres destinos
entrelazados en una historia
de intriga y pasión*



*La
Fortuna tiene
Cara de Mujer*

Lectulandia

El drama de tres destinos entrelazados en una historia de intriga y pasión.

Francie Harrison era la hija no deseada de un multimillonario de San Francisco. A los dieciocho años fue repudiada por su cruel padre y forzada a hacer su propio camino.

Annie Aysgarth, una educada joven inglesa, no había sido más que una criada muy conveniente para su padre viudo.

Los dos caminos de estas mujeres tan maltratadas y repudiadas por sus padres se cruzaron por primera vez después del terremoto de San Francisco en 1906.

Sola y desesperada, Francie había sido rescatada de las devastadas calles por un misterioso mandarín chino llamado Lai Tsin. Luego el destino los acercó a Annie y los tres formaron una alianza que les proporcionaría una enorme riqueza y una amistad que perduraría hasta la siguiente generación.

Lectulandia

Elizabeth Adler

La fortuna tiene cara de mujer

ePub r1.0
Titivillus 10.06.18

Título original: *Fortune is a woman*
Elizabeth Adler, 1992
Traducción: Edith Zilli
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*«La fortuna es mujer, y si se desea dominarla,
es necesario conquistarla por la fuerza».*

NICOLAS MAQUIAVELO, El Príncipe, 1513

PRÓLOGO

1937.

Cuando el abuelo de Lysandra, el mandarín Lai Tsin, supo que le quedaba muy poco tiempo de vida, la llevó a visitar Hong Kong. Tenía setenta años o más; era menudo, delgado y muy digno, de piel apergaminada, pómulos altos y ojos almendrados y negros como la laca. Lysandra tenía siete años; el pelo dorado le caía en bucles hasta debajo de los hombros, en mil rizos enérgicos; tenía redondos ojos de zafiro y una delicada y blanca tez, pero no le parecía extraño pertenecerle. Él era su abuelo y ella Lysandra, así de simple.

El viaje desde San Francisco duró seis días en hidroavión, con paradas nocturnas en grandes hoteles de diferentes ciudades; él pasó ese tiempo hablándole de sus negocios y de China, mientras Lysandra escuchaba con interés.

—Soy viejo —dijo, mientras el hidroavión despegaba pesadamente de Manila, para la última etapa del trayecto—. No tendré el honor de conocerte en tu largo viaje por la vida, cuando te hagas mujer. Voy a darte todo lo que puedas desear en esta tierra: riquezas, poder y éxito, con la esperanza de que tu vida sea bendecida por la felicidad. Te lo he dicho todo, Lysandra, con la única excepción de una Verdad. Esta Verdad es mi secreto. Esta Verdad ha sido escrita y guardada bajo llave en la caja fuerte privada de mis oficinas de Hong Kong. Solo debes leerla si te invade la desesperación y el sendero de tu vida parece borroso. Y si llegara ese día, nieta mía, rezo porque me perdones y para que mi Verdad te ayude a elegir el sendero correcto hacia la felicidad.

Lysandra asintió, extrañada; a veces el mandarín la confundía mucho, pero lo amaba tanto que las «verdades» no parecían tan importantes como el hecho de que él la hubiera elegido como compañera.

Cuando llegaron a Hong Kong se dirigieron inmediatamente a la blanca mansión, llena de tesoros, que daba a Repulse Bay, donde les salieron al encuentro muchos sirvientes chinos de pasos suaves, que admiraron con exclamaciones el extraordinario pelo rubio y los ojos azules en la niña, la fragilidad en el anciano.

Después de reconfortarse con un baño y una comida, el mandarín pidió su automóvil, un largo y elegante Rolls Royce verde jade, y fue con Lysandra a la sede principal de Lai Tsin, un alto edificio con columnas que ocupaba toda la manzana comprendida entre las calles Queens y Des Voeux.

Tomando a la niña de la mano, el mandarín le mostró los leones de bronce que flanqueaban la entrada; el magnífico salón de recepción, cuyos muros y suelos estaban recubiertos de mármol de distintos colores; las altas columnas de malaquita; las esculturas de jade, los mosaicos y las tallas. Luego la acompañó a cada una de las

oficinas y le presentó a todos los miembros del personal, desde el más insignificante peón de limpieza al más alto taipán del poderoso imperio Lai Tsin. Lysandra hizo una respetuosa reverencia a cada uno, sin decir nada y escuchando con atención, tal como le había indicado su abuelo.

Al terminar el día, sus ojos estaban turbios de fatiga, pero aún no habían terminado. El mandarín, sin hacer caso de su chófer, llamó a un rickshaw y, seguidos a marcha lenta por el elegante automóvil, fueron traqueteándose por las transitadas calles. El hombre del rickshaw serpenteó como un experto por un laberinto de callejuelas estrechas, hasta llegar a una sucia zona del puerto, dejando al coche más atrás. Por fin, después de un rato que a Lysandra le pareció eterno, se detuvo frente a un ajado cobertizo de madera, techado con metal ondulado. Ella fijó una mirada interrogante en su abuelo, que se había apeado del rickshaw y le tendía la mano.

—Ven, nietecita —dijo serenamente—. Para ver esto te traje hasta aquí. Es el sitio donde se inició la fortuna de Lai Tsin.

Aferrada de su mano, caminó con él hasta la estropeada puerta de madera; notó que, si bien parecía endeble, tenía gruesos goznes metálicos y cerraduras fuertes. La estructura había sido reforzada con ladrillos y reparada con madera nueva; había rejas metálicas terminadas en punta cubriendo las pequeñas ventanas, abiertas a gran altura.

—Solo el fuego podría destruir el *go down* de Lai Tsin —dijo el mandarín, con su voz suave llena de seguridad—, y eso no sucederá jamás.

Lysandra sabía por que estaba convencido de que el viejo depósito no podía quemarse: la adivina a quien consultaba todas las semanas le había dicho, mucho tiempo antes, que habría fuego, pero que nada de lo suyo volvería a sufrir daño.

El mandarín dio dos golpecitos a la puerta de madera. Al cabo de unos segundos se oyó el ruido de fuertes cerrojos descorridos y alguien abrió lentamente. Un sonriente chino, de unos cuarenta años, se inclinó profundamente, invitándolos a entrar.

—Honorable padre, entre usted con su nieta, por favor —dijo en chino.

La cara del mandarín se iluminó con una sonrisa al abrazar al hombre; luego dieron un paso atrás para estudiarse con atención.

—Me alegro de verte —dijo el mandarín. Pero por la tristeza de sus ojos ambos supieron que sería la última vez—. Este es mi hijo, Philip Chen —dijo a Lysandra—. Lo considero hijo mío porque llegó a nuestra casa cuando era aún más pequeño que tú. Era huérfano, todavía joven y sin formación, y pasó a ser como mi propio hijo. Ahora es mi comprador. Él se encarga de todos los negocios de Lai Tsin aquí, en Hong Kong, y es el único hombre del mundo entero en quien confío.

Los ojos azules de Lysandra se agrandaron para mirar con interés a ese hombre, mientras el mandarín la tomaba de la mano para caminar con ella por el largo y estrecho depósito. Sus estantes estaban polvorientos y vacíos, iluminados por una sola bombilla desnuda, que se mecía suavemente en el extremo de un largo cable

flexible. Lysandra miraba nerviosamente a los rincones sombríos; de pronto dio un salto, pues sus ojos se habían encontrado con otros. Pero no era la rata ni el feroz dragón que ella temía, sino un niño chino.

Philip Chen dijo con orgullo:

—Tengo el honor de presentarle a mi hijo Robert, señor.

El muchachito se inclinó profundamente, mientras el anciano lo examinaba.

—Cuando te vi por última vez tenías tres años —observó el mandarín en voz baja—. Ahora ya tienes diez; eres casi un hombre. Tienes frente ancha y ojos firmes. Harás bien en heredar la confianza que hemos depositado en tu padre.

Lysandra lo observó con curiosidad: era menudo y fuerte, de miembros musculosos. Vestía a la manera occidental: pantalones cortos de algodón color crema, camisa blanca y una chaqueta deportiva gris con el distintivo de una escuela. Cuando el mandarín le volvió la espalda, los ojos del niño, medio ocultos tras las gafas redondas de fina montura, se encontraron con los de ella por un largo instante. Luego se inclinó formalmente y giró para seguir a su padre y al anciano hasta la puerta.

—Tenía la esperanza de recibirlo en mi casa —dijo Philip, con tristeza—, pero usted está muy cansado.

—Me basto con verte por estos pocos instantes —replicó Lai Tsin, mientras Philip apoyaba la cabeza en su hombro por un momento, en un abrazo de despedida—. Así puedo darte las gracias por ser un buen hijo. Y pedirte que custodies a la familia de Lai Tsin y a sus negocios, como siempre lo has hecho, aunque yo no esté aquí.

—Tiene usted mi palabra, Honorable padre. —Philip dio un paso atrás, con expresión severa por la tensión que le producía el tener que disimular sus emociones.

—Entonces puedo morir en paz —replicó el mandarín en voz baja. Y tomando a Lysandra de la mano, caminó lentamente hacia el rickshaw que los esperaba.

Mientras viajaban por la estrecha calle, él le pidió que se volviera para mirar el viejo depósito de madera.

—No debemos olvidar jamás nuestros comienzos humildes —le dijo con suavidad—. Si olvidamos podemos creernos demasiado sagaces, demasiado ricos o demasiado importantes. Y eso traería mala *joss*, mala suerte a la familia.

En la mansión de Repulse Bay esperaba a Lysandra un pequeño tesoro de regalos enviados por los muchos asociados comerciales del mandarín. Mientras ella abría los paquetes, entre exclamaciones de alegría por esos collares de perlas perfectas, figurillas de jade de talla exquisita, vestidos de seda y abanicos pintados, él volvió a advertirle:

—Recuerda que esas personas no te hacen regalos porque son tus amigas, sino porque eres una Lai Tsin.

Muchos años después Lysandra tendría motivos para recordar esas palabras.

Al final, mientras el mandarín agonizaba en San Francisco, en un fresco día otoñal, solo permitió la presencia a su lado de Francie, la hermosa mujer occidental a

la que todos conocían como «su concubina». Ella le refrescaba con paños fríos la frente ardiente por la fiebre, le sostenía la mano y murmuraba palabras de consuelo. Él abrió los ojos para mirarla con ternura.

—¿Sabes lo que debes hacer? —susurró.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo sé.

Una expresión de paz apareció en la cara del anciano; un momento después ya no existía.

Los huesos del mandarín Lai Tsin no fueron enviados a China para que, siguiendo la costumbre, fueran sepultados con sus antepasados. En lugar de eso, Francie alquiló un espléndido velero blanco, lo decoró con hermosas colgaduras rojas y, acompañada solo por Lysandra, luciendo hermosas ropas blancas en señal de luto, esparció las cenizas por toda la bahía de San Francisco.

Tal había sido el deseo del mandarín.

PRIMERA PARTE:

Francie y Annie.

Capítulo 1

1937.

Martes, 3 de octubre.

Annie Aysgarth era una mujer baja y regordeta, de grandes y expresivos ojos marrones, brillante pelo color castaño, cortado en un moderno estilo paje, y un entrecejo permanente fruncido. «Está siempre así por tantos años de preocupaciones», solía decir. Tenía cincuenta y siete años y era amiga de Francie Harrison desde hacía casi treinta; sabía de ella todo cuanto se podía saber.

Annie era la propietaria y administradora del lujoso hotel Aysgarth Arms, en la Union Square. Era vivaz como un foxterrier, terca como una mula y blanda de corazón como un helado de crema. Además era presidente de Aysgarth Hotels International, subsidiaria de la Corporación Lai Tsin, con hoteles en seis países. Annie Aysgarth había progresado mucho para ser una muchacha de Yorkshire.

Caminó enérgicamente por los corredores alfombrados de su hotel de San Francisco; echó un vistazo al Salón de las Montañas, revestido de roble, para comprobar que el fuego estuviera encendido en la enorme chimenea isabelina (así debía ser todos los días, tanto en invierno como en verano) y que los camareros estuvieran listos, con sus chaquetas escarlata, para satisfacer a los huéspedes que pidieran coñac o café. Al inspeccionar el bar de malaquita y cromo saludó con la cabeza a los cinco atareados *barmen*, satisfecha al ver que, como de costumbre, estaba lleno de gente joven, rica y elegante. Luego cruzó el opulento comedor, lleno de espejos y dorados, deteniéndose aquí y allá para intercambiar un par de frases amables con algún cliente habitual o para saludar a una cara conocida. Sonrió al oír los susurros familiares: esa debía de ser la famosa Annie Aysgarth, desde luego, pues ese había sido su primer hotel y seguía siendo su favorito. Era muy atractiva y decían que tenía mucho dinero.

Después de tantos años tenía las antenas tan sensibles que habría reparado en una alfombra corrida dos centímetros de su sitio, un cenicero sin vaciar o un huésped que llevara demasiado tiempo esperando. Amaba su hotel; prácticamente lo había construido con sus propias manos, ampliándolo de diez habitaciones a doscientas. Conocía cada centímetro del edificio y su funcionamiento exacto, desde los kilómetros de cables eléctricos a las complejidades de la calefacción de vapor. Habría podido decir con exactitud cuántas sábanas de hilo de Irlanda había en los armarios de ropa blanca de cada piso, cuántos kilos de excelente carne de Chicago había pedido el jefe de cocineros esa semana, cuántos camareros estaban de turno esa noche para el servicio de habitación y los nombres de los huéspedes que llegarían o se marcharían por la mañana.

Había indicado a los trabajadores de la lavandería, que funcionaba en el sótano, qué cantidad exacta de almidón debían utilizar para los manteles de damasco rosado; más de una vez enseñaba a una camarera cómo limpiar debidamente una bañera. Ella había escogido personalmente los colores, las telas y los muebles para cada una de las veinte *suites*; supervisó la decoración de todo el hotel, eligiendo el estilo rural de Inglaterra para los salones públicos y el moderno art deco, con espejos en verde y plata, para el bar. Siempre supervisaba los menús y la compra de los vinos; el café era una mezcla especial, preparada a su gusto. En el Aysgarth Arms nada era dejado al azar ni a cargo de un simple gerente. Annie era adicta a la limpieza y a la buena calidad; administraba su elegante hotel tal como había dirigido la casa de su padre, allá en Yorkshire, durante tantos años malgastados.

Segura ya de que todo estaba en orden, volvió al vestíbulo de mármol y, con una pequeña llave de oro, abrió la puerta del ascensor privado, que parecía una jaula dorada, para subir directamente al apartamento de la azotea. La silenciosa suavidad del ascenso hizo que suspirara de placer, preguntándose por qué la gente predicaba que estaba mal disfrutar del lujo. El aparato se detuvo, la puerta se abrió y Annie se encontró en su propio mundo. Dejando caer la chaqueta de terciopelo en una silla, caminó directamente hacia las ventanas, como siempre.

El apartamento estaba a veinte pisos de altura; los ventanales, abiertos desde el suelo hasta el techo, ocupaban los doce metros de su sala, ofreciendo un mágico panorama de la ciudad por la noche. Aunque abajo rugía el tránsito en las calles, allí arriba todo era silencio; la ciudad se desplegaba ante ella en un millón de chispeantes puntos de luz. Suspiró de satisfacción, feliz porque la vista aún le brindaba la misma emoción que la primera vez. Luego se volvió para mirar a su alrededor, sonriente. Había querido que su hogar fuera completamente distinto a todo lo que conocía; por lo tanto era obra de una famosa decoradora de interiores.

La decoradora era astuta, brillante, triunfadora, delgada y fea. Annie era astuta, brillante, triunfadora y bonita con sus redondeces; ambas se entendieron de inmediato.

—Mírame —exigió Annie, adoptando una dramática pose en el centro de la enorme habitación vacía—. Puedes estar viendo a una aldeana baja, regordeta y madura, de pelo castaño, pero por dentro soy alta, rubia y deslumbrante. Y tengo diez años menos. Para esa mujer debes decorar este apartamento.

La decoradora, riendo, dijo que sabía exactamente lo que deseaba. Luego creó un apartamento blanco y plateado, de seda y satén, laca y cristal, como los decorados de Hollywood. Hizo cubrir el suelo de costoso mármol blanco y aterciopeladas alfombras color crema; de las enormes ventanas pendían cientos de metros de vaporosa tafeta de seda; los muros estaban recubiertos de espejos, e iluminados con apliques de plata trabajada en filigrana; los opulentos sofás eran de brocado blanco; había mesitas de vidrio y lámparas de alabastro, cromo y cristal, con pantallas de seda plisada. El enorme lecho de Annie tenía un dosel de satén color crema y, encima de

todo, una corona de plata. Como decía Annie con cariño, parecía la alcoba de una ramera.

Los armarios y las cómodas, lacados en blanco, estaban salpicados de altos floreros, que ella mantenía llenos de rosas blancas de tallo largo en cualquier estación. La diseñadora había usado cincuenta tonos diferentes de blanco para crear ese efecto, y el apartamento cobijaba a Annie con una sensación de luminosidad, lujo y bienestar, muy lejos del linóleo pardo y las raídas alfombras turcas de su juventud. Ella sabía que, a no ser por el mandarín y por Francie, no habría tenido nada de todo eso. Y por Josh, por supuesto, quien era el origen de todo. Todo se debió al destino, a la casualidad; nada parecía tan lejano como el sitio que había sido su hogar durante los veintiséis primeros años de su vida.

Pero esa noche no pensaba en el pasado ni en el decorado suntuoso o el chispeante panorama nocturno; pensaba en Francie. Se dejó caer en un sofá, con un ejemplar del *San Francisco Chronicle*, para releer la columna de sociedad que ya había visto cinco o seis veces ese día. Se titulaba: MUERTE DE LAI TSIN, EL MANDARÍN.

El Mandarín Lai Tsin, empresario famoso por su misterio, murió ayer a una edad calculada en setenta años, aunque nadie lo sabía con exactitud. Se dice que había nacido en una pequeña aldea a orillas del río Yangtze, en China. Nadie sabe cómo llegó a Estados Unidos, pero desembarcó en San Francisco a fines del siglo pasado e hizo rápidamente fortuna como comerciante, utilizando el antiguo sistema chino de crédito rotativo. Fue su escandalosa relación con Francesca Harrison, hija de Harmon Harrison (millonario de Nob Hill, gran figura de la sociedad de San Francisco y fundador de un banco muy importante) lo que permitió al mandarín acceder a zonas por entonces impenetrables para los chinos. Fue Francie Harrison quien sirvió de fachada para todos los negocios que Lai Tsin hacía aquí, en EE. UU., y también en Hong Kong. Muchos dicen que ella fue la potencia orientadora que convirtió al mandarín en multimillonario.

Lai Tsin fue generoso con su fortuna; creó fundaciones que financiaran escuelas para los niños chinos; ofreció becas en los principales colegios y universidades de la nación; construyó hospitales y orfanatos. Se decía que trataba de compensar las privaciones de su propia niñez y su falta de instrucción. En todo caso, no tuvo éxito, pues ninguno de los colegios a los que él proporcionó fondos le otorgó nunca un título honorario; tampoco participó nunca en las juntas directivas de sus escuelas, orfanatos u hospitales.

El mandarín era un hombre reservado, cuya vida permanecía en secreto, descontando su muy evidente relación con la que llamaban su «concubina». Pero el mayor secreto de todos es, ahora, si la siempre joven y aún hermosa Francesca Harrison heredará su fortuna... y a cuánto asciende.

San Francisco espera, en un expectante silencio, conocer el último episodio en la saga del hombre más rico, misterioso y célebre de la ciudad.

Annie se preguntó si Francie habría leído el artículo y hasta qué punto seguía sufriendo por el chismorreó. Ella no había asistido a los funerales marítimos del mandarín. Aunque lo conocía y lo amaba tanto como Francie, comprendió que su amiga debía cumplir con los últimos deseos del anciano y despedirse de él de un modo íntimo y especial.

Después de arrojar el periódico al suelo, con un gesto de impaciencia, tomó el teléfono para llamar a recepción y ordenó que llevaran hasta la entrada su pequeño Packard verde oscuro. Se echó sobre los hombros el suave abrigo de terciopelo con cuello de piel y, después de guardar el ejemplar del *Chronicle* en el bolsillo, tomó el ascensor para bajar al vestíbulo.

Allí se detuvo para intercambiar unas palabras con el gerente de turno.

—¿Han salido ya el senador Wingate y su esposa? —preguntó con aire indiferente, mientras se ponía los guantes.

—Sí, señora; hace alrededor de media hora.

Ella cruzó las altas puertas de vidrio, saludando al portero, y se instaló tras el volante del pequeño Packard. De una cosa estaba segura: no mencionaría a su amiga Francie que Buck Wingate estaba en la ciudad con Maryanne, su esposa, ni que ambos cenarían con Harry, el odiado hermano de Francie.

Ah Fong, el criado chino que servía a Francie desde hacía más de veinte años, le abrió la puerta y le dijo que Francie estaba arriba, consolando a Lysandra.

—Dile que no tenga prisa. Puedo esperar —dijo Annie, cruzando el vestíbulo hacia la salita de Francie.

Se sirvió una gran copa de coñac y tomó asiento, mirando apreciativamente a su alrededor. En la casa había tres grandes salas de recepción, además de una biblioteca con más de veinte mil volúmenes y el estudio del mandarín, tan desnudo y austero como la celda de un monje. Pero la salita privada de Francie era cómoda y femenina. Las pinturas que había comprado en el mundo entero competían por tener un espacio en las paredes; en una vitrina Sheraton se exhibía una colección de preciosas estatuillas de jade blanco; los libros y las revistas desbordaban los estantes, así como los sillones y las mesas. Había alfombras turcas claras, del Imperio Otomano, y mullidos sofás color ámbar, cubiertos de suaves mantas a cuadros; las gruesas cortinas de seda dorada ocultaban la fría y neblinosa noche de San Francisco.

Al abrirse la puerta levantó una mirada interrogante. Era Francie.

—Lysandra duerme por fin —dijo suspirando—. Lo va a echar de menos, Annie.

—Como todos nosotros —replicó Annie, entristecida—. Y recuerdo a centenares de personas que deben de estarle agradecidas. Fue un gran hombre —arrojó el periódico a Francie—. ¿Leíste esto? Es el *Chronicle*, pero todos dicen lo mismo.

—Lo leí.

Annie la observaba, nerviosa; parecía serena y dueña de sí misma, pero su hermosa cara en forma de corazón había perdido el color. Notó que le temblaba la mano al plegar cuidadosamente el periódico para ponerlo sobre la mesa. Francie era aún tan encantadora como el día en que se conocieron; sus ojos azules, aunque oscurecidos por la tristeza, conservaban la intensidad de zafiro de su juventud. Su pelo era rubio, suave y largo; lo recogía hacia arriba en las sienes, con chispeantes peinetas enjovadas, y enroscado atrás en un moño. El vestido de lana blanca destacaba su figura esbelta y grácil.

—Te convendría tomar un poco de coñac —sugirió Annie, agregando sin rodeos—: Tienes mal aspecto.

Francie se encogió de hombros y rechazando la bebida, se dejó caer en los blandos almohadones del sofá.

—Le pedí que no me dejara su dinero —dijo—. Tengo más que suficiente, además de esta casa y el rancho. Deja muchos legados y una cantidad importante para la familia Chen de Hong Kong: diez millones de dólares. Pero ha dejado la mayor parte a Lysandra. Una fortuna personal de trescientos millones de dólares y una empresa que vale por lo menos tres veces más. —Con aire preocupado, jugueteó con la sarta de enormes perlas que le adornaba el cuello—. La mansión de Repulse Bay, con todos sus tesoros artísticos y sus inapreciables antigüedades, fue donada a Hong Kong para ser convertida en museo de arte, con fondos para futuras adquisiciones. Y la Fundación Mandarín ya es autónoma, por supuesto.

Annie la miro, aturdida.

—No sabía que tuviera tanto dinero. Es decir: sabía que era rico... pero... pero...

—Oh, Annie —exclamó Francie, con los ojos llenos de dolor—, lo triste es que con eso no pudo comprar lo que realmente deseaba. Educación, cultura... y aceptación. Su aprendizaje fue el de la calle; adquirió cultura porque tenía instinto para la belleza. Pero nunca lo aceptaron. Y la culpa fue mía. Si no hubiera sido por mí, por lo menos habría sido admitido entre los de su raza.

—Puede ser, pero la sociedad de San Francisco nunca lo hubiera hecho. Y eso era lo que él deseaba por tu bien.

Francie sacó un pergamino atado con una cinta roja del bonito escritorio estilo imperio que tenía junto a la ventana y lo desenrolló. Annie vio en él el gran sello dorado de Lai Tsin.

—Escribió su testamento en chino —dijo su amiga—. Quiero que escuches lo que dice.

El mandarín había trazado cada fina pincelada de los caracteres chinos con la exquisita precisión de una pintura miniada.

«Dispongo que ningún heredero masculino de la familia Lai Tsin ocupe jamás el puesto más alto de la corporación. En cambio recibirán una compensación en dinero con que iniciar una empresa propia, para que

defiendan sus intereses comerciales y se abran paso en el mundo, como corresponde a los hombres.

»Con el paso de los años he comprobado muchas veces que las mujeres son más dignas que los hombres. Por lo tanto, decreto que las mujeres se hagan cargo siempre de la fortuna familiar de Lai Tsin. Las mujeres Lai Tsin serán tan poderosas como las grandes emperatrices viudas de las dinastías chinas. Pero serán siempre discretas, no permitirán que los Lai Tsin pasen vergüenza y jamás causarán la deshonra de su familia, ni en los negocios ni en la vida personal. Quienes lo hagan serán expulsadas de la familia sin demora, y no se reincorporarán a ella jamás. Por ende, decreto que Lysandra Lai Tsin sea propietaria y taipán de la Corporación Lai Tsin a partir del momento en que cumpla los dieciocho años. Hasta que ella cumpla esa edad, Francesca Harrison administrará la corporación, con poder absoluto y con derecho a decir la última palabra en cualquier decisión importante».

—No está bien cargar a una niña con tanta responsabilidad —exclamó Annie—. Lysandra es todavía una criatura. No sabemos si tendrá tanta fuerza e inteligencia... o si querrá hacerse cargo de la Corporación. Es como si el pasado se repitiera, Francie; será una mujer en un mundo de hombres. Tú sabes mejor que nadie lo difícil que es eso.

Francie cerró los ojos, resistiéndose a recordar.

—Créeme, Annie: yo no quería que Lysandra fuera la heredera de Lai Tsin. Ya sabes: en cuanto los periódicos se enteren la apodarán «La heredera más rica del mundo». ¡La convertirán en objeto de curiosidad! Yo quería que tuviera una niñez normal, que se casara y tuviera hijos... que fuera feliz. Pero esto es lo que quiso el mandarín. Él planeó su destino. Cuando termine sus estudios abandonará San Francisco para ir a Hong Kong. Vivirá con la familia del comprador para aprender cómo se dirige la empresa. Aprenderá a ser taipán de una de las mayores compañías comerciales del mundo.

Annie apretó los labios.

—No puedes permitir que vaya a Hong Kong. Y por otra parte, ¿cuándo vas a decirle la verdad?

Francie, sin responder, se acercó a la ventana y apartó las pesadas cortinas de seda para contemplar la noche. Las luces de San Francisco parpadeaban abajo, entre la bruma, pero ella no las veía; solo veía la cara del mandarín, tendido en su lecho de muerte, pidiéndole que le repitiera su promesa.

—Ni siquiera tú sabes toda la verdad, Annie —dijo lentamente.

Annie se levantó, alisándose la falda sobre las amplias caderas.

—Mira, Francie Harrison —dijo, enfadada—: somos amigas desde hace muchos años y no hay en mi vida un secreto que tú ignores. Y ahora vienes a decirme que me has ocultado cosas. No es que me importe..., pero si se refiere a Lysandra, creo que

tengo derecho a saber.

El delgado pergamino crujió al sacudirlo Francie bajo la nariz de su amiga.

—Sabes todo lo que hay para saber sobre Lysandra. Toma, léelo tú misma.

—No olvides que no sé leer chino. De cualquier modo, no me refería a eso.

—Entonces no hay más que decir. El mandarín orientó nuestras vidas y sabemos que tenía razón. Ahora orientará la de Lysandra. Y mi deber consiste en cuidar de que se haga su voluntad.

Annie se puso su abrigo y se colocó el gran cuello de piel alrededor del cuello.

—No quiero reñir contigo, Francie Harrison, pero no estoy de acuerdo ni lo estaré jamás. Ya me encargaré de que Lysandra sepa donde puede ir cuando las cosas salgan mal: a casa de su madrina, su tía Annie, claro está. —Y marchó hacia la puerta. Ya con el pomo en la mano, vaciló—. Oh, Francie —suspiró, llena de remordimientos—, vine a consolarte y no hago más que ponerte nerviosa. ¿Qué clase de mujer soy?

Francie sonrió entre lágrimas. Se abrazaron.

—La misma de siempre, Annie Aysgarth. Tal como te quiero.

—Pero recuerda que el pasado se acabó, Francie. Es el futuro lo que cuenta.

Francie sacudió la cabeza.

—Para los chinos, el pasado sigue siendo parte de la vida.

—Tanto peor —murmuró Annie Aysgarth por lo bajo, mientras caminaban hacia la puerta.

Francie siguió con la vista las luces traseras del Packard, que desaparecían en la niebla de la noche, Aunque solo eran las nueve, la calle California estaba desierta. Colina arriba se veían luces en la acera, frente a la casa de su infancia. Claro que no era la misma casa; aquella gran mansión había resultado destruida en el gran terremoto de 1906, pero Harry Harrison, su hermano, la reconstruyó inmediatamente. «Para demostrar a San Francisco y a Norteamérica que nada, ni siquiera un acto de Dios, puede derrotar a los Harrison», había dicho. Solo Francie había podido hacer eso.

Miró hacia abajo, hacia las luces difuminadas de San Francisco, pensando en las felices personas que salían a cenar, a bailar o a ver un espectáculo. La soledad la envolvió como la niebla fría y gris, congelándola hasta los huesos; se estremeció. Volvió apresuradamente adentro y arrojó otro leño al fuego; luego se acurrucó en el sofá, envolviéndose en la suave manta a cuadros. El silencio se desplegó alrededor de ella como la bruma; los leños crepitaban; se oía el tictac del reloj, pero no había ningún otro ruido. Se sentía como la última persona sobre la tierra.

Así solía sentirse cuando era niña, sola en su cuarto, en la gran mansión de Nob Hill.

Pasaban lentamente los minutos solitarios; echó un vistazo al reloj de pulsera. Era de oro, sencillo y pequeño; se lo había comprado años atrás Buck Wingate... Y ese era otro nombre del pasado en el que no debía pensar. Pero pensaba. El rostro moreno, delgado y apuesto apareció en su mente con la claridad de una fotografía.

Aunque habían pasado ocho años, aún pensaba en él todos los días y todas las noches. El pequeño retrato de la criatura que él le regalara una Navidad seguía en su mesita de noche, tal como el reloj en su muñeca y la marca del hombre en su cuerpo. Lo amaba sin poder evitarlo, con la esperanza de no verlo nunca más.

¿Acaso no le había dicho el mandarín, antes de morir, que debía dejar todo lo ocurrido atrás y continuar hacia adelante? ¿Que no debía mirar nunca atrás? Agitó la cabeza; era fácil decirlo, pero muy difícil de llevar a la práctica.

Se puso de pie, alisándose el suave vestido blanco en las caderas, y se despezó. Luego volvió a la ventana, inquieta, y apartó las cortinas.

Calle abajo, en la casa de su hermano, había luces en todas las ventanas; una fila de elegantes automóviles, conducidos por chóferes, esperaba afuera. Harry estaba ofreciendo otra de sus famosas fiestas. Francie sabía que, pese a las dificultades financieras de las que hablaban los rumores, no se habría reparado en gastos para alcanzar la perfección exigida por él. La comida habría sido preparada por su cocinero francés; vinos y champañas serían de las mejores cosechas, sin duda; los invernaderos más lujosos habrían sido despojados de sus capullos más escogidos, con los que diez o doce afamados floristas habrían confeccionado ramos deslumbrantes. Los sirvientes lucirían la librea color vino de los Harrison; el mayordomo inglés, que había trabajado para un duque y tenía fama de ser más esnob que el mismo Harry, anunciaría a los invitados a medida que fueran llegando. Habría mujeres de alcurnia, vestidas de satén y encaje por Mainbocher y con joyas de Cartier. Los hombres estarían muy distinguidos, de frac y corbata negra. Y Harry, sin duda, tendría a su lado a la última estrella cinematográfica, llena de esperanzas, que se esforzaría mucho en complacerlo. Porque, pese a sus dos divorcios y a la fama de ser tan machista como su padre, su hermano, con su posición social y sus agotados millones, era aún buen partido.

Cerró las cortinas, pensando amargamente que la oportunidad era perfecta. Casi parecía que estuvieran celebrando el hecho de que, por fin, el mandarín Lai Tsin hubiera muerto y ya no pudiera seguir manchando el apellido de los Harrison.

Capítulo 2

A las once y media Harry Harrison se despidió de 108 invitados a su cena; fue un placer dejar que todos se fueran, exceptuando a Buck Wingate y a Maryanne, su esposa, a quienes acompañó personalmente por la escalinata de mármol hasta su automóvil. Los Wingate eran una antigua familia de California, rica desde hacía décadas gracias a cosas tales como cereales y bienes raíces, ferrocarriles y bancos. Pero Maryanne era de la familia Brattle, vieja estirpe de Filadelfia, de fortuna tan antigua que ya nadie recordaba de dónde había salido. Era dinero que siempre había estado allí.

El padre de Buck estudió en Princeton con el de Harry, y el bufete de Wingate se encargaba de todos sus asuntos legales; Buck y Harry se conocían de toda la vida, aunque no se los pudiera considerar amigos.

Dio un leve beso en la perfumada mejilla de Maryanne, que subía a la limusina, y ella le respondió con esa sonrisa fría que nunca incluía a sus hermosos ojos verdes. El pelo rubio formaba suaves ondas esculpidas; el carmín de sus labios se mantenía brillante y perfecto; no había una sola arruga en la seda azul medianoche de su vestido. Se habría dicho que la velada aún no había comenzado.

Harry sabía que Maryanne Brattle no se había casado con Buck Wingate porque fuera atractivo, simpático y buena persona, además de buen partido; se había casado con él porque tenía los pies bien afianzados en la carrera política. Y ella adoraba la política. Para su familia era el aire y el alimento; los Brattle ocupaban escaños en el Congreso y puestos en el gabinete generación tras generación, aunque ninguno de ellos había alcanzado aún la presidencia. Y en eso consistían las esperanzas de Maryanne con respecto a Buck. Era senador por el estado de California desde hacía doce años y había desempeñado cargos oficiales con dos presidentes republicanos. Ahora oía hablar de él como futuro candidato presidencial. Era exactamente lo que Maryanne había planeado. Había utilizado todo su poder como miembro de una familia con influencia política, así como todas las artimañas a su alcance para conseguir lo que deseaba.

Tenían una casa en la calle K de Georgetown, la mansión familiar de los Wingate en las afueras de Sacramento, un amplio apartamento en Park Avenue y una finca imponente llamada Broadlands, que le había legado su abuelo, en territorio de caza de Nueva Jersey. Tenían dos niños guapos y educados, un establo lleno de caballos pura sangre, cocheras repletas de lujosos coches y hectáreas de prados en los que tomar el té y jugar al *criquet*. Maryanne Brattle Wingate lo tenía todo. Solo existía un hombre que pudiera detener el avance de Buck hacia la Casa Blanca, y ese era Harry Harrison. Maryanne lo sabía y lo odiaba por eso.

—Buenas noches, Harry —dijo fríamente—. No puedo decir que me haya

divertido. Temo que la gente del cine no sabe entablar una conversación. —Echando una mirada maliciosa a la rubia platino, con un ceñido vestido plateado, que lo esperaba en el vestíbulo, agregó—: Aunque Gretchen, supongo, debe tener otras cualidades que la disculpan.

—Greta —corrigió Harry, sonriente. ¡Qué zorra era esa mujer! Pero, había que reconocerlo, era una zorra inteligente. Bastaba con ver cómo había dirigido la carrera de Buck. A él le habría venido bien una esposa como Maryanne, en vez de las dos inútiles con las que se había casado.

—Buenas noches, Harry —dijo Buck, subiendo agradecido a la limusina. Se preguntaba por qué diablos había ido a cenar a casa de Harry Harrison. Él era un hombre ocupado, no disponía de tiempo y Maryanne se encargaba de sus asuntos «sociales», que siempre estaban vinculados con la política, porque no vivían para otra cosa. Mientras se alejaban de la casa fulminó a su esposa con la mirada—. ¿Puedes explicarme por qué vinimos a cenar con Harry? —preguntó, enfadado—. No lo soporto. Y tú lo sabes.

—Ya te lo dije, querido. Su apellido aún tiene mucha importancia en San Francisco. Y a esta cena vinieron hombres de dinero y de mucha influencia.

—Me importan un cuerno Harry y sus hombres de dinero —replicó él con frialdad—. Por favor, no vuelvas a hacerme esto.

—Después de todo, querido, tu bufete aún se ocupa de sus asuntos legales. Me pareció que no era correcto ignorarlo —lo tranquilizo ella—. Pero si tanto te disgusta, no volveremos más.

Al pasar ante la casa de Francesca Harrison ella notó que Buck giraba la cabeza para mirar las ventanas iluminadas, pero no hizo ningún comentario.

Harry agitó la mano en un gesto de saludo y siguió con la vista al coche que se alejaba por la calle California, rumbo al Aysgarth Arms, donde ocupaban la *Suite Real*, porque a Maryanne le parecía de mal gusto ocupar prematuramente la Presidencial. Calle abajo se veían luces en el Fairmont y en el Pacific Union Club. Y también en las ventanas de la única vivienda particular del sector, aparte de la suya: la de su hermana Francie.

Pensó en el artículo que había leído en el *San Francisco Examiner* sobre la muerte del mandarín, donde se especulaba sobre la magnitud de su fortuna. «Lai Tsin era millonario», decía el artículo. Después, naturalmente, se mencionaba el viejo escándalo de Francie y su amante chino. Una vez más, el apellido de los Harrison se veía revolcado por el lodo. Una vez más él tenía ganas de matarla. Pensó amargamente que, si Lai Tsin hubiera planeado destruirlo, no habría podido elegir momento mejor, pues su muerte venía a revivir el viejo escándalo justo cuando Harry necesitaba mantenerse fuera de la atención pública, al menos hasta que hubiera llevado a cabo su golpe con los pozos petrolíferos.

Subió lentamente los peldaños y echó una breve mirada a Greta, la bonita actriz de cine que lo esperaba en el vestíbulo. Ella le sonrió sensualmente, pero él ni siquiera se detuvo.

—Pida a Huffkins que saque el automóvil y lleve a la señorita Wolfe a su hotel —ordenó al mayordomo hablando por encima del hombro, mientras pasaba junto a ella.

La muchacha le miró sin entender; habían pasado juntos tres apasionadas semanas; tenía derecho a esperar, por lo menos, una despedida cortés. Pero cuando él llegó a su estudio y cerró la puerta ya la había olvidado. Greta Wolfe era cosa del pasado.

Harry se hundió en el sillón de piel y apoyó los pies en el doble escritorio de caoba. Ardía de enojo contra Francie y contra Maryanne Brattie Wingate; contra su hermana, por ser una ramera que había arrastrado el apellido por el polvo; contra Maryanne, porque era altanera e inalcanzable. Esa noche le había dejado entrever que aún le llevaba ventaja, pese a los criados de librea, la espléndida cena y las flores suntuosas. Y pese a sus complejas «relaciones».

Harry era un hombre apuesto, alto y de hombros anchos, con barba como su padre. Tenía penetrantes ojos celestes, el pelo rubio oscuro y brillante, aunque la línea del nacimiento empezaba a retroceder, y un calculado encanto social. También resultaba muy atractivo para el sexo opuesto. Pero esa noche Maryanne, sentada a su derecha en el sitio de honor, había ignorado los vinos caros, limitándose a jugar con la deliciosa comida; de vez en cuando condescendía a escuchar al cineasta más importante de Hollywood, Zev Abrams, propietario de los Magic Studios, que trataba de entablar conversación con ella.

En un momento dado volvió su fría mirada verde hacia Harry, diciendo.

—Buck y yo ya no organizamos tantas recepciones. Preferimos las cenas sencillas y las fiestas más íntimas. En nuestra posición parece de mal gusto exhibir riquezas, sobre todo si consideramos que aún tenemos muy cercana esa terrible Depresión.

Y le sonrió con ese aire de superioridad. Maryanne sabía que esa cena despampanante tenía como objetivo impresionarlos a ella, a Buck y a los ricachones que él deseaba convencer para que invirtieran en sus pozos petrolíferos. De ese modo le hacía saber que no se dejaba atrapar. Sabía que él la estaba usando; sin ella no tenía la menor oportunidad de conseguir inversores. Y tenía razón la maldita.

Harry se sirvió un coñac e hizo girar el rico líquido ambarino en la fina copa de Baccarat.

Apoyó la cabeza en la piel fresca del sillón, recordando el horror de la quiebra bursátil que, de la noche a la mañana, había reducido a la mitad lo que le quedaba de sus bienes, para volver a diezmarlos pocos días después. Luego sobrevino la Depresión; la supervivencia de su banco pendía de un hilo. Oh, no había tenido que arrojar por una ventana de Wall Street ni vender manzanas por diez centavos en las aceras. Pero la fortuna de los Harrison ya no existía. Aún ingresaba algo de dinero, gracias a un pequeño golpe de suerte que había tenido años antes y a la astucia con

que lo había aprovechado; pero tal como entraba volvía a perderse en sus diversas empresas tambaleantes. Esta vez eran los pozos de petróleo; llevaba más de un año perforando día y noche, sin resultados. Se le estaban acabando el tiempo y el dinero; necesitaba más. Y ese había sido el motivo de celebrar esa lujosa cena.

Bebía el coñac a grandes tragos, recordando la historia de su abuelo, que acumulaba pepitas de oro en las bóvedas del banco, y pensó amargamente que el viejo comerciante tenía razón. En tiempos difíciles, la única inversión segura era el oro. Pero ahora necesitaba un poco de ayuda. Necesitaba capital para financiar una nueva empresa que buscaba petróleo frente a las costas de California. Había invitado a Buck Wingate para ablandar a los otros financieros, preparándolos para el golpe final. Quería demostrarles que, en realidad, no necesitaba el dinero; solo deseaba incluir a sus amigos en un negocio seguro. Pero Maryanne no le había seguido el juego. Actuaba con fría superioridad, como si no acabara de entender qué estaban haciendo ella y Buck entre esa gente inferior. Maryanne era una zorra. Y él habría querido tener a una como ella.

Se sirvió otro coñac. Necesitaba una alianza, no un matrimonio. Era hora de buscar una mujer con dinero, poder y ambición. Al fin y al cabo, a Buck le iba muy bien así. Y si su esposa resultaba tan fría como Maryanne, él también, como Buck, podía buscar sus placeres en otra parte. Seguramente las mujeres como Maryanne no se molestaban por ese tipo de cosas. Al contrario: probablemente lo prefirieran así, pues se ahorran el problema de soportar a sus esposos cuando tenían tantas cosas importantes que hacer: ocuparse de los niños y de la casa, los criados y los almuerzos de caridad, las modistas, las reuniones políticas y las funciones, las cenas para reunir fondos y toda una serie de acontecimientos sociales en el circuito de Washington. Pero la muy zorra lo había desdeñado durante toda la noche, cuando habría debido mirarlo a los ojos con agradecimiento y decir a todos que invirtieran en sus pozos de petróleo.

Bebió un coñac más, pensando en las mujeres de su vida: una interminable sucesión de amantes y citas de una sola noche, dos esposas inútiles y Francie. Dios, se acordaba como si hubiera ocurrido el día anterior: su padre diciéndole, cuando él era solo un niño, que su hermana estaba loca y que no merecía llevar el apellido Harrison.

Fue en el funeral de su madre cuando cayó en la cuenta de que él era la persona importante. El hijo varón, el heredero. Ella era solo una niña, y, sencillamente, no contaba para nada.

Capítulo 3

Francie no podía dormir. Oyó los coches y las voces de los invitados de Harry al retirarse. El silencio se adueñó de la ciudad. Su mente volvió adonde no quería ir.

Su primer recuerdo era de la semana en que nació su hermano. El año, 1891. Tenía tres años. Bajando de su cama, en la habitación infantil del segundo piso, bajó de puntillas las escaleras hasta el descansillo, para ver a qué se debía tanto ruido. El gran salón, con sus paneles de roble oscuro, su cúpula de vidrieras y sus columnas de mármol italiano, estaba iluminado como si fuera de día. Los criados, vestidos con la librea color vino de los Harrison, iban corriendo de la cocina al comedor, llevando bandejas de comida bajo la supervisión de Maitland, el mayordomo inglés.

Aferrada a la barandilla, Francie observó con fascinación un mundo que nunca antes había visto. Desde el comedor le llegaban risas y fragmentos de conversación; oyó la voz atronadora de su padre, que ladraba una orden a Maitland. El mayordomo salió al vestíbulo y, con cara impasible, repitió la orden a uno de los sirvientes; ella se encogió contra un rincón, mientras el hombre pasaba apresuradamente a su lado escaleras arriba.

Pocos minutos después regresaba llevando un bulto bien envuelto. Era su hermano recién nacido, que dormía en una cuna junto a la cama de su madre. A ella solo le habían permitido verlo una vez, por pocos minutos, mientras su padre no estaba. «Porque él tiene miedo a los gérmenes, querida», le había explicado su madre. El sirviente desapareció con el bebé hacia la cocina y Francie se llevó la mano a la cara, horrorizada. ¿Irían a ponerlo en el horno para servirlo como cena?

Se aferró a la barandilla, aterrada; pocos minutos después Maitland cruzó el vestíbulo llevando una enorme bandeja de plata, cubierta con una gran semiesfera también de plata.

El miedo puso alas a los pies de Francie, que voló por la escalera ricamente alfombrada, tropezando con las barras de bronce, hasta casi aterrizar de bruces en el suelo cubierto de cuadrados blancos y negros. Sintió el mármol frío bajo sus pies descalzos, pero corrió hacia el comedor, cruzando las puertas entreabiertas.

La larga mesa refulgía con la luz de las velas, la plata y el cristal. El vino lucía su rojo del color del rubí en los botellones, y el fragante humo azul de los cigarros formaba guirnalda en el aire. Harmon Harrison, su padre, ocupaba la cabecera. Era alto, con barba y de complexión robusta. Desprendía poder, y la confianza que su riqueza y su posición le daban. Tenía los ojos fijos en Maitland, que llevaba la bandeja hacia él. Dio unos golpecitos a su copa y los veintitrés hombres sentados a la mesa guardaron silencio, obedientes.

—Caballeros —tronó Harmon—, los he invitado esta noche no solo por el placer de su compañía y para discutir sobre cómo dar a San Francisco la gloria que merece,

fortaleciendo sus vínculos con la costa este. ¡No, señores! Ustedes han disfrutado de lo mejor que la casa Harrison puede ofrecer, pero hay algo más que debo mostrarles. Algo especial. —Retirando la silla hacia atrás, se puso de pie y, con un ademán altivo, retiró la cubierta de plata—. Caballeros —dijo, orgulloso—, permítanme presentarles a mi hijo y heredero: Harmon Lloyd Harrison hijo.

El diminuto bebé, sin más ropas que un pañal de algodón, dormía entre helechos verdes, ignorando las risas y los aplausos. Harmon Harrison tomó la bandeja de plata para sostenerla en alto.

—Un brindis por mi hijo, caballeros —pidió.

Y todos bebieron solemnemente a la salud del bebé, con el mejor oporto de reserva.

Francie seguía pasando desapercibida junto a la puerta, mientras la bandeja de plata con su pequeña carga humana pasaba de mano en mano, alrededor de la mesa. El bebé estaba tan quieto y callado como su muñeca de trapo. Un grito salió de la garganta de la niña, que se arrojó súbitamente hacia su padre.

—¡Que no se lo coman, papá, que no se lo coman! —aulló, abrazándose con fuerza a sus piernas.

—¡Francesca!

La honda irritación de la voz paterna convirtió sus gritos en un instantáneo silencio. Con un gesto, Harrison ordenó que se la llevaran. Un sirviente apartó los brazos que ceñían los immaculados pantalones grises del padre.

—Ya me encargaré de ti por la mañana —dijo él en voz baja, en un tono que le heló la sangre.

Se la llevaron. Fue entonces cuando Francie comprendió por primera vez que su padre no la amaba.

Hablar de odio era demasiado para describir la actitud de Harmon Harrison hacia su hija; para él, simplemente, la niña no existía. Era el varón lo que había deseado por encima de todas las cosas; toda su energía, toda su ambición, su fuerza vital entera estaban dedicados a prepararlo para que le sucediera al frente del Banco Mercantil y de Ahorros Harrison, además de la miríada de empresas que alimentaban su lujoso estilo de vida y su fortuna, siempre en constante aumento.

Harmon siempre había asegurado que su padre provenía de antigua sangre nortea, originaría de Filadelfia, y que los antepasados de su madre habían llegado en el *Mayflower*. Nada podía estar más lejos de la verdad. Lloyd Harrison, su padre, provenía realmente del norte, pero era un simple vendedor itinerante, dedicado a ganar dinero rápido cuando y donde pudiera, legalmente o de otro modo, y a complacer a cualquier mujer atractiva que se dejara conquistar por su complexión fuerte y morena o su experimentada conversación.

Lloyd había llegado a San Francisco, pequeña ciudad de tiendas y cobertizos, con veinte mil dólares en el bolsillo, ganados vendiendo armas y municiones a los pobladores del Medio Oeste. No tardó en trasladar su talento a las minas de oro,

donde traficaba con todo, desde tiendas de lonas a picos y palas, velas, té, licores, equipamiento para tabernas, biblias y camas de bronce para los burdeles, A veces le pagaban en efectivo; a veces, en acciones de minas auríferas que aún no tenían valor. Fueron esas acciones las que por fin lo hicieron rico. Dado su carácter cambiante y oportunista, Lloyd no se quedó con esas acciones; cuando se produjo un hallazgo y las acciones pasaron a valer mil dólares cada una, las vendió para comprar bienes raíces, baratas parcelas arenosas que, un año después, se vendían por pequeñas fortunas. Aunque nunca puso el hombro para manejar pico y pala en las minas de oro, todo lo que Lloyd tocaba se convertía en pepitas puras de dieciocho quilates, cómodamente alojadas en las bóvedas del Banco de California.

En dos años era millonario; en cinco, multimillonario; pero todavía prefería la atmósfera ruda de las poblaciones improvisadas junto a las minas a los placeres urbanos de la creciente San Francisco.

Un día se encontró con un cargamento de vestidos lujosos y sombreros de plumas, llegados directamente de París. Como en San Francisco había escasez de mujeres, los llevó al único lugar donde había a un tiempo mujeres y dinero: a los burdeles de Virginia City, una ciudad donde las minas de plata estaban en plena expansión.

Vendió media docena de elegantes vestidos y deliciosas prendas interiores de seda a Bessie Maloney, la opulenta y morena propietaria del burdel Maloney, y esa misma noche, algo más tarde, consumaron la transacción de manera algo más personal. Bessie era una buena mujer y dirigía bien su establecimiento; él había sacado una buena ganancia de su cargamento; para ambos la cosa se redujo a eso. Pero un par de meses después, cuando él volvió a Virginia City, Bessie le dijo que estaba embarazada.

Andaba por los treinta y cuatro años y nunca había tenido hijos; estaba decidida a quedarse con ese. Lloyd se encogió de hombros, le dio dos mil dólares por encima del mostrador y prometió, con aire indiferente, «cuidar de que no le faltara nada». Después no volvió a pensar en el asunto.

Un año después, al volver a Virginia City, se enteró de que Bessie había muerto en el parto; el bebé, un varón, estaba a cargo de las prostitutas. Encontró al niño durmiendo en un moisés, sobre el mostrador de caoba; a su alrededor flotaban nubes de humo azul y lenguaje soez.

Recogió el canasto y se encaminó hacia la puerta.

—Este niño es mío —dijo con firmeza—. Es mi hijo. Me lo llevo a casa.

Pero primero tenía que construir esa casa. Eligió cuidadosamente su parcela, en la cima de la colina California, que estaba entonces casi desierta, y construyó allí la primera de las grandes mansiones. Más adelante la llamarían «Nob Hill», porque los hombres que vivían allí eran como los nababs de Oriente, los hombres más poderosos de San Francisco, más ricos de lo que un avaro pudiera jamás soñar. Gastó más de un millón de dólares en crear un palacio para su hijo y se aseguró de que todo fuera lo

mejor. Mientras lo construían ocupó un apartamento en el lujoso Hotel Oriental, donde dejaba a su hijo al cuidado de tres niñeras, para volver a su viejo territorio de caza: las minas de plata.

La casa, cuando al fin estuvo terminada, ocupaba una manzana entera. Tenía más de sesenta habitaciones, incluyendo una sala de estar con paneles pintados traídos de un castillo francés y un salón de baile con espejos copiados de los de Versalles; los suelos y los cuartos de baño eran de mármol importado de Italia. Había trescientos apliques de plata y cuarenta arañas de cristal traídas de Venecia, así como una enorme cantidad de zócalos de roble y una gran escalera que perteneció antes a una mansión jacobina inglesa. Las altas ventanas estaban cubiertas de satén y terciopelo importado de la Lyon francesa; en los suelos había magníficas alfombras persas. En la parte trasera de la casa, los establos rivalizaban con ella en cuanto a lujo: mamparas de palo de rosa barnizado, adornos de plata, suelos de mosaicos, alfombras de Bruselas y complicadas arañas. La mansión dio mucho que hablar en San Francisco, casi tanto como el exuberante estilo de vida de Lloyd.

Harmon, su hijo, fue criado por niñeras e institutrices; a los siete años ya mandaba a todos como un tirano; su palabra era ley. «Enséñales, hijo», decía el padre, riendo entre dientes, al ver al joven Harmon que daba órdenes a las criadas. «Enséñales quién es el hombre de la casa».

A los diez años Lloyd lo envió al este, a una elegante escuela donde se le enseñaría a comportarse entre hombres. «Hace demasiado tiempo que estás entre mujeres ñoñas», le dijo. Harmon tenía una inteligencia normal; era alto, rubio y guapo; además, disponía de mucho dinero para malgastar. Pronto se hizo de un cortejo de seguidores; así disfrutaba de sus años de escuela y de la nueva compañía masculina. A los dieciocho años fue a Princeton y volvió al hogar a los veintiuno, diplomado y convencido de su propia importancia. Se había convertido en aristócrata de la noche a la mañana.

Por eso fue para él un golpe espantoso que Lloyd, una noche en que estaba afectado por la bebida, le dijera la verdad sobre su madre, Bessie Maloney, la dueña del burdel Maloney. Derrumbado, Harmon escondió el secreto en su corazón; su odio hacia esa «madre» se convirtió en odio abrasador hacia todas las mujeres.

Pese a ser un joven atractivo, Harmon no tuvo muchas aventuras. Prefería la compañía masculina y los deportes; consideraba a las mujeres como una raza secundaria, puesta allí para entretenimiento del hombre, indigna del dinero que era preciso gastar en ella.

Lloyd murió cuando Harmon tenía veintidós años. El hijo se convirtió en el único heredero de una fortuna calculada en más de ochenta y cinco millones de dólares. Enterró a su padre con gran pompa y después ofreció una recepción en la mansión de los Harrison, a la que asistieron todos los notables de San Francisco, la mayoría de los cuales habían hecho fortuna igual que su padre. Después se dedicó a remodelar la imagen familiar, ocultando la reputación alocada de Lloyd y los datos de su propio

nacimiento, y se metió de lleno en la tarea de dirigir los negocios. Hizo ambas cosas tan bien que, diez años después, estaba convertido en un pilar de la sociedad de San Francisco y había triplicado su fortuna. Era discreto en su vida personal y en sus predilecciones sexuales; su vida pública era un modelo de decoro.

Por entonces tenía treinta y dos años y seguía soltero, pero deseaba un hijo varón, el heredero que perpetuara el apellido y las tradiciones de Harrison. Por eso inició la búsqueda de una esposa adecuada.

Conoció a Dolores de Soto en un baile que ofrecían unos vecinos de Nob Hill. Mientras la hacía girar en un vals, con la mano bien pegada a su diminuta cintura y entre el revolotear de su falda blanca, no pensaba tanto en su belleza morena y sus ojos de zafiro como en su estirpe, pues los de Soto eran descendientes de aristócratas españoles y famosos por engendrar hijos varones. Y él, hijo de un vendedor ambulante y una prostituta, quería tener buenos vínculos sociales, además de un hijo varón que lo heredara. Sabía que la familia de Soto había tenido fortuna, pues poseían muchos cientos de hectáreas, pero los malos negocios de varias generaciones habían reducido sus bienes a un pequeño rancho en el valle de Sonoma. Aunque no tuvieran dinero, sus ancestros se remontaban hasta la reina Isabel de España.

Solicitó una entrevista con el padre de Dolores, con quien llegó a un acuerdo y firmó un contrato matrimonial. Los de Soto dejaron el rancho y decidieron mudarse otra vez a México. En cuestión de semanas la muchacha se encontró caminando por el pasillo de la Catedral de Santa María, frente a una multitud de trescientos escogidos invitados, del brazo de Harmon Harrison. En ese momento el padre volvió a ser rico y Dolores se convirtió en un bien mueble que su esposo usaría a voluntad, como seno en el que crecerían sus hijos varones y como presencia en esas ocasiones sociales en que se requiriera una esposa.

Dolores no ignoraba por qué se había casado con ella; al saber que estaba embarazada dio un suspiro de alivio. Harmon la hizo examinar por el mejor médico de San Francisco y vigilaba su salud como un halcón. Pero ella se quedó delgada y débil; sus ojos eran enormes lagunas azules en la cara pálida; el pelo negro perdió su brillo. Pensando que las colinas y la niebla de San Francisco eran peligrosas para las mujeres embarazadas, él la envió al norte, al viejo rancho familiar del valle de Sonoma, y allí la dejó al cuidado de una enfermera. Compró para el rancho vacas Jersey especiales, para que le proporcionaran leche y crema frescas; diariamente hacía que el mejor carnicero de San Francisco le separara excelentes cortes de carne que hacía envolver en hielo y enviaba directamente al rancho; también contrató una cocinera especial para que supervisara la dieta de su esposa y le preparara las comidas.

Por entonces Dolores tenía apenas diecinueve años y se sentía como un ternero premiado, al que se engorda para la matanza. Era una muchacha bien educada, de voz suave y modales tímidos; la frialdad de su esposo le daba miedo; su enojo la aterrorizaba. Cuanto hacía era para complacerlo: el modo en que se peinaba la suave

cabellera negra, recogida en un elegante moño; su manera de vestir, discreta pero cara, tal como correspondía a la mujer de un hombre rico; su comportamiento cuando se presentaba en público con él, sonriente, o cuando supervisaba sus cenas. Pero cuando estaban solos se recluía en sus habitaciones, donde él no la viera. Porque así lo prefería él. Y ella sabía sin lugar a dudas que Harmon se interesaba menos por ella que por sus perros, los grandes daneses *Rey y Príncipe*.

En el séptimo mes de embarazo él la llevó de nuevo a San Francisco, temiendo que el bebé decidiera presentarse antes de tiempo. Dolores, más regordeta y lustrosa, fue instalada en una serie de habitaciones adaptadas de la planta baja, para que no hiciera el esfuerzo de subir la escalera. No se le permitía levantarse de la cama hasta mediodía; todas las tardes, a las tres, la llevaban a dar un breve y tedioso paseo en coche. Se moría de aburrimiento y la aterraba la posibilidad de no dar a su esposo el varón que esperaba con tanta confianza.

No tenía a nadie que oyera sus confidencias; su madre había muerto y no tenía hermanas. Su padre y sus hermanos varones habían usado el dinero del contrato matrimonial para comprar una finca grande en Lago Chápala, de Jalisco, México. Ya no le quedaban amigas propias. La depresión cayó sobre ella como una pesada manta; deseaba que el bebé no naciera jamás y no experimentaba emoción alguna por la criatura. Si era varón sería el hijo de Harmon y poco tendría que ver con ella; si era niña tan solo le acarrearía el odio de su marido. De un modo u otro, ella solo podía perder.

En una lúgubre noche de septiembre, cuando por fin comenzó el parto, Harmon recibió aviso en el Pacific Club, donde cenaba con sus amigos con más frecuencia que en su propia casa, con su esposa. Con la voz estremecida de entusiasmo, prometió a Dolores que todo saldría bien; estaba atendida por los tres mejores médicos de la ciudad; cuando todo acabara le compraría un velero más grande que el de los Vanderbilt. En la primavera, cuando ella estuviera mejor y el bebé estuviera lo bastante crecido como para dejarlo en casa, viajarían de vacaciones a Europa. Le prometió comprarle vestidos y pieles en Worth de París, una tiara de diamantes en la joyería real de Londres, un palacio en Venecia, todo lo que ella quisiera. Pero sus ojos celestes la miraban con dureza.

—Cuando tenga a mi hijo —agregó con una sonrisa. Luego le dio una palmadita en la mano y la dejó a cargo de los tres eminentes médicos.

El parto duró treinta y seis torturantes horas. Cuando la criatura nació por fin, los médicos intercambiaron una mirada y movieron la cabeza con aire grave. Se decidió que el de más edad se encargara de dar la noticia al esposo.

—Me temo que es una niña, señor —dijo el canoso doctor Benson, pensando que, por primera vez en su larga carrera, se disculpaba por el nacimiento de un bebé.

Harmon no dijo nada. Se acercó a la ventana para contemplar silenciosamente la mansión de enfrente. Al cabo de un rato dijo:

—¿En cuánto tiempo podrá...?

Recordando su promesa de llevar a su esposa a Europa, el médico dijo:

—¿Que cuándo podrá viajar, dice usted? Bueno, lo ha pasado mal. Dentro de cuatro o cinco meses, digamos.

—No, grandísimo idiota —gruñó Harmon, apartándose de la ventana para erguirse ante él, arrogante—. Quiero saber cuándo podrá volver a concebir.

El médico lo miró a los ojos y dijo, fríamente:

—Su esposa acaba de dar a luz, señor Harrison. Y aunque usted no pregunta por ella, está exhausta y dolorida. Le quedan muchos años para tener hijos. Ya tendrá usted su varón. Mientras tanto convendría que observara una conducta algo más decorosa.

Harmon se encogió de hombros.

—Lo siento, doctor, pero para mí es muy importante tener un hijo varón.

—Espero que también lo sea tener una hija.

Harmon no fue a verla. Dolores quería morirse. Se le secó la leche y hubo que llamar apresuradamente a una nodriza. Cuando le llevaban a la criatura, Dolores volvía la cara hacia la pared; la niña era el símbolo viviente de su fracaso.

Tres días después Harmon llamó a su puerta. No le llevaba ningún regalo, ni siquiera flores. Se acercó a la cama y la miró con frialdad.

—Estás pálida —observó—. Creo que, cuando estés lo bastante repuesta, deberías volver al rancho. Allí podrás recuperar tus fuerzas.

La joven pellizcó nerviosamente la sábana de hilo y asintió sin decir nada.

Él agregó:

—Tanto tu familia como la mía son famosas por tener hijos varones. No importa que el primero haya sido niña. El próximo será varón.

Ella preguntó, vacilante.

—¿No quieres verla?

Él apenas echó una mirada al bulto envuelto en telas rosadas que la niñera le presentaba.

—Me gustaría que se llamara Francesca —dijo Dolores—, como mi madre. Claro que, si tú prefieres ponerle el nombre de tu madre...

—Francesca es un nombre adecuado —replicó él, alejándose hacia la puerta—. Pero el bautismo se hará en privado.

Dolores asintió. No habría grandes celebraciones por el nacimiento de esa niña. Para seguir viviendo como esposa de Harrison debía proporcionarle un hijo varón. Y él era un hombre muy impaciente.

Harmon envió a Dolores y al bebé al rancho. Luego consultó a otro médico para saber cuándo podía reestablecer las relaciones conyugales, teniendo en cuenta el estado frágil de Dolores y su urgente deseo de un varón. En los seis meses de espera indicados por el facultativo, nunca visitó a su esposa y a su hija, pero el mismo día en

que acabó la abstinencia forzada mandó que volvieran a San Francisco.

Cuando el carruaje se alejaba del rancho Dolores miró hacia atrás con tristeza. Era una sencilla estructura de madera construida en un repliegue de las colinas, con buenos pastos, cercas de madera y altos álamos susurrantes, pero se parecía más a un hogar que la gran mansión de Nob Hill. Allí encontraba simples comodidades en vez de grandes lujos, y paz mental en vez del perpetuo miedo a su marido. Además, allí había aprendido a conocer a su bebé.

A Francesca le sentaba bien el aire fresco del campo; a los seis meses era una pequeña robusta, de mejillas rosadas, con el pelo rubio de su padre y los ojos color zafiro de Dolores, chispeantes de inteligencia y felicidad. La madre temía retornar a esa casa enorme, demasiado lujosa; habría querido quedarse con ella en el rancho, para siempre. Además, sabía exactamente por qué se la obligaba a regresar.

En cuanto llegaron, Francie fue instalada con una niñera en la habitación infantil del segundo piso, bien lejos de las habitaciones conyugales. Dolores ocupó su sitio junto al marido en las necesarias presentaciones sociales... y en la cama.

Cuando Harmon estaba en el banco, en el club o asistiendo a sus propias reuniones, ella lograba pasar algún rato con Francie. La pequeña continuaba creciendo con buena salud; Dolores tenía la esperanza de que su amor compensara la indiferencia paterna.

La habitación infantil había sido acondicionada para el esperado heredero; era luminosa y alegre, llena de alfombras azules, almidonadas cortinas blancas y una bonita cuna de encaje. Todos los días, una niñera uniformada llevaba a Francie a pasear por las colinas, en un cochecito de mimbre fabricado especialmente en Londres.

Dolores sabía que Harmon no la amaba; la trataba con amabilidad, pero se mantenía distante. De cualquier modo ya no se sentía sola, porque tenía a Francie. Pero habían pasado seis meses y ella aún no estaba embarazada, pese a las cotidianas invasiones de su cuerpo; sabía que su marido estaba perdiendo la paciencia. Al cabo de un año la llevó a un especialista de Nueva York, quien declaró que estaba exhausta.

—No se esfuerce tanto —dijo a Harmon—. Olvídese de tener hijos y deje que la naturaleza haga lo suyo. Cortéjela un poco, préstele más atención, haga que se relaje...

Pensando en los consejos del médico, Harmon telegrafió a sus oficinas y anunció que estaría ausente por algún tiempo. Después de reservar en el *S. S. América* los camarotes para recién casados, comunicó a Dolores que la llevaría a Europa.

Seguro de que un viaje tan romántico pondría a Dolores en el estado de ánimo necesario para concebir, la llevó a través del Atlántico a París, Londres, Roma y Venecia. Al cabo de ocho meses tuvo que reconocerse derrotado. Dolores no quedaba embarazada y sus negocios lo requerían en San Francisco. En el viaje de retorno a Nueva York se produjo el milagro. Dolores se dio cuenta de inmediato; lo supo como

saben esas cosas las mujeres, pero no dijo nada a Harmon hasta algunas semanas después. Le dio la noticia durante el desayuno.

Él la miró, enrojeciendo de sorpresa y placer.

—¿Estás segura? —quiso saber.

Ella asintió pudorosamente.

—Bien segura. Ya he consultado con el doctor Benson, que lo confirma.

—¿Estás bien? ¿Todo es normal?

Ella suspiró al ver su expresión ansiosa.

—Todo está perfectamente, Harmon. Solo ruego que esta vez sea un varón, como deseas.

—Será varón —afirmó él, seguro de que el destino no se atrevería a jugarle sucio por segunda vez.

Francie y Dolores fueron enviadas nuevamente al rancho, donde pasaron seis meses de feliz soledad y paz. Pero el tiempo pasó con demasiada rapidez y Dolores, regordeta como un ternerillo sobrealimentado, volvió a ser instalada en las habitaciones de la planta baja, mientras Francie era relegada a las del segundo piso.

Detrás de la gracia de muñeca que Francie mostraba a los tres años se escondía una mente muy aguda. Durante la estancia en el rancho, Dolores le había enseñado el alfabeto; ya sabía relacionar letras y leer algunas palabras en sus libros de cuentos, contar hasta diez y atarse sola las botas, aunque no siempre se las pusiera en el pie correspondiente. Tenía los ojos muy azules y chispeantes, como los de su madre, cara en forma de corazón y pelo rubio, casi blanco. Clara, la joven niñera, se lo recogía todas las noches con lacitos de tela y, todas las mañanas, se los cepillaba hasta formar gruesos bucles. Pero su padre solo la veía a las seis de la tarde, cuando Clara la llevaba abajo para dar las buenas noches.

Bajaba recién bañada, con sus rizos relucientes y un vestido de algodón almidonado, con varias capas de volantes de encaje. Dolores la tomaba en sus brazos para abrazarla y besarla; luego la niña se aproximaba a la silla de su padre.

—Buenas noches, papá —decía, con su vocecita clara y cantarina, haciéndole una vacilante reverencia.

—Buenas noches, Francesca —respondía él, apartando brevemente la vista de la edición vespertina del *San Francisco Chronicle*. Luego la niñera la tomaba de la mano y la sacaba de ese enorme y opulento salón, para llevarla a la seguridad de su habitación infantil.

Capítulo 4

La vida de Francie cambió a partir del nacimiento de su hermano. Su padre ordenó que se la trasladara inmediatamente a un pequeño cuarto del tercer piso, junto a la escalera de servicio. La bonita habitación infantil fue pintada de nuevo y decorada con alfombras y cortinas nuevas, además de una maravillosa cuna nueva, hecha de plata maciza.

Francie vio al bebé en la cuna cuando lo llevaron al salón para la fiesta del bautismo; sus ojos se dilataron de asombro al ver tantos metros de encaje color crema colgando de la reluciente plata, la orgullosa cinta azul de la parte de arriba y el diminuto bebé, de rostro encendido, que lloraba vigorosamente entre sus envolturas de seda.

Cuando la habitación infantil quedó terminada no la volvieron a instalar allí. El bebé, Harmon Harrison hijo o Harry, como lo llamaba su padre, reinaba allí en soledad, exceptuando media docena de niñeras, auxiliares y criadas contratadas para mimarlo y cuidar de él. Francie seguía en su cuartito, en la parte trasera del cuarto de servicio.

La habitación daba al norte y era oscura, pero a ella no le importaba mucho, porque desde la ventana se veían los establos; desde allí observaba cómo atendían a los caballos, preparándolos para engancharlos a los coches, y escuchaba el chismorreo de los criados en el patio mientras lavaban o fumaban a escondidas un cigarrillo.

Cuando Clara, su joven niñera, la encontró con medio cuerpo asomado por la ventana, el horror la incitó a actuar.

—No se puede mantener a la pequeña en esa habitación trasera, señor —protestó, abordando al amo en sus dominios.

—¿Por qué? —preguntó él, con aire distraído, levantando apenas la vista.

—Pues porque es demasiado pequeña, oscura y húmeda. Justamente hoy ha estado a punto de caer por esa ventana. Es un cuarto para criados —añadió con todo el orgullo de la niñera que se considera por encima del personal de servicio—, no para la niña de la casa.

—Seré yo quien decida eso —replicó Harmon fríamente—. Ordenaré a Maitland que le pague su salario hasta fin de mes. Puede irse de inmediato, señorita.

—¿Irme? —Clara estaba atónita—. Pero... pero no puedo irme. ¿Quién cuidará de Francie?

—Creo que los criados son perfectamente capaces de atender a una niña de tres años. Últimamente la he visto comportarse con mucho descaro, gracias a usted. Haga el favor de no golpear la puerta al salir.

Desde la ventana de la biblioteca, Francie agitó tristemente la mano para

despedirse de Clara, que marchaba lloriqueando colina abajo, cargada con sus bolsos de paja. Al día siguiente un obrero instaló rejas de hierro en su ventanuco.

—Para seguridad de Francesca —dijo su padre.

Dolores había tenido una cuarentena difícil; pasó todo el año siguiente sin que saliera de sus habitaciones, por lo que ignoraba lo que estaba pasando. Cuando su padre salía, Francie acechaba su dormitorio, viendo entrar y salir a médicos y enfermeras. Una vez segura de que su madre estaba sola, cruzaba la puerta y corría hasta la cama. Casi siempre encontraba a Dolores con los ojos cerrados, tan quieta como la muñeca de trapo de Francie. Pero otras veces su madre levantaba la cabeza de entre las almohadas bordadas y le sonreía.

—Ven aquí, querida —decía con suavidad, dando una palmadita al lado vacío de la cama, el que correspondía a Harmon, aunque desde su enfermedad dormía en sus propias habitaciones, al otro lado del pasillo—. ¿Cómo estás, pequeña? —preguntaba, revolviéndole el rubio cabello.

Ahora lo tenía lacio, porque ya no estaba Clara para atárselo con tirillas de tela y hacerle bucles. Tampoco estaba tan limpio como antes, porque las criadas tenían demasiado que hacer con sus tareas asignadas; atender a Francie y lavarle la cabeza no les correspondía.

El cuarto de su madre olía a flores, a medicinas rojas y a su perfume favorito: lirios del valle; se sentía protegida y cómoda así, acurrucada junto a ella bajo el edredón de seda color crema.

—¿Te sientes mejor, mamá?

—Por supuesto, querida. Muy pronto estaré levantada —respondía la madre, sonriendo.

Pero Francie no veía que sus ojos sonrieran.

—¿Qué es la tisis, mamá? —preguntó súbitamente.

—¿De dónde sacaste esa palabra?

La voz de su madre se había vuelto dura. Francie retrocedió, nerviosa.

—Se la oí a los médicos, mamá. ¿Es una palabrota?

Dolores sonrió melancólicamente.

—No, no es una palabrota. Solo es el nombre de una enfermedad.

—¿Es eso lo que tienes, mamá? —preguntó Francie, inclinándose más para mirarla con preocupación.

—Bueno... sí, supongo que sí. Un poquito, al menos. —Dolores sonrió otra vez para restarle importancia—. Pero no es tan horrible, ¿sabes? Es como si tuvieras un resfriado muy fuerte. Y ya sabes lo débil y tonta que te sientes cuando estás resfriada.

—Oh, bueno. —Francie suspiró de alivio—. Entonces te pondrás bien pronto y podremos volver al rancho.

—Por supuesto, Francie.

—¿Cuándo volveremos, mamá? ¿Cuándo? —preguntó, saltando de entusiasmo en la cama.

—Oh, un día de estos... —respondió Dolores, con esa familiar promesa a medias que se hace a los niños cuando se quiere decir «tal vez nunca».

Pasaron dos años más antes de que Francie volviera al rancho. Cuando lo hizo fue porque su madre se moría.

Los médicos nunca se lo dijeron, pero Dolores les veía la verdad en los ojos mes a mes, a medida que se iba debilitando. Por las noches, bañada en sudor y luchando por respirar, sus pensamientos volvían a los meses que había pasado en el rancho con su hijita; habían sido los más felices en su vida de casada.

Una tarde Harmon se presentó a visitarla. En los últimos años había aumentado de peso. Con su imponente estatura, el chaleco a rayas abotonado sobre el sólido vientre, el pelo y las patillas de color rubio oscuro y los dos enormes perros que lo acompañaban, era una figura imponente. Dolores lo miró con aire afligido, porque aún la asustaban sus enojos. Tuvo que reunir todo su coraje para decirle que deseaba volver al rancho.

Quedó atónita al ver que él accedía de inmediato. Pero él agregó:

—Será mejor para el niño. No le hace bien tener a una enferma en la casa.

—¡Pero si Harry tiene solo tres años! —protestó ella, con los ojos llenos de lágrimas por tan despreocupada crueldad—. Es demasiado pequeño para que le moleste verme siempre aquí, en la cama...

—Claro que le molesta. Ningún niño quiere estar en la habitación de un enfermo. De cualquier modo no te estás muriendo, Dolores. Los médicos dicen que solo debes continuar tomando ese medicamento nuevo. Vete al rancho; el aire fresco te hará bien. Que te acompañe la enfermera. Una vez a la semana te enviaré al doctor Benson para que vea cómo estás. Voy a decir a Maitland que prepare todo.

—Me gustaría llevarme a Harry —dijo ella, mirándolo a los ojos en un gesto desafiante—. También a él le hará bien el aire fresco del rancho. Además, tal vez no sea por mucho tiempo...

—¿Llévate a mi hijo? —lo dejaba estupefacto la simple sugerencia—. Desde luego que no. La niña puede hacerte compañía. Harry se queda conmigo.

—Harmon, por favor, te lo ruego —le tomó una mano con sus dedos fríos—. Oh, por favor, deja que esté con mi pequeño por un tiempo.

—Lo llevaré a visitarte —prometió él, apresuradamente—. Más adelante, cuando ya estés instalada. Sí, eso es: más adelante —sacó el pesado reloj de oro de su bolsillo y miró la hora—. Tengo un compromiso. No volveré hasta tarde, así que no debes esperarme. Maitland se encargará de que las criadas preparen todo.

En el rancho, Francie lo pasó mejor que nunca. Lejos de la enorme mansión su madre pareció mejorar instantáneamente; había una flor roja en sus mejillas, sus ojos

azules chispeaban y el pelo negro recuperó su brillo.

Francie había prometido cuidar de ella. Ahora tenía seis años; era alta para su edad y demasiado delgada, porque en casa nunca comía lo suficiente. El cocinero de Harrison preparaba comidas complicadas para su padre y sus invitados y también platos delicados para despertar el apetito a su madre; las niñeras preparaban los alimentos del hermanito y había otra cocinera aparte para el comedor del personal. Pero Francie no entraba en ninguna de esas categorías. No tenía sitio alguno en esa casa atareada, que funcionaba a la perfección sin ella. El cocinero la echaba de su cocina, pensando que le daban de comer en las habitaciones infantiles; las niñeras no la incluían en la comida del niño, pues su padre había dicho que debía comer abajo. Con mucha frecuencia, después de una mísera cena de pan y leche, tenía tanta hambre que bajaba a escondidas a la cocina para robar lo que pudiera.

En el rancho era diferente; la cocinera se esmeraba para ella y le preparaba sus platos favoritos: pollo y helado; la enfermera la bañaba, le lavaba el pelo y se lo dejaba secar al sol, para que brillara como satén rubio. Le permitían quitarse las ajustadas botas, correr descalza por el césped y gritar tan fuerte como quisiera, en vez de comportarse como un ratoncito callado. Porque ella no tenía madera de ratoncito, por mucho que se esforzara.

Llevaba a su madre en la engorrosa silla de ruedas por los senderos cubiertos de hierbas, parloteando sin cesar sobre los conejos que huían bajo sus pies, la bandada de estorninos que se posaba en el seto, los altos álamos que susurraban con la brisa, como un arroyo de montaña. Al anochecer, después de cenar, sacaba del tocador el pesado cepillo de plata y, de pie tras la silla de su madre, le soltaba la larga cabellera negra para cepillarla suavemente, con golpes largos y parejos, hasta hacerla brillar como el ala de un cuervo, hasta que desaparecían las arrugas de dolor entre las cejas de Dolores.

Los días eran largos; el sol, ardiente; la vida, despreocupada y fácil. Pero lo mejor de todo fue la llegada del doctor Benson una mañana, con un cachorro de gran danés.

—Es uno de los cachorros de *Príncipe* —dijo a Dolores—. Su compañera tuvo una camada de seis. Esta era la única hembra y el señor Harrison dijo que no servía; tiene la oreja torcida o algo así. Se le ocurrió que podía vivir aquí, en el rancho, para hacerle compañía a usted.

En cuanto dejó al cachorrillo en el suelo de madera del porche, Francie exclamó con entusiasmo:

—Oh, no tiene nada torcido. Es hermosa.

Luego retrocedió tímidamente, con las manos a la espalda.

—¿No quieres levantarla? —preguntó el doctor Benson, intrigado.

Ella mantenía la vista en el suelo, siguiendo con un dedo descalzo la línea entre dos tablas.

—Es de mamá —explicó en voz baja—. Papá dijo que era para ella.

—Pero yo te la regalo, Francie —dijo Dolores, apresuradamente—. Ahora es

tuya.

—¿De veras? ¿Puedo quedarme con ella, mamá?

Tenía la cara encendida de felicidad. Dolores, súbitamente triste, pensó que la pobrecita Francie nunca tenía nada. ¿Qué sería de ella cuando su madre ya no estuviera?

—Claro que sí, querida. Pero los perros necesitan un nombre. ¿Cómo se va a llamar?

—*Princesa*, por supuesto —dijo Francie, orgullosa—. Después de todo es hija de un príncipe.

Y todos se echaron a reír.

Nunca había tenido a nadie a quien amar como cosa propia. *Princesa* satisfacía todas sus necesidades. Era una cachorrita torpe, de color pajizo, con patas enormes, inteligentes ojos ambarinos y una lengua muy grande y mojada, que todas las mañanas lamía generosamente la cara de Francie al despertar. Dormía en la cama de la niña, dejaba charcos en el suelo de su cuarto y a veces, cuando nadie miraba, comía del mismo plato. Era un amor mutuo: Francie la adoraba y *Princesa* adoraba a Francie. Eran inseparables.

En realidad, el rancho de Soto no estaba en funcionamiento; se trataba solo de dieciséis hectáreas con algo de ganado, las vacas Jersey y diez o doce pollos que escarbaban en el arenoso patio trasero. Todas las mañanas Francie tomaba su canasto y buscaba los huevos que las gallinas ponían en lugares extraños: detrás del barril con agua de lluvia o en los setos; luego los traía triunfalmente para el desayuno. En el estanque había gansos que graznaban y agitaban ferozmente las alas cada vez que ella y *Princesa* se acercaban. En el corral, seis caballos que ella contemplaba anhelante, apoyada en la tosca cerca de postes con el mentón en los brazos, cuando Zocco y Pepe, los peones mexicanos, los ensillaban para alejarse al galope hacia las colinas, donde iban a arreglar cercas, quitar maleza o buscar vacas perdidas en los arroyos.

Un día Zocco la subió sobre el lomo de una pequeña yegua castaña llamada *Blaize*. Francie se quedó quieta, con las piernas rígidas a los costados y las manos apoyadas en el cuello del animal. Percibió el temblor expectante de la yegua, la cálida suavidad de su pelaje bajo los muslos desnudos. Rio encantada cuando Zocco la hizo avanzar algunos pasos.

—Se aprende a montar a pelo —dijo el mexicano—. Así es mejor. Luego no te caerás nunca.

Zocco llevó a la yegua de la rienda. Durante quince minutos maravillosos se pasearon lentamente por el corral, con el cachorro pegado a sus talones. A Francie le pareció lo mejor que le hubiera pasado en toda su vida, exceptuando lo de *Princesa*, claro. Después de arrancar a Zocco la promesa de que le enseñaría todos los días, corrió entusiasmada a la casa, para contarle todo a su madre y buscar un terrón de azúcar para la yegua.

En pocas semanas pudo dominar por sí sola a *Blaize*. Sujetando las riendas con

mano suave, para no lastimar la tierna boca de la pequeña yegua, trotaba orgullosamente alrededor del corral para que su madre la viera.

—Estupendo, querida —alentaba Dolores desde su silla—. Cuando yo era niña aprendí de ese modo.

Francie hizo parar al animal.

—¿Cuándo tú eras niña, mamá? —dijo, sorprendida—. ¿Eras como yo?

Dolores sacudió la cabeza, riendo.

—Yo era una niña bien criada, con diez o doce enaguas, delantales almidonados y botas altas, llenas de botones. Tú eres una marimacho harapienta, que corre descalza y no tiene siquiera una institutriz para que le enseñe sus lecciones —suspiró—. Tengo que hablar de eso con tu padre.

—Oh, no, mamá, por favor. —Francie se dejó caer del caballo y cruzó la cerca para rodear a su madre con los brazos—. Me encanta estar aquí, sola contigo. Por favor, mamá, por favor, no arruinemos esto con una institutriz tonta.

Dolores le acarició pensativamente el pelo rubio.

—Bueno, supongo que ya habrá tiempo de sobra para las lecciones —dijo en voz baja—. Y confieso que me gusta tenerte toda para mí, Francie.

Intercambiaron una gran sonrisa. Luego Francie volvió a cruzar la cerca, acercó a rastras un cajón de madera y subió a él para retirar la brida. Sacó el bocado y dio a la yegua una palmada en la grupa, como lo hacía Zocco. Soltó una carcajada al ver que *Blaize*, con un relincho, partía al galope por el corral para reunirse con los otros caballos bajo un grupo de robles.

Las mujeres formaban un grupo tranquilo en el rancho: Dolores, su enfermera, la cocinera y ama de llaves, la niña y la perra. Pasaban los meses sin que Harmon trajera a su hijo de visita. Las energías de Dolores disminuían; ya no paseaba en su silla de ruedas. No hacía más que estar en el porche, tendida en una tumbona de ratán. Mientras contemplaba a Francie, que montaba a *Blaize* en el lejano corral, contaba tristemente los últimos días de sol de su postrer verano.

Al acercarse el otoño los días se tornaron brumosos; ya había un áspero sabor a invierno en el viento frío. La enfermera la arropaba con mantas más abrigadas y la mantenía en el porche, con la esperanza de que el clima seco le hiciera bien. Y mientras tanto Dolores esperaba, con los ojos fijos en la curva del camino arenoso, que algún día Harmon le llevara de visita a su hijo, tal como le había prometido.

El otoño se convirtió rápidamente en invierno. Llegaron las lluvias, manchando de gris húmedo las tablas de la casa, que el sol del verano había blanqueado. Los álamos deshojados ya no susurraban en el viento helado. Dolores cayó en cama. El doctor Benson seguía viniendo una vez por semana, cargado de canastos con alimentos especiales, botellas de oporto y mensajes del esposo: que estaba demasiado atareado para visitarla personalmente, pero esperaba que le gustaran las frutas de invernadero, los gordos pollos y el vino de oporto que enriquecía la sangre y fortificaba el cuerpo.

El médico no se engañaba: su paciente se moría, no solo de tuberculosis, sino de dolor.

—¿Vio usted a mi hijo Harry? —le preguntaba al verlo llegar, con los ojos brillantes de fiebre y las mejillas muy rojas—. Dígame: ¿está bien? Debe de estar muy alto, más fuerte. Ya tiene casi cuatro años, ¿sabe? Tal vez Harmon disponga de tiempo para traérmelo el día de su cumpleaños.

El doctor Benson respondía a todas sus preguntas sobre el niño, pero no a lo que ella más deseaba saber: ¿cuándo le llevarla Harmon a la criatura?

Muy poco antes de Navidad, Dolores le dijo:

—No me queda mucho tiempo, doctor. Por favor, por favor, necesito ver a mi hijo. Dígale a mi esposo que se lo imploro. Que lo traiga una sola vez. No pido más.

El médico guardó su estetoscopio y cerró secamente el maletín negro.

—Se lo diré, querida —prometió, tratando de disimular el desprecio que le inspiraba Harmon Harrison. Ese hombre era un monstruo; dejaba que su esposa muriera a solas en medio de la nada, en una casa apenas mejor que un cobertizo de madera, mientras él vivía como gran señor en su mansión, entre cenas, fiestas y funciones de teatro, como si no ocurriera nada. A no ser por el juramento hipocrático que prohibía a un médico revelar los secretos de sus pacientes, él se habría encargado de que San Francisco supiera de esa conducta. Y naturalmente, también de que la pobre Dolores Harrison viera a su niño por última vez.

Rabiando de impotencia, se despidió de Dolores y estuvo a punto de caer sobre Francie y *Princesa*, que lo esperaban junto a la puerta.

—¿Mamá está mejor? —preguntó Francie, asiéndole nerviosamente la mano—. Se la ve tan bonita... Le brillan los ojos y tiene las mejillas más encendidas que yo. Eso significa que está mejor, ¿no?

El doctor Benson, suspirando, la miró con aire pensativo. Hacía diez meses que estaban en el rancho y Francie había crecido. El sencillo delantal de algodón estaba limpio, pero le quedaba demasiado pequeño; no tenía medias, a pesar del frío, y sus toscas botas debían de provenir de la tienda local, pues eran más clavos que piel. Pero Francie había florecido mientras su madre se consumía. Había en ella un dorado esplendor de salud; desbordaba vitalidad. Y era bonita, sin duda, con su cara en forma de corazón y su expresión ansiosa, ese pelo tan rubio y esos ojos azul zafiro, tan parecidos a los de su pobre madre.

Le dio una palmadita en la cabeza, diciendo con suavidad:

—Tu madre está bien, pequeña. Que paséis todas una feliz Navidad. La semana que viene volveré a veros.

Ella lo miró con esos ojos azules y redondos.

—Papá no va a venir, ¿verdad? Jamás traerá a mi hermano Harry.

«De la boca de los niños se sabe siempre la verdad», pensó el médico.

—El señor Harrison es un hombre muy ocupado —mintió—. Y el viaje es muy largo para el pequeño.

—Pero Harry ya tiene casi cuatro años. Yo vine aquí cuando tenía solo tres.

Para eso no había respuesta.

—Feliz Navidad, Francie —dijo el médico al partir sintiéndose como Scrooge—. En la mesa hay un regalo para ti. Mi esposa y yo esperamos que te guste. Ah, también hay algo para *Princesa*, que está creciendo mucho.

Francie sujetó a la perra por el collar, para que no corriera tras el doctor Benson. El animal era grande y fuerte, tan alto como ella, pero se sentó junto a su lado mientras el carruaje se alejaba a saltos por el camino lleno de hoyos y charcos de lluvia, levantando salpicaduras de agua con las ruedas.

Esa noche el clima se tornó glacial, pero la gran estufa de hierro, llena de troncos, relumbraba de calor; la vieja casa de madera se mantenía abrigada. En la habitación de Dolores ardía un buen fuego; Francie se tendió en la alfombra, con *Princesa* a su lado. Incorporada sobre un codo y con la barbilla en la mano, contemplaba absorta las llamas, escuchando la trabajosa respiración de su madre. Dolores dormía con un sueño inquieto; la tos la despertaba con frecuencia. Entonces la enfermera dejaba su labor y abandonaba la silla del rincón para limpiar suavemente la sangre que le goteaba por la comisura de la boca, tan roja como el oporto enviado por Harmon.

—Mamá no está mejor, ¿verdad? —observó Francie en voz baja—. Le oigo ruidos en el pecho, como un repiqueteo...

—Está bien, querida —dijo la enfermera, apartando la vista de su paciente. Pero entre sus ojos había aparecido una arruga de preocupación y tenía la mandíbula tensa—. Es hora de que tú y *Princesa* os acostéis, Francie —dijo, ahuecando las almohadas de Dolores—, mañana es Navidad y lo pasaremos estupendamente. La cocinera está preparando un ganso y hay muchos regalos para desenvolver. Es mejor que tú y mamá descanséis un poco.

Francie se inclinó para besar a su madre. Al salir dijo:

—Voy a rezar al Niño Jesús para que mamá se mejore.

—Rézale, Francie, rézale —dijo la enfermera.

A la mañana siguiente se despertó temprano. Su cuarto estaba completamente helado. Empujando a *Princesa* con los pies, apartó las mantas y corrió a la ventana. Una leve nevada cubría el valle entero; las cumbres lejanas resplandecían a la pálida luz del sol. Había nieve en las ramas de los árboles y carámbanos de hielo colgando del alero.

—Oh, *Princesa* —exclamó, abrazada a la perra—, mira lo que nos trajo la Navidad.

Entre grititos de asombro, se echó el abrigo sobre el camisón, se puso las botas y tomó el cesto de los huevos. Después de cruzar a toda prisa el pasillo, salió al porche, riendo.

El sol ya estaba convirtiendo la nieve en pequeños charcos que esa noche se cubrirían de hielo. Francie corrió en círculos entusiastas para dejar la huella de sus pies, mientras *Princesa* brincaba a su alrededor con locos ladridos. Medio corriendo,

medio patinando, la niña llegó al gallinero y espantó a las malhumoradas aves para recoger los huevos. Por una vez los habían puesto en los nidos. Luego se deslizó hasta el estanque helado, riéndose de los desconcertados gansos, que trataban de nadar en el hielo. Desde allí fue a los establos para ver a *Blaize*; quería darle un poco de avena y desearle feliz Navidad.

Llevando con cuidado el canasto de huevos, volvió a la casa y entró de puntillas en la habitación de su madre. Las cortinas estaban corridas y hacía frío, aunque aún relumbraban ascuas anaranjadas en el hogar. La enfermera dormía en su silla del rincón, con el mentón hundido en el pecho y la labor en las manos. Francie pasó sigilosamente a su lado para acercarse a la cama.

—Mamá —susurró—, mira lo que te han regalado las gallinas para Navidad. Un huevo pardo, perfecto y hermoso. —Lo sostuvo en alto para que su madre lo viera, pero no hubo respuesta. «Claro», se dijo, «no lo ve porque está muy oscuro». Se apresuró a descorrer la cortina—. Mira, mamá, es especialmente para ti...

Entonces vio la gran mancha roja que cubría las sábanas, el camisón de encaje blanco, y la cara de su madre, apelmazando también el hermoso pelo negro. Aunque Francie no sabía qué era la muerte, comprendió que la estaba viendo.

—Oh, mamá —exclamó, desesperada. Tomó la mano helada de Dolores y se la llevó a la cara; sus lágrimas se mezclaron con la sangre de su madre—. Oh, mamá, esto no es lo que le pedí al Niño Jesús para Navidad.

Capítulo 5

1895.

Aquella misma Navidad en la que Francie encontró muerta a su madre, Annie Aysgarth tenía dieciséis años y estaba a nueve mil kilómetros de allí, depositando un ramo de crisantemos dorados bien rizados bajo el ángel de granito que señalaba la tumba de su madre. Tenía a su lado a sus tres hermanos menores, con los abrigos abotonados hasta arriba y envueltos en bufandas de lana, las narices rojas de frío y los ojos lagrimeantes por el fuerte viento.

Hacía ya cuatro años que había muerto Martha Aysgarth, pero cuando llegaba la Navidad, Frank Aysgarth aún llevaba a la familia a presentar sus respetos, hiciera sol o nevara. Y casi siempre estaba nevando, se dijo Annie, temblando tristemente; habría preferido que su padre hiciera ese peregrinaje anual en el verano; estaba segura de que su madre no habría querido tenerlos allí con ese frío, arriesgándose a morir ellos también.

Los varones golpeaban los pies entumecidos contra el suelo, haciendo resonar en el sendero helado los clavos de sus pesadas botas. El padre se mantenía erguido, con el sombrero negro entre las manos, pensando en Martha. Annie estaba preocupada por el ganso que se cocinaba lentamente en el horno de su casa; aunque había recubierto el fuego con carbón antes de salir, temía que se hubiera apagado. No se trataba de faltar el respeto a su madre (al fin y al cabo, todas las semanas iba a limpiar la sepultura), pero si la comida se retrasaba su padre se enojaría. Y el enfado de Frank Aysgarth empañaría toda la Navidad.

Justo cuando creía no poder seguir soportando el frío, el padre dio un paso atrás, se plantó el sombrero en la cabeza y dijo:

—Bien, vamos a casa. Comeremos a la una en punto.

Y cruzó con paso firme el portón del cementerio. A su lado iba Josh, el hijo menor. Annie iba tras ellos; Bertie y Ted cerraban la marcha. La muchacha estuvo a punto de tropezar con sus propios pies en su prisa por llegar a la casa de la calle Leeds, con dos habitaciones arriba y dos abajo, un cuarto para ella bajo el tejado y un sótano frío donde, en los días de lluvia, se secaba la colada entre frascos de conservas caseras y sacos de harina y patatas. Pero no se atrevió a correr hasta que llegaron a la taberna, en la esquina de Montgomery Lane, y su padre dijo:

—Voy a beber una cerveza con los muchachos. Estaré en casa a la una menos cinco, Annie.

Ella asintió, preguntándose una vez más qué le habría visto su madre para enamorarse de él. Frank Aysgarth era fornido, de pelo gris y erizado bigote entrecano, con las mejillas enrojecidas por el viento. Era hombre de carácter agrio y apegado a

los hábitos; desde que Annie tenía memoria, se levantaba, comía y se acostaba a la misma hora todos los días. Quería la casa limpia; los hijos, callados; las comidas, bien preparadas y servidas a su hora. No toleraba discusiones y su palabra era ley.

A veces, a solas en la casa de Montgomery Terrace, Annie contemplaba la fotografía de bodas, con su marco de bronce, y se extrañaba de que su madre, menuda y bonita, con esos rientes ojos pardos, hubiera podido casarse con ese hombre seco y desabrido, pues aun en el día de su boda se lo veía falto de alegría, atento a la solemnidad de la ocasión y a sus nuevas responsabilidades.

Su madre le había contado que, cuando se conocieron, Frank tenía ya varios empleos. Había abandonado la escuela a los doce años para trabajar en la fábrica de cuerdas de Burmantofts; luego, en la cervecería de Wakefield y en una imprenta de Eastgate; pero nada de todo eso le convencía. Bajo su sólida fachada se escondía un corazón de empresario. En todos sus empleos había notado una cosa: que las fábricas siempre necesitaban cajas de cartón para despachar sus mercancías. Con unas pocas libras en el bolsillo, alquiló su propia «fábrica»: un cuarto pequeño y lleno de corrientes de aire, entre los arcos que sostenían el puente del ferrocarril. Luego encargó una cantidad de cartón y se instaló como «Cajas de Cartón Aysgarth».

Cuando conoció a Martha se ganaba la vida, pero a duras penas; le quedaba muy poco dinero para cortejarla. Aun así no pudo resistirse a esos ojos rientes y se encontró visitándola varias noches por semana.

La madre de Annie solía decir que Frank no llegó a ponerse rodilla en tierra para pedirle que se casara con él, pero una noche se presentó con un reloj de caoba para repisa que ella había admirado en un escaparate. Le había costado diez chelines, más de lo que había ganado en toda esa semana.

—Mira, niña —le dijo—, es para ti. Te vi admirarlo. Quedará bien en nuestra repisa.

Martha decía haber interpretado que iban a casarse. Entonces se dedicó a acumular una pequeña pila de sábanas y toallas en el último cajón de su cómoda, a coserse un guardarropa sencillo y un vestido de novia, hecho de suave tul blanco ribeteado con cintas de satén y encaje tejido a ganchillo.

Por fin salió de la iglesia de su brazo, con un ramo de lirios en la mano y luciendo su sonrisa más deslumbrante; todos comentaron lo bonita que era Martha y la suerte que había tenido Frank Aysgarth. Pasaron una luna de miel de dos días en la fría habitación de una pensión, en la ribera sur de Scarborough, por la que Frank pagó sus últimos quince chelines. Luego volvieron calladamente al cuarto que alquilaban en la calle Marsh. Y al día siguiente Martha estaba trabajando junto a su esposo.

Trabajaban mucho para cortar y pegar las cajas que les encargaban. Luego Frank las apilaba en su vehículo casero (un cajón de madera puesto sobre ruedas) y arrastraba su pesada carga por toda la ciudad, a veces por varios kilómetros, hasta llevarla a su destino.

Cuando Martha quedó embarazada trabajó hasta la última semana, porque el

dinero les hacía mucha falta. Cuando Annie tenía apenas una semana, ella estaba ya de vuelta en la fábrica, con el bebé durmiendo a su lado en una caja de cartón, envuelta en una manta.

El negocio empeoró; el dinero escaseaba más y más y el pobre cuarto alquilado parecía aún más pequeño. A veces, los viernes por la noche, no había nada más que pan a la hora de la cena. Frank hablaba cada vez menos. Y el bebé lloraba cada vez más. Por fin Frank dijo que no había salida: era imposible sobrevivir y él tenía que hacer algo para resolver la situación. Pidió prestadas unas cuantas libras y partió a buscar fortuna en América, dejando a Martha con la niña nuevamente con su familia.

Martha no supo que estaba nuevamente embarazada hasta un mes después de su partida. También entonces trabajó hasta la última semana, pero en esa ocasión Frank no estuvo presente cuando nació su hijo.

Pasaron cinco años sin que Martha tuviera noticias de él. Frank nunca envió un centavo. Todos se reían de ella, pues el marido la había plantado con dos críos. Consiguió trabajo como criada en una casa grande de Lawnswood, pero muchas veces debía ir hasta allí caminando, porque los niños necesitaban botas nuevas o chaquetas de lana y ella no tenía con qué pagar el tranvía. En la casa de sus padres no había lugar para ella y los dos niños; tuvieron que apiñarse en un cuarto alquilado a bajo precio en una mísera callejuela apartada.

Un día de primavera, mientras mondaba guisantes en el umbral para tomar aire fresco, vio que un hombre caminaba por la calle hacia ella. Iba vestido con un elegante traje pardo, lustradas botas del mismo color y un bombín en la cabeza gris; tenía barba entera y bigote. Al principio no lo reconoció. Luego, cuando él estuvo más cerca, se levantó para mirarlo bien.

—Eres Frank, ¿verdad? —dijo.

—Sí, niña, soy yo. —Él contempló a los niños aferradas a su delantal—. Y estos son mis pequeños.

Martha levantó al niño para mostrárselo, pero Frank no lo tocó siquiera. No era dado a demostrar sus sentimientos. De cualquier modo, ella se dio cuenta de que estaba complacido. Ante una modesta merienda de té, pan y queso, Frank le contó que había comenzado trabajando en Nueva York, erigiendo armazones de acero para un gran rascacielos. El trabajo era pesado y peligroso, pero la paga era demasiado buena como para rechazarla; pasó meses trepando por los andamios, a gran altura, hasta que los crudos vientos de invierno y una pulmonía pusieron fin a ese trabajo. Cuando recobró la salud estaba decidido a buscar un clima mejor; con unos cuantos dólares en el bolsillo, se encaminó hacia el oeste «para buscar fortuna, como los demás», dijo, con una de sus raras sonrisas.

Annie, de pie junto a la silla de su madre, tenía los ojos pardos redondos como platos y retorció el delantal limpio entre las manos enrojecidas; Bertie se había apoyado contra la rodilla de su padre; ambos escuchaban embobados lo que él contaba de San Francisco:

—Es una ciudad sobre las colinas, junto a la bahía más bella del mundo —decía. Les describió el azul grisáceo de los cielos invernales y las inesperadas nieblas que los cubrían sin previo aviso; les habló de lo ricos que eran todos, «por las minas de oro y plata», mientras ellos lanzaban exclamaciones maravilladas, pensando en montones de preciosas monedas doradas.

—Siempre había construcciones de sobra —dijo Frank—. Yo comencé otra vez desde abajo, pero ascendí pronto. Aprendí a construir casas para los ricos y casas para los trabajadores. Ahora sé lo que quieren y cómo proporcionárselo al precio correcto.

Mirando a Martha a los ojos, sacó de un bolsillo interior un grueso fajo de billetes que puso en la mesa, frente a ella.

—Aquí están todos mis sueldos de estos cinco años —dijo—. Menos lo que usé para vivir, claro, y el pasaje del barco. Hay lo suficiente para comprar a los niños lo que necesiten y algo bonito para ti. Creo que te lo has ganado —agregó, echando un vistazo a su gastado vestido.

A Martha se le llenaron los ojos de lágrimas. Annie le rodeó el cuello con los brazos para consolarla.

—Es que soy muy feliz —sollozó la madre, secándose los ojos con una esquina del delantal de flores.

—No hay por qué tomarlo así —murmuró Frank, carraspeando, avergonzado como siempre por cualquier situación emotiva—. Mañana buscaremos un sitio mejor para vivir. Pero será solo provisional, porque tengo dinero para dedicarme al negocio de la construcción. Y la primera casa que construya será para ti, Martha.

Cumplió con su palabra. Alquilieron una cabaña para trabajadores y se mudaron a ella. Al año nació el bebé siguiente, Ted. Apenas un par de meses después, fiel a su promesa, Frank los trasladó a todos al número uno de la calle Montgomery, la primera de una serie de casas construidas por él, de las que edificaría muchas en los años siguientes.

Martha y Frank Aysgarth eran una pareja bastante feliz, según decía la gente; eran reservados y no buscaban lujos, ahora que Frank estaba haciendo dinero; se especulaba mucho sobre la suma que ganaría, pues la mitad de Harehills iba desapareciendo bajo las pequeñas casas de Frank, todas idénticas: de ladrillos y con tejado de pizarra. No había mentido al decir que conocía el negocio; sabía lo que la gente deseaba y cómo proporcionarlo a precio justo. Se estaba haciendo rico.

Nació un tercer varón, Josh, pero esa vez Martha no recuperó tan pronto su salud y su vitalidad. Estaba débil y cansada. Josh no se crio mamando del pecho materno, sino con la mejor leche que se pudiera comprar. Todos decían que era el bebé más hermoso del mundo. Annie, regordeta y de ojos pardos, se desvivía por él. Era quien le daba el biberón, le cambiaba los pañales y se ocupaba de lavar y planchar sus vestidos y gorritas. Era ella quien empujaba el cochecito calle abajo, deteniéndose para que los vecinos admiraran aquella belleza rubia y de ojos grises. Era también ella quien hacía las compras, cocinaba y mantenía la casa limpia, porque Martha ya

no podía hacerlo.

Con frecuencia visitaba la casa vecina para hablar de bebés con la señora Morris, porque Sally tenía un hijo pocas semanas mayor que Josh. Sentaban a los dos pequeños junto al fuego, en la limpia alfombra de retales que la señora Morris había hecho con ropas y mantas viejas, y los dejaban gatear.

—Mira a mi pequeño Sammy —decía Sally, admirando a su hijo moreno y fornido—. Está encantado con Josh. —Luego se echaba a reír—. Pero mira, te estoy hablando como si fueras la madre y no la hermana.

Tres meses después, cuando Martha Aysgarth desapareció del mundo, Annie se convirtió en la «madre» de toda familia. El padre le dijo que debía dejar definitivamente la escuela y ocupar el lugar de la difunta.

—Tu madre te enseñó bien —dijo, gruñón—. No quiero que otra mujer venga a mi casa, a decirme lo que debo hacer.

La señora Morris compadecía a Annie, que cargaba con tanta responsabilidad siendo solo una niña. Muchas veces se ocupaba de Josh, mientras Annie se afanaba por mantener al día la limpieza de la casa y el lavado de la ropa, ir al mercado, preparar la comida y hornear el pan, porque Frank Aysgarth esperaba que todo estuviera tal como cuando su esposa vivía. Él se mostraba cada vez más silencioso y taciturno; nunca abrazaba a sus hijos ni les demostraba su afecto; pero tampoco les pegaba.

Los años pasaron con lentitud. Annie apenas tenía tiempo para respirar, y mucho menos para pensar en sí misma. Josh y Sammy Morris eran amigos tan íntimos como si cada uno viviera en el bolsillo del otro. Ingresaron juntos en la escuela de Back Road Council y juntos fueron pasando por los distintos grados. Se pasaban la vida haciendo travesuras y entrando o saliendo de ambas casas; importunaban a Annie para conseguir rodajas de pan recién horneado, untado con delicioso jugo de carne, y las comían sentados en los peldaños de la entrada viendo pasar el mundo por la calle Montgomery. Robaban trocitos de masa caliente de la bandeja donde la señora Morris la ponía a enfriar, o un trozo de budín liviano como una pluma. Y siempre estaban juntos para disfrutar de la sabrosa carne de cerdo que Annie asaba los domingos, con patatas crujientes y doradas por fuera, blandas como almohadas por adentro, y su budín caliente de melaza con natillas, capaz de derretir el corazón más frío. Annie era, sin excepción, la mejor cocinera de la calle Montgomery, aunque Frank Aysgarth no hiciera sino protestar.

—La trata como trataba a su esposa: como a una esclava —decía la madre de Sammy, resoplando por la nariz. Ella y Frank se tenían mutua antipatía; ella lo tenía por un viejo tirano egoísta; él la consideraba una perezosa que descuidaba la casa y frecuentaba demasiado la taberna, gastando el dinero de su marido en vino oporto con limón, en vez de quedarse en el hogar a atender a sus críos.

—Frank Aysgarth solo se entiende con los hombres —comentaba su esposo—. No tiene tiempo para las mujeres.

—No, ni siquiera para su propia hija —replicaba ella, amargamente.

Con frecuencia lo oía a través de la pared cuando regañaba a la pobre niña, aunque Dios sabía que Annie se esforzaba. No dejaba nunca de trabajar. En cuanto amanecía estaba en la calle, restregando los peldaños de entrada y enjuagando las losas con baldes de agua, para que Frank, al salir, viera el exterior de su casa tan limpio como el interior. Frotaba la cocina de hierro hasta hacerla brillar. Siempre había algo apetitoso en el horno cuando los varones salían de la escuela para almorzar; por la tarde los enviaba limpios y con el estómago lleno. La colada de Annie siempre estaba tendida al viento cuando las otras mujeres aún no habían comenzado a lavar; a las seis de la tarde, cuando Frank Aysgarth llegaba a su casa, la mesa estaba puesta con un mantel blanco, limpio y almidonado, y la cena humeante en el plato. En cuanto él se sentaba, Annie tomaba una jarra y corría a la taberna de la esquina, para traerle una pinta de la mejor cerveza de Yorkshire. Luego se sentaba en el rincón, callada, mientras él comía en silencio.

Al terminar Frank se levantaba de la mesa, sin decir siquiera «gracias», y se instalaba frente al fuego, en el gran sillón de felpa color vino. Tomando el ejemplar del *Yorkshire Evening Post* que ella le había comprado, preguntaba:

—¿Y dónde están nuestros muchachos?

—Afuera —respondía ella, retirando los platos—. Jugando en la calle. —Y si estaba lloviendo—: En la casa vecina, con los otros niños.

Luego iba calladamente al fregadero y lavaba los platos, antes de llamar a los chicos y prepararlos para irse a la cama.

—Trabajos forzados, eso es lo que hace Anny Aysgarth —rezongaba la señora Morris, cuando estaba con su esposo—. Y solo tiene dieciséis años. Es mejor madre que ninguna mujer de esta calle... y mejor esposa para su padre, también.

—Salvo en un sentido —replicaba el marido oscuramente, llenando el cuarto mal amueblado con los olores dulzones de su pipa.

La mujer lo fulminaba con los ojos, señalando a los niños que escuchaban.

—Hay moros en la costa —le recordaba ásperamente—. Pero si quieres mi opinión, para ese hombre no es otra cosa que una esclava. Por todo lo que ella hace tendría que tomar a dos criadas y pagarles diez libras por mes... ¡y no se lo harían tan bien!

Annie sabía que su padre era un amo duro, pero lo soportaba porque no conocía otra cosa y porque amaba a sus hermanos. Por cierto, Bertie y Ted se iban alejando de ella al crecer; al igual que el padre, la dejaban fuera de su vida masculina y pretendían tener la comida servida en cuanto cruzaban el umbral, la bañera llena de agua caliente para el baño de los viernes y el domingo, para ir a la iglesia, las camisas perfectamente almidonadas y planchadas, con todos sus botones. Pero el pequeño Josh era como su propio hijo.

Capítulo 6

1895.

Para el funeral de su madre Francie usó un costoso vestido nuevo, de seda negra con cuello de encaje blanco, comprado en la elegante París House. Estrenaba botas negras de finísima cabritilla y una capa de terciopelo negro, bordeada de armiño; su larga cabellera rubia había sido cepillada hasta hacerla relucir y la llevaba escondida en una toca de seda negra. Viajó con su padre y su hermano Harry en un coche forrado de satén negro, detrás de seis caballos engalanados con plumas, a la cabeza de sesenta carruajes ocupados por deudos y funcionarios públicos. Cuando bajaron el ataúd de Dolores, ella estaba junto a la sepultura, pálida y temblorosa.

Harry, de chaqueta y pantalones de terciopelo negro hasta la rodilla, con la gorra apoyada respetuosamente contra el pecho, sollozaba en voz alta. Su padre, apuesto y muy correcto con sus pantalones a rayas y su chaqueta negra, se tocaba los ojos con un immaculado pañuelo de hilo blanco. Pero Francie no derramó una sola lágrima. Miraba hacia adelante, con los dientes apretados, poniendo toda su voluntad en no gritar. Habría querido clamar que era injusto que su madre muriera siendo tan joven, tan hermosa, tan dulce, suave y bondadosa. Habría querido decir a los trescientos asistentes, antes invitados a la boda de Dolores, que ella amaba a su madre, que la echaba terriblemente de menos y que sin ella moriría también. Pero sabía que nadie la habría entendido; por eso encerró las emociones muy dentro de ella y no permitió que una sola lágrima cayera de su mejilla al vestido de seda nuevo.

Era un crudo día invernal; una niebla fría se había estancado alrededor de las lápidas. De los árboles desnudos goteaba la humedad, convirtiendo el césped en un mar de barro. Las complicadas coronas de flores, atadas con cintas purpúreas, se amontonaban alrededor de la tumba abierta y resultaban demasiado chillonas bajo la luz grisácea. La más grande había sido enviada por la familia de Dolores. Aduciendo que el viaje desde Jalisco era demasiado largo, enviaban sus condolencias a Harmon y una magnífica corona de rosas escarlatas, lamentando no poder asistir.

En cuanto se pronunció la última plegaria junto a la tumba, los deudos buscaron apresuradamente el abrigo de los carruajes que los estaban esperando. Los dos sepultureros, inclinados sobre las palas como espectros grises en la neblina, golpearon los pies contra el suelo para hacer circular la sangre y tosieron ásperamente, preparándose para echar tierra adentro. Francie les volvió rápidamente la espalda, sin poder soportar más. Ya en la casa, en el salón de baile cubierto de espejos, se sentó sola en una refinada silla dorada, mientras los invitados devoraban los finos platos fríos. Las mujeres, sonrientes, charlaban en voz baja sobre el baile que alguien ofrecería la semana siguiente: quiénes estaban invitados o no, qué ropa se

pondrían. Los hombres formaban grupos, con bebidas en la mano, para hablar de negocios. Y el pequeño Harry permanecía silencioso junto a su padre, mientras los huéspedes desfilaban para estrecharle la mano y expresarle su pésame.

—Qué extraña es esa niña —oyó murmurar a unas mujeres—. Se sienta allí, sola, en vez de estar junto a su padre, como el hermano. Ese niño tiene solo cuatro años, pero ya sabe comportarse como un hombrecito. Y ella, que ni siquiera derramó una lágrima junto a la tumba... ¿Es que no siente dolor por haber perdido a su madre? No es normal, no... Harmon tendría que vigilarla. Creo que va a darle muchos dolores de cabeza...

Las mejillas de Francie ardían, escarlatas; clavó la vista en los dibujos azules de la alfombra, rezando por no llorar. ¿Qué sabía ninguno de ellos sobre su madre? Sí, probablemente intercambiaban sonrisas y charlas con ella, cuando visitaban su casa; le habrían enviado flores y frutas cuando se enteraron de que estaba enferma. Pero ninguno de ellos había ido nunca a visitarla. Francie estaba dispuesta a apostar que no sabían siquiera dónde había estado todo ese año anterior. El corazón se le encogió como un puño. Quería gritarles que a ninguno le importaba su madre, que nadie la echaría de menos, que nadie la amaba como ella.

Sorprendió la mirada de su padre a través del salón. Él le hizo un gesto furioso para que fuera a ponerse a su lado. Abandonando de mala gana el asiento de terciopelo, ella se abrió paso por entre la multitud.

—¿Por qué no estabas aquí? —acusó él, sin levantar la voz. Pero ella percibió lo feroz de su tono y se apartó, asustada—. La gente murmura. Ponte junto a tu hermano y compórtate como debes.

Tiesa como una vara junto a Harry, Francie tuvo la impresión de que ese día no acabaría jamás. Pasó la larga fila de invitados. Ella se acordó de hacer una reverencia y de responder cuando se le hablaba. Notó la expresión con que las mujeres observaban a su padre.

—Un hombre muy atractivo —las oyó susurrar especulativamente, pensando en sus hijas solteras y en los millones de los Harrison.

Por fin vino una niñera para llevarse a Harry, que debía tomar el té, y ella quedó en libertad.

Había vuelto a su antiguo cuarto, que parecía más mísero y menos acogedor que nunca. La cama de hierro estaba perdiendo la pintura blanca y el estrecho colchón de paja tenía muchos bultos. Las cortinas floreadas eran demasiado livianas para amortiguar el frío que despedían los vidrios de la enrejada ventana y, aunque la casa tenía una excelente calefacción de vapor, cuando llegaba a los cuartos de servicio había quedado reducida a una mera sombra. Se acurrucó en la camita, temblando y envuelta en una manta.

Por fin las lágrimas fluyeron en libertad. Lloró por su madre perdida y por *Princesa*, que había sido enviada a los establos; lloró por su propia soledad, hasta quedarse dormida por puro agotamiento, sin haberse quitado el elegante vestido de

luto ni las suaves botas de cabritilla.

El día después del funeral Harmon telegrafió a Londres su última oferta por un yate de vapor que deseaba comprar. Su propuesta fue aceptada; a la semana siguiente, él y su hijo partieron hacia Nueva York en el suntuoso coche privado, enganchado a un tren de la Southern Pacific Line, de cuya directiva Harmon formaba parte. Allí se embarcaron en el vapor francés S. S. Aquitaine con destino a Cherburgo; desde allí, un tren los llevó a Deauville, donde se le entregaría el yate nuevo. Como estarían ausentes durante varios meses, los muebles de la mansión fueron enfundados para protegerlos del polvo, como si no hubiera allí ningún miembro de la familia. La única persona que compartía las habitaciones de Francie era una institutriz alemana, contratada para enseñarle buena conducta e impartirle algunos conocimientos.

Al verla, a Francie se le encogió el corazón. *Fraulein* Hassler era una solterona madura y enérgica; peinaba su áspero pelo gris haciendo una raya en el centro y enroscando las trenzas como caracoles sobre las orejas. Era alta y fuerte, de piel cetrina y expresión severa. Tenía dientes amarillos, grandes y salientes, y usaba pequeñas gafas con marco de acero que reflejaban la luz, de manera tal que Francie no podía verle los ojos.

Pero la *Fraulein* reconocía una casa de ricos en cuanto la veía y sabía cómo dominar una situación.

—Yo no soy una criada, *herr* Harrison —le había dicho con firmeza, durante la entrevista—. *Natürlich* no pretendo ocupar el mismo piso que la familia; mis habitaciones deben estar en el tercer piso, pero hacia el frente.

—*Natürlich* —concordó Harmon, que solo quería quitarse de encima el problema de su hija.

Por lo tanto, a la *Fraulein* se le asignaron un dormitorio grande con una salita propia en el tercer piso, más un aula algo más allá; Francie seguía en su frío cuartito de la parte trasera. Comía sola, en la rústica mesa de la cocina, mientras la institutriz se hacía subir una bandeja a su cuarto.

La primera mañana *Fraulein* Hassler la hizo buscar por una criada a las ocho en punto.

—Te presentarás aquí todos los días a esta hora —le dijo, mirándola críticamente de pies a cabeza.

Hubo un largo silencio. Francie pasaba el peso del cuerpo de un pie a otro, desesperada por no ver los ojos de la mujer detrás de las gafas.

—Estás hecha un desastre —agregó por fin la *Fraulein* con severidad—. Tienes las botas sucias, hay una mancha en tu delantal y tu pelo está despeinado. Vuelve a tu cuarto y arréglate. No voy a tolerar ninguna dejadez.

Francie, asustada, corrió a obedecer y volvió apresuradamente al aula.

Fraulein Hassler la observó atentamente. Luego dijo:

—Te presentarás en el aula todas las mañanas, exactamente a las ocho, limpia y pulcra. Llamarás a la puerta y esperarás hasta que yo te ordene entrar. Tu saludo debe ser: «Buenos días, *Fraulein* Hassler», exceptuando los miércoles, en que hablaremos solo en alemán; entonces debes decir: «*Guten Morgen Fraulein* Hassler». Los sábados hablaremos solo en francés; me dirás: «*Bonjour, Mademoiselle* Hassler».

—Desde las ocho hasta las nueve estudiarás aritmética; de nueve a diez, inglés. Luego yo tomaré media hora de descanso mientras tú estudias un fragmento poético que me repetirás después de la pausa. De once a doce aprenderás historia y geografía. Luego yo haré otra pausa para almorzar y descansar. A las dos daremos un paseo de una hora. Por la tarde aprenderás a coser y a las cuatro, mientras yo tome mi té, harás las tareas que yo te haya indicado. Al terminar puedes ir a la cocina para cenar y acostarte. ¿Has entendido, Francesca?

Francie asintió; la cabeza le daba vueltas, pues pensaba con preocupación en *Princesa*, que la esperaba en los establos. No le gustaban *Fraulein* Hassler ni sus planes.

—¿Y los domingos qué se hace? —preguntó súbitamente.

—Querrás decir: «¿Qué haré los domingos, por favor, *Fraulein* Hassler?» — corrigió la mujer, ásperamente—. Tendremos que cuidar mucho tus modales, niña. Pero ya que lo has preguntado, te responderé. El domingo es mi día libre. Los criados pueden encargarse de ti. Supongo que irás a la iglesia por la mañana y al anochecer. Tu padre no ha dejado instrucciones al respecto.

Francie asintió con la cabeza.

—Supongo que sí —dijo. Por la mente le cruzó una horrible visión de su vida futura. Pero hasta *Fraulein* Hassler era preferible a papá; habría que tomar las cosas por el lado bueno. Con un poco de suerte, algún día papá la enviaría otra vez al rancho.

En ausencia de su padre había otra compensación: la *Fraulein* no se movía de sus habitaciones después de cenar y Francie podía llevar subrepticamente a *Princesa* hasta su cuarto. Le guardaba una parte de su cena y a las siete, cuando los criados estaban en sus propias habitaciones, salía con la perra a pasear por la colina. Las noches de invierno eran frías y oscuras, pero envuelta en la capa de terciopelo y armiño no sentía el frío y, con ese enorme animal a su lado, la oscuridad no le daba miedo. Al principio solo se alejó un poquito, pero a medida que las jornadas con la institutriz se hicieron más tediosas, los paseos nocturnos se fueron alargando, y eran cada vez más atrevidos.

Vagaba con *Princesa* por las calles de la ciudad, mirando por las ventanas iluminadas; olfateaba los olores a cerveza que brotaban de las ruidosas tabernas y observaba a la gente, escuchando sus risas con envidia. Espiaba un mundo diferente del suyo, donde la gente cantaba, bailaba y reía, donde se era feliz.

Mucho más tarde, ella y *Princesa* entraban por la puerta lateral, que ella dejaba siempre sin llave, segura de que nadie la revisaría, pues todos la creían cerrada. Subía

apresuradamente por la escalera de servicio, haciendo que la perra caminara por la alfombra, para que sus patas no hicieran ruido en la madera. Luego cerraba su puerta con llave, llenaba la escudilla de *Princesa* con el vaso de leche tomado antes de la cocina y la dejaba beber. Por fin se acostaba entre las sábanas heladas, con *Princesa* acurrucada a sus pies, y pronto se quedaba dormida. Soñaba con la libertad del rancho y con *Blaize*, su pequeña yegua castaña; con el pollo frito y las rugientes hogueras de leña; con su madre, sonriente y enrojecida, sentada en silencio a su lado, a la luz de las llamas.

Empezó a regresar cada vez más tarde; se paraba un rato ante la taberna de la calle Jones, pues detestaba cambiar las luces, la alegre música y las risas por su cuartito oscuro y frío. La gente que entraba o salía la miraba con atención, riendo al ver a esa pequeña de capa negra, acompañada por un perro más grande que ella. Pero al verla allí noche tras noche, las miradas se fueron haciendo más curiosas.

—¿Qué pasa, querida? —le preguntó un pelirrojo cierta noche—. ¿El demonio del licor te ha robado a tu padre, eh?

Francie sacudió la cabeza, ruborizada. Aferrando con más fuerza la correa de *Princesa*, subió la colina apretando el paso.

—Tendrías que hacer algo con esa niña de afuera —dijo el hombre al tabernero—. A tu negocio no le hace bien que los críos vengan a esperar a los padres borrachos. Arroja a ese cerdo a la calle y dile que lleve a su pequeña a casa, adonde debe estar.

—Ella no es hija de ninguno de mis clientes —replicó el tabernero, indignado—. La próxima vez que la veas, avísame para que llame a la policía.

Pero Francie se había asustado y evitaba la taberna, adentrándose cada vez más por la ciudad oscura. Inventaba solitarias escenas de fantasía para las familias que veía por las ventanas o en las cafeterías.

Algunas semanas después volvió a pasar ante la taberna. Era una noche clara y fría; estremecida, se detuvo a olfatear los olores especiados del jamón caliente y el picadillo, el aroma terrestre de la rica cerveza oscura, mezclados con el punzante del *whisky*.

El pelirrojo la observó con desconfianza y se acercó al bar.

—Será mejor que mandes llamar a la policía —dijo al tabernero—. Esa pequeña está otra vez afuera. Las calles no son buen lugar para una niña de su edad; no ha de tener más de siete u ocho años. Debe de haber huido de su casa o algo así.

—Esta vez la haré detener —replicó el tabernero, llamando al muchacho.

Francie observó con curiosidad al policía uniformado que se acercaba. Se sentía tan invisible en su mundo nocturno que dio un fuerte respingo al oírse llamar:

—¡Eh, niñita! ¿Estás perdida?

—¡No! ¡Oh, no! —Tironeó con fuerza de la correa, mientras el policía se acercaba. Pero *Princesa* se mantuvo firme, con el pelo erizado y mostrando los dientes en un suave gruñido. El policía dio un cauto paso atrás.

—Quiero hablar contigo, jovencita. Creo que necesitas ayuda. Tú y ese perro tan bonito.

Francie tironeó con fuerza de la correa, mientras *Princesa* volvía a gruñir amenazadoramente.

—Oh, no, señor, gracias. No necesito ayuda. Íbamos hacia casa, eso es todo.

Con un desesperado tirón del collar, se llevó al gran animal colina arriba, a paso rápido.

El policía la siguió a cierta distancia, para ver donde iba. Ya estaba sin aliento cuando llegó a lo alto de la calle Jones. Quedó sorprendido al ver que la niña entraba en el patio de una de las mansiones más grandiosas de Nob Hill; la vio abrir una puerta lateral y se preguntó si sería hija de alguna criada de los Harrison. Luego recordó la capa de terciopelo y armiño. Claro, tenía que ser la hija de la familia. Se alejó, pensativo. El caso correspondía a sus superiores.

A las ocho de la mañana siguiente, el capitán O'Connor llamó a la puerta de la mansión. Maitland, el mayordomo, le informó de que el señor Harrison estaba ausente, en un largo viaje por Europa.

—En ese caso tendré que hablar en privado con usted, señor Maitland —replicó el policía.

Media hora después salió de nuevo al frío sol de la mañana, fortalecido por un vaso del mejor *whisky* de la casa.

—Lo dejo en sus manos, señor —dijo, sonriendo a Maitland.

El mayordomo volvió a sus habitaciones, redactó un largo telegrama para su patrono, que estaba a bordo de su yate, en medio del Océano Atlántico, y fue caminando hasta la oficina de telégrafos para despacharlo personalmente.

La respuesta llegó a la mañana siguiente. Pocas horas después, *Fraulein* Hassler estaba en la calle con todo su equipaje; *Princesa*, encerrada en los establos; Francie, en su cuarto, bajo llave.

Allí permaneció por más de dos semanas, aguardando el regreso de su padre. Oía los patéticos aullidos de *Princesa* en el establo y apretaba la nariz contra los vidrios, con la esperanza de verla por un instante. Una criada mexicana que no hablaba inglés le subía las comidas; no tenía libros ni papel y lápiz; ni siquiera las detestadas labores de aguja. Estaba sola con sus pensamientos y el tiempo se estiraba interminablemente. Al principio se paseaba por el pequeño cuarto como un animal enjaulado, sollozando de desesperación; el enojo la hacía agitar los flacos brazos y descargar patadas contra el suelo, pero acabó por permanecer acurrucada en la cama, temblando de malos presentimientos.

Las bandejas con la comida volvían intactas a la cocina. Por fin Maitland subió personalmente a verla. La observó con piedad; la pequeña tenía solo ocho años y se la veía muy delgada; estaba descalza; el pelo despeinado le colgaba en hebras húmedas sobre los hombros y tenía los ojos dilatados por el miedo.

Ninguno de los criados disponía de mucho tiempo para la señorita Francie, sobre

todo porque estaban demasiado atareados para pensar en ella. De cualquier modo, la niña no era responsabilidad de ellos, sino de una niñera o una institutriz. Pero a ninguno le gustaba que estuviera encerrada por tantos días, por mal que se hubiera comportado. «No es humano», comentaban en el comedor de servicio, enojados. «Es cruel, cosa de bárbaros». A Maitland le tocaba controlar al personal e impedir que circularan chismes sobre la familia. Se vio obligado a decirles que no era asunto de ellos y que el amo se encargaría de su hija cuando regresara. Pero lo dijo con el corazón apesadumbrado. Llevaba diez años trabajando para Harmon Harrison y conocía demasiado bien su fría cólera.

Francie levantó la vista al verlo entrar. Sabía qué iba a decirle.

—Ha llegado papá —adivinó.

Maitland asintió.

—Quiere verla inmediatamente, señorita Francie. ¿Por qué no se lava la cara y se cepilla el pelo? Yo mismo la llevaré al estudio.

La contempló con tristeza mientras ella hundía las manos en el aguamanil para mojarse la cara con agua fría; luego se pasó apresuradamente un cepillo por los mechones enredados.

Maitland le sostuvo la puerta. Bajaron en silencio por la escalera de servicio y cruzaron la puerta verde que daba a la parte principal de la casa. Ante la puerta del estudio cruzaron una mirada.

—Valor, señorita —susurró el mayordomo, mientras tocaba con los nudillos.

—Pasa.

La voz atronadora de su padre convirtió en gelatina las rodillas de Francie. Maitland abrió la puerta y la empujó un poquito hacia adentro.

—La señorita Francesca, señor.

—Gracias, Maitland. —Harmond estaba sentado tras el gran escritorio. Al ver que su hija se resistía a pasar el umbral, ordenó—: Ven aquí, Francesca.

Ella aspiró hondo y camino hacia él, renuente.

—Más cerca. Quiero que oigas bien lo que debo decirte. Y que te lo grabes en la memoria, porque no tendrás otra oportunidad.

Francie ya estaba ante el escritorio, con las manos apretadas a la espalda y los ojos aterrados fijos en él, como el conejo frente a la comadreja.

Él la miró de pies a cabeza, desdeñoso, observando la cara manchada de polvo y los ojos enrojecidos por el llanto, el delantal sucio y las piernas desnudas.

—Das asco —dijo, despectivo—. No eres digna de llevar el apellido Harrison. Menos mal que tu madre no está aquí para ver esto y enterarse de tus escapadas. Muy bien, jovencita: ¿qué puedes decir en tu defensa?

Ella sacudió la cabeza, conteniendo las lágrimas.

—Mamá no me habría dejado sola —exclamó—. Ella nunca me habría encerrado allí arriba...

—Tu madre habría hecho lo que yo ordenara —replicó el padre fríamente—. Y

eso es lo que tú harás.

Se reclinó en el cómodo sillón, observándola con las manos cruzadas sobre el vientre. Hubo un largo silencio. Francie cambió nerviosamente de posición, sin mirarlo a los ojos.

Por fin él dijo:

—Estoy esperando que te disculpes, Francesca. ¿O acaso no lamentas el escándalo que has provocado?

Ella bajó la cabeza.

—Lo lamento, papá —susurró.

Él hizo un gesto afirmativo. Luego se levantó y, quitándose la chaqueta, la colgó sin cuidado en el respaldo del sillón. Sacó del escritorio una fuerte correa de piel y señaló un banquillo.

—Inclínate allí —ordenó.

—¡Pero esa es la correa de *Princesa*! —exclamó Francie, intrigada.

Él asintió.

—Así es. Y si te comportas como una perra vagabunda, es lógico que se te trate como a tal. Inclínate sobre el banquillo y levántate las faldas.

—Pero papá... —protestó ella, mientras Harmon la aferraba bruscamente por el brazo.

—Agáchate —rugió.

Y ella se dejó caer en el banquillo, aterrorizada, levantándose las faldas como se le ordenaba.

Cuando el primer azote le cortó la carne dio un grito. Gritó aún más bajo la lluvia de golpes siguientes. El tierno trasero le quemaba como fuego y la sangre corría en abundancia, manchándole la ropa interior.

Afuera, en el vestíbulo, Harry Harrison, de cinco años, se tapó los oídos con los dedos e imaginó, con la cara fruncida, lo que estaba ocurriendo en el estudio. Pero sabía que su hermana merecía el castigo; así se lo había dicho su padre. Decía que ella era perversa, que no valía nada, que había deshonrado su apellido y debía sufrir por eso, pues nada importaba más que el apellido y la estirpe familiar.

Al cabo de algunos minutos retiró los dedos de sus oídos. Los gritos habían cesado. Oyó que Francie sollozaba y que el padre le ordenaba levantarse. Un cajón se abrió y volvió a cerrarse. Entonces Francie volvió a gritar, pero de un modo diferente. Ese era un alarido de terror mortal.

La puerta del estudio se abrió de par en par. Allí estaba el padre, con una pistola en la mano.

—Y ahora me encargaré de la otra perra —dijo, cruzando el vestíbulo a grandes pasos.

Francie ahogó una exclamación. Había creído que él iba a matarla, pero ahora comprendía lo que pensaba hacer.

—No, no —aulló, corriendo tras él—. A *Princesa* no, papá, por favor, no...

Harry corrió tras Francie por el largo corredor de mármol. Su padre ya había abierto la puerta y cruzaba el patio hacia los establos. Los atareados mozos de cuadra abandonaron sus tareas para dar un paso atrás y quitarse respetuosamente la gorra, sin hacer nada por detener a la niña que gritaba.

En cuanto se descorrió el cerrojo, Francie oyó el ladrido gozoso de *Princesa* y, un momento después, la perra saltaba hacia ella. La rodeó con los brazos, en un gesto protector, mientras la lengua cálida de la perra le limpiaba del rostro la sal de las lágrimas.

—No voy a permitir que mates a *Princesa*, nunca —gritó a su padre—. Puedes matarme a mí, si quieres.

Con una seña, Harmon indicó a un mozo de cuadra que la sacara de allí y se quedó mirando, mientras el hombre separaba de la perra los brazos tensos de la niña. Luego se acercó serenamente, sujetó a *Princesa* por el collar y le puso la pistola contra la cabezota.

—No, papá, no, no —aullaba Francie—. Perdona. Haré todo lo que quieras. Nunca más me portaré mal, lo prometo. Pero por favor, por favor, no la mates...

Harry Harrison volvió a cubrirse las orejas ante el único disparo que retumbó en las paredes del patio. Vio que el gran animal de color pajizo caía lentamente, con una expresión desconcertada en los ojos ambarinos. Había muy poca sangre, pero sintió ganas de vomitar. Sin embargo sabía que su padre tenía razón; él le había explicado todo en el barco, mientras se paseaban por la cubierta al cruzar el Atlántico. Echó un vistazo a su hermana, convertida en un bulto sollozante abrazado a la perra muerta, y no sintió piedad por ella. Su padre había dicho que lo merecía y él le creía.

Los sirvientes de Harrison murmuraban. Pronto se supo en todos los salones elegantes de San Francisco que el millonario Harmon Harrison tenía a su hija en un cuarto de servicio, con rejas en las ventanas; que para castigarla había matado a su perro; que la golpeaba cuando se comportaba mal, lo cual ocurría con frecuencia; además, había contratado a una institutriz muy estricta para que le enseñara francés, a coser y a estudiar la Biblia, y para que le inculcara algunos principios morales.

—Cada familia tiene su cruz —comentaban en voz baja, entre tazas de té—. Pero el pequeño Harry Harrison es otra cosa. Tan guapo como el padre, con ese porte aristocrático y esos modales tan cuidados. Llegará muy lejos... y algún día heredará los millones de su padre.

Pronto Francie Harrison quedó olvidada. Pasó los diez años siguientes viviendo en el oscuro mundo del tercer piso, donde estudiaba francés, bordaba pulcras flores en carpetas que nunca se usaban y, todas las tardes, daba tranquilos paseos con su carcelera.

Todas las semanas la gobernanta informaba al padre sobre la conducta de su pupila. Si había cometido demasiadas faltas, Francie debía bajar al estudio, donde se la castigaba con la vieja correa de *Princesa*.

Harry fue enviado al este, a la escuela de su padre. La hermana lo veía de vez en

cuando, durante las vacaciones. Se mostraba grosero con ella y la evitaba en lo posible. Con los criados se comportaba con arrogancia; en sociedad era una seda. La jovencita decidió que Harry era un gusano y no merecía atención. Era como su padre.

Prisionera en su propia casa, añoraba a su madre y a *Princesa*, soñando con los días pasados en el viejo rancho, en tiempos felices.

Capítulo 7

Josh Aysgarth era un niño soñador, de pelo rubio oscuro y ojos grises, claros y solemnes; su sonrisa derretía el corazón. Él y Sammy Morris eran tan diferentes como la tiza del queso; Sammy era moreno y robusto; Josh, esbelto. Sammy tendía al genio vivo y al malhumor; Josh tardaba en enfadarse y no conocía la malicia. Vivía en un mundo de fantasías. Pero la señora Morris aseguraba siempre que era él quien metía a Sammy en problemas en la escuela; Annie, por su parte, decía que el malo era Sammy. Aun así trataba al niño como a su propio hermano, brindándole de su corazón lo que Josh dejaba libre.

Por eso fue un golpe tan duro que Frank Aysgarth, decidido a progresar, se construyera una casa de cuatro dormitorios en una colina frondosa. Le agregó un porche frontal de madera, rodeado de laureles. La llamó La Hiedra, aunque no había ni una hoja de esa planta en los alrededores. Trasladó a ella todos los muebles viejos, más un juego de sillones nuevos tapizados de terciopelo verde oscuro y un pesado aparador de roble con espejos, una mesa y seis sillas sólidas haciendo juego.

Cuando Josh informó a Sammy de la mudanza, su amigo quedó destrozado.

—Después de ser vecinos toda la vida, te mudas a un kilómetro de aquí. Es como si fueran cincuenta —rabió, enrojecido por el esfuerzo de retener las lágrimas furiosas—. No nos veremos más.

—Claro que nos veremos —dijo Josh, rodeándole los hombros con un brazo para consolarlo—. ¿No somos los mejores amigos? Nada nos va a separar.

Y fue cierto. Josh pasaba gran parte de la semana en casa de Sammy, para ahorrarse la larga caminata hasta la escuela con mal tiempo, porque no había tranvías que subieran la Colina de Aysgarth, como empezaron a llamarla. Durante los fines de semana, Sammy estaba siempre en casa de Josh.

—Sí que está loco por ese chico —decía la señora Morris a Annie, riendo—. A veces pienso que, si Josh le ordenara saltar hasta la luna, Sammy lo haría.

Annie sonrió también, pero la señora Morris la notó cansada. Ya tenía veinte años; era pequeña y redondeada, de adorables ojos pardos y abundante pelo castaño, pero todos comentaban que la muchacha no tenía vida propia. A veces, algún sábado templado, se escapaba por una o dos horas, pero siempre sola; por haber dejado la escuela para convertirse en «madre» siendo tan niña, no tenía amigos. Tomaba el tranvía hasta llegar al final de la línea y luego caminaba por el bosque; si se sentía con valor y tenía algo más de tiempo, viajaba en tren hasta Ilkley o Knaresborough, para pasear por la aldea y tomar el té en una de esas pequeñas confiterías de ventanas salientes. Pero con lo que más disfrutaba era llevando a Josh y a Sammy a pasar un día en los páramos o en las montañas; los dejaba correr, trepar y gritar desde las cumbres ventosas, pues allí no había a quien molestar.

—No sé qué me gusta más, señora Morris —decía cuando dejaba a Sammy en su casa. Traía las mejillas rosadas por el aire fresco, el pelo revuelto y los ojos chispeantes—. Me gustan las montañas en primavera, cuando los ríos se llenan de agua y los árboles brillan de hojas nuevas, como ahora, con todos los corderitos correteando al sol, y los terneros, que se refugian de los aguaceros bajo la panza de la madre, y las truchas que saltan en los arroyos. Sí, eso es estupendo, señora Morris. Pero entonces me acuerdo de los páramos en el otoño, kilómetros y kilómetros de brezos y aulagas y cielos ventosos, cubiertos de nubes blancas que parecen velas de barco. —Sonrió a la mujer por encima de la taza de té—. Bueno, basta de soñar —dijo enérgicamente—. Tengo que servir el té a papá. No ha pasado hambre, por supuesto, pues le dejé preparada una comida fría. Pero ya sabe usted lo exigente que es...

—Sí, lo sé —replicó Sally Morris, secamente—. Si quieres mi opinión, Annie Aysgarth, deberías pensar un poco más en ti misma y menos en tu padre. Es hora de que te busques un buen muchacho para casarte. Después de todo, niña, no hay muchas como tú: con el dinero de tu padre, tan buena ama de casa... Y bonita, por añadidura —agregó, como pensándolo mejor.

Con una sonrisa azorada, Annie se echó la capa de lana sobre los hombros y recogió sus cosas.

—Algún día, quizá. Cuando Josh haya crecido y pueda hacer su propia vida.

—Cuando Josh haya crecido ya será demasiado tarde —observó francamente la señora Morris—. Para entonces serás una solterona, Annie. Te quedarás para vestir santos.

Annie se ruborizó.

—A lo mejor así debe ser, señora Morris —dijo, apretando el paso hacia la puerta—. Es la voluntad de Dios, nada más.

Sally Morris la siguió con la vista. Había un largo trayecto cuesta arriba hasta La Hiedra, pero a Frank Aysgarth no se le pasaba por la mente gastar dinero en un *pony* y un carrito para su hija. «Tiene buenas piernas y debe usarlas», decía siempre. Era cierto. Pero también era cierto que la juventud de Annie desaparecía rápidamente bajo la carga de trabajo que él le imponía. La muchacha estaba muy sola. Y probablemente Frank también. Ella decía siempre que su padre lamentaba haberse mudado a La Hiedra. A no ser por su estúpido orgullo masculino, habría vendido la casa para volver a la calle Montgomery, donde tenían sus raíces. Allí Annie habría tenido la posibilidad de conocer a alguien con quien hacer su propia vida. Pero de nada servía; todo el mundo sabía que Annie no se casaría jamás, porque Frank Aysgarth era demasiado egoísta como para dejarse robar una buena ama de casa.

Ese atardecer, cuando Annie llegó a su casa, su padre la esperaba sentado ante la mesa de roble, fumando su pipa.

—Discúlpame el retraso, papá —dijo ella, arrojando la capa hacia la percha de bronce que había tras la puerta de la cocina. Corrió a avivar el fuego y puso en la

hornilla el gran hervidor de lata—. Tu té estará listo en un periquete. Como a mediodía solo comiste carnes frías, tengo una pierna de cordero en el horno, cociéndose a fuego lento.

—Deja de hablar y siéntate, Annie —dijo él, súbitamente.

Ella levantó la cabeza, sorprendida. Lo miró con desconfianza, preguntándose qué error habría cometido. Llegaba un poco tarde, era verdad, pero él no ignoraba que había ido a las montañas; no podía tratarse de eso. Las camisas estaban todas en la cómoda, lavadas y planchadas; sus calcetines, bien zurcidos; la casa, inmaculada. A menos que a uno de los muchachos le hubiera ocurrido algo.

—¿Es por Josh? —preguntó, secándose las manos en el delantal. Se sentó frente a él, preocupada.

—No, con los muchachos no pasa nada. Es tu tía Jessie. La prima de tu madre, ¿recuerdas? La conociste en el funeral. Después se fue a vivir a Northumberland. Ahora ha muerto y te dejó una pequeña fortuna. Aunque no me explico por qué te la dejó a ti y no a los muchachos —añadió, arrancando de su pipa secos chorros de humo.

—¿Una fortuna? —repitió ella, aturdida.

—Sí, niña. Te ha dejado cien libras en recuerdo de tu madre. Al menos, eso es lo que dice en el testamento. Y como eso es mucho más de lo que gana un hombre trabajando todo un año, no vas a derrocharlo en vestidos, joyas ni abrigos de piel. No: irá al banco, con el resto.

Los ojos redondos de Annie se pusieron más redondos aún.

—Pero el dinero es mío —dijo, lentamente—. Tía Jessie lo dejó para mí.

Frank echó unas bocanadas de humo, pensativo. No estaba habituado a que su hija le contestara.

—Sí, es cierto —reconoció—, pero las niñas no tienen cuentas bancarias. Así que lo depositaré con lo mío. Para cuando lo necesites de verdad.

Annie lo miró a los ojos, enojada. Nunca había soñado con ver cien libras juntas, pero ahora las tenía y deseaba verlas con desesperación.

—Tía Jessie me dejó ese dinero a mí, papá —repitió—. Tengo derecho a hacer con él lo que desee.

Frank apartó la silla, dejó cuidadosamente la pipa en el gran cenicero de vidrio y dijo con frialdad:

—Tú no tienes ningún derecho, Annie Aysgarth, no lo olvides. Harás lo que se te ordene y nada más.

Annie bajó la vista hacia las manos, enrojecidas por el trabajo doméstico, con las uñas quebradas y mordidas.

—Pobre tía Jessie —dijo, parpadeando para alejar las lágrimas de enojo ante su propia impotencia—. Aún no se ha enfriado en su tumba y ya estamos riñendo por su dinero. —Levantó la cabeza para mirar de frente a su padre—. Por favor, papá —rogó—. Nunca te he pedido nada.

Observó con el corazón dolorido esa cara firme e implacable; de pronto el dinero se convertía en símbolo de la libertad que tal vez decidiera comprar con él, algún día... Cuando Josh fuera todo un hombre, cuando se enamorara de alguna muchacha bonita y dejara a su hermana para casarse. Contuvo el aliento al ver un destello de indecisión en la cara de su padre. Luego volvió a suspirar, pues él, tosiendo, había recogido su pipa. Se sentó a la mesa y cambió lentamente el tabaco.

—Bueno —murmuró—, es en recuerdo de tu madre. Así lo dijo tía Jessie. Pero tendrás que guardarlo en lugar seguro, Annie. Si desaparece, no quiero ser responsable.

Ella se levantó de un brinco, con los ojos brillantes de gratitud. Habría querido echarle los brazos al cuello, pero era imposible, pues nunca en su vida lo había abrazado. En cambio dijo:

—Gracias, papá. Y mañana, en la iglesia, daré las gracias a tía Jessie por haberse acordado de mí. Y no te preocupes: voy a guardar las cien libras debajo de mi colchón, donde nadie las encuentre.

Llena de entusiasmo, se dedicó a poner la mesa. En cualquier momento llegarían los muchachos. A las seis en punto, como le gustaba a su padre los sábados. Había que darse prisa. Pero ahora tarareaba para sus adentros al trabajar, diciéndose que guardaría esa inesperada fortuna para los malos tiempos.

El año desastroso que cambió la vida de todos fue el de 1906. Por entonces Josh tenía diecinueve años y no era solamente apuesto: era hermoso. Tenía ojos grises, de oscuras pestañas, una densa cabellera de color rubio oscuro y facciones perfectas. Era alto, delgado y musculoso, como una estatua griega. Pero era por la mirada serena, la sonrisa suave y la dulzura de su expresión por lo que la gente lo encontraba bello.

—Josh Aysgarth es un loco —comentaban—, pero ayuda a los más débiles y es incapaz de hacer daño a nadie.

Decían que era «un inocente de la vida».

Sammy Morris recordaba perfectamente cuándo había caído en la cuenta de que Josh era guapo y él feo. Ese mismo día supo que lo amaba.

Habían ido a caminar por las montañas con un grupo de muchachos. Josh, alto y atlético, marchaba cómodamente el primero, con la cabeza en alto y una sonrisita en la cara, contemplando las maravillas de la naturaleza. No le hacía falta el palo que balanceaba para pasar los obstáculos: saltaba por encima de ellos como un gamo. Sammy, que cerraba la marcha, observaba celoso a los otros muchachos, que se agrupaban a su alrededor, admirándolo, festejando las bromas e intercambiando palmadas afectuosas en el hombro. No estaba habituado a compartir a Josh: siempre habían estado solos.

Cuando llegaron al río iba ya muy atrás, sumido en un estupor taciturno y cansado. Los otros se desvistieron para zambullirse desnudos en un estanque,

formado por las rocas en el ribazo del veloz río. Josh estaba de pie en la roca, desnudo como el día que nació, y contemplaba sonriente las aguas oscuras y quietas. Admirado en silencio por sus alegres compañeros, estiró los brazos por encima de la cabeza, listo para zambullirse. Sammy quedó sin aliento al ver su cuerpo, de músculos apretados y caderas estrechas, la despreocupación con que exhibía su virilidad. Con la cabeza echada hacia atrás, Josh permaneció un momento en absoluta inmovilidad. Luego describió un arco pálido y centelleante, hasta hundirse en el agua helada sin más que una leve ondulación. Salió a la superficie casi de inmediato y trepó a las rocas, riendo y sacudiendo la rubia cabeza, en una lluvia de gotas cristalinas; luego rodeó con un brazo amistoso a Murphy, un moreno irlandés que vivía en la calle vecina.

Los celos golpearon como un martillo el corazón de Sammy, le quemaron el estómago y le revolviéron las entrañas. Josh era su amigo, le pertenecía. Pero era caprichoso; disfrutaba tanto con la compañía de otros jóvenes como con la de Sammy. Y ahora su mejor amigo era Murphy.

Sammy se desvistió, apretando los brazos contra el cuerpo, estremecido por el glacial viento del norte. Bajó la vista a su cuerpo macizo, a las piernas cortas y musculosas, a su gruesa y pesada virilidad, comparándolas con la gracia de Josh, y se sintió más feo que el jorobado de Notre Dame.

Josh y Murphy jugaban a hundirse mutuamente bajo el agua, saltando uno sobre otro, mientras los otros chapoteaban a su alrededor. Al cabo Sammy también se sumergió cautelosamente, siempre fuera del grupo, como observador. Por eso resultó tan extraño que, algo más tarde, asegurara no saber lo que había ocurrido a continuación.

Contó a su madre que todos habían estado retozando en el río, mientras Josh y Murphy se desafiaban a nuevas zambullidas, dándose palmadas en la espalda y riendo. Por fin los otros se cansaron y salieron a secarse en el ribazo. Dijo que Murphy debía de haber nadado hacia la corriente del río, tal vez para exhibirse un poco más. Cuando volvieron a mirar había desaparecido. Dos días después encontraron su cadáver, enredado en las algas verdes de la orilla opuesta. Tenía la cabeza destrozada, como si se hubiera golpeado contra una roca al zambullirse.

Cuando Annie interrogó a Josh sobre lo ocurrido, el muchacho se encogió de hombros sin responder, pero sus ojos grises tenían una expresión lejana, que ella no pudo interpretar. Pensando que se debía a la pena, le dio unas palmaditas de consuelo en el hombro.

—No te atormentes, Josh —le dijo—. No había modo de ayudarlo. De lo contrario tú lo habrías hecho. Lo sé.

Sammy y Josh trabajaban para Frank Aysgarth desde los catorce años, al terminar la escuela. Habían comenzado desde abajo, como Frank: trepando andamios para llevar materiales, mezclando cemento y aprendiendo a disponer los ladrillos con pulcritud, a medir, a poner un marco de ventana, tejar una cubierta y revocar un

muro.

A Sammy le encantaba ese trabajo duro. Josh, en cambio, lo odiaba, aunque no se atrevía a quejarse ante su padre. Pero se lo había dicho a Annie, su única confidente, aparte de Sammy. Los otros dos varones ya estaban casados, con hogares propios, y en casa solo quedaban Annie y Frank.

Con cara de preocupación, la hermana preguntó:

—Bueno, ¿y qué te gustaría hacer, Josh?

Él se encogió de hombros.

—Guardabosques en un coto de caza —dijo perezosamente—. O granjero. Me gusta cuidar vacas y cosechar.

—Eh, pequeño, no sueñes —replicó ella, riendo—. ¿Qué sabes tú de cotos de caza o de cosechas?

Sammy sabía que Annie estaba preocupada por Josh.

—A veces no sé dónde está ni qué hace —le había confesado ella—. Desaparece, simplemente.

—No te aflijas —la tranquilizaba Sammy—. Yo siempre estaré allí para cuidarlo.

Él recordaba que, a los siete años, ambos habían jurado ser para siempre los mejores amigos y cuidarse mutuamente, pasara lo que pasase. Y habían sellado esa promesa con sangre, cortándose dolorosamente los pulgares. Él respetó su promesa, aunque Josh lo puso a prueba muchas veces; se iba con otros muchachos y lo dejaba solo. Pero él también ponía a Josh a prueba, desafiándolo a hacer cosas que de otro modo no se le habrían ocurrido, como caminar por el parapeto del puente ferroviario o cruzar corriendo frente a la rugiente locomotora, con solo segundos entre ellos y la muerte bajo las ruedas de hierro. Pero lo que Sammy no pudo soportar fue que su amigo comenzara a interesarse por las mujeres.

—Deja a las chicas en paz —decía, disgustado, al ver que Josh sonreía a un par de muchachas bonitas. Y cuando Josh se enredó con una moza vulgar y ansiosa, en Kirkgate—: ¿Para qué quieres salir con esa?

Los mismos celos volvieron a quemarlo, revolviéndole las entrañas hasta casi matarlo de dolor. Una vez más, se dijo que siempre serían solo él y Josh, pasara lo que pasase.

A Annie le resultó incomprensible que Josh se volviera súbitamente hosco. Por la noche, cuando volvía del trabajo, se lavaba y se sentaba a la mesa, tan callado como su padre. Pasó toda una semana sin que saliera; Sammy tampoco venía a visitarlo. La hermana supuso que habrían reñido, pero él no le contó nada. Annie, sentada con su tejido, notó que el muchacho daba un respingo cada vez que alguien llamaba a la puerta; de lo contrario permanecía con la mirada fija en las llamas, sin decir nada; ni siquiera leía el diario que ella dejaba en la mesa, a su lado. Claro que se explicaba, por ese horrible asesinato. Era el segundo; dos muchachas jóvenes, siempre con luna llena. «Los asesinatos de la luna», los llamaban los diarios. En Leeds no había mujer que se sintiera a salvo.

El reloj de la repisa (el mismo reloj de caoba que su padre había comprado para su novia), hizo sonar nueve dulces campanadas. Con un suspiro, ella dejó el tejido y comenzó a recoger las cosas.

—¿Quieres una taza de té antes de que me acueste? —preguntó a su hermano, antes de ir al fregadero.

Él se limitó a denegar con la cabeza. Annie se acercó a la escalera, pero vaciló por un segundo.

—Te ocurre algo —dijo en voz baja—. ¿Por qué no me lo cuentas? Después de todo, no puede ser tan grave. ¿A que estás enamorado o algo así? —sonrió—. Anda, háblame de ella. Quizá pueda ayudarte.

Pero él volvió a sacudir la cabeza, reclinándose en el gran sillón de pana verde, con los ojos cerrados.

—Nadie puede ayudarme —dijo, triste—. Déjame solo, Annie, ¿quieres?

La noche era muy fría; la escarcha había formado dibujos en los cristales de la ventana y por entre las cortinas de terciopelo se filtraba un viento helado. Annie se desvistió rápidamente para ponerse el camisón de franela rosada; luego agregó una abrigada mañanita, tejida con sus propias manos. Después se lavó la cara y aplicó a su larga cabellera castaña las cien cepilladas requeridas para mantenerla brillante. Por fin se estudió en el espejo. No le gustaba lo que veía.

Sally Morris le había contado lo que todos decían de ella: que ya no se la veía tan alegre y animosa como antes; que tenía arrugas de cansancio en la cara y el paso más pesado; que Frank Aysgarth la hacía trabajar en exceso. Sus antiguos vecinos comentaban que, pese a tener ya veintiséis años, nunca había tenido pretendientes; cuando Josh se casara, ese sería el fin para Annie Aysgarth, que se encontraría sola con el viejo Frank, malgastando la vida con su tejido, hasta que el padre muriera y la dejara sola. Sería la solterona, la fastidiosa tía soltera que los hermanos olvidan, sin hijos propios que la protegieran en la ancianidad. Sería una vieja solitaria.

Se dejó caer en la cama, con la cara entre las manos; las lágrimas rodaron entre sus dedos. Solo tenía veintiséis años, pero su vida estaba acabada, sin que hubiera tenido nunca una oportunidad.

Al cabo de un rato se arrodilló en el suelo, con las manos unidas y los ojos cerrados, y oró por su difunta madre, por sus hermanos Bertie y Ted, por Josh, cuya tristeza solo servía para acentuar su propia angustia. Luego oró por sí misma.

—Oh, Dios —imploró—, déjame conocer la vida, por favor. Déjame saber qué significa ser amada. Déjame probar la aventura, lo excitante. Deja que tenga hijos propios, para que no trate de retener a Josh cuando llegue el momento.

La piedra caliente, envuelta en un trozo de franela, había entibiado un pequeño sector de la cama; ella apoyó con gratitud los pies fríos. Pero cuando por fin se quedó dormida, aún estaba preocupada por Josh y preguntándose cómo haría para entrar en el mundo.

Ocurrió pocas semanas después. Las cosas habían vuelto lentamente a la normalidad. Josh salía de nuevo con Sammy. Frank tosía junto a su pipa y rezongaba por la cena, como de costumbre. Annie no sabía cuánto más podría resistir. Había sacrificado su juventud a las egoístas exigencias de su padre. Y ahora estaba perdiendo también a Josh. El resentimiento la ahogaba.

Las noches de invierno se convirtieron en horas largas, silenciosas y desesperadas junto al fuego, con su padre en el sillón de enfrente. Los dedos de Annie se movían con torpeza al tejer, cosa que siempre había podido hacer automáticamente, mientras soñaba con un mundo diferente, tal como el que mencionaban los periódicos, donde las señoras usaban vestidos de satén y bailaban con caballeros distinguidos, donde se partía hacia países extranjeros y las jóvenes se casaban con príncipes y condes, cargadas de enormes joyas y adoración. «Vivir: eso es lo que hacen», se dijo con envidia.

Cuando subió a acostarse, fatigada, Josh aún no había regresado. Ella le dejó la puerta sin llave, para que pudiera entrar. A las cinco de la mañana estaba en pie, como de costumbre; envuelta en su bata de lana y temblando, bajó las escaleras sin hacer ruido para avivar el lecho de brasas. Mientras llenaba el hervidor de agua oyó un ruido en la ventana.

—Sammy —exclamó, abriendo bruscamente la puerta—, ¿qué te trae a estas horas por aquí?

—Chist —susurró él, con un dedo contra los labios—. Que no te oigan, Annie.

Boquiabierta, ella observó su aspecto desaliñado, la chaqueta desgarrada y las botas llenas de barro. Tenía la tez agrisada e incolora; los ojos oscuros, enloquecidos de pánico.

—Algo le ha pasado a Josh —adivinó, con una punzada de miedo en el corazón.

El muchacho asintió como a regañadientes. Ella le aferró el brazo.

—¿Está herido?

Sammy sacudió la cabeza.

—Está bien —dijo precipitadamente—. No me preguntes qué pasó, Annie, pero está en graves dificultades. Las más graves que puedas imaginar. Me envía a verte. Dice que, si lo amas, debes ayudarlo. Sabes que Josh es incapaz de hacer ningún mal, Annie...

—¿Qué quieres decir? —susurró ella—. ¿Qué dificultades, qué mal...? ¿De qué estás hablando, Sammy?

Él aspiró hondo, trémulo.

—Josh tiene problemas con la policía, Annie. A estas horas lo estarán buscando. Me dijo que tú tienes el dinero de tu tía Jessie escondido bajo el colchón. Manda decirte que lo necesita para huir. —La asió por los hombros, súbitamente desesperado—. Tiene que huir, Annie, huir muy lejos. Fuera del país. Dijo que podríamos ir a San Francisco, adonde fue tu padre, y hacer fortuna allí... siempre que podamos alejarnos de este desastre. No hagas más preguntas, Annie. Dame el dinero y nada más. Yo iré

con él. Prometo cuidarlo hasta con mi propia vida. Pero te suplico que no me preguntes por qué.

Sus ojos oscuros y enloquecidos se encontraron con los de Annie. Ella comprendió que se refería a algo demasiado terrible para ser expresado con palabras, pero aún no comprendía de qué modo se relacionaba eso con Josh, que era tan bueno. ¿Qué podía haber hecho para estar en dificultades con la policía, hasta el punto de necesitar huir hasta San Francisco?

—Por el amor de Dios, Annie, no hay tiempo que perder.

Ella se dominó rápidamente. Después de subir a toda prisa la escalera, apartó el pesado colchón de lana y buscó a tientas el fajo de billetes de diez libras. Bajó corriendo y lo puso en las manos trémulas del muchacho, demasiado espantada para seguir haciendo preguntas.

—Gracias, Annie; eres estupenda —dijo él, guardando el dinero en el bolsillo. Sin una palabra más, bajó corriendo por el sendero.

Ella alzó la voz.

—¿Dijo Josh algo más? ¿No te ha dado un mensaje para mí?

Sammy sacudió la cabeza.

—Tengo que ir volando, mujer —dijo, mirando nerviosamente a ambos lados.

Ella asintió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Dile que lo amo, que nada importa —clamó—. Y que jamás creeré nada malo de él.

Los ojos insondables de Sammy se encontraron con los de ella por un momento. Luego él desapareció.

Hubo escándalo en el vecindario cuando la policía anunció que se buscaba a Josh Aysgarth por el asesinato de tres mujeres jóvenes.

—¿Josh Aysgarth? —exclamaban todos, incrédulos—. ¡Pero si no es capaz de matar a una mosca! Es un inocente de la vida, ese jovencito. Vive en un mundo propio. Y tampoco anda con mujeres. Siempre está con Sammy Morris.

Pero la señora Morris contó a todos que su Sammy había encontrado a Josh junto al cadáver de la muchacha, medio sumergido en el agua. Según Sammy, decía, Josh aseguró que no había sido él. Y Sammy le creyó, porque siempre había estado tocado de la cabeza por ese amigo. Había corrido a La Hiedra para pedir ayuda a Annie Aysgarth. Y ella ¿cómo iba a negarse, si había sido siempre como una madre para Josh desde la muerte de su verdadera madre? Annie estaba segura de que su hermano no era capaz de semejante cosa y había entregado a Sammy las cien libras de su tía Jessie, que guardaba para los malos tiempos. Entonces Sammy corrió a su casa, para contar a su madre lo ocurrido y decirle que huía con Josh. Y ahora la señora Morris no sabía siquiera dónde estaba su hijo.

—Jamás perdonaré a Josh Aysgarth, que ha llevado a mi Sammy por mal camino —decía a los atónitos vecinos, limpiándose los ojos con una esquina del delantal de flores—. Mi Sammy se ha ido y quizá no vuelva a verlo nunca más.

Si Annie Aysgarth sabía dónde estaban, no decía nada. Pero todos los que la veían en el mercado, corriendo para tomar el tranvía o comprando cerveza para su padre, como si todo fuera normal, comentaban que parecía tener cuarenta años de la noche a la mañana. Pobre Annie Aysgarth, que amaba a ese chico como a su propio hijo y jamás lo denunciaría.

En cuanto a Frank Aysgarth, desde que aparecieron los primeros titulares en los periódicos no volvió a salir de La Hiedra. El pelo se le puso blanco. Se retiró a un encierro y un silencio total, cuidado por Annie, su fiel hija.

Capítulo 8

1905.

La difícil niñez de Francie pasó con lentitud; una mañana, al despertar, recordó que ese día cumplía dieciocho años. Saltó de la cama (la misma cama de hierro, descascarillada y llena de bultos en la que había dormido durante catorce años) y corrió al espejo, ansiosa de ver si notaba alguna diferencia. Pero la cara que se reflejaba allí no había cambiado; no era ni un poquito más adulta.

Esa tarde su padre la hizo bajar a su estudio. Ella se presentó, obediente: con las manos cruzadas y los ojos bajos, odiándolo con todas las fibras de su ser.

Él arrugó la frente al mirarla. La muchacha tenía dieciocho años; ya no era una niña. Y era virtualmente incasable. Claro que, si él le fijaba una buena dote, quizás hallara a alguien dispuesto a quitársela de encima. Pero tampoco podía permitir que se casara con cualquiera; el día en que tuviera hijos, ellos serían los nietos de Harrison y deberían ser una honra para el apellido. Frunció el entrecejo, preguntándose cómo podía convertirla en algo más presentable. Era preciso enseñarle a comportarse, a fin de que se redimiera a los ojos de la sociedad y pudiera contraer un enlace decente. Si ese plan fracasaba, no habría más remedio que asegurar que la salud de la muchacha se había resentido, como en el caso de su madre, y relegarla al rancho.

Francie guardaba silencio, con los ojos bajos. De pronto su padre notó que era alta y erguida; tenía cutis suave y claro; su pelo rubio brillaba. Los pechos, bajo la tiesa lana del vestido, eran pequeños, pero agradablemente redondeados. Con alguna preparación se la podría convertir en una buena candidata para el matrimonio. Con la debida dote, por supuesto. Y a cambio su padre exigiría un título aristocrático. No podía conformarse con menos.

—Así que hoy cumples dieciocho años, Francesca —dijo.

Ella levantó la cabeza con una mirada sorprendida. Hasta entonces su padre nunca había mencionado sus cumpleaños; ella pensaba que no recordaba la fecha.

—Por favor —añadió él—, pide a la señorita James que se presente en mi estudio a las tres en punto. Dile que debemos hablar de cosas importantes.

—Sí, padre. —Francie esperó, nuevamente con la cabeza baja, hasta que él le ordenase retirarse.

Mientras la joven caminaba hacia la puerta, los ojos de Harrison se entrecerraron especulativamente. Estaba complacido con su proyecto. Podía deshacerse muy satisfactoriamente de ella y, por añadidura, agregar al apellido de los Harrison el lustre de un título nobiliario. Pero sabía que necesitaba ayuda. Tomó el teléfono para llamar a la señora Brice Leland, una de las principales matronas de San Francisco;

cuando explicó que necesitaba de su ayuda, ella lo invitó a tomar el té. Esa tarde Harmon le planteó su problema: una hija difícil y antisociable; él había hecho lo posible por educarla adecuadamente, pero en ausencia de la madre, ya podía imaginar la señora lo difícil que había sido. Francesca era una muchacha tímida; ahora tenía dieciocho años y era preciso presentarla en sociedad. Necesitaba un toque femenino.

La señora Brice Leland sonrió, entusiasmada y pensando en las oportunidades que eso le ofrecería de presentar sus sobrinas casaderas al riquísimo Harmon Harrison, que seguía viudo después de diez años, aunque las señoritas de San Francisco se esforzaban en lo contrario.

Ese mismo día, algo más tarde, la señorita James informó a Francie que debía hacer su debut en sociedad.

—Pero ¿por qué? —exclamó ella, desconcertada—. No conozco a nadie en la sociedad de San Francisco. ¿Qué interés pueden tener ellos en mí?

—Es lo que desea tu padre —replicó la gobernanta, revisando las direcciones de modistas, peluqueras, fabricantes de calzado y guantes, academias de baile y clases de comportamiento que le había dado la señora Brice Leland—. Tu padre piensa ofrecer un baile en tu honor dentro de dos meses. Debemos comenzar de inmediato.

Al día siguiente Francie fue llevada a la elegantísima City of París, donde se la equiparía de pies a cabeza para todas las ocasiones sociales concebibles. Siguiendo instrucciones de la señora Brice Leland, compró faldas de lana fina con chaquetas de estilo sastre para la mañana; para la tarde, blusas de encaje y vestidos de seda, modelos de *chiffon* para la hora del té y un hermoso vestido de baile, con una capa de terciopelo, para ir al teatro. Cada atuendo tenía sus zapatos, medias, guantes y accesorios adecuados: una sombrilla con volantes, un sombrero de paja con flores, un tocado con plumas. Había pasado la vida vistiendo sencillos paños de algodón o lana; ahora se embriagaba con el revoloteo de enaguas de tafeta, con la estrechez de las pequeñas zapatillas de satén. Pero el corazón le dio un vuelco cuando se vio en el espejo, vestida con sus nuevas galas. Sabía que, junto a las otras jóvenes asistentes al baile, sería como un torpe caballo de tiro ataviado de cintas festivas entre lustrosos y cuidados purasangres.

De cualquier modo no tuvo tiempo para preocuparse: estaba demasiado atareada. Volaba nerviosamente de las pruebas con la modista a las clases de comportamiento, donde le enseñaban a sentarse como una señorita, con los tobillos cruzados y los pies metidos hacia adentro, a usar el abanico, a caminar con vestido de cola. Aprendió los actos rituales que componen una reunión para tomar el té y a mantener una conversación cortés durante la cena. En las clases de baile le enseñaron el vals y la polca. Al cabo de seis semanas la dieron por preparada. Entonces fue invitada a tomar el té con las señoras de alta sociedad que habían aconsejado a su padre.

Luciendo un vestido de seda azul, del mismo tono que sus ojos, bajó de mala gana la gran escalera de roble rumbo al estudio de su padre. Por enésima vez se preguntaba por qué, después de ignorarla durante tantos años, él parecía haber decidido

presentarla a la restringida sociedad de San Francisco. Ante la puerta vaciló, con los malos presentimientos de siempre. Por fin soltó un suspiro y llamó, espalda erguida y mentón en alto.

—Pasa —dijo él.

Francesca obedeció, aunque el corazón se le hundía hasta las suelas de los zapatos nuevos.

La crítica mirada paterna la estudió de pies a cabeza.

—Vuélvete —ordenó él; ella giró, obediente—. Por una vez en la vida, estás presentable —dictaminó Harmon, por fin—. Darás las gracias por su ayuda a la señora Brice Leland y te comportarás como una damisela. Espero que seas una honra para los Harrison. ¿Comprendes?

—Sí, papá.

—Bien. Puedes irte.

Mientras ella salía, sentía sobre sí aquellos ojos críticos; tropezó y se oyó a sus espaldas un suspiro de exasperación.

—Por Dios, Francesca, ¿no te han enseñado a caminar como corresponde a una señorita? —exclamó él, enojado.

—Sí, papá —murmuró ella otra vez. Y se mordió los labios, más convencida que nunca de que iba a quedar como una tonta en el té de esa mujer.

La casa de la señora Brice Leland era un palacio de estilo italiano, edificada sobre la misma calle California, algo más allá. El interior era oscuro, con mucho roble tallado, satén, muebles sobredorados de estilo Luis XIV y cientos de palmeras en tiestos. La anfitriona presidía como una reina junto a la tetera de plata, rodeada por cinco o seis damas encaramadas en pequeñas sillas de brocado. Era una dama de amplio busto y aspecto majestuoso, vestida de encaje color violáceo y adornada con los diamantes rosados «para la tarde». Para las fiestas nocturnas poseía diamantes mucho más grandes y costosos, que decía haber heredado de sus antepasados; sin embargo todos sospechaban que ni su familia ni la de su esposo habían tenido siquiera habichuelas, mucho menos diamantes, antes de ganar una fortuna con las acciones de minas auríferas. Pero estaban habituados a engrandecer estirpes, siempre que en el banco hubiera dinero suficiente para cubrir la mentira. Las damas lucían complicados vestidos de seda, centelleantes de piedras preciosas. Entre el zumbido de las risas suaves y la conversación, sorbían té chino en frágiles tazas de Wedgwood y mordisqueaban exquisiteces preparadas por el cocinero francés. Cuando el mayordomo anunció a Francie todas giraron en redondo para mirarla fijamente, con los sombreros de plumas agitándose como una bandada de pájaros.

La señora Brice Leland sonrió y dijo, en un susurro audible:

—Bueno, bueno, el esqueleto que los Harrison tenían en el ropero. —Y se llevó los impertinentes a los ojos, para observar a la muchacha que esperaba—. Un

esqueleto bastante bonito, por cierto —reconoció—. Acércate, niña.

Frunció el entrecejo al ver que Francie tropezaba con los flecos de la alfombra turca, pero la presentó a las otras señoras. Luego dijo.

—Siéntate a mi lado, Francesca; nos gustaría conocerte un poco más. Después de todo, tu padre nos pidió ayuda y hemos hecho lo posible. Debo reconocer que parece un honor para el apellido Harrison y así se lo diré a tu padre.

—Gracias, señora.

Francie, ruborizada, recogió una taza y un platito con mano torpe, pero rechazó un delgadísimo emparedado de pepino por miedo a dejarlo caer; además, estaba tan nerviosa que tenía la seguridad de atragantarse con él.

Sin saber cómo, sobrevivió a cuarenta y cinco minutos de preguntas y respuestas corteses. Debió de hacerlo bien, porque cuando se fue ellas le sonreían. Una de las señoras dijo:

—Mañana doy un pequeño té para mi hija, querida. ¿Porqué no vienes, para que conozcas a algunas otras muchachas de tu edad?

La invitación era bondadosa, pero la idea de encontrarse con jóvenes de su edad llenó de miedo el corazón de Francie. Estaba segura de que sería espantoso.

Fue peor. Parecía una de ellas, sí, con su vestido de seda rosada, con mangas abullonadas y lazos en los hombros; ella también se sentaba con los tobillos cruzados, hablaba en voz baja y se mostraba cortés. Pero no sabía las cosas que ellas sabían; no tenía idea de quién o qué era el motivo de las alegres conversaciones. No conocía las escuelas, los lugares de veraneo, las casas, los amigos ni las fiestas que ellas mencionaban. Se sintió como un visitante de otro planeta. Y comprendió que ellas pensaban lo mismo; se les veía en las miradas subrepticias que intercambiaban y en sus sonrisas disimuladas. Francie ardía de humillación cada vez que dos cabezas relucientes y bien peinadas se unían en un susurro secreto.

Aun así, nadie rechazó la invitación a la cena y baile que Harmon Harrison organizó para su hija Francesca, una semana después. Por entonces toda San Francisco (exceptuando a Francie) sabía que el millonario estaba a la búsqueda de un esposo para su excéntrica hija.

La casa era, desde hacía varios días, un torbellino de preparativos. El *parquet* del salón de baile fue encerado diez o doce veces y salpicado con tiza de Francia; se limpiaron las enormes arañas de cristal y se encendieron sus cientos de velas. Había guirnalda de rosas rosadas alrededor de las columnas de mármol, en los muros, amontonadas en todas las superficies posibles. Las mesas gemían bajo el peso de la comida fría: cisnes de hielo llenos de reluciente caviar negro y gigantescas cornucopias de langosta fresca. Había bandejas de plata por docenas, con carnes al horno, montañas de espárragos frescos, torres de enormes uvas de invernadero, melocotones e higos, y estantes enteros de tartas, pasteles, budines, trémulos *soufflés* y coloridas gelatinas. Había una fuente de champán de dos metros y medio de altura y decenas de camareros contratados para ayudar al personal de la casa.

Harry, que tenía quince años, había sido llamado a la casa. De pie junto a su padre y Francie, esperaba para saludar a los invitados en el vestíbulo de mármol. Era ya tan alto como su hermana y de hombros anchos: una versión más joven de su padre. Y como él, no dirigía una sola palabra a la joven.

El vestido de Francie había sido hecho con metros y metros de frágil encaje blanco, sobre seis anchas enaguas de tafeta rosada, decoradas con estrechas cintas de terciopelo del mismo color. Sus medias eran de pura seda blanca; los zapatos, de satén blanco bordado; los guantes, de la más suave y nívea cabritilla, se abrochaban con docenas de diminutos botones. El pelo rubio, recogido en la coronilla, se sujetaba con una tiara de diamantes; en la cintura llevaba un ramillete de rosas rosadas.

A Josh Aysgarth le pareció la princesa de un cuento de hadas. Él era uno de los camareros contratados especialmente para esa velada; su trabajo consistía en ofrecer champaña a los invitados, pero no podía apartar los ojos de la señorita Francesca Harrison, aunque fuera un sueño inalcanzable para un muchacho como él, recién desembarcado del barco que lo había traído desde Inglaterra, sin un centavo en el bolsillo.

Él y Sammy habían tenido suerte al ser contratados para esa noche; de lo contrario habrían pasado hambre, cosa que a ninguno de los dos le gustaba. Sin embargo, no podía dejar de contemplar a la muchacha. Lo intrigaba, porque habría podido jurar que estaba asustada; se la veía muy pálida, con los ojos muy grandes. Se preguntó a qué le tenía miedo, si tenía todo lo que una persona podía desear: belleza, fortuna, una casa estupenda y una familia que la quería.

—Harías bien en dejar de mirarla —le susurró Sammy Morris, celoso, al pasar con una bandeja cargada de copas—. Es demasiado rica para ti.

—Cualquier gato puede mirar a una reina, ¿no? —replicó Josh. Pero sabía que Sammy tenía razón.

Los asistentes al baile de Harrison lo recordarían hasta el día de su muerte. Más adelante hablarían de eso en susurros escandalizados, comentando que aún entonces había sido obvio que Francie Harrison no era trigo limpio.

Estaba allí, entre su poderoso padre y su apuesto hermano, bonita como ninguna con sus rosas, su encaje blanco y la tiara de su madre. Saludaba a los invitados sin una sola sonrisa en la cara pálida. Se sentó a la mesa de cabecera, petrificada por los nervios, sin que un solo bocado, un simple sorbo, pasaran por sus labios. Cuando abrió el baile con su padre se la veía aterrorizada; luego bailó con el conde *von Wurtheim*. En realidad, el conde la monopolizó; la señora Brice Leland se encargó de eso. Claro que tenía edad suficiente para ser su abuelo y todo el mundo sabía que no tenía dinero; pero poseía un título antiguo y vastas propiedades en Baviera. Hubo muchas risas cínicas y cejas enarcadas, pues los intentos casamenteros de la señora Brice Leland eran muy obvios. Todo el mundo hablaba de eso. Por fin alguien lo

comentó en voz más alta de la debida:

—Todo el mundo sabe que Harrison está tratando de casar a la loca de su hija; la ofrece junto con un millón de dólares, solo para deshacerse de ella.

Francie perdió el color; su cara quedó blanca como la tiza; después tomó un gris ceniciento y, con una exclamación nerviosa, recogió sus faldas y huyó del salón. La gente se abría ante ella como las aguas del Mar Rojo, mirándola con estupefacción. El padre fue tras ella; la señora Brice Leland hizo lo mismo, pero pronto volvieron los dos; al parecer no habían podido hallarla. El baile prosiguió normalmente, mientras todos fingían no haber visto nada extraño, pero estaban vigilantes, a la espera de ver qué iba a ocurrir.

De pronto llegó el hermano, precipitadamente, y habló por lo bajo con su padre. Entonces fue Harmon Harrison quien se puso pálido, aunque todos supieron que en su caso era de furia. Salió del salón a grandes pasos, tratando de conservar su dignidad, pero parecía a punto de matar a alguien. Y eso fue lo que hizo, o poco menos, cuando la encontró en el balcón, llorando a lágrima viva... en los brazos de un apuesto camarero.

Mientras abajo continuaba el baile para celebrar su presentación en sociedad, Francie fue nuevamente encerrada bajo llave en su cuarto. Se arrojó en la cama, con las mejillas ardiendo de humillación, y golpeó coléricamente las almohadas. Al cabo de un rato se plantó frente al espejo para mirarse: «la loca», con sus ridículas galas y una etiqueta invisible prendida al hombro, que decía «Un millón de dólares». Su padre la había humillado delante del mundo entero. Todos sabían que él buscaba quitársela de encima. Todos sabían que él la consideraba loca, perversa e indigna de alternar en sociedad. Y ella acababa de demostrar que tenía razón.

Con un gemido de desesperación, se quitó a tirones la hermosa tiara de diamantes y la arrojó contra la pared. Se quitó con violencia el fabuloso vestido de encaje y desgarró las crujientes enaguas de seda; luego las pisoteó. Hizo volar los finos guantes de cabritilla, los zapatos de satén bordado, el corsé dolorosamente estrecho. Sollozando, maldiciendo a su padre, volvió a mirarse en el espejo, semidesnuda, con la cabellera rubia desordenada, el rostro pálido de enojo y los párpados hinchados por el llanto.

«Esta soy yo, —se dijo—; esta persona real en el espejo. No una muñeca emperifollada para un viejo con título nobiliario, que no se interesa por mí, sino por el dinero de mi padre». Entonces se arrojó otra vez en la cama y lloró un rato más.

Cuando todas las lágrimas acabaron, cuando el primer arrebató de furia y dolor hubo cedido, se acordó del pobre camarero que la había ayudado. El joven la tomó del brazo mientras ella corría a ciegas por el vestíbulo y la llevó a la terraza. Francie temblaba tanto que le castañeteaban los dientes y él se quitó la chaqueta para ponérsela sobre los hombros. Luego la rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza.

—Todo está bien —le dijo, calmándola—. Todo está bien, señorita. Las cosas no pueden ser tan graves. Yo lo sé, porque he sufrido lo mío. Duele por un tiempo, pero

después todo mejora. Vamos, señorita, deje de llorar y cuénteme qué le pasa. Tal vez yo pueda ayudarla.

Pero ella se limitó a sacudir la cabeza, tan sofocada por las lágrimas y la humillación que no podía hablar. Él la retuvo en sus brazos, acariciándole el pelo y reconfortándola con sus palabras hasta que las lágrimas cesaron; entonces ella levantó la vista y lo miró por primera vez.

Era tan rubio como ella, de ojos oscuros y pestañas largas. Tenía la frente ancha y la nariz tan fina y recta como una estatua griega. Era tan hermoso, tan dulce su expresión y su sonrisa, que ella creyó estar viendo un ángel.

—¿Quién es usted? —susurró, echándose hacia atrás.

—Nadie. Solo un camarero.

De los ojos de Francie brotaron lágrimas solidarias.

—Yo también soy nadie —dijo, amargamente.

—¡Francesca!

Al girar vio las caras horrorizadas de la señora Brice Leland y su padre; un momento después la arrancaban de los brazos de su salvador y el padre lo atacaba a golpes; la bella cara de ángel quedó cubierta de sangre; estaba tendido en el suelo, pero el padre seguía pateándolo y cubriéndolo de maldiciones. Luego se volvió hacia ella. La aferró por el brazo para arrastrarla por la escalera de servicio hasta su cuarto. Allí la arrojó al suelo de un empujón.

—No eres digna de una sociedad decente —dijo, en un susurro glacial—. Estás demente; eres una prostituta, una cualquiera. Ya me encargaré de hacerte encerrar para siempre.

Luego cerró de un portazo e hizo girar la llave. Ella adivinó lo que planeaba. Oh, no la encerraría allí arriba, para que fuera para siempre el esqueleto en el ropero de los Harrison. No: la internaría en el manicomio estatal, cerca de San José, donde se encerraba a los locos de verdad. De ese modo, ni Harry ni él tendrían que volver a verla. Nadie la vería, sería como si hubiera muerto.

Petrificada, corrió a las rejas de la ventana para mirar la noche. La luna se abría paso por entre la niebla; del salón surgían débiles compases de música. Unos pocos sirvientes remoloneaban en el patio, fumando a escondidas. Un caballo relinchó en los establos. Francie recordó los ojos tristes y desconcertados de *Princesa*, cuando su padre le puso el revólver contra la cabeza, y simplemente deseó que la matara también a ella. Pero no lo haría, no. La golpearía. Sin que hubiera escapatoria.

A las siete de la mañana siguiente su padre la hizo bajar a su estudio. Vestía tan inmaculadamente como de costumbre; estaba recién afeitado y olía a colonia. Esperaba de pie junto a su escritorio, con la vieja trailla en la mano. Sus ojos eran astillas de hielo.

—Ya sabes lo que debes hacer —dijo.

Francie se mantuvo tiesa y absolutamente inmóvil junto a la puerta. Se había lavado los ojos hinchados; tenía el pelo cepillado hacia atrás y atado con una cinta; vestía su viejo y práctico vestido oscuro. Había preparado con mucha atención lo que iba a decir, pero llegado el momento se encontró aterrada. Aspiró hondo. Ahora o nunca.

—No, padre —dijo con suavidad—. Ya no soy una criatura. No volverás a golpearme.

La expresión implacable no cambió.

—Agáchate sobre el banquillo, Francesca.

Ella lo miró fijamente. El padre flexionó la correa contra la palma de la mano, como si ella no hubiera abierto la boca.

—No —repitió Francie, en voz alta—. Te dije que no volverás a golpearme.

Él cerró los ojos, como si tratara de dominarse. Luego su rostro se disolvió en una máscara de odio y cólera. La aferró por los cabellos para arrastrarla por la habitación hasta el banquillo. Luego levantó la trailla y la descargó contra ella con todas sus fuerzas. La muchacha gritó, pero él volvió a azotarla, una y otra vez, cada golpe más potente que el anterior, en un frenesí de ira. Por fin los gritos cesaron y Francie se deslizó al suelo, aturdida por el dolor y el espanto.

El padre se irguió ante ella, respirando ruidosamente; aferraba en la mano la correa ensangrentada y su rostro estaba lleno de desprecio. Luego volvió a su escritorio, guardó la correa en un cajón, se enderezó la corbata, se alisó el pelo y marchó hacia la puerta.

Maitland esperaba en el vestíbulo, inexpresivo. Su amo le ordenó buscar a la señorita James para que lo ayudara a llevar a la señorita Francesca a su cuarto; él iría a la oficina.

La cara de la institutriz quedó pálida al ver a Francie en la alfombra, casi inconsciente, con el vestido hecho tiras y la espalda desnuda, cubierta de sangre. Sus ojos espantados se encontraron con los de Maitland.

—Nunca he visto una cosa así. Esta niña necesita de un médico.

El mayordomo replicó:

—Ese hombre está loco de ira. Creo que la próxima vez va a matarla. La llevaremos al convento de las Hermanitas de la Misericordia; allí la atenderán y estará a salvo. Voy a informar de esto en el comedor de servicio y les diré que me voy. El que lo desee puede acompañarme. No pienso seguir trabajando para una persona tan cruel como Harmon Harrison, aunque sea muy importante y pague buenos salarios.

La señorita James asintió.

—Voy a buscar una manta, señor Maitland. Yo también me iré en cuanto la hayamos dejado en el convento. No voy a quedarme aquí para hacer frente a su cólera.

Capítulo 9

Dos semanas después del baile de los Harrison, Maitland entró en la Barbary Saloon, una taberna de la calle Pacific donde trabajaba Josh. Vestía pantalones y chaqueta de mezclilla en vez del formal traje negro de mayordomo, y al principio el joven no lo reconoció. Maitland, en cambio, lo reconoció por la cara maltrecha.

—Parece que Harmon Harrison se esmeró contigo —dijo, viendo el yeso que le cubría la cabeza, el ojo negro y la boca hinchada.

Josh puso medio litro de cerveza en el manchado mostrador de madera y se encogió de hombros.

—También estuvo a punto de matar a su hija —agregó Maitland, echándose un buen trago.

—¿A su hija? ¡Pero si es casi una niña! No estaba haciendo nada malo... solo llorar.

—Sé que tú solo querías ayudarla, hijo, pero ella lo avergonzó ante la flor y nata de San Francisco. Odia a todas las mujeres, a ella más que a ninguna. La ha tenido encerrada durante años enteros, con la excusa de que era difícil de manejar y de que estaba algo loca. Pero luego pulió sus modales, la vistió bien e hizo saber que estaba dispuesto a entregarla con una dote de un millón de dólares, siempre que se la llevara alguien con título nobiliario. Ella oyó que algún tonto lo comentaba; naturalmente, quedó muy alterada y huyó. Y ahora todo el mundo sabe que la encontraron en los brazos de un camarero. También se sabe que, en su furia, Harrison la hizo picadillo; aún ahora está a las puertas de la muerte.

Josh lo miraba estupefacto.

—Pero no puede ser. No hay padre capaz de hacer eso.

Maitland asintió.

—Es la verdad. Yo mismo la llevé al convento de la Misericordia. Las hermanas la están atendiendo, pero no tienen muchas esperanzas. Harrison se limitó a hacerles una pequeña donación; no ha ido a visitarla. Y yo le oí decir a su hijo que no le permitiría volver a pisar la casa. Siempre que sobreviva, claro.

—Si ella muere habría que ahorcar a ese cerdo —estalló Josh, descargando el puño contra el mostrador.

Maitland lo miró cínicamente. Después de vaciar su copa, movió la cabeza.

—¿En esta ciudad? Imposible, hijo. Harmon Harrison es rico y poderoso; tiene a San Francisco en un puño. Los hombres como él hacen las leyes y la gente como nosotros tiene que obedecerlas.

—Todo es culpa mía —dijo Josh, poniéndose la chaqueta—. Iré a verla ahora mismo. El convento de la Misericordia, dijo usted.

—No te dejarán entrar, hijo —le advirtió Maitland.

Pero el joven ya había cruzado las puertas de la taberna y estaba en la calle.

Las Hermanas de la Misericordia era una orden dedicada a cuidar de los pobres y los enfermos. El convento era un pequeño edificio de arcadas blancas que se levantaba en la calle Dolores, a cierta distancia de la acera. Lo rodeaban muros altos, con gruesos portones de madera firmemente cerrados para el mundo, pero eso no detuvo a Josh. Después de tirar de la campanilla de hierro, esperó con impaciencia a que alguien lo atendiera, golpeando los pies helados contra el suelo. Volvió a llamar; la campanilla resonaba en un sitio lejano. Por fin se oyó un ruido de sandalias sobre las losas. Una monja lo miró por un panel abierto en la puerta, medio oculta por la blanca toca almidonada.

—He venido para visitar a Francesca Harrison —dijo él—. Necesito verla.

—A la señorita Harrison no se le permite recibir visitas —dijo la monja con voz serena, casi en un susurro.

—Pero a mí querrá verme —exclamó él, afligido.

—¿Usted es un familiar?

—¿Familiar? Sí, por supuesto —mintió en su desesperación.

—No se permite la visita de ningún familiar —replicó ella con firmeza, mientras comenzaba a cerrar la ventanilla.

—No, no, espere, por favor. —Josh empujó la ventanilla para abrirla otra vez—. Usted no comprende... Soy su novio. La amo, ¿comprende?, y ella me ama. No puede morir. No voy a permitir que muera. No puede morir sin verme. Por favor, hermana, se lo suplico...

Vio la indecisión en la cara de la monja y se apresuró a agregar:

—Esa niña iba a ser mi esposa. ¿Cómo pueden prohibirme que la vea?

—Un momento, por favor.

El joven oyó el suave palmoteo de las sandalias en las losas, mientras la monja desaparecía. Se paseó frente al portón, balanceando los brazos. La noche invernal era cruda y él no tenía abrigo. Su chaqueta, aunque de buena mezclilla de Yorkshire, estaba muy raída; había rellenado con periódicos las suelas de sus botas para evitar el frío y la humedad; poseía exactamente cinco dólares. Pero nada de eso importaba; la bella Francie agonizaba y él tenía que salvarla.

Al oír que la monja volvía echó un vistazo anhelante por la ventanilla.

—Dice la Reverenda Madre que puede pasar —dijo ella, quitando el cerrojo a los grandes portones—. Quiere hablar con usted.

Después de quitarse la gorra, él la siguió por un patio enlosado. Cruzando una puerta se encontró en una antesala.

—Dice la Reverenda Madre que espere aquí. Ella vendrá en cuanto pueda.

La monja desapareció por una segunda puerta, mientras Josh se paseaba por el cuarto, nervioso. Era una habitación pequeña, de toscas paredes escayoladas y suelo de cerámica despareja; estaba amueblada con una simple mesa de roble y dos sillas de respaldo recto. De una pared pendía un crucifijo muy bien tallado. La única

ventana estaba tan arriba que nadie podía mirar por ella, hacia adentro o hacia afuera; hacía tanto frío allí como en el patio. Gruñó tristemente al imaginar a Francie Harrison en ese sitio tan glacial; una muchacha como ella debía estar donde hubiera calor, vida, colores. Y todo era culpa suya. Pensó en Annie, su hermana, lamentando que estuviera tan lejos. Annie habría sabido cuidar de ella con sopas nutritivas, avivando el fuego y ahuecándole las almohadas. Annie la habría curado en un abrir y cerrar de ojos.

—Buenas noches.

Giró en redondo, sobresaltado, pues no había oído entrar a la superiora. Como la otra monja, vestía un largo hábito gris y una tiesa toca blanca que le ocultaba la cara. De la cuerda que le rodeaba la cintura pendía un rosario de ébano y un manojito de llaves plateadas; del cuello, una gran cruz de oro sin adornos.

—¿Usted desea ver a la señorita Harrison? —dijo, con voz tan suave que él hubo de aguzar el oído.

—Sí, señora... es decir... sí, Reverenda Madre. Verá usted: yo sé lo que ocurrió y lo que ella ha sufrido. La amo, Reverenda Madre, y creo poder ayudarla.

—Lamento decírselo, pero la señorita Harrison está agonizando. Nos parece mejor dejar que muera en paz. Hasta su padre tiene la entrada prohibida.

—¡Su padre! —estalló Josh, con la cara contraída en una mueca de desprecio—. ¡Pero si fue él quien la golpeó hasta casi matarla!

Se hizo el silencio; la superiora lo estudiaba por debajo de la toca. Por fin preguntó:

—¿Por qué cree poder ayudarla, señor? ¿Cuál es su nombre?

—Aysgarth. Josh Aysgarth. —Luego agregó, impulsivo—: Con amor. Amor puro. Como el que nos dio el Señor.

Volvió a reinar el silencio. Él se miraba las manos, azules de frío.

—Muy bien, señor Aysgarth —resolvió ella—. El Señor nos dio amor. Reconozco que es preciso brindarle una oportunidad. Sígame, por favor.

Él marchó ansiosamente tras la superiora, que se deslizaba por oscuros corredores cubiertos de azulejos. Por fin llegaron a una habitación donde se alineaban camas grises, cubiertas de coloridas mantas escarlatas. Solo había dos ocupadas; en una dormía una anciana; en otra, un niño de unos doce años, con la cara roja de fiebre y los ojos oscurecidos por el dolor. Un biombo grande separaba del resto un sector de la sala. La reverenda le hizo señas desde el otro lado. Allí, pálida e inmóvil como la muerte, en medio de un pequeño camastro de hierro, yacía Francesca Harrison.

La velaba una monja joven, con la cabeza inclinada sobre el rosario; el único sonido del cuarto era la trabajosa respiración de Francie. Josh cayó instintivamente de rodillas, uniendo las manos en silenciosa plegaria. Apenas se atrevía a mirarla, pero notó que ya la desgarraba la devastación de la muerte. Le habían cortado la hermosa cabellera rubia para combatir la fiebre; había oscuras sombras azuladas bajo los ojos; tenía las mejillas hundidas y los labios exangües entreabiertos, pues respiraba con

dificultad. Y las manos huesudas, sin vida, permanecían cruzadas sobre el pecho, como si ya estuviera en el ataúd. Siguiendo un impulso, Josh le tomó la mano enflaquecida y fría como el hielo; encontró el latido del pulso, lento e inseguro, y supo que ella aún se aferraba a la vida.

—Francie —susurró, como si temiera perturbar su sueño—, he venido a ayudarte, Francie. Siento mucho que te hicieran daño, pero te doy mi palabra de honor que nadie volverá a herirte. En adelante yo cuidaré de ti. Es un juramento solemne.

Pasó con ella un largo rato, hablándole, sin que la joven reaccionara. Al cabo de una hora se fue, dejándola dormir.

Iba a verla todos los días. Temprano por la mañana corría al convento, antes de que abriera el bar; si le era posible, volvía antes del turno de noche. Pero siempre la encontraba igual: inmóvil, con los ojos bien cerrados contra el mundo que la odiaba, los labios sellados contra un mundo que no la comprendía y el cuerpo, ansiando escapar de un sitio que no la quería. Josh comprendió que Francie deseaba morir; percibía sus ansias de liberación y no sabía qué hacer. Por eso le hablaba, sosteniéndole las manos y acariciándole la cara con suavidad, mientras le susurraba al oído:

—Cuando estés mejor, Francie, te llevaré a mi casa. No conoces nada tan hermoso como los páramos de Yorkshire, pequeña mía, y las ovejas de sus montañas. Tenemos la mejor lana del mundo, y toda se hila en nuestras hilanderías de Yorkshire...

Se interrumpió al recordar el motivo por el que había llegado a San Francisco. Luego agregó, con un profundo suspiro:

—Sí, quizás algún día pueda llevarte allí, Francie. Cuando pueda volver a casa.

Todas las noches Sammy le decía que era un tonto.

—Apenas la conoces —aseguraba, echando grandes tragos de cerveza. Se inclinaba sobre el mostrador, para que Josh no dejara de oírlo bien—. Esa mujer no hará más que traerte problemas. Por ella ya recibiste una paliza y perdiste un empleo. ¿No te basta con eso? Si muere, su padre será quien reclame el cadáver. Si vive, cosa muy improbable, la llevará a su casa y cuidará de que no vuelva a darle dolores de cabeza. Eres tú quien busca dolores de cabeza, Josh Aysgarth. Como de costumbre.

Sammy golpeó la copa vacía contra el mostrador, en un gesto amenazador. Fulminando a Josh con la mirada, se abotonó la chaqueta para enfrentarse a la noche lluviosa.

—Por una vez harías bien en escucharme, Josh Aysgarth. Bien sabes lo que pasa cuando no me escuchas. ¿Te acuerdas de la última vez?

Y salió, furioso. Josh lo siguió con la vista, preguntándose una vez más cómo podían ser amigos de toda la vida, si habían sido siempre tan distintos. Por mucho que amara a Sammy, había en él cosas que su amigo jamás comprendería, tal como él no entendería jamás una parte de Sammy.

De cualquier modo, el muchacho tenía razón. No había modo de que el señor

Harrison dejara escapar a su hija, aunque ella muriera.

—¿Soñando otra vez, Josh? —gritó el tabernero, irritado—. Pues te advierto que es la última vez. Muévete hombre, que si no atiendes a los parroquianos te encontrarás en la calle.

Espoleado por la amenaza, Josh se puso en acción. Pero las palabras de Sammy lo perseguían. Recordó lo ocurrido la última vez que él había actuado por su cuenta, ignorando sus consejos, y se estremeció al pensar en la huida: a la carrera por la noche oscura y lluviosa, aterrorizados. Y Sammy, que prometía ayudarlo. Si estaba en San Francisco era gracias a Sammy. Gracias a él estaba con vida y había conocido a Francie. Todo lo debía a Sammy Morris, su mejor amigo.

Francie sabía que era imposible abrir los ojos. Parecía pender en un resplandor de luz blanca, colmado de suaves susurros y del tranquilizador murmullo de voces discretas, como el viento en los álamos, allá en el rancho. Tal vez estaba allí, de nuevo en el rancho con su madre, *Princesa* y la bonita yegua castaña. Todo era apacible, salvo cuando se movía; entonces estallaba en fragmentos de dolor, cada uno tan penetrante como una hoja de cuchillo. Luego oía que alguien gritaba y sabía que era ella misma. Cuando se calmaba el dolor permanecía suspendida en el tiempo, con los ojos fuertemente cerrados, a salvo en su propio mundo privado, blanco y apacible.

Oía voces suaves que la llamaban por su nombre.

—Francie, querida —decían—, abre los ojos. Es un día precioso, Francie. Mira cuánto sol.

Con frecuencia las voces oraban por ella, pidiendo al buen Señor que le devolviera las fuerzas y el coraje para enfrentarse nuevamente a la vida. Pero ella no quería enfrentarse a su antigua vida; le gustaba esta. En su mundo privado no había voces ásperas, crueldad, odio ni dolor. Era un sueño tranquilo en el que deseaba permanecer para siempre. Un día, en vez de voces femeninas y susurrantes, reconoció la de un hombre.

—Francie —dijo—, soy Josh. Soy el camarero que te ayudó. He venido a verte. Abre los ojos y mírame, Francie.

Josh, Josh, Josh... El nombre resonaba en su mente. Pero ella se resistió a seguir pensando; no quería recordar lo ocurrido.

Sentía los párpados tan pesados como si ya les hubieran puesto monedas encima, tal como hacían con los muertos. Tal vez estaba muerta y jamás volvería a abrirlos. Pero así no podría ver a Josh.

De pronto el peso se retiró de sus párpados. Los abrió lentamente. Fue como levantar el telón en un teatro. La luz del día fue como un golpe; había solo sombras vagas e inconexas. Su visión se fue aclarando, hasta que una cara surgió a la vista. La bella cara del ángel bueno.

—¿Josh? —susurró.

—Por fin, niña —dijo él, sonriéndole con alivio—. Creía haberte perdido.
Le tomó una mano y se la besó.

Capítulo 10

Francie comenzó a mejorar; el color volvió a sus mejillas y la carne a sus huesos; se iba fortaleciendo día a día. Las monjas sonreían al ver la ansiedad con que esperaba al joven y le buscaba la mano, esa mano que había sido su cuerda salvadora, al apartarla del abismo del que nadie, ni siquiera los médicos, habían podido rescatarla.

—El joven tenía razón —susurraban—. Gracias al amor que el Señor nos dio se hizo el milagro.

Josh iba todos los días. Cuando recibía su paga le traía un ramillete de violetas, un perfecto melocotón de invernadero, chocolates frescos.

—No debes gastar dinero en mí —le reprochaba ella—. Lo necesitas.

Pero él se limitaba a esbozar esa dulce sonrisa suya y le tomaba la mano para besársela con suavidad.

Ese beso inocente despertaba estremecimientos en todo el cuerpo de Francie; en los años transcurridos desde la muerte de su madre nadie le había dado un beso; ya había olvidado la cálida sensación de amar y ser amada. Habría querido rodear a Josh con sus brazos y estrecharlo contra sí, como antes abrazaba a *Princesa*, o acariciarle la cara como acariciaba a *Blaize*, su yegua castaña, porque esas eran las únicas experiencias de amor en su vida carente de afectos; no conocía otras.

Pero cuando él se iba, entre las cejas de la muchacha aparecía una arruga de preocupación; las monjas habían dicho que dentro de una semana estaría en condiciones de abandonar el convento. Pero ¿adónde iría? ¿Qué podía hacer? No tenía hogar ni dinero. En el mundo entero, su único amigo era Josh, y ella sabía el esfuerzo que le costaba cubrir solo sus propios gastos.

Al día siguiente, mientras se paseaban lentamente por los claustros, ella le dijo con decisión:

—Pronto saldré de aquí. Debo conseguir un empleo.

Él sacudió la cabeza.

—Las mujeres como tú no trabajan, Francie. No han sido educadas para eso. —Sonrió ante la idea—. Apostaría a que nunca has preparado un simple huevo duro.

—Pero puedo aprender, ¿verdad? —replicó ella—. Podría ser ayudante de cocina, aprender a cocinar, atender las mesas... cualquier cosa.

—Aquí, en San Francisco, no puedes. Nadie dará empleo a la hija de Harmon Harrison.

—Bueno, podría prepararme para ser enfermera, como las monjas...

—Pero entonces no nos veríamos más, Francie.

—Al menos, sé coser y bordar. Es lo único que he hecho en mi vida.

—Mi esposa jamás trabajará en uno de esos talleres donde explotan a la gente —

afirmó él, con un destello de furia.

El corazón de Francie latió con fuerza. Se detuvo a mirarlo.

—¿Tu esposa?

—Sí, niña, eso es lo que dije.

Ella se dominó.

—No tienes por qué hacerte responsable de mí, Josh —dijo, con serena dignidad—. Puedo arreglarme sola.

Él la tomó por los hombros para mirarla al fondo de los ojos.

—Es que antes nunca me enamoré de nadie, Francie. Quiero cuidar de ti y hacerte feliz.

De pronto la muchacha se sintió desbordante de felicidad, como cuando era solo una pequeña que jugaba libremente en el rancho, gritando y saltando como un carnero. Desde la muerte de su madre no había amado a nadie, pero esto era diferente; la dejaba sin aliento y trémula por dentro. Cuando Josh se inclinó hacia adelante para besarla suavemente en los labios, ella solo deseó que el beso durara eternamente.

A la semana siguiente Josh fue en busca de Francie; ella se había puesto un vestido de lana parda y una chaqueta, donados por una organización de caridad, y llevaba un pequeño hatillo con otras prendas regaladas. Su única propiedad personal eran las botas con las que había llegado al convento. Se había cubierto la cabeza con un chal de lana a cuadros. Josh le dijo que parecía una de las muchachas que trabajaban en las hilanderías de Yorkshire.

La Reverenda Madre les impartió su bendición; luego puso en manos de Francie un bolso de piel blanda, que contenía unos cuantos dólares.

—Lleva esto con nuestra bendición, por favor, y que el Señor te guíe y te ayude en tu senda —murmuró.

Al cerrarse tras ella las grandes puertas del convento, Francie bajó la vista hacia su bolso. Su humillación era completa. No era dueña de nada, ni siquiera de la ropa que llevaba puesta. Llena de enojo, profundo y ardiente, juró para sus adentros que algún día los Harrison se verían tan humillados como ella. Y comprendió que odiaría a su padre hasta la muerte y aún más allá de la tumba; hasta la eternidad.

El Bar y Pensión Barbary era un edificio de cuatro plantas, de ladrillo y madera, edificado en la Pacific Avenue, al pie de Telegraph Hill. Estaba flanqueado por el sucio salón de baile Venus y el conocido burdel Carrera del Oro. La taberna trabajaba mucho, pues recibía a los clientes que iban a bailar y a los que salían del burdel. En ambos casos, los hombres venían con hambre y sed; sumando a los que trabajaban en el mercado, un par de calles más al sur, el largo mostrador de caoba marcada estaba siempre lleno.

Francie esperó en la acera, sonriente, mientras Josh pagaba el coche de alquiler;

recordaba aquellos secretos paseos nocturnos en los que rondaba las puertas de las tabernas, llena de envidia; ahora vería cómo eran en realidad. Josh le había reservado un cuarto junto al suyo. Ella estaba decidida a devolverle el dinero con lo que tenía en el bolso; después buscaría trabajo, por mucho que él se opusiera, pues no podía seguir viviendo eternamente de la caridad ajena.

—Usted debe de ser Francie Harrison.

Se volvió sorprendida hacia el joven moreno y fornido que se apoyaba contra la puerta. Vestía una raída chaqueta, una bufanda anudada al cuello y una gorra a cuadros, aplanada, que no hizo siquiera ademán de quitarse. Francie sonrió tímidamente.

—Y usted debe de ser Sammy Morris, el mejor amigo de Josh. Me ha hablado mucho de usted.

—Puede que sí, puede que no —replicó él, sin sonreír.

Eso le pareció muy cordial, pero en ese momento Josh la rodeó con un brazo, diciendo:

—Veo que ya te encontraste con Sammy.

En los ojos se le veía que estaba complacido. Por eso ella sonrió amablemente y dijo:

—Me alegro mucho de conocerte al fin, Sammy.

Él arrugó desdeñosamente la nariz, burlándose de su modulación educada.

—Ah, qué elegantes somos, ¿no? Bueno, tendrá que bajar un poco a la tierra, señorita Francesca Harrison. Esto no se parece a Nob Hill.

—Francie lo sabe y no quiere volver a Nob Hill —dijo Josh, pasando junto a Sammy para entrar.

El pasillo olía a años de mugre y comida rancia. Francie frunció la nariz al subir las escaleras sin alfombra. Cuando llegaron al tercer piso estaba sin aliento; Josh le rodeó la cintura con un brazo para ayudarla a subir los cinco últimos escalones. Luego abrió la puerta con gesto orgulloso.

Francie se quedó mirando esa pequeña habitación arrinconada bajo el tejado; el techo bajaba casi hasta el suelo; pero era más grande que su cuartito de servicio y no había rejas en la gran ventana, que dejaba entrar la luz grisácea de marzo. Contempló la gran cama de bronce, con su colchón hundido y su liviano cubrecama de algodón blanco; la maltrecha cómoda, a la que le faltaba un cajón; el gastado linóleo pardo y la alfombra vieja, el sillón de pana roja, con el relleno asomando, y la desvencijada mesa, que lucía un frasco con anémonas cuidadosamente puesto en el centro.

Y le pareció perfecto: era luminoso y aireado; las flores de Josh le daban un aspecto hogareño. Se sintió mareada por el amor, la felicidad y el largo ascenso de las escaleras.

Él la miraba, inquieto.

—¿Te parece adecuado? Sé que estás acostumbrada a una casa grandiosa, pero esto es lo mejor que pude conseguir. Por lo menos, está lejos de la taberna y de sus ruidos. Y

como yo estoy al pie de esos cinco escalones, no debes tener ningún miedo.

Francie le tomó la mano, riendo.

—Estando tú cerca jamás tendré miedo, Josh.

Sammy Morris los miraba agriamente desde el descansillo.

—Me voy a trabajar, Josh —dijo, mientras se ajustaba la bufanda y se abotonaba la chaqueta—. Hasta luego.

Y bajó la escalera sin echar una sola mirada a Francie.

La muchacha lo siguió con la vista; estaba segura de que él no la quería, pero Josh le dijo que no se preocupara, que Sammy era así.

—Está acostumbrado a que seamos solo él y yo, ¿comprendes? Así fue siempre desde que éramos niños. Hasta ahora nunca le he presentado a nadie como tú. Pero cuando llegue a conocerte él también te amara.

Francie no estaba tan segura, pero sonrió y se dedicó a pasearse por su nuevo hogar.

—Aquí tomaremos el té —dijo, deslizado una mano por la tosca superficie de la mesa—. Y mira qué panorama. ¡Pero si desde aquí se ve prácticamente todo San Francisco!

Contemplaron juntos las blancas aves marinas que volaban en círculos por el cielo gris de invierno. Luego ella dijo:

—No me has dicho por qué viniste a San Francisco.

Josh le volvió la espalda sin responder. Ella se apresuró a añadir:

—No quiero ser entrometida. Es que me extraña verte tan lejos de tu patria.

Después de algunos segundos, él explicó:

—Vine a buscar fortuna, como lo hizo antes mi padre.

—¿Tu padre?

—Sí, Frank Aysgarth. Vino hace treinta años con el mismo propósito. Mis padres eran pobres. Nunca hubo mucho dinero en la familia, exceptuando a tía Jessie, que era rica solo por matrimonio. Esa tía dejó cien libras a Annie, mi hermana. Y Annie me lo dio para que Sammy y yo pudiéramos viajar hasta aquí.

Josh le contó la historia de sus padres, de lo pobres que eran y de cómo su padre había aprendido en San Francisco a ganar dinero.

—Al menos —concluyó—, así lo contaba nuestra Annie. Y ella debía de saberlo, porque lo vivió. Es una buena muchacha —afirmó con calor—. Ha sido mejor que cualquier madre.

Francie se levantó de la cama en la que lo había estado escuchando, y le echó los brazos al cuello.

—Me has contado todo lo tuyo; ahora te conozco de verdad y tú a mí. No tenemos secretos. —Se echó a reír—. Seremos como tus padres; trabajaremos mucho para poder criar a nuestros hijos, algún día, y para tener una casa como La Hiedra.

Los días de Francie cayeron pronto en la rutina; a la seis en punto, Josh corría por el último tramo de escalera y la despertaba con un beso, una taza de café y un trozo del pan fresco que compraba en una panadería italiana vecina. Insistía en que ella se quedara descansando mientras él cumplía en el bar con el largo periodo del almuerzo, pero siempre se presentaba en su puerta a mediodía, llevándole un plato de guiso irlandés o picadillo de carne, según cuál fuera el almuerzo gratuito que la taberna sirviera ese día. Y a las tres, cuando terminaba su turno, ella lo esperaba ya vestida. Josh le había comprado una larga bufanda de seda, de un bonito color azul, para cubrirse la cabeza rasurada; ella se envolvía en el chal a cuadros, para protegerse de los vientos fríos que soplaban a principios de primavera, y ambos salían a explorar San Francisco, con cuidado de no ir a ningún sitio donde Francie pudiera ser reconocida.

Él le mostraba una ciudad en la que ella vivía desde su nacimiento sin haberla visto nunca; trepaban a Telegraph Hill para ver la niebla, que se levantaba desde el océano como una masa blanca y rodaba hacia ellos, envolviéndolos en un sudario adherente; cuando todos los barcos hacían sonar la sirena, la campana o el silbato, reían y se tapaban los oídos. Paseaban en el tranvía y en los *ferries*; se divertían con las focas que retozaban entre las piedras del acantilado y contemplaban el correr de las olas en la playa. Y admiraban el magnífico Palace Hotel, el más grande de América, con su atrio de siete pisos, siete mil ventanas saledizas con vista a la ciudad y un suntuoso bar de nueve metros de longitud.

A veces Josh sonreía al escucharla parlotear sobre sus descubrimientos, pero en otras ocasiones caminaba a su lado en silencio, con la vista fija en el suelo, perdido en un mundo propio.

—¿Te ocurre algo? —preguntaba ella, afligida.

Pero él se encogía de hombros.

—Nada malo, niña —decía, como si hasta hablar fuera un gran esfuerzo. A veces, cuando estaban en el cuarto de Francie, pasaba siglos mirando calladamente por la ventana, con los ojos tan opacos como el cielo gris. Pero había veces en que la tomaba en sus brazos para besarla; entonces todo su ser se llenaba de gozo.

De algo no cabían dudas: Sammy Morris no la quería. Sammy trabajaba en una construcción, acarreando ladrillos por los andamios durante todo el día; pasaba las veladas en el bar de abajo, con Josh. No se acercaba a ella desde aquel primer encuentro en la acera, pero una noche llamó a su puerta. Francie estaba de pie ante la ventana, contemplando las luces parpadeantes de San Francisco y la pálida luna primaveral.

Corrió a abrir, pero dio un paso atrás al ver que se trataba de Sammy. Esos ojos, oscuros y llameantes, se fijaron en los de ella. Se quitó la gorra.

—Vengo directamente desde el trabajo. Tengo que hablar con usted, señorita

Harrison.

Ella le sonrió con timidez.

—Pase, por favor. ¿Por qué no nos tuteamos?

—No he venido para hablar de cosas sin importancia —dijo él, abruptamente—. Tengo que decirle algo sobre Josh.

—Creo que comprendo. Sé lo importante que es su amistad con Josh.

—Más importante que usted —replicó él, con una mirada súbitamente rencorosa—. Y más importante de lo que usted sabrá nunca, señorita Francie Harrison.

Sus ojos oscuros se llenaron de odio. Dio un paso hacia ella. Francie olió el sudor de su camisa y vio el polvo de cemento sobre su piel. Se apretó contra la puerta para alejarse. Habría querido que Josh estuviera allí, pero Sammy había elegido bien el momento: su amigo no llegaría hasta dentro de una hora.

—Josh y yo estamos enamorados. Vamos a casarnos —dijo Francie, nerviosa—. Pero los tres podemos ser amigos...

Sammy apretó la gorra con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Habría querido abofetear esa cara sonriente.

—¿Qué ha hecho usted para considerarse amiga de Josh? —bramó—. Ni siquiera lo conoce. No lo conoce de verdad, como yo. Él no la necesita. No le conviene una mujer débil, que se le prenda como una sanguijuela. Necesita de un amigo que cuide de él, que lo ayude y con el que pueda contar, pase lo que pase. Josh no puede ofrecerle nada.

—Pero me salvó la vida.

—Y por eso estuvo a punto de perder la suya. No le ha contado lo que le hizo su padre, ¿verdad? No, claro que no. Probablemente ya lo ha olvidado. Josh siempre olvida todo lo que no le gusta. Uno le pregunta y él deja los ojos en blanco. «No, —dice—, yo no hice eso, Sammy». Y uno sabe perfectamente que él lo hizo.

—No sé de qué me habla —susurró ella, asustada—. Amo a Josh, él me ama, vamos a casarnos y eso es todo.

Él dio un paso más y bajó la voz hasta un susurro amenazador.

—De acuerdo. Usted se lo ha buscado. ¿Por qué cree que Josh huyó de su casa? ¿Por qué cree que está aquí, en San Francisco? Dice que lo sabe todo sobre él, pero apuesto a que él nunca le dijo eso. Bueno, se lo diré yo: huye de la policía.

Se paseó por el cuarto, haciendo resonar el suelo con sus botas pesadas. Tenía los puños apretados y la frente arrugada de angustia. Las rodillas de Francie se volvieron gelatina; se dejó caer en la silla.

—Pero ¿por qué huye de la policía? —preguntó.

Sammy echó la cabeza atrás, con los ojos cerrados, y dijo lentamente:

—Porque Josh Aysgarth es un asesino.

Francie lo miró, aterrorizada. Se dijo que él solo quería asustarla; verdaderamente lo había logrado.

—Usted está celoso. Nada más —dijo, temblorosa.

Él le echó una mirada pensativa.

—He venido a advertirla. Él ya ha matado a tres mujeres, todas jóvenes y bonitas como usted. Las mató a puñaladas. —Alargó la mano hasta apoyar un dedo en el cuello de la muchacha—. En el cuello, justo donde palpita el pulso. Eso es lo que me dijo: que era el mejor lugar. —Echó un vistazo por la ventana a la enorme luna redonda—. Y siempre ocurre cuando hay luna llena. Haría bien en creerme, señorita Harrison. Será mejor que se vaya, que lo deje. No tiene tiempo que perder.

Francie comprendió que el hombre debía de estar loco.

—¿Qué clase de amigo es usted, para decir algo tan terrible?

—Un amigo de verdad —replicó él con amargura—. Es lo que usted jamás comprenderá.

Por entonces la muchacha le tenía tanto miedo que temió desmayarse, pero dijo:

—Jamás le creeré. Y no voy a abandonar a Josh. Jamás.

Se hundió de nuevo en la silla, medio encogida al ver que él daba un paso en su dirección; Sammy tenía los puños apretados y ardía de cólera. Luego pareció dominarse. Pasando junto a ella, se encaminó hacia la puerta.

—No podrá decir que no le avisé —le advirtió por encima del hombro.

Francie se apresuró a echar la llave y apoyó el cuerpo contra la puerta, con el corazón acelerado. Por fin corrió a la ventana y observó la gran luna pálida que iluminaba la ciudad, pensando en lo que acababa de oír. Deslizó los dedos por la suave curva de su cuello, hasta detenerlos en el pulso palpitante. Él las apuñalaba allí, según Sammy. Era el mejor lugar.

Se sentó en la cama, envolviéndose con la manta, fría de miedo, a la espera de que llegara Josh.

Los minutos pasaron lentamente hasta las once; por fin oyó sus pasos en la escalera y corrió a abrir. De inmediato se arrojó en sus brazos.

—¿Qué pasa, niña? —preguntó él, estrechándola—. Tiembles como una hoja.

Francie miró aquellos suaves ojos grises, la cara buena y familiar. Lo que Sammy decía era imposible, pero aun así no podía dejar de llorar.

Josh la levantó para llevarla a la cama; se acostó junto a ella, abrazándola. Le acarició el corto pelo rubio y secó a besos las lágrimas de sus ojos. Luego la besó en la boca, acercándola aún más a sí, hasta hacerle olvidar a ese malvado de Sammy Morris. Ella solo quería permanecer para siempre en sus brazos.

La mano de Josh le buscó el pecho, haciendo que su corazón diera un vuelco. Estremecida, vio que le desabrochaba lentamente los botones. Cuando él le besó el cuerpo desnudo, Francie se llenó de felicidad. Estaban tan cerca que eran casi como una sola persona. Por fin sabía cómo era el amor.

Parecía algo muy natural estar en sus brazos, compartir los cuerpos como compartían los pensamientos. Ella era joven e inocente; la hizo más feliz que a nadie estar entre los brazos del hombre que la amaba.

Al día siguiente Josh brincó ansiosamente por la escalera hasta la habitación de Francie, con los brazos llenos de narcisos, y llamó a la puerta con impaciencia.

—Date prisa, Francie. Soy yo —anunció sonriente, al oír sus pasos rápidos.

Ella abrió la puerta de par en par. Por un largo instante no hicieron sino mirarse. Él pensó que nunca había visto a una mujer tan encantadora: brillaban el pelo rubio y los ojos de zafiro; le sonreía, medio vacilante, medio tímida. Y ella pensó que nunca había visto el amor en ojos como aquellos, cálidos, suaves y hermosos.

—¡Una sorpresa! —dijo, poniéndole el ramo en los brazos.

—¡Narcisos! —Encantada, sepultó la nariz en ellos para aspirar su delicada fragancia—. Las flores de la primavera. —Y le echó los brazos al cuello—. Gracias, muchísimas gracias por amarme.

Sus labios se encontraron en un largo beso. Por fin él apartó la boca y ella lo miró con timidez.

—Jamás olvidaré lo de anoche.

Él le levantó el mentón con un dedo para besarla otra vez.

—Yo tampoco. Pero no puedo quedarme. Voy a trabajar y ya llego tarde.

Ella se apoyó en la barandilla para seguirlo con la vista mientras él bajaba las escaleras a paso leve. Cuando se detuvo en el descansillo para saludarla con la mano, el sol que se filtraba por la polvorienta ventana convirtió su pelo en un halo. Ella se admiró de que fuera tan bello y tan bueno; el malvado era Sammy Morris, claro. Al volver a su cuarto vio las flores y sonrió. ¡Qué rica era su vida, pese a tanta pobreza!

Por la ventana abierta le llegaban repiqueteos de cascos, ruido de carros y gritos de muchachos que anunciaban los periódicos vespertinos. Los vendedores ambulantes pregonaban a voz en cuello castañas o salchichas asadas; la música se elevaba alegremente desde el vecino salón de baile.

Cosió algunos botones a las camisas de Josh, esperando que pasaran las horas para volver a verlo, mientras pensaba en su larga niñez de prisionera y en su padre brutal. Le deseaba la muerte, sin arrepentirse nunca. Él la había apartado de la vida, robándole la niñez y la juventud. Lo odiaba tan apasionadamente como amaba a Josh Aysgarth.

Josh se retrasaba. El despertador de lata, con sus campanas gemelas, marcó las cuatro y las cinco sin que viniera. Francie contempló el pasar de los minutos hasta las seis. Entonces no pudo soportar más. Echándose el chal sobre la cabeza, corrió escaleras abajo hasta la taberna.

El bar estaba atestado por grupos de hombres de traje oscuro y sombrero de hongo; bebían *whisky* y leían los diarios de la tarde a la luz de vacilantes lámparas de gas. El humo de cigarrillos hacía guirnaldas entre las vigas del techo; había un fuerte olor a serrín, sudor masculino y cerveza. Varias pupilas del burdel vecino se habían sentado en una de las mesitas de mármol, muy vistosas con sus grandes sombreros emplumados y sus vestidos brillantes. Al pasar ella pidieron más ginebra, riendo ruidosamente. Una mujer de busto abundante y pelo imposiblemente rojo la miró de

arriba abajo, diciendo con aire burlón:

—¡Mirad lo que tenemos por aquí! ¡La huérfana de la tempestad!

Los hombres del bar se volvieron a mirarla, riendo. Francie se ciñó el chal, buscando desesperadamente a Josh. Un hombre corpulento, en delantal y mangas de camisa, la llamó desde el mostrador.

—¿Sí? —dijo—. ¿Qué desea?

—Perdone —dijo ella, con voz débil—. Buscaba a Josh.

—Hable más fuerte. Con tanto bullicio no la oigo.

Ella repitió, más alto:

—Busco a Josh Aysgarth.

Los clientes la observaron con interés, mientras el tabernero sonreía con aire enterado.

—Conque a Josh Aysgarth. Bueno, llega usted tarde. Terminó hace un par de horas.

—¿Ya terminó? —repitió ella, extrañada.

—En efecto. Vino a buscarlo Sammy, su amigo, y salieron juntos.

El hombre siguió atendiendo a sus clientes, Francie le volvió la espalda, sin saber qué hacer.

—Te ha dejado plantada, ¿eh? —chilló la vocinglera pelirroja—. No lo puedo reprochar, con la pinta que traes, mujer. Consíguete otro vestido, querida, y un par de... —Se cubrió la boca con la mano y dijo algo a sus compañeras. Todas estallaron en alaridos de risa.

Un hombre rubicundo, que estaba apoyado contra el mostrador, se bebió su vaso de un trago, observando pensativamente a Francie, que apartaba los ojos de las mujeres para cruzar el suelo cubierto de serrín, rumbo a la puerta. Luego recogió su periódico, arrojó algunas monedas al tabernero y la siguió de prisa.

Francie corrió por las escaleras hasta el cuarto que Josh compartía con Sammy y tocó a la puerta. No hubo réplica. Llamó otra vez, preocupada, preguntándose si Josh estaría dormido o enfermo, quizás. Estaba segura de que no podía haberse ido sin decirle nada. Justo ahora. La puerta estaba sin llave. Abrió y echó un vistazo. Las dos camas estaban hechas; de una silla colgaba la bufanda de lana parda de Sammy. Francie se estremeció. El cuarto desierto parecía helado e impersonal, en nada parecido a Josh. Subió lentamente a su propio cuarto. No tenía idea de dónde estaba Josh. Tampoco sabía si iba a regresar.

Pasaron lentamente las horas; el atardecer se convirtió en noche. Y él no regresaba. Francie oía los gritos ebrios de quienes estaban de fiesta en las calles, y compases de música provenientes del salón vecino. Recordó lo viva y feliz que se había sentido esa mañana, al oírlos. La luna brillaba como un reflector en su ventana; el reloj marcaba las tres.

Esa noche interminable fue peor que cuantas había pasado a solas en su viejo cuarto de Nob Hill, porque en aquella época no estaba enamorada. En el claro de

luna, los narcisos traídos por Josh parecían un decorado teatral para una obra que se hubiera representado muchos años antes. Cerró los ojos, perfectamente inmóvil; su vida estaba en suspenso hasta que Josh volviera. Y si no volvía, ella estaba segura de morir.

La luna se esfumó, el sol ocupó su lugar y la calle se llenó súbitamente de ruidos y vida. Y Josh seguía sin venir.

Francie yacía como muerta en su cama, tan vacía de emociones que no podía siquiera llorar. Eran las dos de la tarde. Afuera los vendedores de periódicos gritaban.

—¡Extra, extra!

Oyó otro ruido, un leve susurro junto a su puerta. Se levantó de un salto para abrirla de par en par, pero no había nadie. Solo un ejemplar de la edición extra que los vendedores estaban voceando en la calle. El enorme titular negro gritaba la noticia: MUJER MUERTA A PUÑALADAS EN CALLEJÓN DE BARBARY COAST.

Francie cerró los ojos, temerosa de leer más. Dejo caer el diario y se hundió en la cama, pero sus ojos volvían al terrible titular. En la parte alta de la página vio unas palabras garabateadas a lápiz «No digas que no te lo advertí».

Las frases bailaban ante sus ojos al leer: «... solo veintiún años... brutalmente apuñalada, con el cuello cortado...».

Su mano subió subrepticamente al cuello. Gimió en voz alta al recordar la suave cara sonriente de Josh, al despedirse en la escalera. Pero Josh no había vuelto por la noche. Todo ocurría exactamente como Sammy había predicho.

Capítulo 11

1906.

Una niebla leve y húmeda llegaba desde la bahía, envolviendo como un sudario las viviendas del puerto y tocando las ventanas de las grandes mansiones en Nob Hill. Sus fríos dedos rozaban las mejillas de las mujeres que volvían apresuradamente al hogar, por solitarias calles nocturnas, haciéndolas estremecer y echar miradas nerviosas por encima del hombro, como si ya sintieran el contacto del asesino.

Pero Francie dormía el sueño de los exhaustos. No oyó la puerta al abrirse; no supo siquiera que Josh estaba allí hasta que sintió su mano en la de ella y su aliento contra su mejilla.

—Muy fría —murmuró él—. Estás helada, pequeña.

Demasiado asustada para moverse, lo vio cruzar el cuarto para encender la lámpara de gas. El muchacho se acercó a la ventana para mirar la niebla, con la frente arrugada; luego se volvió hacia ella. Recogió el periódico y leyó los terribles titulares negros.

—Sammy me contó lo tuyo —sollozó Francie—. Le dije que mentía por celos, que no le creía. Pero ocurrió, tal como él lo predijo.

Él se sentó en la cama, a su lado, y le puso una mano bajo el mentón.

—¿Le crees, Francie?

Ella contempló la cara del hombre que amaba, el que le había salvado la vida en vez de ponerla en peligro. Irradiaba bondad. Hasta las monjas lo decían. Sin embargo, Sammy le había predicho que una muchacha sería asesinada. Y Josh había pasado toda la noche fuera.

—¿Y si yo te dijera que nunca maté a un solo ser viviente, ni siquiera a la más insignificante polilla? —susurró él en voz baja.

—Pero Sammy parecía decir la verdad.

—Sí, siempre es así. Y muchas veces lo he lamentado. Cuando éramos pequeños juramos no fallarnos jamás. «En las buenas y en las malas», dijimos. Y los dos hemos respetado siempre esa promesa.

La miró con tristeza al agregar:

—¿Te dijo cómo huimos de la policía? Yo no quería creer que era Sammy, mi amigo, el autor de esos asesinatos. Pero ahora sé que es cierto. Ayer por la tarde vino al bar, hablando por los codos. Me contó lo que te había dicho y sentí miedo por ti. Le seguí de bar en bar, de salón en salón. Lo vi con una muchacha, pero después lo perdí de vista. Desapareció, simplemente. Y ahora, esto. Está loco —dijo, con los ojos grises llenos de amarga desilusión. Le tendió la mano—. Créeme, Francie, por favor. El asesino no soy yo, sino Sammy.

—Oh, te creo, Josh, por supuesto. Siempre te he creído —exclamó ella, con su joven cara resplandeciente de amor.

Él la rodeó con sus brazos, la besó en el pelo, en los ojos, en los labios.

—Pareces exhausta —dijo con ternura—. Apuesto a que no has comido nada. Vamos a una cafetería.

Al bajar las escaleras, del brazo de Josh, todos los pensamientos referidos a Sammy y al asesinato se replegaron hacia el fondo de su mente, como un mal sueño. Estaba tan aliviada y feliz que no vio siquiera al hombre corpulento y rubicundo, que se apartaba de la multitud frente al salón de baile Venus para seguirlos por la Pacific Avenue, a discreta distancia.

Tampoco supo que Sammy Morris los había oído salir. Esperó con la oreja pegada a la puerta de su cuarto, hasta que los pasos de ambos se perdieron. Entonces subió de prisa los seis escalones que llevaban al cuarto de Francie. Por la cara le cruzó una expresión amarga y desesperada. Se cubrió los ojos con las manos para no ver esa cama arrugada, donde ambos se habían revolcado juntos, y el periódico con su horrible noticia arrojado al suelo, como si no tuviera importancia. Tocó la navaja plegable que tenía en el bolsillo, imaginándolos juntos en la cama, con la mente enferma inflamada de cólera y celos. Por fin giró en redondo y salió de la habitación.

Harmon Harrison y su apuesto hijo Harry subieron la escalinata de la Grand Opera, cerca de la calle Mission. La temporada había tenido un mal comienzo, pero esa noche el Metropolitan se redimía con una representación de Carmen, con el legendario tenor Enrico Caruso en el papel de Don José. Allí estaban todos los que eran alguien en San Francisco. Harmon saludaba con la cabeza a sus amigos mientras él y Harry se instalaban en su palco.

La orquesta inició la obertura, las enormes arañas de cristal amortiguaron sus luces y el telón se levantó poco a poco. Con un susurro de expectación, el elegante público se acomodó para escuchar a la voz del siglo en uno de sus personajes más famosos.

Pero aunque la representación era mágica, Harmon no podía concentrarse. No lograba dejar de pensar en su hija. Se decía que todas las mujeres eran iguales, que Francie era igual que la ramera de su madre, la mujer del prostíbulo de Virginia. El recuerdo le quemaba como ascuas. Los médicos le habían dicho que tenía úlceras y presión sanguínea demasiado alta. Le recomendaban relajarse y olvidar las preocupaciones, pero él no podía. Tamborileaba nervioso con los dedos en el terciopelo rojo oscuro del sillón, mientras sus ojos se movían sin parar vigilando al público en penumbras, para ver si la gente lo observaba, si estaban murmurando sobre él y la pérdida de su hija.

Miró a su heredero. Harry estaba inclinado hacia adelante, con el mentón apoyado en la mano, escuchando al gran tenor. Harmon se juró que nada empañaría jamás la

reputación de su hijo. No descansaría hasta haber encerrado a Francesca tras las rejas del manicomio estatal, donde no pudiera volver a manchar el apellido de Harrison.

Después de la función llevó a Harry a la recepción que se ofrecía en el Palace Hotel, en honor del señor Caruso; luego, a una cena tardía a la que estaban invitados. Eran más de las cuatro de la madrugada cuando regresaron a la casa. Los sirvientes abrieron la portezuela antes de que el costoso automóvil nuevo se hubiera detenido y el mayordomo anunció que un caballero esperaba para ver al señor.

—Le dije que usted volvería muy tarde, señor, pero insistió en esperarlo. Dijo que usted deseaba verlo.

El hombre rubicundo asomó por el fondo, con el sombrero apoyado contra el pecho fornido.

—Llévelo a mi estudio —ordenó Harmon—. En pocos minutos estaré con él.

—¿Quién es, papá? —Harry estudiaba sorprendido a ese extraño visitante nocturno.

—Sube a tu cuarto, hijo. Lo que viene a decirme no es para que tú lo oigas.

Cuando el padre entró en el estudio y el mayordomo hubo desaparecido en las habitaciones de los criados, Harry volvió de puntillas por el vestíbulo y acercó el oído a la puerta.

—Me fijé en la muchacha cuando entró en el Barbary Saloon —estaba diciendo el hombre—. Noté de inmediato que respondía a la descripción, señor. Estaba pálida y nerviosa; aunque llevaba un chal sobre la cabeza, vi que tenía el pelo rubio. Preguntó al tabernero por un hombre llamado Josh Aysgarth. Él le dijo que ya se había ido, pero tengo entendido que el tal Aysgarth trabaja en la taberna. La seguí, naturalmente, y vi que subía la escalera hacia la pensión Barbary, que está encima de la taberna, ¿comprende usted?

—Sí, sí, sí —bramó Harmon impaciente.

—Más tarde, el tabernero me informó de que Aysgarth también ocupa un cuarto allí y que estaba pagando el alquiler de la muchacha.

Harry oyó que su padre aspiraba bruscamente y descargaba el puño contra el escritorio, maldiciendo a la mujer.

—Y esta noche, señor, los he visto juntos. Caminaban del brazo por la avenida. Fueron a una cafetería. Después volvieron a la misma pensión. El hombre la llevaba abrazada por la cintura, señor, y subieron juntos al cuarto de ella. Esperé un rato, pero no lo vi salir. Allí están todavía.

—La voy a matar —rugió Harmon—. Esta vez la voy a matar.

Harry dio un brinco para apartarse de la puerta y cruzó corriendo el vestíbulo. Se quedó esperando al pie de la escalera y, pocos momentos después, vio que el hombre salía del estudio, con un fajo de billetes en la mano y la expresión satisfecha. El criado de turno corrió para abrirle la puerta de servicio.

Su padre salió del estudio a grandes pasos. Tenía el rostro purpúreo y contraído de furia. En la mano llevaba una pistola. Harry comprendió de inmediato lo que pensaba

hacer: algo que ni siquiera Harmon Harrison podría hacer sin castigo. Le sujetó el brazo, ansioso.

—No, papá... No.

—La voy a matar —rabiaba Harmon—. No sabes lo que ha hecho.

—Sí, lo sé —exclamó Harry—. Lo oí todo. Pero no puedes matarla, papá. No harías más que provocar un escándalo peor. Azótalos. Intérnala en el manicomio estatal, como planeabas. Es lo que merece y nadie te criticará por eso.

Le quitó la pistola y corrió al estudio, para guardarla cuidadosamente en el primer cajón del escritorio. Después de cerrarlo, se guardó la llave en el bolsillo. Por fin recogió la vieja correa y volvió al vestíbulo.

—Úsala para los dos —dijo salvajemente, entregándola a su padre—. Después nos aseguraremos de que ella no vuelva a molestar a los Harrison.

Harmon marchó hacia la puerta a grandes pasos, pero se volvió para echar una mirada orgullosa a su hijo: tan alto, tan apuesto, de mente tan clara.

—Harry —dijo—, acabas de impedirme hacer algo muy tonto. Tienes la cabeza fría. Gracias, hijo.

Rompía el alba. El aire, sereno y despejado, prometía un hermoso día primaveral. El reloj de la vieja Iglesia de Santa María dio las cinco cuando Harmon pasaba por allí, con la mente revuelta por los pensamientos de Francie y su amante. Casi no reparó en el carro que giraba hacia la avenida, casi cruzándose ante él. Pisó los frenos y tocó la bocina. Los grandes caballos de tiro se alzaron de manos, aterrorizados, haciendo que el carro volcara y que el conductor cayera a la calle. El hombre quedó inmóvil entre las coles caídas, mientras Harmon lo maldecía por tonto. Ahora la avenida estaba completamente bloqueada.

Varios trabajadores se acercaron corriendo desde el mercado; sujetaron las riendas y trataron de calmar a los caballos; otros se inclinaron sobre el carretero y movieron la cabeza. Alguien pedía a gritos un médico.

—Condenado estúpido —dijo Harmon, furioso—. Estuvo a punto de atropellarme. Debería tener más cuidado cuando maneja un carro pesado como ese. Podría haberme matado.

—El que se mató fue él, señor —dijo amargamente un trabajador en mangas de camisa.

—¿Qué se mató? —Harmon se encogió de hombros—. Demos gracias porque haya muerto uno solo.

Se había reunido una muchedumbre. Harmon sintió que todos lo miraban, apreciando su elegante automóvil, la corbata blanca, el frac y su aspecto de rico. Recogiendo la correa, dijo en tono cortante:

—Enviaré a mi chófer para que retire el coche. Si alguien lo toca tendrá que vérselas con Harmon Harrison.

Y se alejó a grandes pasos, golpeándose el muslo con la correa, ardiendo por vengarse de todas las mujeres. La calle estaba llena de carros que salían del mercado; maldijo a los conductores. Al parecer, ninguno sabía dominar a sus animales, pues las bestias se alzaban de manos y relinchaban, bailando de costado por la ruta, como si hubieran enloquecido.

De pronto se escuchó un rumor. Harmon levantó la vista, esperando ver nubes de tormenta, pero el cielo estaba azul e inocente. El ruido se hizo más audible, como el bramar de un tren expreso. Él volvió a mirar a su alrededor, desconcertado. Súbitamente la calle onduló hacia él en una gran ola; se alzó debajo de sus pies, arrojándolo al suelo. Él se levantó con trabajo y avanzó a tropezones hasta el portal de un edificio adyacente, pero el rugido se tornó aún más fuerte. La tierra se estremeció con tanta violencia que Harmon se vio nuevamente arrojado al suelo. Las vigas de acero chirriaban como si alguien las estuviera desgarrando. Ante sus ojos aterrados, ladrillos y trozos de mampostería cayeron a la calle. Por fin. En un temblor postrero, el edificio se derrumbó.

Aullando de miedo, como un animal salvaje, Harmon quedó sepultado bajo una tonelada de ladrillos y mampostería.

Francie despertó sobresaltada, invadida por malos presentimientos. Josh dormía apaciblemente, con un brazo protectoramente cruzado sobre ella. Al oír el enorme rugido, se apretó las manos contra los oídos, incorporándose. Pero el ruido fue aumentando en volumen y el cuarto comenzó a temblar. El florero con los narcisos se estrelló contra el suelo y Josh la rodeó con sus brazos para estrecharla contra sí. La tierra entera parecía sacudirse; el cuarto temblaba. La ventana estalló en un millar de fragmentos centelleantes. Con un alarido de acero, todo el edificio se vino abajo.

Todavía en la cama donde, apenas un rato antes habían hecho el amor, ambos se precipitaron desde el tercer piso de la taberna y pensión Barbary, cayendo al sótano.

SEGUNDA PARTE:

El Mandarín.

Capítulo 12

1906.

Lai Tsin era alto para ser chino; tenía la tez clara y bien afeitada, ojos estrechos y oscuros, penetrantes, y el pelo negro y brillante. Vestía una bata azul de cuello alto, anchos pantalones de algodón negro y zapatos negros de tela. Cargaba sus posesiones mundanas en un canasto de paja, a las espaldas, y llevaba fuertemente tomado de la mano a un niño de unos cuatro años.

Caminaban lentamente por la calle Stockton, con los otros refugiados chinos, que huían por centenares del terremoto y las llamas. Familias enteras marchaban juntas, con el padre a la cabeza, la esposa dos pasos atrás y un torrente de niños alegremente vestidos, que los seguían en fila india, cada uno aferrado a la coleta del que iba delante para no perderse. Todos cargaban, empujaban o arrastraban algo: cochecitos de bebé y baúles desbordantes de cuadros y pergaminos ancestrales, platos y ollas, ropa de cama y jaulas de pájaros, sillas y cómodas. Se tambaleaban bajo tan pesadas cargas, apretando el paso para salvar de las llamas lo que pudieran.

Lai Tsin se detuvo en lo alto de la colina, en la esquina de la calle California, para volver la mirada hacia lo que quedaba de San Francisco. Un dosel de humo gris cubría la ciudad, iluminada desde abajo por un siniestro resplandor anaranjado. Las llamas habían devorado ya muchos de los edificios más importantes, lamiendo la mampostería y el mármol como si fueran leña y reduciendo la simple madera a cenizas instantáneas. Ya habían desaparecido zonas enteras de la ciudad; los bomberos estaban dinamitando los edificios que estaban en el camino del incendio, en un desesperado esfuerzo por salvar lo que aún quedaba. Pero ahora el infierno tenía vida propia; saltaba fácilmente sobre los tejados y las calles. El distrito de venía al por menor había sido devorado por las llamas; el monumental Palace Hotel era una ruina humeante, como la mayor parte de la calle Market y las zonas que rodeaban Russian Hill y Telegraph Hill. Y ya saltaba la calle Kearny para entrar en el Barrio Chino. Las ondas posteriores sacudían la ciudad, destrozando nervios ya puestos a prueba hasta el límite, pero la gente se comportaba de manera ordenada, sentándose en las colinas, en estado de aturdimiento, para contemplar resignadamente cómo ardían sus casas.

Después de la primera hora caótica, los ciudadanos se habían lanzado a la espantosa tarea de extraer de las ruinas a los heridos y los muertos, pero el Hospital del Municipio estaba destruido y los otros muy dañados; nadie podía combatir las llamas.

Lai Tsin tuvo la sensación de que el cielo mismo estaba ardiendo. Comprendió que, hacia medianoche, también el barrio chino sería solo un montón de cenizas.

Con rostro inexpresivo, caminaba con el niño por la calle California. Había obreros que sacaban apresuradamente tesoros y pinturas de la vieja mansión de Mark Hopkins, donada por la viuda del millonario como escuela y galería de arte. Tanto esa como las otras casas grandes de Nob Hill seguían intactas, pero las llamas se acercaban amenazadoras, mientras los bomberos luchaban con una provisión de agua inestable.

Sin saber adónde ir, se sentó en los peldaños de la mansión y sentó al cansado niño en sus rodillas. La criatura estaba pobremente vestida; tenía desgarrado el delantal de algodón azul y sus ojos oscuros volaban de un lado a otro, llenos de terror. Lai Tsin le dio una tortilla de arroz para que comiera, pero no había nada que beber; el niño comenzó a llorar sordamente, como si tuviera miedo de hacer ruido. Las lágrimas se le escurrían entre los párpados, fuertemente cerrados, y Lai Tsin lo apretó contra sí, dándole palmaditas tranquilizadoras en la espalda.

—Todo está bien, hijito —le dijo—. No llores por tus padres. Yo te cuidaré.

Al fin el niño se quedó dormido, con el pulgar bien hundido en la boca y la gorrita multicolor torcida. Fue entonces cuando Lai Tsin reparó en la muchacha.

Tenía la cara tan gris como las cenizas; el chino distinguió un vendaje bajo el chal con que se envolvía la cabeza. Sus ropas eran pobres: una falda vieja y una blusa; con expresión perseguida, mantenía los ojos amoratados fijos en la puerta de la gran mansión de la acera opuesta.

Francie no supo que Lai Tsin la estaba observando. Se escurrió hacia atrás al ver que un carro pequeño subía raudamente por la calle California y se detenía ante la mansión. Vio que unos hombres bajaban de un salto para sacar apresuradamente una camilla de la parte trasera; después de asegurar la manta roja sobre el cadáver, lo levantaron y subieron con él la escalinata.

Los ojos de la muchacha se ensancharon aún más al ver que la puerta se abría. Allí estaba Harry, blanco y tenso, con los pálidos ojos azules endurecidos por el enojo.

Ella se retiró rápidamente hacia las sombras.

—Traed a mi padre adentro, por favor —le oyó decir.

Los hombres obedecieron. Dejaron la camilla en la gran mesa de roble del vestíbulo y, pocos minutos después, emergían de la casa con una sonrisa complacida, embolsando sus monedas de oro.

Las puertas estaban abiertas de par en par. Francie vio al personal doméstico reunido en el vestíbulo. Harry apartó la manta para mirar a su padre, quebrado y cubierto de sangre; sus ojos muertos aún miraban con furia un mundo que ya no podrá ver. El joven levantó la vista hacia la gran cúpula, que relumbraba como una joya a la luz de las llamas.

—Esto es obra tuya, Francesca —exclamó salvajemente—. Si no hubiera salido por ti estaría en casa, sano y salvo. Lo mataste, tanto como si lo hubieras atacado con un cuchillo. Y por Dios que me encargaré de que mueras, aunque sea lo último que

haga.

De pie en las sombras, Francie se estremeció. Sabía que Harry hablaba en serio; su odio era aún más potente que el de su padre. Si Harry llegaba a descubrirla, no dejaría de cumplir su promesa.

Lai Tsin vio llegar el lujoso carruaje negro del servicio fúnebre; de inmediato bajaron un ataúd de ébano, con asideros de plata. Intrigado, vio que la joven se agazapaba entre las sombras para observar. No parecía tener conciencia de las llamas que se acercaban rápidamente, pese al gran calor que irradiaban las calles de abajo y el maligno crepitar que les anunciaba el fin. Bajo sus mismos ojos apareció una voluta de humo negro en la mansión de los Hopkins. Luego, el siniestro lamer de una llama amarilla, que corría por el borde del tejado.

El chino levantó al niño dormido y se levantó, alerta y esperando. Los bomberos corrían por la calle, ordenando a todos que se retiraran. Sabían que no había esperanzas de salvar las casas de los ricos, con todos sus tesoros.

Francie sintió el calor del incendio en la piel; los ojos le ardían por el humo, pero aún no podía alejarse. Siguió observando, hipnotizada. Pocos momentos después, Harry abrió la puerta para hacer salir a un torrente de criados temerosos, que cargaban bolsas y maletas, mientras los mozos de cuadra se llevaban a los caballos aterrorizados. Por fin el mayordomo volvió a subir la escalinata, con cinco o seis hombres. Entonces ella se acercó un poco más, siempre entre las sombras, hasta que pudo ver el interior de la casa que había sido su hogar.

—¿Sacamos el ataúd, señor? —preguntó el mayordomo, mientras los hombres se quitaban respetuosamente la gorra.

Harry los estudió desde lo alto de los peldaños. Luego volvió la vista hacia el ataúd depositado en la enorme mesa de roble y movió la cabeza, diciendo amargamente:

—Mi padre construyó esta casa para que fuera su hogar. Es el monumento a un gran hombre. Ahora será su tumba.

Francie se estremeció ante el viento caliente que corría por la calle. De pronto estalló una ventana en el hotel Fairmont; de las cuencas vacías brotaron las llamas.

Con una última mirada al ataúd de su padre, Harry cerró la puerta e hizo girar la llave. Seguido por los ojos de Francie, bajó la escalinata y se alejó por la calle California, con sus criados detrás.

Lai Tsin se acercó a la muchacha, que contemplaba la casa como a la espera de algo.

—Ven conmigo —le dijo.

Pero ella no volvió siquiera la cabeza. Intrigado, el chino miró hacia la casa. Toda la calle estaba ardiendo y no quedaba mucho tiempo.

Francie lanzó un profundo suspiro al ver que el techo comenzaba a humear. Hubo un siseo y una veloz llamarada. El incendio estalló de pronto.

Capítulo 13

Era una oscura mañana de abril; los nubarrones grises estaban tan cargados de lluvia que parecían posarse en los tejados. Annie echó una mirada fuera y dio gracias al cielo porque no fuera lunes, día de lavar la ropa. Abandonando sus planes de fregar los peldaños de la entrada, cerró con un portazo y se preguntó qué haría el resto de la jornada.

El vestíbulo, con su alfombra roja, estaba immaculado; la sala, que nadie usaba salvo en días festivos, no tenía una mota de polvo; la cocina, donde pasaban todo su tiempo, relucía después de interminables horas de fregado y pulido. La planta alta no podía estar más limpia. No había una pelusa ni una camisa sin almidonar en toda la casa. Y como era jueves, por la noche habría pastel de cordero. El padre comía siempre los mismos platos en cada día de la semana, y los jueves tocaba pastel de cordero.

El fuego ya estaba bien encendido en la cocina. Ella levantó el hervidor de la hornilla y tomó una tetera parda, en la que vertió un poco de té negro y fuerte; después de echar el agua hirviente, se dejó caer en la silla de costumbre, esperando que se hiciera la infusión.

Era temprano y su padre aún estaba en la cama. El ambiente abrigado y reluciente que era su mundo desde hacía diez años se cerró en torno a ella, como una cómoda trampa. Tenía el aspecto de siempre: la brillante barra de bronce, alrededor del hogar con azulejos verde oscuro; la repisa de madera, con su tapete de terciopelo rojo y las fotos familiares, descoloridas ya en sus marcos de plata; el vaso de bronce con las finas varillas que usaba su padre para encender la pipa; el pájaro disecado bajo la campana de vidrio. Paseó la mirada por los quinqués de gas, con sus pantallas de vidrio, el sillón favorito de su padre, de terciopelo color vino, hundido en el centro por tantos años de sentarse, y el tapete de hilo blanco bordado puesto sobre el respaldo, que ella cambiaba todas las mañanas. Miró el reluciente linóleo pardo y la gran alfombra con flecos, desteñida y gastada hasta convertirse en castaño opaco, y la mesa de pino cubierta con su hule a cuadros rojos, donde ella amasaba y preparaba las comidas. Y las sillas de estilo Windsor en las que se sentaban a comer; el hondo fregadero con sus relucientes grifos de bronce, el armario lleno de vajilla blanca y azul; colgado por encima de su cabeza, el tendedero, con su sogas y su polea, donde todos los días de su vida ponía la ropa recién lavada a orear, al calor del fuego. La gran ventana de guillotina daba a un patio bordeado de rododendros y laureles; llegado el verano, ella ponía en la ventana una maceta con unas cuantas petunias coloridas.

Annie cerró los ojos, suspirando. No necesitaba mirar: todo estaba imborrablemente impreso en su cerebro, como el tictac del reloj de caoba y sus dulces

campanadas, iguales a las de Westminster; el leve silbido del hervidor, que humeaba perpetuamente en su hornilla, listo para preparar el té para los visitantes que, en la actualidad, jamás venían; el siseo de los quinqués de gas y el ardiente rugir del fuego de carbón, encendido todos los días del año, hiciera frío o calor, para calentar el gran horno.

En su mente oía el repiqueteo de sus agujas de tejer y veía a su padre fumando la eterna pipa, ambos sentados en silencio, noche tras noche, con las gruesas cortinas de terciopelo corridas y las largas horas estirándose interminablemente, hasta la hora de acostarse, hasta el alba, hasta otro día idéntico.

Suspiró. Hacía ya más de un año que Josh se había ido y no pasaba un minuto sin que lo recordara. La única noticia de él era una tarjeta postal, donde se veía una taberna en la Barbary Coast de San Francisco. Había llegado cinco meses antes, cuidadosamente cubierta por un sobre de papel madera, y decía simplemente: «Estoy bien; no te preocupes por mí. Yo no hice esas cosas terribles. Créeme, por favor. Tu hermano que te quiere». Ella la había leído y releído mil veces. Josh había llevado la vida a esa casa, para que ella viviera a través de él. En su ausencia, Annie había sufrido como una madre por su hijo perdido, sin creer nunca jamás en lo que de él se decía. Aunque casi todos los demás lo creyeran. Sus hermanos estaban tan avergonzados que rara vez iban ya a la casa, ni siquiera para visitar al padre; las esposas mantenían a los nietos bien lejos, para que no se mancharan con la maldad de Josh. Sin embargo, no temían mancharse con el dinero de Frank Aysgarth. En realidad, las cosas habían llegado a tal punto que, cuando Annie veía llegar a Bertie o a Ted por el sendero, sabía de inmediato lo que buscaban.

—El viejo está mal de la cabeza —le había dicho Bertie—. Es mejor que le quitemos la empresa de las manos, antes de que vaya cuesta abajo. Él no toma decisiones. ¿Y cómo vamos a construir casas si él no responde sí o no?

Ella sabía que Bertie tenía razón, pero también sabía que ellos se estaban haciendo cargo de las finanzas paternas. De cualquier modo, no podía hacer nada al respecto. Y como a su padre no le importaba, Annie seguía tejiendo interminables batitas y escarpines de suavísima lana de angora, para el estable desfile de bebés que llenaba las casas de sus hermanos. Y nadie mencionaba siquiera el nombre de Josh Aysgarth en voz alta.

Al oír los pasos de su padre en las escaleras dio un respingo y se apresuró a echar leche cremosa en la cacerola de avena; luego agregó una pizca de sal, tal como a él le gustaba, y la dejó hervir a fuego lento, mientras cortaba en crujiente pan blanco que había horneado el día anterior. Puso el diario y la mermelada de frutas junto a su plato, como siempre, aunque el hombre no había vuelto a mirar un periódico desde aquellos terribles titulares sobre su hijo. Ella seguía comprando el *Yorkshire Post*, pese a todo, y lo leía por la tarde, al terminar sus tareas.

—Buenos días, papá —saludó alegremente, retirándole la silla de la mesa. Le sirvió el té—. Tus cereales estarán listos dentro de unos minutos. ¿No quieres un par

de lonchas de tocino? ¿O algunos huevos revueltos?

Él sacudió la cabeza canosa y se dejó caer en la silla, con un fuerte suspiro.

—Cereales, nada más —dijo.

Y clavó la vista en su plato, mientras Annie suspiraba con exasperación. Muchas veces había argumentado que él tenía otros dos hijos varones, nietos, una empresa y dinero en el banco. Que Josh era inocente. Pero de nada servía.

—Cuando el hijo de uno hace lo que hizo nuestro Josh, eso es algo que Dios nunca perdona. Y yo tampoco —había respondido él. Y nunca más había vuelto a tocar el tema.

Pero esa mañana las cosas fueron diferentes. Frank apartó el diario a un lado, como siempre, solo que esa vez algo le llamó la atención.

GRAN TERREMOTO DERRIBA SAN FRANCISCO, aullaban los titulares. MILES DE MUERTOS EN TERRIBLE INCENDIO.

—Apostaría a que yo ayudé a construir muchas de las casas que desaparecieron allí —comentó, mezclando mermelada de frutas con su humeante tazón de cereales.

—¿Por qué lo dices, papá? —preguntó ella, atónita al oírle hacer un comentario sobre algo que no fuera la comida o la casa.

—Ese terremoto —aclaró él, apartando el tazón sin tocar. En cambio echó azúcar al té.

Annie estaba de rodillas en la alfombra, tostando pan sobre las brasas, con un largo tenedor de bronce. Ya había dos rodajas listas en el ladrillo envuelto en franela y ella tenía las mejillas rosadas por el calor. Miró por encima del hombro, exasperada.

—¿Qué terremoto, papá?

—El terremoto de San Francisco. Lo dice el periódico. Lee tú misma.

—¿En San Francisco? ¿Un terremoto? —Dejó caer el tenedor para correr a la mesa y recorrió apresuradamente el artículo con la vista. Sus ojos se redondearon de espanto y quedó pálida, con una mano apretada contra el corazón—. Oh, papá, no puede ser.

—Claro que puede ser —replicó él, sorbiendo el té—. Estando allá noté que siempre había como un rumor bajo esa ciudad.

—Es que no comprendes. —Annie cayó en la silla, cubriéndose la cara con el delantal para que él no le viera las lágrimas. Pensaba en Josh, tal vez muerto en San Francisco, tal vez sepultado bajo las ruinas de un edificio o quemándose en el incendio. ¿Qué podía hacer? Su amado, hermoso, inocente Josh...

Al cabo de un rato se limpió las lágrimas y volvió a tomar el periódico. El padre seguía sentado ante su taza de té, sin haber tocado el desayuno. Fumaba su vieja pipa, llenando el cuarto de humo, como todas las mañanas. Ella habría querido gritarle que dejara eso, que su hijo podía estar muerto o mutilado bajo una tonelada de escombros. Pero volvió a leer el artículo.

Decía que los informes eran aún escasos, pues el gran terremoto había interrumpido todas las comunicaciones. El Estado de California ya había enviado

ayuda y las principales ciudades norteamericanas habían donado alimentos, mantas, ropas y dinero para auxiliar a los sobrevivientes. El jefe de bomberos había muerto en el primer temblor, al derrumbarse el cuartel a su alrededor; como las tuberías se habían fracturado, no había agua con qué combatir las llamas. Toda la ciudad estaba ardiendo y nada podía salvarla. La alcaldía, un flamante edificio de ocho millones de dólares, se había deshecho en polvo; el fantástico Palace Hotel, el más grande del mundo, estaba reducido a cenizas; aún en esos momentos el fuego devoraba las mansiones de Nob Hill.

Enrico Caruso escapó con su compañía en un tren especial, antes de que se propagaran los incendios. Decía que la ciudad era «un sitio infernal» y juraba no volver jamás. Pasada la primera impresión, los ciudadanos habían corrido a las calles, preguntándose qué hacer. Cuando se instauró la calma casi todos decidieron prepararse algo para desayunar; puesto que muchas tuberías de gas estaban rotas, pronto hubo diez o doce incendios en la ciudad. No había un adecuado sistema de alarmas ni agua alguna; el fuego se había extendido rápidamente, hasta el punto de haber cincuenta incendios diferentes hacia mediodía; el fuego avanzaba a saltos entre los edificios de madera, acumulando fuerzas, hasta convertirse en un solo infierno asolador; el maligno viento que generaba era tan caliente que todo se fundía a su paso. «San Francisco está condenada, —concluía el informe—, junto con muchos de sus habitantes».

Annie no habría podido decir cómo llegó al fin de ese día. A las cuatro bajó corriendo por la colina para comprar la última edición del *Evening Post*, con la esperanza de que hubiera mejores noticias. Pero las cosas habían empeorado: toda la ciudad estaba en llamas. En los parques se estaban instalando campamentos de refugiados en tiendas, así como en Oakland, frente a la bahía, adonde muchos habían escapado en los *ferries*. Se decía que los ciudadanos huían ante el incendio, que a las chinas de pies vendados, incapacitadas para caminar, se las llevaba en vilo por las calles; que los niños aterrorizados corrían junto a sus padres, aferrados a sus juguetes, mientras los mayores forcejeaban con perros, gatos y pájaros enjaulados, cuadros y pianos: lo que más apreciaran. «Sin embargo, nadie puede saber qué será de ellos ni de sus pertenencias».

Annie volvió a subir lentamente la colina. Pensaba en las noches en que había rezado, de rodillas junto a su cama, pidiendo pruebas de la inocencia de Josh, para que él pudiera regresar, y suplicando a Dios que él gozara de salud y felicidad en la lejana San Francisco. Entonces supo, sin sombra de dudas, lo que debía hacer. Marchó a paso lento colina arriba, con los ojos clavados en la puntera de sus relucientes botas negras, elaborando su plan.

Esa noche, después de la cena, Frank Aysgarth se hundió en su sillón, encendió la pipa y se quedó mirando las llamas en silencio, como de costumbre. Entonces ella dijo:

—Necesito hablar contigo, papá. Hay algo que debo hacer.

—Hum —gruñó él, sin mirarla siquiera.

—Tengo que irme, papá —continuó ella, en voz alta.

El viejo giró la cabeza y se quitó la pipa de la boca, atónito.

—¿Irte? ¿Te has vuelto loca o algo así? No digas tonterías, Annie.

Aclarado eso, volvió a chupar su pipa y a fijar la vista en las llamas.

—Lo digo en serio, papá —insistió ella—. Tengo que buscar a Josh. Mira, papá: él fue a San Francisco. Necesito saber si está vivo o muerto. Y si está muerto... debo encargarme de que lo entierren decorosamente, en suelo consagrado.

—¡Cómo van a enterrar a un asesino en suelo consagrado! —rugió Frank. Se había puesto del color de la remolacha y chupaba furiosamente su pipa, llenando la cocina con el potente olor de su tabaco.

—Josh es inocente —replicó ella—. Sammy Morris lo hizo huir tan de prisa que él no tuvo oportunidad de defenderse. Y la policía solo sabe lo que contó la señora Morris: que Sammy lo había encontrado de pie junto al cadáver de la mujer.

Annie miró a su padre, pero él se limitó a soltar el humo, con la vista clavada en el fuego y en silencio, como siempre. De pronto ella vio una lágrima que se le deslizaba por la mejilla, hasta perderse en el erizado bigote gris. Y otra, y otra...

—Oh, papá —dijo, indefensa, sin saber cómo consolarlo. No era cuestión de acercarse para echarle los brazos al cuello, como lo hubiera hecho con Josh—. No lo tomes así. Tu hijo menor no es un asesino, eso puedo asegurarlo. No importa lo que Sally Morris diga o deje de decir.

—Ese muchacho acabó conmigo, Annie —dijo él, sin prestar atención a las lágrimas que le corrían por la cara—. Nuestro Josh acabó conmigo. Uno tiene derecho a mirar el futuro a través de sus hijos. Y ese era mi favorito, ¿sabes?, aunque yo trataba de disimular. Siempre os traté a todos igual. Nunca esperé nada así en nuestra familia. Nunca.

Annie apartó la vista. No soportaba ver ese rostro desmoronado, esas manos trémulas, las incontenibles lágrimas que debía haber acumulado allí desde la partida de Josh. Frank Aysgarth se estaba permitiendo el lujo de expresar sus emociones por primera vez en su vida; ella comprendió que no podía pasarle nada mejor. Al rato dijo:

—Voy a San Francisco para buscarlo, papá. Voy a limpiar su nombre, nuestro apellido. No irás a la tumba pensando que tu hijo es un asesino. Te pido dos cosas, papá. Una es el dinero que necesito para el viaje. La otra es guardar el secreto. Nadie debe saber adónde voy ni por qué.

Él la miró, con la cara estremecida. Por primera vez en su vida, Annie le tuvo compasión.

—¿Harías eso? —susurró el padre.

Ella asintió.

—Lo prometo.

—En ese caso, mañana tendrás el dinero. Y todo quedará entre tú y yo, Annie.

Nadie más lo sabrá.

Ella sonrió con gratitud.

—Y yo te prometo que recuperarás el honor, esté tu hijo vivo o muerto.

A la mañana siguiente se vio a Frank Aysgarth caminando calle abajo, por primera vez en más de un año. Los vecinos corrieron a asomarse para verlo pasar, reparando en su pelo blanco y su paso vacilante; se preguntaban en voz alta qué haría allí arriba, tan solo con Annie.

—Pese a tanto dinero y tanto éxito, no es más que un viejo —dijeron, desilusionado.

Y Sally Morris, envejecida y amargada, asomó por su puerta para gritarle:

—Me asombra que te atrevas a mostrar la cara por aquí, después de lo que hizo Josh. ¡Obligar a nuestro Sammy a huir con él de ese modo! Tú y tus costumbres de rico han corrompido a mi muchacho, Frank Aysgarth, y Dios jamás te perdonará por eso.

Los vecinos ahogaron una exclamación de alarma al ver que el hombre se tambaleaba, a punto de caer. Un momento después irguió el cuerpo y apretó el paso calle abajo, siempre mirando hacia adelante, como si no hubiera oído nada.

Dos horas después lo vieron subir otra vez por la calle y desaparecer rumbo a la colina de Aysgarth. Un rato después fue Annie Aysgarth la que pasó apresuradamente. En esa ocasión todas las cabezas se volvieron, preguntándose adónde iba con tanta prisa. Más aun se sorprendieron a la semana siguiente, cuando un coche vino para recoger a la muchacha con todas sus cajas y maletas, para llevarla a la estación de ferrocarril. Bertie Aysgarth, con su esposa y sus hijos, se trasladó a La Hiedra para cuidar del viejo.

Capítulo 14

Lai Tsin estaba intrigado. En los seis días transcurridos, la muchacha no había pronunciado una sola palabra. Era tan confiada como el niño; cuando él le llevaba comida, ordenando: «Come», ella comía. Si él le decía: «Sígueme», le seguía. Si él indicaba: «Espera aquí», esperaba. Con toda seguridad, si él no regresaba la muchacha esperaba eternamente. No mostraba curiosidad alguna acerca de las circunstancias ni del aprieto de las otras doscientas cincuenta mil personas sin hogar que acampaban en los parques de la ciudad. Simplemente, se sentaba con el niño en el regazo y la mirada perdida, como si estuviera suspendida en el tiempo.

Él suspiró con sentimiento. Era un dilema. La había tomado a su cargo, como lo habría hecho con un herido en una batalla, temiendo que ella hubiera enloquecido por la impresión y las heridas. Pero no podía seguir cuidando de ella. Era un pobre chino con muchos problemas propios. Y ella, una señora norteamericana.

—¿Señora? —dijo, inclinándose hacia ella con cuidado de no tocarla, pues eso habría sido una impertinencia y un atrevimiento—. ¿Señora?

Sus ojos de zafiro giraron hacia él sin comprender; parecía estar esperando a que él le diera la orden siguiente.

—Debe quedarse aquí, con las otras señoras norteamericanas —dijo él, sacando cinco dólares del bolsillo secreto para dejárselos en el regazo—. Adiós, señora.

Y se cargó el cesto de paja al hombro.

Pero ella no respondió.

Caminó unos pocos metros, con el niño, y se volvió a mirarla. Por la mejilla le corría una gran lágrima. Él la miró sin saber qué hacer. Las lágrimas que brotaban de sus ojos eran grandes y brillantes como cristales; había en ella un aire de soledad tan completa que hizo sonar un doloroso acorde en su memoria.

Volvió hacia ella.

—Tanto tiempo sin llorar. Ahora llora. ¿Por qué?

Ella agitó la cabeza. Las grandes lágrimas de cristal corrieron más de prisa, como un río seco después de la lluvia.

—Te creía mi amigo —susurró ella, desolada—, pero me dejas.

—No podemos ser amigos. Yo soy un mísero Celestial, un pobre chino. Tú... — Observó el vestido barato, el chal, las toscas botas—. Tú eres una señora.

Ella se frotó los ojos con los puños, tratando de dominar las lágrimas. Lai Tsin reparó en las ojeras azules, la frágil palidez de su piel y la fragilidad de sus estrechas muñecas. El corazón le ardía de piedad por ella, pero comprendió que debía dejarla con los de su clase.

El niño, que esperaba a un lado, le tironeó de los pantalones y comenzó a llorar. Él le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la cabeza, sin dejar de observar a la

muchacha.

—Preferiría ser amiga tuya —suspiró ella.

El chino estudió atentamente el asunto, consciente de que ella no dejaba de mirarlo.

—Será muy difícil —dijo finalmente.

—Nada puede ser más difícil que lo que ya he sufrido.

En su voz resonaba la amargura. Lai Tsin asintió.

—Vamos, pues —replicó, cargando al hombro su cesto de paja. Y tomó al niño de la mano.

Ella se levantó para caminar a su lado. De algún modo él supo que, si le hubiera dicho: «Caminaremos hasta el fin del mundo», ella lo habría acompañado. Era el destino.

Unos dos kilómetros más allá se detuvo a comprar comida en un puesto improvisado a la vera del camino; pagó con dinero sacado del bolsillo secreto que llevaba bajo su bata. Entregó quince centavos y volvió a guardar con cuidado los pocos billetes restantes; luego llevó la sopa caliente y los trozos de pan con mantequilla hasta donde ella se había sentado, en un montón de piedras caídas. El niño se había sentado en su regazo, con los brazos alrededor de su cuello. Y los dioses acababan de hacer un milagro: la muchacha sonreía.

—Come —dijo Lai Tsin, poniéndole el jarrito de lata en la mano—. Necesitas reponer fuerzas.

La contempló mientras ella sorbía la sopa, cerrando los ojos para saborearla, y pensó con preocupación en que solo le quedaban cinco dólares. Su preciosa cuenta bancaria del Crédito Chino mostraba un saldo de ciento tres dólares con veinte centavos, pero el dinero debía de haberse quemado con el resto de San Francisco. Suspiró. Había ganado ese dinero apostando al mahjongg; solo eso le quedaba de su pasado y lo había guardado para una apuesta futura. Era muy mala suerte, pero aun así él estaba sano y salvo.

Cuando siguieron caminando, en las mejillas de la muchacha había un nuevo fulgor rosado; su paso era más firme y llevaba al niño de la mano, sonriendo al ver cómo trotaba para seguirles el paso. La gente se volvía a mirarlos con enfado; Lai Tsin comprendió que no les gustaba ver a una occidental con un chino. No los aceptarían juntos en el campamento para refugiados del parque; tendría que buscar un refugio. Pasaron junto a otro puesto que vendía pequeñas tiendas de lona.

—¿Cuánto? —preguntó.

El hombre lo estudió.

—Para los Celestiales, diez dólares —dijo, despectivamente—. Y créeme que es barato.

Lai Tsin le volvió la espalda, consciente de que el hombre los seguía con una mirada colérica y especulativa. Estaba oscureciendo y era preciso hallar un refugio cuanto antes. Mientras caminaba iba mirando a un lado y a otro. Como el niño estaba

cansado, él lo levantó. En el momento en que caía la noche descubrió el lugar. Era cuanto quedaba de una serie de cabañas habitadas por artesanos; estaba cortada por el medio, tan limpiamente como si alguien lo hubiera hecho con un cuchillo. Los muros de la planta alta se habían derrumbado hacia adentro, pero la planta baja parecía intacta. No había puerta. Él entró para echar un vistazo. En las ventanas sin vidrios flameaban cortinas a cuadros; medio oculta bajo una capa de arenilla encontró una mesa de madera con patas redondeadas. Había un sofá de crin frente al hogar y una pesada cómoda de roble, con una hilera de platos polvorientos que, de algún modo, habían sobrevivido intactos. Inspeccionó el techo con atención; tenía unas cuantas grietas grandes, pero parecía seguro. Por esa noche serviría.

Acomodó el sofá y le quitó el polvo.

—Por favor, señora, siéntate.

Francie se sentó, agradecida, y él acostó al niño a su lado. Luego la miró, nervioso.

—Señora, soy chino. He entrado en Norteamérica sin papeles. Gano un poquito apostando. No tengo pasado, señora, ni futuro. Solo hoy. Así viví siempre, por la fuerza, y toda mi familia antes. No puedo ofrecerte nada.

Francie pensó cuidadosamente en lo que él decía y comprendió que eran parecidos. Entonces asintió.

—Pues tenemos suerte, tú y yo. El terremoto sepultó mi pasado y se llevó mi futuro. Yo tampoco tengo otra cosa que el presente.

—Tal vez sea buena suerte, después de todo —reconoció él.

Mientras el niño dormía, ella le ayudó a revisar las ruinas, en busca de colchones o mantas, cualquier cosa que les sirviera para cubrirse, pues la noche era fría y estaba prohibido encender fogatas. Por fin, exhausta, se acurrucó junto al niño y se quedó dormida. Lai Tsin los cubrió suavemente con una harapienta colcha de color rosa y, envuelto en una vieja cortina, montó guardia hasta el amanecer.

Mientras la veía dormir pensaba en ella. Recordaba el odio de su voz al contemplar cómo se incendiaba la casa. Comprendió que debía de haber sufrido mucho, porque él mismo conocía esa emoción. Había pasado toda la vida entre brutalidades, soledad, miedo y odio. Sin embargo, cuando la muchacha despertó él no le pidió explicaciones. Ya llegaría el momento en que ella quisiera desahogarse. Entonces le contaría la verdad.

Al día siguiente continuaron el viaje, abandonando su refugio temporal sin mirar atrás.

—¿Adónde vamos? —preguntó el niño en cantones, tironeando la falda de Francie.

—Al lugar siguiente —respondió Lai Tsin, sereno. No tenía idea de dónde quedaba eso, pero bastó para contentar al niño, que continuó caminando a su lado sin

quejarse.

Al rato llegaron a un parque lleno de pequeñas tiendas. Había gente sentada en el césped, tomando el sol de la mañana, conversando o leyendo periódicos; otros formaban fila para el desayuno que se servía gratuitamente en los carros de madera. Había olor a pan y café caliente; el niño, hambriento, volvió a tironear de las faldas a Francie. Ella se puso en la fila para pedir el desayuno y un juego de mantas. Comieron de prisa, sentados lejos de la multitud. Luego se echaron las mantas sobre los hombros y tanto Francie como el niño siguieron a Lai Tsin, adonde quisiera llevarlos.

En los días siguientes Lai Tsin cuidó de ella como de una hermana; le conseguía comida y refugio para pasar las noches, hasta que hubo gastado todo su dinero. No hacía preguntas y ella apenas hablaba. Hasta una noche en que se sentaron junto al fuego encendido entre los escombros. El niño dormía y las ruinas negras y humeantes de San Francisco se recortaban contra el cielo de tinta. Francie dijo:

—Hay algo que debo decirte.

Escondió la cara entre las manos. Él esperó con paciencia; sabía que ella iba a continuar. Necesitaba purificar su alma. Y tenía razón. Las palabras brotaron de los labios de la muchacha. Le dijo su nombre y el de su padre: Harmon Harrison.

—Veo que hasta tú lo has oído nombrar —observó con amargura, al verlo dar un respingo.

—En San Francisco todo el mundo lo conoce —replicó él, súbitamente insondables los negros ojos.

Ella le dijo que su padre la odiaba y le habló de su hermano Harry.

—Si se entera de que aún estoy viva me hará encerrar en el manicomio del estado. Y después me matará —dijo, aterrorizada. Luego le contó su encuentro con Josh, que le había salvado la vida y de quien estaba enamorada. Le dijo que era hermoso—. Y bueno, como un ángel —agregó, con un largo suspiro—. Hasta las monjas lo decían.

Le explicó la relación de Josh con Sammy y lo de aquellos asesinatos, que Josh se resistía a atribuir a Sammy, aun sabiendo que era el culpable. Y apoyó la cabeza en las manos, desesperada, al revivir el momento del terremoto.

—De pronto nos hundimos en un abismo y todo nos cayó encima —dijo—. Yo creía estar soñando, como si fuera una pesadilla. Tenía un peso enorme en el pecho y la boca llena de polvo. Me estaba ahogando; sentía que me estallaban los pulmones. Cuando abrí los ojos me encontré con la cara de Josh. Aún estábamos acostados en la cama, abrazados, y el peso que sentía sobre mí era su cuerpo. Por un agujero, encima de nosotros, entraba un poco de luz; se oyó un ruido horrible, como de algo desgarrado, y una viga enorme cayó sobre la espalda de Josh, inmovilizándolo contra mí. Oí que respiraba con dificultad, como una lima sobre metal. Traté de salir de debajo él, pero era muy pesado y seguía aplastado por la viga. Sentí la viscosidad de la sangre y no supe si era mía o de él, pero sí sabía que debía conseguir ayuda. Fui

sacando el cuerpo centímetro a centímetro. No sé cuánto tiempo me llevó, si solo minutos u horas enteras, pero al fin me encontré libre y pude levantarme. Su respiración dificultosa me hizo recordar la de mi madre, cuando agonizaba. Gemía; tuve que taparme los oídos con las manos. No podía dejarlo morir allí. Traté de levantar la viga que le cruzaba la espalda, pero no se movía. Entonces me arrodillé a su lado y le rodeé los hombros con los brazos, tratando de sacarlo a tirones. Por un momento me pareció que lo conseguía, pero de pronto la tierra volvió a temblar y la viga resbaló. Se oyó un rumor; por el rabillo del ojo vi un trozo de mampostería que caía. Sin pensar, di un salto atrás y me cubrí la cabeza con las manos para salvarme; en cambio cayó sobre Josh. Me arrodillé a su lado, sin saber qué hacer. Él parecía muerto. De pronto levantó la cabeza y me miró.

Francie miró a Lai Tsin, trémula, sin atreverse casi a recordar. Luego dijo lentamente:

—Esa bella cara de ángel era solo una masa de sangre y huesos.

Lai Tsin guardó silencio; no hizo intento alguno de consolarla. Sabía que algunas cosas no pueden ser expiadas por las simples palabras; hay cargas tan terribles que es imposible deshacerse de ellas; uno está condenado a llevarlas consigo hasta la tumba.

—No podía moverme —continuó ella, con una voz que parecía un suspiro—. Esperé a su lado; su respiración dificultosa se fue haciendo más y más lenta, más débil... hasta que solo quedó el silencio. Entonces comprendí que había muerto. Saqué la manta de la cama para cubrirlo. Y luego me fui, dejándolo solo en su tumba. No recuerdo cómo, pero me encontré en la calle. Solo que ya no había calle, sino solo escombros. Había muchos incendios y la gente corría, pero yo no sabía adónde. Los seguí. Alguien me ayudó. Me vendaron la cabeza y me dieron ropa. Llegué al hospital en un carro de caballos, pero el hospital ya no estaba allí. En la calle había muchísima gente: pacientes, médicos, enfermeras, muchos heridos y enfermos. Me alejé para volver a casa. Quería saber qué había ocurrido. Y en el fondo deseaba que mi padre también hubiera muerto.

Miró tristemente a Lai Tsin.

—Volví a casa —dijo—. Allí estabas tú. Ya viste lo que ocurrió. Se me cumplió el deseo.

Él dijo con gravedad.

—Pequeña hermana: mi corazón estalla de compasión por ti. Pero no fue tu deseo el que mató a tu padre y destruyó tu casa. Tu padre te robó la juventud y lo dio todo a su hijo varón. Tú no lo mataste, ni tampoco a tu amante. Fue el destino. Ha llegado el momento de que seas tú misma, Hermanita. Debes olvidar la juventud y la pasión, para dominar tu fortuna de modo tal que el destino no vuelva a tratarte con tanto desprecio. Es hora de que recojas los hilos de tu vida y continúes la marcha.

Francie se frotó los ojos para secarse las lágrimas. Se inclinó hacia adelante para mirarlo fijamente, con los brazos alrededor de las rodillas; en realidad, lo veía por primera vez. Su salvador no era joven, aunque nadie habría podido determinar su

edad. El rostro era ovalado, de huesos delicados y profundos ojos almendrados, pómulos altos y boca ancha y firme. Era delgado y tenía aspecto de haber sufrido privaciones; poseía una cualidad indefinible, completamente aparte de sus ropas harapientas y del escaso dinero que guardaba en su bolsillo secreto. Se reflejaba en su cara; había pasado de generación en generación; hablaba de una vida muy dura, de penas infinitas y una pobreza tan honda que ella no podía siquiera imaginarla.

—Eres muy sabio, Lai Tsin —dijo en voz baja—. Tan sabio como los mandarines. Él se inclinó.

—Ahora debes dormir —le dijo—. Debes olvidar tus malos recuerdos y los golpes que has sufrido. Duerme como el niño, Hermanita, y mañana iniciarás de nuevo la vida. No olvidarás, sino que llevarás tu carga sin mirar atrás.

Ella se acostó junto al niño, obediente, y Lai Tsin los cubrió con una manta. Luego se sentó junto al fuego, pensando largamente en lo que sabía de Harmon Harrison. Por fin dejó los malos pensamientos atrás y se volvió a mirar cómo dormían. Eran como dos criaturas, pensó, compadecido. El destino los había privado de la infancia, igual que a él. Ahora los reunía, para que se enfrentaran juntos al futuro. Mañana.

Capítulo 15

Llovía; un aguacero breve y penetrante, con grandes nubarrones que pasaban de prisa por el cielo. Francie corrió por la colina hasta la calle California, deteniéndose cerca de la cima para recuperar el aliento. Tenía las mejillas enrojecidas por el viento; al flequillo de pelo rubio que asomaba por debajo del chal gris se adherían las gotas de lluvia. Habían pasado tres semanas desde el terremoto. Tres semanas, desde la muerte de Josh. Y tres semanas desde que su hermano entregara el cuerpo de su padre a las llamas.

Ahora tenía que deshacerse de su fantasma. Esa mañana había leído en el *Chronicle* que habría un servicio fúnebre en memoria de Harmon Harrison. El artículo decía que su hijo Harry, afrontando con valor su tragedia personal, había declarado que reconstruiría la mansión familiar de Nob Hill, «para demostrar al mundo que nada, ni siquiera un acto de Dios, puede destruir a los Harrison».

Decía también que Harmon Harrison era el hombre más rico de San Francisco y que había dejado toda su fortuna a su hijo varón. Existía una sola excepción: un rancho en el valle de Sonoma, perteneciente a su difunta esposa, quien lo había dejado en herencia a Francesca, su hija. Pero la muchacha no había sido vista desde el terremoto y se la presumía muerta.

Caminó lentamente por la calle California, rodeando las 162 ruinas ennegrecidas del hotel Fairmont. Había obreros que revisaban metódicamente los escombros, cargando carros y apartando todo lo que pudiera servir: un trozo de mosaico, un busto de mármol, un zapato de satén.

De la casa de los Harrison solo quedaba la fachada. Francie pasó entre las chamuscadas columnas dóricas y subió los familiares peldaños de mármol blanco para entrar al vestíbulo. Miró hacia arriba. La gran cúpula de vitrales ya no existía y la casa estaba abierta a la lluvia torrencial. Con el pie barrió un poco de polvo y vio que el mármol del suelo se había quebrado en un millón de pequeños fragmentos. Entre esos escombros estaban las cenizas de su padre. Lo sintió allí, tanto como si aún viviera.

Huyó de la casa, estremecida, y corrió colina abajo a toda velocidad. Se alegraba de no participar de la herencia paterna. Prefería ser pobre, pero libre.

Para entonces ya se había habituado a las escenas de ruina y desolación, pero las calles, colina abajo, tenían un extraño aire festivo. Se conversaba a la manera de buenos vecinos frente a las viviendas improvisadas; sillas y sotas se alineaban en las aceras; las mujeres cocinaban al aire libre y los hombres clavaban cajones de naranjas para hacer mesas. Los niños correteaban entre las ruinas, bailando a la música del organillo y riendo ante las travesuras del mono mientras los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías a quien tuviera dinero para gastar. La maltrecha ciudad

tenía cierto aire de camaradería alegre; la gente trataba de quitar importancia a las privaciones. «Al fin y al cabo, —se decían mutuamente—, es lo mismo para todos».

Como otros doscientos cincuenta mil refugiados sin hogar, Francie, Lai Tsin y el niño aceptaban lo que el municipio les daba; comían por quince centavos en las cocinas de caridad y hasta gratis, con vales de la Cruz Roja, cuando se les acababa el dinero. Desayunaban papillas, café y bizcochos calientes; un plato de sopa y de carne con verduras era el almuerzo; para cenar, guiso irlandés, pan y té. Vivían en un pequeño cobertizo, en el límite del barrio chino, y se las componían lo mejor posible, como los otros.

Lai Tsin estaba sentado en un cajón de naranjas, en el cobertizo improvisado, enseñando al niño a contar con un viejo ábaco de madera. Sonrió a Francie y, sacando un poco de dinero del bolsillo secreto, le dijo:

—Mira cuánto tengo.

Ella lo contó de prisa y lo miró con estupefacción.

—¡Pero Lai Tsin, aquí hay más de cien dólares!

—Ciento tres dólares con veinte centavos —aseguró él, radiante. Y le mostró una pequeña libreta negra—. Hoy reabrió el Crédito Chino. Mi dinero no se quemó, como yo temía. Hoy me lo han pagado.

Ante su gran sonrisa, ella se echó a reír.

—Caramba, Lai Tsin, eres rico, después de todo.

—Esta noche juego *pai-gow* —informó él, lleno de confianza, mientras se embolsaba el dinero—. Para ser más rico.

Ella lo miró con espanto.

—¿Vas a apostar todo ese dinero?

De pronto él se quedó inexpresivo.

—Eso es lo que hago —replicó, volviéndole la espalda.

Francie lo miró con melancolía, mientras el chino se abría paso entre las calles atestadas, esquivando máquinas de coser, tinas y cuerdas llenas de ropa tendida, cómodas y mesas de caballete, biombos pintados, estandartes rojos y cocinas improvisadas, hechas con trocitos de metal y ladrillos. Y pensó en lo que se habrían podido comprar con esos ciento tres dólares con veinte centavos: zapatos para el niño, mantas, velas, jabón; podían pagar sus alimentos, en vez de vivir de la caridad. Agitó la cabeza. El dinero no era suyo, sino de Lai Tsin, y él podía hacer con él lo que quisiera. Y ella pensaría en buscar trabajo.

Volvió al cobertizo para preparar el pan y la leche para el niño. Pero levantó la vista, sorprendida, al ver que Lai Tsin apartaba la cortina. Le puso cincuenta dólares en la mano, diciendo de prisa:

—Antes yo estaba solo. Ahora tengo responsabilidades. No puedo apostar todo el dinero de la familia. Debemos comprar zapatos para Hijito y otras cosas que necesita Hermanita.

Le hizo una rápida reverencia y desapareció.

Ella se sentó en el cajón de naranjas, aturdida, con los cincuenta dólares apretados en la mano. El niño apartó la vista de su ábaco para sonreírle. «Hijito», lo había llamado Lai Tsin. Y a ella, «Hermanita». Una cálida sensación rodeó el corazón de Francie. Lai Tsin y el niño eran su familia, mucho más que sus verdaderos consanguíneos.

Esa noche él regresó muy tarde; a la luz de la vela parpadeante Francie vio que traía la cara larga. Se dejó caer en el cajón con la cabeza entre las manos.

—Esta noche me falló la suerte, Hermanita —dijo, con un triste sonsonete—. ¡Ay, ay, cómo me abandonó!

A ella le dio un vuelco el corazón al pensar en los ahorros de su compañero.

—Oh, Lai Tsin, perdiste todo el dinero —exclamó.

Él sacudió la cabeza.

—Soy muy buen jugador. Gané. Pero el hombre con quien jugaba no tenía dinero para pagarme. En cambio me dio este papel. Me dijo que valía ochenta dólares. Tal vez más...

Francie tomó el papel. Estaba escrito en pergamino, con letras chinas arriba y un sello rojo. Abajo decía, en inglés:

Por la presente se cede, por el período de novecientos noventa y nueve años, una parcela de tierra en el distrito central de Hong Kong, entre las calles Des Voeux y Queens, cuya localización y dimensión exactas se definen en el mapa incluido.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—Pero si esto es la escritura de una parcela en Hong Kong, Lai Tsin. Dice que la cesión fue vendida por la compañía de tierras Mon Wu a un señor llamado Huang Wu.

Él asintió.

—Huang Wu era el abuelo de Chung Wu. La tierra pasó a ser de Chung Wu y ahora es mía. Esta carta dice que me pertenece.

Le entregó una hoja de papel escrita en chino, que ella le devolvió.

—Tienes que traducírmelo —explicó.

Él sostuvo el papel con el brazo estirado, carraspeando y moviendo los pies. Por fin movió la cabeza y bajó la vista, avergonzado.

—Hermanita —dijo—, mi pena eterna es que nunca aprendí a leer ni a escribir.

Francie enrojeció; lo había abochornado y para entonces ya sabía lo importante que era para los chinos la fachada de cortesía y respeto.

—Lo siento —dijo.

Él se encogió de hombros, inexpresivo.

—Mi familia era pobre; no existían eruditos entre nosotros. Nunca hubo tiempo ni dinero para estudiar. Solo sé los números. Desde que tenía cuatro años trabajé en los

sembrados de moreras, recogiendo las hojas para ponerlas en canastos. Trabajaba en los arrozales, ayudando a plantar los brotes nuevos, o atendía los patos del gran señor de la aldea. Siempre quise cultivar la mente en vez de la tierra, pero no era mi destino. Éramos siete hermanos varones y una mujer; todos teníamos que trabajar, pues sin eso no había comida —suspiró—. Ahora tengo más de treinta años y sigo siendo tan pobre como a los cuatro. El destino es mi amo, Hermanita. Lai Tsin no estaba destinado para la erudición y la grandeza.

—Eso no es cierto —protestó Francie—. Puedes llegar a ser un gran hombre, Lai Tsin, más grande que el señor de tu aldea. Puedes ser un erudito. Yo misma te enseñaré a leer y a escribir.

Él sonrió tristemente por encima de la vela, que vacilaba.

—En mi juventud me parecía a ti —observó suavemente—; estaba lleno de esperanzas tontas. Ahora tengo más años y más sabiduría. Me digo que soy Lai Tsin, el jugador sin estudios. Es mi destino.

Se sentó frente a ella, en el suelo.

—No soy como los otros chinos de San Francisco, que vinieron de Toishan. Mi aldea está en la provincia de Anhwei, en las orillas del Yangtze, que nosotros llamamos Ta Chiang, «el Gran Río», porque es la autopista de China. Nace en el Tibet y corre alrededor de altas montañas, por gargantas profundas; luego cruza hacia el este las grandes planicies hasta llegar a Shangai y al Mar de la China. Todos los años, después de las lluvias monzónicas, Ta Chiang crece y desborda sus ribazos. A veces penetraba en nuestra aldea y arruinaba sus cosechas; esos años eran malos para todos, porque no había alimentos ni dinero. Mi aldea era muy pobre. El señor de la aldea era dueño de la tierra y los campesinos la cultivábamos. Nuestras casas estaban hechas de barro amarillo horneado en forma de ladrillos. Había un patio con galerías de madera que conectaban los cuartos, y una cocina donde las mujeres se reunían a preparar la comida, y un pozo profundo de donde sacaban el agua. A cada extremo del techo se ponían dos murciélagos tallados en madera y lacados de rojo. Decían que era para ahuyentar la desgracia, aunque no comprendo por qué seguían creyendo en eso después de tanto tiempo.

Lai Tsin hizo una pausa. Tomó la pipa de agua que tenía en el rincón y la encendió con una astilla, aspirando placenteramente, mientras Francie esperaba la continuación del relato.

—Las ventanas eran de papel de arroz grueso —prosiguió él por fin—, y recuerdo cómo temblaban con los vientos helados del invierno, soplando sobre nosotros, que nos acurrucábamos en nuestras esterillas, alrededor de la pequeña estufa de carbón. En el verano casi no se podía respirar ese aire caliente, tan quieto y húmedo. Mi familia era numerosa; se componía de mi padre con su segunda esposa, su concubina y diez hijos, aunque tres de ellos murieron pequeños. Dos eran bebés que apenas habían llegado a respirar. Pero el pequeño Chen, mi hermano menor, tenía ya tres años y era mi favorito. Su cara era redonda y plana como una torta, con ojos oscuros

que centelleaban, y siempre me hacía reír. Era yo quien lo cuidaba; lo llevaba conmigo a los arrozales y compartía mi comida con él, porque siempre tenía hambre; por la noche me escurría a su lado para mantenerlo abrigado. De pronto enfermó de las fiebres que vienen de las tierras pantanosas, junto al río, y un día después estaba muerto. Mi padre informó a los ancianos de la aldea; al día siguiente, antes de que aclarara, vinieron con una cesta y se lo llevaron. Aunque estaba prohibido, yo los seguí. Por la cara me corrían lágrimas por mi amado hermanito, pero no me atreví a llorar en voz alta. No se nos permitía llorar al pequeño Chen porque, según dijeron, era demasiado joven y su espíritu aún no estaba lo suficientemente formado para un funeral. Lo dejaron en su cesta al pie de un árbol del sagrado bosquecillo de *fung-shui*, para que las aves y los perros se encargaran de él.

»Yo sabía que los ancianos debían volver a su casa antes del amanecer. Esperé a que se fueran, apretando el paso. Luego me acerqué a la cesta y la abrí. Besé esa dulce carita y le dije adiós. Ya oía el zumbir de las alas grandes, allí arriba, y luego el agitarse de los juncos, pues ya se acercaban los perros hambrientos. Corrí a la aldea, aterrado. Tal como era la costumbre, en mi familia no se lo volvió a mencionar.

Lai Tsin quedó callado. Sopló una larga voluta de cenizas de su pipa y miró a Francie.

—Nunca he hablado de esto con nadie —dijo, maravillado—. Toda mi vida está encerrada dentro de mí; las palabras están grabadas en tablas de piedra alrededor de mi corazón y los recuerdos son crueles como una espada afilada. —Meneó la cabeza—. Es mejor no hablar de estas cosas, no recordarlas.

A la luz de las velas captó un destello de lágrimas en los ojos azules de Francie y le buscó la mano.

—Tienes el corazón tierno, Hermanita —dijo serenamente—. Y confiado. Yo era como tú, con heridas igualmente profundas y penas quizá más grandes. Te aseguro que la vida continúa; algún día todos tus fantasmas quedarán en paz.

—Esta mañana traté de desprenderme del fantasma de mi padre —susurró ella, ciñéndose la manta, como si pensar en él le diera frío—. Pero no sirvió de nada, Lai Tsin; su espíritu aún está allí, buscándome.

Él dejó su pipa y le indicó por señas que se acercara. Francie se inclinó hacia él y Lai Tsin le tomó la cara entre las manos finas y estrechas, volviéndosela hacia un lado y hacia el otro; luego le deslizó los dedos por las sienes y los lóbulos de las orejas. Por fin le tomó las manos con las palmas hacia arriba, para inspeccionar sus pulgares y los diminutos giros de sus líneas.

—Aquí está escrita tu fortuna —le dijo—. Esta línea dice que en tu niñez eras fuerte; aquí hay líneas melladas que muestran enfermedades y penas. En tu cara veo inteligencia y capacidad; tienes el poder de ordenar a otros, que harán tu voluntad. Ese poder está allí, en tu cabeza y en tus manos. Ganarás mucho dinero. Conocerás muchas tierras y harás muchos viajes, y ganarás mucho respeto. Hay pesares, sí, pero los superarás, porque tu voluntad es fuerte. Eres más fuerte que quienes tratan de

dominarte. Y veo hijos, tal vez dos...

Se interrumpió, mirándola extrañamente.

—Oh, pero si nunca me casaré —exclamó Francie, apasionada—. Jamás.

Los ojos almendrados eran hipnóticos a la luz de la vela; ella no pudo apartar los suyos.

—Habrás hombres en tu vida —dijo—. Eres una muchacha hermosa y pronto te convertirás en mujer. Los hombres no te ignorarán; te amarán. Eso también es tu destino.

Ella bajó la vista a sus manos, que aún estaban entre las de él. Lai Tsin dijo suavemente:

—Hay violencia en tu fortuna. Mucha violencia. Habrá veces en que no la evitarás y eso te acarreará grandes penas.

—Entonces mi suerte ya está decidida —susurró ella, mirándolo asustada.

Él volvió a asentir.

—La suerte ha trazado sus planes. Solo nos queda tratar de burlarla. Hay muchas cosas que podría decirte de mí mismo y de cómo burlar a la suerte.

Ella lo observó mientras volvía a encender su pipa.

—¿Me las dirás ahora, por favor?

Él sacudió la cabeza.

—Algún día, quizás, Hermanita.

Francie se acostó en su esterilla del rincón, junto al niño, y contempló esa cara dormida, inocente, maravillada ante la adaptabilidad de los niños. El pequeño había perdido familia y hogar, había pasado por el terremoto y el incendio. Pero dormía con el sueño de los ángeles. Ella se cubrió con la manta y se acostó a su lado, tranquilizada por la suave respiración infantil y el burbujeo de la pipa de agua. A los pocos minutos ella también dormía.

Lai Tsin se quedó hasta el alba con su pipa y sus recuerdos. A la primera luz del amanecer, su cara parecía gris y gastada por las preocupaciones; los ojos se habían ennegrecido con tragedias sin nombre. Dejó la pipa y extendió su esterilla junto a la puerta, apartando la cara de los otros, como si sus recuerdos pudieran perturbarles el sueño. Pensó en Francie y en el porvenir, suspirando. Pasó largo rato antes de que se le cerraran los ojos, con el sueño ligero del gato que monta guardia contra sus enemigos.

Capítulo 16

Annie reconoció el lugar por la postal que Josh le había enviado. Se detuvo en la acera a contemplar el montón de ladrillos y escombros que antes había sido la taberna y pensión Barbary Coast, lamentando haber viajado a San Francisco. Había visto la lista de desaparecidos a los que se presumía muertos y Josh figuraba entre ellos. Ese era su hogar, el sitio donde había muerto. Las lágrimas le corrían por la cara sin cesar; la gente se volvía a mirarla con curiosidad, pero ella no se daba cuenta.

El dolor tiraba como una pesa de plomo de su corazón al recordar al bebé alegre y hermoso, al niño travieso y al joven alto y elegante. Bastaba recordar su suavidad para saber, sin sombra de duda, que él no había matado a esas mujeres, pese a todo lo que dijera Sammy. Y a no ser por Sammy Morris, Josh nunca habría huido a San Francisco y no habría muerto solo y atemorizado en una pensión miserable. Trató de imaginar lo que habría sentido él cuando la tierra tembló, cuando los muros cayeron sobre él, sepultándolo bajo los escombros. Lo imaginó atrapado, sin aire, esperando y deseando que alguien lo rescatara. Luego habría llegado el fuego. Se estremeció, cubriéndose la cara con las manos; era demasiado terrible.

Francie no había querido ir ese día a la taberna, pero de algún modo los pies la llevaron hasta allí. Caminaba lentamente, llevando al niño de la mano, callada y con la vista fija en las punteras de sus botas viejas, pensando en Josh. Lai Tsin le había dicho que, para seguir adelante con su vida, debía poner en paz también a ese fantasma.

Desde cincuenta metros de distancia reparó en aquella joven, vestida con un traje de lana azul y un sombrero grande, de pluma rojiza. Le pareció diferente, extranjera. La vio esconder la cara entre las manos y notó que le temblaban los hombros por los sollozos. El corazón de Francie sufrió por ella. Se acercó a paso rápido y le echó un brazo consolador por los hombros.

—Créeme que te comprendo —dijo, solidaria. Annie la miró, tragándose las lágrimas—. Yo perdí a mi novio. Estaba malherido; cuando la tierra volvió a temblar, un gran trozo de mampostería cayó sobre su cabeza. —Cerró los ojos—. No era la primera vez que oía la respiración de una persona al morir. La reconocí. Me di cuenta de que se moría.

Annie observó su cara triste.

—Lo siento, niña, sé que debe de haber miles de personas sufriendo como yo. Pero mi hermano era un muchacho muy especial. Vine desde muy lejos, con la esperanza de hallarlo con vida.

Francie la miró, intrigada. En su modo de hablar había algo familiar; le había dicho «niña», igual que Josh, y decía haber viajado mucho para buscarlo. La miró con ojos dilatados. La extranjera era pequeña y regordeta, de grandes ojos pardos,

bordeados de pestañas oscuras, y en su sonrisa había algo espectralmente familiar. De pronto comprendió.

—Eres la hermana de Josh —dijo.

Annie, boquiabierta, le aferró un brazo.

—¿Conocías a Josh?

—De Josh te estaba hablando. Yo estuve con él en el terremoto.

Annie volvió a romper a llorar; eso confirmaba que Josh había muerto, en verdad. Rodeó a Francie con sus brazos y la estrechó con fuerza.

—Me alegro de conocerte —dijo, entre sollozos—. Por lo menos, él murió en compañía de alguien a quien amaba. Tengo pesadillas en que lo veo solo, tendido allí, esperando las llamas. Ahora sé lo que ocurrió. Por terrible que sea, lo que se desconoce es peor.

Dio un paso atrás para observar a Francie, buscando lo que Josh había visto en ella. Una jovencita delgada, liviana como una pluma, cuyo pelo clarísimo estaba cortado sin sentido; una dulce cara en forma de corazón, con una cicatriz desigual en la frente y enormes ojos de zafiro. Se limpió las lágrimas.

—Conque tú eras la novia de Josh. Eso significa que eres casi de la familia, ¿verdad? Si Josh hubiera vivido, habríamos sido cuñadas. Y no sé siquiera cómo te llamas.

—Francie. Francie Harrison.

El niño que acechaba tras ella le tironeó de las faldas. Annie lo miró sorprendida: un chinito vestido con un áspero delantal azul y una curiosa gorrita con manojos de cintas de color en las orejeras. La cara era redonda; los ojos, almendrados; parecía tener unos cuatro años. Lo alzó rápidamente en brazos.

—¿Y tú quién eres, pequeño? —preguntó, enderezándole la gorra con una sonrisa.

—El niño es huérfano —explicó Francie—. Lai Tsin lo encontró vagando por la calle. Ahora los dos cuidamos de él.

—¿Y cómo se llama? —Annie le tiró amistosamente de la coleta. Él levantó una mirada tímida, riendo.

La muchacha pareció sorprenderse, como si nunca se le hubiera ocurrido pensar en su nombre.

—Lai Tsin lo llama solo Hijito.

—Todo el mundo tiene derecho a un nombre —exclamó Annie, indignada—. ¿Qué te parece Philip? Es un buen nombre cristiano para un pequeño pagano como este. A propósito: ¿quién es Lai Tsin?

—Lai Tsin es un chino amigo mío —dijo Francie, con orgullo—. Y no son paganos. Además, Lai Tsin es un caballero. Él me ayudó después del terremoto.

Annie hizo un gesto de asentimiento.

—Bueno, ahora estoy yo para ayudarte. Eras la novia de Josh y él lo habría querido. —Volvió a contener las lágrimas que la acechaban al pensar en su hermano

—. Será mejor que guarde el llanto para la almohada —agregó con valor—. Al menos, ahora puedo escribir a nuestro padre y decirle que Josh fue sepultado junto con varios cientos de habitantes. No será exactamente una mentira, ¿verdad? Sé que no está en suelo consagrado, pero eso ha salvado nuestro honor. —Luego agregó rápidamente—: Josh te lo dijo, ¿cierto, niña? ¿Te dijo por qué huyó? No era cierto, claro; a no ser por Sammy Morris, habría estado en casa, con su familia, y su nombre estaría limpio.

Francie no había vuelto a acordarse de Sammy tras la muerte de Josh; el joven había desaparecido de su mente como si nunca hubiera existido. Ahora repitió el nombre con un escalofrío de temor.

—Sammy Morris, sí —confirmó Annie, amargamente—. El amigo de Josh... si se puede llamar amigo a alguien así. —Cambió el peso del niño de una cadera a otra—. Mañana voy a revisar otra vez las listas de desaparecidos. Estoy segura de que va a aparecer; las monedas falsas siempre vuelven.

Mientras se enderezaba el sombrero de plumas, observó las ropas raídas de Francie, su falda gastada, el viejo chal gris y las botas incómodas.

—No puedes andar por ahí con ese aspecto —dijo, enérgica—. Necesitas ropa nueva. Pero primero llevaremos al joven Philip con tu chino. —Le rodeó los hombros con un brazo afectuoso para caminar con ella calle abajo—. Dicen que Dios siempre te envía algo para compensar tus pérdidas —dijo, con sentimiento—. Ahora me ha enviado a ti. La niña que Josh eligió.

Lai Tsin estaba inclinado sobre la pequeña cocina de carbón, hirviendo hortalizas en una lata redonda. Se inclinó respetuosamente ante la mujer bonita y menuda que acompañaba a Francie. Ella dijo, con gesto de aprobación:

—Buenos días, señor Lai Tsin. Francie me ha dicho cuánto la ayudó usted. Dice que es todo un caballero y ya veo que tiene razón. —Se sentó en el cajón de naranjas para recuperar el aliento—. Hemos dado al pequeño huérfano un buen nombre inglés: Philip. Pero supongo que el apellido debería ser chino, ¿verdad?

Lai Tsin la miró fijamente. Mientras, ella se quitaba la chaqueta y enrollaba las mangas de su blusa blanca.

—Caramba, hace un poco de calor para estas gruesas lanas de Yorkshire. ¿Qué está preparando, señor Lai Tsin? Huele muy bien, aunque no creo conocer ese aroma.

Él se había quedado pensando en el nombre del niño. Al recordar a su hermanito, dijo:

—Chen.

—¿Chen?

—El apellido de Hijito es ahora Chen. Era el nombre de mi hermano.

—Ah, comprendo. Philip Chen. Hum, sí, tiene fuerza; me gusta. Bien elegido, señor Lai Tsin. Ahora bien: Francie me dice que usted la ayudó y le estoy muy

agradecida por eso. Ella era la novia de mi hermano Josh, ¿comprende? Nos conocimos por casualidad en la calle donde... —Se mordió los labios y concluyó, de prisa—: En la taberna Barbary. Francie me contó que no pensaba ir allí, pero de algún modo se encontró en ese sitio. Supongo que fue el destino, ¿no? Y como Francie iba a ser la esposa de mi hermano, ahora yo me encargaré de ayudarla. —Abrió su bolso para sacar un fajo de billetes—. Creo que usted también perdió todo, señor Lai Tsin, y me atrevo a pensar que un poco de dinero en efectivo no le vendría mal.

Lai Tsin miró inexpresivamente ese dinero. Francie reconoció aquel rostro en blanco y comprendió que estaba abochornado.

—Usted no comprende, señorita Aysgarth. Lai Tsin y yo hemos pasado juntos por todo esto. Ahora él e Hijito son mi familia. Muchas gracias por sus intenciones de ayudar, pero me quedaré aquí, con ellos.

Annie se quedó boquiabierta. No había imaginado que la muchacha quisiera quedarse con el chino, pero la admiró por eso. Lamentó no haber tenido ese carácter a los dieciocho años.

¡Qué diferente habría sido su vida! Pensó en la cansada rutina que la encadenaba a La Hiedra, convirtiéndola en esclava de su padre, y decidió de inmediato que no regresaría jamás. ¿Acaso no decían que nunca era demasiado tarde para comenzar de nuevo?

—Bueno —dijo con energía—, en ese caso será mejor que me una a ustedes. Porque yo también estoy sola, ahora que Josh se ha ido. Oh, sí, tengo padre y hermanos en Yorkshire, pero ellos ya no me necesitan. Yo no era más que una bestia de tiro, la tía solterona sin hijos propios que atender. Me pasé la vida cuidando de nuestro padre. Ahora le toca el turno a los otros. —Miró suplicante a Francie—. Josh era como mi propio hijo. Sin él no me queda nada. Al menos aquí, contigo, el chino y el Hijito, las cosas tendrán una finalidad. Si estoy aquí es gracias al pobre Josh. Y aquí quiero quedarme. Con vosotros.

De pronto Hijito corrió hacia ella y trepó a su regazo. Ella lo abrazó, sonriendo a los otros con ansiedad.

—Ya ves que vivimos en las calles —le advirtió Francie—. No tenemos dinero; comemos lo que nos dan en las comidas de caridad. No conoces ni la mitad de mis problemas ni los de Lai Tsin. Es chino, no tiene documentos y vive fuera de la ley. Debo quedarme con él para ayudarlo como él me ayudó. Juntos venceremos al destino.

Annie asintió. Ellos se tenían el uno a la otra; no la necesitaban. Se levantó, desempolvándose tristemente la falda.

—Tal vez eso sea lo que yo siempre he querido —dijo, poniéndose el sombrero—: derrotar a mi destino.

Sus ojos se encontraron con los de Francie. Hubo un destello de reconocimiento, como si cada una sintiera los duros esfuerzos de la otra para escapar del pasado. Francie sonrió.

—En ese caso, ¿por qué no te quedas? —dijo.

Capítulo 17

Lai Tsin estaba de pie en la parte trasera de una pequeña habitación, en un callejón estrecho del barrio chino, observando los juegos de apuestas. Las fichas de mahjongg crepitaban como disparos; los jugadores gritaban con entusiasmo; por las cortinas que separaban la trastienda se filtraba el olor del opio, lánguido y enfermizamente dulzón. El lugar era una ruina; las paredes semiderruidas estaban apuntaladas con vigas y el techo era una peligrosa telaraña de grietas, pero hacía años que el sitio estaba dedicado a los juegos de azar y ni siquiera un terremoto podía impedir que los chinos siguieran apostando.

Tocó el dinero que tenía en el bolsillo, contándolo mentalmente; los veinte dólares ganados a Chung Wu, junto con ese documento sin valor que le otorgaba tierras en Hong Kong, y diez dólares restantes de la suma con que había comenzado, porque su regla era no apostar nunca hasta el último centavo; en su cesto de paja había casi cinco dólares en monedas, escondidos para un aprieto, que en realidad debería ser una catástrofe, porque todo era un aprieto en la actualidad.

Miró con desprecio a los hombres que ocupaban las mesas. Ellos apostaban porque estaban enfermos con la fiebre del juego, no porque fueran astutos como él. Su cerebro volaba como un ave, persiguiendo cifras y permutaciones, a tanta velocidad que casi podía predecir el resultado antes de que apareciera. El único problema era que apostaba con hombres tan pobres como él; así nunca podía reunir dinero suficiente para participar en juegos realmente grandes. Era el caso del huevo y la gallina, se dijo con tristeza. Pero esa noche, debido a la escasez de garitos que había dejado el terremoto, había allí hombres de los que él apenas había oído hablar, legendarios apostadores de habilidad igual a la suya.

Pensó en esos treinta y cinco dólares y en sus nuevas responsabilidades. En realidad debería volver a trabajar en los campos, a cosechar manzanas y ciruelas o a atender los sembrados, pero con eso apenas había podido alimentarse solo; no serviría, con toda seguridad, para mantener a su nueva familia. Y era preciso ganar dinero para ellos o pasar vergüenza. Debía probar suerte con los jugadores más pobres.

Esperó con paciencia, hasta que un anciano barbado retiró su silla, maldiciendo a su mala suerte; Lai Tsin ocupó en silencio su lugar. Se distribuyeron las gastadas fichas, que tenían grabados dragones verdes, azules y blancos, los vientos del este, del sur y del norte, las flores y las estaciones, bambúes, círculos, caracteres y números; cuando se arrojó el dado, él sonrió de satisfacción. Su «pared» se fue levantando de prisa. En cinco minutos los diez dólares de su apuesta se habían convertido en sesenta; media hora después eran trescientos. Entre muchos gritos de enojo, los otros abandonaron su mesa.

Lai Tsin embolsó sus ganancias y se acercó a otra mesa, cerca de la ventana sin vidrios. Un chal escarlata bordado cubría la abertura, ocultando a los jugadores de la curiosidad de los transeúntes; sus largos flecos se mecían ante la brisa nocturna. Había allí seis hombres, enzarzados en un juego de naipes chino, de inmensa complejidad, a la luz de una vela vacilante; el humo de sus pipas se mezclaba con los vapores del opio, llenando el cuarto de niebla azul.

Se reclinó contra la pared para observarlos, manteniendo la cara inexpresiva. Conocía el juego; requería un cerebro rápido, habilidad y respuestas veloces, pero rara vez había tenido oportunidad de jugarlo, porque sus compañeros habituales eran demasiado lentos e ignorantes. Echó una mirada discreta a esas caras; eran solemnes y de ojos duros; la cantidad de billetes de un dólar amontonados en la mesa lo dejó sin aliento. Esos eran los conocidos apostadores de Toishan, pero él volvió a recordar que ese día todos los presagios habían sido buenos. Pensó en el dinero que tenía en su bolsillo secreto y comprendió que era la oportunidad de su vida. Cuando se retiró uno de los hombres, él ocupó su lugar.

El corazón le dio un brinco al recoger las primeras cartas: dobles seis y dobles ochos; ambos eran números de suerte. Pero mantuvo los ojos tan vacuos como las ventanas sin vidrios; su cara parecía un estanque. No le temblaron las manos al poner sus doscientos dólares en la mesa, aunque el estómago se le revolvía de tensión y entusiasmo. Los números pasaban como relámpagos por su cerebro, en tanto se mostraban las cartas. En pocos instantes evaluó lo que los otros tenían en las manos; treinta segundos después recogía sus ganancias.

Siempre inexpresivo, dejó todo el dinero como apuesta para la mano siguiente, aunque por dentro ardía de nerviosismo; los ojos le centellearon al ver que tenía tres cartas de número nueve y dos ases. Eran los números más afortunados, porque nueve era el más grande y significaba plenitud, mientras que uno era el comienzo. Ese día todos los presagios habían sido buenos. Nada podía salirle mal.

Como ganó la segunda mano, los apostadores, que al principio habían observado con ojos astutos sus ropas pobres, lo miraron con nuevo respeto. Ganó la siguiente y otra más, y seguía apostando las ganancias. Los dioses estaban con él. ¿Quién era Lai Tsin para oponerse a sus deseos?

Otros se reunieron alrededor, lanzando exclamaciones al ver la cantidad de dinero que había en la mesa. Una y otra vez, Lai Tsin ponía a prueba su suerte, arrancándoles gritos ahogados; ganaba y dejaba todos esos dólares en la mesa, donde se iban multiplicando hasta ser miles.

—La suerte tiene que ponérsele en contra —murmuraban—. Con tanto dinero Lai Tsin está provocando al destino.

Después de una hora los otros jugadores intercambiaron una mirada y apartaron las sillas. Lai Tsin también se levantó y les hizo una respetuosa reverencia; ellos lo felicitaron por su buena suerte, pero sus ojos parecían de acero; él comprendió que estaban enojados. Después de recoger sus ganancias, buscó a los pobres a quienes les

había ganado los primeros trescientos dólares y les devolvió el dinero.

—Me trajisteis buena suerte —explicó—. Sin vosotros no podría haber jugado.

Al salir del garito era otro hombre. Por primera vez en su vida veía respeto en los ojos de quienes lo observaban. Caminaba más erguido, con nueva dignidad, diciéndose que, cuando la fortuna sonreía, uno tenía la certeza de haber sido bendecido por los dioses. Había comenzado el día siendo pobre; lo terminaba siendo rico.

Volvió al cobertizo casi al amanecer; Francie e Hijito dormían profundamente. Cuando la primera luz gris se filtró por la cortina que les servía de puerta, Lai Tsin contó sus ganancias; la cantidad le hizo ahogar una exclamación: eran casi doce mil dólares. Tocó el montón de dinero, sobrecogido; luego se cruzó de brazos y se apoyó contra las tablas de madera, pensativo.

Pensaba en su vida, en las privaciones, los castigos, el terror y la pobreza, en la falta de instrucción que lo había obligado a la servidumbre del campesino, aunque por dentro se sentía diferente. Había trabajado mucho durante toda su vida; cuando niño caminaba detrás de los búfalos de agua, arrastrando los pies descalzos por el barro frío de los arrozales, pero sabía que debía de haber algo más. Observaba a los pobres patos blancos que reñían interminablemente en el estanque de la aldea, comprendiendo que ellos también tenían el destino fijado aun antes de nacer. Se sentía mutante, príncipe entre los pobres, erudito entre los ignorantes. Aunque no tuviera palabras para describirlo, sabía que todo eso estaba allí, dentro de él. Y ahora, con esos dólares americanos ganados a los hombres de Toishan, por fin tenía la oportunidad de ser alguien. Y jamás volvería a apostar.

Esperó con impaciencia a que Francie se despertara; habría querido conocer alguna magia para borrarle ese pliegue de entre las cejas y los suspiros que se le escapaban, hasta cuando dormía. Sabía que sus problemas eran hondos y se alegraba de poder ayudarla.

Cuando por fin la joven empezó a moverse, él salió para soplar las brasas de la pequeña cocina hasta que se pusieron escarlatas. Recogió agua del tanque instalado en la esquina y la puso a hervir. Luego tomó la pequeña tetera blanca y azul, con asa de mimbre, y echó adentro unas cucharadas de fragantes hojas perfumadas de jazmín. Después de verter el agua hirviente, volvió a entrar. Ella estaba sentada, frotándose los ojos de asombro ante el montón de dólares.

—¿Qué hiciste, Lai Tsin? —exclamó—. ¿Asaltaste un banco?

Él sirvió el té y le ofreció su taza.

—Anoche tuve buena suerte —explicó—. Vencí a los apostadores de Toishan. Seguí apostando mis ganancias hasta que ellos se retiraron. Cuando conté tenía doce mil dólares americanos. Es una fortuna, Francie. Somos ricos.

Francie lo miró, aturdida. El chino no había dormido, pero tenía los ojos claros y despejados; en él había un nuevo aire de confianza. Parecía otra persona. Pero doce mil dólares era una suma enorme, mucho más que zapatos para Hijito, velas y

mantas. Era una base sobre la cual él podría acumular una fortuna; ella no podía hacerse a un lado y permitir que los perdiera en el juego.

—Debes usar ese dinero para instalar una tienda —le dijo—. ¡Piensa en las oportunidades que ha creado el terremoto! Es como en los tiempos de la carrera del oro, cuando mi abuelo era comerciante. Compraba y vendía todo lo que hacía falta; así ganó una fortuna. Piensa en lo que hace falta aquí, en el barrio chino, Lai Tsin: especias y alimentos chinos, ropa oriental, calzado, tabaco... Te comprarán todo lo que puedas imaginar, porque ahora no tienen nada.

Lai Tsin encendió su pipa de agua y ella comprendió que estaba pensando en lo que acababa de oír. Al cabo de un largo rato, él apartó su pipa y sacó del cesto un trozo de seda escarlata; allí envolvió cuidadosamente el dinero. Se lo puso bajo el brazo y caminó hacia la puerta sin mirar atrás. Francie suspiró. Había perdido. Lai Tsin iba otra vez a los garitos.

Lai Tsin se abrió paso entre las ruinas, hasta golpear nerviosamente a la puerta de uno de los pocos edificios que quedaban en pie en el barrio chino. El anciano que allí habitaba era uno de los chinos más poderosos de San Francisco. Dominaba la mayor parte del dinero prestado en el viejo sistema del crédito rotativo, por el cual los miembros reunían su dinero y cada uno tenía acceso a él, por turnos. Lai Tsin sabía que funcionaba por un sistema de honor: cada beneficiario se comprometía personalmente a devolver el dinero y, dado el sentido del honor de los chinos y la voluntad de no sufrir vergüenza, eran pocos quienes faltaban a la palabra empeñada. Si tenían dificultades con los nuevos negocios, la familia los ayudaba a devolver el préstamo. Pero Lai Tsin no tenía familia que lo ayudara. Solo contaba con una idea, una oportunidad, su honor y doce mil dólares.

Una mujer abrió la puerta. Él le dijo que deseaba ver al Honorable Anciano.

—¿Quién lo busca? —preguntó ella, desconfiada, cerrando a medias.

—Diga usted al Honorable Anciano que Ke Lai Tsin, de la provincia de Anwhei, desea hablar con él por cuestiones de negocios.

Era la primera vez en muchos años que usaba el apellido Ke; le resultó extraño el pronunciarlo. La anciana le cerró abruptamente la puerta en la cara. La nueva confianza en sí mismo de Lai Tsin menguaba con cada minuto de espera. Se obligó a recordar que tenía doce mil dólares envueltos en seda roja bajo el brazo, que ahora era un hombre con peso y responsabilidades; se irguió un poco más y levantó el mentón.

Por fin la puerta volvió a abrirse y la anciana, a regañadientes, le hizo pasar a un espacioso cuarto de la planta baja. Lai Tsin paseó la mirada, maravillado por los muchos tesoros que contenía: floreros de porcelana, animales de jade, suaves alfombras de seda y biombos con incrustaciones de madreperla. Había pergaminos pintados y caligrafías, lámparas con borlas y estatuillas de marfil. Una mesa-altar de la dinastía Ming exhibía una colección de espejos de bronce Han, cuencos de jade y esculturas Tang. Entre arcones esmaltados, mesas y diez o doce relojes chinos, se

amontonaban elegantes sillas de madera oscura. El ambiente en penumbra estaba colmado de riquezas terrenales; Lai Tsin no quería moverse, por miedo a romper alguno de esos valiosos objetos.

Un hombre entró en la habitación, ciñéndose la chaqueta de seda acolchada con la que trataba de proteger del frío sus viejos huesos. La cabeza calva relumbraba a la luz de las lámparas; tenía las cejas ferozmente inclinadas hacia arriba y el largo bigote le colgaba hasta una barba blanca, terminada en punta. Lai Tsin se inclinó rápidamente tres veces, buscando coraje para dirigir la palabra a un personaje tan rico e importante.

—Honorable Abuelo —dijo, nervioso. Lo llamaba abuelo como señal de respeto a su venerable edad—. Estoy aquí por asunto de negocios. Debido al terremoto hay escasez de muchas cosas en el barrio chino. Nuestro pueblo no tiene las cosas que necesita y los mercaderes, que han perdido todo, tardan en volver a comerciar. Es mi deseo abandonar mi mísera posición y convertirme en comerciante, para importar cosas directamente desde China.

El anciano le clavó los ojos oscuros, evaluando sus pobres ropas, su delgadez y su aspecto de necesidad.

—¿Y cómo propones iniciarte en los negocios, Ke Lai Tsin? —preguntó.

Lai Tsin desenvolvió el pañuelo de seda rojo.

—Con mis doce mil dólares, Honorable Abuelo. Y, si me acompaña la buena suerte, también con una suma adicional que solicitaré en préstamo al crédito rotativo y a ti mismo, Honorable Banquero.

El anciano, sin cambiar de expresión, observó el hatillo de dinero, pero cuando levantó la vista sus ojos se habían endurecido.

—¿De dónde puede sacar un pobre coolie semejante suma?

Lai Tsin se irguió en toda su estatura y dijo, orgulloso:

—Apenas ayer, Honorable Anciano, el hombre que tienes ante ti era solo un apostador. Ayer ganó estos miles de dólares y pasó a ser hombre de posición sólida. Y hoy el campesino Lai Tsin se convertirá en comerciante y hombre digno de respeto.

El anciano asintió, convencido de que esa fortuna no era robada.

—Explícame qué ideas tienes para ese nuevo negocio —ordenó, llamando a la mujer para que sirviera té de jazmín, mientras escuchaba el relato de Lai Tsin.

—Honorable Abuelo: preguntaré a los chinos qué es lo que necesitan con más urgencia. Recorreré las calles para ver qué falta. No tengo fondos suficientes para reconstruir sus casas y sus tiendas, pero con la generosa ayuda del Honorable Anciano puedo proporcionarles lo que necesiten para el nuevo hogar. Alimentos y especias, jengibre y ginseng, teteras, esterillas y acolchados, lámparas, sillas, papel de arroz para las ventanas, zapatos y ropas. Averiguaré inmediatamente qué barcos están por zarpar desde Oriente y enviaré por telégrafo una orden por toda la carga que traigan, ya amarren en Nueva York, en Seattle, en Los Ángeles o en San Francisco. Alquilaré un depósito para llenarlo de mercancías. Abriré una tienda en un sitio

conveniente, con buen *fung shui*, donde se encuentren los caminos y haya muchos transeúntes. Trataré a mis clientes con respeto y les ofreceré buenos precios. De ese modo, cuando los otros comerciantes vuelvan a operar, ellos se acordarán de Lai Tsin y volverán a su tienda —recogió su pañuelo rojo, con los doce mil dólares, y lo ofreció al anciano—. Todo eso es lo que puedo hacer, si el Honorable Abuelo me otorga su asistencia. Y si los dioses así lo quieren.

—¿Y por qué piensas que los dioses te son favorables, por fin?

Lai Tsin estudió cautelosamente la pregunta. Solo había una respuesta.

—Mi suerte ha cambiado desde que conocí a la mujer *gwailo* —dijo francamente—. Ella tiene mucho que enseñar a un campesino ignorante como yo. Fue ella quien me dijo que no tenía por qué seguir apostando. Y fue ella quien me mostró el camino.

El anciano dijo, enfadado.

—¿Una *gwailo*, Lai Tsin? ¿Un «demonio extranjero»?

—Honorable Abuelo —protestó Lai Tsin, de inmediato—: ella quedó huérfana en el terremoto. Tiene buen corazón y su vida ha sido triste. Nos ayudamos mutuamente. Y aunque es hija de los demonios extranjeros, se ha mostrado bondadosa con este mísero campesino chino.

El anciano caviló largo rato, sorbiendo su té y observando a Lai Tsin. Por fin asintió.

—Creo en lo que dices. Y comprendo que la astucia de tu plan reside en la celeridad. Estoy dispuesto a prestarte una cantidad igual a la que tienes. ¿Qué garantía ofreces de que devolverás el dinero?

Lai Tsin suspiró.

—No tengo garantías, Honorable Abuelo. Solo la seguridad de que triunfaré.

El anciano volvió a hacer un gesto de aprobación.

—Muchos de los que vienen a pedirme dinero no son tan honrados como tú, Ke Lai Tsin —dijo—. Y por eso tendrás tu oportunidad. Pero a cambio del riesgo, además de devolver el dinero y prestar una suma igual al crédito, para que otros puedan beneficiarse del sistema, también aportarás a la asociación un cinco por ciento de tus ganancias, hasta la suma de veinticuatro mil dólares.

Lai Tsin volvió a inclinarse respetuosamente.

—Honorable Abuelo —dijo, solemne—: el día en que pague ese cinco por ciento será el más feliz de mi vida.

Annie halló un cuarto pequeño e invitó a Francie a compartirlo, pero ella prefería su nueva vida en la calle. Hijito había salido a jugar con sus amigos y Francie estaba sola. Limpió el cobertizo, barrió el suelo y fue en busca de agua; luego se tendió en su esterilla, súbitamente cansada. Como el problema que se negaba a admitir no desaparecía, volvió a incorporarse.

Clavó la vista en el canasto de paja de Lai Tsin, que estaba en el rincón. Ella sabía

que allí guardaba sus posesiones terrenales; súbitamente consumida por la curiosidad, fue a abrirlo. Sus tesoros eran pocos: un par de palillos de marfil, la escritura de las tierras en Hong Kong, que había ganado en una apuesta, una larga caja de madera y una ajada fotografía en sepia, donde se veía a una bonita muchacha con ropajes chinos. La niña estaba sentada en una silla, con un abanico de papel en la mano; Francie la observó por largo rato. Tenía los mismos ojos oscuros y almendrados, el mismo rostro oval que Lai Tsin; debía de ser su hermana. Tomó la caja de madera. Medía unos cuarenta y cinco centímetros de longitud y tenía la tapa curva. Francie vaciló: sabía que no estaba actuando bien, pero no pudo resistir. Levantó la cubierta para mirar adentro. En el fondo había una sedosa trenza de pelo negro, atada con un cordel escarlata.

—La trenza era de mi hermana —dijo Lai Tsin, desde la puerta.

Francie dio un respingo culpable y se ruborizó.

—No quería espiar. No sé qué me ha pasado.

Él se encogió de hombros.

—A veces la curiosidad se impone al buen tino y a la cortesía. Esa caja es una almohada de tesoros. Nosotros, los chinos pobres, guardamos en ellas el dinero y los objetos valiosos. Por la noche la ponemos bajo la cabeza, como una almohada, para que nadie pueda robarla —y agregó con tristeza—: Guardé el pelo de mi hermana como recuerdo. Ella era joven, bonita y demasiado vital. Mi madre la regañaba, diciéndole que con tanto ruido atraería el disgusto de los dioses. Y tenía razón, porque pronto los dioses decidieron llevársela.

Volvió a guardar cuidadosamente la caja en el canasto de paja. Francie notó entonces que ya no llevaba el hatillo rojo.

—No te preocupes —dijo él, leyéndole la mente—. Me presenté al más honorable de los ancianos chinos. Le mostré mis doce mil dólares y le expliqué que deseaba ser comerciante, para importar mercancías de China. Él vio que la oportunidad era correcta y aceptó prestarme otros doce mil dólares del crédito. Los números son favorables: dos pares de dobles seis. Veinticuatro mil dólares, en total.

Ella le sonrió, encantada. Lai Tsin agregó:

—Todavía no soy rico porque el dinero es un préstamo. Y aún no he triunfado porque no gané mi dinero con el trabajo, sino en un juego de azar. Pero gracias a tu sabiduría, Francie, hoy me he convertido en un hombre respetable.

Sus ojos de almendra se suavizaron al mirarla.

—Cuando nos encontramos te reconocí. Eras como el alma perdida que yo fui una vez. Ahora estamos convirtiendo la fatalidad en buena suerte. Desde hoy ya no soy Lai Tsin, el campesino jugador. Soy Lai Tsin, el comerciante.

Lai Tsin puso inmediatamente manos a la obra. Averiguó qué buques venían desde Oriente y telegrafió sus pedidos a Seattle, Nueva York y Los Ángeles. Alquiló

un pequeño depósito frente al puerto, que apenas había sido afectado por el terremoto, para guardar su mercancía cuando llegara; colgó un espejo sobre la puerta para alejar los malos espíritus y proteger el buen *fung shui*, el espíritu bueno del lugar. Arrendó una pequeña parcela en el barrio chino, apenas una diminuta esquina en el extremo de un callejón, donde se encontraban dos calles, seguro de que las dos calles eran favorables para su negocio, pues por su tienda pasarían muchas personas. En un par de semanas se erigió en él un improvisado local de madera sobre cuya puerta se pintó el nombre: «Compañía Negocios Favorables», en letras chinas negras. En las ventanas se pegaron largos estandartes rojos con leyendas chinas alentadoras: «Larga vida», «Éxito», «Felicidad» y «Piedad Filial», además de un letrero solicitando las Cinco Bendiciones, que eran: una vida larga, riquezas, una mente serena, un cuerpo saludable y el amor a la virtud.

Lai Tsin puso a un joven para que atendiera a los clientes; la población china acudió en tropel a comprar especias y hongos secos, pato en conserva, jengibre y aceite de sésamo. Compraban carbón para sus cocinas y cocinas nuevas en las que poner el carbón, cacerolas que poner sobre las cocinas y cuencos en los que servir la comida. A las pocas semanas se vio obligado a ampliar el local. A medida que la existencia volvía a la normalidad, sus clientes volvían para comprar esterillas, biombos de papel de arroz, teteras, acolchados y zapatos con suelas de madera.

A los dos meses abrió una segunda tienda y alquiló otro depósito, para que la gente pudiera comprar objetos de mayor tamaño: mesas, armarios, máquinas de coser, sillas. Había estantes enteros de chaquetas de seda bordada y conjuntos de pantalones y batas de algodón negro para los coolies. En la Compañía Negocios Favorables, de Lai Tsin, se podía comprar cualquier cosa.

Annie y Francie se trasladaron a un pequeño apartamento de la calle Kearny, apresuradamente reacondicionado. Francie comenzó a enseñar el inglés a Hijito; también ayudaba a Lai Tsin a leer y escribir. Estaba delgada, pálida y siempre cansada. Lai Tsin la sabía desesperada, pero no podía abochornarla siendo el primero en mencionar su problema. Debía esperar a que ella se lo contara.

Corrió la noticia de que se habían quemado todos los registros de la ciudad; miles de chinos se precipitaron a asegurar que eran estadounidenses nativos; Lai Tsin fue con los otros a recibir sus documentos. La buena fortuna le sonreía; gracias al terremoto se convirtió legalmente en ciudadano estadounidense. Pasaba el tiempo y Annie necesitaba hacer algo. Estaba habituada a mantenerse ocupada y contaba con el dinero que le había dado su padre. Por fin dijo a Francie:

—No sé otra cosa que cocinar y cuidar de la gente. Voy a instalar una pequeña pensión. Hay mucha gente sin hogar que se alegrará de tener una habitación decente y limpia y una comida decente al terminar el día. Tengo dinero; voy a pedir a Lai Tsin que me busque un buen sitio.

Pocos días después Lai Tsin fue a decirle que había un bonito lote cerca de Union Square, con los restos de una edificación aún en pie. Los cimientos eran buenos y él

podía conseguirle un crédito, además de la mano de obra y los materiales necesarios.

Francie contemplaba a sus ocupados amigos con cierta inquietud. Al parecer, la buena suerte sonreía a todos, menos a ella y a su terrible secreto.

Capítulo 18

Josh. El nombre le provocaba vibraciones en todo el cuerpo; apretó las manos contra su vientre que aumentaba. Fue a mirarse en el espejo largo que Annie había instalado en el dormitorio de ambas, volviéndose ansiosamente de un lado a otro. La cintura se le estaba borrando, sin duda, pero el bulto aún era pequeño y lo podía disimular bajo la larga bata china. Su secreto estaba a salvo.

Miró con desánimo su imagen. Se había recogido la cabellera rubia en un moño; su pequeña cara en forma de corazón estaba demacrada y gris, con arrugas de tensión en la boca y en los ojos. Pensó en la muchacha que era pocos meses antes, con su blanco vestido de baile y su tiara centelleante; la misma jovencita de dieciocho años era ahora un fantasma gris, vestida con bata china de cuello alto y pantalones negros. Perteneecía a un mundo distinto.

Regresó cansadamente a la ventana, para contemplar la incesante actividad. El viejo barrio chino había sido un gueto oscuro y lleno de secretos, un infierno de viviendas infestadas de ratas y criminales de todo tipo: muchachas fáciles, esclavas, garitos y talleres donde se explotaba a los trabajadores, fumaderos de opio y la violencia sanguinaria de las bandas rivales que lo manejaban todo. Los dirigentes de la ciudad querían construir un barrio chino nuevo en Hunters Point, pero los chinos no les prestaban atención: estaban reconstruyéndolo trabajosamente en el sitio de siempre. Solo que esta vez los edificios lucían el estilo chino tradicional, con sus vigas talladas y sus biombos calados en las ventanas, pintados de escarlata, verde y oro. Tenían techos de tejas verdes, aleros curvos y leones guardianes ante las puertas lacadas de rojo. Las calles olían a incienso y especias; en ellas resonaban serruchos y martillos. Aparecían edificios nuevos casi de la noche a la mañana, pues los hombres trabajaban en turnos de veinticuatro horas para restaurar sus tiendas y sus hogares destrozados.

Francie pensó en Annie, que estaba en Union Square, supervisando la reconstrucción de su nueva casa de huéspedes y, sin duda, enloqueciendo a los obreros. Annie conocía el negocio de la construcción desde siempre, gracias a la empresa de su familia; sabía cómo eran las cosas y se encargaba de que los albañiles lo supieran. Francie la había visto descubrir a los hombres holgazaneando entre cigarrillos y cerveza. Esa mujercita, pequeña como un hacha de combate, les había dicho todo lo que pensaba, recordándoles que era su tiempo y su dinero lo que ellos malgastaban. Hubo gruñidos y miradas ceñudas cuando los hombres volvieron lentamente al trabajo, pero todos sabían que Annie era justa, además de enérgica, y que los buenos trabajadores siempre encontraban una bonificación en el sobre con su paga, al terminar la semana.

Apenas unos días antes, al terminarse el techo, Annie había declarado día festivo.

Hizo instalar largas mesas sobre caballetes, cubiertas de almidonados manteles blancos, porque aun entre el polvo y el cemento le gustaba que todo fuera bonito. Invitó a las familias de los obreros y hubo comida y cerveza para todos, a voluntad. Los concurrentes levantaron las copas para brindar por ella y admitieron, riendo, que valía la pena trabajar para ella, aunque fuera mujer.

Y Lai Tsin trabajaba en sus negocios más horas de las que Francie creía que hubiera en la jornada. Sin embargo, hallaba tiempo para estudiar las lecciones que ella le indicaba. Se esforzaba sobre los sencillos libros de cuentos infantiles y leía cada palabra nueva en voz alta, deslizando el dedo bajo las letras. Copiaba todas sus lecciones en un cuaderno que llevaba consigo a todas partes. Absorbía sus enseñanzas como una esponja, tan deseoso de aprender que a Francie le costaba seguirle el ritmo.

A Lai Tsin le había parecido más adecuado que el Hijito Philip Chen se criara con una familia china.

—Debe ser como los otros niños chinos y aprender sus costumbres —dijo—. Cuando sea mayor y más sabio aprenderá también las costumbres occidentales, pero por ahora debe comprender su herencia.

Por eso Francie estaba sola con sus malos recuerdos y su miedo al futuro. Y no se atrevía a confesar lo del bebé a Lai Tsin ni a Annie, tanta era su vergüenza.

De pronto alguien llamó a la puerta y ella corrió a abrir. Un niño le puso un papel en la mano y huyó por la escalera.

Ella lo siguió con la vista, intrigada. Luego cerró la puerta, mirando aquella hoja de papel arrugado. Decía: «Si aún me amas, ven al callejón de Gai Pao, esta noche a las nueve». Y firmaba «Josh».

La sangre huyó de su cara y el corazón le dio unos golpes sordos en el pecho. Se dijo que no podía ser cierto, que era una broma cruel. Pero nadie sabía lo de Josh, aparte de Lai Tsin y Annie, que no eran capaces de jugarle esa mala pasada. Algo se le agitó súbitamente en el vientre; apoyó la mano allí, sintiendo a su hijo por primera vez. Quizá fuera un presagio, para hacerle saber que Josh aún estaba con vida, pese a todo. «Si aún me amas», decía la nota.

La miró otra vez, presa de pánico, lamentando que los otros no estuvieran allí. Pero Lai Tsin estaría trabajando y Annie, que tenía una entrevista con el arquitecto, no volvería hasta tarde.

Se paseó de un lado a otro, decidida a no asistir. Luego pensó en Josh, moribundo en las ruinas, y se le ocurrió que quizá no había muerto. Tenía que asegurarse.

Dejó una nota para Annie, explicándole adónde iba, y se abrió paso por entre feas callejuelas apartadas, en busca del callejón de Gai Pao. Era solo una vía sin salida, oscura y desierta, negra como la pez; solo se veía un destello de luz al final. Francie vaciló, asustada. Habría querido girar en redondo y echar a correr, pero la nota era como un cebo que la instaba a seguir. Marchó nerviosamente por el callejón, apretándose contra los muros rotos y mirando por encima del hombro. Por encima del vano de una puerta, cubierto por una cortina, brillaba una luz difusa. Vaciló otra vez.

Sabía que lo prudente era dar la vuelta y salir corriendo, pero no podía. «Si me amas», decía la nota. Y fue el amor lo que la hizo apartar la cortina y entrar.

La habitación atestada se iluminaba con una parpadeante lámpara de queroseno. El ruido era grande: el golpeteo de las fichas de mahjongg y los gritos de los apostadores; el ambiente hedía a tabaco, parafina, vapores de opio y sudor. Los chinos sentados a las mesas se volvieron a mirarla, entre murmullos furiosos, y ella se encogió contra la pared, intimidada. En el mostrador de la izquierda, un hombre servía vino de arroz en potes con forma de calabaza. Él le hizo una seña, diciendo apresuradamente:

—Venga conmigo, señorita. Rápido. Por aquí.

Ella lo siguió por otra puerta con cortinas y avanzó tras él, tambaleándose por un interminable laberinto de pasillos en ruinas. Por fin llegaron a una pequeña habitación cuadrada. Solo quedaba en pie la mitad de los muros; no había techo y la luna relumbraba tras las nubes, recortando el umbral vacío y las ventanas sin vidrios. Francie notó súbitamente que su guía había desaparecido; estaba sola. Sintió un escalofrío por la espalda al mirar a su alrededor. Divisó apenas una silueta en el centro del cuarto: era una silla. Y había una persona sentada allí. La sangre le retumbó en los oídos; el corazón le palpitaba con tanta fuerza como si fuera a reventar.

—¿Josh? —susurró.

—Imaginé que no podrías dejar de venir —dijo una voz conocida.

Una lámpara se encendió ante sus ojos, cegándola. Quedó petrificada. No era la voz de Josh la que oía, sino la de Sammy Morris.

—Sí, soy yo —confirmó Sammy, levantando la lámpara para que ella le viera la cara.

Francie lo miró con terror. Había caído de lleno en su trampa.

—Conque fuiste tú el que escribió esa nota —susurró.

—Sí, yo, por supuesto. Josh, aquí presente, ya no puede escribir, ¿sabes? Por eso se me ocurrió decirte que él todavía te amaba.

Sus ojos oscuros la miraban fulminantes, como siempre. Esbozó una sonrisa triunfal y puso la lámpara de modo tal que iluminara la silla. Estaba ocupada por un hombre de pelo rubio. Francie sintió que se desmayaba, pero sabía que no podía ser cierto. Había oído morir a Josh. Lo había visto morir. ¿Era posible que volviera a buscarla desde la tumba?

Sammy le sujetó los brazos y se los torció a la espalda, llevándola hacia la silla.

—Echa un buen vistazo, Francie —dijo, salvaje—. Mira cómo ha quedado tu amante. Mira qué hermoso es ahora.

Luego levantó la luz, para que cayera sobre la cara del hombre.

Ya no era una cara, sino un trozo de carne azul-rojiza, llena de hoyos. Las heridas estaban marcadas por llagas que supuraban; la boca era una mueca grotesca y los ojos miraban hacia arriba, sin ver.

Francie aulló de horror. Sammy le torció el brazo un poco más, empujándola hacia el monstruo de la silla.

—Anda, bésalo, Francie. ¿Por qué no lo besas? Después de todo, esto se lo hiciste tú.

Ella volvió a gritar; fue un alarido agudo y penetrante. El terror le dio fuerzas para desasirse. Sammy, con un juramento, dejó caer la lámpara, que se apagó con un parpadeo, dejándolos en la oscuridad.

El hombre volvió a maldecir, mientras Francie corría hacia el parche de gris más claro que marcaba el sitio de la puerta desaparecida. Salió al callejón, siempre corriendo, y al oír los pasos que la seguían corrió aún más. De pronto tropezó y Sammy se abalanzó sobre ella. Francie percibió su olor sudoroso, su respiración jadeante y las manos que le aferraban el cuello. Como desde muy lejos le llegó un rumor de pasos. Luego no supo más.

Lai Tsin buscó el pulso y frotó las manos heladas de Francie, apartándole el pelo hacia atrás e impulsándola con su voluntad a abrir los ojos. Y convocó mudamente a todos los dioses para que la ayudaran; era su amiga, su colaboradora, su hija, su amor, y toda la buena suerte no servía de nada sin ella. Al fin, cuando ella abrió los ojos, la subió a un coche de alquiler para llevarla a su casa.

Annie, al verlos, estuvo a punto de desmayarse. Dio gracias a Dios porque Francie hubiera tenido siquiera el sentido común de dejar una nota; así Lai Tsin había sabido dónde buscarla. Y al verla, trémula, con la cara color ceniza y casi enmudecida por la conmoción, comprendió que había ocurrido algo terrible.

—No han muerto —susurró la muchacha—. Los vi a los dos: a Sammy y a Josh. Oh, Annie, es tan terrible que no puedo siquiera pensar en eso. Tiene la cara horrible; han desaparecido su dulzura y su belleza. Sammy me obligó a mirar... tenía un cuchillo...

Annie se apretó una mano contra el corazón; el miedo cedía paso a la esperanza.

—¡No me digas que Josh está vivo!

—¿Dónde los viste? —preguntó Lai Tsin, en voz baja.

—En el fumadero del callejón de Gai Pao. La nota decía que me esperaba allí... si yo aún lo amaba. —Abrió el puño y ofreció a Annie la nota arrugada, para que leyera el mensaje.

—Esta no es la letra de Josh —dijo la inglesa—. Puedo jurarlo. Ha de ser la de Sammy Morris.

Lai Tsin pensaba en la nota y el mensaje, que parecía venir desde más allá de la tumba, y comprendió que Francie aún estaba en peligro.

Más tarde, cuando él regresó al callejón, las calles ruinosas del barrio chino estaban calladas. Conocía ese lugar, célebre madriguera de los tongs, las antiguas sociedades secretas chinas que gobernaban los mundos de la prostitución, el juego, el

opio y la violencia. Habían dividido la ciudad en territorios y libraban guerras sanguinarias que dejaban muchos muertos.

Se deslizó en silencio hacia el resplandor que se veía en el extremo del callejón y apartó la pesada cortina para entrar. En el ruido y la penumbra, nadie reparó en él. Atravesando una capa de humo y vapores de opio, la parpadeante lámpara de queroseno iluminaba fichas de mahjongg, redomas de vino de arroz y pipas de opio amontonadas. Detrás del mostrador había un joven de rostro duro y ojos aplanados, que se desviaron de un lado a otro cuando Lai Tsin le preguntó por los *gwailos*, los occidentales que habían estado allí rato antes.

—No sé de qué me habla. —El joven se encogió de hombros, pero su actitud furtiva reveló a Lai Tsin que estaba bien enterado.

—¿Cuánto le dieron? —preguntó, sacando de su bolsillo algunos dólares, que exhibió sin cautela.

Como el hombre vacilaba, le deslizó un billete de diez por el mostrador de madera astillada.

—Ellos me pagaron veinte —dijo el tabernero, acercando una mano codiciosa al dinero.

Lai Tsin le mostró tentadoramente otros diez, diciendo:

—Cuando me digas todo lo que sabes.

El otro se encogió de hombros.

—Vino un hombre. Era joven, de pelo y ojos negros, bajo y así de ancho. —Separó los brazos del cuerpo, como un gorila, riendo—. Dijo que necesitaba un lugar secreto para encontrarse con una *gwailo* casada. —Su sonrisa exhibió una hilera de dientes manchados de pardo. Se levantó la camisa para mostrar a Lai Tsin una pequeña hacha sujeta a la cintura—. Si hubiera sido una esposa china, ya sabe usted lo que le habría pasado a ese hombre —se jactó, dando una palmada a la hoja centelleante.

—¿Y...? —le instó Lai Tsin.

—Y yo le mostré un lugar entre las ruinas. Él me dijo que vendría a las nueve en punto; me pidió que la llevara hasta allí y la dejara. Eso es lo que hice, exactamente. Ni más ni menos.

Alargó la mano hacia el segundo billete, pero Lai Tsin dijo:

—Antes muéstreme el lugar.

Los ojos del hombre se encogieron peligrosamente, pero tomó una lámpara y, entre protestas, lo condujo por la puerta trasera y los pasillos serpenteantes, medio en ruinas. Ya no había necesidad de lámpara, porque la luna llena estaba alta en el cielo y a su luz Lai Tsin vio que el sitio estaba desierto. El hombre se embolsó los otros diez dólares, sin decir nada, y desapareció por donde había venido.

Había una silla rota tumbada en el centro de la habitación. Lai Tsin se acercó para enderezarla. Abajo había algo. Al levantarlo vio que se trataba de una peluca rubia; junto a ella había una máscara de diablo, de las que se usaban en procesiones y

festivales, pero alterada para que fuera aún más horrible. El claro de luna mostraba las cicatrices rojas, la boca torcida y los ojos huecos; todo era simple pintura, pero en la penumbra y con miedo podían parecer reales y terroríficas.

Se alejó por el callejón, ensimismado en sus pensamientos. Un hombre como Sammy, dedicado a acechar a su presa, no podía estar muy lejos. Se mantendría cerca para observarla, a la espera de una oportunidad. Y no era difícil localizar a una *gwailo* en el barrio chino. Caminó por el laberinto de callejuelas hasta salir a una calle más amplia, ante la casa del Honorable Anciano. Llamó a la puerta y aguardó. Como no hubo respuesta, recogió un puñado de piedrecillas y las arrojó contra la ventana de arriba. Se abrió de inmediato.

—«¿Quién perturba el sueño de los benditos?» —exclamó una voz iracunda.

Él dio un paso atrás para enfrentarse a la mirada furiosa del anciano. La calva brillaba a la luz de la luna y el bigote caía hacia la barba blanca, larga y ahusada.

—Soy Ke Lai Tsin, Honorable Abuelo. Debo hablar con usted.

Oyó que el anciano murmuraba, enojado; luego la cabeza desapareció; pocos momentos después la puerta se abría apenas lo suficiente para que él pudiera pasar.

El anciano se envolvió el kimono azul para protegerse del frío.

—¿Ha fracasado tu negocio, Ke Lai Tsin? ¿Por eso me despiertas a estas horas?

Lai Tsin meneó la cabeza.

—No, Honorable Abuelo. Mis negocios marchan bien. Se trata de algo más difícil.

El anciano escuchó con atención sus explicaciones. Luego dijo:

—No es correcto que te enredes con los *gwailos*. Menos aun con una concubina. ¿No has aprendido todavía? Deja a la muchacha con los suyos y búscate una china bonita. Tengo una prima de edad adecuada, con quien se podría arreglar un casamiento. Aunque es algo mayor, los padres serían generosos con el posible esposo y eso beneficiaría mucho a tu tienda.

Lai Tsin replicó, paciente.

—Usted no me ha entendido. La muchacha no es mi concubina. Es joven, casi una niña. Ella me ayudó, aunque tenía grandes problemas y pesares propios. Me trajo buena suerte y yo tengo la obligación de ayudarla.

—Ningún chino tiene la obligación de ayudar a las *gwailos*.

El anciano había hablado con aspereza. Lai Tsin suspiró. No sería fácil conseguir su ayuda.

—Es cierto, Honorable Abuelo. Pero ¿no es cierto también que estamos obligados a corresponder a quienes nos han llenado de bendiciones? Y lo que pido es muy poco. Solo ayuda para localizar a un hombre.

Siempre en voz baja y tono razonable, defendió su posición durante media hora, hasta que el viejo aceptó a regañadientes:

—Eres un buen hombre, Lai Tsin —dijo—. En todas partes se habla de tu pecaminosa relación con esa joven, pero tal como tú lo explicas, es inocente. Haré lo

que pides. Ven mañana a las siete de la tarde y tendrás la respuesta.

El anciano conocía a todo el mundo y estaba enterado de cuanto pasaba en el barrio chino. Lai Tsin estaba seguro de que cumpliría su palabra. Volvió a casa apretando el paso, ya satisfecho. Aunque estaba amaneciendo y él no había dormido, estaba lleno de energías: subió corriendo las escaleras. Annie lo esperaba.

—No hace más que estarse acostada, con la vista perdida en el vacío —le dijo, preocupada—. Y está fría, aunque la he envuelto con todos los edredones.

Lai Tsin fue a ver a Francie. La llamó por su nombre y le tomó la mano, sin que ella respondiera. Le preocupó lo profundo del *shock*.

—Voy a buscar al médico —dijo, saliendo apresuradamente.

Regresó quince minutos después, acompañado por un chino de frente ancha, que llevaba un maletín negro. Annie, asombrada, vio que no le auscultaba el corazón ni le tomaba la temperatura: el médico chino buscó en todos los puntos del pulso las veintiocho cualidades diferentes y sobre esa base hizo su diagnóstico.

—Está en *shock* —confirmó, mientras extendía una receta para que Lai Tsin la llevara a la farmacia—. Debe beber esta poción tres veces al día. La mantendréis abrigada y le daréis solo agua de arroz hervido durante dos días enteros. No puedo hacer nada para quitarle el miedo que tiene en la cabeza, pero esto será efectivo para curarle el cuerpo.

Luego miró a Lai Tsin con enfado y dijo algo en chino. La respuesta fue un encogimiento de hombros.

—¿Por qué estaba tan enojado? —preguntó Annie, cuando el médico se fue.

Él la miró a los ojos. Ahora debía decírselo, porque tenía miedo de que Francie cometiera una estupidez.

—Me dijo algo que yo ya sabía. Que Francie va a tener un hijo. Estaba enojado porque creía que yo era el padre y lo reprobaba.

Annie lo miró atónita. El corazón se le llenó de piedad al pensar que Francie cargaba sola con semejante secreto. Fue comprendiendo poco a poco.

—Ese niño es de Josh —dijo.

—Así es. Noté que trataba de disimularlo. Yo esperaba que me lo dijera ella, para no avergonzarla. Pero ahora temo por Francie. Podría hacer algo muy tonto. Necesitará de tu ayuda, Annie. Debes llevártela lejos de aquí, lejos del barrio chino y de San Francisco, de todo lo que ella conoce y de los que quieren hacerle daño.

Annie estaba desconcertada, pues al pensar en el bebé había olvidado lo demás, pero por fin se acordó de Sammy. Espantada, miró la máscara que Lai Tsin le mostraba. Cuando él le repitió la descripción del tabernero, dijo amargamente:

—Es Sammy, sí. ¿Cómo pudo hacer semejante cosa? Debe de estar loco.

—Está loco de celos. Su amor por tu hermano se mezcla con su odio por las mujeres. No es raro que un hombre ame a otro hombre, pero eso no suele llevar a tanta violencia.

Annie se ruborizó, pues él hablaba de cosas que ella apenas había oído

mencionar, salvo en la Biblia.

—Pero Josh no era así.

—Esa fue la tragedia de Sammy. Si Josh también lo hubiera amado, tal vez esto no habría ocurrido. Ahora debes llevarte a Francie —repitió, cansado—. No le conviene vivir aquí. A los chinos no les gusta. Creen que es mi concubina. Cuando tenga a su hijo pensarán que es mío. No puedo permitir que se digan esas cosas de ella. Será tratada con desprecio e indiferencia por mi pueblo y por el suyo. Vivirá en tierra de nadie, sin ser una cosa ni la otra. Y su hijo sufrirá el mismo destino. Llévatela e inicia con ella una vida nueva. Vosotras sois mi familia y estáis a mi cargo. Os enviaré dinero, como corresponde.

Annie percibió la tristeza de su voz y lo compadeció por su soledad, sabiendo que amaba profundamente a Francie. Pero sentía un estremecimiento de alegría al pensar en el hijo de Josh. Se llevaría a Francie lejos de allí. Aún tenía dinero; podían comprar una casa de huéspedes en otro sitio, con la que ganarían lo suficiente para criar al niño como era debido. No veía la hora de decir a Francie que esa criatura no le traería desesperación, sino una gran felicidad.

Lai Tsin la dejó para volver a su cuarto. Nunca antes había tenido un cuarto propio, y esa fue la primera vez que cerró la puerta sin sentir placer. Encendió una varilla de incienso en el sahumerio de lata pintada, desenrolló la esterilla y se acostó con las manos debajo de la nuca, para repasar los sucesos de la noche. Sammy Morris sería hallado al día siguiente. Entonces él sabría qué hacer. Y Francie lo dejaría dentro de algunos días, cuando se sintiera mejor.

Lo invadió una sensación de amarga soledad. La había sentido muchas veces, pero nunca tan grave. Se dijo que, cuando uno está solo, no tiene nada y nada puede perder. Pero cuando se ha saboreado el placer de la camaradería y el amor, perderlo es lo peor del mundo. Por un tiempo los dioses habían sido buenos con él; ahora le retiraban sus favores. Y así debía ser.

Capítulo 19

A las siete de la tarde siguiente, Lai Tsin fue a visitar al anciano y recibió su respuesta. El viejo lo hizo pasar y se sentó frente a él, mirándolo con aire solemne, mientras se acariciaba la barba blanca.

Lai Tsin esperaba. Habría sido una falta de respeto pedir al anciano que se diera prisa; ya hablaría a su debido tiempo.

—Antes de decirte lo que deseas saber debo preguntarte cuáles son tus intenciones —dijo al fin.

—Es mejor que me reserve eso, Honorable Abuelo —replicó él, cauteloso.

Pero el anciano se rehusó a dejarse engañar.

—No sería decoroso atraer la violencia y la desgracia a la comunidad china.

—Honorable Abuelo: hablamos de una persona más violenta que los asesinos de los tongs, de un hombre que ha matado a muchas mujeres y, en este mismo instante, planea matar a otra.

—A tu concubina. —Los ojos del anciano eran despectivos.

Lai Tsin bajó la cabeza. El anciano pensó por largo rato, sin que él apartara la vista de sus zapatos.

—He investigado lo que dijiste —dijo el viejo, con serenidad—. Sobre la concubina has dicho la verdad. Pero también sé que pertenece a una familia importante. Tu pasión debe de ser fuerte para que te enredes en un juego tan peligroso con personajes tan poderosos. Sería mejor para todos nosotros que la devolvieras a los suyos.

—¡Sería preferible que la matara!

Lai Tsin miraba con enfado y el anciano comprendió que hablaba en serio. Enarcó las cejas en un gesto de sorpresa, pero asintió, pensando mucho antes de volver a hablar.

—Si ese homicida fuera chino, nosotros nos encargaríamos de él a nuestro modo. Pero si estás completamente decidido, tendrás tu respuesta. Con estas condiciones: lo que pase a ese hombre no se sabrá jamás; no me lo dirás a mí ni a ninguna otra persona. No debe haber un solo murmullo que socave el honor de la comunidad china.

Lai Tsin se inclinó hacia adelante en la resbaladiza silla de madera.

—Estoy de acuerdo, Honorable Abuelo.

Y escuchó con asombro lo que el anciano había averiguado.

Se despidió de él con una reverencia, dándole las gracias, pero el viejo le volvió la espalda.

—Esas palabras ya han huido de mis labios. No recuerdo nada de esta conversación.

Lai Tsin volvió lentamente a su casa. Por una vez no pensaba en los negocios, sino en lo que debía hacer. Annie salió a abrirle la puerta. Estaba en mangas de camisa y el cuartito relucía de limpieza, pero sus ojos pardos estaban llenos de preocupación.

—Ha despertado —dijo, agitada—. Tomó la poción y un poco de agua de arroz. Luego le habló del bebé. Lloró contra mi hombro de puro alivio. Luego le dije que debíamos irnos, pero ella sacudió la cabeza. Dice que jamás se separará de ti.

—Voy a hablar con ella.

Francie estaba tendida en la cama estrecha, tiesa y con los puños apretados. Tenía los ojos cerrados, pero no se la veía en paz; su rostro parecía irradiar tensión.

—Sammy Morris jamás volverá a hacerte daño. Lai Tsin te lo promete. ¿Me crees, Francie?

Ella asintió lentamente, pero sin abrir los ojos. El chino se puso en cuclillas a su lado para tomarle la mano.

—Es hora de partir, Hermanita —le dijo—. El viaje de tu vida debe continuar sin Lai Tsin. Como Hijito Philip Chen, tu niño debe criarse entre los suyos, aprender sus costumbres y comprender su herencia.

Francie permanecía rígida y callada, pero él continuó en voz baja y convincente, explicándole que debía anteponer a su hijo, que Annie la ayudaría, que él cuidaría de todos, porque siempre serían su familia. Pero era preciso que partiera.

Ella se llevó a la mejilla la mano de Lai Tsin.

—Eres mi amigo —susurró—. Jamás te abandonaré.

Sus ojos se encontraron durante un largo instante.

—Voy a contarte algo para que comprendas tus nuevas responsabilidades. Escúchame y comprenderás que no puedes elegir.

Ella se aferraba a su mano, mirándolo con fe. Él comenzó el relato que llevaba grabado en el alma.

—Mi hermana Mayling y yo nacimos en un mundo de pobreza; éramos hijos de Lilin, la concubina. Ke Chungfen, nuestro padre, era ya un anciano de sesenta años, encanecido, encorvado y cruel. La esposa número uno había muerto después de darle cinco hijos varones. Él se apresuró a casarse otra vez, pues cuantos más hijos varones tuviera, más comodidades gozaría en su ancianidad. La esposa número dos era joven y bonita, pero también estéril y perezosa. Él maldecía el momento en que se había casado con ella. La casa estaba sucia; se debía que ella fumaba opio todo el día, tenía amantes jóvenes y lo hacía quedar como un tonto, aunque él la golpeará todas las noches para darle una lección. Ke Chungfen buscó en las aldeas una *mui-tsai*, una joven cuya familia estuviera dispuesta a venderla como sierva. Lilin tenía trece años; su familia era tan pobre que se alegraron de cambiarla por una mísera suma de cuarenta yuans, solo para no tener que llenarle la escudilla de arroz todas las noches. Tenía un dulce rostro ovalado, pelo brillante y negro que le llegaba a la cintura y grandes ojos oscuros. No pasó mucho tiempo antes de que el viejo reclamara más de

aquello por lo que había pagado sus miserables cuarenta yuans; la joven Lilin se convirtió en su concubina. Él la trataba con crueldad y la golpeaba, aunque ella trabajaba mucho para complacerlo. Se veía obligada a limpiar las pobres habitaciones, a lavar la ropa de todos y a preparar la comida; además, servía a la esposa y a los arrogantes hijos varones, que imitaban al padre regañándola constantemente. Y ella inclinaba mansamente la cabeza prometiendo esforzarse más por complacerlos, pues era solo una *mui-tsai* y no tenía derecho alguno.

Lai Tsin miró a Francie a los ojos.

—Cuando Lilin supo que iba a tener un hijo, rezó pidiendo que fuera varón, para que tuviera mejores oportunidades que ella; por ser hijo de una *mui-tsai* sería considerado el más despreciable de los despreciables, pero nunca tanto como si fuera niña. Trabajó aún más; pasaba la mitad de la noche en pie, para coser los pequeños zapatos de algodón que el hijo mayor, un niño de trece años, vendería en el mercado. El padre cuidaba de los grandes patos blancos de los estanques, que pertenecían al señor de la aldea; los otros hijos recogían hojas de morera o trabajaban en los arrozales, según las estaciones. Mientras Lilin les llenaba de arroz hervido las cajas de madera, para que se las llevaran a los sembrados, la atacaron los dolores y comprendió que el niño estaba por nacer. Cuando se hicieron tan fuertes que no pudo continuar con su trabajo, se tendió en su esterilla. Nadie se acercó, aunque la esposa número dos oyó sus gritos. La criatura fue una niña. Lilin lloró, pero el bebé se le parecía y era alguien a quien amar, una pequeña que algún día iba a devolverle ese amor. Le puso un nombre bonito, Mayling, y adoptó el apellido familiar de Ke. Ahora tenía que esforzarse aún más, pues cuidaba de la niña además de hacer todas las tareas de la casa; tenía que mantener al bebé callado y fuera de la vista, para que no molestara a nadie con sus gritos. Una noche oyó que Ke Chungfen reñía con su esposa número dos. Ambos lanzaban voces coléricas. La joven reía y se burlaba de él. La fetidez de su pipa de opio se filtraba por los finos biombos, al tiempo que las voces se tornaban más potentes. De pronto se hizo el silencio. A la mañana siguiente, el anciano dijo que su esposa había muerto por la noche, por haber fumado demasiado opio. Lilin tuvo que ayudar a prepararla y no dejó de reparar en los cardenales que tenía en el cuello, aunque el anciano se apresuró a cubrirlos. Entonces tuvo la certeza de que la había matado él. En adelante tuvo miedo. Trataba de mantenerse lejos de él hasta donde era posible, pero en ausencia de la esposa número dos él se tornó más tirano. Hasta los hijos varones sentían el azote de su lengua y el del látigo que usaba en los estanques. Pero él continuaba exigiendo sus derechos sexuales, aunque la buena suerte quiso que ella no volviera a quedar embarazada durante algunos años. La niña tenía ya tres cuando nació el siguiente, un varón al que ella dio el nombre de Ke Lai Tsin. Cuando mostró el niño al anciano, orgullosa, él le dijo con frialdad: «Ya tengo suficientes hijos varones».

Lai Tsin hizo una pausa. Recordaba a su madre con la frente arrugada y la vista clavada en el suelo.

—Ella solo tenía diecisiete años —continuó—. No amaba a ese hombre que la había poseído contra su voluntad. No había deseado hijos de él, pero ahora los amaba. Seguía manteniendo la casa limpia, lavando la ropa y preparando la comida, pero amaba a Mayling y a Lai Tsin. Aunque ella subsistía solo con arroz y algunos bocados de hortalizas, trataba de que siempre hubiera un poquito de pescado o carne en la escudilla de sus hijos, por la noche. Les enseñaba juegos, los abrazaba y les decía que los amaba. Les daba apodos cariñosos; Mayling era «Pequeño Tesoro»; Lai Tsin, «Pequeña Ciruela». Por la noche dormían muy pegados a ella, en su esterilla. Ella les cantaba para que durmieran, mientras se peinaba la cabellera negra. Yo tenía casi cuatro años cuando nació Chen. Recuerdo que su carita de tortilla me hizo reír. Mayling y yo lo amábamos y ayudábamos a cuidarlo, aunque ya trabajábamos duramente en los sembrados. Pero los dioses no quisieron que el pequeño Chen llegara a ser mozo; el día en que murió fue el más triste de mi vida. Un año después murió nuestra madre. Yo tenía siete años; Mayling, diez. —Lai Tsin meneó la cabeza, dolorido—. Ni siquiera ahora sé lo que ocurrió, pero una mañana nuestra madre no despertó. Recuerdo que la miré, preguntándome por qué no reaccionaba cuando yo le decía que estaba hambriento. Noté que aun en su sueño de muerte parecía cansada. Ke Chungfen la había hecho trabajar hasta matarla. A nuestra madre no se le brindó un decoroso entierro ceremonial. Al fin y al cabo era solo una *mui-tsai*. Ke Chungfen adujo que era demasiado pobre para comprar un ataúd; la envolvieron en la esterilla de paja en la que estaba tendida, la ataron a la altura de la cabeza y de los pies y se la sepultó rápidamente. El bochorno de un entierro así es abrumador. Nuestra vergüenza fue terrible. No hubo duelo en la familia y volvimos inmediatamente a trabajar en los sembrados. Mayling y yo nos quedamos solos ante la indiferencia y el enojo de nuestro padre.

Hubo un largo silencio. El rostro de Lai Tsin estaba desprovista de expresión y emociones. Francie le estrechó la mano, olvidando sus propios temores.

—Pobre Lai Tsin, tu mundo era muy duro.

—Nuestros mundos eran iguales, solo que tú vivías en un ambiente rico; yo, en el más pobre de todos. Pero los dos recibimos indiferencia y crueldad de nuestros padres. Fue el amor de nuestras madres, aunque breve, lo que nos demostró que la vida podía ser diferente. Por eso debes pensar en tu hijo, Francie. Debes dar amor a tu bebé, para que sea fuerte en su interior. Recuerda que no tiene padre; solo estarás tú para enseñarle qué es el amor. Sí tú no lo haces, quedará dañado como nosotros.

Annie escuchaba, pensando en su propia vida, dedicada a cuidar de su padre egoísta, que nunca le había dado nada de sí: entre ellos nunca hubo una palabra o un gesto de afecto. Comprendió lo que Lai Tsin quería decir y supo que tenía razón.

Francie asintió, con el corazón demasiado emocionado como para hablar. Lai Tsin, en su sabiduría, le había mostrado el sendero para salir de su desesperación. Ya no pensaría solo en sí misma; tendría a un hijo que amar y proteger. Y estaría eternamente agradecida a Lai Tsin, pues comprendía lo que le había costado hablar de

su pasado. Pero también sabía que quedaban cosas por decir. El resto de esa trágica historia seguía encerrado dentro de él.

Capítulo 20

El corazón de Annie dio un vuelco cuando el coche de alquiler viró en el último recodo de aquel camino largo y lleno de baches. El rancho De Soto era peor de lo que esperaba. Pero a Francie se le había iluminado la cara al hablarle de él; decía que era un sitio especial, que sus únicos recuerdos gratos eran de los tiempos que había pasado allí con su madre. «Mamá me lo dejó a mí, —repetía, terca—. Lo leí en los periódicos cuando publicaron el testamento de mi padre. Nunca me presenté a los abogados para reclamarlo por miedo a que Harry se enterara. Pero él nunca va allí. ¡Nadie va! Es hermoso, es mío y allí quiero tener a mi bebé». Por eso estaban allí, dos días después. En varios kilómetros no habían visto otra casa y aquello parecía a punto de venirse abajo.

—Oh, Annie —suspiró Francie, satisfecha—, ¿no es la casa más bella que hayas visto en tu vida?

Annie contempló con aire lúgubre la casa de madera gris, castigada por los elementos, con ventanas rotas y porche hundido.

—Supongo que podemos arreglarla perfectamente —dijo, a regañadientes.

Francie se apeó del coche y, después de subir corriendo los peldaños, se volvió para contemplar el largo valle, las praderas verdes y las colinas bajas, reseca por el sol. A lo lejos se oía el graznar de los gansos y el relincho de un caballo; una suave brisa le acariciaba la piel.

—Todo está igual —dijo, feliz—. Aquí siempre me he sentido libre. Y es el único lugar que siempre me pareció un hogar de verdad. Tantos días de verano como pasé con mi madre, y esos fríos anocheceres de invierno, sentadas junto al fuego.

La puerta no estaba cerrada con llave. Entró para caminar lentamente por los cuartos cubiertos de polvo, sonriendo al revivir los recuerdos. Vio la sala con el resplandor cálido de la vieja estufa de hierro; a su madre tendida en la tumbona, a su misma sentada a sus pies mientras *Princesa* dormitaba en la alfombra. En sus recuerdos, la gran cocina con su mesa de pino y sus viejas cacerolas de hierro estaba llena de aromas deliciosos: pan en el horno, pollo asado, rojas manzanas recién cosechadas, nueces verdes y uvas negras.

En el cuarto de su madre no había tristezas; el cálido sol de la tarde se filtraba por los vidrios rotos; la vio con las mejillas rosadas y los ojos chispeantes, tendida en las almohadas blancas de la cama, llevándole el don del amor y la felicidad.

—Todo está igual —suspiró, satisfecha—. Es tan perfecto como siempre.

Annie enarcó una ceja escéptica. Ella solo veía una casa vieja y mal conservada, que probablemente tenía filtraciones en el techo. Costaba decir cómo sería después de quitar esos doce años de polvo y suciedad, pero al menos Francie estaba feliz.

—La arreglaremos en un abrir y cerrar de ojos —dijo, bastante animosa, aunque

se le oprimía el corazón al preguntarse por dónde comenzar.

Un ruido de cascos en el camino la sobresaltó, haciéndole levantar la cabeza.

—Ya sé quién es —chilló Francie, corriendo hacia la puerta.

Un hombrecito fibroso, de piel oscura como una nuez, estaba atando su caballo a la barandilla del porche y se volvió a mirarla, atónito.

—Zocco —exclamó ella, brincando por los peldaños hacia él—, ¿no te acuerdas de mí?

—¿Francie? —preguntó él, incrédulo. Ella le echó los brazos al cuello, riendo.

—Oh, Zocco, sí soy yo. Después de tantos años, he vuelto a casa.

Lo miró a la cara, Zocco ya no era el joven de sus recuerdos. Ya andaba por la cuarentena; tenía unas cuantas arrugas más alrededor de los ojos, y la piel un poco más curtida por la intemperie. Su inglés era tan defectuoso como siempre.

—Aviso Esmeralda —dijo apresuradamente—. Ella ayuda limpiar aquí. Nadie aquí por muchos años, no hacemos nada. Pero ahora la arreglo. En seguida, señorita Francie. Y me alegro usted aquí, señorita Francie, me alegro mucho rancho De Soto vive otra vez.

Annie le vio desatar a su caballo y, después de saltar ágilmente a la silla de montar, alejarse al galope en una nube de polvo.

—¿Quién era ese? —quiso saber.

—Zocco. Está aquí desde que tengo memoria. Cuando yo tenía seis años me enseñó a montar a pelo, para que nunca me cayera. Es amigo mío —añadió sencillamente.

Media hora después Zocco volvió en el cochecito del *pony* con Esmeralda, su esposa; venían cargados de escobas y cántaros, tablas, clavos, serruchos y martillos. La mujer traía en el regazo un gran cesto de comida.

—Me alegro de conocerla, Esmeralda —dijo Annie, desenvolviendo con gratitud los tamales frescos, una cacerola de habichuelas refritas, pan de maíz, pimientos en vinagre y un enorme pastel de manzana. Esmeralda, tan morena y sonriente como su esposo, no sabía hablar inglés, pero asintió con la cabeza, comprendiendo que a Annie le gustaba lo que ella había traído. Luego la inglesa hizo que Francie saliera a caminar, mientras ella y Esmeralda se ponían los delantales para barrer el polvo.

Como se le prohibía ayudar, la muchacha caminó ociosamente hasta el estanque, riéndose de los gansos, que aleteaban para amenazarla; los recordaba patinando y deslizándose por el estanque helado, aquel último invierno de su madre. Encontró desierto el viejo gallinero donde ella había recogido el huevo navideño para su madre, y se prometió que al día siguiente compraría más gallinas para tener huevos frescos a la hora del desayuno. Vagó por los establos vacíos, aspirando el aroma dulce y familiar del heno, y bajó los senderos cubiertos de hierba que había recorrido empujando la incómoda silla de ruedas. Con un suspiro, decidió que esa no sería solo la casa del pasado, sino la casa del futuro: el suyo y el de su hijo. Solo faltaba una cosa: un perro que trotara junto a sus talones. Y prometió también que no dejaría

pasar un día más sin buscar otro perro para que ocupara el sitio de su *Princesa*.

Al cabo de una semana la vieja casa relucía de limpieza. Las anchas tablas de castaño que formaban el suelo habían sido lijadas y enceradas; habrá vidrios nuevos en las ventanas, el porche hundido estaba arreglado y todos los muebles tenían tanto lustre que brillaban al sol. Las alfombras trenzadas fueron lavadas y tendidas a secar; restregaron con lejía la mesa de la cocina; la vieja cocina, después de una buena limpieza, volvió a funcionar. Una vez más flotaba en el aire olor a leña de manzano y a las comidas de Annie. El rancho De Soto era nuevamente un hogar.

Sammy Morris apenas miraba los edificios ennegrecidos por el fuego; caminaba apresuradamente, con la cabeza agachada, por las callejuelas del barrio chino. El viento soplaba directamente desde el océano Pacífico, húmedo y frío, irritándole los ojos; estremecido, hundió el mentón barbado en su bufanda de lana. Giró a la izquierda; luego, a la derecha, por un laberinto de calles; por fin se detuvo ante una construcción venida a menos. Dejó en el suelo el cesto que llevaba y se volvió para mirar a su alrededor. Después de esperar algunos minutos, aguzando la vista y el oído para asegurarse de que nadie lo siguiera, recogió su cesto y entró apresuradamente; pasó junto a la chamuscada escalera que llevaba a una inexistente planta alta y cruzó un vestíbulo lleno de escombros, hasta llegar a un cuarto en la parte trasera. La entrada no tenía puerta; había sido cubierta con un trozo de arpillera. Antes de entrar volvió a echar un vistazo a su alrededor.

La habitación estaba helada, no solo por el pasajero frío húmedo del viento marítimo, sino por la sensación escalofriante de los sitios abandonados. Dejó su cesto en el suelo para acercarse a la pequeña estufa y sacó una caja de fósforos para volver a encender el carbón. Había tardado más de lo calculado porque tenía la sensación de que lo seguían. Lo sentía en los huesos; le parecía tener ojos clavados en él, oír pasos a sus espaldas, pero cada vez que giraba para enfrentarse a quien lo siguiera no veía a nadie. Sudoroso de miedo, había hecho bailar a sus imaginarios espías, escurriéndose por callejones y caminos sumidos en la penumbra, pero acabó por perderse. Por fin se encontró nuevamente en la cocina de caridad. Allí había comido, actuando como si todo estuviera bien, pero sin dejar de vigilar; sin embargo, nadie parecía interesarse por él.

Al salir se había vuelto desde la puerta. Todos comían, bebían y conversaban sin mirarlo. Aun así se mantuvo vigilante en el regreso a la casa.

Del carbón recién encendido brotaron volutas de humo; él sopló hasta que las brasas estuvieron rojas. Luego se volvió para mirar a Josh.

Estaba tendido en el tosco camastro, tal como él lo había dejado. Se dijo, amargamente, que eso no era nada extraño, pues Josh estaba paralizado. Sus ojos ciegos miraban hacia arriba, sin expresión alguna. Si lo había oído entrar, no lo demostraba. Josh no había emitido un solo sonido desde la noche en que Sammy lo

sacara de entre las llamas para llevarlo en brazos al hospital.

Lo rodeó con fuertes brazos para incorporarlo un poco, frotándole las manos heladas para activar la circulación.

—Te traje algo para que entres en calor —dijo alegremente, sacando sus provisiones del cesto. Destapó el cuenco de guiso y se lo acercó a la nariz para que saboreara el aroma—. Como lo hacía tu hermana —agregó, introduciéndole un poco de caldo en la boca.

Lo alimentó a cucharadas, como a un niño, diciendo:

—Así me gusta. Está rico, Josh. No puedes decir que tu amigo Sammy no te cuida como es debido. Y voy a seguir cuidando de ti hasta mi último aliento, como nos prometimos. ¿De acuerdo, Josh?

La cabeza de Josh cayó a un lado. Sammy dejó el cuenco y volvió a moverlo, hasta dejarlo en una posición más cómoda.

—Pronto voy a conseguir empleo —prometió, reclinándose en el asiento mientras encendía un cigarrillo—. Hay trabajo de sobra, con tanta construcción nueva en marcha. Y después buscaré un cuarto bonito en una planta baja, para que sea fácil entrar y salir contigo. Y cuando gane un poco de dinero podremos comprar una silla de ruedas para salir a pasear. ¿Te gustaría ir al océano? ¿Verdad que sí, amigo?

Sus ojos negros ardían de dolor al observar a Josh, recordando lo vital que había sido ese joven. Y ahora pensaba en llevarlo a pasear en silla de ruedas, para mostrarle lugares que jamás vería y llevarlo a un océano en el que no podría nadar.

Sacó del bolsillo la botella de *whisky* barato y la abrió para echar un buen trago; el fuerte licor le hizo estremecerse. Luego acercó la botella a la boca de Josh e hizo un gesto de satisfacción al ver que tragaba.

«Eso es, amigo —murmuró—. Esto te calmará el dolor por un rato».

Y se sentó a beber, observando a su amigo. Lamentaba no poder volver el tiempo atrás.

—Lo volvería bien atrás, Josh —dijo con voz gangosa, al cabo de un rato—. Hasta cuando íbamos juntos a la escuela. Esa fue la mejor época, ¿no? Tú y yo solos, divirtiéndonos. —Sorbió el *whisky*, pensativo, y agregó en voz baja—: Sí, volvería el tiempo atrás, hasta ese día en que Murphy se ahogó en el río —suspiró profundamente—. No era mi intención hacer eso, ¿sabes, Josh? Pero fue como si la cólera me invadiera el corazón. —Se golpeó el pecho con el puño; el recuerdo le llenó los ojos de lágrimas—. Cuando te vi en esa roca comprendí que te amaba. Y tú estabas muy entusiasmado con Murphy; lo pasabas de perlas con él y no me prestabas atención. Sentí que yo no valía nada. Nadie sabía si yo estaba allí o no; a nadie le importaba. A ti menos que a nadie. Yo no podía permitir que pasara eso, Josh, después de lo que habíamos sido durante tantos años, después de habernos jurado amistad y lealtad con sangre y todo. No fue difícil hacer lo que hice. Parecía natural. Pero no sabía que tú te habías dado cuenta. Los demás no se enteraron.

Miraba silenciosamente a Josh, casi como si esperara una respuesta. Pero la cara

de su amigo seguía en blanco. Vertió más *whisky* en la boca floja y limpió con los dedos las gotas que escapaban. Luego volvió a reclinarsse.

—¿Ya vas entrando en calor? —preguntó, echando un vistazo ansioso al fuego—. Bien sé que es imposible caldear esto, pero el *whisky* ayuda. Espero que te calme el dolor, Josh. Porque a mí no me lo calma, no. Después de todo lo que he hecho por ti, mira cómo estás.

Volvió a lagrimear y movió la cabeza de lado a lado.

—¿Ves, Josh? Si no hubieras mirado a esas muchachas yo no habría tenido que matarlas. No soportaba pensar que las tocabas, que las besabas... Me descomponía, ¿sabes? Y otra vez me ardía el corazón. Pero con Murphy aprendí lo que debía hacer. Sin embargo, esa última vez fallé. Sabía que sospechabas de mí, pero cuando te imploré ayuda no me respondiste. «Me van a ahorcar, Josh, —te dije—. El juez se pondrá la capa negra y me colgarán por el cuello hasta que muera. Yo no lo hice», te dije. «No puedes dejar que me ahorquen, ¿verdad?». ¿Recuerdas lo que te dije? Que solo necesitaba una oportunidad. Entonces me enviaste a pedir dinero a Annie, mientras tú tratabas de confundir a la policía. Pero yo me encargué de que encontraran tu bufanda junto al cadáver. Y conté a mi madre que tú habías asesinado a esas mujeres, Josh, y que yo te ayudaba porque era tu gran amigo. De ese modo tendrías que huir conmigo. No podrías volver a tu casa porque sería a ti a quien ahorcarían. Así podía tenerte solo para mí. Oh, sí, así fue. Hasta que conociste a la señorita Francesca Harrison.

Se levantó para acercarse a Josh, con paso de borracho; arrodillado en el suelo, observó aquellos ojos ciegos.

—¿Oyes lo que te digo, Josh? Te estoy diciendo la verdad, amigo mío. Toda la verdad y nada más que la verdad. Y Francie Harrison habría sido la siguiente, pero se me escapó. Quería que sufriera antes, ¿sabes, Josh?, que sufriera como has sufrido tú. Era lo justo.

Echó un vistazo a la botella vacía y la arrojó rudamente contra la pared, donde se estrelló en mil fragmentos, con un ruido que le arrancó una mueca.

—Es culpa de ella que estés así, Josh Aysgarth —gritó, desesperado—. Fue Francie la que te dejó inválido y ciego. Fue Francie la que te quitó la mente y te volvió idiota. Fue ella la que te hizo pasar por esas semanas infernales.

Se dejó caer al suelo, con la cabeza entre las manos. Las lágrimas le caían en cascada por las mejillas.

—Jamás olvidaré el momento en que fui a buscarte. Todo estaba en llamas, pero yo sabía que estabas allí. Te busqué hasta encontrarte y te cargué en brazos hasta el hospital, todo ensangrentado y roto. Te cuidé mientras los médicos hacían lo posible. Me quedé todas esas semanas a tu lado. Y cuando supe que ibas a sobrevivir y que no podían hacer nada más por ti, te traje a casa. Donde debes estar, Josh. Conmigo.

Echó mano a la segunda botella de *whisky* con mano trémula.

—Ahora sí que eres mío, Josh —concluyó, con un toque de triunfo en la voz—. Y

no te dejaré escapar otra vez. —Inclinó la cabeza hacia atrás para beber a fondo; el alcohol le irritó la garganta, haciéndole toser. Luego se limpió la boca con el torso de la mano—. Sí, y cuando llegue el momento, la mujer que te ha causado tanto dolor se reunirá con las otras. En su tumba.

El bar de Jimmy, en la calle Washington, había sido rápidamente reconstruido y estaba de nuevo en frenética actividad. Cuando Sammy no podía soportar por un minuto más el silencio de Josh, iba allí a ahogar sus penas; con su *whisky* irlandés favorito, sentado ante el dañado mostrador, miraba fijamente su vaso pensando en Josh.

El silencio de su amigo llenaba de amenazas ese terrible cuartito. Era como si tuviera las palabras encerradas dentro de sí, como si luchara con todas sus fuerzas para expresar ciertas cosas. Sin embargo sus ojos tenían siempre el mismo aire vacío. Más de una vez Sammy se plantaba ante él para gritarle, después de unas cuantas copas:

—Por Dios, Josh, habla. Si tienes algo que decir, dilo, hombre.

Esa noche su enojo había llegado al punto de ebullición. Lo tomó por el cuello de la ropa para sacudirlo como un perro, gritándole que hablara, que caminara, que fuera como siempre.

«Aunque quieras decirme que me odias, dilo de una vez, por Dios».

Pero la cabeza de Josh cayó a un lado y esos horrendos ojos, siempre abiertos, lo miraron sin ver, como salidos de una pesadilla.

Sammy lo dejó caer de nuevo en el jergón y se apresuró a cubrirlo con las mantas. Hacía frío en el cuarto, pero estaba empapado de sudor. El miedo le corría por la piel. Huyó de la casa en ruinas para ir al bar. Pero no podía ausentarse por mucho tiempo. La presencia callada y silenciosa de Josh le atraía como un imán.

Vació su copa y pidió otra. Josh no estaba vivo ni muerto. Sammy comenzaba a tener miedo de regresar, de verlo tendido en ese jergón mugriento. Tenía miedo de su propio enojo, porque Josh no se movía ni hablaba. Comprendió que no podría resistir por mucho tiempo más. Tendría que hacer algo, aunque le destrozara el corazón. Deslizó la mano en el bolsillo y tocó el acero frío de su navaja. Allí estaba, esperando a Josh. Algún día, pronto.

Era ya tarde cuando salió, tambaleándose. La noche era oscura; las nubes colgaban tan bajas que parecían posadas en los tejados, pero Sammy no necesitaba que la luna le iluminara el camino, pues conocía el trayecto como una paloma mensajera. Con cada paso, el puñal tintineaba contra la botella de *whisky* que llevaba en el bolsillo, pero él estaba tan perdido en sus pensamientos que no se daba cuenta. Esa noche no podría ser. Dejaría vivir a Josh una noche más, por lo menos, para darle una última oportunidad. Le haría tragar otro poco de *whisky* para calmarle el dolor, aunque no había modo de saber si sufría o no.

Se detuvo frente a la entrada para mirar automáticamente a su alrededor, pero todo estaba demasiado oscuro. Entró a tientas. La estufa había vuelto a apagarse,

dejando el cuarto a oscuras. Avanzó a tientas, gruñendo, para acercarle un fósforo. Luego encendió la vela que estaba en el suelo y se volvió hacia Josh.

No estaba allí.

Sammy parpadeó y volvió a mirar. Nada. Alzó la vela en alto, incrédulo, pero la manta estaba en el suelo; el jergón, vacío. Le corrió un escalofrío de miedo por la columna vertebral mientras intentaba desesperadamente despejar la cabeza aturdida por el *whisky*. Josh se había ido. Lo había abandonado. Dejó caer la vela y giró en redondo, bramando como un animal enfurecido, pero su rugido se convirtió en un grito aterrado: dos hombres saltaban hacia él desde las sombras. Lo arrojaron al suelo y le torcieron el brazo por la espalda, subiéndoselo hasta que él temió estallar de dolor.

—Soltadlo —ordenó una voz serena.

Sus captores le soltaron los brazos y dieron un paso atrás. Sammy les echó un vistazo, jadeante y gimiendo de dolor. Eran chinos; a la cintura llevaban letales hachas afiladas, sujetas por corseletes rojos. Acababan de demostrarle que sería inútil medir su fuerza con ellos.

—Siéntese —ordenó la voz serena.

Sammy obedeció deprisa, mirando nerviosamente hacia las sombras.

—¿Quién es usted? —inquirió—. ¿Qué quieren estos chinos de mí?

Lai Tsin dio un paso adelante, con una lámpara en alto. Sus palabras fueron glaciales.

—Una confesión, señor Morris —respondió.

Sammy lo miraba, asustado. Le parecía conocido, pero podía ser cualquiera de las mil caras que veía diariamente en el barrio chino.

—¿Qué habéis hecho con Josh? —Gruñó.

—Usted no volverá a verlo —dijo el hombre, con leve voz de sonsonete.

Una cólera ciega llenó el cerebro de Sammy. Era el tipo de cólera que lo hacía perder el dominio de sí. Le habían quitado a Josh para hacerle daño, para matarlo. Sacó bruscamente la navaja del bolsillo y se arrojó contra el chino.

Lai Tsin vio el destello del acero a la luz de la lámpara; sintió el filo que le partía la mejilla y el caliente goteo de la sangre. Permaneció impertérrito, mientras los dos tongs contratados sujetaban a Sammy contra el suelo. Entonces se inclinó a recoger el cuchillo y dijo, sin alterarse:

—Ahora harás lo que te ordene.

Sammy estaba de rodillas. Uno de los chinos le sujetaba los brazos; el otro lo aferraba por el cuello, con la pequeña hacha preparada. Lai Tsin puso en el suelo papel, pluma y tinta.

—Recoge la pluma y escribe lo que voy a dictarte.

Sammy lo miró, aturdido. El hombre que le sujetaba el cuello le dio un doloroso rodillazo en la espalda. Entonces se apresuró a recoger la pluma, aguardando la orden siguiente.

—Soltadlo —ordenó Lai Tsin.

Los hombres obedecieron. Uno se puso tras él; el segundo, delante. Sammy les echó una mirada temerosa y movió la cabeza. Eso no podía ser; era una pesadilla. ¿Qué querían de él? «Una confesión», había dicho el chino.

Levantó la vista. Lai Tsin le sostuvo la mirada, diciendo:

—Escribe: «Yo, Sammy Morris, me declaro culpable del asesinato de cinco personas inocentes».

—¡No! —rugió Sammy, arrojando la pluma al suelo—. No lograrás que escriba eso.

Lai Tsin hizo una señal a los hombres, que volvieron a sujetarlo. En esa oportunidad Sammy sintió el frío del acero contra el cuello, como un susurro contra la carne, y el calor súbito de su propia sangre.

—Ahora sabes lo que sintieron tus víctimas —dijo Lai Tsin—. Conoces el mismo terror, la misma impotencia. Recoge la pluma y escribe.

Sammy obedeció, temblando.

—«Confieso haber asesinado a Murphy, mi compañero de escuela» —continuó Lai Tsin.

Sammy levantó bruscamente la cabeza para mirar a su alrededor, presa del pánico. Nadie estaba enterado de eso, nadie... salvo Josh. Él había confesado todo a Josh, ciego y mudo. Era el único que sabía lo de Murphy.

—¡Escribe! —ordenó Lai Tsin. El hacha le tocó otra vez el cuello y Sammy se apresuró a garabatear las palabras—. «Confieso haber asesinado a las tres mujeres, hechos de los que se culpó a mi amigo Josh Aysgarth».

El prisionero respiraba con breves jadeos asustados. Josh había estado fingiendo; escuchaba todo y lo había denunciado. Miró a Lai Tsin, aterrorizado. La mandíbula le colgaba sin fuerza; de su garganta brotó un gemido estrangulado. Ya sabía quién era ese hombre: el chino amigo de Francie Harrison. Era ella quien le había revelado todo eso; ella quien los enviaba para obligarlo a confesar; ella quien había vuelto a robarle a Josh.

—Escribe —ordenó Lai Tsin, con voz fría. Aterrado, Sammy se inclinó hacia la hoja y escribió lo que se le indicaba—. Firma.

—¿Dónde está Josh? ¿Qué le has hecho? —aulló Sammy—. No puedes quitármelo. Somos hermanos, nos amamos... Yo lo salvé, cuidé de él. Siempre...

—Firma —repitió Lai Tsin, pétreo.

A Sammy le temblaba tanto la mano que apenas pudo sujetar la pluma. Su firma se estampó sin firmeza por la página.

—Firma otra vez —ordenó Lai Tsin—. Que se lea.

El joven sintió el acero amenazante contra su cuello y volvió a escribir su nombre.

Lai Tsin hizo una seña a los hombres, que volvieron a retorcerle los brazos hasta hacerlo aullar de dolor.

Lai Tsin recogió tranquilamente el papel para leerlo e hizo un ademán satisfecho. Luego se acercó a Sammy y lo miró a los ojos por un largo instante. Eran los ojos de un asesino, de un loco que mataba sin reparos. Un hombre que mataría a Francie en cuanto pudiera.

—Ya sabéis qué hacer con él —dijo a los dos hombres, volviéndole la espalda.

—¡No! —gritó Sammy, tratando de arrojarle tras él—. ¡No!

Pero Lai Tsin ya había desaparecido. Entonces Sammy sintió un golpe punzante en la nuca y no supo más.

Algo más tarde cuando la oscuridad fue completa, los hombres del tong llevaron a Sammy Morris al puerto, en un carro cubierto; allí lo embarcaron en un navío que iba hacia China. El capitán se embolsó su paga y, mientras la tripulación apartaba la vista, lo arrojaron a la bodega. Aún estaba vivo, porque así lo quería Lai Tsin. Pero antes de partir le cortaron el miembro viril.

Capítulo 21

Seis meses después.

Era medianoche y Lai Tsin estaba en su depósito, haciendo inventario y tomando nota para el próximo pedido. Francie le había enseñado todas las palabras correspondientes a los productos que vendía. Él las escribió con lenta precisión.

Apartó el cuaderno moviendo la cabeza. Se había pasado la vida solo; estaba habituado y no esperaba otra cosa. Pero sin Francie experimentaba cierta vacuidad. Desde que la conocía todo era distinto. Se había convertido en una persona respetable ante sí mismo, no solo ante los demás. A cambio quería cargar en sus hombros todos los problemas de la muchacha, devolverle su juventud y su belleza, darle el mundo entero. Pero antes debía ganarlo.

Después de echar la llave a la puerta del depósito, echó a andar lentamente hacia su casa, por las calles oscuras y silenciosas de San Francisco, pensando en su vida. Nunca había esperado tener futuro; siempre tuvo solo el presente, que no requería planificación. Ahora, para alcanzar sus metas, debía mirar más allá de sus tiendas y sus depósitos. Debía ser algo más que un simple comerciante. Debía convertirse en empresario y progresar más allá de San Francisco, hasta Hong Kong y la China, hasta Hawai, la India, Rusia y el Oriente.

Observó su imagen reflejada en un escaparate y vio a un vulgar campesino. Los chinos educados y prósperos se habían quedado en la patria; eran los pobres quienes huían a América, para trabajar en los ferrocarriles y en los sembrados, en lavanderías o restaurantes. Los que traían mentes más agudas y algo de dinero se dedicaban al comercio, como él, pero también ellos vivían acosados por dificultades y peligros, y no solo a causa de los *gwailos*, los demonios extranjeros. Había mucha envidia y traición; los tongs eran una amenaza constante y cruel. Los otros comerciantes chinos eran fuertes por ser jefes de familias numerosas que los ayudaban. Pero él no tenía familia. Solo a Francie. Pensó en ella por largo rato mientras caminaba a paso lento. De pronto cayó en la cuenta de que, con Francie como socia, él era más fuerte que nadie. Con Francie al frente de su empresa, podría comprar tierras y hacer negocios que estaban prohibidos a su pueblo, no solo en el barrio chino, sino en cualquier sitio de América y del mundo. Con Francie a su lado podía ser más poderoso que cualquier empresario chino.

Esa misma noche, mientras se revolvía inquieto en su esterilla, se dijo que, por encima de todas las cosas, deseaba convertirse en un hombre culto. Solo de ese modo, armado con las tres grandes potencias del éxito, el dinero y la erudición, podría volver a su aldea, a las riberas del Ta Chiang, para demostrar allí qué grande era ahora el hijo de la *mui-tsai* Lilin. Quería erigir un templo a su memoria y a la de sus

hijos difuntos, para que los espíritus de todos ellos tuvieran un hogar. Y quería derramar todas sus riquezas en Francie y su hijo por nacer.

Mientras tanto solo podía darle el perro que ella deseaba. Había encontrado dos cachorros grandes y torpes, de color arena y ojos ambarinos; ahora se los llevaría. Había postergado la visita a Francie por no perturbarla, pero había otro motivo; conocía ese mismo valle y tenía miedo a los malos recuerdos que el regreso le acarrearía.

Compró algunas ropas nuevas para el viaje, para que ella pudiera sentirse orgullosa de su amigo: una bata larga, de seda azul oscura, una chaqueta negra acolchada y un sombrero redondo, con un botón de seda en el centro. El pelo le había crecido y lo usaba trenzado en una coleta; llevaba el canasto de paja al hombro y los dos ansiosos cachorros con correas de piel. Fue caminando hasta el puerto y se embarcó, nervioso, en el *ferry* Contra-Costa, sin prestar atención a las sonrisas de superioridad que su ridículo aspecto provocaba en los otros pasajeros.

Mientras Zocco lo llevaba en el coche hacia el rancho, su cabeza se llenó de miedos viejos. Trató de recordar que era un comerciante respetado, que pronto tendría dinero suficiente para pagar a los Ancianos el cinco por ciento prometido. Se ordenó a sí mismo olvidar el pasado. Pero su corazón era como un trozo de carbón; ardía de dolor recordado mientras el largo valle se desplegaba ante él.

Francie salió corriendo al porche para recibirlo. Estaba ya muy pesada; los ojos del chino se nublaron de ternura. Ella misma parecía una criatura, con las mejillas rosadas y el pelo rubio formando una capa sobre sus hombros. Miró riendo a los cachorros, que se enredaban con sus correas en los pies de Lai Tsin.

—¡Dos cachorros, Lai Tsin! —exclamó.

—Macho y hembra. Con el tiempo tendrás más grandes daneses. Espero que te gusten.

Ella volvió a reír.

—Los llamaré *Duque* y *Duquesa*, en recuerdo de Princesa. Yo también tengo algo que darte —dijo, orgullosa—. Estás en tu casa, Lai Tsin. Este es nuestro hogar.

Mientras le mostraba las sencillas habitaciones, él notó que no había allí cosas de gran valor: ni preciosas alfombras de seda, ni adornos de jade, ni pinturas o sillas talladas, como él había visto en la casa del Anciano. Pero la pequeña casa de campo relucía de cordial bienvenida, como ningún otro lugar de cuantos él conocía.

Annie salió de la cocina para saludarlo, muy sonriente. Había preparado un festín para él. Se sentaron ante la larga mesa de pino y ella sirvió una sopa hecha con sus propios tomates, pescado del río, hortalizas de la huerta y un pastel, hecho con manzanas de sus árboles y crema de su propia vaca. Aunque nunca habría comido ese tipo de platos, Lai Tsin sonrió, diciendo que era un estupendo festín *gwailo*.

Después de cenar se sentaron junto al fuego y Annie lo observó con curiosidad. La ropa nueva le colgaba en el cuerpo delgado; la cara, de pómulos salientes, parecía demacrada. Pero Lai Tsin tenía la fuerza del acero, probablemente adquirida del

modo más duro. Francie decía que temía hacerle preguntas sobre su pasado, pero la curiosidad de Annie no conocía esos límites. Se quitó los zapatos para estirar hacia el fuego los pies, enfundados en medias de lana. Mientras movía con placer los dedos, dijo sin más preámbulos:

—Cuéntanos qué te trajo a América, Lai Tsin.

El chino, callado, se preguntó cómo decírselo. Fuera estaba oscuro y el frío viento nocturno castigaba las ventanas. Paseó la mirada por ese cuartito reconfortante, iluminado por las llamas danzarinas. Nunca antes había sentido la seguridad de cuatro muros y la compañía de amigos, gente querida y que se interesara por él. Con el corazón emocionado, respondió con voz serena y leve:

—Mis queridas amigas: habéis sido francas y generosas al hablar de vuestra vida. Yo soy el desconocido, el extranjero; tenéis derecho a sentir curiosidad. Os diré por qué vine a América.

Tenían los ojos clavados en él, esperando. Un leño cayó en la parrilla, con una lluvia de chispas rojas; los cachorros gruñeron en sueños, inquietos. Al cabo de un rato él comenzó:

—Allá donde yo vivía, en la provincia de Anwhei, a las orillas del Yangtze, el señor de la aldea era dueño de todo: de la tierra y las casas que en ella había, del estanque, de los patos, de los arrozales y las moreras. Era dueño de todos nosotros. Mi padre era el encargado de cuidar de los patos, muy apreciados por su carne. De vez en cuando el señor de la aldea enviaba sus patos a Nanking, para que se los matara y vendiera como alimento. A mi hermana y a mí nos tocaba conducirlos desde nuestra aldea al Gran Río, azuzándolos con largas cañas, pero siempre con cuidado de no herirlos. Mayling y yo nos entristecíamos por ellos; a veces nos preguntábamos si los patos conocerían el destino que les esperaba, pues parecían quejarse y trataban de volar. Pero sus alas recortadas no hacían sino agitarse inútilmente, así que andaban fatigosamente por la larga ruta hacia el Gran Río. La tierna Mayling derramaba muchas lágrimas cuando llegábamos al río. Siempre había un pato que parecía especial. Ella lo levantaba para acariciarle las plumas y le susurraba palabras reconfortantes; luego lo ponía tristemente con los otros, en las aguas amarillas del Yangtze. Pero aún faltaba lo peor. Ya exhaustos por la larga marcha, los patos eran obligados a nadar ciento sesenta kilómetros para llegar a Nanking. Se nos llenaban los ojos de lágrimas al verlos remar frenéticamente, tratando de escapar al gran junco negro que navegaba tras ellos y a los hombres que, desde los sampans, los mantenían juntos. El junco era casi más rápido que los patos y no se les permitía descansar. Se los obligaba a continuar andando hasta el oscurecer; solo entonces los reunían en la costa. Pero al romper el día estaban otra vez en el río, remando hacia Nanking y su fatal destino.

»Mi padre siempre iba solo a Nanking. En todos esos años nunca había pedido a nadie que lo acompañara, pero una vez dijo que mi hermana y yo iríamos con él. Yo tenía nueve años; Mayling, trece. Era bonita como nuestra madre; el pelo negro le

llegaba hasta la cintura y ella lo usaba en una coleta suelta como los niños. Solo cuando fuera mujer podría recogerlo en un moño. Pero aún era niña y, pese a lo duro de su vida, seguía llena de alegría. Encontraba gozo en las cosas más pequeñas; era dulce y de buen corazón; siempre estaba riendo y bromeando. Reía cuando los perros se perseguían la cola en el patio; cuando el búfalo de agua terminaba su dura jornada, ella le ponía una flor detrás de la oreja y lo acariciaba para reconfortarlo; desbordaba de placer si alguna bondadosa mujer de la aldea le daba un trozo de cordel rojo para atarse el pelo. Nuestras ropas eran de muy tosco algodón azul y blanco, tal como los usan los coolies, y para protegernos del frío invernal nos abrigábamos con las gastadas chaquetas acolchadas que a nuestros hermanos les habían quedado estrechas.

»Para llevar los patos a Nanking no viajamos en el junco, con Ke Chungfen, sino en un pequeño sampán; nos turnábamos para remar y para mantener juntos a los patos, evitando así el enojo de mi padre y una paliza.

»En el tramo inferior del río había mucho tránsito; me entusiasmó ver los enormes vapores extranjeros, las caravanas de juncos que traían sal, las grandes balsas de madera donde vivían familias enteras. Pero Mayling tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar por los pobres patos.

»Nosotros solo conocíamos nuestra pequeña aldea. Hasta entonces nunca habíamos visto una ciudad. Nos asombró ver los cientos de barcos alineados en el río; nos asustamos ante el denso tránsito de las calles adoquinadas y las multitudes de gente que pasaba, presurosa y dando empujones. Junto a nosotros pasaban carros tirados por mulas, cargados con bultos mucho más grandes que esos animales, mientras nosotros conducíamos a nuestra bandada hacia el destino final. Los coolies, que llevaban grandes cestos en varas de bambú, nos empujaban para abrirse paso, igual que los portadores de finas sillas donde viajaban señoriales mercaderes.

»Mayling se detuvo a mirar a una gran señora. Tenía la cara pintada y el pelo negro decorado con adornos de jade. Lucía un vestido de brocado amarillo, con chaqueta de satén acolchada; comprendimos que debía de ser familiar del Emperador, pues solo a ellos se les permitía usar el amarillo real. Cuando ella bajó de la silla nos sorprendió ver lo pequeños que eran sus pies vendados; la mujer entró tambaleándose en una tienda que vendía costosas sedas de colores: esmeralda, añil, escarlata, oro. Y dimos un brinco de miedo al ver que un hombre giraba en la esquina, haciendo sonar un enorme gongo; otro corría tras él; era un ladrón y tenía los brazos atados; a cada golpe del gongo otro hombre le azotaba la espalda desnuda con un manojo de finas varas de bambú, a manera de castigo.

»Quedamos estupefactos ante las tiendas, desbordantes de comidas que nunca habíamos visto: botellas de vino de arroz, vasijas de cerámica llenas de aceite, especias aromáticas y semillas de loto en pasta. Contemplábamos con abrumado respeto los templos pintados de escarlata y jade, adornados con leones de oro y farolillos con borlas; eran muchos los que iban a adorar a los dioses. El aroma de mil

sahumerios de incienso era sobrecogedor. Enmudecíamos al ver tanta riqueza, comparándola con nuestra miseria.

»Nuestras simples cabezas de campesinos se llenaron de imágenes, sonidos y olores, pero aún lamentábamos la suerte de nuestros cansados patos; los llevamos hacia el corral de madera y allí se quedaron. Después de cobrar el dinero, Ke Chungfen se volvió hacia nosotros y nos ordenó, secamente, volver a nuestro sampán y esperar allí hasta que él mandara a alguien por nosotros.

»Mayling seguía sollozando, pero yo recordé a nuestro padre que no habíamos comido desde el alba; ya eran las cinco de la tarde. De mala gana, él sacó algunas monedas del bolsillo, indicando que entráramos en una casa de té y pidiéramos la escudilla de arroz más pequeña. Yo estaba lleno de entusiasmo; corrimos por las calles, buscando un sitio que fuera barato. Nunca habíamos entrado en una casa de té; era una gran aventura y, por una vez, nos sentíamos agradecidos hacia nuestro padre, que nos brindaba ese placer. Pero al final, con esas pocas monedas lo único que pudimos comprar fue un solo cuenco de papilla de maíz con sal.

»De cualquier modo, eso bastó para satisfacer momentáneamente el hambre. Volvimos de la mano por las concurridas calles, contemplando callejones en los que solo se vendían artículos de hierro, vajillas de plata, hortalizas, peces vivos. Pero nos asustaba la prisa y las voces duras de esa gente. Todo eso era demasiado para dos niños campesinos tan jóvenes y poco mundanos; cuando llegamos al río estábamos exhaustos. Nos acurrucamos en nuestro pequeño sampán y nos quedamos dormidos de inmediato, soñando con los patos y su triste destino.

»Un par de horas después me despertó un coolie que me gritaba al oído y me sacudía.

»—Vuestro padre ordena que vengáis inmediatamente, —dijo, despertando a Mayling. Mientras desembarcábamos noté que nos miraba de manera extraña, pero aun así lo seguimos.

»Había caído la noche y solo alguna lámpara de aceite nos iluminaba ocasionalmente el camino. Mi hermana y yo íbamos de la mano y nos volvíamos constantemente a mirar por encima del hombro. Ante todas las puertas ardían varillas de incienso, encendidas para apaciguar al dios de la casa; su potente aroma ayudaba a disimular los malos olores de las alcantarillas lodosas, mientras el siniestro coolie nos precedía por un laberinto de callejones oscuros. Por fin llegamos a una pequeña plaza.

»Había un grupo de hombres reunidos en la esquina, bajo una lámpara vacilante; entre ellos vi a nuestro padre, enfrascado en una conversación con un hombre bajo y rubicundo, que vestía un cheogsam negro y un sombrero redondo. Tenía el bigote largo y caído; sus ojos eran estrechos como ranuras me inspiró una desconfianza instintiva. Mi padre dijo algo y el hombre barbado se volvió a mirarnos. Sus ojos se demoraron largamente en Mayling, examinándola desde la brillante coleta hasta la punta de los zapatos gastados. Ella se estremeció, ruborizándose bajo tanta

observación. El hombre se encogió de hombros y dijo algo a mi padre, que se abrió de brazos y empezó a discutir con él. Nosotros los mirábamos, desconcertados.

»Entonces reparé en una pequeña plataforma levantada en el rincón, tras la cual se escondía un asustado grupo de muchachitas. Los hombres se agolpaban en la plaza y las miraban con atrevimiento, riendo, palpándoles los pechos y tocándolas íntimamente.

»Me aferré a la mano de Mayling, aterrado. Ella era apenas una niña de trece años que aún no se había hecho mujer. Aunque trabajaba mucho para nuestro padre, él sabía que para deshacerse de ella, tarde o temprano se vería obligado a darle una dote. Sus hijos mayores se casarían pronto y él necesitaba dinero para esas bodas. Si vendía a Mayling inmediatamente, se ahorraría el gasto de llenar su boca hambrienta todas las noches, hasta que se casara; no tendría que fijarle una dote y, por añadidura, podría pagar las bodas.

»Mis ojos se cruzaron con los de Mayling; vi que había comprendido, pues estaba pálida, con los ojos dilatados y vidriosos por el pánico. Miré rápidamente a mi padre, que seguía discutiendo el precio con el mercader de carne, y le estreché la mano con más fuerza.

»—Corre, Mayling. Corre conmigo, —le dije—. Tanto como puedas.

»Escapamos de la plaza sin ser vistos, resbalando en el lodo maloliente y tropezando con los adoquines. Luego corrimos por los callejones, hasta que el corazón nos golpeó en el pecho y nos ardió la garganta por falta de aire. Entonces nos detuvimos, recostados contra una pared, escuchando atentamente. Pero solo oíamos nuestros propios jadeos.

»—Ven, —le dije, tomándole de la mano para volver a correr. Pero no sabía hacia dónde. Solo quería alejarme. Alejarme de mi malvado padre y del hombre terrible que pretendía vender a mi hermana como esclava y prostituta.

»Por fin salimos a una calle más ancha, que pude reconocer, y pronto estábamos nuevamente en el río. Saltamos como gacelas a nuestro pequeño sampán y remamos río abajo a toda prisa, como los patos perseguidos por el fatídico junco. Ignorábamos adonde iríamos. No conocíamos otra cosa que nuestra casa y nuestra pequeña aldea. No teníamos dinero ni idea de lo que era la vida real.

»Remamos durante toda la noche. Al amanecer, tan exhaustos como los patos, trepamos a la ribera para dormir. Al despertar, pocas horas después, estábamos hambrientos y todavía agotados. Ocultamos nuestro pequeño sampán entre los juncos y echamos a andar por un sendero polvoriento, hasta llegar a una aldea. Pero cuando mendigamos arroz los campesinos apartaron la vista. Seguimos caminando, sin saber qué hacer. De pronto nos encontramos a la orilla de un arroyo claro, junto a un pequeño monasterio taoísta de muros blancos.

»Un joven monje de túnica color azafrán inclinó la cabeza rasurada hacia nosotros, a manera de saludo, y nosotros nos apresuramos a imitarlo. Cuando le expliqué nuestro aprieto, sus ojos se llenaron de piedad. Nos hizo pasar y

compartieron su comida con nosotros. No era mucho, porque los monjes no tenían dinero y vivían gracias a lo que los campesinos ponían en sus escudillas por voluntad propia. Pero esa aguada papilla de arroz nos calentó el estómago vacío como un manjar divino. Esa noche dormimos en esterillas, en una celda pequeña; con nuestros amigos nos sentíamos fuera de peligro. Sería nuestra última noche fuera de peligro en muchos años.

»A la mañana siguiente, con un liviano desayuno de papilla en el estómago y los oídos resonantes de plegarias por nuestra salvación y buena suerte, nos pusimos en camino.

»Después de analizar las cosas, habíamos decidido volver al río para remar en el sampán hasta la siguiente ciudad, quizás hasta Shanghai, para buscar trabajo. Mientras recorríamos los últimos cientos de metros cayó la noche; suspiramos de alivio al ver que nuestro sampán estaba donde lo habíamos dejado. Lo que no vimos fue que el junco de velas negras esperaba escondido en la oscuridad, tras un recodo del río; tampoco a los hombres que se nos acercaron en silencio, con cuchillos entre los dientes, y saltaron sobre nosotros, cubriéndonos la boca con una mano para que no tuviéramos tiempo de gritar. Sabiendo que no podríamos llegar muy lejos, habían hallado nuestro sampán y allí nos esperaban.

»Pocos minutos después estábamos a bordo del junco, cara a cara con Ke Chungfen y el rubicundo traficante de carne. El hombre rio al vernos.

»—Tiene carácter, —dijo, pellizcando a Mayling en el trasero, como si probara su carne para decidir cuánto valía—. Pero por otra parte aún no tiene pechos; apenas unos botones. Eso reducirá su precio, naturalmente.

»Mayling y yo estábamos juntos. Le eché una mirada y vi que tenía la cabeza agachada, enrojecida de vergüenza ante esa íntima discusión de su cuerpo.

»—¿Cuánto?, —inquirió Ke Chungfen, ansioso.

»—El niño será un buen siervo. Te daré trescientos yuans por los dos, —anunció el hombre, cruzándose de brazos.

»Luego caminó a nuestro alrededor, inspeccionándonos como a ganado en un corral. Yo vi en los ojos de mi padre que ambicionaba más dinero, pero el mercader le volvió la espalda, diciendo con indiferencia:

»—Aceptas o no.

»Ke Chungfen suspiró profundamente; comprendí que estaba pensando en los cuarenta yuans que había pagado por nuestra madre; seguramente lamentaba recibir tan poco por ese capital, después de habernos alimentado durante tantos años. Pero finalmente aceptó y el trato quedó cerrado. Ke Mayling y Ke Lai Tsin pertenecían al traficante de carne.

»Nos encadenaron los tobillos, para que no pudiéramos escapar, y el junco nos llevó nuevamente a Nanking, donde debíamos embarcarnos en la nave del traficante. Mientras caminábamos a duras penas por la pasarela volví la vista atrás, pero no había señales de nuestro padre.

»Nos arrojaron a la maloliente bodega del junco; nos acurrucamos en la oscuridad, escuchando el correteo de las ratas, a la espera de lo que pudiera ocurrir.

»Pasó largo rato. De pronto alguien abrió la escotilla y vimos la luz del día. Un coolie bajó una soga con un pequeño cesto; contenía un cuenco de arroz, un trozo de pan hervido y una redoma de agua. Pese a nuestros miedos, comimos como conejos hambrientos, llevándonos el arroz a la boca con las manos a toda prisa, por miedo a que se lo llevaran. Aspiramos con grandes bocanadas el aire fresco de la mañana, hasta que el coolie volvió a cerrar la escotilla y nos dejó otra vez en la oscuridad.

»Tras algunos días de lo mismo, bajaron una escala de cuerdas y nos ordenaron subir a cubierta. Las cadenas se nos hundían cruelmente en los tobillos y, como nos habíamos habituado a la oscuridad, la luz del sol nos cegaba. Nos llevamos una sorpresa al ver que nos retiraban las cadenas; se nos ordenó entrar a la cabina para lavarnos. Intercambiamos una mirada vacilante, pero obedecemos, preguntándonos qué iba a pasar. Como nadie vino a por nosotros, nos sentamos en cuclillas en el suelo de la cabina, esperando.

»Pasó un largo rato. Al oscurecer amarramos. Cayó la noche, surgió la luna y nosotros seguíamos esperando. De pronto apareció el traficante. Rio al vernos cruzados de piernas a la luz de la luna. Luego tomó a Mayling por la coleta y tiró para que se levantara. Yo me precipité a defenderla, pero él me apartó con un puñetazo; un tripulante se apresuró a sujetarme, mientras que el traficante se la llevaba a su camarote. Mayling gritaba.

»El traficante montaba guardia sobre mí con un cuchillo en la mano; yo estaba acurrucado en el suelo, indefenso, con el eco de los alaridos de Mayling resonándome en los oídos. Pero no eran solo un eco o un recuerdo. Mi hermanita aún estaba gritando, encerrada en el camarote con el traficante de carne.

Lai Tsin se cubrió la cara con las manos, pero al fin continuó:

»Esperé y seguí esperando, pero Mayling no regresó. Por fin el tripulante me devolvió a la bodega y cubrió la escotilla, dejándome solo en la oscuridad, con mis horribles pensamientos. Pasaron días enteros; de vez en cuando me bajaban arroz y agua, pero en general me dejaban solo, hambriento y asustado, siempre a oscuras.

»Después de una eternidad, oí ruidos afuera y comprendí que el junco estaba amarrando en un puerto grande; debía de ser Shanghai. Ahora quizá pudiera ver nuevamente a Mayling. Se abrió la escotilla y apareció un coolie, recortado contra el cielo gris. Dejó caer la escalerilla y yo subí, llenándome los pulmones de aire salitroso; con los ojos entornados para protegerlos de la luz, busqué rápidamente algún rastro de mi hermana. Pero la cubierta estaba llena de tripulantes atareados en arriar las velas y en atar gruesas cuerdas a los pilares del muelle. El coolie volvió a deslizarme las cadenas alrededor de los tobillos, pero sus ojos se encontraron con los míos; mi expresión debía de ser tan patética que vaciló; al fin y al cabo, yo era solo un niño de nueve años, tan pobre como él. ¿Qué daño podía haber hecho? Encogiéndose de hombros, retiró las cadenas y las escondió bajo un rollo de cuerdas,

indicándome que no me moviera de donde estaba. Y me dejó.

»Minutos después vi que el traficante de carne bajaba apresuradamente por la pasarela para subir a un rickshaw. Esperé a que se fuera y, sin dejarme ver por la atareada tripulación, me escurrí hacia el camarote principal, en busca de Mayling. Ella no estaba allí ni en la pequeña cocina; tampoco en el salón. Corrí por el pequeño junco, revisando todos los rincones; poco a poco el corazón se me iba encogiendo. Después de pagar tanto dinero por Mayling, ese hombre no podía haberla matado para arrojarla por la borda, pues de ese modo perdía sus ganancias. Comprendí que la habían desembarcado de inmediato, tal vez para reunirla con las otras muchachas que estaban a la venta. Volví corriendo a la cubierta y esperé a que la tripulación abandonara la embarcación para ir a la ciudad.

Entonces los seguí, con la esperanza de que me condujeran hasta el sitio donde estaban el traficante y Mayling. Pero ellos se encaminaron de inmediato hacia un callejón maloliente, lleno de fumaderos de opio, mujeres baratas y ruidosos garitos. Allí no había señales del hombre ni de mi hermana.

»Me alejé otra vez, caminando todo el día por las resbaladizas calles de granito, hasta que me dolieron los pies. De vez en cuando detenía a alguien para preguntarle si sabía dónde se vendían las muchachas, pero ellos se limitaban a mirarme de manera extraña y continuaban de prisa su camino. Cayó la noche; yo estaba solo en la terrorífica ciudad, desesperado, hambriento y sin un centavo. Ya exhausto, me acurruqué en el rincón oscuro de un callejón y dejé caer las lágrimas entre los párpados cerrados. Sabía que jamás volvería a ver a Mayling.

»Pasaron varios días. Yo vagaba por la ciudad, mendigando comida, agradeciendo cada bocado que me daban a regañadientes. Me agazapaba como un fantasma hambriento en los bordes de la vida real, rondando las casas de té, escuchando hablar de lo dura que era la vida en China y de lo ricos que eran quienes habían ido a trabajar en la Montaña de oro de Norteamérica. Decían que en América se cavaba en busca de oro y plata; que los hombres construían ferrocarriles y se dedicaban a negocios propios; que allí vivían como reyes y aún les quedaban preciosas sumas que enviar a la patria, para mantener a los padres envejecidos, a las esposas y los hijos.

»—Los hombres de Toishan se están haciendo ricos, —murmuraban, envidiosos, mientras saboreaban fragantes albóndigas de cerdo, pasta de habichuelas y esas delicias que yo solo podía mirar con anhelo. Para mí, ser rico significaba tener comida en el estómago y una esterilla donde dormir, pero pensaba en lo que ellos decían. Había perdido a Mayling. No tenía familia. ¿Por qué no reunirme en Norteamérica con los ricos de Toishan?

»Volví a los muelles y, mediante cautelosas preguntas, hallé un barco que zarparía hacia Seattle al día siguiente. Era un vapor pequeño, de aspecto ruinoso y tripulantes con aspecto de villanos; reclinados contra las barandillas, fumaban y escupían al agua; eran sucios y de feo aspecto. Pero ese era el único barco que partiría inmediatamente hacia la Montaña de Oro y yo estaba decidido a abordarlo. Marché a

paso audaz por la pasarela y pedí que se me tomara como grumete. Se rieron de mí, pero me presentaron al capitán, un norteamericano gordo y con barba, que usaba un sucio uniforme de la Marina, adornado con muchos galones dorados, y gorra blanca de visera, con más oro aún. En la mano tenía una botella de *whisky*, que se llevaba a los labios con frecuencia. Cuando le dije, nervioso, que deseaba embarcarme, rio tan estruendosamente como los otros.

»—Claro, hijo, —respondió, con el gordo vientre estremeciéndose de risa—. Uno más no cambia nada. Pero tendrás que trabajar mucho para pagar tu comida.

»No se habló de salario. De cualquier modo, yo me conformaba con no morir de hambre. Cuando llegara a América trabajaría para ganar dinero, como los hombres de Toishan.

»El barco zarpó con la marea del amanecer; mientras yo iba de un lado a otro, ayudando a enrollar sogas, volví la vista hacia China, que desaparecía en el horizonte, y me arrodillé en la cubierta para hacer nueve reverencias, tocando el suelo con la frente, en respetuosa memoria de Lilin, mi madre, y mi hermana Mayling. Luego volví la cara hacia el mar abierto, hacia América.

El fuego se había convertido en un resplandor rojo, que iluminaba las caras espantadas de Francie y Annie. Lai Tsin dijo, con un suspiro:

—Lo que ocurrió después es otra historia.

Se puso de pie y les hizo una cortés reverencia.

—Y ahora Lai Tsin os ruega que comprendáis, porque está cansado y debe buscar el sueño. Pero antes de retirarme quiero agradeceros el don de vuestra amistad. Nunca había pasado una noche como esta, en el calor de un verdadero hogar. Tampoco conocía el amor y la comprensión de otros. Esta noche mi vida ha sido enriquecida por ambas emociones y os agradezco vuestra bondad.

Ellas lo siguieron con la vista, mientras el chino se retiraba con una última reverencia. Pasaron largo rato en silencio, cada una perdida en sus propios pensamientos.

—Yo suponía que mi vida era dura e injusta —comentó Annie por fin, en voz baja—. Ahora me avergüenzo, porque fue un paraíso terrenal comparada con la de Lai Tsin. Yo siempre tuve un techo, comida, cosas materiales.

Francie asintió.

—Pero igual que a él, nos faltó lo que el dinero no podía pagar: amor y amistad.

Más tarde, mientras se revolvía en la cama, pensando en Lai Tsin y su relato, Francie apretó las manos en torno del niño por nacer, que se le movía en el vientre, jurando que su niño tendría al menos una cosa en abundancia: amor.

Capítulo 22

A la mañana siguiente Lai Tsin explicó su idea a Francie.

—Hay otros comerciantes que venden los mismos productos —le dijo—. Debo ofrecer mejores precios y cosas nuevas, si no quiero perder mi ventaja. Por ende, debo prescindir de agentes e intermediarios para comprar directamente en Shanghai y Hong Kong, embarcando yo mismo la mercancía. Y no solo a San Francisco, sino también a Nueva York, Chicago, Washington, a toda América. Y no compraré solo mercancía para los inmigrantes chinos, sino cosas muy importantes, que interesen a los *gwaitos*: sedas de Hunan, alfombras de Persia, plata antigua, espejos de bronce y arcones antiguos, buenas pinturas, biombos, porcelanas. Mi futuro como comerciante no depende solo de mis compatriotas, sino del mundo entero. Pero los *gwaitos* no comercian con los chinos. Una empresa que tenga el nombre de Lai Tsin carece de todo valor. En cambio, si tú fueras mi socia occidental, todo sería posible.

Francie lo miró, desconcertada. Era un hombre de misterios; ella lo conocía y no acababa de conocerlo. Tal vez jamás conocería al verdadero Lai Tsin. Sin embargo, él había pasado a ser su guía en la vida y confiaba en él por completo. La entusiasmaba que él le propusiera ser socios comerciales; habría querido echarle los brazos al cuello para abrazarlo. Pero Lai Tsin siempre mantenía entre ambos una distancia respetuosa y ella comprendió que no podía violar ese código.

—Será un privilegio ser tu socio, Lai Tsin —dijo simplemente.

Esa noche, después de cenar, Lai Tsin continuó su relato, mientras el viento aullaba como un lobo junto a la casita y los primeros copos de nieve se estrellaban contra las ventanas; los cachorros dormían frente a la hoguera.

Les contó que, tras un par de días de navegación, se había dado cuenta de que el cargamento del barco no consistía en té, sino en hombres.

—La bodega estaba llena de coolies que, como yo, iban hacia la Montaña de Oro. Ninguno de ellos tenía papeles para entrar; todos habían pagado grandes sumas al capitán para que los hiciera introducirse a escondidas en Norteamérica. Después de un tiempo se les permitió subir a cubierta; agradecidos por verse fuera de esa bodega atestada y mugrienta, esparcieron sus posesiones terrenales; las esterillas de hierba, los edredones y las almohadas de tesoro; inmediatamente sacaron los naipes y las fichas de mahjonn. Quemaron incienso, hicieron reverencias a los dioses y comenzaron a apostar. Solo interrumpían el juego para sacar los palillos y llenarse la boca de arroz, tan rápido como podían, para fumar una pipa de opio y, ocasionalmente, para dormir.

»Entre una y otra de las tareas que yo hacía para el capitán, corriendo interminablemente entre la cocina y el puente para llevarle su comida, retirar sus desechos y restregar su camarote, yo ayudaba al cocinero, lavaba los platos, ayudaba

a llenar de carbón las enormes calderas, limpiaba las cubiertas y trataba de no molestar a los tripulantes ebrios. Y observaba a los jugadores. Ya conocía el *mahjonn*, pero en esos días lo estudié con atención. Estudié también el *fan-tan*, que se juega con habichuelas, el *pai-gow* o dominó chino, y muchos juegos de naipes, diferentes y complejos. Pronto supe que podría ganar. Pero no tenía dinero con qué jugar.

»Cuando el barco se encontró en medio de un tifón, cada uno tuvo que arreglárselas solo. Los coolies fueron encerrados en la bodega y cerraron las escotillas. El capitán permanecía al timón, entre maldiciones y tragos de *whisky*, mientras el navío se bamboleaba sobre enormes olas verdes, sacudido como un corcho. Los aterrados tripulantes se escondieron a esperar su destino. Sus gritos eran tan fuertes como los gemidos que surgían de la bodega y las maldiciones del capitán se hicieron aún más audibles. Yo permanecía en el puente, acurrucado detrás de él, para entregarle otra botella de *whisky* en cuanto acabara la anterior. La tripulación había desaparecido y él los mandó a todos al infierno. Cuando el barco dio un tumbo y yo dejé caer una botella, vertiendo la mitad de su precioso *whisky*, me dio un feroz coscorrón. Yo estaba tan asustado que apenas sentí el golpe; solo sabía que el capitán se interponía entre la muerte y yo. Pero él pensaba de otro modo. Sabía que solo los dioses podían salvarnos de la muerte.

»Pasó el tifón y cayó la noche. Una vez más nos encontramos en aguas tranquilas. Los tripulantes salieron de sus escondrijos y abrieron la bodega, para que los coolies salieran de su prisión; se les ordenó que limpiaran sus propios vómitos. El capitán y yo intercambiamos una mirada; para entonces él estaba completamente borracho. Sacó un dólar de plata del bolsillo y me lo entregó.

»—Acabas de ganar tu primer dólar americano, —dijo—. Y no puedo decir lo mismo de esa chusma cobarde que llevo a bordo.

»Se paseó por las cubiertas, lanzando maldiciones y golpes a quien se le cruzara en el camino, y los tripulantes me echaron miradas asesinas por el rabillo del ojo, murmurando cosas feas.

»A partir de entonces me mantuve tan cerca del capitán como me fue posible, sabiendo que les sería muy fácil matarme y asegurar que había caído desde la borda. Entre el capitán y la tripulación, apenas dormía; a mí me tocaban todos los trabajos serviles de a bordo. Entre los coolies se propagó la disentería; el barco hedía y era yo quien debía lavar la bodega y las cubiertas; también ayudaba a arrojar por la borda los cadáveres de los que morían. Las calderas estaban fallando y recalábamos de puerto en puerto; algunos marineros desertaron y fue preciso buscarles sustitutos. Y los coolies seguían jugando. Tardamos tres agotadores meses en llegar a California. Mientras navegábamos a lo largo de la costa, el capitán cayó en el silencio.

»Estábamos ante los acantilados, al norte de San Francisco, y nos dirigíamos hacia Seattle. La noche era tormentosa; aunque distaba de igualar la furia del tifón, era lo suficientemente fuerte como para sacudir el pequeño y desvencijado vapor; la

lluvia azotaba las cubiertas. Sin embargo, nos acercábamos más y más a la costa, hasta el punto de que se podía oír el tronar del oleaje contra las rocas y el tañer de una boya. De pronto el capitán ordenó a gritos que se abrieran las escotillas. Desconcertado, vi que sacaban a los coolies a las cubiertas. Se apiñaron bajo la lluvia, temblando, desconcertados al ver que el capitán les apuntaba con un fusil, acompañado por cuatro tripulantes también armados.

»—Esto es América, —rugió súbitamente el capitán, en chino—. La Montaña de Oro. Aquí es donde desembarcáis. —Agitó el fusil con un gesto amenazador, pero ellos estaban tan atontados por el miedo que no se movieron—. Podéis elegir, —bramó él—. Saltad y probad suerte con el mar, que la costa está apenas a doscientos metros. O quedaos a recibir un balazo y seréis arrojados al mar ya muertos.

»Los tripulantes se adelantaron con una andanada. Dos coolies cayeron muertos y ellos los apartaron con el pie, despectivamente.

»Miré al capitán, tan atónito como los coolies. Esos pobres hombres habían pedido dinero prestado y ahorrado a fuerza de privaciones para viajar a América, para poder regresar con una fortuna y ocuparse de sus parientes pobres en la vejez. El capitán se había quedado con el dinero de cada uno. Lo creían su salvador, pero ahora los arrojaba por la borda al mar oscuro y salvaje, supieran nadar o no, y estaba dispuesto a matar a los que no supieran. Era un pirata, un asesino. Lo odié tan apasionadamente como al traficante de carne.

»Horrorizado, vi que esos hombres obligaban a los coolies a arrojarse uno a uno, riendo al ver cómo luchaban contra las olas heladas. Saqué del bolsillo el dólar de plata que me había dado el capitán, escupí sobre él y lo arrojé despectivamente por la borda. Si eso era América, yo no quería saber nada de ella. Era un lugar tan malvado como el que yo había dejado atrás.

»El capitán vio mi gesto y, con un juramento, me aferró por la coleta para obligarme a subir a la barandilla.

»—Vete con ellos, miserable chinito bastardo, —rugió, empujándome.

»Me hundí bajo las olas a buena profundidad; pataleando como enloquecido, emergí súbitamente como un corcho, pues en el Gran Río había aprendido a nadar. Con fuertes brazadas, me dirigí hacia el tronar del oleaje. A mi alrededor había cabezas que se bamboleaban entre las olas; me llenaban los oídos los gritos de los condenados y los disparos de fusil. Cerré los ojos, pues era demasiado pequeño y débil para ayudarlos y no soportaba verles la cara. Las olas eran enormes; por el rugido de la marea comprendí que adelante había grandes rocas. Nadé y nadé, rodeado por algunos otros, sabiendo que estábamos cerca de la costa. De pronto nos engulló una ola grande, sumergiéndonos en helada oscuridad, y su impulso nos arrojó a una playa rocosa. En el momento en que el agua se retiraba, arrastrando consigo a los hombres hacia el mar abierto, me aferré desesperadamente a una piedra. Luego me arrastré sobre las rocas hasta quedar fuera de la línea del agua. Allí quedé, con los brazos extendidos, respirando con jadeos espasmódicos. Había llegado a América.

Lai Tsin vio que las mujeres lo observaban con ojos horrorizados.

—La tormenta arreciaba —dijo—. Las olas eran enormes y se arrojaban contra la pequeña playa de guijarros donde yo me había tendido. Cada vez que se alejaban se veía por un segundo alguna cabeza que se bamboleaba en el torrente, indefensa, o un brazo extendido; luego, nada. Temblando de frío y de miedo, esperé a que los otros llegaran a la costa, pero de los coolies que viajaban en ese terrible barco, los únicos que pisaron suelo americano estaban ya muertos.

Era el tercer día de la visita de Lai Tsin y aún no les había hablado de Sammy. Aunque eso alegraría el corazón de las mujeres, temía hacer sufrir a Francie al contar lo de Josh, y que el mencionar el nombre del malvado trajera mala suerte al apacible rancho.

Al encontrar a Josh en la casa semiderruida donde Sammy lo escondía, lo habían puesto en una camilla para llevarlo a un renombrado médico chino. El hombre lo observó por varios días y le hizo innumerables pruebas. Su examen fue exhaustivo; su veredicto, duro: Josh Aysgarth no volvería a caminar, a hablar ni a ver. El golpe le había destruido la mente; no sabía de nada ni de nadie. Estaba más muerto que vivo; el médico le pronosticó una o dos semanas de vida a lo sumo.

Para Lai Tsin fue torturante decidirse entre informar a Annie y a Francie o callar, pero al fin supo que su decisión había sido la correcta. Ellas ya lo habían llorado por muerto; ahora Francie estaba embarazada y era hora de mirar hacia el futuro. Si lo visitaban solo sería para sufrir, porque Josh no podía reconocerlas.

Lo internó en un asilo para enfermos, en los acantilados del sur de San Francisco. Era un lugar bonito, con edificios de color claro, situado entre pinos y arbustos floridos; el oleaje rugía abajo, entre las rocas. Cuando acostaron a Josh, brillaba el sol y la brisa marítima le agitaba el pelo rubio. Pasó una semana; pasaron dos, tres. Lai Tsin iba a visitarlo con toda la frecuencia posible. Un día lo encontró tendido como de costumbre, con la cara vuelta hacia la ventana. De pronto aspiró hondo y sus ojos ciegos se volvieron hacia el rugir del océano, que ya no volvería a ver, y se fue con un leve suspiro.

Fue una liberación, según le dijeron las enfermeras, después de la discreta ceremonia con la que lo sepultó en el cementerio de la iglesia vecina. Su tumba estaba señalada por una sencilla cruz blanca con su nombre. Lai Tsin también ofreció plegarias por su espíritu en un templo chino.

Había pensado con atención lo que diría a Francie y a Annie, seguro de haber actuado para bien. Pero la confesión escrita de Sammy, que guardaba en su bolsillo secreto, era como un explosivo a la espera de que lo encendieran. Y el día pasaba apaciblemente.

Esa noche Francie dijo que no tenía ganas de cenar, que estaba cansada y le dolía la espalda. Annie la miró con preocupación. Faltaban algunas semanas para que

naciera el bebé, pero ese dolor en la parte baja de la espalda sugería que el parto podía adelantarse. Instaló a Francie en un gran sillón junto al fuego, rodeada de abundantes almohadones, y le puso los pies sobre el escabel. Luego corrió a la cocina para prepararle una taza de té.

Francie guardaba silencio, con las manos apoyadas en el vientre hinchado; pero esa noche el niño se estaba quieto.

—A veces preferiría que no naciera —dijo tristemente a Lai Tsin—. Después de todo, ¿qué oportunidades puede tener? Lo tildarán de bastardo. Y aunque es inocente, aunque no ha hecho nada para merecerlo, será siempre un descastado. —Lo miró con cansancio—. Sufrirá toda su vida por mi pecado. Y por los pecados de su padre.

Lai Tsin dijo, áspero:

—El único pecado de su padre fue amarte.

Sacó la confesión del bolsillo y se la entregó.

—Lee esto. Y no dudes, porque es la verdad.

Francie lo miró con desconcierto. Cuando leyó lo escrito en el papel sus ojos se ensancharon de horror. Era la confesión de un loco, de un asesino.

—No debes preguntar cómo conseguí esto —le advirtió Lai Tsin—. Acéptalo, simplemente, como la verdad.

—Pero ¿sabes dónde está Sammy?

Los ojos de Lai Tsin se tornaron súbitamente inexpresivos e insondables.

—Ya no tienes por qué temer a Sammy Morris. No me preguntes más. Lo importante es la confesión que tienes en las manos: para ti y para tu hijo. No puedo devolverte al hombre que amabas, Francie, pero te devuelvo su honor.

Francie sintió que se liberaba de un gran peso y suspiró, apoyando la cabeza rubia contra los almohadones; el niño volvió a moverse bajo sus manos. El nombre de Josh estaba limpio y, al menos, su hijo no tendría que cargar con algo tan terrible.

La criatura dio otro salto en su vientre y quedó inmóvil.

De pronto la invadió un delicioso adormecimiento; sus penas y preocupaciones parecieron difuminarse.

Lai Tsin sonrió ante sus párpados caídos.

—La criatura nacerá antes de lo que pensábamos —dijo a Annie, que entraba—. Zocco debe ir a Santa Rosa en busca del médico.

—La distancia es mucha; casi cincuenta kilómetros —observó Annie, dubitativa—. Tal vez sea mejor esperar. Después de todo, el bebé debería nacer dentro de tres semanas.

—Nacerá dentro de las próximas cuarenta y ocho horas —aseguró Lai Tsin, en voz baja—. Haríamos bien en prevenir al médico.

Annie lo miró con curiosidad.

—Pareces saberlo todo, Lai Tsin.

—Hay otra cosa que sé —dijo él—. He traído un regalo para ti y para Francie. El don de la paz mental.

Cuando Annie leyó el papel, sus ojos pardos se llenaron de lágrimas.

—Lo sabía —dijo simplemente—. Sabía que Josh no había matado a esas muchachas. Pero ¿por qué? ¿Cómo pudo Sammy hacer algo tan terrible?

—No pensaba como una persona normal. Solo conocía tres emociones básicas: celos, enojo y placer. Su locura le permitía destruir a quienes se le interponían.

—¿Y dónde está ahora?

Lai Tsin respondió, con ojos inescrutables:

—No volverás a verlo.

Annie miró aquella cara enigmática y se estremeció. No sabía qué significaba eso y sintió miedo de preguntar.

Al pensar en Josh derramó amargas lágrimas. Lai Tsin no le ofreció palabras de consuelo, pues no conocía ninguna. Y cuando las lágrimas terminaron, le dijo:

—El honor de tu familia está limpio otra vez. Ahora debemos pensar en el futuro y en el niño que pronto entrará en nuestras vidas.

Annie se limpió los ojos y la nariz, pensando que él tenía razón. Gracias a Lai Tsin, su padre podría volver a levantar la cabeza con orgullo. Guardó la confesión en lugar seguro, a fin de enviarla por correo a la policía británica, y fue a decir a Zocco que debía ir a Santa Rosa en busca del médico.

Poco después, un dolor sordo despertó a Francie. Se incorporó de inmediato, con los ojos dilatados por la sorpresa.

—Oh, Annie —dijo, entre nerviosa y entusiasmada—, creo que ya viene el bebé.

Los ojos preocupados de Annie se encontraron con los de Lai Tsin.

—Tal como nuestro amigo predijo —reconoció—. Zocco ya ha ido en busca del médico.

Se acercó a la ventana para observar la noche, dubitativa. El viento que los acosaba desde hacía tres días era ya un vendaval y la lluvia caía con fuerza; rezó pidiendo que no volviera a nevar.

Francie se acostó en la cama de su madre. Estaba pálida y sus ojos azules brillaban de miedo.

—Quédate a hacerme compañía —suplicó—. Que Lai Tsin venga también.

Ahogó una exclamación ante el siguiente dolor. Annie la miró, preocupada, y fue en busca de Lai Tsin. La pequeña lámpara de parafina lanzaba una luz suave sobre las caras reunidas. Francie pensó en aquella noche de Navidad en que, mientras ella soñaba en la alfombra, frente a la estufa, su madre dormía el sueño final en esa misma cama. Y lamentó con todo su corazón que su madre no estuviera allí para ayudarla.

Annie volvió a mirar por la ventana, ansiosa, y el corazón le dio un vuelco: estaba nevando. La mirada de Lai Tsin se cruzó con la de ella, como si él comprendiera sus pensamientos: el médico no podría viajar con esa tormenta. Pero se encogió de hombros, diciéndose que el nacimiento de un bebé era algo cotidiano, una cosa rutinaria. Se las compondría.

Francie hizo una mueca, atacada por otro dolor.

—Habládme —suplicó—. Cuéntame el resto de tu historia, Lai Tsin. Por favor.

Él la miró, afligido.

—No es buen momento para escuchar mi cruel relato —replicó.

—Sí, por favor. Eso me ayudará a distraerme.

Él movió la cabeza, preguntándose qué decirle... cómo decirlo. Solo había una manera.

—Aunque entonces no lo sabía, yo estaba en un sitio llamado Little River, famoso por el salvajismo de sus mares y también por los barcos piratas que traían a los inmigrantes chinos ilegales. La marea ascendía con celeridad por la pequeña playa y comprendí que estaba en peligro. Al mirar en derredor, vi que los acantilados llevaban a una ensenada y los seguí, en busca de un sitio donde ponerme fuera del alcance de la marea. Por fin, mucho más arriba, vi unos cuantos matorrales y más allá, grupos de pinos. Ascendí por la empinada cuesta, aferrándome a las piedras y trepando penosamente, centímetro a centímetro. Me sangraban las manos y me dolía el cuello por la tensión de mirar siempre hacia arriba, sabiendo que perdería el valor si volvía la vista a la marea, que ya se arremolinaba contra las rocas de abajo. Por fin llegué a la maleza. Me así de las ramas espinosas para izar me hacia arriba y me encontré entre los árboles. La cuesta era menos pronunciada y había hierbas bajo mis pies. Me dejé caer al suelo, sollozando de miedo y agotamiento, estremecido de frío. Al rato reuní el coraje suficiente para caminar por el bosque, pero los árboles eran tan densos que no dejaban ver siquiera el negro cielo de la noche. Me encontré en una oscuridad absoluta. No pude caminar más y me acurruqué tanto como me fue posible, rezando porque no hubiera en esa selva americana tigres feroces, dragones ni serpientes venenosas. Me quedé dormido. Me despertó una leve luz grisácea que se filtraba por los altos pinos. La ropa mojada se me pegaba al cuerpo y sentía el vientre vacío de hambre. Eché a andar otra vez, siempre hacia arriba alejándome de la costa. El bosque iba cambiando; junto a los pinos había imponentes secuoyas de troncos tan enormes que dos hombres no habrían podido abarcarlos con los brazos extendidos. A lo lejos oí un silbido de sierras y comprendí que debía de estar cerca de un aserradero.

»Presa del pánico, me senté bajo un árbol, tratando de decidir lo que haría. Era un niño chino, pequeño y aterrorizado. No hablaba el idioma. No tenía documentos que me permitieran estar en América ni dinero con qué pagar comida, aun si hubiera sabido pedirla. Pensé que los americanos me matarían si me encontraban; decidí esperar a la noche para tratar de robar algún alimento. Caminaría por la noche hasta llegar a la ciudad y a la Montaña de Oro; luego buscaría trabajo entre mis compatriotas de Toishan. Me fui acercando a los ruidos que brotaban del aserradero, hasta que pude verlo entre los árboles. Era un alto edificio de madera, encaramado en un barranco, frente a un río caudaloso. Había en el aire un fuerte olor a resina; alrededor se veían grandes árboles caídos y tablas apiladas, atadas con sogas. Algunos hombres, armados de hachas, cortaban las ramas de las grandes secuoyas

derribadas, mientras otros saltaban ágilmente en los troncos que flotaban en el río. Retrocedí con miedo al comprender que los leñadores eran *gwailos*, demonios extranjeros.

»Rodeé el aserradero por detrás y divisé un pequeño cobertizo de madera. De la chimenea brotaba humo. Una mujer de vestido negro y delantal floreado estaba arrojando migajas a unas pocas gallinas flacas, que rondaban la puerta. Se me alegró el corazón, pues donde hay gallinas hay huevos. Si actuaba con astucia y en silencio, esa noche podría comer. Pero el corazón se me encogió al ver que un perro negro olfateaba los matorrales. Era seguro que ladraría para advertir a su ama.

»Cuando se puso el sol cesó el gemir de la sierra y los *gwailos* volvieron a casa, riendo y gritando. Esperé hasta que la mujer hubo reunido a todas sus gallinas para encerrarlas en el corral. Luego llamó a su perro y entró en la casa, cerrando la puerta. A través de las cortinas vi la luz de una lámpara; mi corazón lloraba por la reconfortante luz de mi pobre aldea, cerca del Yangtze, pero me acordé de mi padre y de lo que nos había hecho. Entonces comprendí que no tenía hogar y fortalecí mi corazón, jurando continuar. Me las compondría para sobrevivir. Y con el tiempo volvería a mi aldea, convertido en un hombre rico. Entonces lo destruiría, tal como él había destruido a mi madre y a Mayling.

»Al caer la noche me acerqué subrepticamente y me senté tras un árbol, esperando que oscureciera. Los pájaros buscaban sus nidos y callaban. Los susurros del bosque se fueron aquietando.

»Me deslicé sigilosamente hasta el corral. Las gallinas cacarearon ruidosamente; yo me detuve, tembloroso, dejando que se acostumbraran a mí. Luego revisé apresuradamente los nidos y encontré dos huevos calientes. No podía esperar. Los rompí y me los eché a la boca. Aún tenía un hambre devoradora. Recogí los restos de comida que la mujer había echado a las gallinas y comí eso. Encontré la escudilla del perro y, tras comerme los restos de su cena, lamí el recipiente. Y luego, todavía con hambre, eché a andar otra vez por el bosque.

»No sé por cuánto tiempo caminé ni qué distancia cubrí. Me alimentaba de raíces y zarzamoras. Logré atrapar a un conejo tierno y lo maté; tras desollarlo con una piedra, arranqué un miembro tras otro para comer la carne aún caliente. El bosque se fue aclarando hasta convertirse en una huerta. Me comí unas manzanas caídas, ya marchitas, y bebí agua del arroyo.

»El fuerte sol de la jornada me había secado la ropa, pero las noches eran frías; al amanecer veía mi propio aliento en el aire glacial. La noche siguiente fue aún más fría; aunque caminaba de prisa me era imposible entrar en calor. Solo vestía mis pantalones y mi bata de algodón; los zapatos de tela se me habían llenado de agujeros. Vi un sendero y lo seguí; pronto llegué a un largo edificio de madera, que tenía una campana en lo alto de una pequeña torre. La puerta estaba abierta; entré. A la luz de la luna vi hileras de largos bancos de madera y un altar, con una cruz como la que había visto en la misión de Nanking. Comprendí que era el lugar sagrado de

los *gwaïlos* y me prosterné ante el dios de los extranjeros, tocando respetuosamente el suelo con la frente, para que no se ofendiera por mi intromisión.

»El lugar era frío, pero al menos me protegía del viento helado; me estiré en uno de los bancos de madera y cerré los ojos. Era la primera vez, desde mi partida, que me encontraba entre cuatro paredes. Me sentí extrañamente seguro y en paz. Y dormí.

»Desperté súbitamente. El sol entraba a raudales por una ventana alta y alguien me sacudía por el hombro. Era un hombre vestido de negro, rubicundo y de ojos duros, pálidos como el agua. En China yo no había visto ojos como esos.

Lai Tsin hizo una pausa y bajó la vista al suelo, como si no quisiera continuar. Francie le dijo, consoladora:

—Está bien. No lo cuentes, si no quieres.

Él se encogió de hombros.

—No importa. El hombre era un predicador. No comprendí lo que decía, pero obviamente yo era su prisionero. Miré a mi alrededor, buscando una vía de escape, y el hombre soltó una carcajada atronadora, como su voz grave. Y llevándome sujeto por el hombro, me hizo marchar fuera de la capilla, por un sendero, hasta que llegamos a una pequeña aldea. Había diez o doce casas de dos plantas y algunas tiendas diseminadas alrededor de un camino serpenteante. Eran las primeras horas de la mañana; pasaban mujeres vestidas como la dueña de las gallinas: con faldas largas y anchas y delantales de flores; algunas, con cofias y capas. Envidié a los hombres por tener esas abrigadas camisas y chaquetas de lana. Todos eran como el pastor: gente descolorida y silenciosa, de ojos duros; miraban boquiabiertos al predicador y al extraño cautivo.

»Aunque no comprendía su idioma, adiviné lo que él les decía:

»—Lo encontré en la capilla; es un joven Celestial, un niño pagano. Dios lo ha enviado a nuestra pequeña comunidad para ponernos a prueba y voy a aceptar el desafío. Enseñaré a este niño pagano la palabra de nuestro Señor.

»La casa del pastor era oscura y mohosa. Era la primera vez que entraba en una casa de *gwaïlo* y me dio miedo. Estaba llena de relojes tintineantes y pinturas de hombres con ojos duros; los muebles eran oscuros y pesados; las ventanas estaban cubiertas por cortinas de terciopelo. Pero en el hogar ardía un buen fuego. En cuanto el hombre me soltó corrí a calentarme las manos. Me escocían las mejillas por el calor y sentía constantemente los ojos del hombre clavados en mí. Luego dijo algo y volvió a asirme por el hombro. Me llevó afuera, a un cobertizo donde había una pequeña tina de cinc, y me indicó que me quitara la ropa. Yo tenía miedo y me negué. Traté de huir, pero él era demasiado fuerte. Gritando, rojo de cólera, me arrancó la ropa y tuve que meterme en la tina. Allí estaba, desnudo y avergonzado, sin poder mirarlo. Él llenó una jarra grande con agua de un grifo cercano y la vertió sobre mí. Parecía hielo; chillé y me retorcí, pero él me sujetaba, clavándome cruelmente los dedos en el hombro. Me dio una barra de jabón de lejía e hizo que me lavara. Luego volvió a verter agua helada sobre mí. Terminada esa dura prueba, me entregó un trozo

de arpillera para que me secara. Me envolví en ella, con los dientes castañeteando de frío y temor. Entonces se abrió la puerta y entró una mujer.

»Al verme ahogó una exclamación, pero él se apresuró a explicarle todo. La mujer volvió a salir y regresó con algunas ropas. Me puse esas prendas de *gwaito*. Todo era gris: la camiseta, la camisa de franela, los pantalones y el suéter de lana. Pero las botas eran negras. Y grandes, con clavos enormes. Yo nunca había calzado otra cosa que los zapatos de tela de los campesinos chinos; las encontré duras; me hacían daño en los pies y no me dejaban moverme con tanto peso.

»La mujer calentó un poco de sopa y me puso un cuenco humeante en la mesa. Creí que iba a desmayarme ante ese aroma. Lo levanté para beber, pero ella me gritó. Aunque no comprendía sus palabras, supe que me decía:

»—No, no, pequeño pagano. Debes usar la cuchara. —Me dio una cuchara de mango largo; yo nunca habría visto nada parecido.

»El hombre se sentó a la cabecera de la mesa, sin dejar de mirarme, con una sonrisa extraña. Me había dado ropas y alimentos, pero no me inspiraba confianza. No me gustaba.

»Cuando terminé la sopa la mujer se me acercó. Me juntó las manos e hizo que inclinara la cabeza; luego ella y el pastor hicieron lo mismo y él recitó algunas plegarias de los *gwaitos*. Por fin el hombre volvió a tomarme por el hombro y subimos una estrecha escalera. Abrió una puerta y me empujó hacia adentro. Oí que una llave giraba en la cerradura. Quedé solo.

»El cuarto era pequeño, de paredes oscuras; había grandes arcones y armarios, de maderas pesadas y feas. Miré lleno de anhelos la pequeña cama, cubierta por un edredón blanco. Durante toda mi vida habría dormido siempre en el suelo, sobre una esterilla de hierba; era la primera vez que veía algo así. Estaba exhausto y me tentaba, pero presentía que estaba en peligro. No podía quedarme allí. Corrí a la ventana para mirar afuera. Había una tubería de metal que descendía por la pared; para un niño menudo y ágil fue muy fácil escurrirse por la ventana y bajar por allí. Una vez en el suelo, me escurrí por el costado de la casa y desaparecí entre los árboles, como una sombra.

»Pocos minutos después estaba nuevamente en marcha, pese al estorbo de las grandes botas y esas ropas molestas. Pero estaba abrigado, tenía comida en el vientre y me sentía fortalecido. Además, tenía la certeza de haber escapado de algún mal que no comprendía.

»Caminé todo ese día y toda la noche siguiente, deteniéndome solo para buscar comida: moras, raíces, manzanas, hongos. Habría muerto alegremente a cambio de una escudilla de arroz humeante. No podía saber si lo que estaba comiendo era venenoso, pero tenía tanta hambre que ya no me importaba. Viviría o moriría, según lo quisiera el destino.

»Los árboles se iban espaciando y el paisaje se tornó más abierto. Ya no había bosque, sino ondulantes colinas cubiertas de hierbas, praderas y huertos. Durante el

día me ocultaba en los setos; por la noche caminaba. Una mañana, al romper el alba, me encontré en los límites de una aldea similar a la que había visto antes, pero esa era más grande; tenía casas de mayor tamaño, jardines floridos y tiendas; alrededor, las colinas tenían extraños arbustos plantados en frondosas hileras. Y en esos sembrados trabajaban chinos.

»Se me dilataron los ojos de asombro. Me dije que esa debía de ser la Montaña de Oro, donde los hombres de Toishan estaban ganando fortunas. Miré a mi alrededor, buscando los montones de oro y plata, pero allí solo veía esos extraños arbustos y los hombres que los podaban. Corrí gozosamente hacia ellos, gritando y agitando los brazos; ellos levantaron la vista con exclamaciones de asombro ante ese pequeño celestial de grandes botas negras. Eran varias decenas. Reunidos a mi alrededor, escucharon mi relato, maldiciendo horrorizados al capitán *gwailo*. Luego me dijeron que esa no era la Montaña de Oro, sino un lugar donde se cultivaban uvas, para hacer el vino de los bárbaros. Casi siempre trabajaban cavando cuevas debajo del suelo, pero ese día, a causa de la escarcha, los habían enviado a cuidar de las viñas.

»Los miré con atención. No vestían las sedas de los hombres ricos, sino el tosco algodón de los campesinos. Estaban atendiendo un sembrado, igual que en la patria, y cavando bajo tierra. ¿Dónde estaba la Montaña de Oro? Se lo pregunté y ellos denegaron con la cabeza. Nunca la habían hallado. Esa noche me llevaron con ellos para presentarme al patrón. Le dijeron que, si bien pequeño, yo era fuerte y podía cavar tanto como cualquiera de ellos. El patrón era grande, como todos los demonios extranjeros; tenía hombros tan anchos como los de un búfalo de agua; se me ocurrió que debía de cavar más que todos nosotros. Pero él usaba pantalones elegantes y chaqueta de piel, y se sentaba como un dios a lomos de un hermoso potro negro. Era el dueño de toda la tierra que teníamos a la vista. Y también de nosotros.

»—Bien, ponédlo a trabajar, que ya veremos, —dijo fríamente.

»Acompañé a los otros celestiales a la casa larga donde comían y dormían. Un cocinero chino estaba repartiendo cuencos de arroz y hortalizas; el olor me llenó la boca de saliva. Devoré dos platos, hasta sentir el estómago a punto de reventar. Después, como no tenía esterilla, me acurruqué en un rincón y dormí como deben dormir los niños.

»Desperté antes del alba; con un poco de papilla de maíz y pan hervido en el vientre, seguí a los otros hasta las cuevas. El capataz me entregó un pico y una pala; bajamos por un pasaje inclinado que se adentraba en la tierra. Al final de la caverna los hombres empezaron a cortar la roca. Al cabo de una hora me quemaban los músculos de los hombros y mi corazón amenazaba con estallar. Estaba cubierto de polvo y sudor, pero no me atreví a detenerme. Trabajé con los otros, pico en mano, y luego aparté las piedras a paletadas. Al cabo de algunas horas interrumpimos el trabajo y ellos sacaron pequeños cubos de madera para comer arroz. Como yo no tenía cubo ni almuerzo, me alejé para que no se sintieran obligados a compartir conmigo su magra comida. Me dejé caer en un rincón, frotándome los hombros

doloridos. Estaba exhausto y quería llorar, pero comprendí que debía seguirles el paso si quería conseguir empleo.

»Pasó una semana; cada día terminaba en el cansado olvido de la noche. Pero yo era joven y cada mañana el dolor parecía haber menguado. Al terminar la semana me pagaron el salario. Esas monedas que tenía en la mano eran mi primer dinero propio, pues no contaba el dólar de plata del maligno capitán. Y de pronto supe lo que iba a hacer con ellas.

»Esa noche, después de la cena, los hombres se reunieron para jugar a los naipes y al mahjongg, como todas las noches. Yo me senté en el círculo, con las piernas cruzadas, y puse mi apuesta junto con la de todos. Iba a poner a prueba las lecciones aprendidas en el barco, observando jugar a los coolies. A los pocos minutos había perdido todo mi salario.

»Lo intenté de nuevo a la semana siguiente, y continué intentándolo hasta aprender. Entonces comencé a ganar. Me sabía inteligente y habría podido ganar siempre, pero esos hombres se habían portado bien conmigo y no podía quitarles su dinero. Por eso dejé de apostar y ahorré mis salarios.

»Cuando por fin terminó el trabajo en las cuevas me fui con los otros; trabajaba con ellos en los sembrados y en los huertos. Así llegué finalmente a San Francisco. Me dijeron que en la Iglesia Bautista funcionaba una escuela dominical para explicar su dios a los celestiales paganos, pero también para enseñarles inglés. Y aprendí. Aceptaba cualquier trabajo que pudiera conseguir.

Lai Tsin dejó de hablar y las miró gravemente.

—Y así he pasado mi vida hasta ahora —dijo por fin.

—Ahora conocemos al verdadero Lai Tsin —dijo Francie, compadecida—. Solo espero tener tanto coraje como tú.

—No temas, pequeña —replicó él, con su leve sonsonete—. Tu coraje es aún más grande.

Cuando Francie entró en un mundo de dolor, la noche pareció súbitamente más oscura. Atacó de pronto; ella luchaba; temblaba cuando el dolor cedía, sabiendo que no hacía sino acechar, como un animal salvaje, a la espera de atacar otra vez. Pasaban las horas. Annie le refrescaba la cabeza y le masajeaba los pies helados. Echó más leña al fuego, sollozando con impotente solidaridad ante los gritos de Francie.

Amaneció sin que el médico hubiera llegado. El día se arrastró hasta el crepúsculo y cayó rápidamente en la noche. Con la frente cubierta de sudor, Francie luchaba con el dolor. Lai Tsin, a su lado, le estrechaba la mano.

Francie lo miró a los ojos y percibió su fuerza. Sintió también que fluía hacia ella. Experimentó una extraña exaltación y, de pronto, le pareció estar fuera de su propio cuerpo. Su madre estaba junto a ella, sonriéndole con ojos llenos de amor, llamándola. Se vio tendida en la cama de su madre, con su mano entre las de Lai

Tsin. Vio a Annie, que lloraba. Y luego vio a su propio hijo, que emergía al mundo. Y la felicidad la colmó.

Quedó tendida en la cama, exhausta, con su hijo sobre su pecho. Sonrió fatigadamente. La fuerza de Lai Tsin la había salvado, sin duda. Igual que después del terremoto, cuando ella quería morir. Ya no era una muchacha indefensa: ahora era madre, era mujer, era fuerte.

Annie se olvidó de su pensión, ya casi terminada, allá en San Francisco. Apartó el pasado de su mente y se hundió en la alegría del bebé, a quien llamaron Oliver. Era tan parecido a Josh que la volvía atrás en el tiempo, a la época en que ella tenía trece años y cuidaba de su hermanito. Ahora ayudaría en la crianza de su hijo.

Ella y Francie solo pensaban en el bebé. Se maravillaban de sus progresos diarios, admiraban la más pequeña de sus sonrisas, el suave pelo rubio, la belleza de sus grandes ojos grises. Lo bañaban, lo alimentaban, le cambiaban los pañales. Annie tejía interminables gorras y batitas para protegerlo del frío invernal. Y cuando llegó la Navidad, decoraron un pequeño abeto con piñas, cintas rojas y velas diminutas. Invitaron a Zocco y a Esmeralda para que compartieran su vino especiado y el ganso asado, que Annie había preparado con aromática corteza exterior, pero rosado y jugoso por dentro. Lo acompañó con manzanas cocidas y rica salsa de carne. El postre fue un budín de ciruelas, remojado con *brandy* y lleno a reventar de frutas y nueces; también tenía dentro una moneda de seis peniques como amuleto para la suerte. Mientras, el bebé gorgojeaba alegremente en su cuna, en la abrigada cocina, como si supiera que era Navidad, y los cachorros *Duque y Duquesa* retozaban entre los pies. Lai Tsin no estaba allí. Lo echaban de menos, pero él decía que era preciso trabajar mucho, pues deseaba pagar cuanto antes a los ancianos el cinco por ciento de interés debido.

Llegó fin de año y comenzó el Año Nuevo. Annie seguía allí.

—Me iré pronto —repetía. Pero luego pensaba que Francie y el bebé la necesitaban.

En febrero Lai Tsin anunció por carta que había pagado los intereses. Los ancianos, tras escuchar sus nuevas propuestas, le otorgaron otro préstamo. A la semana siguiente se embarcaría hacia Shanghai; pasarían muchos meses antes de que volvieran a verlo. Francie leyó la carta con orgullo, comprendiendo que él había dedicado mucho tiempo a escribirla en inglés, con letra tan hermosa y clara. Alzó a Oliver y lo vistió con su chaqueta y su gorrita azules; luego lo envolvió en un chal para sacarlo a pasear en el cochecito que Lai Tsin había comprado en San Francisco. Mientras lo empujaba por los caminos que había recorrido con su madre, contemplaba alegremente las nubes blancas que correteaban por el cielo azul. No pedía de la vida sino ser la madre de Oliver.

En la primavera Annie volvió a San Francisco.

—Detesto dejarte sola —dijo, mientras Zocco amontonaba el equipaje en el coche —, pero he invertido todo mi dinero en la pensión y debo convertirla en un éxito, por el bien del pequeño Oliver.

Francie agitó la mano hasta que el coche desapareció tras los árboles. Luego volvió al interior, súbitamente perdida. Cargó al bebé en el otro hombro, pues cada vez estaba más pesado, y sonrió con orgullo, pues se estaba convirtiendo en un niño fuerte y hermoso.

Se paseó por la casita, con los perros pisándole los talones, espiando cuartos vacíos; se quedó un rato en la cálida y alegre cocina. Allí estaban los pasteles que Annie había horneado antes de partir, enfriándose junto a la ventana; el ambiente olía a vainilla y especias; casi se podía imaginar que Annie aún estaba allí. Algo más tarde se sentó frente al fuego, con los perros tendidos a sus pies, mientras el bebé dormía en su cuarto. La casa estaba en silencio, descontando el tictac del reloj y el murmullo del fuego; el silencio era tal que casi podía oír el latir de su corazón. Pero no tenía miedo ni se sentía sola.

Saboreó ese momento de paz y felicidad en su pequeño rancho, tal como lo haría en los cuatro años venideros. No quería otra cosa que ser quien era y lo que era: Francie Harrison, madre de Oliver, amiga de Annie Aysgarth y de Ke Lai Tsin.

TERCERA PARTE:

Harry.

Capítulo 23

1911.

Harry Harrison caminaba lentamente por la calle California; pasó frente al reacondicionado hotel Fairmont, saboreando el momento, y se detuvo a mirar su casa reconstruida, en la acera de enfrente. Fue como retroceder cinco años en el tiempo. Estaba exactamente como antes del terremoto: la fachada de piedra color crema, los peldaños de mármol blanco, las columnas dóricas y la altísima cúpula de vitrales. A su abuelo le había costado un millón de dólares; a él, más del doble. Pero cada centavo había valido la pena.

Claro que algunas cosas estaban cambiadas; los establos se habían transformado en garajes y había un complejo ascensor dorado en el vestíbulo; la escalera no era de roble, sino de ónix. Pero era la casa de los Harrison. Él había cumplido con su juramento; allí se levantaba una vez más, como monumento a la familia y a sus poderes de resistencia. Había luces encendidas en todas las ventanas y una larga alfombra roja se extendía por la acera y la escalinata de entrada; a ambos lados se alineaban los criados de librea, que esperaban la llegada de sus invitados. Harry cumplía los veinte años y a la fiesta asistirían todas las personas importantes de San Francisco. Esa noche todos sabrían que el joven Harry retomaba las cosas en el punto en que su padre las había dejado.

Cruzó la calle y subió los peldaños hacia la magnífica casa nueva. Un criado se apresuró a abrirle la puerta. Fredricks, el nuevo mayordomo, esperaba órdenes en el vestíbulo. Harry levantó la vista hacia los brillantes colores de la cúpula, cuyo diseño había encargado a un artista de Venecia; incorporaba los retratos de los tres Harrison: su abuelo, su padre y él mismo, dejando un espacio en el que iría, en el futuro, el retrato de su propio hijo. Y en ornamentadas letras de oro, alrededor de la base, se leía el lema familiar que él mismo había acuñado: CON VALOR Y FORTALEZA SOBREVIVEN.

Sonriente, complacido consigo mismo, deslizó una mano por la pulida barandilla de ónix negro, mientras subía de en dos los peldaños de la escalera, alfombrada de azul medianoche: cruzó el vestíbulo superior, con sus zócalos de roble, para dirigirse a sus habitaciones. Su ayuda de cámara le había preparado el baño y toda la ropa que usaría esa noche. Una botella de su champán favorito se enfriaba en un cubo de plata; se sirvió una copa. Aunque solo tenía veinte años, era aficionado a los buenos vinos y la comida para *gourmets*, aparte de su excepcional buen gusto en cuestión de mujeres. Sonriendo otra vez, se quitó la ropa para sumergirse en el agua, perfumada con sándalo. El joven sabía exactamente qué le gustaba y hacia dónde se dirigía. Era un millonario, y el mundo, su ostra; tenía intenciones de disfrutar de cuanto la vida

pudiera ofrecerle.

Solo una cosa continuaba preocupándolo: nunca había podido hallar pruebas de que su hermana hubiera muerto. Después del terremoto revisó cien veces los registros del municipio, pero ninguno mencionaba su nombre; se la suponía fallecida en el incendio, junto con Aysgarth, su amante; pero en la mente del muchacho perduraba un leve miedo de verla aparecer algún día, para empañar su vida y acarrear otra vez la vergüenza sobre el apellido.

Con el entrecejo arrugado, salió de la bañera y el ayuda de cámara le entregó una toalla. Esa noche sería el momento adecuado para que su hermana, dada por perdida durante tanto tiempo, efectuara su reaparición. Se encogió de hombros, diciéndose que era una locura; aun así ordenó a Fredricks que apostara guardias en todas las puertas, con la indicación de no permitir la entrada a nadie sin una tarjeta de invitación. Se dijo que, a no ser por Francie, su padre habría estado esa noche en la fiesta, para ver la casa de los Harrison en su nueva gloria. Recordó el voto que había hecho cuando su padre fue llevado a la casa, al sitio de su descanso final: que vería muerta a su hermana, aunque fuera el último acto de su vida. Si ella retornaba alguna vez, él cumpliría ese juramento.

Las muchachas más bonitas y deseables de San Francisco esperaban desde hacía meses la fiesta de Harry. Ninguna quedó desencantada. La estupenda casa nueva era ahora la única mansión particular de Nob Hill, y brillaba como un extravagante árbol de Navidad. Junto a la alfombra roja se alineaban macetas escarlatas con gardenias color crema; el vestíbulo era un arco de aterciopeladas rosas carmesíes.

En las aceras se había reunido una multitud para presenciar la llegada de los invitados; estallaban los fogonazos de los periodistas, pues todos los periódicos de San Francisco querían registrar a Harry saludando a sus invitados en lo alto de su escalinata.

Francie contemplaba con extraña calma esa gran casa, surgida como el Fénix de las cenizas de su padre. Los periódicos se hacían lenguas de la fiesta de Harry y las glorias de la nueva mansión; aun sabiendo que no debía acercarse, ella no había podido mantenerse lejos. Casi esperaba ver a su padre de pie ante la puerta, saludando a sus invitados como en la última gran fiesta de los Harrison: su propio baile de presentación en sociedad. Lanzó un suspiro de alivio al ver que no estaba allí. Ni siquiera Harmon Harrison podrá volver de entre los muertos; solo su casa pudo hacerlo. En cambio, allí estaba Harry.

Así debía de haber sido su padre de joven: alto, de hombros anchos y buen porte. Con una curva sensual en los labios, estudiaba a la muchedumbre con sus ojos azul celeste. Se lo veía joven, apuesto y arrogante en su seguridad.

Francie se ajustó el sombrero para acercarse un poco más a la alfombra roja. La siguiente limusina se detuvo frente a la mansión y de ella bajó una mujer de pelo plateado, haciendo brillar sus diamantes a la luz de los fogonazos. Era la anciana señora Brice Leland; junto a ella revoloteaba una jovencita, con hermoso vestido de

encaje y tiara de diamantes. Francie ahogó una exclamación: habría podido ser ella misma cinco años atrás.

Harry les besó las manos enguantadas y las hizo pasar con un ademán grandilocuente; luego volvió a su puesto, para saludar a los que seguían llegando. Habría debido recibir a sus huéspedes dentro del gran vestíbulo, pero disfrutaba de ese papel estelar. Le gustaban las miradas admiradas y envidiosas de la muchedumbre, los fotógrafos. Quería que toda San Francisco lo viera, para hacer saber que los Harrison habían derrotado a Dios en Su propio juego. La casa era un templo en honor de su padre y de sí mismo; Harry quería estar seguro de que todos lo supieran.

Una fila de limusinas se alargaba calle abajo, esperando turno para acercarse a la entrada y descargar a sus pasajeros: hermosas niñas vestidas de seda y satén y apuestos acompañantes de frac y corbata blanca. Hizo falta casi una hora para saludarlos a todos; cuando se alejó el último automóvil, Harry dejó escapar un suspiro de alivio. Ahora podía comenzar la fiesta.

Se volvió por última vez para sonreír a la muchedumbre y, de pronto, sus ojos se encontraron con los de Francie. Ella se bajó el ala del sombrero contra los ojos y desvió rápidamente la cara, pero él tuvo la certeza de que se trataba de ella. Por un momento quedó petrificado por la impresión. Luego bajó corriendo los peldaños en esa dirección, pero la mujer había desaparecido como un fantasma entre la multitud.

Por un momento miró inexpresivamente a los curiosos, que lo observaron con extrañeza, preguntándose qué le pasaba. Luego se dominó con un encogimiento de hombros. Debía de estar confundido; todo era obra de su mente, por haber estado pensando en que ese era el momento ideal para que Francie volviera de entre los muertos. Era una estupidez; probablemente se trataba de una muchacha apenas parecida a ella, con el mismo pelo rubio y los mismos ojos azules... esos profundos ojos de zafiro. Con un escalofrío, subió de prisa la escalinata. Francie había muerto; ojalá sus huesos y sus cenizas se hubieran diseminado en el viento, sin dejar siquiera rastros de ella. Aquella era su fiesta, su victoria, y quería disfrutarla minuto a minuto.

Francie se escondió tras las columnas del hotel Fairmont, temiendo que la mano de Harry le cayera sobre el hombro. Casi podía oír su voz triunfal, diciendo: «Por fin estás aquí, Francesca», y sentir las frías correas de la camisa de fuerza, y ver las rejas que la apartarían de la vida para siempre, otra vez, como durante toda su infancia. El corazón le palpitaba, la recorrían escalofríos y apenas podía respirar.

—¿Se siente bien, señorita? —preguntó una voz preocupada.

Levantó la vista, aterrorizada, y estuvo a punto de desmayarse de alivio. No era Harry, después de todo, sino el portero del Fairmont.

—Fue solo un mareo momentáneo —respondió, temblorosa—. Gracias, pero ya ha pasado.

El portero la observaba con curiosidad. No le veía buen aspecto; estaba pálida y con expresión de pánico en los ojos azules. Normalmente no habría permitido que

una mujer se detuviera allí, en la entrada del Fairmont, pero esa era hermosa y estaba bien vestida; sin duda alguna, era una verdadera dama.

—¿Quiere que le pida un taxi, señora? —ofreció.

Francie asintió con gratitud y le dio una generosa propina al subir al coche.

Cuando pasaron ante la mansión de los Harrison se acurrucó en el penumbroso interior del vehículo. Las grandes puertas de bronce, dignas de una catedral, estaban ya cerradas, pero la muchedumbre aún estaba allí, espiando por las ventanas iluminadas y escuchando los vagos compases de la orquesta.

Francie apretó los brazos al cuerpo, atacada por un horrible escalofrío. Harry la había visto y reconocido; ahora no descansaría hasta hallarla.

Ya en su casa, en la Pensión Aysgarth, corrió escaleras arriba, al cuarto de Ollie. Su hijo tenía cuatro años; dormía apaciblemente, con un brazo extendido y el otro abrazando un gastado tigre de juguete. La luz del velador se reflejaba en su pelo rubio; las largas pestañas arrojaban sombras curvas a las mejillas. Pasó largo rato mirándolo, con las manos apretadas contra el corazón. Se dijo que ella no era ya una muchacha indefensa, sino una mujer adulta, de veintitrés años, con amigos que la amaban y un hijo al que cuidar y mantener. Se dijo que Harry no podría acusarla de demencia para encerrarla tras las rejas. Ella era independiente; tenía dinero y amigos; su hermano no podría hacerle absolutamente nada.

Pero al apartar la vista del niño, dulcemente dormido, aún sentía en la mente una duda inquietante. Cuando cerró la puerta estaba asustada.

—Esto es como en los viejos tiempos, Harry —le dijo la señora Brice Leland, mientras él la hacía girar en el primer vals—. ¡Qué orgulloso habría estado de usted su querido padre! Ha sido un verdadero triunfo reconstruir esta casa maravillosa. Y cuando usted haya terminado sus estudios en Princeton, seguramente ocupará su lugar en la dirección del banco, ¿verdad?

—Ya estoy ocupando el lugar de mi padre, señora —respondió él, sonriendo—, al frente de todas sus empresas. Me pareció que mi deber era hacerlo de inmediato.

Ella asintió sabiamente. Como la música había cesado, el muchacho la acompañó a su asiento.

—Hay una cabeza prudente sobre esos hombros jóvenes —le dijo, con una sonrisa de aprobación.

Harry bailó con todas las matronas de la sociedad, usando su fácil encanto con todas ellas. Después bailó con cada una de las muchachas. Algunas eran hermosas; otras, bonitas; las había solo atractivas, pero ninguna fea. Él no soportaba a las mujeres feas. De cualquier modo, esas niñas eran demasiado jóvenes para él. Prefería a las pelirrojas mayores, de ojos sabios y cuerpos maduros; ellas sabían lo que él deseaba y cómo podían dárselo. Las muchachas, en cambio, coqueteaban y sonreían, pero siempre con ojos límpidos e inocentes; no olían a sexo, sino a perfume; no

buscaban un amante, sino un esposo.

Harry disfrutó de su fiesta. Le gustaban los platos finos y el champán escogido, los abrumadores arreglos florales, las miles de velas que parpadeaban en gigantescos candelabros, los violines gitanos y los vales, las joyas y los apellidos aristocráticos. Eso iba a marcar la norma para todas sus recepciones futuras. Pero cuando se retiró el último de los invitados no dudó de lo que haría a continuación.

A su fiesta había invitado a cinco o seis amigos jóvenes de la Costa Este. Ellos lo esperaban en la biblioteca, bebiendo *whisky* y analizando entre risas la fiesta y las muchachas invitadas. Harry entró a grandes pasos y dio unas palmadas pidiendo silencio.

—Os tengo una sorpresa —dijo—. Seguidme, caballeros.

Eran muchachos de su edad, apuestos aristócratas jóvenes con dinero para derrochar, y lo siguieron ansiosamente a los automóviles que esperaban, listos para la aventura.

Harry se puso al volante del gran de Courmont. Bajó de prisa por la calle California y giró hacia el barrio chino. Con el champán y el *whisky* fluyéndole por las venas, serpenteó por un laberinto de calles menores, riendo estruendosamente cada vez que un estúpido celestial brincaba para escapar de sus ruedas. Entró en un pequeño callejón, apenas iluminado, y se detuvo ante una puerta lacada de rojo, con una pequeña reja de hierro instalada en el medio. Arriba se mecía una lámpara que iluminó las caras jóvenes y anhelantes. De pronto se abrió una ventanilla tras la reja; un par de estrechos ojos orientales los estudiaron. Luego la puerta se abrió de par en par y ellos entraron en otro mundo.

Se mantenían juntos, mirando aprensivamente a su alrededor. Unos cuantos orientales, recostados en divanes rojos, fumaban pipas de agua; el olor del tabaco se mezclaba con el áspero perfume del incienso y la dulzura del opio. Harry echó un vistazo a sus amigos, con los ojos chispeantes de expectación.

—Os dije que esto sería una sorpresa —dijo, mientras el oriental daba una palmada para llamar a las muchachas—. Este es mi regalo de cumpleaños para mis amigos. Me han hablado mucho de las mujeres chinas; ahora vamos a averiguar si es cierto o no.

Ellos rieron estruendosamente ante su descaro y se agolparon para mirar la hilera de muchachas. Todas eran jóvenes, bonitas y exóticas; vestían ceñidos cheongsams de satén, abiertos hasta la cintura. Las cabelleras eran largas, negras y sedosas; sus ojos almendrados, astutos e insinuantes; los labios estaban seductoramente pintados de escarlata. Cada una juntó las manos, inclinando la cabeza en un bonito gesto, a medida que se las presentaba. Harry eligió de inmediato: esa era más alta que las otras, el trasero sobresalía provocativamente y lo miraba con un brillo tentador en los ojos. La asió por el brazo.

—Esta es mía —dijo. Y se fue tras su gesto triunfal, dejando que sus amigos eligieran solos.

El dormitorio de la muchacha era diminuto; solo contenía un diván cubierto de brocado, una mesa baja con una redoma de vino de arroz y una silla de madera tallada. La lámpara, de vidrio rojo, despedía un resplandor feroz; el vino de arroz hizo correr por Harry un fuego parecido, que se mezcló con el champán y el *whisky* ya consumidos.

La muchacha le quitó la chaqueta para colgarla cuidadosamente de la silla. Le aflojó la corbata de lazo y le sacó los zapatos. Mientras Harry tomaba otro sorbo de vino, ella levantó la cabeza para mirarlo con aire de sabiduría. Luego se levantó para desabotonar lentamente su *cheongsam*, que se deslizó hasta el suelo con un susurro de seda. Se irguió desnuda ante él, joven, graciosa y experimentada en cuestiones de sexo; sabía complacer a los hombres y Harry sabía lo que deseaba. Deseaba que ella le tentara, le provocara, que estirara sus nervios y su resistencia como un cable tenso y sibilante. Quería experimentarlo todo y resistir el momento final tanto como fuera posible. Y esa chinita bien dispuesta conocía todos los juegos existentes.

Cuando quedó finalmente exhausto en el diván, ella trajo un cuenco de agua caliente y perfumada, para lavarle el cuerpo. Luego le dio una pipa y una pequeña lámpara de alcohol. Mientras Harry la observaba perezosamente, ella tomó un poquito de opio, lo calentó sobre la llama y lo puso en el cuenco de la pipa. Luego se la ofreció, diciendo:

—Este es el más fino y costoso de los opios chinos, amo. Las amapolas fueron cortadas al amanecer, cuando los jugos fluyen mejor; su aroma y su potencia te darán mucho placer.

Se tendió de costado junto a él y le enseñó a fumarlo, inhalando profundamente y reteniendo el humo en los pulmones.

—Prueba —susurró, con una sonrisa persuasiva—, prueba, amo.

Compartieron una pipa de opio y otra más, y más vino de arroz. Por fin Harry se tendió nuevamente en el diván, para que ella volviera a darle placer. Habría querido que esa noche no acabara nunca.

A la mañana siguiente, de nuevo en su maravillosa mansión, ya no recordaba haber visto a Francie. En todo caso, pensó que había sido un sueño.

Los amigos de Harry durmieron hasta tarde. Él desayunó solo en el gran comedor. No quedaban rastros de la fiesta, exceptuando un ramo de rosas carmesíes en el centro de la mesa. Y tampoco quedaban rastros de la francachela en la cara de Harry; se lo veía fresco y de ojos límpidos, como un bebé. Mientras desayunaba con huevos fritos, riñones asados y tostadas, echó un vistazo rápido a los diarios matutinos.

Sonrió al ver fotografías de su propia cara, su estupenda casa nueva y los hermosos invitados. «Vuelven los Harrison», clamaban los titulares; la foto lo mostraba en lo alto de su escalinata, con las relucientes limusinas alineadas afuera; luego contaba la historia de su padre y su trágica muerte. «Pero ahora Harry Harrison está dedicado a repetir el asombroso triunfo de su padre, tanto en la sociedad como en los negocios, —continuaba—. Cuando el joven Harrison reciba su diploma de

Princeton, dentro de un año, ocupará el sitio de su padre, a la cabeza de un imperio comercial multimillonario. Esta es la foto de un joven en la cúspide de la vida. Tiene todo lo que la vida puede ofrecer: juventud, belleza, dinero y el éxito asegurado. ¿Qué más puede pedir un hombre?».

Harry sonrió de satisfacción, sorbiendo su café. Entonces vio la fotografía del *San Francisco Examiner*. Era borrosa y estaba algo desenfocada, pero allí, entre la muchedumbre, estaba Francie. Aunque tenía el sombrero calado hasta los ojos, él habría podido jurar que se trataba de ella.

Apartó la silla hacia atrás y salió del comedor para dirigirse a su estudio. Llamó por teléfono a las oficinas del *Examiner* y les pidió que le enviaran inmediatamente una copia de la foto.

Luego se reclinó en el sillón de piel, con las manos cruzadas sobre el escritorio, pensando.

Recordó la noche en que había vuelto de la ópera con su padre; un detective rubicundo lo estaba esperando con noticias sobre Francie y su amante. Él había quitado la pistola a su padre para impedir que la matara. Ahora comprendía lo que había sentido su padre, porque si la mujer de la foto era Francie, él quería verla muerta.

Se levantó para pasearse por el estudio, inquieto. Todo el mundo daba por sentado que ella había muerto; era una desaparecida y nadie la buscaría, de cualquier modo. Pero ¿cómo hacerlo? Pensó en el burdel chino. Estaba dirigido por uno de los tongs; esos hombres tenían fama de ser asesinos a sueldo. Ellos podrían conseguirle al hombre que necesitaba.

Se oyó un toque a la puerta y Fredricks apareció con un sobre en bandeja de plata. —Del *Examiner*, señor —dijo, mientras Harry lo tomaba de prisa.

Echó un vistazo a la cara apenas visible bajo el sombrero. Conocía la cara de Francie como la suya misma. Esos eran su boca y su pelo; podía jurarlo. Y esos ojos de zafiro que se habían cruzado con los suyos por un fugaz instante eran los ojos de Francie.

Volvió al teléfono para llamar al jefe de policía; le dijo quién era y pidió el nombre de una agencia de detectives en la que se pudiera confiar.

—Es solo para un trabajo menor —mintió, con una sonrisa en la voz—, un pequeño asunto de seguridad en el banco.

Pocos minutos después tenía el nombre y el número telefónico que necesitaba. A la media hora, un irlandés alto y canoso era contratado para buscar a la mujer de la fotografía.

—De inmediato —le dijo Harry, impaciente—. Le doy cuarenta y ocho horas.

Capítulo 24

La pensión Aysgarth era alta y estrecha, con fachada frente al lado sur de Union Square. La mitad inferior del edificio era de ladrillo rojo; la superior, de madera pintada de blanco; tenía celosías de color verde manzana en las ventanas largas, una lustrosa puerta verde, cuyo llamador era una cabeza de león hecha de bronce, y un letrero contra la cortina de encaje, a la izquierda de los limpios escalones de piedra, que decía: «NO HAY HABITACIONES LIBRES».

Ese cartel se debía a cuatro buenos motivos. En primer lugar, la casa estaba inmaculadamente limpia, en el mejor de los sentidos; olía a espliego y cera de abejas, no a jabón de lejía y desinfectante. Segundo, era sumamente cómoda y hogareña, con coloridas alfombras sobre las tablas enceradas del suelo; en la sala tenía sillones mullidos, donde uno podía hundirse para leer su periódico, y camas firmes, con sencillas sábanas blancas, sin adornos inútiles. Tercero: contaba con unas tuberías decentes, agua caliente en abundancia y un buen fuego en el hogar, cuando la noche era fría. Cuarto, y más importante, Annie Aysgarth era famosa por su cocina.

«Como lo hacía tu madre, pero mejor», se decía de sus guisos de cordero, con suculentos trozos de carne en la aromática salsa de hierbas, acompañada por una capa de patatas al horno bien crujientes. Preparaba un sencillo pollo asado con dorados bastoncillos de patata y guisantes frescos, lechuga y cebollas, tal como podía haberlo hecho su propia abuela. El asado de los domingos venía con un auténtico budín de Yorkshire, preparado con rebozado liviano y muy simple. «Dos huevos en vez de uno, —decía ella siempre—, harina común, leche y una pizca de sal; la grasa, calentada hasta que haga humo; se vierte el rebozo rápidamente y se cocina a horno bien caliente, hasta que se esponja y queda liviano como un edredón». Se lo servía inmediatamente, como plato aparte, con una suave salsa aromatizada con cebollas. Por su budín de pan y manteca uno habría dado la vida: pan casero untado con manteca y remojado en un batido de leche y huevos, aromatizado con vainilla; tenía capas de azúcar, nueces partidas y pasas de uva remojadas en *brandy*, luego lo salpicaba con azúcar vainillada y lo cocía al baño maría durante cuarenta y cinco minutos; era liviano como un *soufflé* y cremoso como natillas.

—Usted debería instalar un restaurante —le decían sus pensionistas con admiración, dándose palmaditas en los estómagos felices.

Pero Annie no se conformaba con un restaurante. A los cuatro años la pensión le quedaba estrecha; había aprendido a manejar un establecimiento para veinte personas y estaba lista para atender a doscientas. Quería un hotel propio.

—Con las mismas comodidades y la misma comida, aunque no lo haría todo yo sola, por supuesto —explicó a Francie, mientras desayunaban con una taza de café—.

Pero estoy dispuesta a enfrentarme al desafío.

Francie tenía la rubia cabeza inclinada sobre el *Examiner*. Annie la miró con cariño. La había conocido siendo una muchacha encantadora. Ahora era una hermosa mujer. La cabellera rubia se ondulaba suavemente alrededor de la cara; los cándidos ojos azules sorprendían por sus largas pestañas oscuras; su piel era suave y clara. Y ya no era la criatura frágil que Annie había conocido; su cuerpo tenía curvas nuevas; se mantenía erguida y caminaba con orgullosa gracia. La inglesa recordó, con una punzada de dolor, que Francie solo tenía veintitrés años; era joven y encantadora. Los hombres la miraban con admiración y habría podido escoger a quien quisiera. Pero ella no tenía interés. Concentraba todo su amor en Ollie, su hijo.

La puerta de la cocina se abrió como a una señal y el pequeño corrió al regazo de Annie. Le sonrió con gesto zalamero, echándole los bracitos al cuello.

—¿Puedo comer una galleta, Annie?

Sus dulces ojos grises brillaban ante los de ella. Se parecía tanto a Josh que el corazón le dio un vuelco, pero no cedió.

—Son pastelillos, no galletas. Y no, no puedes. Si quieres, te daré una manzana.

El niño suspiró, apretándose más a ella.

—¿Por qué no me dejas? —se quejó—. Solo uno.

—Te daré uno a la hora del té, junto con la leche —prometió ella, sonriéndole con cariño—. Y algún día, cuando ya seas hombre, te mirarás al espejo y verás dientes blancos y fuertes; entonces darás gracias a tu tía Annie por no haberte dado pastelillos cada vez que los pedías.

Ollie suspiró, sabiéndose derrotado. Annie volvió la vista a Francie; aún tenía la cabeza inclinada hacia el periódico y no había notado la presencia de su hijo. Su amiga enarcó las cejas, sorprendida. Generalmente Francie centraba toda su atención en Ollie, pero esa mañana sus pensamientos parecían estar a mil kilómetros de allí.

—¿A que no oíste una palabra de lo que dije? —exclamó en voz alta—. Hace siglos que tienes la cabeza metida en ese diario. ¿Qué es lo que tanto te fascina?

Francie le pasó el periódico sin decir una palabra. Parecía asustada.

Las fotografías de la fiesta de Harrison cubrían dos páginas; una tercera página detallaba la interminable lista de invitados, la fabulosa decoración floral, y hablaba del champán, de la deliciosa comida que los criados de librea servían en bandejas de oro, del asombroso renacimiento de la mansión Harrison. «La casa fénix», decía el titular, sobre una foto de la mansión a toda página. Las puertas estaban abiertas de par en par; Harry, de frac y corbata blanca, estaba saludando a los huéspedes. «San Francisco recupera un sitio característico, con la fiesta más lujosa del año...».

Annie echó un vistazo a Francie y le buscó la mano a través de la mesa.

—Anoche fuiste allí, ¿no? —dijo, llena de compasión—. No pudiste dejar de ir.

Francie asintió con la cabeza.

—Peor aún: vi a Harry.

—Bueno, Harry ha vuelto a la ciudad. Aunque no frecuentáis los mismos lugares,

el mundo es pequeño, tarde o temprano habrías tropezado con él, caminando por la calle o en una tienda cualquiera.

—Es que no comprendes, Annie. Me vio. Nos miramos a los ojos.

—Quizá no te reconoció. Después de todo, hace años que...

—Oh, me reconoció, sí. Y aunque no fuera así, esto lo confirmaría.

Señalaba su propia cara en la fotografía de la multitud.

—Eres tú, sin lugar a dudas —admitió Annie, con menor confianza—. De cualquier modo, Francie, no sé por qué tienes tanto miedo. Las cosas han cambiado. Eres una mujer adulta, no una niña menor de edad. Ahora Harry no puede hacerte nada.

Francie movió la cabeza con preocupación. Había pasado la noche repitiéndose lo mismo, pero aún no lo creía.

—Conozco a Harry. Nunca me defendió contra mi padre. Se sentía superior, el gran hijo varón, el heredero del gran Harmon Harrison. Nunca quiso otra cosa que ser una réplica exacta de su padre. Y créeme que lo es, hasta la última gota de odio. Harry tiene dinero y poder; los usará contra mí de todas las formas posibles.

Annie la miraba, con los ojos muy abiertos.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó, temerosa por su amiga.

Ollie bajó del regazo de Annie para correr hacia Francie, que se levantaba, y se aferró de su falda.

—¿Adónde vas? —preguntó.

Ella le acarició el pelo, intentando sonreír.

—Voy a visitar a Lai Tsin.

Lai Tsin tenía su oficina en la trastienda de su gran depósito, cerca del puerto; era tan sobria y pulcra como él mismo.

En las paredes se alineaban libros de referencias y catálogos; había un tablero con detalles de las mareas y de los barcos que zarparían en el mes, y también un mapamundi donde marcaba las rutas de sus embarques. En una enorme caja de hierro, de la que solo él tenía la llave, se guardaban libros de contabilidad, con detalles de todas sus transacciones, las cuentas que revelaban la cuantía de su patrimonio y una considerable cantidad de dinero en efectivo, así como una gastada almohada de tesoros, que contenía una sedosa trenza negra y la fotografía en sepia de una joven con su abanico.

Lai Tsin estaba sentado ante un gran escritorio de madera; sus dedos volaban por el viejo ábaco de madera, verificando largas columnas de cifras. Aparte de su silla de respaldo recto, solo había en el cuarto una silla más, una estufa pequeña (que rara vez encendía, pues nunca sentía frío) y un estrecho altar con dos bellas estatuas de jade; una era de Kwan Yin, la diosa de la misericordia; la otra, de la diosa de la buena suerte. En las cavernosas profundidades del sombrío depósito se guardaban

mercancías por valor de miles y miles de dólares: sedas, muebles lacados, pinturas, alfombras y antigüedades asiáticas, aparte de objetos domésticos más cotidianos. Un segundo depósito contenía solo enormes cajones de té, de todo tipo y sabor. Lai Tsin había centuplicado el dinero prestado por los Ancianos, pero nadie podía saberlo, porque la empresa no operaba bajo su nombre. La propietaria de «L. T. FRANCIS COMPANY» era Francie, pero el trabajo corría por cuenta de Lai Tsin. Era él quien, al desembarcar en Hawai en su retorno desde Oriente, había comprado por nada una plantación de piña en la bancarrota, que convirtió en negocio rentable al instalar su propia enlatadora. Él también quien había comprado los suministros navales del puerto de San Francisco, convirtiéndolos en los mejores de la ciudad. Invirtió en una fábrica de cuerdas de Shanghai, un taller de alfombras de Hong Kong, criaderos de gusanos de seda en China y ovejas productoras de la mejor lana en Australia. Había convencido a los comerciantes de San Francisco, Los Ángeles y Seattle para que le permitieran actuar como agente; buscó el modo de que los cargamentos fueran más grandes para reducir costos y empleaba a agentes para que buscaran las antigüedades y tesoros orientales que los occidentales codiciaban. Lai Tsin había conquistado el mercado del té al importar sabores delicados, mezclados especialmente para el gusto occidental. A los ojos de sus contemporáneos chinos, Lai Tsin era un triunfador; su empresa había crecido con gran rapidez; era rico. Pero a él no le bastaba; había llegado a una meseta y sabía que era hora de continuar.

Se oyó un toque a la puerta. Al levantar la vista vio entrar a Francie y sonrió.

—Tú eres la persona que necesitaba ver. —Pero al mirarla a los ojos comprendió que algo le pasaba. Se acercó a ella y le ofreció una silla—. ¿Tienes frío? —preguntó, preocupado—. Voy a encender la estufa.

Francie agitó la cabeza. Necesitaba liberarse de su carga y derramó toda la historia de su encuentro con Harry, expresando su miedo de que él la hiciera buscar.

Lai Tsin guardó silencio por largo rato. Ella sabía que, si alguien tenía la solución de sus problemas, ese alguien era él, y aguardó ansiosamente a que hablara.

—Harry verá la fotografía y te hará buscar —dijo Lai Tsin, finalmente—. Aún no eres lo bastante fuerte para enfrentarte a tu hermano. Debes ausentarte de San Francisco por un tiempo, hasta que él se canse de la búsqueda y vuelva a olvidarse de ti.

—Volveré al rancho —dijo ella, nerviosa—. A Ollie le encanta estar allá...

Él denegó con la cabeza.

—Siempre existe la posibilidad de que se acuerde del rancho y vaya a buscarte. No, Francie. Debes irte más lejos, lejos de California. Debes ir a China.

Capítulo 25

Harry arrojó a su escritorio, impaciente, el informe mecanografiado del detective, y caminó hacia la ventana para mirar con furia la calle California. Ese tonto no había podido hallar a Francie, pero Harry sabía que estaba por allí. Lo sentía en los huesos.

Se volvió, inquieto. Estaba irritado y molesto; supuestamente, debía volver a Princeton para cursar el semestre de primavera, pero no tenía el menor deseo de hacerlo. Estaba harto de la universidad, harto de San Francisco, harto de pensar en su maldita hermana. Necesitaba un cambio. Necesitaba vino, mujeres y canciones. Se reanimó al estudiar su idea. Su decisión fue inmediata: subió corriendo la escalera y ordenó a su ayuda de cámara que le preparara el equipaje. Irían a París.

Luego llamó a Bucle Wingate y lo invitó a acompañarlo. Reservó los dos mejores apartamentos en el primer transatlántico que zarpara hacia Francia y ordenó que engancharan su coche privado al tren de Southern Pacific a Nueva York.

Buck Wingate era tres años mayor que él. Ya había terminado sus estudios en Princeton y trabajaba en el bufete de abogados que su padre tenía en Sacramento, a fin de adquirir experiencia antes de continuar sus estudios de postgraduado en Harvard; cuando se doctorara tenía intenciones de dedicarse a la política. Tenía veintitrés años y había sido elegido en la universidad como el hombre más apuesto del año. Era alto, de pelo oscuro y ondulado, que le formaba un pico en la frente; tenía serenos ojos pardos y un cuerpo delgado y atlético. Nadaba, remaba en equipo, jugaba al polo con un promedio de nueve y al golf con un hándicap de siete. Pero su pasión era un balandro de cuarenta pies, el Betsy Bec, en el que navegaba tanto como le era posible, zarpando de Newport donde su familia tenía una casa de veraneo.

No estaba seguro de que viajar a París con Harry Harrison fuera exactamente de su gusto, pero su padre insistía en que lo acompañara «para vigilarlo un poco». Jason Wingate había atendido siempre los asuntos legales de Harmon Harrison; tras su trágica muerte en el terremoto, mantenía cierta vigilancia paternal sobre su hijo. Y no sin molestias para Buck, que más de una vez había debido rescatar de las autoridades al joven Harry. La última vez había sido detenido en una redada que la policía efectuó en un conocido burdel de Nueva York. «Es solo una pequeña indiscreción», había dicho Buck a la policía. Pero a Jason le preocupaba ver que Harry no prestaba mucha atención a sus estudios y que sus notas empeoraban.

—Será mejor que postergue las clases por un tiempo, señor Wingate —le dijo Harry—. Necesito tiempo para sobreponerme a la muerte de mi padre y ordenar mis ideas.

Buck había enarcado las cejas; desde la muerte de Harmon habían pasado ya cinco años y no se veía que Harry continuara el duelo. Pero no dijo nada. Y obedeciendo a su padre, preparó el equipaje para reunirse con Harry a bordo del

Normandie.

Más adelante, al recordar ese viaje, se dijo que su intuición fue acertada: ese viaje no era de su gusto. Harry Harrison era un mozo arrogante, con el bochornoso hábito de tratar a los criados como a siervos y de malgastar el dinero como si fuera algo pasado de moda. Buck había hecho varios viajes a Europa; había sitios y cosas que deseaba volver a ver: las villas de Palladio en Italia; Venecia a la luz de la luna, cuando las *piazzas* silenciosas y desiertas daban la sensación de haber retrocedido varios siglos; los castillos del Rin y las montañas de Baviera; la inmarcesible belleza de París, con el Sena y sus románticos puentes, y el Louvre, lleno de obras maestras, y la atemporalidad de Londres, con sus recovecos y pinzas. Había mucho que absorber en Europa, mucho que ver y sentir. Pero Harry solo quería salir de farra.

Insistía en hospedarse en los mejores hoteles. Pasaba el día durmiendo, se negaba a ver las bellezas de Europa, como no fueran sus mujeres. Comía en los restaurantes más famosos, bebía los vinos más añejos y el mejor champán; concurría a los burdeles más lujosos.

Compró seis automóviles: un Rolls Royce, un Bugatti, un Hispano Suiza, un Benz, un de Dion Bouton y un de Courmont. Ordenó que se los volviera a pintar con el color vino que lucía la librea de los Harrison, con terminaciones de ébano y plata. Compró a un magnate inglés un yate de doscientos pies, lo hizo reacondicionar de proa a popa y lo dotó de una tripulación permanente de cuarenta personas. Enviaba brazaletes de diamante a las mujeres que le gustaban y abrigos de marta, con botones de esmeralda, a aquellas cuyos favores lo complacían.

Buck no era mojigato, pero lo observaba todo apretando los labios. Las indiscreciones de Harry tomaban un cariz principesco. Pero cada vez que él protestaba, el muchacho no hacía sino reír y asegurar que podía permitirse esos lujos. Aparte de Buck, pocos sabían de su afición a la bebida y al opio. Harry era sagaz y se reservaba el detalle. De vez en cuando desaparecía durante una noche, pero siempre volvía a emerger a la tarde siguiente, recién bañado y rasurado, inmaculadamente vestido y con los ojos lípidos. Hiciera lo que hiciese, no se le notaba en la cara.

Los Wingate eran ricos desde hacía tres generaciones, al igual que los Harrison. Poseían una hermosa casa en San Francisco, un apartamento en Nueva York y una «cabaña» de veraneo en Newport, para navegar. Vivían bien, pero Buck nunca había visto gastar dinero ni dedicarse a la bebida y a las mujeres como lo hacía Harry. Al cabo de algunas semanas, ya harto, telegrafió a su padre anunciándole su regreso y dejó a Harry con sus costosos pasatiempos.

Una vez solo, Harry bajó al bar del Ritz, furioso, y de inmediato se unió a un grupo de jóvenes ingleses, que estaban de farra en París durante ese fin de semana. Sin Buck se encontraba aburrido y cansado de ver las mismas caras. Cuando el honorable Morgan Tilmarsch lo invitó a visitar su casa, aceptó de buena gana.

Tilmarsch Hall era una majestuosa mole, rodeada de algunas hectáreas de excelentes terrenos de caza. Cuando Harry apareció a toda velocidad en su pequeño

Bugatti, por los cinco kilómetros del camino de entrada, un lacayo de librea azul corrió inmediatamente a abrirle la portezuela y hacerse cargo de su equipaje.

—El señor Morgan está en la sala pequeña, tomando el té con la señorita Louisa, señor —informó a Harry el canoso mayordomo—. Si quiere seguirme, señor, ellos lo están esperando.

Harry paseó la mirada a su alrededor y siguió al mayordomo, impresionado. Cruzaron un vestíbulo medieval, cuatro veces más grande que el suyo. El fuego rugía en el enorme hogar de piedra, pero el frío de siglos se adhería a los antiguos muros, adornados con cabezas de venados muertos mucho tiempo atrás. La «sala pequeña» medía doce metros de longitud; estaba atestada de sotas de chinti y mesitas cubiertas de fotografías de niños y miembros de la familia real, todos con marcos de plata. Cinco o seis perros manchados holgazaneaban frente al fuego y en los sofás; cuando el mayordomo le hizo pasar, todos saltaron hacia él hasta casi derribarlo.

—¡Quieto, *Ace!* ¡Quieto, *Jack!* ¡*Rex, Smarty,* quietos todos! Comportaos como es debido, por una vez en la vida.

Una elegante bota apartó suavemente a los perros del paso, al tiempo que una encantadora voz inglesa decía:

—Disculpe usted, pero creo que están algo excitados. Es que hoy se les permitió salir con la partida de caza.

Harry apartó la vista de los perros y se encontró ante la muchacha más hermosa del mundo.

—Soy Louisa Tilmarsh —aclaró ella, ofreciéndole la mano con una sonrisa.

Harry se la estrechó; habría querido no soltársela jamás, tener a la muchacha contra sí, para poder seguir contemplando esa cara perfecta, perderse en la sonrisa perlada, en la cálida mirada de sus ojos grises.

—Soy Harry Harrison. Morgan y yo nos conocimos en París.

Ella se echó a reír e hizo una pequeña mueca, mientras Morgan se levantaba del sofá para estrechar la mano a Harry.

—Me alegro de que hayas llegado —le dijo cordialmente—. Justo a tiempo para el té. Louisa te lo servirá.

—Acabamos de volver de una cacería —explicó ella, pasándole una taza y un plato de bollos calientes—. ¿Sabe cazar, señor Harrison?

—Todavía no, pero tengo muchos deseos de aprender.

Ella echó la cabeza atrás, riendo con ganas.

—Será mejor que practique un poco. Mañana le conseguiremos una montura y yo misma saldré con usted, para que vaya conociendo el territorio.

Y mordió un bollo, limpiándose coquetamente las migas con dedos largos y gráciles. Harry no podía apartar la vista de ella. El pelo largo y cobrizo colgaba suelto hasta los hombros, rizándose en suaves bucles alrededor de la cara; tenía ese estupendo aspecto de las inglesas criadas en el campo: ojos claros y cutis fresco. Aún vestía sus pantalones de montar, que se adherían a un trasero perfecto como si fueran

parte de él; las altas botas negras y la camisa de seda blanca, de corte masculino, eran infernalmente sensuales.

A la hora de la cena estaba trasformada; lucía un vestido de terciopelo verde hasta el suelo y una gardenia en el pelo recogido.

—De nuestros invernaderos —explicó, cuando Harry hizo un comentario sobre el perfume de la flor.

Lord y *lady* Tilmarsh eran aristócratas venidos a menos, típicamente ingleses, pero atendieron bien a Harry y alentaron su interés por Louisa. Al cabo de una semana él comprendió que la cortesía le obligaba a abandonar la casa, para no llegar a hacerse molesto, pero no soportaba la idea de irse.

—Es increíble —dijo a Buck, cuando volvió a Nueva York—. Nunca la he besado, siquiera, pero es la mujer más atractiva de cuantas conozco.

No podía estar lejos de ella. Se olvidó de Princeton y cruzó el Atlántico tantas veces que en todos los transatlánticos era ya conocido. Louisa se mostraba huidiza y lo mantenía a distancia, cosa a lo que él no estaba habituado. El día en que Harry cumplía los veintiún años, ella estaba tan divinamente atractiva (pantalones de montar, botas y un audaz sombrero de hongo negro, con el pelo cobrizo recogido en una red) que finalmente la asió para besarla. Oía deliciosamente a Mitsuko. Abrumado de pasión y consciente de que era imposible mantener con ella una simple aventura, le propuso matrimonio.

El enlace Tilmarsh-Harrison fue el acontecimiento de la temporada londinense de 1912. La ceremonia se celebró en Westminster; asistieron una princesa, dos duques y diez o doce lores, además de trescientos invitados más. Louisa estaba magnífica, con un sencillito vestido de satén de Worth; la guardia de honor, vestida con trajes de caza rosados, formó un arco triunfal con sus fustas, para que pasara la pareja. Después hubo una recepción en el Ritz, con una orquesta de treinta músicos, un altísimo pastel de cinco pisos y tanto champán que las reservas de Krug quedaron agotadas para los cinco años siguientes. Todo corrió por cuenta de Harry, pues los Tilmarsh estaban escasos de dinero desde hacía dos generaciones.

—Todo lo que tenemos lo invertimos en caballos —le dijo Louisa, orgullosa—. Tenemos los mejores purasangre irlandeses.

Pasaron la noche de bodas en el Ritz. Louisa se bañó y se puso un simple camisón de hilo blanco. Luego se arrojó en la cama junto a Harry, que la estaba esperando.

—Estoy más cansada que un perro después de una cacería —bostezó, hundió la cabeza en la almohada y se quedó instantáneamente dormida.

Harry la miró con furia. ¿Cómo podía dormir, justamente esa noche, cuando él no veía la hora de estar con ella? Volvió a levantarse y se vistió. Le echó un último vistazo esperanzado, pero Louisa roncaba suavemente. Entonces salió a grandes pasos, rumbo a Soho y alguna mujer dispuesta a calmar sus ansias.

A mediodía se embarcaron en su yate para navegar por el Támesis; esa noche, antes de cenar, Harry entregó un regalo a Louise. Era un abrigo de marta con botones

de esmeralda.

—Es precioso, querido —dijo ella, echándoselo sobre los hombros y apretando la mejilla contra la piel suave—. Divino.

Harry no solía regalar martas con botones de esmeralda sino después de haber disfrutado holgadamente sus placeres, pero esa noche se resolvería todo. Louisa era suya. Se paseó por las cubiertas heladas, dándole tiempo de sobra para que se desvistiera y se preparara. Luego corrió al apartamento, con una botella de champán.

Ella estaba sentada en la cama, con una mañanita de satén blanco ribeteada de armiño. Lo miraba llena de expectación.

—Estoy lista, querido —dijo en voz baja.

—No quería apresurarte —manifestó Harry, ansioso, ofreciéndole una copa de champán.

Ella agitó la cabeza.

—No, gracias —dijo, remilgada—. Será mejor que mantenga la cabeza fresca, para saber qué hacer.

Él la miró, intrigado. Ella era virgen, claro, pero ¿no era preferible perder la cabeza antes que mantenerla fresca?

—Supongo que es como cazar —explicó ella, alegremente—, como cuando saltas un obstáculo.

Harry bebió el champán a grandes tragos y se metió en la cama con ella. Cuando la rodeó con sus brazos, Louisa no se movió. Se dejó besar. Cuando él le acarició el cuerpo desnudo, se puso tiesa. Permaneció gélida y silenciosa mientras los labios de Harry viajaban lentamente por sus pechos y sus pezones, pero ahogó una exclamación de horror cuando encontraron su virginal suavidad.

Esa noche Harry consumó su matrimonio, pero en las semanas siguientes se dio cuenta de que el sexo, para Louisa, era una aburrida obligación, a la que solo se sometía por los hijos que pudiera tener. Y hasta ellos ocuparían un segundo lugar, después de su perro favorito. El error había sido creer que la muchacha sensualmente ceñida por pantalones y botas era la verdadera Louisa. Solo pensaba, hablaba y vivía para los caballos. Harry llegó a maravillarse de que no oliera a establos, a pesar del Mitsuko.

Después de unos pocos meses frustrantes, le recomendó que aprendiera a montar a un hombre tan bien como montaba a caballo. De ese modo quizá pudiera conservar a un esposo. Pero a él no.

Lo hizo a la manera inglesa: pagó una noche de amor con una muchacha bonita, en un hotel de Brighton, tal como se había acordado previamente. Louisa presentó las pruebas necesarias a un juez comprensivo y obtuvo el divorcio. Y Harry volvió a San Francisco, casado, divorciado, con un año más de edad y varios millones menos.

Capítulo 26

Francie no esperaba enamorarse a bordo del *S. S. Orient*, con destino a Hong Kong. En realidad, al principio no estaba segura de que fuera amor. Se decía que era solo un romance de a bordo; menos aún: un coqueteo. Ni siquiera eso: simplemente, Edward Stratton era un hombre agradable, que se esforzaba en mostrarse gentil con una mujer que viajaba sola.

Inclinada sobre la barandilla, contemplaba a San Francisco que desaparecía en el horizonte. Los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar en Ollie, al que había dejado con Annie. Era la primera vez que se separaba de él y ya lo estaba echando de menos. Eso no podía sino empeorar.

El hombre que estaba de pie a su lado le dijo con simpatía:

—Ya es demasiado tarde para echarse atrás.

Ella se volvió a mirarlo, secándose las lágrimas con los dedos. El hombre sacó del bolsillo un immaculado pañuelo de hilo y se lo ofreció.

—Tenga en cuenta la otra parte —dijo, sonriente—: hacia adelante están las islas de Hawai; más allá. China. Le esperan muchas cosas bonitas.

Ella asintió, inspeccionándolo con cautela mientras se enjugaba los ojos. Era un hombre maduro y apuesto, que parecía seguro de sí mismo. Tenía estatura mediana, pelo oscuro y denso, bien cepillado hacia atrás, pobladas cejas negras y ojos francos, de color azul celeste; iba bien afeitado y hablaba con acento británico.

—Edward Stratton —se presentó, extendiéndole la mano.

Ella esbozó una sonrisa.

—Francesca Harrison. Disculpe. No suelo llorar en público.

Él se encogió de hombros.

—Las separaciones siempre son difíciles.

—Bueno, gracias por su ayuda —dijo ella, con timidez.

Y giró para volver a la cubierta cerrada por cristales. Se volvió a medias para mirarlo; estaba reclinado contra la barandilla, observándola, y levantó la mano en un gesto de saludo.

El *S. S. Orient* era un buque de lujo; sus pasajeros, una mezcla de comerciantes y diplomáticos que regresaban a Shanghai, plantadores de té en viaje hacia Colombo y empleados de las fábricas de goma que se dirigían hacia Manila y Penang. El camarote de Francie estaba lujosamente recubierto de nogal, con adornos de bronce, suaves alfombras y una cama grande, donde se amontonaban almohadas de plumas sobre un cobertor de seda color albaricoque. Había flores por doquier, incluyendo un ramo de lirios del valle enviado por Ollie; sus baúles ya habían sido vaciados; de pronto comenzó a sentirse allí como en su casa.

Antes de partir Annie la había llevado a la fuerza, pese a sus protestas, hasta la

elegante tienda París House de San Francisco.

—No puedes viajar al otro lado del mundo sin llevar un traje de paño decente y cinco o seis vestidos para la noche —le había advertido.

Esa noche, al vestirse para cenar con un sencillo vestido de terciopelo verde oscuro, se sintió agradecida. Se recogió el pelo hacia arriba en un moño flojo, agregó un par de peinetas con piedras preciosas y un toque de esencia de jazmín en el cuello y las muñecas.

En un gesto nervioso, hizo girar en el anular la estrecha alianza de oro; por el bien de Ollie, había decidido que sería preferible presentarse como la señora Harrison, viuda; después de todo, como había dicho Annie para alentarla, no era del todo mentira, pues si Josh hubiera sobrevivido se habría casado con ella.

Pero no era en Josh en quien pensaba al recorrer los pasillos alfombrados del *S. S. Orient*, rumbo al comedor. El jefe de camareros la acompañó a la mesa del tesorero; ella tomó asiento, saludando con una sonrisa a sus compañeros de viaje. Buscó a Edward Stratton con la mirada y lo vio sentado a la mesa del capitán, muy apuesto con su esmoquin de terciopelo negro; sus miradas se cruzaron y ella se ruborizó; el hombre la saludó con la cabeza, sonriendo.

Después de cenar volvió directamente a su camarote, aferrada a la barandilla de bronce, pues el barco se mecía en el oleaje del Pacífico. En el camarote perfumado por los lirios de Ollie, se tendió en la cama, a pensar en Edward Stratton y en el largo viaje que tenía por delante; apenas pensaba en Hong Kong y en Lai Tsin, quien estaría esperándola allá; tampoco en el negocio que debía atender.

A la mañana siguiente, después de desayunar en la cama, salió a dar una buena caminata por la cubierta superior. El barco se bamboleaba en el largo oleaje gris, que se extendía hasta el infinito; el viento le tironeaba del sombrero, dejándola sin aliento.

Edward Stratton la estaba observando, con una sonrisita divertida en los labios. Ella, riendo, se tambaleó contra el viento; la clara cabellera escapó de bajo el sombrero en largas cintas de seda.

—Temo que vamos a tener mal tiempo, señora Harrison —le anunció él, al ver que levantaba la vista.

—¿Peor todavía? —preguntó ella, abriendo mucho los ojos ante la perspectiva.

Él echó un vistazo al cielo, lleno de nubes grises y bajas.

—El barómetro está descendiendo con rapidez; pronto tendremos lluvia y fuertes vientos. Temo que esta noche no veremos a muchos pasajeros en el comedor.

Francie se echó a reír, excitada por la tormenta.

—Me entusiasman el mar, el cielo y el viento. Me hacen sentir viva otra vez.

El cielo oscureció rápidamente, como si fuera de noche; aullaba el viento y el mar había adquirido un tono plomizo cuando corrieron adentro.

—No creo que usted juegue al póquer, ¿verdad, señora Harrison? —preguntó él, con una sonrisa.

Ella denegó con la cabeza.

—No, claro. No es el tipo de cosas que se enseña en la escuela a las señoritas de buena familia —reconoció Stratton.

Francie se dijo que ese hombre tenía de ella una idea muy alejada de la realidad, pero al recordar esa infinitud exterior, los cielos tormentosos y las olas agitadas por el viento, se sentía a miles de kilómetros de la vida real; se sentía animada y alegre. ¡Se sentía joven! Llena de audacia, dijo:

—Puedo aprender, pero no le aseguro que resulte buena jugadora.

—Oh, no sé —comentó él, lanzándole una mirada desafiante, mientras caminaban juntos hacia el salón de juegos—. Tengo un buen presentimiento con respecto a usted.

Las mesas, cubiertas de pana verde, estaban vacías. Él movió la cabeza.

—¿No le dije? Ya estamos perdiendo a nuestros compañeros de viaje.

—Pues a mí no —aseguró ella, confiada, mientras su acompañante mezclaba las cartas y comenzaba a distribuirlas.

Tenía manos fuertes y cuadradas, con los dedos largos. A ella le pareció que expresaban perfectamente su personalidad; fuerte y seguro de sí; así era Edward Stratton.

No jugaron mucho al póquer, pero él le habló largamente de sí mismo. Le dijo que era lord Stratton, pues había heredado el título a los quince años, cuando todavía estudiaba en la escuela secundaria de Eton. Tenía cuarenta y dos años y era viudo; Mary, su esposa, había muerto cinco años antes, dejándolo con tres hijos de siete a catorce años. Poseía una casa grande en la elegante Belgravia londinense y una majestuosa propiedad familiar llamada Strattons, cerca de Inverness, en el lejano norte de Escocia, con los mejores salmones del país y los paisajes más bellos de Europa. En cambio Francie no le dijo nada sobre sí misma, porque no sabía qué decir.

—¿Nos vemos a la hora de cenar? —preguntó cuando se separaron, mirándola con ansiedad.

Ella asintió con timidez, tratando de no ruborizarse. Ya en su camarote, se preguntó qué le diría. Era una impostora: viajaba haciéndose pasar por viuda, como «señora Harrison»; estaba segura de que, si él se enteraba de la verdad, no volvería a dirigirle la palabra. Se dijo cien veces que cenaría en el camarote. Se paseó por el cuarto, mientras el reloj se acercaba lentamente a las ocho. A las ocho menos cuarto renunció. Se puso un elegante vestido de seda azul muy claro, con un profundo escote en V y mangas largas, estrechas. Luego se prendió una enorme rosa de seda crema en el hombro, se tocó la garganta con esencia de jazmines y, después de recogerse la cabellera rubia en un nudo brillante sobre la nuca, inspeccionó su aspecto en el espejo. Se dijo, nerviosa, que nadie podía acusarla de haberse arreglado para gustar a Stratton, pues había tardado exactamente diez minutos y tenía todo el aire de negocios que puede tener una comerciante con un ceñido vestido de seda azul. Después de echarse un chal de encaje aguamarina sobre los hombros, caminó hacia el comedor.

En el trayecto no vio a nadie; cuando bajó por la amplia escalera hasta el salón,

allí había solo seis hombres. El capitán Laird la saludó personalmente.

—Siéntese a mi mesa, por favor, señora Harrison —dijo, alegremente—. Esta noche somos muy pocos y nos alegrará contar con su encantadora presencia femenina.

El comedor parecía desolado con sus mesas desiertas, de las que se había retirado la vajilla para evitar roturas; pero la mesa del capitán estaba tan bonita como siempre, con todo bien asegurado en su sitio. El capitán Laird la sentó a su derecha. Edward Stratton ocupó la silla vecina.

—Temía que usted no viniera —susurró, con una gran sonrisa.

A su pesar, ella se echó a reír.

—Estuve a punto de no venir —confesó. Pero no le dijo que no había sido por la tormenta, sino por él.

El capitán Laird les echó una mirada comprensiva. Era un viejo lobo de mar; en sus veinte años de capitán lo había visto todo. Conocía a primera vista los comienzos de un romance de a bordo y esperaba, con un sentimiento paternal, que la joven señora Harrison supiera lo que estaba haciendo. De cualquier modo, Edward Stratton era un caballero; se podía esperar lo mejor.

Francie se divertía; bebió unos sorbos de champán y probó el caviar, escuchando con grandes ojos los relatos que el capitán hacía de tormentas en el mar, lo que el diplomático francés contaba de las maniobras políticas en la perversa Shanghai y las sagas de los comerciantes, referidas a los negocios sucios de Hong Kong y Singapur. Todos estaban muy seguros de su importancia masculina y la miraban como a un accesorio decorativo, tan valioso para ellos y su mundo comercial como las rosas que adornaban el centro de la mesa. De pronto Edward se volvió hacia ella, preguntando.

—Y usted, señora Harrison, ¿con qué fin viaja a Hong Kong?

—Oh —replicó ella, con aire inocente—, voy a comprar un barco.

Se hizo el silencio alrededor de la mesa; seis pares de ojos masculinos se levantaron hacia ella.

—¿Un barco, señora Harrison? —preguntó el capitán Laird, cortés.

—Sí, claro. —Francie les dedicó una sonrisa deslumbrante—. Un barco de carga. Lo necesito para mi empresa.

—¿Puedo preguntarle a qué se dedica usted, señora Harrison? —preguntó el diplomático francés sentado frente a ella, admirándola con la vista. En su opinión, las mujeres como ella no necesitaban dedicarse a nada. Cualquier hombre se alegraría de darles todo el dinero que quisieran, solo para reclamarlas como propiedad suya.

—Soy comerciante, *monsieur* Delonges. Mi empresa es la L. T. Francis Company, Importaciones y Exportaciones. Trabajamos con el Oriente.

Los hombres sentados a la mesa la miraron súbitamente con nuevo respeto. Habían oído mencionar a la L. T. Francis Company y sabían que era sólida.

—Mis felicitaciones, *madame* —le dijo el francés—. Ha de ser usted una mujer muy sagaz para tener éxito entre tantos competidores.

—Debo confesar que estoy muy bien asesorada. —Paseó la vista por los comensales y agregó, con una débil sonrisa—: Por un hombre.

Todos rieron. Ella apartó la silla y les deseó buenas noches.

—Ha sido una cena deliciosa, caballeros —dijo, sonriente—. Y en compañía muy grata.

Luego recogió su pequeño bolso de seda azul y, después de dedicarles otra sonrisa deslumbrante, salió del salón dejando en el aire una sugerencia de jazmines.

Edward Stratton la siguió con la vista. En boca del francés, aquello habría sido un *coup de foudre*; en su propio idioma, había perdido la cabeza. Estaba locamente enamorado de la señora Francesca Harrison.

Edward Stratton había sido muy buen esposo. A la muerte de su esposa la lloró por más de dos años, encerrado en su castillo escocés, con los recuerdos de su amor juvenil y de los primeros años de paternidad. Juntos habían llevado una vida apacible, temporada tras temporada, cada una con su previsible serie de acontecimientos sociales, entre las mismas caras que conocían desde la niñez. Ambos habían pensado que la existencia continuaría con la misma serena felicidad; él y Mary envejecerían juntos y recibirían en Strattons a sus propios nietos, tal como sus abuelos lo habían recibido a él. Desde hacía siglos nada cambiaba mucho en la familia Stratton; la vida había sido siempre igual: segura, previsible y sin conmociones. Por eso Francesca Harrison lo tomaba por sorpresa.

Cuatro semanas después, sentado a solas en el bar, se preguntó por qué. Desde luego, la joven era hermosa, con esa belleza rubia, sencilla, casi clásica, que lo sobrecogía a cada mirada. Y era imprevisible; en un momento se mostraba tímida e insegura; al siguiente era una firme mujer de negocios. Era una dama, viuda y madre, pero retenía la inocencia de una jovencita. Y era misteriosa; parecía decirle todo, pero más tarde, cuando él analizaba lo que había escuchado, se encontraba con que solo le había dado los datos más básicos sobre ella y su existencia. Era hermosa, huidiza e independiente. Y todos esos elementos hacían de Francesca una mujer diferente.

Edward era un viajero avezado; había recorrido el mundo varias veces, navegando en grandes buques y en yates privados; conocía todos los peligros de un romance de a bordo. Pensó en sus tres hijos; era un padre amante y responsable, que hacía de ellos su principal preocupación. Por mucho que amara a una mujer, jamás volvería a casarse sin la aprobación de sus hijos. Ellos estaban primero; así había sido siempre en la familia Stratton.

Sonrió al terminar su vaso de *whisky*, contemplando las estrellas titilantes y la luna en cuarto creciente; la imaginó brillando sobre las torres grises del castillo Strattons, a once mil kilómetros de distancia. ¿No era imposible que sus hijos no amaran a Francie tanto como él?

Solo quedaba una semana de viaje; estaba decidido a pasar con ella todo el

tiempo posible. Ya se había ofrecido a mostrarle Hong Kong, pero ella mantenía distancia, en una de sus actitudes más elusivas. Eso lo intrigaba, pues habría jurado que la atracción era mutua.

Esa noche pasó largo rato despierto, preguntándose cuál era el problema. Por fin decidió que se debía a ese raro capricho de ser empresaria. Lo más probable era que los socios de su difunto esposo se encargaran de todo el trabajo; de lo contrario, una vez casados le buscaría un buen gerente para que manejara los negocios; así ella podría dedicar todo su tiempo a él, a los niños y a Strattons.

Francie también se había desvelado pensando en Edward. El camarote estaba a oscuras, con el abrumador perfume de las flores frescas que el camarero había puesto por la mañana. Sofocada, se incorporó para encender la lámpara.

Se dijo, por enésima vez, que solo se trataba de un coqueteo pasajero; de cualquier modo, eso no podía llegar a nada. Ella solo podía fingirse viuda por la duración de ese viaje; después volvería a la realidad. Una realidad que a Edward Stratton no podría gustarle. ¡Habría sido tan fácil dejar que él se hiciera cargo de su existencia, entregarse a sus cuidados! Luego recordó que Lai Tsin la había hecho fuerte; no podía volver a actuar como una mujer débil y tonta, dispuesta a renunciar a todo simplemente por estar enamorada.

La campana de a bordo dio las cuatro; Francie suspiró. Frente a ella se estiraban las horas sin sueño, porque su problema no tenía solución. Mientras tanto, sabía que todos a bordo hablaban de ellos. A la hora de la cena sentía que ambos concentraban todas las miradas; se los observaba cuando caminaban juntos por la cubierta. Y ella no estaba en situación de ser objeto de escándalo por segunda vez en su vida. Sus problemas no tenían solución.

Decidió que, en los pocos días restantes, se mostraría más discreta. En el futuro mantendría a distancia a Edward Stratton.

La noche antes de que el barco anclara en Hong Kong, el capitán ofreció una velada de gala como despedida. Hacía una semana que Francie apenas abandonaba el camarote, como no fuera para caminar un rato, cuando estaba segura de que Edward tenía otras ocupaciones. Comía siempre en el camarote y pasaba el tiempo con la nariz metida en un volumen de Dickens, que había pedido en la biblioteca del barco; leía y releía interminablemente cada párrafo, pues su mente no se concentraba en David Copperfield. Edward le había enviado diez o doce mensajes. Por fin ella le escribió una nota, diciendo que estaba fatigada y que debía descansar, preparándose para la llegada a Hong Kong.

Pero no pudo rechazar la invitación especial del capitán Laird para que se sentara a su mesa. Se puso el más bonito de sus vestidos; el *chiffon* color crema parecía gasa contra sus piernas, enfundadas de seda; la chaqueta de encaje dorado, con su ancho escote y sus mangas estrechas, le llegaba hasta las rodillas, de modo que la falda se

arremolinaba graciosamente al caminar. No se puso más joya que una rosa color té prendida en el hombro y otra en el pelo. Cuadrando los hombros, caminó por el corredor, decidida a mostrarse serena y compuesta cuando se despidiera de Edward.

El salón tenía un aspecto festivo; había guirnaldas de papel rojas, blancas y azules entre columna y columna; los camareros servían el champán vestidos con chaquetillas blancas.

—Señora Harrison —tronó la voz del capitán: al otro lado del salón la gente se volvió a mirarla—. Cuánto me alegro de verla otra vez. Espero que se sienta mejor.

Le besó la mano con galantería. Ella sonrió, buscando a Edward con una mirada rápida, pero él no estaba allí. Bebió champán y conversó cortésmente de naderías con el diplomático francés, que continuaba viaje hasta Shanghai.

—Pero esta noche es la verdadera despedida —dijo él—, pues la más encantadora de nuestras empresarias abandona el barco. Tengo la sensación de que, sin su adorable presencia, podemos hundirnos en una ola de aburrimiento.

Francie rio. El hombre era simpático y amable; sin duda flirteaba con todas las mujeres bonitas que se cruzaban en su camino. Pero Edward seguía sin aparecer.

Media hora después, cuando se sentaron a cenar, aún no había llegado. Algo enfadada, Francie se arrepintió de haberse acicalado tanto para él; de pronto lo oyó pedir disculpas por su tardanza. Allí estaba, a su lado.

—Francesca —dijo, en voz baja—, estaba muy preocupado por ti.

—No tenías por qué —dijo ella, serenamente. Y se volvió para hablar con el capitán.

Creó que la cena no acabaría jamás; a cada plato seguía otro. En cuanto terminó la comida, ella se apresuró a despedirse y volvió a su camarote, casi sin mirar a Edward. Pero no hizo sino pasearse, pensando en él. Por fin, sin poder soportar sus pensamientos, salió a cubierta.

Las tempestades habían quedado atrás al entrar en el mar de la China; la noche era cálida y serena. Una lánguida brisa llegaba desde tierra, trayendo un denso olor almizclado en vez del vigorizante aire salado al que estaba acostumbrada. El cielo chisporroteaba con un millón de estrellas. Sobre el agua flotaban los compases del cuarteto de cuerdas que interpretaba a Mozart en el salón principal.

Ella se reclinó sobre la barandilla, buscando en la oscuridad las costas de China; se decía que ese era el fin de su pequeña fantasía. De pronto lo sintió a su lado y giró la cabeza para mirarlo.

—Me estabas esquivando —dijo él, en voz baja.

Ella se encogió delicadamente de hombros.

—Se acaba el viaje. ¿No es hora de que acaben estos pequeños coqueteos de a bordo?

—¿Coqueteos? —En los ojos se le revelaba el dolor—. Para mí fue más que eso —aseguró Edward, apoyándole las manos en los hombros—. Estoy enamorado de ti. Quiero que vengas a casa conmigo para presentarte a mi familia. Quiero mostrarte

Strattons. Sé que te enamorarás de ella y entonces no podrás decirme que no.

La besó y ella cerró los ojos, sintiendo la aspereza de su mentón contra su piel, aspirando el aroma levemente cítrico de su colonia. El cuerpo se le fundía en oleadas de placer. Quería deslizarle las manos por el pelo, estrecharse a él. Quería a Edward Stratton y no podría tenerlo. Así de simple era la cuestión.

—Debo irme —dijo, apartándose de sus brazos.

—Promete que volveremos a vernos —suplicó él—. Pasaré dos semanas en Shanghai; luego volveré a Hong Kong. Por favor, encontrémonos allí, Francesca.

Ella volvió a encogerse de hombros y se alejó de prisa.

—Tal vez —dijo por encima del hombro.

En las primeras horas de la mañana siguiente, el *S. S. Orient* ancló en la bahía de Hong Kong; la pequeña lancha blanca del hotel Hong Kong se adelantó a buena velocidad para recoger a sus huéspedes y transportarlos hacia el muelle de Pedder. Mientras se embarcaba, Francie sintió los ojos de Edward fijos en ella y levantó la vista. Lo vio inclinado hacia la barandilla, elegante con su blanco traje tropical y su sombrero panamá. Estaba tan apuesto y serio que a ella se le encogió el corazón. Él levantó el brazo en señal de despedida y ella imitó el gesto. Luego volvió la cara hacia Hong Kong, hacia la vida real.

Capítulo 27

El hotel Hong Kong estaba en la esquina de la arbolada calle Pedder, frente al puerto. A la derecha estaba la Praya, una larga explanada donde se levantaban las palaciegas oficinas de los hongos, las grandes empresas comerciales. Sus banderas distintivas flameaban en la brisa con aire de importancia; sus elegantes lanchas, amarradas delante, estaban listas para transportar a los poderosos taipans desde sus barcos o hacia ellos. Una torre reloj de cuatro metros y medio dominaba la calle, aunque se decía que su reloj sufría «indisposiciones» debido al clima y nadie se guiaba por él para saber la hora exacta. Las empinadas colinas verdes se alzaban tras el puerto como un telón pintado, salpicadas de pinos, eucaliptus y enormes villas de mármol blanco. La bahía azul estaba atestada de barcos de todo tipo; viejos juncos marítimos y enormes vapores blancos se amontonaban con pobres sampanes y lanchas elegantes. En el muelle esperaba una fila de coolies, listos para acarrear el equipaje hasta los hoteles. Y detrás de ellos estaba Lai Tsin, esperando a Francie. Lucía su habitual bata azul y el sombrero de seda redondo; por primera vez parecía estar acorde con el ambiente.

Le estrechó la mano con una reverencia, en los ojos una sonriente bienvenida, y Francie comprendió que el reencuentro lo alegraba tanto como a ella. Cruzaron juntos la calle hacia el hotel. Lai Tsin la dejó allí, diciendo que pasaría a buscarla dentro de una hora.

El hotel Hong Kong se autocalificaba como el más cómodo y mejor equipado del Lejano Oriente; estaba bien amueblado al estilo británico colonial, con dormitorios iluminados a gas y provistos de cuartos de baño, ascensores hidráulicos, restaurante y parrilla; servía chuletas y bistecs al estilo occidental a cualquier hora. Francie lo estudió con aire crítico, pensando que Annie lo superaba con sus planes para un nuevo hotel. Aun así el servicio era notable; el equipaje llegó a sus habitaciones antes que ella misma; abundaban las flores, las frutas y el agua embotellada. El único problema era que no se permitía la entrada a los chinos, como no pertenecieran al personal de servicio.

Al saber eso por Lai Tsin, ella se había negado inmediatamente a hospedarse allí. Él insistió en que era preciso, agregando: «No es adecuado que una occidental se hospede en un hotel con los chinos».

La esperaba en un rickshaw con capota negra; pronto abandonaron las calles pavimentadas para dar tumbos por atestados callejones, subiendo y bajando colinas hasta llegar a una pobre zona portuaria. El hombre del rickshaw serpenteó por un laberinto de callejuelas estrechas y se detuvo frente a un maltrecho depósito gris. Lai Tsin se apeó y le ofreció la mano.

—Esto era lo que deseaba hacerte ver —le dijo, abriendo orgullosamente la

puerta—: nuestro propio *godown* en Hong Kong. Tuve suerte de encontrar uno tan cerca del puerto, porque las grandes compañías comerciales son dueñas de casi toda la tierra. Lo compré a tu nombre, Francie. Mira, aquí están los papeles para que firmes.

Ella miró aquellos documentos, cubiertos de escritura china.

—Esto es solo el comienzo —dijo él, entusiasmado—. Si tratáramos de competir con los taipans de los grandes hong, ellos nos eliminarían inmediatamente. Solo tenemos una posibilidad porque somos una empresa pequeña. Y esa pequeñez será nuestra mayor ventaja; nos permitirá recoger las migajas por las que ellos no quieren molestarse. Y si este pequeño *godown* no te parece digno de la L. T. Francis Company, recuerda esto: que de la pequeñez y la discreción nace la grandeza. Nuestra falta de ostentación nos permite actuar con sigilo. Y con sigilo iremos alcanzando a nuestros competidores, hasta que algún día queden estupefactos ante nuestro poder.

Francie lo miraba, impresionada. Se lo veía menudo y frágil; la piel se le estiraba como pergamino sobre los pómulos prominentes, pero esos negros ojos almendrados chisporroteaban de inteligencia y conocimiento. Él era su mentor, su guía en la vida; lo sabía todo.

Lai Tsin la tomó de la mano para llevarla adentro. Los estantes de madera estaban cubiertos con el polvo de los años. Un fino rayo de sol se filtraba por un vidrio roto de la pequeña ventana. Aquello parecía pobre y desolado, pero él le prometió, lleno de confianza:

—La próxima vez que lo veas estará rebosante de mercancía nuestra.

El puerto era una colmena de actividad. Por todas partes se veían coolies de torso descubierto, tambaleándose bajo cargas que los doblaban holgadamente en peso. Formando cadenas humanas, descargaban los pequeños vapores que iban y venían entre el muelle y los barcos anclados aguas adentro. El sudor les chorreaba por la espalda y por la frente arrugada, pero no tenían tiempo para enjugarlo.

Francie lo observaba todo con curiosidad, pero no se dio cuenta de que uno de los coolies se detenía a mirarlos, a ella y a Lai Tsin. Tampoco vio que se acercaba a ellos subrepticamente, a la sombra de una montaña de cajones.

Ese coolie era de huesos grandes y estaba desesperadamente flaco, con la espalda doblada; en la cara mugrienta, chorreada de sudor, había una arruga de angustia permanente. Era bajo y fibroso; mantenía la cabeza agachada y la cara escondida bajo el ancho sombrero de paja. Llevaba el pelo negro, denso y áspero, afeitado adelante y trenzado en una coleta; vestía como todos: unos baratos pantalones de algodón negro. El sol le había quemado la piel, dándole un tono pardo amarillento; solo por sus ojos se notaba que era un occidental; ardían de ira, odio y dolor. Eran los ojos de Sammy Morris los que miraban a Francie, estupefactos.

Si alguna vez en su vida rezaba, era pidiendo volver a verla. Al verse arrojado a la maloliente bodega del cliper chino, castrado y medio muerto, había creído morir. Quería morir; ¿para qué la vida? ¿Para sufrir el dolor agudísimo que sacudía su

cuerpo sangrante? ¿Para soportar la idea de que Josh había muerto? ¿Para sentir las ratas olfateando su sangre, royéndole los miembros, esperando impacientes el turno de mutilarlo un poco más? Cuando le llevaron agua y arroz él preguntó, consciente a medias, por qué. «No debes morir, —le dijeron—. Así se nos ha ordenado». Por eso, pese a sus horrendas heridas y su deseo de abandonar el doloroso mundo, lo habían obligado a vivir, a fin de que sufriera la humillación de la pobreza y la desesperación; la existencia era la vida de coolie: romperse la espalda por unos pocos yuans, a fin de pagar apenas una miserable escudilla de arroz, por la mañana y al atardecer, y un sucio cubículo de uno ochenta por dos setenta, que endebles tabiques separaban de muchos más; él lo usaba por la noche; durante el día era alquilado a otro coolie.

Muchas veces había pensado en el suicidio. Habría sido fácil dejar atrás ese dolor, fumar una pipa de opio y saltar luego al puerto, para que la marea se lo llevara, o trepar a los andamios de bambú que rodeaban las altas construcciones y arrojarse al vacío, o comprar una poción letal en las farmacias chinas, donde se sabía mucho de esas cosas. Pero nunca pudo hacerlo. Porque aún ardía una ambición en esa cáscara destrozada que tenía por cuerpo. Quería vengarse de Francesca Harrison. Quería hacerla sufrir lo que Josh había sufrido, lo que él sufría ahora. Ella lo había condenado a seis años de infierno al hacerlo arrojar al cliper chino, medio muerto, suponiendo que no retornaría jamás. El mayor error de esa mujer había sido embarcarlo en vez de hacerlo matar. Sammy había tardado años enteros en llegar a Hong Kong. Ahora el destino la ponía nuevamente en sus manos.

Se la veía serena, elegante y altanera, como una reina que inspeccionara a sus súbditos; esa fue la amarga impresión de Sammy, cuyo corazón brincaba con la antigua excitación. Sin prestar atención a los gritos coléricos del capataz, los siguió, avanzando de sombra en sombra. Los vio subir al rickshaw que esperaba y partir calle abajo. Trotó tras ellos, con el mismo ritmo que el hombre del rickshaw, pero siempre manteniendo una cautelosa distancia.

Pese a su espalda baldada y a sus terribles heridas, los años de trabajo lo habían encallecido; apenas jadeaba cuando viraron en la calle Pedder. Se mezcló entre la multitud, vigilante, mientras ella bajaba del vehículo para entrar en el hotel.

Muy pensativo, Sammy volvió a su mísero cubículo, atestado de ratas. Compró en la esquina una escudilla de arroz y hortalizas y lo comió reclinado contra la pared, siempre cavilante. Y cuando regresó a su maloliente alojamiento y encendió la pipa de opio, dio gracias a la Providencia que ponía a esa mujer en su camino. Decidió que se vengaría de la señorita Francesca Harrison, por mucho tiempo que le llevara. La torturaría como se le había torturado a él. Después sería misericordioso. La mataría.

Hacía un mes que Francie estaba en Hong Kong. Al principio todo pareció andar bien. Habían hallado un carguero en venta; estaba descuidado y lleno de herrumbre; tampoco era muy veloz, pero sí sólido. La compra se concretó en cuestión de días;

contrataron a un capitán norteamericano y a una tripulación china. Ahora estaba anclado, vacío y a la espera de su primera carga. Ese era el problema.

Las migajas de negocios que Lai Tsin esperaba arrebatar de la mesa de los ricos hongos no se habían materializado. Le dijeron, altaneros, que no comerciaban con chinos. Y cuando Francie fue a ver a los taipáns, ellos le cerraron las puertas, encargando a sus gerentes que le ofrecieran una copa de jerez con un bizcochito y le informaran de que no comerciaban con mujeres. Irritada, ella se fue replicando que eran ellos quienes perdían; pero la verdad era que no sabía qué hacer.

Parecía imposible introducirse en el hermético esquema comercial; todo estaba bien envuelto y repartido entre los grandes hongos: los Jardines, los Swires y los otros.

El desvencijado godown estaba limpio y barrido, listo para recibir los fardos de seda y algodón, los cajones de té y especias, las preciosas alfombras, la porcelana y el jade que ellos esperaban transportar, pero aún estaban casi vacíos. Y en los ojos de Lai Tsin, Francie leyó que no había logrado concretar nuevas operaciones con los hongos. Para reconfortarla, él dijo que llenaría el barco con mercancía propia, pero ella sabía que en eso había poca ganancia. Se le cayó el alma a los pies; en vez de ser una ayuda para Lai Tsin, le había fallado.

Al regresar al hotel encontró un mensaje de Edward Stratton. Decía: «He vuelto y me hospedo en la Casa de Gobierno. ¿Tendrías la gentileza de cenar esta noche con un pobre viajero?». Francie se reanimó bruscamente, aun sabiendo que no debía volver a verlo. La situación no tenía salida; su vida estaba demasiado asediada por las complicaciones; él, en cambio, era ordenado como el abecedario. Sin embargo, con solo pensar en él se le aceleraba el pulso; comprendió que no podía resistir. Sentada ante el ornamentado escritorio de nogal, escribió una nota de aceptación y llamó al pequeño botones para enviarla.

Poco después llegó para ella un enorme ramo de flores; eran altas rosas color de té. «Como más te recuerdo es con estas encantadoras flores en el pelo, —decía la nota de Edward—, aunque nunca fueron tan encantadoras como tú. Pasaré por tu hotel a las siete y media».

En su nerviosismo, Francie estuvo lista a las seis y media. Se había puesto el largo vestido de seda azul claro y tenía una rosa en el pelo.

Se paseó ansiosamente hasta las siete y media; por fin, con una última mirada al espejo, recogió su ligero chal de encaje verde azulado y el bolso de seda. Mientras bajaba en el ascensor aspiró muy hondo, diciéndose que esa sería su última cita con Edward. Cuando se abrió la reja metálica lo vio caminar hacia ella, con las manos extendidas y una tierna sonrisa; entonces el corazón le dio un vuelco y las buenas intenciones quedaron olvidadas.

—Estás tal como el día en que te conocí —comentó él, tomándole las manos para llevárselas a los labios.

Ella las retiró de prisa y dio una palmadita a la rosa que se había puesto en el pelo.

—Es por tus adorables flores —murmuró—. Te acordaste de las rosas.

Solo al sentarse en un rickshaw con Edward se dio cuenta de que ese vehículo ofrecía mucha intimidad. La capucha negra los ocultaba a la vista de los peatones y el brazo de su compañero se apoyaba contra el de ella.

—¿Adónde vamos? —preguntó, nerviosa.

—Te llevo a mi restaurante favorito —dijo él, sondándole.

El rickshaw los llevó hasta una dársena del puerto, donde los esperaba un sampán. Ella se embarcó, dirigiendo a Edward una mirada inquisitiva, pero él se limitó a decir, misterioso:

—Espera y verás.

El sol ya se ponía; su fiero esplendor rojo recortaba la silueta negra de los juncos que, a toda vela, recorrían la bahía. La vieja que manejaba el remo puso el sampán en dirección contraria y maniobró con habilidad hasta una pequeña plataforma, al costado de un junco, desde donde un tramo de escalones llevaba a la cubierta. Levantó hacia Francie la cara desdentada y torcida, diciendo algo en cantones, mientras se tocaba la mejilla con una mano callosa. Edward rio a modo de respuesta. Cuando abandonaron el sampán le dio una generosa propina.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Francie, haciéndose sombra con la mano para seguir con la vista a la anciana, que se alejaba a remo.

Él sonrió.

—Ha dicho que la mujer del peludo señor bárbaro es muy hermosa, pero demasiado fuerte para él.

Francie rio con melancolía.

—Me temo que se ha equivocado.

—Oh, no es así. —Él la tomó de la mano para guiarla por los peldaños, mientras a bordo aparecían diez o doce coolies, de batas blancas y pantalones negros, para darles la bienvenida—. Esta gente lee los rostros tal como nosotros leemos un libro.

El junco chino olía a brea, sogas y llovizna salada. Caminaron hasta la popa, donde las tablas de madera estaban cubiertas por suaves alfombras orientales; había gruesos almohadones de seda amontonados alrededor de una mesa baja, lacada de rojo. Frente a figuras de lata que representaban a la diosa del mar ardían varillas de incienso; un dosel rojo los protegía de los últimos rayos del sol; había gruesas cortinas de seda, del mismo color, que se podían correr para protegerse del viento o para mayor intimidad.

En un súbito arrebató de actividad, los coolies treparon por los cordajes para izar las velas y levaron el ancla. Francie se acomodó en los almohadones, muda de placer, mientras navegaban silenciosamente por la bahía, pasando ante diez o doce islotes verdes, en los que sobresalían los tejados curvos de los templos. El sol desapareció muy pronto en el mar añil, dejando solo una leve mancha rojiza en el azul real del cielo; un niño corrió a encender los farolillos colgados de altos postes de hierro; otro se aproximó, solemne, trayendo un cubo de plata con la botella de champán que

Edward había enviado anticipadamente. Se llenaron las copas de cristal. Él entregó una a Francie, diciendo:

—Con nadie habría podido compartir este momento mejor que contigo.

El mar se ondulaba como un arroyo y el viento cantaba en los cordajes, hinchando las velas, a la vez que el cielo pasó a azul de medianoche, para convertirse luego en tinta. Las estrellas brillaban tanto como los farolillos. Él le sonrió, feliz.

Luego aparecieron cinco o seis chinos parloteantes, que traían humeantes bandejas. Comieron ese festín, riendo, mientras la nave se deslizaba por el mar oscuro y brillante.

—Tal vez estemos destinados a pasarnos la vida en barco —dijo Francie, soñadora, reclinándose contra los blandos almohadones para contemplar las estrellas—. Buques de línea, cargueros y juncos... Permanentes viajeros del mundo.

—¿Es eso lo que te gustaría? —preguntó Edward, inclinándose hacia ella.

La joven sacudió la cabeza. El rostro de su compañero estaba tan cerca que hasta podía verle motas oscuras en el azul de las pupilas. Los chinos retiraron discretamente los platos de la mesa y corrieron las cortinas, dejándolos solos en ese mundo acolchado e iluminado por farolillos.

Entonces los labios de Edward buscaron los de ella. Francie sintió por él lo que nunca había sentido por Josh. No buscaba protección ni consuelo en los brazos de Edward Stratton: lo deseaba con deseo de mujer.

Le apartó para incorporarse, sacudiendo hacia atrás la cabellera suelta, y se apresuró a rehacer el moño. Con el pelo bien atado hacia atrás se sentía más dueña de sí misma.

Edward era un hombre apegado a las tradiciones. Se arrodilló frente a ella y le tomó la mano, preguntando:

—¿Te casarías conmigo, Francesca, por favor?

Ella ahogó una exclamación. Se sentía halagada y confusa; la tentación era grande.

—Es que no puedo —dijo—. Nos conocemos desde hace tan poco tiempo... Tú no sabes casi nada de mí.

—Eso tiene fácil arreglo. Ven conmigo a Escocia; te hospedarás en Strattons y conocerás a mis hijos. Trae al tuyo y así todos podremos conocernos. Dime que sí, Francie. Nunca había sentido esto por ninguna mujer, ni siquiera por Mary. Ella era mi amiga desde la infancia y la conocía desde siempre. Tú eres diferente. —Besó la mano que retenía—. Me apasionas, Francesca. Por favor, cástate conmigo.

La tentación era tan grande que le costaba pensar con claridad.

—No puedo aceptar —dijo, débilmente—. Pero algún día quizá te visite en Strattons.

Él suspiró. Por lo menos había alcanzado la mitad de su objetivo.

—Te advierto que voy a insistir —dijo—, una y otra vez, hasta que aceptes.

Capítulo 28

En los últimos años, Lai Tsin había vuelto muchas veces a Nanking; en cada oportunidad repetía los fatídicos pasos desde el puerto, por los callejones de la ciudad, buscando la plaza donde el traficante de carne vendía sus esclavos, pero nunca había podido hallarlo.

Se dijo que la búsqueda era inútil; jamás hallaría a ese hombre. Y era una suerte, porque de ese modo no mancharía su alma con un asesinato. Porque si alguna vez lo encontraba, estaba seguro de que lo mataría.

Pero en todo ese tiempo, en todos sus viajes por China, buscando los mejores proveedores para su empresa, nunca había vuelto a su aldea natal, en las orillas del Ta Chiang. Por fin comprendió que no podía seguir postergándolo. Era preciso retornar para exorcizar a sus demonios o vivir eternamente con una mente atribulada.

El largo viaje río arriba, en un vapor pequeño y ruinoso, le colmó de recuerdos; de pie junto a la barandilla, contemplaba pasar el paisaje, reviviendo aquel otro viaje terrible. En Wuhu, punto donde paraba el vapor, desembarcó para contratar un pequeño junco, que lo llevaría aguas arriba hasta su aldea. Cuando ya estaba cerca entró en la pequeña cabina para vestirse con la larga túnica bordada, de seda azul intenso, indicativa de que era un hombre adinerado y no un simple labrador. Se puso el sombrero de seda nuevo, cuyo botón no era de seda, sino de precioso jade blanco. Calzó los zapatos nuevos, de piel negra, y volvió a la cubierta. El junco maniobraba para acercarse a un desvencijado muelle de madera.

Al ver que un navío amarraba ante su insignificante aldea, la gente acudió corriendo a ver de quién se trataba; todos miraron con respeto a ese hombre de aspecto importante, que vestía grandiosas vestiduras de seda azul. Algunos le hicieron reverencias. Lai Tsin, pisando por fin el suelo natal, les arrojó un puñado de monedas y continuó caminando, pero los oyó pelear por conseguir las muestras de su largueza. Inició la marcha por el familiar sendero que llevaba a su aldea, el mismo por el cual habían hecho caminar a los pobres patos blancos, rumbo al río y a la muerte que les esperaba en Nanking.

La ruta era una seca cinta de arcilla amarillenta, que se estiraba por el paisaje triste y caluroso, cubierto de arrozales verdegrises. Vio que los niños seguían chapoteando junto a los grandes molinos de agua; vadeaban por el lodo con sus pesados cestos, siguiendo al búfalo de agua, para plantar los brotes nuevos y rezar pidiendo una buena cosecha.

El bosquecillo *fung shui* estaba en las afueras de la aldea, hacia el oeste; hacia allí se encaminó primero. Caminaba con lentitud, buscando el sitio donde habían dejado el cuerpo de Chen, su hermano favorito, para que los perros y las aves se encargaran de él. Aun después de tantos años, esa noche terrible estaba tan impresa en su mente

que reconoció el árbol y se arrodilló ante él, con la cabeza inclinada, ofreciendo una plegaria a los dioses por el alma de aquel bebé; aunque los ancianos lo habían considerado demasiado joven para tener alma, Lai Tsin pensaba de otra manera.

Al rato salió del bosquecillo y continuó la marcha hacia la aldea. Nada había cambiado. A la izquierda estaba el estanque del señor, con sus juncos, con los mismos patos blancos, que un hombre cuidaba. Lai Tsin le echó un vistazo al pasar, pero no era el rostro de su padre. Continuó caminado, obligándose a recordar que su padre tenía más de sesenta años en el momento de su partida; debía de haber muerto mucho tiempo antes.

Las casas de arcilla cocida se elevaban en un paisaje plano, sin señales salientes, idénticas a las de otras mil aldeas a lo largo del Yangtze, pero él la conocía centímetro a centímetro. Sus ojos volaban de un lado a otro, buscando los sitios familiares; el extraño sauce retorcido que crecía donde no había agua, el templo de madera con sus cornisas talladas y sus aleros curvos, cuya pintura roja había adquirido un vago matiz pardo. La misma manada de perros flacos rondaba las casas, buscando comida; los mismos niños pobres vestían las prendas desechadas por sus hermanos mayores; los mismos refranes de papel rojo coronaban las puertas; los mismos puestos desolados vendían diminutas porciones de carne y especias, incienso y carbón. Los muros de arcilla que antes cercaban la aldea se estaban desmoronando y desaparecían en la tierra de la que habían surgido; muchas de las casas estaban vacías. Los pocos que pasaban se detuvieron a mirarlo, observando con desconfianza a ese opulento forastero. Él saludó cortésmente con la cabeza y les deseó buenos días.

La casa de Ke Chungfen, su padre, estaba en el extremo mismo de la pequeña aldea; sus pasos se hicieron más lentos al acercarse. Un niño de unos tres años jugaba en la tierra, junto a la puerta. De la casa surgía el sonido de voces alzadas en discusión. Se detuvo a escuchar. No era su padre, pero lo parecía; usaba el mismo tono de arenga, las mismas palabras violentas y descuidadas, las mismas amenazas. Se acercó a la puerta y llamó:

—¡Ke Chungfen!

Se hizo un atónito silencio. Luego una voz gritó:

—Ke Chungfen fue a reunirse con sus antepasados hace ya muchos años. ¿Quién es el que pronuncia su nombre?

—Es el hijo de Lilin, la *mui-tsai* —respondió él, con calma—. Lai Tsin.

Adentro se oyó un estruendo y la puerta se abrió de par en par. Allí estaba el hijo de Ke Chungfen con su esposa número uno, fulminándolo con la mirada. Era bajo y de físico potente, como su padre; la cara brutal tenía el mismo rictus descontento; sus ropas eran pobres y estaban cubiertas de remiendos; sus manos, encallecidas por el trabajo de la labranza. Su expresión fulminante cambió al apreciar el aspecto próspero de Lai Tsin.

—Bueno, bueno, el hijo de la tía número uno —exclamó, pues a las concubinas solía dárselas el título honorario de tías—. ¿Qué te trae a casa, después de tantos

años? —Retrocedió con una sonrisa oleosa, invitándolo a entrar con un gesto—. Bienvenido, bienvenido, Lai Tsin. —Llamó a su esposa y le ordenó rudamente que preparara té para el ilustre visitante—. Pues ya veo que has llegado lejos, Lai Tsin —añadió—. Desde luego, hiciste mal en huir, dejando que tus hermanos cargaran con todo el trabajo de mantener este humilde techo en pie y cuidar de Ke Chungfen en sus últimos años. Pero ahora has regresado para reparar esos errores.

—No tomaré el té contigo, Hermano Mayor —dijo Lai Tsin, serenamente—. Tampoco discutiré contigo mis asuntos. He venido a pedirte un favor, por el que voy a pagarte bien. Mi madre, la *mui-tsai* Lilin, no tuvo el entierro honorable que sus ancestros habrían deseado. Están enojados e inquietos, porque el alma de Lilin aún vaga lejos de ellos. Me han pedido que construya un templo donde su espíritu pueda reunirse con el de su hijo, el pequeño Chen, para que se la recuerde en esta tierra para siempre y para que ambos espíritus puedan regocijarse, en compañía de sus antepasados.

Extrajo del bolsillo un saquito de piel.

—Aquí hay dinero suficiente para comprar los mejores materiales y pagar a expertos en la construcción. Tengo conocimiento de estos asuntos, Hermano Mayor, y no es posible engañarme. Ya he comprado una parcela de tierra en la colina; dentro de seis meses volveré para inspeccionar tu obra. Si es buena, te pagaré generosamente; también recibirás una pequeña suma año a año, para mantener el templo. Si tratas de engañarme, te haré expulsar de esta aldea y arrojar a los perros, tal como se hizo con mi hermanito.

Hermano Mayor hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Apenas podía creer en su buena suerte.

—¿Cuánto me pagarás, Ke Lai Tsin? —preguntó, aplicando magnánimamente el honorable apellido de su padre al hijo de la concubina.

Lai Tsin lo miró con fijeza, recordando los años en que dormía en una esterilla junto a su madre, en ese cuartito helado, con las ventanas cubiertas de papel de arroz, el vientre hormigueando de hambre y los miembros doloridos por el trabajo en los campos, mientras Ke Chungfen y sus hijos mayores descansaban cómodamente junto a la estufa de carbón, cubiertos con edredones y repletos de arroz y carne. Arrojó un puñado de monedas al suelo de tierra y, lleno de desprecio, observó al Hermano Mayor, que se arrastraba para recogerlas, moviendo los labios al contarlas codiciosamente.

—Eres generoso, Hermanito —exclamó, radiante.

Lai Tsin se encaminó hacia la puerta, moviendo tristemente la cabeza. Demasiado bien conocía la pobreza; comprendía que convirtiera a los hombres en demonios dispuestos a vender el alma por comida y techo para sus familias o por opio para la pipa del olvido. Pero el hombre que tenía ante él había vendido su alma muchos años antes, por cosas mucho menos importantes, y él lo despreciaba.

—No olvides que volveré al templo ancestral dentro de seis meses —anunció por

encima del hombro.

Hermano Mayor agachó la cabeza, agitándose en el umbral, con el dinero apretado en la mano, mientras su demacrada esposa miraba desde atrás.

—Se hará, Honorable Hermanito, tal como deseas.

Lai Tsin caminó hasta el cementerio de la aldea, pero por mucho que buscó no había ningún sitio marcado con el nombre de Lilin; tampoco recordaba su localización. De cualquier modo se arrodilló para tocar nueve veces la tierra amarilla con la frente; en sus plegarias le dijo que pronto dejaría de vagar por el mundo de los espíritus; por fin tendría un hogar donde sus antepasados pudieran hallarla y se reuniría con ellos en su felicidad.

Hermano Mayor había gritado su buena suerte a toda la aldea. Cuando Lai Tsin volvió, la gente salió corriendo de sus desmoronadas viviendas para observar al hombre rico, con sus magníficas vestiduras bordadas y un botón de jade blanco en el sombrero.

—Es un Mandarín —exclamaban—, un hombre de poder y sabiduría. Ha llegado lejos, para ser hijo de una *mui-tsai*.

Pero Lai Tsin caminó hacia el gran Ta Chiang sin prestarles atención. Solo una vez se volvió para mirar la aldea.

—Pronto esto dejará de existir —prometió—. El viento comerá los muros de arcilla, el sol agotará los estanques y la sequía marchitará los arrozales. Entonces la arcilla se convertirá en polvo que se llevará el viento, capa por capa, hasta que el gran Ta Chiang se levante para cubrirla.

Como si su profecía ya estuviera cumpliéndose, el viento suspiró a lo largo de la senda árida, agitando los árboles secos. Él levantó la vista hacia la colina distante en la que se levantaría el templo de su madre.

—Entonces aquí solo quedará el templo a la memoria de la mujer Lilin y su hijo. Así debe ser.

Giró para alejarse resueltamente. El junco esperaba en el río. Subió a bordo sin mirar atrás y puso rumbo a Wuhu, Nanking y Shanghai. Luego, hacia Hong Kong y Francie.

Francie, a solas con Edward Stratton, le contó sus dificultades para conseguir suficiente carga con que llenar el gran barco nuevo.

—No queremos quitar negocios a los hongos. De cualquier modo, sería imposible —dijo—. Solo queremos las migajas de sus mesas, los embarques demasiado pequeños o problemáticos. Podemos llenar medio barco con nuestra propia mercancía, pero si no parte con la bodega llena, perderemos dinero.

—Yo te ayudaré —prometió Edward—, pero solo con una condición: que esta noche me acompañes a la recepción del gobernador.

Ella rio. Aun sabiendo que hacía mal, aceptó.

La Casa de Gobierno era un imponente edificio de granito blanco, con jardines propios. En los árboles parpadeaban los farolillos; un cuarteto de cuerda interpretaba una selección de música de ópera. El gobernador británico, *Sir Henry May*, dijo a Francie que Edward era un buen hombre; agregó, riendo, que ella haría bien en apresurarse a decirle que sí para acabar con sus tormentos.

—Ha venido todo el mundo —le dijo Edward, estudiando la multitud con aire experto—. Esta noche, todos los taipáns que se negaron a tratar contigo van a cambiar de idea. Basta con que uses tu encanto.

Fue cierto. Los hombres que habían mandado a sus subordinados darle jerez con bizcochos se mostraron muy complacidos de conocerla en la residencia del gobernador. Le dijeron que en Hong Kong había escasez de mujeres hermosas o, al menos, de damas hermosas. Y cuando Edward mencionó que ella tenía ciertas dificultades con la empresa de su familia y la necesidad de llenar el barco, inmediatamente le prometieron ayuda. Aunque no tuvieran cargamentos disponibles, conocían a muchos mercaderes chinos de menor importancia que podían aprovechar espacio en un navío destinado a San Francisco.

Una semana después, cuando regresó Lai Tsin, Francie lo llevó al desvencijado depósito. Abrió el flamante candado y retiró la cadena, para exhibir ante su estupefacta mirada los estantes llenos de fardos y cajones. Luego le contó la historia y él la felicitó por el primero de sus grandes éxitos.

A Lai Tsin le quedaban dos cosas que hacer antes de regresar a San Francisco. A la mañana siguiente se reunió con Francie y ambos caminaron por la calle Des Voeux, entre dos hileras de edificios altos y de aspecto importante, hasta llegar a una parcela desocupada y llena de hierbas, sembrada de pequeños cobertizos para dormir y endebles puestos de comida. De los *woks* ennegrecidos, que se sostenían precariamente en diez o doce braseros, brotaba el aroma del jengibre y las especias; el agudo parloteo en idioma chino competía con el ruido del tránsito y los martillazos provenientes de las construcciones, al otro lado de la calle. Los pequeños correteaban entre sus pies, sonriéndoles irresistiblemente cuando ellos les ponían una moneda en la mano, y había rostros curiosos observando a la bella señora bárbara y al Mandarín de grandiosas vestiduras azules, que recorrían la parcela en toda su longitud. Era la misma que Lai Tsin había ganado años antes a Chung Wu.

Tenían a la vista el documento que daba a Lai Tsin la propiedad de esa tierra, pero les costaba creerlo. A poca distancia estaban la calle Chater y la Plaza de la Estatua; pocas manzanas más atrás se alzaba Victoria Peak, con la palaciega Casa de Gobierno; más arriba, la verde extensión de los jardines botánicos y las ricas villas de los taipáns. Y alrededor, altos e imponentes edificios de oficinas.

Se miraron mutuamente; muchos años antes, el abuelo de Chung Wu había comprado por ochenta dólares un simple y barato lote de tierra, rodeado por depósitos

de madera y pequeños cobertizos; eso era ahora una valiosísima propiedad.

—Estamos pisando una fortuna —exclamó Francie—. Podrías vender esto mañana mismo, Lai Tsin, y retirarte con mucho dinero.

Él agitó la cabeza, con los ojos nublados por una visión: un edificio blanco y alto, de muchas ventanas, con el nombre de Lai Tsin Corporation grabado en grandes letras de bronce. Veía a un geomántico determinando su localización, para que recibiera el mejor *fung shui*, y leones de bronce afuera, custodiando su buena suerte.

—No haremos nuestra fortuna vendiéndolo. Este es el sitio en el que construiremos nuestra fortuna.

Tomaron un rickshaw para bajar a los muelles y luego un bote para adentrarse en la bahía, donde el barco ya había terminado de cargar y estaba listo para hacerse a la mar, con la marea de mediodía. Él señaló la proa, donde estaba pintado el nombre: Francie I.

—Será el primero de nuestra flota —dijo, mientras se paseaban por las cubiertas, inspeccionándolas con orgullo—. Y todo esto se debe a ti.

Y le dio un sobre, agregando:

—Tengo un segundo regalo para ti. Lo compré con el primer dinero que gané, hace cinco años, pero lo guardé esperando a que estuvieras preparada. Ahora es tuyo.

Francie abrió el sobre y lanzó una exclamación de sorpresa: era el título de propiedad de una parcela situada en Nob Hill, justo a una calle de su antigua mansión, en la acera opuesta de la calle California.

Lai Tsin dijo:

—Pronto volverás a San Francisco. No puedes seguir escondiéndote eternamente a causa de tu hermano. Ya no puedes seguir considerándote la hija indigna y la hermana siempre a la sombra del varón. Ya no estarás a merced de nadie. Algún día construirás tu propia casa en la orgullosa Nob Hill y volverás a mostrar tu cara al mundo. Y Harry Harrison no podrá hacer nada para impedirlo.

Lai Tsin zarpó hacia San Francisco con la marea del mediodía. Francie partiría temprano a la mañana siguiente. Pasó el último día con Edward, que la llevó al mercado de aves canoras, donde miles de gorjeantes zorzales y canarios aleteaban en pequeñas jaulas de bambú, para ser vendidos como mascotas. Y Sammy Morris caminaba suavemente tras ellos, con sus maltrechos zapatos de algodón; los siguió por los ruidosos callejones de Kowloon, entre tiendas sin fachada, apenas agujeros en la pared, donde se vendían cubos de calamares en su negra tinta, bandejas de grises camarones y tanques de peces de escamas plateadas, que nadaban hasta agotarse en busca de una libertad que solo obtendrían con la muerte. Se quedó atrás mientras ellos inspeccionaban los puestos de artesanos con sus tallas, los sellos que aparecían en todos los documentos chinos y a los calígrafos, que pintaban exquisitamente en fino papel de arroz. Sus ojos irritados no se apartaron de ellos, que pasaban ante el

zapatero, el fabricante de cirios y las mujeres que bordaban finas telas. Esperó con paciencia mientras la pareja comía en una sencilla casa de té, donde pidieron dim siun al vapor y fragante té verde. Se decía que, si era necesario, aguardaría eternamente hasta tomar venganza.

Tomaron el pequeño tranvía hasta lo alto del Pico, para contemplar toda Hong Kong y sus islas, y vieron la llegada de la niebla, igual que en San Francisco. Y rieron, con la sensación de estar casi de cabeza, mientras el tranvía los llevaba hacia abajo por la empinada cuesta.

Edward echó un vistazo al pobre coolie que esperaba al pie de la vía y le arrojó una moneda, en tanto llamaba a un rickshaw para que los llevara de regreso al hotel; en el momento en que partían se volvió a mirarlo, sorprendido; habría jurado que esa cara no era china.

Era la última noche que pasarían juntos; cenaron temprano, en el comedor del Hotel Hong Kong, contemplando el puerto y sus luces parpadeantes.

Francie sabía que era el final. La obra había terminado y los actores debían regresar a la realidad.

Cayó la oscuridad; el puerto, afuera, relumbraba con mil puntos luminosos. Ellos guardaban silencio, cada uno con sus pensamientos. Por fin ella no pudo soportar más y dijo que debía irse.

Él le tomó la mano por encima de la mesa, estudiando con melancolía ese anillo de bodas.

—¿Por qué no dejas que reemplace esto, Francie? Te acompañaré a San Francisco...

Ella sacudió rápidamente la cabeza, asustada al pensar que él pudiera ir a San Francisco. Era preciso postergar las cosas. Encogió los hermosos hombros y dijo con serenidad.

—Esto puede haber sido un romance de a bordo, a fin de cuentas. En pocas semanas te olvidarás de mí. Yo seré solo la mujer a la que conociste en el *S. S. Orient*, entre San Francisco y el mar de la China.

—No es un romance de a bordo —dijo él, con vehemencia—. Bien sabes lo que siento por ti.

Caminaron en silencio hasta el vestíbulo, donde él le besó largamente la mano; luego Francie subió por la curvada escalera de mármol, con la mano en la barandilla, volviéndose a medias para mirarlo. Él la seguía con la vista. Sus miradas se encontraron por un instante final, antes de que ella continuara subiendo hasta su cuarto.

Edward esperó a que desapareciera de la vista. Por fin, encorvando desconsoladamente los hombros, hundió las manos en los bolsillos y salió a la calle Pedder. Un movimiento entre las sombras, frente al hotel le llamó la atención. Llegó a ver a un coolie harapiento que lo miraba con fijeza, pero el hombre volvió a fundirse con las sombras y desapareció. Era extraño, pero habría podido jurar que se trataba

del mismo coolie del tranvía. Hizo un gesto de indiferencia y le volvió la espalda, demasiado absorto en sus propias emociones como para pensar en eso. Sin embargo, en el fondo de su mente perduraba el vago recuerdo de que no había visto facciones chinas, sino occidentales.

A la mañana siguiente, al romper el alba, Francie subió a la lancha del hotel, que la llevaría al *S. S. Aphodite* anclado en las aguas profundas de la bahía. El muelle Pedder y la Praya eran una masa pululante de coolies; ella no habría podido distinguir al que la observaba con tanta atención mientras la embarcación partía rápidamente hacia el barco. Pero Sammy la vio y sus ojos se llenaron de desesperación; la mujer volvía a San Francisco. Si él quería vengarse, tendría que seguirla hasta allá.

Giró de pronto y se abrió paso por las calles hasta las dársenas, donde antes trabajaba cargando cajones en los botes que los llevaban hasta los cargueros de la bahía. Para un pobre coolie como él resultaba imposible incorporarse a la tripulación de un legítimo barco de carga, pero se embarcaría en uno de esos malolientes juncos mercantes, cualquiera que fuese el puerto al que se dirigía. Desde allí daría media vuelta al mundo, puerto a puerto, barco por barco, hasta llegar a San Francisco y a Francesca Harrison.

Capítulo 29

Harry volvió a la mansión de Nob Hill, que Louisa no había llegado a conocer, pues se negaba a separarse de sus caballos. Estaba harto de ver interminables praderas inglesas bajo una lámina de lluvia. Esperaba no ver otro caballo en su vida, salvo en la pista de carreras, y juró no mirar jamás a las mujeres vestidas con pantalones de montar. Quería volver a sentir las calles de la ciudad bajo sus pies y dedicarse a placeres más urbanos.

Decidió dar vuelta la hoja. Volvería al trabajo. Al día siguiente se levantó a las siete y media, bañado y vestido; desayunó excepcionalmente bien para fortalecerse y, a las nueve en punto, entró en el nuevo edificio Harrison, de la calle Market.

El portero con uniforme color vino corrió a abrirle la portezuela del Rolls Royce quitándose la gorra de visera.

—Buenos días, señor Harrison. Me alegro de volver a verlo.

Harry lo saludó fríamente con la cabeza. Rara vez había pisado su propio edificio de oficinas, pero ese día iba a hacer sentir su presencia. La planta baja, que tenía la altura de dos pisos, estaba ocupada por la casa central del Banco Harrison, Mercantil y de Ahorros, aunque había doce sucursales más diseminadas por toda California. Tenía ventanas con vidrieras y suelos de granito rosado. Los gruesos mostradores de caoba lustrada estaban divididos por rejas de hierro sobredorado, que separaban a los clientes de los empleados; reinaba una callada atmósfera de grandes transacciones y números de muchas cifras.

Para Harry era un placer entrar en su banco y ver los respetuosos respingos de los empleados. Le gustaba ver cómo giraban la cabeza para mirarlo y oír los susurros admirados: «Ha vuelto el joven señor Harrison». Le gustó que el pomposo gerente, de pelo gris y con aires de dios, se levantara de un salto al verlo entrar en su oficina, sin haber llamado a la puerta. Le gustó que los hombres sentados ante las máquinas del segundo piso, los que monitorizaban los ascensos y caídas de Wall Street y de los mercados extranjeros, abandonaran bruscamente las sillas, aplastando los cigarrillos, a la nerviosa espera de sus órdenes. Piso tras piso, le gustó que todos, desde el último de los oficinistas hasta los gerentes que manejaban sus empresas, se acobardaran a una mirada suya y estuvieran pendientes de su más mínima palabra.

Y cuando llegó al último piso, donde estaban las oficinas de los directores, la sala de dirección y su despacho personal, le gustó su oficina grande y su sólido escritorio de dos frentes, la silla giratoria de piel y los muros cubiertos de vitrinas, con libros encuadernados de aspecto importante, y el panorama que se veía desde sus altas ventanas del piso decimoquinto. Pero al sentarse en el sillón para contemplar la vista, lo que más le gustó fue la sensación de poder.

En su oficina exterior no había ninguna secretaría vigilante, porque nadie lo

esperaba. Sin embargo, la noticia circuló por el edificio como un incendio en un pasto, hasta llegar a los tres hombres que ocupaban las oficinas de los directores. Por entonces Harry aún no había llegado al segundo piso.

El primero en llamar a su puerta fue Frank Vandenplas, el administrador en quien su padre había depositado la máxima confianza. Acababa de mantener una reunión con sus dos colegas para decidir rápidamente la estrategia. Entró con la mano extendida, radiante la cara rubicunda, de patillas grises.

—Harry, hijo —exclamó, estrechándole cordialmente la mano—, no sabes cómo me alegro de verte. —Lo miraba con simpatía—. Y lo mucho que lamenté enterarme de tu divorcio. De cualquier modo —encogió los voluminosos hombros—, a tu edad es un error pequeño, fácil de dejar atrás. ¿Vienes por fin a reunirte con nosotros?

Era una pregunta, no una declaración. El hombre tomó asiento, esperando con ansiedad la respuesta de Harry. Ojalá fuera «no», porque el cachorro no causaría sino dificultades. Pero si era «si», le daría un buen baile.

—Me alegro de verte, Frank —replicó Harry, aunque no era cierto—. Y sí, creo que es hora de tomar las riendas de mi propia empresa, como quería mi padre.

Frank volvió a sonreír con toda la cara.

—No podrías darme mejor noticia, hijo. Ahora bien: ¿por dónde quieres comenzar?

Harry frunció el entrecejo.

—Ya que voy a estar al frente, será mejor que no sigas diciéndome «hijo». «Harry» es mejor.

Habría querido decir al viejo bufón que lo llamara «señor Harrison», pero era un antiguo colega de su padre; además, por el momento lo necesitaba. Pero ¡por Dios que esos viejos aprenderían a saltar cuando él lo mandara! Él se encargaría de enseñarles quién mandaba allí.

—Quiero conocer exactamente el estado financiero de cada empresa —dijo—. Necesito saber el movimiento de compra y venta anual, las ganancias y los gráficos de crecimiento. Me parece un buen punto de partida, ¿no, Frank?

El director asintió.

—Correcto, Harry. Haré que los contables reúnan los libros y estén aquí dentro de media hora. Mientras tanto te enviaré a mi propia secretaria para que te atienda, hasta que tengas tiempo de designar a alguien. Y los otros directores vendrán a saludarte. Están tan encantados como yo de tener a un Harrison otra vez al timón.

Harry frunció el entrecejo. Frank y los otros dos directores eran de la edad de su padre. Estaban en la empresa desde hacía cuarenta y cinco años. Él sabía exactamente cómo eran: anticuados, cautos, cuidadosos de cada centavo. Frank era un viejo astuto, que le sabotearía las ideas antes de que pudieran siquiera levantar vuelo. Tendría que deshacerse de ellos. Designaría él mismo a sus colaboradores: hombres que trabajaran para él y que llevaran a cabo sus instrucciones al pie de la letra. Mientras tanto quería saber con precisión cuál era el estado de las empresas Harrison.

Media hora después, el gerente de su banco llamó a la puerta, seguido por diez contables y cinco o seis empleados, que cargaban libros de contabilidad y cajas de archivo, informes y balances. Frank los había aleccionado bien:

—Explíqueme todo, detalle por detalle, hasta que le dé vueltas la cabeza y no sepa dónde está sentado.

Al cabo de cinco horas Harry ordenó una pausa.

—Bien —bramó, levantándose. Le zumbaba la cabeza de tanto oír cifras y proyecciones—. Basta de idioteces. Quiero saber los resultados finales. ¿Cuáles marchan bien y cuáles no?

—Me alegra informar que todas las empresas Harrison marchan muy bien, señor —dijo el gerente—; en especial, los ferrocarriles y el acero, aunque tenemos grandes esperanzas depositadas en las prospecciones petrolíferas que se están efectuando en los territorios del norte.

—El valor neto —inquirió Harry, impaciente—: ¿cuál es el valor neto de las empresas Harrison?

—Trescientos millones de dólares, señor.

—¿Y mi fortuna personal? —Los dedos del joven tamborileaban en el escritorio, impacientes.

—Casi ciento cincuenta millones, señor.

Él asintió.

—Bien. Pueden ustedes retirarse.

Esperó a que todos hubieran recogido sus papeles y salido de la oficina. Entonces se derrumbó en el sillón, exhausto. Maldita gente; él solo quería saber cuánto valían sus empresas; no necesitaba un informe cuenta a cuenta. Pero ¡caramba, era más rico de lo que pensaba!

Sin embargo, no le bastaba asumir el mando de la empresa fundada por el abuelo y expandida por su padre. Debía hacer algo por su cuenta propia. Algo que su padre no hubiera creado. El nuevo Harrison debía poner su propio sello a San Francisco.

Se levantó para mirar ceñudamente por la ventana; un vendedor de periódicos anunciaba en la calle una edición extra. En San Francisco, el matutino *Examiner*, de Hearst, competía con el *Chronicle* y con las ediciones posteriores del *Daily News*, el *Call* y el *Bulletin*. Harry admiraba a Hearst por su gran empresa periodística; lo impresionaba la cadena Scripps-Howard. Pensó largamente en el poder y el prestigio que otorgaba el ser un gigante del periodismo. Se preguntó cómo hacerlo. El dinero siempre se impone; podía quitar a otros periódicos sus directores y periodistas, tentándolos con sueldos enormes, robarles fotografías, instalar la maquinaria más moderna, sacar su periódico a la calle antes que los demás y brindar a los lectores lo que ellos deseaban. ¿Y qué deseaban? Un periódico sensacionalista, decidió con entusiasmo, al menor precio posible. Un tabloide de un centavo. Caray, sería el futuro Hearst. Lo llamaría *Harrison Herald* y cubriría todos los escándalos, todos los incendios, todos los asesinatos y todos los chismes sobre las estrellas del musical.

Además, les mostraría las fotos. Y haría otro tanto en Los Ángeles. Más aún: su política consistiría en instalar un *Herald* por año en cada ciudad importante. Le bastarían diez años para derrotar a Hearst en su propia especialidad. Sería «Harrison, el Rey de la prensa», y su nombre representaría poder, como el de Hearst. Tenía dinero para hacerlo; nada lo detendría.

Llamó otra vez al gerente del banco y a los contables, pero no a Frank ni a los otros directores. Ese proyecto era suyo y no les daría participación. Dio las órdenes: buscar un local apropiado, conseguir la mejor maquinaria, averiguar costos, hacer una lista con los nombres de los mejores directores y periodistas, no solo en la costa Oeste sino también en Nueva York Filadelfia, Chicago y Washington. No importaban los medios: había que averiguar las cifras de operatividad de los periódicos rivales. Tal vez le conviniera apoderarse de uno de ellos. Y algo más: quería que todo se hiciera en esa misma semana.

Sonriente, miró aquellas caras atónitas, mientras se abotonaba la chaqueta y se alisaba el pelo rubio.

—Buenas tardes, caballeros —dijo, encaminándose hacia la puerta.

Y los dejó, aún boquiabiertos, para que hicieran el trabajo duro.

Cuando llamó a Buck Wingate para explicarle sus planes, el otro lo escuchó con aire dubitativo.

—Conformémonos con que esté haciendo algo, en vez de perseguir mujeres y gastar dinero —dijo sombríamente a su padre. Pero si antes había visto a Harry derrochar fondos como si fueran agua, eso no era nada en comparación con las sumas que comenzó a dedicar al *Harrison Herald*.

Compró una pequeña imprenta en Mission, le agregó el edificio contiguo e instaló en él cinco prensas flamantes y las últimas novedades en cuanto a salas de composición y cuartos de revelado. Desocupó tres pisos del edificio Harrison para que allí funcionaran las oficinas del *Harrison Herald*, ordenando al desconcertado Frank que buscara sitio en otros pisos para los trabajadores desalojados. Instaló un ascensor privado que subía directamente a su oficina; redecoró su despacho. Contrató a un director neoyorquino y a un redactor de noche en Filadelfia; robó a los otros diarios de San Francisco periodistas, fotógrafos, linotipistas y compositores experimentados. Él mismo diseñó el logotipo del *Herald*: un fénix superpuesto a un amanecer, que aparecería en la parte superior de la primera página. Abrió sucursales en todas las ciudades importantes de California. Gastó millones y obtuvo lo que buscaba: lo mejor. Ahora solo faltaba venderlo.

El día en que se preparaba la primera edición, se sentó en su enorme oficina, en mangas de camisa, con los pies sobre el escritorio, un cigarro entre los dientes y una visera verde sobre los ojos, para leer todos los artículos a medida que surgían de la máquina de escribir. Antes de dar su aprobación examinó todas las fotografías. Mientras tanto, el verdadero director del *Herald* echaba pestes en su pequeño despacho, tratando de respetar los tiempos fijados y de poner el periódico en la

imprensa.

Esa noche Harry ofreció una tremenda fiesta en la planta de impresión. Llenó el lugar de señoritas de sociedad, estrellas de cine y *playboys*; él mismo oprimió el botón que pondría en marcha sus relucientes prensas. Volaron los corchos de champán y, muy satisfecho, vio salir de las máquinas el primer ejemplar del *Harrison Herald*.

Buck Wingate movía la cabeza. Aquello era una fiesta de sociedad, no una empresa periodística seria y competente. Ojalá Harry supiera lo que estaba haciendo. Pero sabía que de nada servía darle consejos; no los escucharía.

Al parecer, en esa ocasión se equivocaba. Harry trabajaba mucho. Hizo visitas promocionales a toda las oficinas de su diario, pronunciaba discursos en las esquinas de cada ciudad, exaltando las virtudes de su nuevo tabloide, y su cara aparecía diariamente en la primera plana del *Herald*. Las ventas iban en aumento. «Cien mil suscriptores al cabo del primer mes», anunciaban orgullosamente sus titulares. Ciento veinticinco mil en dos meses, ciento cincuenta mil... Aunque no fuera cierto, sonaba bien; además, la gente siempre cree lo que lee en los periódicos. Sin embargo, aunque los artículos y las fotos del *Herald* eran tan buenos como los demás, no eran mejores. Los habitantes de San Francisco se mantuvieron leales a los diarios de siempre y las ventas comenzaron a descender.

A Harry le gustaba pasar ya de noche por su oficina, quitarse la chaqueta y sacar artículos del escritorio del redactor principal, que entregaba a los periodistas para que escribieran, mientras el otro lo miraba con furia. Los cínicos periodistas avezados le llamaban, burlescamente, «el joven Harrison Hearst»; por San Francisco circulaban rumores de que tenía la mano larga para el personal femenino y que no soportaba contestaciones de los hombres. «Joder y despedir: eso es lo único que Harry sabe hacer», decían.

Estalló una nueva guerra de circulación. Matones a sueldo golpeaban a los vendedores de Harry; los ejemplares del *Harrison Herald* eran desgarrados y esparcidos a los vientos. Harry juró ajustar cuentas con los culpables, pero ni siquiera el jefe de policía, extrañamente, pudo averiguar quiénes eran.

Harry salió nuevamente en sus rondas publicitarias. Publicó avisos en su propio diario, informando al público que el *Herald* ya estaba en expansión y que era solo el primero de una cadena que cubriría todo el país.

Lo que le llamó la atención fue un pequeño artículo en la columna financiera de su propio diario. Decía que L. T. Francis llevaba camino de convertirse en una de las empresas más ricas de San Francisco; aunque aún era pequeña, valía la pena observarla. Profetizaba que, dada la visión de futuro de sus administradores, la compañía mercantil (que acababa de comprar el primer carguero de lo que prometía ser toda una flota) parecía firmemente destinada a convertirse en el gran éxito de San Francisco.

Harry se preguntó por qué no la había oído nombrar. Llamó a Frank para

preguntárselo, pero el anciano tampoco sabía de ella; por cierto, no formaba parte del «establishment». Aún con curiosidad, Harry llamó al periodista que había escrito el artículo y le preguntó de dónde provenía esa información.

—L. T Francis es, en realidad, una empresa china —explicó el hombre— que opera en oficinas y depósitos del puerto. Todo es un poco misterioso, pero su éxito es una realidad financiera. Se rumorea que la dirigen un chino y su socia, una occidental. Se dedican al transporte marítimo y a los bienes raíces; ella le sirve de fachada en todas las operaciones. Nadie sabe si es verdad, pero en todo caso, han tenido una buena idea para burlar los prejuicios.

—¿Una socia occidental? —repitió Harry, pensativo—. ¿Qué significa eso?

El hombre sonrió.

—Sé tanto como usted, pero se dice que ella es su «concubina».

Harry se echó a reír.

—Eso podría ser lo que nos hace falta para el *Herald*. Oiga, ¿por qué no escarba un poco y averigua lo de ese misterioso chino y su concubina? Trate de tomar algunas fotos y crearemos un escándalo bien jugoso para nuestros lectores. —Rio otra vez—. Eso acabará con la L. T. Francis Company. Acuérdesse de lo que le digo: sus ganancias descenderán a cero en cuanto asome un escándalo sexual.

Harry no volvió a pensar en el asunto por un par de semanas, hasta que el periodista volvió con más información y algunas fotos. Le pareció que el hombre lo miraba de una manera extraña, pero puso más interés en las fotos que le ofrecía.

Las miró en silencio. Pasaron varios minutos. El periodista se movía incómodo en la silla, pero Harry no levantaba la vista. Por fin dijo:

—¿Qué otra información tiene, aparte de estas fotos?

—Poca cosa, señor. El patrón es chino, pero tiene documentos norteamericanos; probablemente los consiguió después del terremoto, como todos. Aquí se le conoce con el apodo de «Mandarín», por las largas túnicas chinas que usa. No participa en los asuntos locales ni en la política de la comunidad china; tampoco tiene contacto con los tongs. Trabaja mucho y se dice que es muy inteligente. La empresa es sólida y sigue creciendo.

—¿Y la mujer?

La mirada de Harry fue de hielo. El periodista movió sus papeles, nervioso.

—Es joven; tiene un hijo de cinco años; vive en la calle Union, en la Pensión Aysgarth, igual que el Mandarín. A propósito, él también tiene participación financiera en esa pequeña pensión, y tengo entendido que pronto habrá un Hotel Aysgarth.

—¿Averiguó su nombre?

El periodista carraspeó.

—Eh... según tengo entendido, es la señora Harrison. Y el niño se llama Oliver.

La mirada de Harry era implacable.

—¿El niño es chino?

—No lo sé, señor. No lo he visto.

—¿Y sabe quién es esa mujer?

—Bueno, no, señor. Solo que es la señora Harrison.

Pero Harry vio en sus ojos que sabía perfectamente quién era esa señora Harrison. A esas horas todo su personal sabía que la loca de su hermana desaparecida era la concubina del chino.

—Puede retirarse —dijo, fríamente—. Ah, a propósito... —El hombre se volvió desde la puerta, con expresión expectante—. Al salir retire un cheque por su sueldo. Está despedido.

El periodista quedó atónito. Harry, reclinado en su sillón, observaba las fotografías de Francie.

—¡Cerdo! —exclamó el hombre—. Te mereces todo lo que te pasa.

Harry no le prestó atención, pero hizo una mueca ante el violento portazo. Luego esparció las fotos en el escritorio y las observó con atención. No había dudas. Su hermana vivía en pecado con un chino y su hijo bastardo, a pocas calles de distancia. Cuando apiló las fotos le temblaban las manos; su furia brotó como vapor de una marmita hasta reventar súbitamente. No podía tolerarlo más. Iría a verlo con sus propios ojos.

Arrojó las fotos a un cajón del escritorio y lo cerró con llave. Luego llamó a la sala de revelado y ordenó destruir inmediatamente los negativos. Encerrado en su ascensor privado, maldijo la lentitud con que descendía a la planta baja. El portero lo saludó, pero Harry, sin siquiera mirarlo, cruzó la calle a grandes pasos, en dirección a Union Square.

El atardecer era oscuro y ventoso; las luces ya estaban encendidas. En la salita privada de Francie ardía el fuego; Ollie, tendido en la alfombra y abrazado a los perros, escuchaba con atención todo lo que Francie le contaba de Hong Kong. Aunque había pasado más de un año desde su regreso, aún no se cansaba de sus relatos.

—La próxima vez iré contigo —le dijo, autoritario—. Me lo prometiste. Además, quiero verlo personalmente.

—Y lo verás, por supuesto. Pero es hora de bañarse. Vamos. Por casualidad, me he enterado de que Annie hizo galletitas de chocolate, tus favoritas.

Él le sonrió con picardía, abrazándola con fuerza. Ya tenía casi seis años y era alto para su edad; su flacura desgarbada disimulaba el apetito que le despertaba la repostería de Annie. Sus ojos grises eran tan directos y cándidos como los de su padre; había en ese niño algo jubiloso que conquistaba a cuantos lo conocían. Pero Francie se obligó a recordar que no era un parangón de virtudes, sino un muchachito común, que detestaba bañarse y trataba de zafarse de sus tareas. Con frecuencia volvía de la escuela con las rodillas despellejadas y los puños magullados;

malgastaba los centavos de su asignación semanal comprando canicas, golosinas y soldaditos de plomo. Y no era solo el sol de su madre, sino también de todos los que vivían en la pensión.

Mientras preparaba el baño, la mente de Francie volvió a Hong Kong y a la carta de Edward Stratton, que llevaba bien guardada en el bolsillo. Habían pasado exactamente un año y tres meses desde que se conocieran. Él la bombardeaba con cartas, telegramas y hasta llamadas telefónicas internacionales, pero Francie se negaba tercamente a recibirlo. Ahora Edward se negaba a aceptar más negativas. Había tomado un barco a Nueva York y en pocas semanas estaría allí, en San Francisco. «Insisto en visitarte, Francesca, —escribía—. Aunque te niegues, te pondré cerco. ¿Por qué eres tan terca? Sabes tan bien como yo que lo nuestro no fue un romance de a bordo. Quiero pedirte otra vez que te cases conmigo. Y esta vez no aceptaré negativas ni excusas».

—Parece muy enérgico —había comentado Annie, al leer la carta—. Se diría que el hombre sabe lo que quiere y está decidido a obtenerlo. —Luego agregó, echando una mirada astuta hacia Francie—: Y en tu lugar, querida, no dejaría pasar la oportunidad. Tú y Ollie llevaríais una vida estupenda. ¿Y por qué no puedes casarte con él? No has hecho nada malo. Además, él no tiene por qué enterarse de lo que pasó. Si yo digo que te casaste con mi hermano, ¿quién puede desmentirlo? El acta de casamiento desapareció en el terremoto, como todas las demás. —Annie movió tristemente la cabeza—. No seas tonta, Francesca Harrison. Dile que sí.

Francie pensaba en Edward con nostalgia. Se moría por volver a ver su rostro querido, oír su voz, tocarle la mano. Nada quería tanto como casarse con él, pero no podía engañarlo.

—Lo recibiré —decidió al fin—, pero voy a decirle la verdad. Que él decida. No se puede basar un matrimonio en un montón de mentiras.

Annie suspiró, exasperada.

—Eres tonta —dijo, directamente—. Cásate primero y díselo después. Cuando estéis casados no querrá perderte.

Cuando Ollie ya estaba bañado y en pijama sonó la campanilla de la puerta. Annie fue a atender. En el umbral había un hombre que dijo, arrogante.

—Quiero ver a Francesca Harrison.

Annie lo miró, intrigada; conocía esa cara, pero no lograba saber de dónde.

—Dese prisa, mujer —bramó él.

Ella comprendió súbitamente.

—Aquí no hay ninguna Francesca Harrison —replicó con firmeza, empujando la puerta para cerrarla.

Él se apresuró a poner el pie y la abrió otra vez.

—Bueno, la señora Harrison, si así es como se hace llamar —contraatacó, pasando al vestíbulo. Se volvió para mirarla—. Dígale que ha venido su hermano Harry.

Annie encogió los hombros, alegrándose de haberse quitado el delantal y de tener puesto su bonito vestido de lana castaña. Claro que Harry Harrison no lo miraría siquiera, pero al menos no parecía una criada; eso le dio un poco de la seguridad que tanto necesitaba.

—Voy a ver si está en casa —dijo con voz firme, aunque le temblaban las rodillas—. Tenga la amabilidad de esperar aquí, en el vestíbulo.

Mientras ella subía la escalera, Harry la siguió con la vista. Era menuda, redondeada y atractiva; en otras circunstancias podría haberle interesado, pero su mente estaba ocupada con asuntos más urgentes. Su ira volvió a hervir al pensar en su hermana, que vivía en esa misma casa, exhibiéndose con su hijo bastardo y sus ilícitas relaciones con un chino, bajo las narices mismas de su hermano. Toda San Francisco debía de estar enterada, salvo él.

Annie entró en la salita de Francie y cerró la puerta tras de sí para apoyarse contra ella, con las rodillas aún temblorosas. Francie levantó la vista, sorprendida.

—Es Harry —dijo la inglesa, sin rodeos—. Está abajo. Sabe que vives aquí.

Los ojos de Francie se oscurecieron de espanto. Luego miró a su alrededor, enloquecida, en busca de una vía de escape.

—No puedes —dijo Annie, leyéndole los pensamientos—. Tienes que hablar con él. Tienes que enfrentarte a él de una vez por todas. —La asió por los hombros—. No puede hacerte nada, Francie. Nada. ¿Recuerdas lo que te dijo Lai Tsin? «Ya eres una mujer independiente. No eres pupila de tu hermano. Tienes veinticinco años. Eres tú misma, Francie. Enfrentalo. Así podrás, por fin, seguir adelante con tu vida».

Aquellos ojos pardos, redondos, estaban suplicantes. Francie parecía aterrorizada.

—No puedo —dijo.

Ollie, asustado, corrió a ella. La madre lo rodeó con sus brazos para estrecharlo.

—Claro que puedes —insistió Annie—. Y debes. Acuérdate de Lai Tsin. Acuérdate de todo lo que te dijo. Y piensa en Ollie. Piensa lo que significará, para él, verse libre de los fantasmas de los Harrison.

—¿Qué fantasmas, mami? —exclamó Ollie, asustado.

Francie miró a su hijo y comprendió que era preciso enfrentarse a su pasado, por el bien del niño.

—Nada —dijo, tranquilizadora—. Es una conversación de gente grande; no tiene nada que ver contigo. Baja a la cocina por la escalera de atrás; tómate un vaso de leche y una galletita de chocolate. Yo tengo que atender a una persona.

Annie abrió la puerta y Ollie salió correteando. Francie bajó la vista a su ropa; una blusa de hilo blanco, con volantes, y una falda de lana gris. Su amiga la tranquilizó:

—Estás muy bien. No hace falta ponerse guapa para ese hombre. Reserva eso para Edward Stratton.

—Hazlo pasar a tu oficina, Annie —decidió Francie—. Bajaré en un minuto.

Se alisó el pelo, tratando de que las manos dejaran de temblar, pero sus antiguos

temores volvían en tropel. Recordaba la soledad y el dolor, las palizas, las ventanas enrejadas, el odio de su padre y la indiferencia de Harry. Luego se dijo que era una tonta; Annie tenía razón. Lai Tsin tenía razón. Era una mujer independiente; al diablo con Harry. Él no podía hacerle nada. Aun así estaba asustada cuando bajó la escalera para ir a la oficina. Annie la esperaba junto a la puerta. La miró en silencio, dándole aliento con los ojos.

Harry estaba de pie junto al escritorio, tal como ella lo había visto en la gran fiesta: alto, apuesto y arrogante. No hacía falta ser un genio para comprender que ardía de cólera contenida. La miró con desprecio y ella levantó el mentón para igualar su arrogancia.

—¿A qué has venido, Harry? —preguntó con voz serena.

Annie, que tenía la oreja apretada a la puerta, cruzó los dedos e hizo un gesto de aliento.

—¡Y me lo preguntas! —replicó él, acercándose un paso—. Por fin has hecho sentir tu presencia en San Francisco. ¿Qué pasó con la gran comedia de tu muerte, hermanita?

Francie hizo un gesto de dolor, pues ese era el apelativo que le daba Lai Tsin.

—Sería mejor olvidar que somos hermanos. En todos estos años hemos logrado evitarnos. No tengo ningún deseo de volver a verte.

—Tampoco yo a ti. —De pronto la asió por los hombros, mirándola con furia a los ojos—. ¿Cómo te atreves a decirme, tan fresca, que no quieres verme? ¡A mí, a Harry Harrison! ¡Cuándo no has hecho sino denigrar el apellido! Primero huyes con un camarero; ahora eres la concubina de un chino cualquiera... y con un hijo bastardo, según me han dicho. ¿Qué derecho tienes a usar el apellido Harrison? ¡Eso es lo que quiero saber!

—Debo recordarte que la ley me autoriza a usarlo. Es mi apellido. —Los dedos de su hermano se le clavaron en los hombros. La miraba con aire amenazador—. También debo recordarte, Harry, que no se pueden cometer impunemente actos de violencia, ni siquiera siendo un Harrison. Si me levantas la mano, llamaré a la policía.

Él la soltó abruptamente y retrocedió un paso. Francie habría querido frotarse los hombros magullados, pero no quiso darle el gusto de saber que le había hecho daño. En cambio lo miró con calma, tratando de ignorar su acelerado corazón.

—Hay algo que jamás te perdonaré —dijo Harry, por fin—. Mataste a papá, tanto como si le hubieras disparado a la cabeza con una pistola. Salió para buscarte a ti, a ti y a tu amante. Habría debido estar en su casa, durmiendo en su propia cama, pero iba a la carrera por la avenida, siguiendo a una ramera y a su macho. Ahora le has dado un nieto ilegítimo. ¡Por Dios, debe de estar revolviéndose en la tumba!

—Ojalá. Si hay alguien que merece estar en el infierno, ese es él.

—Supongo que el niño es del chino —dijo Harry, furioso. Como ella no respondió, la ira volvió a explotar—. ¿Es del chino o no? —interpeló, volviendo a asirla por los brazos.

—Piensa lo que quieras —replicó ella, con calma.

Él la soltó, mirándola con ojos nublados.

—Cuando papá murió juré que te vería muerta, aunque fuera lo último que hiciera. —Caminó hasta la puerta y allí se volvió a mirarla—. Esto no ha terminado —le advirtió—. Nada de eso. Lo que dije iba en serio, Francesca.

Annie se apartó de un salto. El hombre salió a grandes pasos y cruzó el vestíbulo para salir. Ella corrió a abrazar a Francie.

—Estuviste maravillosa —exclamó—. Tan fuerte, tan valiente. Además, tenías razón.

Francie se dejó caer en una silla, temblando. Tenía ganas de llorar, pero años atrás había decidido acabar con las lágrimas. Ya eran demasiadas.

—Al menos, esto ha terminado —le dijo su amiga, alentadora.

Ella levantó los ojos llenos de lágrimas sin derramar.

—Oh, no creo, Annie. No, no creo que esto haya terminado. Al contrario: acaba de comenzar.

Lai Tsin escuchó gravemente el relato de Francie y comprendió que ella tenía razón. Aquello no había terminado.

—No acabará jamás —dijo—. Pero ¿vas a dejar que eso oscurezca toda tu vida? ¿Vas a esperar sentada lo que Harry decida hacer? ¿O quieres dejar tus problemas a un lado y seguir viviendo, como todos nosotros? Permíteme recordarte, Francie, que solo cuando somos jóvenes pensamos que la vida es larga. Al envejecer nos arrepentimos de los momentos que malgastamos por descuido, en vez de disfrutarlos. Esos momentos suman minutos, horas... y finalmente, años. Tienes mucho que esperar de la vida, Francie. He tratado de enseñarte lo que sé, por poco que sea, para ayudarte a cobrar fuerzas. Ha llegado la ocasión de que uses esos conocimientos. Eres dueña de tu vida. Eres dueña de ti misma. Usa la vida para ser feliz.

Pocas semanas después, cuando Edward telefoneó desde Nueva York, Francie pensó en las palabras de Lai Tsin. La comunicación era defectuosa y él parecía estar a millones de kilómetros, pero era su voz, sin duda.

—Ahora mismo tomo el tren a Chicago —dijo—. Mañana estaré en el Super Chief y, dentro de un par de días, contigo.

—Un par de días —exclamó ella.

—El martes a las ocho de la noche, para ser exacto —precisó él, riendo—. Y me gustaría que fuera antes. ¿Tienes idea de lo mucho que te he extrañado, Francie?

Ella se ruborizó, acercándose al aparato como si se acercara a él.

—¿De veras? —susurró.

—¿Sabes lo que me has hecho sufrir en todos estos meses, al no permitir que te visitara? Bueno, ahora no tienes alternativa. Me hospedo en el Fairmont. Estaré en el Aysgarth a las ocho en punto. ¿Me prometes estar allí?

—Te estaré esperando —prometió ella.

—¿Sabes lo que voy a pedirte? —Ella asintió con la cabeza, como si Edward pudiera verla—. Por favor, di que sí, Francie. El tren está a punto de partir. Debo irme. Hasta el martes, querida.

Francie volvió a colgar el teléfono en la pared, aturdida de felicidad. Harry había desaparecido de su mente como si nunca hubiera existido. Edward venía a proponerle matrimonio y ella aceptaría. Era «querida» para Edward Stratton. Tenía por delante toda una vida con él y no pensaba malgastar un solo instante.

Edward ocupó sus habitaciones en el hotel Fairmont, reconstruido con mucha elegancia; luego cruzó la calle California hacia el Pacific Union Club, para reunirse con un conocido por asuntos de negocios. El club, instalado en la antigua mansión de James Flood, era el establecimiento más exclusivo de San Francisco. Esa noche estaba atestado.

Concluida su entrevista, Edward lanzó una mirada impaciente al reloj; aún faltaba una hora y media para ver a Francie. Pensó ir de inmediato a la pensión Aysgarth para darle una sorpresa, pero se dijo, sonriente, que eso no era justo. La experiencia le indicaba que las mujeres detestaban ese tipo de sorpresas; sin duda estaba poniéndose hermosa para él. Convenía reprimir la impaciencia en aras de la caballerosidad. Pero apenas soportaba la espera.

Se hundió en un gran sillón de piel, pidió un *whisky* al camarero que pasaba y encendió un pequeño cigarro. Con la vista perdida en el espacio, imaginó los placeres que tenía ante sí. Había esperado mucho tiempo. ¿Qué importaban una o dos horas más? Pero esta vez no permitiría que Francie lo rechazara. Desde que la conocía no había podido quitársela de la mente; era la mujer perfecta: hermosa, delicada y apasionada; todo lo que un hombre podía desear de su esposa.

El hombre sentado frente a él agitó las páginas de su diario y lo arrojó a la mesa, con un ademán de disgusto. Mientras vaciaba su copa clavó una mirada fulminante en la publicación.

—Espero que no haya malas noticias —comentó Edward, con una vaga sonrisa.

—¿Malas noticias? —Harry se encogió de hombros—. Yo publico ese condenado tabloide, que me está haciendo perder dinero a raudales. No me pregunte por qué. Dios sabe que, con el tiempo y el dinero que le dedico, habría podido poner a flote diez o doce empresas. —Miró a su interlocutor con expresión malhumorada. No lo conocía—. ¿Usted es nuevo aquí?

—En realidad, estoy de visita. Me llamo Stratton. Edward Stratton.

—Harry Harrison. —Le alargó la mano y el otro se la estrechó con firmeza—. ¿Me permite invitarlo a otra copa? —ofreció, llamando al camarero. Pero Edward denegó con la cabeza—. *Whisky* y agua mineral —ordenó.

Recorrió con una mirada inquieta el salón sombrío, recubierto de madera oscura,

para ver quién estaba allí. Tenía los nervios de punta. Comenzaba a aburrirse del diario, de San Francisco y de ver las mismas caras. Comenzaba a pensar que sus conocidos lo miraban de un modo extraño. Sospechaba que murmuraban a su espalda, haciendo circular rumores sobre su maldita hermana y ese chino bastardo. Tenía que alejarse por un tiempo; necesitaba las luces intensas, el bullicio y los placeres urbanos de Manhattan para volver a centrarse.

—¿Vive usted en Nueva York? —preguntó al forastero. Edward se echó a reír.

—Vivo en Londres o en Escocia, pero vengo de Nueva York. Fui por cuestiones de negocios.

—Y por negocios también ha venido a San Francisco, supongo. —Harry solo trataba de mostrarse cortés. Bebió un gran trago de su *whisky*, prestando muy poca atención a la respuesta del hombre.

—En realidad, no. He venido a casarme. Siempre que ella me acepte, claro. Ya me ha rechazado tantas veces que no puedo estar seguro.

Harry soltó una carcajada.

—Pues tiene suerte, hombre. La que yo quería aceptó y acabó costándome una fortuna. Y era inglesa —miró a Edward con interés—. La dama con quien va a casarse ¿es de San Francisco?

Edward le dedicó una sonrisa radiante.

—Es curioso, pero tiene el mismo apellido que usted. Quizá la conozca. ¿Francesca Harrison?

Harry lo miró en silencio. Luego dejó cuidadosamente la copa vacía y sonrió, con la sonrisa satisfecha del gato de Alicia.

—No es curioso en absoluto, Stratton. Casualmente, la mujer en cuestión es mi hermana. —Edward puso cara de sorpresa, mientras el otro continuaba—: Sería mejor que usted me dijera lo que sabe de ella. Después me permitirá que le cuente la verdad.

—¿La verdad?

Harry levantó una mano en ademán de advertencia.

—Créame, Stratton: hay cosas de Francesca que usted no debe de sospechar, siquiera. Permítame que le proporcione algunos datos.

Edward guardó silencio mientras Harry hablaba. Al principio pensó que se había encontrado con un loco, pero al verlo tan apuesto, bien vestido y próspero, comprendió que no era así. Lo que Harrison decía parecía posible; sin embargo, le costaba creer que estuviera hablando de Francesca.

Ante la mirada aturdida del inglés, Harry concluyó, triunfante.

—Esa es la verdad, Stratton. Pregunte a cualquier miembro de este club qué sabe de mi hermana; verá que le confirma lo que he dicho. Cuando niña, mi padre la mantenía encerrada porque ya en aquel entonces hacía locuras. Era indomable, pero él no soportaba la idea de internarla en un manicomio. Y ella le ha pagado exhibiéndose con su amante... y con ese hijo bastardo. —Se inclinó hacia Edward

para mirarlo a los ojos—. Créame, hombre, esa mujer no le conviene. Será su ruina y la de su familia, Stratton. Acuérdesse de lo que le digo.

A la mente de Edward se presentaron los inocentes ojos azules de Francesca. Se preguntó, desolado, si podían ocultar las perversiones que acababa de escuchar. Pensó en sus indefensos hijos. Era un hombre conservador, que jamás arriesgaría el bienestar de su familia para satisfacer sus propios deseos. Desencantado, apartó la silla para levantarse y miró a Harry con tristeza.

—Gracias por su información, señor.

Luego le volvió la espalda para marchar hacia la puerta.

Harry lo siguió con la vista, aún sonriendo como el gato de Alicia, mientras saboreaba el primer dulzor de la venganza. Tenía ante sí a un hombre destrozado.

Francie estaba segura de estar como nunca. No era solo por el estupendo vestido de terciopelo azul medianoche, ni por la rosa que adornaba su clara cabellera, sino también por la felicidad interior que iluminaba su rostro. Parecía burbujear de entusiasmo contenido. Nerviosa, inspeccionó una y otra vez la elegante mesa para dos, puesta en su salita; volvió a alisar el mantel adamascado, enderezó los cubiertos y acomodó las rosas de té en el florero de cristal. El fuego crepitaba en el hogar y las velas ya estaban encendidas en sus altos candelabros de plata; su suave fulgor acentuaba el color de sus ojos, hasta hacerlos semejantes al azul del terciopelo.

Todo marchaba según los planes previstos. Ollie estaba en la cama; Annie había salido y Lai Tsin continuaba en su oficina. Eran las ocho menos cinco. Edward llegaría muy pronto. Corrió a la ventana para espiar a través de las cortinas, riéndose de su propia ansiedad. Después de rechazarlo por tantos meses, era ridículo no poder esperar cinco minutos más para verlo. Se acercó al hogar, sin querer sentarse para no arrugar el vestido. Quería estar perfecta.

Por fin el reloj dio las ocho. Francie contuvo el aliento, esperando que sonara la campanilla, pues Edward era siempre muy puntual.

Pero la campanilla no sonó. Al rato se acercó nuevamente a la ventana, buscando la silueta familiar entre los transeúntes; sin duda los negocios le habían hecho retrasarse. Inspeccionó otra vez la mesa; hizo girar la botella de champán en el hielo y repasó mentalmente el menú: el caviar belga que él prefería estaba ya en el aparador, en su cuenco de hielo; en la cocina esperaba el famoso salmón escalfado de Annie, que la criada subiría cuando ella lo ordenara; seguiría la creme brûlée, con el café.

Francie suspiró. Quería que todo fuera perfecto porque él era un hombre perfecto.

Echó un vistazo al reloj. Las ocho y cuarto. Fue a mirar por la ventana y volvió a la mesa, desconcertada. Edward nunca llegaba tarde, al menos sin telefonar. Pero siempre había imprevistos; tal vez no tenía un teléfono disponible. Se dijo que no debía preocuparse; la comida no se echaría a perder; no había prisa. Mientras

esperaba, se paseó frente a la estufa encendida.

Hacia las nueve su expresión jubilosa se había convertido en preocupación; no hacía sino mirar por la ventana, afligida. A las diez se dejó caer en el sillón, junto al fuego casi apagado, rezando por que sonara la campanilla. A las once oyó pasos afuera y se levantó de un salto, pero cuando se abrió la puerta de la calle reconoció los pasos ligeros de Annie, que se dirigía discretamente a su habitación. Pensó en telefonar al hotel, pero el orgullo se lo impedía. Si se hubiera tratado de un simple retraso, a esas horas Edward ya habría podido hacerle llegar un mensaje.

Entonces dejó de contar los minutos y las horas. De nada servía. Edward no vendría. Con la cabeza entre las manos, se preguntó desesperadamente por qué. Repitió mil veces la pregunta. ¿Acaso no la había llamado apenas unos días antes, para decirle que pensaba casarse con ella contra viento y marea? Volvió a pasearse por la habitación, con los ojos secos. Apartó las cortinas para contemplar la interminable noche, sin comprender. Y cuando el alba se abrió paso por entre la perlada niebla, se dejó caer en el sillón, exhausta, segura de que, por segunda vez en la vida, había perdido al hombre que amaba.

Así la encontró Annie a las siete, cuando entró para verificar que hubieran limpiado la mesa. Vio a Francie acurrucada en el sillón y apreció de un vistazo la elegante mesa intacta y las velas consumidas.

—No vino —adivinó secamente.

Los ojos de Francie estaban tan apagados como las cenizas del hogar.

—Es culpa mía, Annie —dijo, fatigada—. Hice mal en permitirle que viniera. Hice mal en permitir que pensara en el matrimonio. Yo sabía que estaba mal. No se puede construir la felicidad sobre cimientos de mentiras. —Se encogió de hombros—. No sé qué pasó, pero estoy segura de que no volveré a verlo.

Se levantó para arrastrar los pies hasta la puerta. Su costoso vestido de noche parecía demasiado vistoso a la luz de la mañana y tenía los hombros caídos.

—¿Por qué no le llamas por teléfono para averiguar qué pasó? —sugirió Annie—. Debe de haber alguna explicación.

—Jamás lo sabremos.

Pero esa mañana llegaron dos notas. Una traía el membrete del hotel Fairmont y decía: «Francesca: he tenido por delante una larga noche para pensar las cosas y debo llegar a la conclusión de que, al fin y al cabo, tú tenías razón. Es mejor que no volvamos a vernos. Perdóname, por favor». La firma era, simplemente: «E».

La segunda nota traía el membrete del *Harrison Herald*. Informaba, secamente, que Harry había considerado justo poner a su pretendiente al tanto de su historia personal y que haría todo lo posible para impedir ese casamiento. Estaba firmada por H. Harrison.

Esa tarde, Harry y Lord Stratton viajaron a Nueva York en el mismo coche del

tren Pacific Pullman. Se saludaron con la cabeza y Harry sonrió, pero Stratton no le dirigió la palabra y no volvieron a verse por el resto del viaje.

Capítulo 30

1912-1917.

Cuando Harry viajaba a Nueva York, se hospedaba siempre en el hotel Astor, en la esquina de Broadway con la calle 44. Le gustaban el lugar, el lujo y las vinculaciones aristocráticas; junto con Sherry, Rector y Delmonico, el jardín azotea del Astor era su sitio favorito para encontrarse con una mujer. Allí había arroyuelos y fuentes chispeantes, burbujeantes cascadas y grutas de helechos, floridos cenadores y una glorieta cubierta de hierba. Mientras estaba solo allí, bebiendo un *whisky*, vio a aquella pelirroja. Su compañero se había sentado de espaldas a Harry. Cuando sus ojos se encontraron, ella bajó la vista, sonriendo a medias, y volvió a mirarlo a través de las pestañas. Harry levantó su copa en un brindis.

Luego llamó al camarero para preguntarle quién era esa pelirroja.

—Es la baronesa Magda Muntzi —fue la respuesta.

Harry le envió una nota y la observó ansiosamente mientras la leía. Ella le sonrió con discreción, para que su compañero no se diera cuenta, pero el gesto parecía prometedor. Averiguó dónde vivía y, al día siguiente, le envió flores con otra nota, invitándola a cenar. Ella accedió. Cuando por fin se encontraron, Harry quedó instantáneamente deslumbrado.

Magda era húngara. Llamaba mucho la atención por sus rizos de cobre, sus centelleantes ojos verdes y su temperamento inestable. Era varios años mayor que Harry, pero su silueta era del tipo que él prefería: llena de curvas, en vez de esa tontería de líneas rectas que se había puesto tan a la moda. Sus pechos parecían de alabastro y sus caderas se balanceaban al caminar; tenía piernas largas y ahusadas y un saludable apetito sexual. También contaba con un pequeño apartamento, que le había sido legado por su difunto esposo (al menos, eso decía ella), y compraba costosas pieles y joyas como otras personas compran hortalizas: todos los días.

Harry se olvidó de Francie y de Edward Stratton. Se enamoró de Magda hasta el punto de que pagó sin cuestionamientos el precio que ella exigía; financiaba de buena gana sus expediciones a Lucille, Mainbocher, Cartier y Tiffany. Compró una casa de treinta habitaciones en Sutton Place y le dio libertad absoluta para redecorarla; luego le pidió que se casara con él. Como ella aceptó, se olvidó de su diario y de los negocios que tenía en San Francisco. Se casó con Magda y, durante dos años, desempeñó el papel de amoroso acompañante de la coqueta señora, en acontecimientos sociales y en los clubes nocturnos de toda Manhattan.

Una mañana, dos años después, despertó lleno de orgullo viril y le hizo el amor. Ella lo dejó terminar, inmóvil como una piedra, y luego le dijo con frialdad:

—Estoy aburrida, Harry. Quiero el divorcio.

Él la miró fijamente y vio en sus ojos la indiferencia; entonces captó la enormidad de lo que ella había dicho. Se vio aún sudoroso, con el fulgor de su clímax triunfal. Y a Magda, tendida como una efigie de mármol, con los labios levemente curvados en un gesto de desprecio. Y la golpeó. Con fuerza.

Magda no lloró. Se llevó una mano a la boca ensangrentada y al ojo amoratado, diciendo sin alterarse:

—Esto te saldrá caro, Harry.

Así fue. Comprar su silencio y salvar su reputación le llevó otros dos años y casi la mitad de su fortuna. La mujer obtuvo el divorcio y, después de la guerra, se instaló en Montecarlo, a vivir del dinero de Harry con un falso conde ruso, solo uno en su larga lista de amantes, mientras menguaba la fortuna de Harrison.

Sus tres años con Magda, como amante y como esposo, le habían salido muy caros. Solo la casa de Sutton Place costó casi diez millones, una vez que ella terminó con los decoradores de lujo, las antigüedades francesas y las obras maestras de la pintura. Pese a su precio, parecía la residencia de una prostituta de lujo. Harry pensó, disgustado, que casi no era otra cosa.

Al retornar por fin a San Francisco, con la cara abotargada de los bebedores y la expresión hastiada de quien lo ha visto todo, como si tuviera treinta y ocho años y no solo veintiocho, le esperaba una sorpresa. El chófer conducía el de Courmont color vino por la calle California; a una manzana de su mansión, Harry se volvió a mirar una casa nueva, que ocupaba la parcela durante tanto tiempo desocupada.

—Eso ha aparecido de la noche a la mañana —comentó, perezosamente—. ¿Sabes de quién es?

El chófer no quiso recordarle que había estado ausente casi cinco años. Se limitó a agitar la cabeza, respondiendo:

—No sabría decirle, señor.

Mentía. No quería ser él quien dijera al señor Harrison que era su conocida hermana quien la había construido, casi frente a él, y vivía allí con su propio hijo, un guapo niño rubio, además de un joven chino y el millonario al que llamaban Mandarín. En realidad, nadie los visitaba; parecían vivir en un espléndido aislamiento; y como todos los criados eran chinos, no había chismorreos. De cualquier modo, la mujer era muy elegante y, cuando pasaba, nunca dejaba de sonreír con simpatía.

Abrió la portezuela a Harry con una gran sonrisa, mientras el mayordomo bajaba la escalinata para recibirlo. Toda la ciudad estaba hablando de esa casa, del Mandarín y de su concubina. «El señor Harry se pondrá furioso cuando se entere», pensó.

La salita de Francie estaba en la planta baja y tenía altas ventanas que daban a la calle California. Su pequeñez la hacía íntima, pero en ella había espacio suficiente para sus libros, su escritorio y los cómodos sillones de brocado ambarino; sin

embargo, aún daba esa vaga sensación de vacío de los ambientes nuevos. La casa era deliberadamente discreta, carente de ostentación. Estaba construida con piedra caliza color crema, al estilo georgiano: fachada sencilla y puerta de madera negra de cuatro paneles, con un bonito tragaluz de vidrio; solo había mármol en los peldaños de entrada y en la encimera de la cocina, cubierta de azulejos blancos. Los suelos eran de anchas tablas de olmo, obra de un maestro artesano, y el barniz les había dado un matiz tostado pálido. Solo la biblioteca estaba revestida de madera, pues allí resultaba adecuada. Una magnífica escalera parecía alzarse sin apoyo hasta la galería semicircular del segundo piso; había altas ventanas que llenaban toda la casa de luz. El arquitecto inglés había dicho a Francie que estaba basada en una casa del Mayfair londinense; su elegante simplicidad era, por cierto, muy distinta de la ornamentada grandiosidad donde pasara su infancia y de la monstruosa réplica de Harry, al otro lado de la calle.

Francie no había llorado ni se había hundido en la autocompasión ante el abandono de Edward Stratton. Aceptaba que él tenía derecho a cambiar de idea en cuanto al matrimonio. Ella le habría dicho la verdad, de haberse presentado la ocasión, pero Harry le había ganado la partida. Harry había decidido su destino; la tristeza se convirtió en enojo y en férrea decisión.

Mientras crecía su casa, también crecía su confianza. La L. T. Francis Company se transformó en Lai Tsin Corporation; la flota de barcos que iban y venían por el mundo sumaba ya diecisiete navíos, que transportaban mercancías para empresarios y fabricantes hasta Liverpool y Los Ángeles, Bombay y Singapur, Estambul y Hamburgo; su nombre figuraba en las cartas de navegación que publicaban todos los periódicos del mundo.

Lai Tsin tenía la misteriosa habilidad de estar en el sitio correcto cuando más convenía. Aunque no tenía amigos entre los comerciantes de San Francisco ni los taipáns de Hong Kong, ya no se le trataba con el desprecio que se mostraba a un coolie. Nunca se ponía ropas occidentales; las largas batas bordadas le otorgaban una serena dignidad que inspiraba un renuente respeto en aquellos con quienes hacía sus negocios. Además, habría sido difícil achacarle una mala transacción o un acto de injusticia.

Desde su ventana, Francie vio pasar el de Courmont color vino y divisó la cara de su hermano, que observaba con curiosidad. No hubo sonrisa de satisfacción. Habían pasado cinco años desde la fatídica noche en que Harry le arruinara la vida, pero ahora descubría, con sorpresa, que él solo le inspiraba indiferencia. Vio que el chófer le abría la portezuela y que el mayordomo bajaba apresuradamente la escalinata, acompañado de un criado para que cargara con el equipaje. Harry nunca daba un paso sin diez o doce sirvientes a sus órdenes. Francie se preguntó, despectiva, si sería capaz de poner pasta dentífrica en el cepillo de dientes o de afeitarse sin ayuda. Por lo demás, con esos ojos abotargados.

Y el peso excesivo que había acumulado, parecía diez años mayor.

Se apartó de la ventana con un encogimiento de hombros, preguntándose qué diría al descubrir que eran vecinos. En verdad, no le importaba. Harry ya no podía hacer nada contra ella. Aunque su fortuna no pudiera todavía igualarse a la de él, si se podía creer en los rumores, la riqueza de Harry iba en disminución, mientras que la de ella iba en aumento. En las columnas de chismes se decía que Harry se había visto obligado a vender sus acciones de los ferrocarriles para deshacerse de su segunda esposa. Y todo el mundo sabía que su periódico perdía dinero cada vez que se lo imprimía.

Y como había despedido a los colegas de su padre que formaban el consejo directivo, se rumoreaba que las empresas Harrison tenían dificultades aún mayores.

Un grito en el vestíbulo hizo que Francie relegara al fondo de su mente a Harry y su menguante fortuna: Ollie cruzó la puerta con la exuberancia que solía desplegar al salir de la escuela.

—¿Puedo ir al depósito con Philip, mamá? —preguntó, ansioso.

Francie suspiró.

—¿Y los deberes?

—Oh, mami, los haré más tarde. —Le sonrió conquistadoramente. Como siempre, ella se acordó del padre—. Lo prometo —añadió el niño, dándole un abrazo.

Ya tenía trece años y los abrazos se estaban convirtiendo en una rareza. Ella enarcó una ceja, preguntando:

—¿A qué debo este honor, señorito Oliver?

Él se encogió de hombros.

—Oh, no sé. Pareces sentirte un poco sola. Hasta luego, mamá.

Philip Chen esperaba en el vestíbulo.

—Lo traeré de vuelta a las seis, Hermana Mayor —dijo, con una pequeña reverencia formal.

Ella los acompañó hasta la puerta principal y los vio marcharse a grandes pasos calle abajo. Ollie era alto para su edad, larguirucho como un potrillo; el pelo rubio le caía desaliñadamente sobre los ojos, tan grises como los de Josh; tenía la sonrisa de su padre (y con ella acababa de convencerla para que le permitiera postergar sus deberes) y también su inocente alegría de vivir. Ollie se alejaba casi corriendo, con el cuerpo lleno de prisas y de entusiasmo; en cambio, el paso de Philip Chen era sosegado y decidido.

Philip tenía dieciocho años; era un chino americano de costumbres occidentales. Llevaba el pelo corto y vestía al estilo occidental, incluso en las festividades chinas. Y el Mandarín comprendía que era mejor así. Lai Tsin había querido que retuviera su herencia cultural; por eso Philip había pasado la mayor parte de su vida con una familia china y estudiado en la escuela de su comunidad; pero todas las tardes un preceptor le daba clases sobre la historia de América y Europa y le explicaba la cultura occidental. A los dieciséis años dejó la escuela para trabajar junto a Lai Tsin, a quien llamaba respetuosamente Honorable Padre, a fin de aprender todos los aspectos

de la empresa. Con frecuencia lo acompañaba en sus viajes a Oriente; el Mandarín lo trataba como a un hijo propio; entre ambos existía un gran vínculo de amor y confianza.

Mientras giraban colina abajo para tomar el tranvía de la calle Market, Ollie echó un vistazo al serio rostro de Philip. Philip Chen era su ídolo: menudo y grave, de piel pálida y denso pelo negro. Sus ojos oblicuos tenían un tono castaño claro poco habitual y expresión enigmática. Llamaba a Ollie «Hermanito»; era callado y misterioso. Ollie nunca sabía lo que estaba pensando, pero suponía que era algo importante, porque Philip nunca distraía la mente en cosas tales como puntuaciones de baloncesto, cupones de cigarrillos o los caballos del rancho. Parecía estar pensando siempre en cosas más elevadas y excitantes, como el valor de la moneda de Hong Kong en comparación con el dólar y el tonelaje bruto del último barco adquirido para la flota de Lai Tsin. Era uno de los motivos por los que Ollie quería acompañar a Philip a la oficina, pues deseaba aprender todo lo referido a la empresa. Quería viajar a Hong Kong con Philip y el Mandarín, ver cómo se cargaba la mercancía, navegar por el mar de la China y visitar todos los puertos interesantes del mundo.

El otro motivo era que Philip era su único amigo. Como el dinero siempre se impone, Ollie asistía a la escuela para varones más elegante de San Francisco, pero en realidad no formaba parte de ella. Los otros niños eran buena gente, sí; conversaba y jugaba al fútbol con ellos sin problemas, pero nunca lo invitaban a sus casas. Eso le dolía un poco, claro, pero él sabía que su familia era diferente; aunque estaba orgulloso de ella, a veces resultaba duro. Y se sentía solo. Trataba filosóficamente de quitarle importancia, recordando que al año siguiente su madre lo enviaría a una escuela preparatoria de la costa Este, pero dolía lo mismo. Y cuando Philip Chen se instaló finalmente con ellos, por primera vez en su corta vida Ollie tuvo un amigo.

Desde el océano llegaba una leve neblina; cuando se acercaron a los muelles, Ollie la olfateó con ansiedad, tal como el marinero que prueba el viento.

—¿Sabes una cosa, Philip? —dijo, mientras abrían la desvencijada puerta de madera—. Algún día voy a ser capitán de mi propio barco. Será el buque enseña de nuestra flota y lo llamaremos «Mandarín».

Philip asintió.

—Si eso es lo que deseas, Hermanito. Por mi parte, me quedaré en Hong Kong para llenar tus barcos de mercancía.

—Cuando yo era pequeño —agregó Ollie— quería ser pirata, pero el Mandarín dijo que no era una profesión honorable —sonrió—. Supongo que es cierto, pero me parecía divertido.

El pequeño cobertizo que Lai Tsin había comprado años atrás, en el puerto, se había convertido en un extenso complejo de oficinas y depósitos, pero aún no era sino un grupo de construcciones de madera con techos de hojalata, sin pretensiones; nadie habría sospechado que constituía la casa central de una empresa multimillonaria, que

competía con éxito por las rutas comerciales del mundo.

Lai Tsin estaba en su oficina, como siempre. Vestía su habitual bata de seda azul oscuro, larga y sencilla. El cuarto, amueblado con simplicidad, era un modelo de pulcritud. En el escritorio de teca tenía su viejo ábaco de madera y un equipo chino de tintero y pinceles, pero también plumas y tintero occidentales. Frente a él había una ordenada pila de papeles y un gran libro de contabilidad rojo. Cuando los muchachos llamaron él levantó la vista, pidiéndoles que pasaran.

Philip le hizo una reverencia y Ollie lo imitó. No recordaba que el Mandarín lo hubiera abrazado nunca, ni siquiera cuando era pequeño. Todo era siempre al estilo chino, con ritos formales y reverencias, pero los ojos del Mandarín se iluminaron al verlo, como si estuviera complacido.

—Bienvenido, Ollie —dijo en chino—. Espero que, para darme el placer de venir, no hayas dejado tus deberes sin hacer.

Ollie sonrió. Apartándose de los ojos el pelo rubio, respondió en el mismo idioma:

—No, señor. Prometí a mamá que los haría más tarde.

El Mandarín asintió.

—Puesto que estás aquí, te daré una pequeña tarea.

Y le entregó el ábaco, indicándole que revisara las columnas de la última página del libro de contabilidad. Ollie sonrió, bien dispuesto; las columnas estaban escritas en chino y él sabía que el propósito del Mandarín era poner a prueba su dominio de la escritura. Aprendía chino desde los seis años; hablaba el mandarín y el cantones con casi tanta desenvoltura como el inglés, pero aún tenía dificultades con los caracteres escritos. Tomó el libro y siguió a Philip a su pequeña oficina anexa, para iniciar la tarea.

Media hora después, un barco hizo sonar la sirena en la bahía cubierta de niebla y él levantó la vista hacia la ventana.

Lo sobresaltó ver allí una cara que espiaba hacia adentro. Dejó caer el lápiz y corrió a mirar, pero allí no había nadie.

—¿Qué pasa? —preguntó Philip, siguiendo la dirección de su mirada.

—Oh, nada —dijo Ollie, intranquilo, mientras se dejaba caer nuevamente en la silla—. Me pareció ver a alguien ante la ventana, pero creo que me equivoqué.

Philip volvió a su trabajo sin hacer comentarios. Ollie completó la tarea y llevó de nuevo el libro al Mandarín, quien deslizó un ojo experto por las columnas de cifras y señaló un pequeño error, el único.

—Tu dominio del chino mejora, Ollie —dijo, con una sonrisa—. Pero tu madre te está esperando y debes cumplir con tu promesa.

Ollie salió de las oficinas al alto depósito; mientras caminaba por los estrechos pasillos aspiraba el aroma de los granos de café apilados en sacos de arpillera, de las hojas de té, cuya fragancia impregnaba hasta los cajones de madera en los que estaban envasados. Olfateó la pimienta fresca, la canela, el jengibre y el clavo de olor,

soñando con los lejanos países de los que provenían; hacia allá iría con su barco, algún día, como comandante de la flota Lai Tsin. El depósito era su lugar favorito, pues con los ojos cerrados podía imaginar que iba navegando por el Océano Indico o el mar de las Andamán, a sotavento de alguna isla exótica, donde florecieran el tamarindo y el loto, donde aguardaran las aventuras.

En la calle hacía frío; la niebla pegajosa y húmeda le arrebató velozmente el sueño de las islas soleadas. Apretó el paso para mantener el calor. Conocía el camino a la estación de tranvías como la palma de su mano; por eso la niebla no le preocupó, aunque ponía una extraña sordina a sus pasos. De pronto creyó oír que resonaban detrás de él. Al acordarse de la cara que había visto en la ventana, miró aprensivamente por encima del hombro, pero la calle estaba silenciosa y solo se veía la muralla de bruma gris. Echó a correr, ya nervioso, y lanzó un suspiro de alivio cuando el tranvía, bien iluminado, apareció con su traqueteo. Subió a él, sano y salvo, para volver a su casa.

Capítulo 31

Cuando Harry tomó asiento, las caras reunidas en torno de la mesa en la sala de dirección de Harrison Enterprises tenían una expresión muy seria. Él echó una mirada desdeñosa a los registros y a los informes financieros que traían; mientras tamborileaba con dedos nerviosos en la pulida superficie de caoba, ordenó a su secretaria que le trajera inmediatamente un poco de café.

—Bien, caballeros —dijo, otorgándoles el pasajero beneficio de su atención completa—, acabemos con esto.

—Hay mucho que analizar, señor Harrison —dijo el jefe de contabilidad, con expresión de reproche—. Ya que usted está en San Francisco, debemos aprovechar la oportunidad para revisar las cuentas de cada empresa y decidir qué debe hacerse. Como usted sabe, señor, algunas marchan muy mal incluido el *Herald*.

—¿Mal hasta qué punto? —inquirió Harry, apoyándose en el respaldo en la gran silla giratoria, mientras sorbía el café.

—El *Herald* ha estado dando pérdidas constantes desde su fundación, señor Harrison. En la actualidad suman treinta millones de dólares.

Harry lo miró con sobresalto.

—¿Treinta millones? ¿Cómo es posible?

—Usted ha estado ausente durante cinco años, señor. Y dejó órdenes de que continuara con personal completo y máxima producción, pasara lo que pasase. Además, por indicación suya se vendieron todas sus acciones de la Union Pacific Railroad y se aplicó el dinero al acuerdo de divorcio con la baronesa.

Harry lanzó un suspiro.

—Maldita zorra codiciosa —dijo en voz baja.

Y se sirvió un poco más de café, mientras escuchaba sin demasiado interés la narración de los desastres que afligían a Harrison Enterprises: los nuevos yacimientos petrolíferos, en los que había vertido dinero por kilos, permanecían obstinadamente secos; la producción de acero había sido diezmada por las huelgas; las plantaciones de caña azucarera, en Hawai, eran incendiadas por labradores hartos de vivir con la limosna que pagaban los Harrison y furiosos porque no se escuchaban sus exigencias. La lista se prolongó hasta que Harry levantó una mano enfadada, inquiriendo por qué no se había hecho nada para interrumpir las perforaciones petrolíferas, las huelgas y todo lo demás.

—Usted estaba informado de estos asuntos, señor —replicó con enfado el jefe de contabilidad—. Pero estuvo mucho tiempo ausente y, sin los señores Frank y Wallis... bueno, no había una administración adecuada. Si me permite el atrevimiento, señor Harrison, una empresa con tantas operaciones diferentes necesita una mano firme al timón. De lo contrario... —Se encogió gráficamente de hombros,

mostrando el fardo de informes con largas columnas en tinta roja.

Harry, callado, apartó la vista de los papeles que mostraban las pérdidas de sus empresas.

—¿Y el banco? —preguntó.

—Me alegra decir que el banco sigue siendo sólido, señor —respondió el hombre, con una rara sonrisa—. El público mantiene su fe en la estabilidad del Mercantil Harrison.

Harry asintió, aliviado.

—Bien —dijo, cruzándose de brazos—: ¿cuál es el estado actual de las cosas?

—En general, señor —respondió el contable, mirándolo por encima de sus gafas para leer—. Harrison Enterprises ha perdido ciento ochenta millones en cuatro años. Eso deja un valor neto de ciento veinte millones.

—Bueno, caramba, no está mal, ¿verdad? ¡Ya pensaba que los Harrison nos estábamos hundiendo! —Harry lanzó un suspiro de alivio y se levantó para salir.

—Como le he dicho, señor Harrison —agregó el contable, agitado—, varias de las empresas están en graves dificultades. Aunque el cuadro general aún presenta utilidades, el valor neto de Harrison Enterprises se ha reducido a menos de la mitad, tomando lo que valía a la muerte de su padre.

—¡Por Dios! ¿De veras? —Harry se detuvo cerca de la puerta, vacilando, y volvió a la mesa—. ¿Y cuál es mi patrimonio personal?

—A grandes rasgos, señor, sus inversiones han resultado buenas. Claro que con los divorcios, el yate, las casas, los automóviles y lo elevado de sus gastos generales, temo que también han descendido considerablemente.

Su mirada vaciló bajo los ojos duros de Harry.

—¿Cuánto?

Lo áspero de su voz hizo que el hombre diera un respingo.

—Sesenta millones, señor. Menos de la mitad que antes.

Harry quedó sorprendido. ¿Podía haber perdido tanto en tan pocos años? Probablemente sí, como decía el hombre: con las casas, el yate, los matrimonios y los acuerdos de divorcio, era posible. Finalmente preocupado, pensó en sus empresas en dificultades y decidió que sería mejor retomar el mando.

—Bien, caballeros —dijo, volviendo a ocupar su sillón de cuero. Hojeó las pilas de informes financieros que tenía ante sí sobre la mesa—. He aquí lo que haremos. En primer lugar, cerramos el *Herald*... a partir de mañana.

—¿Puedo sugerir que sea el viernes, señor? —preguntó el contable, nervioso—. El dinero de esta semana ya está comprometido. Y a la imagen financiera de las empresas no le haría bien cerrar de inmediato. Por los rumores, usted comprende —añadió vagamente.

Pero Harry captó el sentido.

—Que sea el viernes, pues. —Tomó el informe siguiente—. Venderemos la plantación de azúcar —decidió enérgicamente—. Esos malditos trabajadores chinos

son más molestos que útiles.

—No es buen momento para vender, señor —objetó el contable—. Si llegamos a un acuerdo razonable con la mano de obra...

—Venta —repitió Harry, fríamente. Revisó cada uno de los informes, ordenando qué empresas vender. Luego les dijo que, con el dinero obtenido, Harrison Enterprises entraría en la Bolsa para comerciar a futuro sobre metales, café, cacao y caucho—. En la producción no hay futuro —aseguró enérgicamente—. Quiero instalar una oficina en Wall Street y trasladar allí la base de nuestras operaciones.

Al salir dejó tras sí un mar de caras estupefactas. Pero Harry tenía el noventa y cinco por ciento de las acciones de Harrison Enterprises y no había nada que pudieran hacer. Su palabra era ley.

El viernes en que se publicó el último número del *Harrison Herald*, un ejemplar fue entregado personalmente a Harry, en su casa particular. Él lo abrió mientras desayunaba, devorando huevos con tocino y salchichas con su apetito de costumbre, hasta que vio el artículo principal de la primera plana. Entonces palideció y perdió el apetito.

«Lai Tsin Corporation incorpora triunfalmente el carguero más moderno del mundo», anunciaba el titular; abajo se veía una foto de Francesca con su hijo, a bordo de su última adquisición. El artículo describía los éxitos de la empresa y terminaba diciendo, en letras destacadas: «Los socios de Lai Tsin Corporation son el chino Ke Lai Tsin, ampliamente conocido con el apodo de “El Mandarín”, y la señorita Francesca Harrison, hermana de Harry Harrison, propietario del *Herald*, e hija del difunto Harmon Harrison. Es sabido que la señorita Harrison y el Mandarín hacen vida común en la encantadora mansión que han construido en lo alto de Nob Hill, apenas a una manzana del domicilio de su hermano, aunque las relaciones entre ambos están rotas desde hace muchos años. El señor Harrison no ha hecho comentarios sobre el éxito empresarial de su hermana, pero corren insistentes rumores sobre el declive financiero de sus diversas empresas, tal como lo evidencia la inminente clausura de este diario».

Harry arrojó el tabloide al suelo, con una palabrota, y se dirigió hacia el teléfono para llamar a sus oficinas del *Herald*.

—Despida a ese bastardo, quienquiera que sea —gritó al aparato.

En el otro extremo de la línea hubo una risa sofocada. Luego la voz dijo:

—Olvida usted, señor Harrison, que ya nos ha despedido a todos.

Harry se alejó del teléfono a grandes pasos, iracundo y maldiciendo. Esa fue la gota que desbordó el vaso. Debía hallar un modo de vengarse de Francesca y su maldito amante chino. Quería verlos a ambos en el infierno.

Sammy leyó el artículo reclinado contra el ruidoso mostrador de una taberna, en

la zona portuaria. Vestía una raída chaqueta de lana, pantalones y una gastada camisa azul, sin cuello, que había comprado al Ejército de Salvación en Liverpool, el año anterior, en una de las muchas escalas de su largo y fatigoso viaje a San Francisco. No había podido permitirse un gasto de seis peniques más para adquirir un viejo abrigo de desecho; ese invierno, mientras aguardaba conseguir trabajo en cualquier barco que lo acercara un poco más a California y a Francie, había temido morir de frío. Pero se negaba a ceder. No podía. Aún no.

Durante ese largo invierno en Inglaterra había pensado muchas veces en retornar a Yorkshire para ver a su madre, pero no sabía siquiera si aún vivía; de cualquier modo, estaba seguro de que la policía caería sobre él en un instante. Pero si no regresaba era, sobre todo, para que su madre no viera en qué se había convertido: en un desecho humano, el más mísero de los míseros, ni siquiera hombre.

Después de contar las monedas que llevaba en el bolsillo pidió otra copa y estudió sus pasos siguientes. No le había costado averiguar todo lo necesario sobre Francie Harrison; era la mujer más conocida de San Francisco, pues convivía abiertamente con su chino en lo alto de Nob Hill. Por añadidura, tenía un hijo; Sammy lo había visto con sus propios ojos, aunque desde lejos. Fue entonces cuando se le ocurrió un plan. Había vigilado a Francie durante semanas enteras; conocía cada uno de sus movimientos y sabía que, los jueves por la tarde, salía de la casa durante algunas horas. Ese sería el momento de atacar.

El tabernero le echó una mirada nerviosa al entregarle la bebida; aun en esa zona de gente recia, el hombre le parecía extraño, por su arrugada tez amarillenta y sus ojos de hambre. Mantenía la espalda encorvada y parecía capaz de clavarle a uno un puñal por un quítame de allí esas pajas. Echó un vistazo a Sammy, en el momento en que este giraba, y sus ojos se encontraron. El tabernero apartó inmediatamente la vista, silbando desafinadamente. Con una intuición adquirida en años de práctica, Sammy percibió que había dificultades. Vació su copa, arrojó una última mirada amenazadora al tabernero y salió de prisa.

Para la policía, recibir una llamada de un tabernero instalado en la zona portuaria era muy raro, por lo que acudió de prisa. Pero para entonces, Sammy Morris estaba ya lejos, buscando un agujero en la pared o un portal que le diera abrigo en otra fría noche.

Capítulo 32

Lai Tsin dedicaba su vida al trabajo. Viajaba con frecuencia a Hong Kong y, en cada oportunidad, remontaba el Yangtze para visitar el templo ancestral, construido por el Hermano Mayor según sus estrictas instrucciones.

Hermano Mayor engordaba con el dinero que él le hacía llegar mensualmente, pero al menos Lai Tsin tenía la satisfacción de ver a su hijo mejor vestido y a su joven esposa menos demacrada. El exquisito templo de madera sobredorada había sido construido en la colina, donde el *fung shui* era más favorable: en la curva de dos colinas adyacentes, frente al río que serpenteaba en la planicie; de ese modo recibía el mejor *ch'i* o aliento cósmico. Se lo mantenía immaculado, aunque Lai Tsin dudaba que su hermano tuviera mucho que ver con eso. Siempre se las arreglaba para deslizar un poco de dinero adicional en la mano de la pobre esposa, con lo que se ganaba su eterna gratitud.

El templo ancestral de Lilin era pequeño; tenía intrincadas tallas en aleros y cornisas y estaba pintado de bermellón intenso; brillaba como una llamarada en el distante paisaje verde grisáceo. Cuando el sol del atardecer centelleaba en los curvos tejados verdes, convertía en oro bruñido los aleros dorados; entonces los aldeanos y quienes navegaban por el río se detenían a admirar su belleza y ofrecían una plegaria por los espíritus de Lilin y sus hijos.

Cuando Lai Tsin volvió a San Francisco, llamó a su oficina a Philip Chen, que ya tenía diecinueve años, para decirle en el chino mandarín que utilizaban para conversar:

—En estos dos años te he enseñado todo lo que sabía sobre nuestra empresa. He decidido que es hora de que vayas a Hong Kong. Ya estamos listos para mostrar nuestro poder a los grandes hongos; les haremos saber que nuestra posición es firme y que ya no necesitamos las migajas de sus mesas. —Puso frente a Philip la escritura de la parcela situada en el costoso distrito central y dijo, con un leve toque de triunfo en la voz—: Ahora construiremos nuestra casa central de granito blanco, como las de ellos, con nuestro nombre en letras doradas, para exhibirlo con orgullo ante toda Hong Kong. La semana próxima te embarcarás en el vapor que lleva tu nombre, el Philip Chen, llevando contigo todas las responsabilidades y el honor de tu nuevo cargo, como jefe de compras de la empresa. —Miró a su hijo con una sonrisa afectuosa—. Serás el comprador más joven de Hong Kong. Muchos tratarán de engañarte y querrán burlarse de ti, pero sé que no me equivoco al confiar en tu destreza y tu lealtad.

La voz de Philip temblaba de entusiasmo al comprender que sería el gerente de la enorme empresa.

—Honorable Padre —dijo a Lai Tsin—, me sobrecoge el honor que haces a este

miserable hijo tuyo. Haré cuanto esté en mi mano para defender los intereses de la empresa y custodiar su rostro, contra las mañas y las envidias de los grandes hongos, y me esforzaré para que la buena suerte permanezca con nosotros. Usaré el cerebro y las manos, durante tantas horas del día y de la noche como haga falta, para merecer la honra que tan generosamente me has dado.

Lai Tsin asintió, satisfecho.

—Bien, vamos a visitar a tu Honorable Madre número dos —dijo. Así llamaban a la bondadosa china con quien Philip había vivido en los años posteriores al terremoto—. Vamos a contarle tu éxito.

Afuera los esperaba el chófer chino con un discreto automóvil negro, para llevarlos al barrio chino.

Cuando Sammy Morris vio desaparecer de la vista las rojas luces traseras, anduvo cojeando un par de calles hasta el bar más próximo e hizo una llamada telefónica a la residencia del mandarín, en Nob Hill.

El criado chino que atendió el teléfono tomó el mensaje y lo transmitió a Ollie. El mandarín pedía que el niño acudiera a su oficina cuanto antes, pues tenía algo importante que mostrarle.

Ollie apartó la vista de sus deberes, complacido. Habría debido avisar a su madre, pero ella aún estaba en casa de Annie y no había tiempo que perder. «Lo antes posible», había dicho el mandarín. Se echó el abrigo encima y corrió a la puerta.

Eran las seis de un frío atardecer de invierno. Había oscurecido temprano; ya asomaba la luna y el viento había barrido las nubes, dejando el cielo despejado y reluciente de estrellas. Ollie corrió colina abajo hasta el tranvía. Al descender caminó las últimas manzanas hasta el puerto. Se detuvo un momento para admirar los barcos mercantes que se recortaban contra el cielo, pero de inmediato continuó la marcha por la estrecha calle que conducía a las oficinas. Al llegar vio, intrigado, que el edificio estaba a oscuras; ni siquiera había luz en la ventana del mandarín. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Dio un paso atrás, preguntándose si habría llegado demasiado tarde.

Los pasos de Sammy eran tan silenciosos como los de un coolie descalzo. Ollie no lo oyó saltar desde atrás, para cubrirle la boca y la nariz con una almohadilla empapada de éter. En pocos segundos quedó inconsciente.

El nuevo hotel de Annie era pequeño, pero muy elegante; contaba con setenta habitaciones palaciegas y doce *suites* ricamente amuebladas. Tenía el cómodo y anticuado ambiente de las casas de campo inglesas, pero con los diseños más modernos, desde las duchas a la calefacción, los ascensores y las lámparas. Y la comida era exquisita, desde luego: una versión más cosmopolita de su simple comida casera, con los mejores ingredientes de cada estación, perfectamente preparados y presentados. Para Annie, dirigirlo era un juego de niños: lo que había hecho toda su

vida, solo que ampliado. Pasaba el día muy atareada, pero por la noche le gustaba vestirse con sus mejores galas y bajar la escalera para saludar personalmente a sus huéspedes; compartía con ellos algún diálogo y quizás una copa de champán; cuando todos estaban sentados para comer, les dejaba algunas recomendaciones sobre el menú que ella misma había redactado.

El Hotel Aysgarth estaba siempre ocupado en un noventa por ciento; su restaurante era uno de los más famosos y concurridos de la ciudad. A las arcas personales de Annie llegaba el dinero a raudales; en verdad, tenía buenos motivos para sentirse complacida consigo misma. Trabajaba mucho; las necesidades de sus huéspedes se anteponian a todo; su personal, escogido con cuidado, recibía una buena paga y estaba contento. Annie ya había empezado a analizar con el mandarín la inauguración de un segundo hotel en Nueva York y otro en Hong Kong.

Miró afectuosamente a Francie, por encima de la mesa de té. Pese a tener más de treinta años y haber sufrido tanto en la vida, su amiga no tenía una sola arruga. Aún llevaba el pelo largo y recogido en un moño; se había convertido en una de las mujeres más elegantes de San Francisco, pues estaba siempre inmaculada y encargaba sus ropas a París, aunque nunca había estado allí. Sus pocas alhajas eran impresionantes, como la sarta de grandes perlas de los mares del Sur y el enorme anillo de rubí, que hacía juego con su vestido de lana suave.

«Calidad», habría dicho Annie para describir a su amiga. Con eso no se refería a una interpretación pueblerina de la aristocracia, sino a algo más profundo que caracterizaba a Francie como persona. Annie sabía que sus jornadas estaban llenas de entrevistas comerciales y de los preciosos ratos que dedicaba a Ollie. Francie era una amiga leal y una madre amante; daba a otros todo cuanto era y dejaba poco para sí misma. Pero Edward Stratton había desaparecido mucho tiempo antes. Era hora de que Francie conociera a otra gente.

—¿A otros hombres, quieres decir? —replicó Francie, cuando Annie mencionó el tema—. Estás soñando, Annie. No olvides lo que soy. ¿Quién querría dejarse ver con la conocida Francie Harrison?

Annie suspiró, exasperada.

—Aún no estoy convencida de que haya sido buena idea eso de vivir con el mandarín. Solo sirve para aumentar el chismorreo.

—Bueno, así la gente tiene algo concreto de que hablar —adujo Francie, sin preocuparse—. ¿Qué detestarán más? ¿El hecho de que sea chino o de que sea hombre?

Annie agitó la cabeza y sirvió más té.

—Les has dado un arma de doble filo.

Francie se encogió de hombros.

—Bueno, debo ir a ver si Ollie ha hecho sus deberes. —Sus ojos se suavizaron de cariño al pensar en él—. Ya sabes cómo es; hace cualquier cosa por librarse de ellos. —Y se despidió de Annie con un beso—. ¿Por qué no vienes con nosotros al rancho,

este fin de semana? No, no me digas otra vez que estás muy ocupada. Este hotel te ocupa la vida entera.

—Así es como me gusta —replicó Annie, firme—. Voy a pensar lo del rancho, Francie. Este fin de semana tenemos la casa llena. Hay una reunión del Partido Republicano. Y ya sabes lo exigentes que son esos políticos.

—Bueno, no los critico por elegir el Aysgarth. Ha de ser el hotel más encantador del mundo.

Annie sonrió modestamente.

—Oh, no lo sé. Tal vez en París haya alguno más —y añadió, riendo—: Pero ni siquiera en París pueden servir una comida como la mía.

Francie volvió a su casa caminando. Detestaba usar el automóvil para distancias tan cortas y, de cualquier modo, el ejercicio le hacía bien. Cuando llegó a casa eran las siete y cuarto; el criado la recibió en el vestíbulo, con la noticia de que el señorito Ollie había sido llamado por el mandarín. Francie telefoneó a la oficina, sorprendida, pero al no obtener respuesta supuso que ya habían iniciado el regreso y subió para cambiarse.

Quince minutos después bajó la escalera, sonriendo al percibir el delicioso aroma de jengibre y pimienta que brotaba de la cocina. El cocinero chino adoraba a Ollie y le preparaba todas las noches un plato especial.

Pocos minutos después sonó el teléfono. Ella atendió desde su dormitorio.

—¿Ollie? —preguntó de inmediato.

Al otro lado de la línea, un hombre soltó una risa breve y fea, carente de humor.

—Ollie está aquí conmigo, Francie —dijo—. En el depósito.

—¿Quién habla? —preguntó ella, súbitamente asustada.

—¿No lo sabes? ¿No te acuerdas? Bueno, supongo que no. Después de todo, hace años que creíste haber terminado conmigo. Pero aquí estoy. He vuelto de la tumba, Francie, para perseguirte como Josh me persigue a mí.

Francie palideció, apretando tanto el auricular que los nudillos se le pusieron blancos.

—Sammy Morris —susurró.

—Ollie está aquí, esperándote. ¿Por qué no vienes a buscarlo? Pero esta vez no traigas a ninguno de tus matones chinos. Ni a la policía. O ya sabes lo que pasará.

La línea quedó muerta. Ella miró aturdidamente el aparato por un segundo. Luego arrojó el auricular y corrió hacia la puerta, echándose el abrigo sobre los hombros. Ollie estaba en peligro de muerte, solo en el depósito con Sammy Morris. Giró en redondo y volvió a correr, llevando en la mano la pequeña pistola que guardaba en un cajón, junto a su cama. El Mandarín se la había regalado como protección años atrás, en la época en que los tongs estaban en guerra. Ahora la usaría contra Sammy Morris.

La callejuela del depósito estaba a oscuras. Sammy había dejado al niño tendido

en el suelo para romper el vidrio de una ventana, por donde entró en la oficina. Con las cortinas corridas, buscó a tientas el teléfono y encendió la luz para llamar a Francie, tan sofocado por su amargo entusiasmo que apenas podía hablar. Pero el verdadero triunfo fue darse cuenta de lo aterrizada que estaba esa mujer. Entonces rio a carcajadas. ¿No decían que a una mujer se la conquista a través de los hijos? Bien; esta vez tenía en las manos el corazón de Francie y lo haría pedazos. Solo así le haría saber lo que sentía por Josh.

Buscó una puerta lateral y, después de retirar los cerrojos, salió a la calle para buscar al niño, maldiciendo al tropezar en la oscuridad. Se lo cargó al hombro para llevarlo a la oficina. Allí lo dejó caer rudamente en una silla y dio un paso atrás para observarlo.

La dosis de éter había sido fuerte, porque no quería tener dificultades; el muchachito seguía inconsciente, con la cabeza atrás y los ojos entreabiertos. Al mirarlo Sammy palideció. Era como ver otra vez a Josh cuando era niño. Se apretó la cabeza, angustiado, una parte de su mente le decía que ese era el hijo de Josh; la otra se negaba a aceptarlo. Se vio llevado atrás en el tiempo, hasta la calle Montgomery, donde Josh era su mejor amigo; por él habría hecho cualquier cosa, y Josh por él. Unas agudas punzadas le cruzaron el cerebro. Su sangre latía con tanta fuerza que sentía la cabeza a punto de reventar. De pronto cayó al suelo, tan inconsciente como el niño.

Lo reavivó el olor a queroseno que le escocía en la nariz, sofocándolo. Se incorporó, tosiendo. El cuarto estaba otra vez a oscuras. Alargó la mano para tocar a Josh, feliz de que aún estuviera allí. Su mejor amigo no lo había abandonado, a pesar de todo. Levantó la cabeza para husmear el aire, percibiendo el peligro. Hubo un destello de luz blanca y, súbitamente, el depósito estalló en llamaradas a su espalda. Él las contempló por un segundo, aturdido; luego se puso trabajosamente de pie. Todo el depósito ardía y las llamas saltaban hacia él, arrojando extrañas sombras sobre la cara de Josh niño. Comprendió que debía salvarlo.

Se lo cargó al hombro y salió al corredor, tambaleándose contra una muralla de calor. Un dosel de humo negro se arrastraba hacia él. Agachó la cabeza, luchando contra esa humareda que le llenaba los pulmones. Solo tenía que recorrer unos pocos metros más, unos cuantos pasos más para llegar a lugar seguro.

El peso del niño aumentaba. Le fallaban las rodillas y no podía respirar. Pero sabía que era preciso seguir; esta vez salvaría a Josh.

Entonces el negro humo le llenó los pulmones y la cabeza. Y ya no supo más.

Harry estaba a punto de partir. Su ayuda de cámara le había preparado el equipaje para un largo viaje por el extranjero y el chófer lo esperaba con el de Courmont para llevarlo a la estación. Pasaba el tiempo. El tren partiría en una hora, pero Harry continuaba paseándose por el amplio vestíbulo. Cada pocos minutos miraba su

delgadísimo reloj de bolsillo; era de oro, otro costoso regalo que se había hecho a sí mismo, pero no estaba de humor para admirarlo. Miraba con fijeza el teléfono instalado en la mesa del lado opuesto, deseando que sonara. Aún ardía de cólera por el artículo periodístico sobre Francie y él; ahora esperaba enterarse de que su primer acto de venganza estaba cumplido.

Al pensar en su plan recordó que había sido muy astuto al usar contra el mandarín a gente de su propio pueblo. Los tongs contratados ya debían de haber cumplido con lo suyo, pero tardaban en llamar. Se preguntó, nervioso, si algo habría salido mal. ¿Se atreverían a aceptar su dinero y faltar al trato pactado?

Pasó otros diez minutos paseándose. El ayuda de cámara, que esperaba junto a la puerta, le recordó que solo faltaba media hora para la partida del tren.

—¡Ya lo sé, diablos, ya lo sé! —bramó.

Y entonces sonó el teléfono. Cruzó el vestíbulo de un salto y arrebató el auricular. Al escuchar el confuso informe de quien llamaba, una sonrisa le cruzó la cara. Todavía sonriendo, colgó el auricular sin decir una palabra y caminó hacia la puerta. La venganza era muy dulce.

Desde el taxi que la llevaba hacia el puerto, Francie vio el resplandor rojizo en el cielo, a diez calles de distancia. Luego oyó el gemir de las bombas de agua y vio pasar, raudos, los destellos de los coches policiales.

—Parece que adelante hay problemas, señora —comentó el taxista.

Ella sintió la primera y fatídica punzada del miedo.

—Dese prisa, por favor, dese prisa —suplicó.

A dos calles del depósito, un policía detuvo al taxi.

Francie, sin prestar atención a sus protestas, se apeó de un salto y corrió hacia el incendio. Un segundo policía la sujetó. Ella giró, pidiéndole a gritos que la soltara.

—Allí adentro está mi hijo —gritó—. Tengo que hallarlo... Ayúdeme, oh, por favor, ayúdeme.

Y se debatió hasta desasirse, para correr hacia las oficinas. El calor venía hacia ella en grandes oleadas. Se detuvo, aturdida ante el feroz infierno. Toda la serie de construcciones estaba en llamas. El fuego brotaba por las ventanas. El metal ondulado del techo ya se estaba fundiendo.

Lai Tsin, llamado por la policía, vio a Francie desde lo alto de la calle y corrió hacia ella. La tomó por los hombros para ayudarla a alejarse. Estremecida de espanto y horror, ella lo puso al tanto de la llamada de Sammy y su temor de que Ollie estuviera en el depósito. Él agitó la cabeza, incrédulo.

Cuando Lai Tsin trató de guiarla hasta su automóvil, Francie insistió en que debía quedarse con Ollie. Por fin se sentó a su lado, silenciosa y obediente como una criatura. Al verla en ese estado de *shock*, Lai Tsin recordó la noche en que la había conocido. Ahora la llevaba a Nob Hill, a su propia casa; si lo que ella decía era cierto,

la tragedia había atacado por segunda vez.

La abrazó tiernamente por la cintura para ayudarla a subir la escalera hasta su cuarto. Luego llamó a los criados para que la acostaran y a un médico para que la hiciera dormir con una inyección.

—¿Qué voy a hacer? —exclamó ella.

Y el mandarín se sentó junto a la cama, esperando a que el sedante hiciera efecto. Los ojos de su amiga estaban enloquecidos por el horror; su cara, cenicienta. Él movió con suavidad la cabeza, sin saber qué decirle.

—Deja todo por mi cuenta, Francie —dijo dulcemente—. Yo buscaré a tu hijo.

Pero cuando los ojos de Francie se cerraron por influencia de la droga, Lai Tsin sintió el corazón lleno de miedo, por primera vez en muchos años.

El incendio era tan feroz que arrasó todo el complejo, aunque los bomberos lograron evitar que se extendiera a los edificios adyacentes. Hacia medianoche todo había terminado. Nada quedaba de los depósitos ni de sus valiosas mercancías. Más adelante, cuando las cenizas se hubieron enfriado lo suficiente, los bomberos descubrieron evidencias de que aquello había sido intencionado; de extremo a extremo, el complejo había sido rociado con tanto queroseno que las llamas lo arrasaron en pocos minutos.

Esa mañana se confirmó el hallazgo de dos cadáveres entre las ruinas; uno era un hombre; el otro, un muchacho adolescente.

Cuando Lai Tsin subió la escalera para enfrentarse a Francie, su cara estaba amargada por el dolor. A ella le bastó mirarlo a los ojos para saber la verdad; se quedó observándolo en silencio. Cuando él le tendió los brazos, Francie lo apartó de un empujón y se arrojó a la cama, gritando y agitando los brazos en un arranque de desesperación.

—Esto lo hizo Harry —exclamó con voz ahogada, bañada en lágrimas—. Yo sé que fue él. No fue Sammy Morris quien mató a Ollie, sino él. Todo fue una treta para hacerlo ir allí.

Miró lastimosamente a Lai Tsin y él se sentó a su lado. Por primera vez desde que se conocían, la rodeó con sus brazos. Ella sollozó contra su hombro, sintiéndose muy pequeña y muy frágil. Su amigo no halló palabras con que consolarla; compartía su dolor y sus propias lágrimas corrían libremente. Le había fallado. Había cometido una terrible equivocación al no permitir que sus matones acabaran con Sammy Morris, tantos años atrás. Porque si Sammy no hubiera secuestrado a Ollie, el jovencito no habría muerto.

En el tren que lo llevaba a Chicago, Harry leyó los titulares en los diarios de la mañana. Su sonrisa de satisfacción se convirtió en exclamación ahogada. No había sido su intención matar al chico. ¿Cómo diablos podía saber que estaría allí? Su información era que el mandarín ya había salido y que el depósito estaba cerrado

hasta el día siguiente.

Releyó el informe con nerviosismo. Luego se ajustó la corbata para ir al coche comedor. Por algún motivo, el desayuno no le supo muy bien, de modo que volvió a su departamento privado y ordenó una botella de *whisky* y un poco de agua mineral.

Algunas horas después llamó a su ayuda de cámara y le ordenó cancelar la semana de estancia en Nueva York. Reservarían pasajes en el primer barco que zarpara hacia Europa, hacia cualquier punto de Europa. Hasta que se apagaran las especulaciones, quería poner toda la distancia posible entre él y San Francisco.

CUARTA PARTE:

Buck.

Capítulo 33

1927.

Buck Wingate esperaba a Harry en la sucursal que su firma tenía en Wall Street. Había pasado nueve años sin verlo, a partir del momento en que él se negó a representarlo en el juicio por calumnias que planeaba, tras el desastroso incendio en el que había muerto el hijo de Francesca Harrison. Por aquel entonces los periódicos estaban llenos de rumores sobre una misteriosa llamada telefónica, que había atraído al muchachito hasta las oficinas desiertas, y la policía confirmaba que el incendio había sido intencionado. Pero eran las referencias, apenas veladas, a la animosidad de Harry contra su hermana las que apuntaban hacia él. También se había publicado el rumor de que Francesca Harrison había acusado a Harry de matar a su hijo. A salvo en su nueva mansión de Montecarlo, Harry había expresado su horror por la tragedia y, solo para que constara, demostró haber estado en viaje hacia Nueva York durante la noche del incendio, ignorante de todo hasta el momento de leer los periódicos.

El suceso llenó las publicaciones de toda la nación durante varias semanas. Hubo fotos del funeral, con la señorita Harrison y el mandarín, «su íntimo amigo y socio comercial». La cara de Francie estaba oculta tras un denso velo negro; se aferraba del chino y de su amiga Annie Aysgarth, como si temiera desmayarse.

Por entonces Buck había pensado que Harry era capaz de participar en algo así. Cuando este fue a verlo para presentar una demanda por calumnias, él le dijo francamente:

—Si llevas el asunto a tribunales, van a desenterrar hasta el más pequeño escándalo de tu vida y la de tu hermana. Y como tu pasado no es exactamente un modelo de limpieza, te aconsejo que dejes las cosas así.

—¿Mi pasado? ¿A qué te refieres? —barbotó Harry—. No tengo nada de que avergonzarme.

Buck lo miró a los ojos con firmeza y él agregó, inseguro:

—Bueno... yo no tuve nada que ver con ese incendio, absolutamente nada...

—No insistas, Harry.

—Caramba, yo creía que éramos amigos. —Harry se levantó, derribando la silla—. Pero con amigos como tú, será mejor que busque otro abogado.

—Creo que sí, Harry —replicó Buck, con frialdad—, porque te aseguro que yo no pienso hacerme cargo de eso.

Y no había vuelto a saber de él hasta la llamada telefónica de esa mañana. Harry quería verlo por ciertas cuestiones sobre la herencia de su padre.

El bufete de Wingate y Wingate era antiguo y de renombre. El abuelo de Buck, un inmigrante irlandés pobre y emprendedor, había hecho una pequeña fortuna a los

veinte años, traficando con pieles en Alaska. Más adelante, aburrido de los hielos septentrionales, se dedicó a construir ferrocarriles; después, a los cereales. Satisfechas sus altas ambiciones de riqueza, volvió a aburrirse. Como huérfano, había recibido muy poca instrucción, pero donó una biblioteca nueva a un pequeño colegio del medio Oeste y, a cambio, se le permitió inscribirse como estudiante, a la edad de treinta y dos años. Acumuló buenas calificaciones con rapidez, tal como había acumulado su dinero, y se graduó con grandes honores apenas dos años después. Entonces solicitó la inscripción en la facultad de Derecho de Harvard.

Cuando recibió su diploma de doctor en leyes, dejó atrás el mundo del comercio para dedicarse por entero a su nueva profesión. Se casó con la hija de otro especulador adinerado, con la esperanza de que ella le diera muchos hijos varones para que lo auxiliaran con su bufete. Pero solo después de tres niñas nació el varón: su hijo Jason. Jason siguió los pasos de su padre y expandió el bufete de Sacramento a San Francisco y Nueva York. Quien estaba ahora al frente de la firma era el único hijo varón de Jason, Buckland Aldrich Wingate. Pero la pasión de Buck no era la abogacía, sino la política. Había dejado casi todo el trabajo en manos de sus socios para ocupar un escaño como senador por California y participaba en varias comisiones senatoriales importantes, sobre todo en el sector comercial, en el que era experto.

Aunque Jason Wingate había muerto algunos años antes, su alta imagen de patillas grises se mantenía en el despacho que su hijo ocupaba en Nueva York, desde un retrato de tamaño natural. Al contemplarlo, Buck recordó lo mucho que su padre despreciaba a Harry Harrison... y con buenos motivos. De cualquier modo, los Wingate siempre se habían ocupado de los asuntos legales de la familia Harrison y él debía cumplir con su deber.

Harry llegó tarde, como de costumbre. Cuando por fin entró en su oficina, Buck notó que estaba más grueso, pero aún apuesto, con la cara bronceada por el sol, un traje inglés de corte impecable y una conservadora corbata de seda francesa. Estaba bien afeitado y llevaba el pelo bien alisado hacia atrás, aunque la línea de nacimiento iba retrocediendo. Vestía con la pulcritud de quien tiene un excelente ayuda de cámara. Hasta las suelas de los zapatos brillaban por la capa de betún que se les aplicaba todas las noches. Buck sonrió cínicamente, pues conocía al verdadero Harry que acechaba tras esa fachada de caballero inglés.

—Buenos días, Buck —saludó Harry, alargándole la mano con una sonrisa simpática, como si se hubieran visto apenas el día anterior sin que nada ocurriera—. Lamento haberme perdido tu matrimonio, pero por entonces estaba en Montecarlo. O en Londres, no sé —se encogió de hombros—. Ya no recuerdo. Bueno, ¿cómo está tu esposa?

—Maryanne está bien, gracias, Harry.

El visitante dirigió la vista hacia la fotografía enmarcada en plata que estaba sobre el escritorio. Enarcó las cejas.

—Me dijeron que era una belleza, Buck, pero te has lucido. Dinero, hermosura... y una familia de la aristocracia antigua. Una combinación inmejorable, en mi opinión.

—¿Sí, Harry? —replicó Buck, secamente—. Y tú ¿qué perspectivas matrimoniales tienes?

Estaba bien enterado de las aventuras de Harry con estrellas de la revista y actrices de cine. Era de esperar que no cayera en otra costosa alianza equivocada, porque ya no podía permitirse el gasto que eso supondría.

—Oh, al diablo con todas las mujeres —replicó Harry, amargado—. He venido porque necesito tu ayuda. Me encuentro en un pequeño aprieto financiero y necesito reunir dinero en efectivo. Claro que es solo algo pasajero —se apresuró a agregar—. Ya sabes cómo se ha comportado la Bolsa últimamente. Me ha ido mal con una compra de cacao a futuro y pensé que era hora de recurrir al resto del fondo en fideicomiso —sonrió con aire seductor—. Se podría decir que estoy en una emergencia, Buck. Ya me entiendes.

—Por lo que recuerdo, la segunda mitad de ese fondo solo quedará disponible cuando cumplas los cuarenta años. Y te faltan algunos.

Harry lanzó un teatral suspiro. Encendió un cigarrillo y se apoyó perezosamente en el respaldo de la silla.

—¿Vamos a permitir que cuatro años se interpongan entre ese dinero y yo? Mi padre querría que pudiera usarlo si lo necesitara. Y lo necesito, Buck. Ahora mismo.

—No puedes tocar ese fondo antes de cumplir los cuarenta años. Así lo quiso tu padre. Temo que no puedo hacer absolutamente nada.

Harry volvió a suspirar, contemplando la brasa ardiente de su cigarrillo egipcio, hecho a mano.

—Sospechaba que ibas a decirme eso y he estado pensando en lo que puedo hacer —miró a Buck, sonriendo—. Puedo pedir un préstamo contra ese fondo, ¿no?

—A tasas de interés desorbitantes.

Harry dio una calada a su cigarrillo y exhaló un perfecto anillo de humo.

—Estoy seguro de que el Mercantil Harrison me ofrecerá, con mucho gusto, un préstamo de algunos millones a una tasa muy favorable.

Buck se inclinó hacia adelante, con las manos cruzadas en el escritorio.

—Mira, Harry: los bancos tienen sus propias reglas, como bien sabes. Como eres el dueño de ese banco, no estoy muy seguro de que esa operación sea legal. Te aconsejo que te andes con cuidado.

Harry se echó a reír, aunque eso no lo divertía.

—Bueno, muchísimas gracias, compañero. Eso es lo único que me han aconsejado los abogados de mi familia en todos estos años. De cualquier modo, no vamos a permitir que estas cosas se interpongan en nuestra amistad, ¿cierto? Nos conocemos desde la infancia, Buck. ¿Te acuerdas de aquel viaje a París, hace tantos años? Dios, qué divertido fue aquello. Esos burdeles de lujo, con francesas tan sensuales... Yo nunca lo he olvidado. ¿Y tú?

—Yo tampoco me olvido de «tus» aventuras en París.

Harry se levantó para retirarse, riendo.

—¿Qué es eso de que puedes ser candidato por los republicanos? —preguntó desde la puerta, como por casualidad—. Me parece una idea estupenda. Con Maryanne Brattle a tu lado, no puedes fracasar. Choate, Princeton, Harvard, la esposa perfecta y el perfecto hombre de familia. Yo seré el primero en felicitarte. —Sonreía otra vez—. Lamento que hoy no hayamos podido hacer negocio. Quizás en otra oportunidad, ¿eh, Buck? Oye, ¿por qué no me invitas a un fin de semana, un día de estos? Me encantaría conocer a Maryanne y a los niños.

Agitó alegremente la mano y salió, dejando la puerta entornada. Buck suspiró. Harry Harrison no cambiaría jamás.

Maryanne Wingate usaba la casa de Washington solo para las reuniones sociales con políticos. Era en Nueva York donde prefería vivir. Allí estaban sus amigos y la escuela de sus hijos; allí se retiraba cuando el «provincianismo» de Washington le irritaba los nervios, es decir: cuatro días a la semana.

El apartamento que los Wingate tenían en la elegante Park Avenue ocupaba tres pisos, pero Maryanne había hecho derribar parte de uno para crear un gran vestíbulo, con una escalera que descendía en dos curvas perfectas, desde una galería central. Los muros estaban recubiertos de piedra caliza francesa y decorados con retratos de antepasados y grandes apliques de plata; le gustaba mantener siempre el fuego encendido en la chimenea de piedra, que medía seis metros, desde el primer día fresco del otoño hasta la primera tibieza de primavera. Sus educados spaniels solían estar tendidos frente a las llamas. Risueña, Maryanne decía a los visitantes que en el fondo era una simple muchacha campesina; si el precio de ayudar a Buck en su carrera consistía en vivir en la ciudad, por lo menos quería que su apartamento se pareciera a la bienamada casa de su infancia. Lo que lamentaba era no poder traer también sus caballos.

Cuando Buck entró, los tres perros levantaron el hocico al aire, meneando perezosamente la cola, pero no corrieron a saludarlo, como lo hacían con Maryanne; eran solo de ella y lo sabían.

Maryanne se negaba a tener mayordomo, diciendo que era «demasiado solemne o demasiado de nuevos ricos». Una criada de uniforme recibió el abrigo de Buck y le dijo que la señora volvería pronto.

Detrás del gran vestíbulo había una regia sala y una biblioteca, con su colección de libros raros y mapas antiguos; más allá, la cocina. El primer piso contenía el dormitorio de Buck y el de Maryanne, cada uno con su cuarto de baño y su vestidor, el estudio del marido y la salita personal de la esposa.

Buck subió por la escalera de la izquierda, de dos en dos peldaños, y siguió ágilmente un tramo más, hasta las habitaciones de los niños. Grace Juliet Margaret

Brattle Wingate, de seis años, también conocida por el apodo de Miffy, levantó la vista con una sonrisa descontenta.

—Oh, hola, papá.

En su voz había un tono gruñón que Buck conocía muy bien; sonrió con ironía.

—Hola, Miffy. ¿Así saludas a tu pobre padre? —Se le acercó con los brazos extendidos y ella, con una sonrisa renuente, caminó hasta el abrazo.

—Qué exuberante eres, papá —le regañó, copiando las palabras de su madre.

Buck rio.

—Y tú, qué parecida a tu madre. ¿Bien? ¿Qué le pasa a mi niña?

Miffy lo miró con desconfianza. ¡Qué bonita era! Tenía el pelo lacio y rubio oscuro, como la madre, que sujetaba a un costado con una hebilla de oro; había heredado también la boca de Maryanne, bastante ancha, y sus ojos color avellana, de pestañas oscuras; era alta para su edad, con largas piernas de potrillo; si deseaba algo podía activar su encanto en un minuto. Al parecer, en ese momento no quería, porque su voz tomó un característico tono lastimero. Se quejó de que la madre quería hacerla vestir bien para que bajara esa noche a saludar a los invitados.

—Y no quiero —dijo, rebelde—. Son unos aburridos de porquería.

—Me alegra ver qué buen lenguaje aprendes en la carísima escuela de la señorita Beale —observó Buck, sarcástico.

—No quiero —repitió ella, obstinada.

El padre frunció el entrecejo. Sabía que Maryanne quería exhibir a su bonita hija; también le habría gustado hacerlo con Jamie, pero Jameson Alexander Buckland Wingate, el varón de cinco años, había sucumbido a las paperas y estaba exiliado en la casa de campo de Nueva Jersey, con su niñera. Esa noche recibirían a varios políticos y empresarios influyentes; se esperaba que, después de cenar, declararan su lealtad a Buck y al Partido Republicano, en la amplia y sobria biblioteca.

Buck había trabajado mucho para el partido en las últimas elecciones presidenciales; Maryanne, más aún; organizaba costosas recepciones, como corresponde a la perfecta esposa de un político, atenta a su posición pública. No había mácula en el carácter de Maryanne; la vida de todos los Brattle era un libro abierto. En todas las generaciones tenían algún miembro en el Senado, y ahora aplicaban todo su poder a la carrera de Buck. A los cuarenta años, él se encontraba en situación de pasar de senador a candidato presidencial.

Decidió rápidamente que a su consentida hija no le haría ningún mal arreglarse y mostrarse gentil con los invitados.

—¿Qué me darás si lo hago? —inquirió Miffy, mollina.

—¿Qué te daré? Te daré la luna, las estrellas...

—En realidad, preferiría un velero nuevo.

Él suspiró.

—Tu alma no sabe de romanticismos —dijo al salir, pensando otra vez que era

igual a su madre.

Al bajar hacia el vestíbulo echó un vistazo al cuarto de Maryanne. Desde el nacimiento del primer vástago dormían en cuartos separados, pues ella lo prefería así.

—De cualquier modo, podemos visitarnos, ¿verdad? —había dicho, con su sonrisa zalamera, la misma que usaba su hija cuando deseaba algo.

Las lámparas estaban encendidas y la doncella de Maryanne recogía las ropas que ella había arrojado al suelo, camino del baño. Desde el cuarto de baño, recubierto de rosado mármol italiano, surgía un vaho de vapor perfumado. Él se acercó a la puerta.

—¿Puedo entrar?

—¿Es preciso, Buck? Ya deberías estar cambiándote para la cena. Dentro de cuarenta minutos estarán aquí.

Buck entró. Ella estaba tendida en la amplia bañera, llena de agua perfumada. Maryanne no se permitía vulgaridades tales como un baño de espuma, por muy costosas que fueran las sales; usaba aceites aromáticos que le preparaban especialmente los expertos perfumistas franceses de Grasse; habían ideado para ella una mezcla inocua y sutil de lilas y rosas silvestres, que constituía su fragancia característica.

—¿Qué pasa, Buck? —preguntó ella, fastidiada—. Estoy atrasada y hay mucho que hacer. —Salió de la bañera, alargando un brazo que chorreaba—. Dame la toalla, ¿quieres?

Él se la pasó en silencio. Maryanne, desnuda, había sido la mayor desilusión de su vida. Era una de esas mujeres que son deslumbrantes cuando están vestidas, pero era muy fibrosa y de pechos pequeños. En sociedad se mostraba siempre encantadora, vestía muy bien y nunca se la oía levantar la voz. Para con sus hijos era buena madre, aunque algo distante. Ocasionalmente, Buck aún le hacía el amor, pero no estaba enamorado de ella en absoluto. Al principio sí, claro; la admiraba por su hermosura y por esa fuerte personalidad, que algunos tenían por autoritaria; le gustaba por la desenvoltura con que montaba a caballo y por su modo de entrar a cualquier salón como si fuera la propietaria. Maryanne tenía a sus espaldas varias generaciones de crianza aristocrática. Y eso se notaba.

La vio secarse las piernas largas y suaves, pensando que lo de ellos había sido solo una sociedad de admiración mutua, aunque él la hubiera confundido con amor. En siete años de matrimonio, ninguno de los dos había tenido aventurillas casuales, como tantas parejas que conocían; ambos canalizaban sus energías hacia la política. Maryanne no quería relaciones sexuales con desconocidos, ni siquiera con su esposo; ella deseaba verlo progresar en su carrera y, a ser posible, entrar en la Casa Blanca.

—Será mejor que te vistas —le dijo, deslizándose dentro de una bata de seda blanca—. Para esta noche me pareció que era mejor una comida sencilla. Ya sabes cómo son estos políticos; no quieren más que chuletas y chuletas. Los ganaderos se hacen ricos gracias a ellos. Y me decidí por el Chateau Ley oville Las Cases; ellos conocen los buenos claretes. El Oporto de 1870 ya está reposando y... Oh, por Dios,

mira la hora que es. Buck, por qué no vas a bañarte.

—Hoy vi a Harry Harrison —dijo él.

Maryanne levantó rápidamente la vista.

—¿Problemas?

—No ha habido otra cosa desde que murió su padre... y probablemente antes también. Quería echar mano de su fondo en fideicomiso. Tuve que decirle que no.

—Hiciste bien —aprobó ella, enérgica—. Por lo que se cuenta de él, lo gastaría todo en mujeres bastante despreciables.

Buck dejó escapar un suspiro y se fue, dejándola frente al espejo; se probaba un collar de diamantes, preguntándose si no sería mejor ponerse el de perlas. Mientras volvía a cruzar el vestíbulo, se preguntó si todo aquello valía la pena.

A las siete y media estaba listo y esperando. En el hogar ardía un buen fuego y los perros dormitaban pintorescamente al lado. Maryanne estaba majestuosa con su vestido de seda roja, de mangas largas y escote en forma de corazón para destacar los magníficos diamantes de los Brattle.

—Me pareció mejor recordarles con quién tratan —susurró, mientras ajustaba la corbata negra de su marido—. Caramba, qué bonita pareja hacemos —agregó con una sonrisa satisfecha.

Los invitados a cenar eran doce hombres influyentes con sus esposas. Los últimos en llegar fueron el líder de la Cámara de Representantes y su señora.

—Traigo saludos de la Casa Blanca —dijo él, besando a Maryanne en la mejilla—. Dice el presidente Coolidge que su abuelo conocía al de usted.

—Es cierto —concordó ella—. Creo que fueron compañeros de escuela.

Se encargó de que a los hombres se les sirviera el *whisky* que prefirieran, aunque no le parecía adecuado como aperitivo. A las señoras se les ofreció champán. Luego hizo su entrada la pequeña Miffy, que hizo una tímida reverencia al ser presentada. Con su infalibilidad de costumbre, eligió a uno de los que más dinero aportaban al partido y trepó a sus rodillas, mirándolo con la sonrisa encantadora de su madre. Por un momento Buck se preguntó si Maryanne la habría aleccionado, pero luego se dijo que pensarlo era una maldad.

Lo que su esposa consideraba «una comida sencilla» era sopa, pescado, carne, postre de chocolate y queso; el menú había sido perfectamente elegido para los invitados, perfectamente preparado y perfectamente servido; los vinos eran de lo mejor que Francia podía ofrecer. Inmediatamente después, ella se llevó a las señoras a la sala, para charlar sobre niños, casas de campo y veleros, mientras Buck acompañaba a los hombres a la biblioteca, donde ocuparon mullidos sillones de piel frente al fuego, sorbiendo fino Oporto y analizando el futuro. Hacia las once de la noche varios de los potentados dijeron que contribuirían generosamente con el partido; a cambio, el senador Buckland Aldrich Wingate III cuidaría de sus intereses. Y cuando llegara el momento, ellos lo apoyarían como candidato a presidente. Eso ocuparía varios años más y mucho esfuerzo, pero Maryanne había obtenido lo que

deseaba. Por ahora.

Capítulo 34

Annie conducía su pequeño Packard por los frondosos caminos del valle de Sonoma, que llevaban al rancho De Soto. Con el correr de los años, Francie había ido comprando las tierras que circundaban a sus dieciséis hectáreas originales; ahora la propiedad se extendía hasta donde alcanzaba la vista y aún más allá: ciento setenta hectáreas salpicadas de umbríos robles y bosquecillos de abetos plateados. Las doradas vacas Jersey pastaban en las praderas, atendidas por peones mexicanos. A cada lado de la casa se extendían pulcros surcos de viñas, entre los cuales se intercalaban rosales que, a esa altura del año, estaban en su segunda y fragante floración. Francie plantaba los rosales para que las plagas los atacaran antes que a sus preciosas viñas; de ese modo, inspeccionándolos todas las mañanas, podía tomar medidas rápidas. Pero Annie sospechaba que, por lo mucho que amaba las flores, los habría plantado con plagas o sin ellas. También había nuevas edificaciones alrededor: cabañas para Zocco y el ama de llaves, dormitorios colectivos para los trabajadores y un pequeño lagar.

Desde la muerte de Ollie, Francie vivía en callada reclusión, pero habían sido años fructíferos. Annie apenas soportaba recordar los terribles meses posteriores a la tragedia, en que Francie parecía encogerse en la soledad como un animalillo herido que buscara un lugar tranquilo donde esperar su propia muerte. Tanto en sueños como en vela, se veía obligada a revivir interminablemente la noche del incendio. Se temió que perdiera la razón.

Se había retirado al rancho, el sitio al que siempre iba para lamer sus heridas, y no salió de allí por dos años. La atendían Zocco y su esposa, aunque ella apenas les hablaba. No salía ni recibía a nadie. Aunque también Annie estaba destrozada por la muerte de Ollie, un día no pudo soportarlo más. Viajó hasta el rancho, en una furia de desesperación, e irrumpió como una tormenta. Francie, que estaba en su mecedora junto a la cocina, con los perros de Ollie a sus pies, levantó una mirada indiferente para ver quién era.

—Toma —dijo Annie, descolgando una escopeta de las que colgaban en la pared para arrojarla a la mesa—. ¿Por qué no acabas de inmediato, en vez de hacernos pasar a todos por el tormento de verte morir poco a poco? Estoy harta, Francie Harrison. Y estoy harta de ver tu cara doliente. Amábamos a Ollie como no podremos volver a amar nunca más, pero él ya no existe. Tú eres joven, estás sana y ahora tienes dinero, probablemente más del que tú misma imaginas, más del que te importa. En San Francisco hay centenares, quizá miles de niños pobres, enfermos y necesitados. Y ellos necesitan de gente como tú. Pero si prefieres morir sin ayudarlos, hazlo ahora mismo y acaba de una vez por todas con esta angustia que sufrimos todos.

Entonces golpeó el suelo con un pie y rompió a llorar.

—Oh, Dios, qué he dicho... cómo pude ser tan cruel... No hablaba en serio, Francie, de veras. No quiero que mueras. Pero por favor, por favor, vuelve al mundo de los vivos.

Francie se levantó para acercarse a la mesa. Annie ensanchó sus ojos pardos y se llevó la mano a la boca, con una exclamación ahogada, al ver que Francie recogía la escopeta que Zocco usaba para matar a los mirlos. Petrificada de horror, vio que su amiga abría el arma para verificar el cargador. Sus ojos se encontraron. Francie cerró el arma y la apuntó hacia sí. Pasaron segundos. Luego volvió a arrojar el arma a la mesa y dijo con serenidad.

—Esto demuestra lo poco que sabes de ranchos, Annie Aysgarth; el arma está descargada.

Annie se arrojó contra ella.

—Oh, gracias a Dios, gracias a Dios —exclamaba—. No lo decía en serio, de veras, no. Es que no sabía qué hacer.

Francie contempló por la ventana el sol que tocaba el techo del establo y, enlazando el brazo de su amiga con el suyo, dijo como por casualidad:

—Acompáñame a los establos. Quiero ver cómo está el caballo de Ollie. El pobre ha estado descuidado demasiado tiempo.

La inglesa la contempló con admiración mientras acariciaba al caballo favorito de su hijo. Su acción impetuosa y desesperada había abierto la primera grieta en el hielo. Francie iniciaba el largo y lento camino de regreso a la vida.

Ese año Francie y el mandarán organizaron la Fundación Oliver Harrison, por medio de la cual ayudaban a los niños enfermos y necesitados. Era Francie quien la dirigía y quien, todas las semanas, visitaba la nueva ala que habían donado al Hospital de Niños; llevaba juguetes, juegos de salón y libros para leer a los pequeños pacientes. Pasaba horas sentada junto a los casos más desesperados y consolaba a los afligidos padres. Y era Francie quien ayudaba a relocalizar a las familias chinas más pobres o rescataba a los niños de la esclavitud en las terribles fábricas. Proporcionaba libros de texto a las escuelas y becas para que los niños inmigrantes pudieran cursar estudios secundarios. Trabajaba incesantemente durante meses enteros, aunque ponía cuidado de mantenerse lejos de las candilejas. Su nombre rara vez aparecía en los periódicos. Y cuando por fin la abrumaba el agotamiento, volvía siempre a su querido rancho.

El viñedo era su nueva pasión. Annie sonrió mientras conducía el coche junto a las hectáreas de limpios surcos. Las viñas de Francie eran el colmo de la perfección y, si bien la producción era apenas de tres mil botellas, el suave vino tinto era bueno.

—Bueno, pero no lo suficiente —le dijo Francie más tarde, mientras caminaban

juntas por el viñedo. Se detuvo a recoger un puñado de rica tierra oscura—. Mira esto —apuntó, indignada—. ¿Acaso la de Francia es mejor? Tenemos el mismo sol, la misma lluvia, las mismas pendientes protegidas. ¿Por qué no puedo producir un borgoña tan bueno como el de ellos?

En sus ojos azules centelleaba el antiguo fuego; Annie rio.

—Pregúntalo a los franceses, no a mí.

—Tal vez lo haga. Un día de estos.

Annie sabía que su amiga estaba bromeando, porque ya no viajaba. Por eso dijo:

—Antes de aventurarte tan lejos, ¿por qué no vienes a mi fiesta, la semana próxima? —Y mientras Francie perdía la mirada en el horizonte, se apresuró a agregar—: Es hora de que hagas algo por tu propio placer... y por el mío, para variar. Está muy bien que hagas obras de caridad, Francie Harrison, pero también debes salir un poco más y tratar con la gente.

Francie la miraba, pensativa. Annie siempre estaba ocupada; tenía docenas de amigos y centenares de conocidos; era la abeja reina del pequeño mundo hotelero y todos querían conocerla. Con una súbita punzada de soledad, sintió envidia de ella y se apresuró a responder, antes de arrepentirse:

—Está bien. Iré.

Annie quedó tan atónita que Francie se echó a reír. Pero más tarde, mientras preparaba sus maletas para el viaje, sintió algo más fuerte que una pequeña aprensión. Vivía tan recluida como una monja. San Francisco ya no era la pequeña ciudad de su juventud, sino una urbe pujante; a veces, cuando volvía a su casa desde el hotel, después de haber cenado con Annie, contemplaba con envidia las ruidosas multitudes que pululaban por las aceras, ante las cafeterías y los teatros; se sentía otra vez como la niña que apretaba la nariz contra los cristales, mientras la vida real pasaba de largo.

Esa semana el Presidente daría un gran baile para dar las gracias a los californianos que habían trabajado por el partido. La ciudad estaba atestada de forasteros y había una gran demanda de habitaciones de hotel. En el curso de los años, Annie había alojado a muchos de los políticos de la capital, de modo que, antes del baile, ofrecería una pequeña recepción para sus huéspedes favoritos; sería una de las numerosas fiestas de esa noche.

—Mi propio modo de festejar la asunción del mando —dijo a Francie, entusiasmada, mientras esperaba a sus invitados en la sala privada. Dio una palmadita ansiosa al costoso vestido de encaje bronceado—. ¿Parezco la Primera Dama del mundo hotelero?

—Estás perfecta —la tranquilizó Francie.

Y era cierto. El pelo castaño, bien brillante, estaba peinado en suaves ondas; sus ojos pardos brillaban de entusiasmo. El encaje color bronce destacaba la blancura de su cutis y el escote cuadrado le permitía lucir el amplio busto.

Se había puesto una gargantilla con cinco hileras de pequeñas esmeraldas,

pendientes largos haciendo juego y un gran anillo de topacio.

—No quiero competir con los diamantes que lucen ellos, querida —reveló a Francie—. De cualquier modo, sigo siendo parte del servicio doméstico, ¿no?

Y rio estruendosamente al pensar en lo que les cobraba por el privilegio de hospedarse en el Aysgarth.

Pero Annie nunca jugaba sucio; para sus invitados no servía sino lo mejor: champán Roederer, el mismo que consumía antes el zar de Rusia; impecable caviar de Persia; el mejor salmón silvestre de Escocia y deliciosas langostas de la costa de Maine.

—En la misma Casa Blanca no seremos mejor atendidos, señora Aysgarth —le dijo el Presidente, con una gran sonrisa.

El salón estaba lleno de mujeres bonitas, pero Annie era el centro de la atención; su acento de Yorkshire y su risa bulliciosa se dejaban oír por encima del fuerte zumbido que caracteriza a toda fiesta de éxito.

Francie permanecía cerca de la puerta, apretando nerviosamente la copa de champán. Cada vez que Annie la presentaba a alguien, ella respondía cortésmente, lamentando su promesa de asistir. Nunca en su vida había asistido a una fiesta como esa y se sentía como pez fuera del agua.

La mirada experta de Maryanne Wingate se posó en ella por un momento, registró el hecho de que era desconocida y pasó rápidamente, en busca de una presa más importante. Pero los ojos de Buck se fijaron en ella. La encontraba encantadora, pero remota e inaccesible, como si hubiera erigido a su alrededor un cerco invisible que dijera: «PROHIBIDA LA ENTRADA». Su vaporoso vestido de *chiffon* gris era discreto como una nube y las perlas valían una pequeña fortuna. Se acercó a ella para decirle:

—Parece usted a punto de huir por la puerta. ¿Tan mala es la fiesta?

Ella levantó la vista, sobresaltada.

—Oh, no, no, en absoluto. La fiesta es encantadora.

Él le alargó la mano.

—Soy Buck Wingate.

Ella se la estrechó con tanta rapidez que apenas le dejó sentir la presión de los dedos.

—Francesca Harrison —murmuró, ruborizada.

A él le tocó entonces sobresaltarse.

—Oh, pero si conozco a su hermano —exclamó.

Ella quedó petrificada y sus ojos tomaron una expresión distante; apretó los labios sin responder.

—Mi padre era el abogado de su padre —continuó él, aun notando que se empantanaba cada vez más—. Solo por eso lo conozco, debido al fondo de fideicomiso que maneja mi bufete.

Ella asintió glacialmente.

—Comprendo.

—Señorita Harrison —aclaró él, sin saber por qué se esforzaba tanto por aclarar las cosas, puesto que ni ella ni su hermano le importaban en absoluto—: yo no elegí a su hermano como cliente: lo heredé. Como se sabe, los pecados de los padres...

Le sonrió conquistadoramente; soltó un pequeño suspiro de alivio al ver que ella sonreía a su vez.

—Por favor, no se disculpe por tratar con Harry, señor Wingate. Es usted el que tiene esa mala suerte, no yo.

Él asintió, buscando el modo de cambiar de tema, pero en el fondo de su mente estaba repasando lo que sabía sobre ella. ¿No se hablaba de un amante chino y una empresa multimillonaria? Y además, claro, la trágica muerte de su hijo en el incendio. Por cierto, su pasado no se reflejaba en ese rostro impecable, tan hermoso.

—¿Qué la trae a una fiesta de políticos como esta, señorita Harrison?

—Annie Aysgarth es una antigua amiga mía y ha querido lucirse ante mí con sus invitados.

—Así es Annie. Le gusta que la elogien de vez en cuando... sobre todo por sus budines de Yorkshire.

Francie reía.

—Son de lo mejor. Y, probablemente, los más costosos fuera de Yorkshire. Pero de Annie pueden decirse muchas cosas mejores.

—Eso creo, sí. Ya hace diez años que la conozco. ¿Cómo es que nunca la he visto a usted aquí?

—Oh, ¿no lo sabe? —El tono de la mujer, levemente despectivo, hizo que Buck arqueara las cejas con aire interrogante—. Soy el secreto más divulgado de San Francisco. La conocida hermana Harrison, que vive en pecado con su amante chino en Nob Hill, justo enfrente de su ilustre hermano Harry. Nadie habla de mí, señor Wingate, como no sea a mis espaldas.

—¿Buck? —Maryanne lo tornó del brazo. Él giró rápidamente.

—Te presento a la señorita Harrison, Maryanne.

—Ah, sí —replicó la esposa, cortante. Y la saludó con la cabeza, sin ofrecerle la mano—. Encantada, señorita Harrison. —Y sin esperar respuesta—: Temo que debemos irnos, Buck, si no queremos llegar tarde al baile.

Luego cruzó las puertas sin echar siquiera una mirada hacia Francie.

Buck la siguió con la vista, enojado.

—Tendrá usted que perdonar a mi esposa —dijo, amargamente—. A veces su hija de seis años tiene mejores modales.

Francie se encogió de hombros, inexpresiva.

—No se preocupe, por favor, señor Wingate.

Él la vio cruzar graciosamente el salón para acercarse a Annie; ese nuboso vestido flotaba alrededor de su silueta; la luz de las lámparas se reflejaba en el pelo brillante

y en las estupendas perlas. Parecía la mujer más solitaria del mundo.

Francie comprendió que no podía seguir adelante con eso; en cuanto hubo terminado la recepción, dijo a Annie que se iba a casa, pues le dolía la cabeza.

Annie le echó una mirada escéptica.

—Bueno, al menos viniste. Es un comienzo. Tomémoslo así, ¿quieres?

Para Annie fue una sorpresa que Buck Wingate la llamara por teléfono, a la mañana siguiente. Más sorprendida quedó cuando él preguntó por Francie.

Conocía a Buck desde hacía mucho tiempo. Aunque residía en Sacramento, se hospedaba en el Aysgarth cada vez que iba a San Francisco, cosa que ocurría varias veces por año. Al principio ella desconfiaba, porque nada bueno se podía esperar de un hombre tan apuesto y simpático. Pero Buck Wingate era serio y buen esposo, aunque su esposa parecía más fría que un pescado. Era uno de los senadores más jóvenes del país, con un gran futuro por delante, según pronosticaban hombres que tenían influencia sobre esas cosas. Con todo eso, ¿por qué llamaba para interrogarla sobre Francie Harrison?

—Maryanne ha vuelto a casa —explicó él, como por casualidad—, pero yo debo quedarme aquí para una reunión. Como estoy solo y usted es la única mujer que puede compadecerse de mí, en esta ciudad, quería invitarla a cenar conmigo esta noche. Y también a la señorita Harrison, por supuesto —agregó, con demasiado apresuramiento.

—Soy una mujer muy atareada —dijo ella—, pero ya veré qué puedo hacer.

Después de cortar la comunicación, se echó un abrigo encima y corrió a casa de Francie. Reclinada contra la puerta, con los brazos cruzados contra el pecho, sonrió con aire de sabiduría.

—Veamos, Francesca Harrison: ¿qué dijiste a Buck Wingate para deslumbrarlo así?

—¿Deslumbrarlo? —Francie se ruborizó como solía hacerlo cuando se mencionaba el nombre de Edward Stratton—. Debes de estar confundida. Me dijo que conocía a Harry y yo me mostré muy grosera. Luego me presentó a su mujer, que se mostró muy grosera conmigo.

—Maryanne Wingate es grosera con todo el mundo, salvo con los que pueden serle útiles —dijo Annie, sin rodeos—. Y pese a tus groserías, Buck Wingate quiere tener el placer de cenar esta noche con nosotras... sin su esposa. Y probablemente le gustaría más hacerlo también sin mí.

—En ese caso, deberías decir al señor Wingate que no puedo aceptar su invitación. —Francie miró a su amiga con exasperación—. Oh, Annie, ¿no tengo ya bastantes problemas sin robarle el marido a Maryanne Wingate?

—Así es —concordó Annie—. Pero me pareció bueno hacerte saber que el mundo no te ha dejado de lado. Si Buck Wingate se interesa por ti, habrá otros hombres que hagan lo mismo... siempre que les des alguna oportunidad.

Pero Francie se limitó a menear la cabeza. Ella no era como todo el mundo y lo

sabía. No estaba destinada al matrimonio ni a la felicidad. Pese a todo, en el largo viaje hacia el rancho iba pensando en Buck.

La imagen de esa mujer solitaria, con su vestido de nube gris, perduró largamente en Buck. Era un hombre ocupado, que nunca hacía nada a medias. Estaba dedicado a su trabajo y a sus responsabilidades como senador; por eso trataba de evitar la interminable serie de recepciones que, según Maryanne, eran «solo por tu carrera, querido». Había ingresado en la política siendo un joven idealista; aunque esos ideales estaban atemperados por la razón y las circunstancias, sería siempre «un hombre del pueblo y para el pueblo». Detestaba las fiestas y el escalamiento social de Maryanne, aunque a veces debía admitir que eran necesarios.

La casa de la calle K, en la frondosa Georgetown, estaba siempre llena de damas de la sociedad que venían a almorzar, de visitantes importantes que tomaban el té o de políticos influyentes que participaban de las cenas «íntimas», a la luz de las velas, por las que Maryanne era famosa. Ella solía decir, riendo: «¿Me creerías, querido, si te digo que hay quienes tratan de sobornar a mis amigos para ser presentados, con la esperanza de que los invite? ¿No te asombra?».

Buck la veía sentada a la cabecera de su lustrada mesa georgiana, con sus candelabros de plata del siglo dieciocho, las copas de cristal tallado y los arreglos florales (lujosos, pero discretos), y la sabía en su elemento. Pero esa noche no había alrededor de su mesa un solo hombre al que él pudiera llamar amigo. De pronto se sintió tan solo como la encantadora mujer del vestido gris nube.

—¿Por qué no invitamos a gente amiga para pasar la Navidad en Broadlands? —propuso a Maryanne, impulsivamente, cuando se fueron los invitados.

Estaban en el dormitorio de su esposa; mientras la criada colgaba el vestido de tafetán, ella se puso el peinador rosado para sentarse ante el tocador. Le sonrió a través del espejo, poniéndose crema en la cara. Si había un lugar que le gustara realmente, ese era su casa de la infancia, que había heredado de su abuelo.

—Pero por supuesto, querido. Qué idea tan estupenda. Navidad en el campo, con los niños y algunos amigos... ¡No hay nada mejor! Mañana redactaré una lista de invitados y daré instrucciones al ama de llaves para que prepare todo.

—Nos hará bien estar juntos con los niños —comentó él—. Últimamente los veo muy poco.

Ella suspiró.

—Cierto, querido. Es que en esta casa tan pequeña no hay sitio. Además, están mucho mejor con la niñera y la institutriz, sin cambiar de escuelas. Y nosotros estamos siempre tan ocupados... —suspiró otra vez y bostezó, estirando los brazos por encima de la cabeza—. Y cuando llega la noche yo estoy tan agotada que no sé de dónde sacaré energías para enfrentarme a la mañana siguiente.

Sus miradas se cruzaron en el espejo. Él le vio los ojos vacíos y se preguntó,

entristecido, qué había sido de su matrimonio. La vida de ambos se desenvolvía alrededor del trabajo de Buck y las ambiciones que Maryanne tenía para él. A no ser por los niños y su carrera política, él habría sentido la tentación de pedirle inmediatamente el divorcio. Pero dijo con serenidad:

—Buenas noches, Maryanne.

Y cerró suavemente la puerta al salir.

En el par de semanas previas a la Navidad, Nueva York era el lugar favorito de Buck. Le gustaban los Santa Claus que hacían sonar sus campanillas ante las tiendas y el olor a castañas asadas de los vendedores callejeros. Le gustaba el pellizco escarchado del aire, que le obligaba a ceñirse la bufanda de cachemira, trayéndole recuerdos de los inviernos de su infancia, de cuando patinaba por el helado estanque de los patos y se lanzaba en una bandeja de lata por las cuestas de Strawberry Hill, la casa que sus abuelos maternos tenían en Nueva Inglaterra, donde su familia pasaba todas las Navidades.

Contempló con melancolía los trenes de cuerda, los equipos de magia y los animales de peluche que exhibían los escaparates de esa esquina; recordaba aquellas lejanas mañanas de Navidad, con el fuego rugiendo en el hogar, la nieve cayendo afuera y misteriosos regalos por desenvolver. Recordó las risas de parientes, amigos y niños, el olor de las cosas ricas que se horneaban en la cocina grande. Y lamentó no poder retroceder en el tiempo, para que todo volviera a empezar.

La última persona a quien Francie esperaba ver era Buck Wingate. Se detuvo a observarlo por un momento, con una semisonrisa en la cara, sin saber si debía o no saludarlo. Cuando decidió que era mejor no hacerlo, él giró la cabeza y sorprendió su mirada.

—¿Me recuerda? —preguntó ella, tímida—. Francesca Harrison. Nos conocimos en San Francisco, en la fiesta de Annie Aysgarth. —Y le alargó la mano, agregando con una sonrisa—: Así, con la nariz apretada contra el cristal del escaparate, me hizo pensar en un niño anhelante.

Él la miraba, sorprendido. La mujer lucía un ceñido abrigo de cachemira color crema, con enorme cuello de zorro y un pequeño sombrero en forma de campana; tenía las mejillas rosadas por el frío y sus ojos eran del color azul intenso de los pensamientos. La encontró maravillosa. Sonrió con melancolía.

—¿Tan obvio era? Estaba recordando navidades pasadas. —Le estrechó la mano, sintiendo el calor bajo el suave guante de gamuza—. Claro que la recuerdo.

No llegó a decir: «¿Cómo podría olvidarla?», pero sus ojos lo hicieron y ella apartó la vista, confundida.

—¿Qué está haciendo en Nueva York, señorita Harrison? —preguntó él, soltándole la mano.

Ella dijo que había ido en busca de una propiedad para Lai Tsin Corporation y a

hacer algunas compras navideñas. Buck echó un vistazo a los vistosos paquetes que llevaba y dijo, melancólico:

—Por lo visto, usted ha tenido más éxito que yo. Todavía no sé qué comprar para Maryanne, mi esposa.

Francie pensó en Maryanne, tan serena y segura de sí.

—¿Joyas? —sugirió.

Él denegó con la cabeza, sonriendo.

—Si le regalo otro par de pendientes, la confundirán con un adorno para el árbol de Navidad.

Francie rio. A él le sorprendió ver cómo cambiaba cuando era feliz.

—Puedo decirle qué regalo me gustaría a mí, si fuera su esposa —dijo, aún sonriendo—. Algo que acabo de ver en una galería, y que me ha enamorado.

—¿Por qué no me lo muestra? —pidió él, deseoso de tenerla por compañía.

Cruzaron amistosamente la Quinta Avenida y giraron en la esquina, hacia la pequeña galena de arte. En el escaparate se veía un pequeño retrato de Morisot; era una niña rubia, de rostro serio y ojos nublados por la extrañeza. Francie suspiró:

—¿No le parece que el artista ha captado la esencia de la niña?

Él pensó otra vez en tantas navidades infantiles y comprendió que ella tenía razón.

—Pero temo que no será exactamente del gusto de Maryanne —dijo, apenado—. Quizá le compre las perlas grises, al fin y al cabo. —Levantó la vista hacia los primeros copos de nieve. Eran las cuatro de la tarde y el cielo ya estaba oscuro—. Al menos, permítame invitarla a tomar el té —dijo, anhelante—, para agradecerle su ayuda.

Ella inclinó la cabeza, pensativa.

—En realidad, no debería. Aún me queda mucho por hacer.

Buck estaba seguro de que ella no tenía nada importante que hacer, siendo el jueves anterior a la Navidad y las cuatro de la tarde. Por eso dijo con autoridad:

—No voy a aceptar una negativa.

Y la tomó del brazo para llevarla a la acera de enfrente, donde estaba el nuevo hotel Sherry-Netherland.

La cafetería estaba llena de elegantes clientes que descansaban de sus compras de la tarde. El sonido de la cháchara aguda se mezclaba con los violines del cuarteto, el tintineo de las cucharillas de plata contra la porcelana y las risitas de niños excitados, a los que se les permitía pedir sorbetes y pastel de chocolate.

Francie, trémula, pensó en Ollie; la Navidad siempre era una fecha muy dura; por eso, en parte, estaba en Nueva York: para alejarse de sus recuerdos. Pero no siempre tenía éxito. Se dijo, entristecida, que Ollie ya no habría sido un niño, sino un hombre joven, con edad suficiente para llevarla a tomar el té en vez de Buck Wingate.

Él comentó en voz baja:

—Veo que usted también se siente sola en Navidad.

Francie lo miró con los ojos nublados por la tristeza. Buck sintió deseos de abrazarla, de asegurarle que todo acabaría por pasar. Pero no podía, por supuesto. Nada podía compensar la pérdida de un hijo.

—Los niños lo están pasando muy bien —comentó ella, sonriendo—. Mire cómo disfrutaban de esos bocados prohibidos.

—Y nosotros, ¿de qué vamos a disfrutar? —preguntó Buck, alegremente—. ¿De un fabuloso pastel de chocolate? ¿Un helado grande como una montaña? ¿Pastel de cerezas? ¿Milhojas? ¿O usted es de las que prefieren los emparedados de pepinos?

Francie salió de su humor lúgubre con una carcajada.

—A decir verdad, soy de las que prefieren el panecillo tostado —confesó.

—Que sean panecillos, pues. —Después de hacer el pedido al camarero, Wingate comentó—: Ya ve usted cuántas cosas estoy descubriendo de usted en poco tiempo. Sé que viene a comprar propiedades en Manhattan, qué regalo le gustaría recibir para Navidad y con qué le gusta acompañar su té. Si no se anda con cuidado, pronto sabré todos sus secretos.

Ella volvió a reír.

—Es que no tengo secretos. Ya no. Mi vida es un libro abierto. Todo el mundo la conoce a fondo.

Él movió la cabeza.

—No, oh, no. Son muy pocos los que conocen a la verdadera Francesca Harrison.

Ella le lanzó una mirada nerviosa. Ese hombre era demasiado perceptivo. Bastaba mirarlo a los ojos pardos, tan firmes, para comprender que se estaban metiendo en aguas demasiado profundas para una relación casual, pero no pudo dejar de reparar en las pequeñas líneas marcadas por la risa en la comisura de los ojos, y el modo en que su pelo oscuro se ondulaba apenas, con toques de gris en las sienes. Annie le había dicho que Buck Wingate era más atractivo de lo que a él mismo le convenía. Y era cierto.

El camarero trajo el té en una tetera de plata y panecillos tostados, perversamente untados de mantequilla. Él pasó a hablar de su trabajo. Le contó que amaba la política desde la niñez y que el Senado ocupaba toda su vida, hasta tal punto que no tenía tiempo para otras cosas. Le dijo que apenas veía a sus hijos, que pasaría la Navidad con ellos, en el campo, y le expresó su miedo de que lo trataran como a un desconocido.

—Y usted, ¿dónde pasará la Navidad? —preguntó, cuando se acabaron los panecillos y las tazas de té quedaron vacías.

—Oh, en mi rancho, con Annie y Lai Tsin —respondió ella.

Y lo miró a los ojos. Nunca había sentido la necesidad de aclarar sus relaciones con el mandarín ante nadie, pero en ese momento agregó:

—Lai Tsin y yo somos amigos.

Buck asintió.

—Lo envidio por esa amistad.

Ella no permitió que la acompañara al Ritz, donde se hospedaba. Una vez más, él la vio cruzar la calle y abrirse paso por entre la muchedumbre. La siguió con la vista hasta que desapareció. Y luego se dijo que tal vez había interpretado todo mal. Tal vez el solitario era él, después de todo.

Pocos días antes de Navidad, a la casa de Nob Hill llegó un hermoso paquete, dirigido a la señorita Francesca Harrison. Ella no pudo esperar para abrirlo: desgarró las cintas escarlatas como una criatura entusiasmada. Contenía la pequeña pintura que ella había admirado en la galería de Nueva York y una tarjeta de Buck Wingate, que decía: «Esto fue hecho para pertenecerle. Pasaré la Navidad pensando en usted».

Francie deslizó amorosamente los dedos por el marco tallado y abrió mucho los ojos para mirarlo; lo encontró tan bello como la primera vez. Pensó que Buck había ido a la galería para comprárselo, que había escrito la nota. «Pasaré la Navidad pensando en usted», decía. Entonces agitó la cabeza y se dijo que era un regalo demasiado costoso, que él había hecho mal en comprarlo. Y por supuesto, de ningún modo pasaría la Navidad pensando en ella. Estaría con su familia y sus amigos, en una estupenda casa de campo, a cuatro mil quinientos kilómetros de distancia, que bien podían ser un millón.

Fue a su escritorio y le escribió una nota, agradeciéndole su considerado y extravagante obsequio; agregó que, para devolver su generosidad, donaría sacos enteros de juguetes y tarjetas de Navidad a diez o doce orfanatos necesitados de todo el país, en nombre de él; de ese modo él podría disfrutar pensando en el placer que había brindado a todos esos niños en la mañana de Navidad.

Luego tomó la bella pintura y la puso en un pequeño caballete dorado, que tenía sobre su mesilla; sería lo último que viera todas las noches, antes de dormir.

La Navidad en Broadlands, la casa de campo de los Wingate, fue un festejo tradicional, pero elegante. Había un enorme abeto, adornado por el personal con pinas doradas e iluminado con diminutas velas rojas; había montañas de regalos preciosamente envueltos y fuegos de leña en todas las habitaciones. Maryanne había invitado a su hermano, con su esposa y los niños, y a diez o doce matrimonios importantes del Partido Republicano.

—No sabes el gusto que les dio recibir la invitación —contó a su marido, alegremente—. Has tenido una idea excelente, querido.

Al proponer que pasaran la Navidad con «amigos», Buck no había pensado, por cierto, en un grupo de políticos. En la mañana del día de Navidad movió sombríamente la cabeza, mientras Maryanne repartía sus pequeños regalos, costosos y de buen gusto, y los niños reñían por sus juguetes. Sus dedos tocaron la nota de Francie Harrison, que llevaba en el bolsillo; no necesitaba volver a leerla, porque ya la sabía de memoria. Al pensar en los huérfanos que habían recibido sus regalos, sonrió. Y pensó en ella, que estaría pasando la Navidad en el rancho con sus amigos,

tal como había dicho en su nota.

Capítulo 35

La casa central que Lai Tsin Corporation poseía en Hong Kong tenía quince pisos de altura. Los mejores geománticos habían estudiado cuidadosamente la parcela antes de pronunciarse; el edificio de granito blanco, con sus múltiples columnas, formaba un leve ángulo con respecto a la calle; sus puertas principales también estaban situadas algo apartadas del centro, para evitar que escapara el buen *ch'i*. Había ocho amplios peldaños de mármol (número afortunado) que conducían a las grandes puertas lacadas en rojo, custodiadas por dos feroces leones de bronce. La magnífica sala de recepción estaba recubierta de mármol de diferentes colores y decorada con columnas de malaquita, maravillosos mosaicos, estatuas y tallas. La oficina de Lai Tsin no estaba en el último piso, sino en la planta baja, junto al vestíbulo principal, para que fuera fácilmente accesible para todos los que quisieran hablar con él, desde los más grandes taipanes hasta el más humilde de los trabajadores. Y era tan sencilla como su primera oficina, allá en los depósitos de San Francisco.

En verdad, las paredes ya no eran de viejas tablas, sino de yeso lacado con su tono ciruela favorito. El escritorio no era de teca, sino de ébano, y la fea caja de hierro ya no acechaba en el rincón, porque no hacía falta: ahora existía una bóveda de seguridad en el sótano. Pero el ambiente seguía siendo tan pulero como siempre, con el tintero chino y sus pinceles, el tintero occidental y sus plumas, y los papeles bien apilados en el escritorio.

Habían pasado más de diez años desde el último viaje de Francie a Hong Kong. En esta oportunidad se hospedó con el mandarín, en la blanca mansión que daba a Repulse Bay. El exterior era de estilo neoclásico, pero la parte interior era china: biombos calados en las ventanas, exquisitos muebles de madera oscura y una colección cuidadosamente escogida de antiguas colgaduras para muros, caligrafía, porcelanas y pinturas. Si Francie había creado la casa de Nob Hill, esta correspondía a la herencia de Lai Tsin.

Una noche, durante la cena, él la estudió con atención. Hacía más de una semana que Francie estaba en Hong Kong; Lai Tsin le había mostrado la estupenda casa central, la flota de barcos (que ya no eran tristes vapores comprados a bajo precio, sino los últimos modelos fabricados por los astilleros japoneses, los más rápidos del mundo), su mansión y todos sus tesoros. Entonces dijo con humildad:

—Todo lo que ves es tuyo, Francie. Sin ti yo no sería nada.

Ella lo miró asombrada.

—Creo que es al revés.

Él guardó silencio, mientras los discretos sirvientes retiraban la vajilla, para reemplazarla por pequeños potes de té fragante.

—Mañana viajaremos a Shanghai —dijo Lai Tsin—. Desde allí navegaremos río

arriba, hasta mi aldea natal.

Ella quedó atónita, pues en todos esos años no le había oído sugerir semejante viaje. El chino agregó:

—Me gustaría mostrarte mi aldea y el templo ancestral de Lilin, para que comprendas mejor lo que debo decirte. Viajo hasta allí dos veces al año, a fin de recordar mis humildes comienzos, para no olvidar que todos estos lujos son cosa pasajera. Voy para purificar mi corazón de codicia y para refrescar mi alma. — Después de una pausa, añadió—: Es importante que me acompañes.

Luego bajó la vista hacia el cuenco de té. Francie lo miraba, intrigada. Nunca lo había visto así, nervioso e inseguro.

—Te acompañaré, claro —dijo—. Para mí es un honor que quieras mostrarme esas cosas.

A la mañana siguiente se embarcaron hacia Shanghai. Al llegar abordaron el reluciente vapor blanco de Lai Tsin, que se llamaba MV Mandarín. Francie hizo el viaje acodada en la barandilla para admirar los paisajes, pero Lai Tsin permanecía extrañamente silencioso.

Cuando llegaron a Nanking la llevó a tierra. Juntos recorrieron las mismas calles por las que él había corrido con su hermana, huyendo del traficante de carne. Francie percibió una pena profunda en su voz, al hablar de Mayling, y adivinar que hacía cada viaje con la esperanza de hallarla, aun sabiendo que era imposible.

El ancho río corría a veces entre acantilados diez veces más altos que la embarcación; a veces las orillas eran tan bajas que solo el juncal indicaba dónde acababa el agua y comenzaba la tierra. Al acercarse al pequeño muelle de la aldea, Lai Tsin se puso la vestidura azul bordada y el sombrero con el botón de raro jade blanco. El hermoso barco se aproximó al desvencijado muelle de madera y los marineros saltaron a tierra para atar las amarras.

Cuando se extendió la pasarela ya se había reunido una multitud. Todos contemplaban atónitos a la extraña bárbara de pelo claro y ojos de penetrante fuego azul. Luego giraron con miedo las cabezas, pues era la primera vez que veían a una *gwailo*. Muchos hicieron una reverencia a esos importantes personajes que caminaban entre ellos. Entonces Lai Tsin repartió las monedas de su bolso. Y luego, acompañado por Francie, inició la larga caminata hasta su aldea.

En el trayecto le señaló todas las cosas que había mencionado al contarle su vida, la noche en que nació Ollie: el estanque de los patos, que parecía acero bajo el cielo gris, los interminables arrozales verdegrisáceos y los niños que trabajaban en ellos, el desolado bosquecillo donde había sido abandonado el cuerpo del pequeño Chen, el de ojos alegres y cara redonda y plana como una tortilla. Y a la distancia, reluciente como un icono en la colina, el templo ancestral de Lilin, pintado de bermellón.

Los muros de arcilla amarillenta que rodeaban la aldea solo eran ya un montón de

piedras y escombros. Muchas de las ruinosas viviendas estaban desiertas. Solo la casa del Hermano Mayor tenía fuerte papel de arroz en sus pequeñas ventanas y un brasero de carbón, que despedía humo al aire frío. Al verlos desde lejos, la joven esposa de Hermano Mayor había barrido apresuradamente el exterior de su vivienda. Ahora acechaba tímidamente desde el umbral, escondida detrás del marido, pues el mandarín nunca pisaba su casa. Los ojos se le dilataron de asombro al ver a la mujer bárbara que caminaba junto al mandarín. Hermano Mayor gritó un juramento.

—¿Es que el hijo de la *mui-tsai* no cesará jamás de arrojar vergüenza sobre el nombre de Ke Chungfen? ¡Traer a una *gwailo* a la casa de su familia!

Pero lo dijo sin alzar mucho la voz, para que Lai Tsin no lo oyera, por temor a que dejara de pagarle el dinero con que llenaba todas las noches su escudilla de arroz y su redoma de vino, con más frecuencia de la conveniente.

Su joven esposa fue corriendo a arrodillarse delante de Lai Tsin y la mujer bárbara. Tocando el suelo con la frente, saludó:

—Bienvenido, bienvenido seas, Honorable Hermano Menor Ke Lai Tsin, y bienvenida sea tu Honorable Huésped.

Lai Tsin, sonriéndole con suavidad, la tomó de la mano para ayudarla a levantarse, agradeciéndole ese amable recibimiento. Hermano Mayor se inclinó tiesamente, haciendo lo posible por no mirar a la bárbara, pero los ojos se le desviaban hacia allí. Nunca en toda su vida había visto a una *gwailo*. Le pareció la criatura más fea de la tierra; con esos terroríficos ojos azules debía de ser un demonio. Y a juzgar por lo pálido de su cabellera, debía de ser centenaria.

—Bienvenido, Hermano Menor —dijo, sonriendo a Lai Tsin e ignorando a Francie—. Estábamos esperando tu visita. Ya verás que el templo ancestral de Lilin está barrido y limpio. El sobredorado se desprendió con los grandes vientos del invierno. Me he visto obligado a gastar dinero para reemplazarlo. Todas las semanas mi esposa Número Uno va a presentar sus respetos a tus antepasados. Encontrarás todo tal como lo deseas.

—Gracias por tu informe, Hermano Mayor —replicó Lai Tsin. Luego se volvió hacia Francie, diciendo en inglés—: Este es el segundo hijo de Ke Chungfen con su Esposa Número Uno. Los otros se fueron hace tiempo, para buscar trabajo en las grandes ciudades, pero este es perezoso y bebe demasiado. Su pequeña esposa tiene buen corazón y estaría mejor sin él, pero como es respetuosa de las tradiciones chinas, permanece a su lado, aunque él la golpea y la trata peor que a un sirviente. Así son todavía las cosas en China.

Francie sonrió a la muchacha, que se escondió tímidamente tras el grosero de su esposo. Lai Tsin entregó un pequeño saco de cuero al Hermano Mayor, que se lo agradeció rápidamente con una reverencia; su expresión dura había vuelto a convertirse en una sonrisa oleosa.

Los aldeanos se habían reunido a respetuosa distancia para observarlos, pero retrocedieron para abrirles paso. Algunos escondían la cara ante la mirada de Francie,

temiendo que la compañera del mandarín fuera un demonio.

Caminaron juntos por el sendero que atravesaba los arrozales. Aquellos niños de ojos alegres acudieron corriendo; la mujer *gwailo* no les daba miedo, porque venía con el mandarín, que siempre les daba monedas y pequeños regalos.

Juntos ascendieron por el camino rocoso que llevaba al templo ancestral de Lilin. Al llegar Francie ahogó una exclamación admirada. Las paredes bermellón brillaban como satén, gracias a capas y más capas de pintura cuidadosamente aplicadas, cada una adelgazada con lija antes de aplicar la siguiente. Las tallas eran una fina artesanía; las tejas hechas a mano que componían el tejado curvo mostraban un verde opalescente. En el interior, las paredes tenían incrustaciones de madreperla formando un diseño de encaje; una losa de mármol mostraba, en letras de oro, los nombres de Lilin y sus dos hijos difuntos.

Lai Tsin encendió varillas de incienso en los pequeños sahumadores de bronce e hizo muchas reverencias. Luego dijo a Francie:

—Te he traído hasta aquí porque ya no puedo vivir con los pecados que llevo en mi conciencia. Solo te pido paciencia para escuchar mi relato. Te diré las dos grandes verdades; después podrás juzgarme como gustes.

Después de aspirar hondo, dijo:

—Sentémonos juntos en la casa de mi madre, que te diré los secretos más profundos de mi alma.

Ella volvió a contemplar esa laja de mármol, lo único que quedaba de Lilin y sus hijos; luego volvió la mirada hacia el rostro suave y los ojos tristes de Lai Tsin.

—Mi querido amigo —dijo—, puedes compartir conmigo todo lo que tengas en el alma. Y no temas a mi juicio. ¿Quién soy yo para juzgar a otros? De cuanto puedas decirme, no hay nada capaz de destruir nuestra amistad ni el amor que me inspiras.

—Ya veremos —dijo él, en voz baja.

El relato fue largo. Cuando Lai Tsin terminó, los ojos de Francie estaban llenos de lágrimas y su corazón sufría por él. Lo envolvió en un abrazo amoroso.

—Gracias —le dijo en voz baja—. Todo cuanto has hecho fue solo para bien. Me honra tener la amistad de una persona como tú.

Salieron del templo y descendieron nuevamente por el sendero rocoso. Iban juntos: el moreno y delicado mandarín, con sus túnicas suntuosas, y la alta y rubia bárbara, con su sencilla falda tableada. Volvían hacia el hermoso vapor blanco, para hacer el mismo viaje que Lai Tsin había hecho con Mayling, tantos años antes, y que jamás repetiría.

Capítulo 36

A la semana siguiente Francie se embarcó en Hong Kong hacia Europa. Debía reunirse con Annie en París y salir en busca de viñas para su rancho. El barco británico estaba lleno de familias que volvían a la patria aprovechando unas vacaciones; en Singapur subieron pálidos bebedores que trabajaban río arriba, en las plantaciones de caucho de Malaya; en Colombo, bronceados plantadores de té y los habituales comerciantes y diplomáticos extranjeros.

Como taipán de uno de los hongos más ricos, Francie se sentó a la mesa del capitán, junto con los pasajeros más importantes, y desempeñó su papel a la perfección. Todas las noches vestía uno de sus atuendos parisinos, hermosos en su discreción; se recogía el pelo con adornos de jade y agregaba sus maravillosas perlas y su delicioso perfume de jazmín. Sonreía a sus compañeros de viaje y les hablaba con simpatía, si ellos le dirigían la palabra, pero nunca respondía a sus miradas de admiración ni se quedaba en el comedor después de la cena. Cuando volvía a la soledad de su camarote, los hombres especulaban sobre ella en voz baja, pero nadie se atrevía a abordarla, pues todos sabían que era la concubina del gran taipán, el mandarín Lai Tsin.

Francie sabía lo que pensaban y no se preocupaba por eso, pues solo deseaba que la dejaran en paz. El vapor cruzó el Océano Indico, deteniéndose en Bombay y Port Said rumbo al Mediterráneo. Francie empezó a animarse al ver las encantadoras costas del sur de Francia, con sus bordes de pinos; habría querido tener tiempo para pasar unos días en la bonita Niza, donde desembarcó. Pero tenía habitaciones reservadas en el Ritz de París. Y París era la ciudad que siempre había soñado con visitar, desde que aprendía francés con su institutriz, siendo niña.

El gerente la acompañó personalmente a sus habitaciones, que daban a la rue Cambon; como conocía su importancia y su fortuna, había allí altas rosas rojas, fruta fresca y una botella de excelente champán. Ella inspeccionó su nuevo alojamiento y, pensando en Annie, probó los perfectos colchones de la cama, inspeccionó las finas sábanas y el impecable cuarto de baño. Annie, que llegaría dentro de cuatro días, estaba pensando en instalar un hotel allí. Mientras tanto Francie se encontraba sola, con todo París como patio de juegos. Sin perder un segundo más, partió con la guía en la mano, llena de entusiasmo, para contemplar sus maravillas.

Buck viajaba en automóvil hacia el Embajada norteamericana, desde los Champs Elisées, donde acababa de entrevistarse con el Presidente de Francia, como líder de una importante misión comercial. Llevaba tres días en su ciudad favorita y no había tenido un solo instante para disfrutarla. Pero ya tenía el equipaje preparado y, dentro

de una hora, abordaría un tren para ir a Cherburgo, donde se embarcaría en el Normandie, que zarpaba esa noche hacia Nueva York. Miró con nostalgia por la ventanilla de la limusina. Su última visita a París había sido con Maryanne, que solo deseaba ver a otras personas importantes.

Ansiaba pasear tranquilamente por los bellos puentes de la ciudad en vez de pasar a toda prisa; quería detenerse a admirar el panorama en vez de verlo pasar fugazmente por la ventanilla; deseaba demorarse en sus paseos arbolados de castaños, disfrutar de sus fabulosos museos, beber el vino y consumir largas comidas, admirar sus hermosas mujeres. Y eso era lo que iba a hacer, por Dios.

Ya en la embajada, canceló rápidamente su viaje en barco, se despidió del embajador y envió su equipaje al Crillon. Luego cruzó a paso tranquilo la Plaza de la Concordia. Se instaló en un café al aire libre y pidió un Pernod, disfrutando de su libertad. Estaba solo en París, sin nada que hacer, por una vez en la vida. Echó un vistazo a la mujer que tenía a su derecha, absorta en su guía de turismo, y el corazón le dio un vuelco.

Ella estaba de espaldas, pero la habría reconocido en cualquier parte. Había pasado casi un año desde la tarde en que tomaran el té juntos, en Nueva York; conservaba en su cartera la nota que ella le había enviado para agradecerle la pintura. Desde entonces Buck había ido varias veces a San Francisco, más de las que eran estrictamente necesarias, siempre con la esperanza de verla. Pero Annie Aysgarth era más muda que la esfinge; siempre le decía, vagamente, que Francie estaba de viaje o en su rancho. Y ahora, en París, a diez mil kilómetros de distancia, el destino se encargaba de reunidos.

La vio más hermosa que nunca; vestía una chaqueta de lana amatista con galones negros y una falda corta, que destacaba la esbeltez de sus piernas enfundadas en medias negras; se había atado el pelo atrás, con un gran lazo de seda negra.

Francie se volvió, como si hubiera sentido su mirada.

—Oh —exclamó. El corazón le dio un brinco y, en su confusión, dejó caer la guía—. Buck Wingate. Qué sorpresa.

Y se mordió los labios, ruborizada como una colegiala. Él recogió el libro y le tomó la mano para besársela al estilo francés.

—No podía pedir una más grata —replicó, sonriéndole—. Con ese lazo en el pelo aparenta unos diecinueve años. Y está más encantadora que nunca.

Ella se echó a reír.

—Algo en esta ciudad hace que una se sienta como si tuviera otra vez diecinueve años. Debe de haber algo en el aire... o tal vez sea solo el Pernod. Pero ¿qué hace usted aquí?

—Oh, cuestiones de negocios. —Buck sonrió—. En realidad, estoy haciendo novillos. Debería estar a bordo del Normandie, que zarpa esta noche, pero la idea me pareció insoportable. Llevo tres días en París y no he visto ninguno de mis sitios favoritos. Así que... cancelé el viaje, me instalé en el Crillon y aquí me he

encontrado con usted. Si eso no es el destino, Francie Harrison, no sé cómo llamarlo.

Ella lo encontró muy simpático y muy atractivo; una vez más le llamó la atención el modo en que se arrugaban sus ojos cuando reía; reparó en que sus sienes estaban un poco más grises; reparó en su estatura, su esbeltez y su devastadora apostura.

—Admito que parecemos destinados a encontrarnos en las esquinas —dijo, con cautela.

—Ah, pero eso es porque resulta imposible encontrarse con usted en otros sitios. Lo he intentado, pero Annie Aysgarth no deja que me acerque a usted.

El corazón de Francie saltó con fuerza; no podía negar que entre ambos había un chisporroteo de electricidad. Lo correcto habría sido despedirse inmediatamente de él, pero desde lo de Edward no había vuelto a sentir eso. Además, estaba sola en París, la ciudad más encantadora y romántica del mundo. Lo miró a los ojos, con aire de conspiración:

—Annie no llegará hasta dentro de cuatro días —dijo.

Y los dos se echaron a reír.

—¿Necesita *madame* un guía? —preguntó él—. Estoy a su servicio. Comenzaremos ahora mismo.

Le ofreció la mano y ella se la tomó; en verdad se sentía como una muchachita, no como la mujer madura que era, y se dejó llevar alegremente hasta un taxi. Inspeccionaron algunas de las maravillas del Louvre y fueron a Notre Dame; donde oyeron cantar al coro bajo la luz del famoso rosetón. Luego fueron a hurgar en montones de libros usados, en las *bouquineries* que bordeaban el río Sena. En su torbellino sofocante, a veces se detenían para revivir con un rico café negro, bebido en tacitas blancas y gruesas. Y cuando él le preguntó dónde quería cenar, Francie dijo sin vacilaciones:

—En Maxim's.

—En Maxim's será.

Vaciló frente a su ropero, en un tormento de indecisión. Sacaba un vestido tras otro y se los ponía contra el cuerpo; después de mirarse al espejo, los arrojaba a la cama. Por fin se decidió por un vestido de crepé aguamarina; le llegaba hasta los tobillos y estaba cortado al bies, de modo tal que apenas rozaba el cuerpo. Las mangas largas y ajustadas formaban puntas a la altura de las muñecas. Sujetó un par de broches de diamante con forma de hojas en ambas esquinas del escote cuadrado. Luego se recogió el pelo con las peinetas de jade, pero volvió a dejarlo caer y lo ató hacia atrás con una cinta, como a él le había gustado esa tarde. Y cuando estuvo lista se miró al espejo, consciente de que se había arreglado para gustarle.

Le hizo esperar diez minutos, paseándose por la habitación, para que él no la creyera demasiado ansiosa. Por fin bajó la escalera para salir a su encuentro. Buck la esperaba en el vestíbulo. Ella pensó, sin aliento, que debía de ser el hombre más

apuesto de París. Y la miraba con adoración, haciéndola sentir como la mujer más encantadora del mundo. El jefe de camareros de Maxim's, que sabía reconocer a los amantes a primera vista, los sentó en una mesa discreta y les sugirió de inmediato que pidieran champán.

Francie paseó una mirada alegre por el famoso restaurante y sus elegantes comensales, pensando en que, a no ser por Buck Wingate, habría comido sola en su hotel.

—No puedo creer que haya tenido la suerte de encontrarte —dijo, impetuosa.

Él la miró con firmeza.

—Tampoco yo.

La electricidad sexual chisporroteaba entre ellos como un relámpago. Ella apartó tímidamente la cara.

Brindaron por París y comieron pequeñas ostras en un plateado lecho de hielo, probando cada uno el plato del otro. Él le explicó la misión comercial que había cumplido y ella le habló de su visita a Hong Kong, pero sin revelarle los secretos del mandarín... ni los suyos propios. Pero probó la *mousse* de chocolate blanco que él había pedido y sus ojos se pusieron redondos de placer, haciéndolo reír. Debía de ser el champán lo que la tornaba tan frívola y alegre. No recordaba haber reído de ese modo con un hombre en toda su vida, ni siquiera con Edward.

Echó una mirada curiosa al atestado restaurante. Como no había una sola persona que ella conociera, se volvió hacia Buck con una ceja enarcada.

—¿Qué diría la gente si viera al senador por California cenando en Maxim's con la conocida señorita Harrison?

Él le tomó la mano por encima de la mesa.

—Dirían que es un hombre muy afortunado.

—¿Y qué diría Maryanne?

Él lo pensó por un rato. Luego dijo, serio:

—Maryanne y yo no nos amamos. Dudo que alguna vez hayamos estado enamorados. Más de una vez he pensado pedirle el divorcio. En realidad, la última vez fue en la mañana de Navidad. ¿Recuerdas? Te dije que estaría pensando en ti.

Ella asintió. Buck dijo:

—Y lo hice. Oh, teóricamente estaban allí todos los elementos navideños: el árbol, los fuegos de leña, los regalos, los niños que reñían y los supuestos amigos. Pero todo era como nuestra vida conyugal: una costosa fachada, tan falsa que yo habría preferido estar en cualquier otro sitio. —Los ojos azules de Francie lo miraban fijamente. Él agregó con suavidad—: Habría preferido estar contigo.

Ella no respondió. Buck sacó la nota de su bolsillo y se la mostró. Estaba arrugada y maltrecha.

—¿Te acuerdas de esto? Desde entonces la llevo conmigo. Y créeme: mil veces me he preguntado por qué. Pero solo ahora creo saber la respuesta. —Dejó la nota en la mesa, entre ambos—. Esto puede parecerse una locura, Francie Harrison, pero me

temo que estoy enamorado de ti.

Se miraron a los ojos; ella se encontró serena y regocijada, todo al mismo tiempo. En Nueva York se había negado a admitir la posibilidad de que esa chispa pudiera ser algo tan maravilloso e irrevocable como el amor. Ahora agitó la cabeza.

—¿Cómo es posible, si apenas nos conocemos?

—El tiempo no tiene nada que ver.

—Quizá sea solo la magia de París.

Él le besó la mano.

—Podría haber ocurrido en Detroit.

—¿Y cómo sabemos si es de verdad?

Él volvió a besarle los dedos, provocándole pequeños escalofríos en la espalda.

—No debes cuestionar el destino. Debes tomar lo que ofrece y alegrarte de ello.

Francie lo miró con miedo.

—Tengo que irme —dijo.

Buck llamó al camarero y pagó la cuenta. Salieron juntos del elegante comedor, sin notar que la gente se volvía a observarlos, preguntándose quién sería esa hermosa pareja. En el taxi que los llevó al hotel, Francie guardó silencio, consciente de que él no dejaba de mirarla. Tenía miedo; solo había conocido a dos hombres en su vida y no sabía si eso era amor o no. Recordó lo que él había dicho sobre el destino y, cuando entraron en el dorado ascensor del Ritz, preguntó:

—¿Crees que habrá rumores si invito al senador a tomar café en mis habitaciones?

En su elegante *suite*, las lámparas con pantallas de seda estaban encendidas; la botella de champán aún esperaba en su cubo de hielo. Él la abrió y le sirvió una copa; luego llenó la suya y la levantó, diciendo:

—Brindemos otra vez, Francie. Por el amor.

Ella brindó también y bebió; luego dejó su copa y le tomó de la mano para llevarlo al dormitorio. Las pesadas cortinas de brocado estaban corridas y la lámpara arrojó un fulgor dorado a su rostro.

—No sé qué hacer —dijo, mirándolo.

—No necesitas saber nada, querida. —Y Buck la envolvió en sus brazos.

Desvestir a Francie era como desplegar los pétalos de una flor; las capas de seda color pastel fueron cayendo hasta dejarla desnuda. Su timidez le llegó al corazón; su belleza le agitaba los sentidos. La estrechó contra sí, acariciando su piel aterciopelada, y Francie se aferró a él. Le encantaba sentir su cuerpo contra ella, sus labios contra los párpados, el pelo, el cuello. Se aferró apasionadamente a Buck, en el momento de la posesión, y lo sintió temblar entre sus brazos en un tierno acto de amor.

Más tarde, mientras yacían lánguidamente entrelazados, él dijo.

—Ahora que te he encontrado, no soporto dejarte. Creo que me he pasado la vida buscándote. —Y le inclinó la cara hacia él—. No te vayas nunca.

—Chist... —Ella le apoyó un dedo suave en los labios—. No debes decir eso. —Forcejeó para escapar de sus brazos y se incorporó, apartando de la cara el largo pelo revuelto para mirarlo—. Aprovechemos los pocos días que tenemos para estar juntos y ser felices.

Se abrazó las rodillas y la cabellera rubia le cayó sobre los hombros, cubriendo sus hermosos pechos con cintas de oro. Sus afligidos ojos azules no se apartaban de él. Buck notó que carecía de afectaciones, como si no tuviera conciencia de su propia hermosura, y la comparó con Maryanne, con sus falsas sonrisas y sus glaciales rechazos. Comprendió que no podría renunciar a ella.

—No me importa —dijo, volviendo a abrazarla—. Solo te quiero a ti.

La estrechó con fuerza. Ella se sintió amada y protegida, aun sabiendo que eso era imposible, que no debería haber ocurrido. Pero no quería abandonar esos brazos, esa cama, París... Apartó la fría realidad hasta el fondo de la mente. Aprovecharía su felicidad mientras pudiera, por fugaz que fuese.

—Solo por ahora, Buck —dijo, alegre—. Solo por estos pocos días.

—Para siempre —prometió él, cubriéndole la cara de apasionados besos—. Jamás te dejaré escapar.

Y mientras volvía a hacerle el amor, ella confió un poquito, en su corazón, en que pudiera ser así.

No soportaban separarse. Él mandó traer su equipaje desde el Crillon y ocupó en el Ritz la *suite* contigua. La suntuosa cama de Francie se convirtió en el centro de un pequeño universo. De vez en cuando salían a tomar Pernod en las cafeterías de la orilla izquierda, exploraban las callejuelas de Saint Louis-en-Ille, discutían de pinturas en las galerías de arte y cenaban en pequeños bistros iluminados a vela, donde *monsieur le patron* era el cocinero y *madame*, su esposa, la camarera; allí nadie reparaba en ellos y podían dejar pasar las horas junto a un vaso de vino tinto, tomados de la mano y mirándose a los ojos, sin pensar en el futuro.

Y en esas largas veladas ella le hablaba de su vida, sin ocultarle nada, esperando su veredicto. Él la miraba con amor, diciendo:

—Mi pobre Francie, qué fuerte has tenido que ser. Ojalá la vida jamás vuelva a tratarte con tanta dureza.

En la última noche se quedó mirando cómo se peinaba. Su cabellera relucía como satén. Buck deslizó por ella una mano asombrada, diciendo:

—Prométeme que no te lo cortarás nunca. Es como un cofre de oro.

Los nublados ojos de zafiro se encontraron con los suyos en el espejo.

—Lo prometo —dijo con tristeza.

Él partiría a las seis en el tren, hacia el barco que lo llevaría a Norteamérica, pero ambos sabían que no era solo un viaje: a las seis en punto, él regresaría a la realidad. Se quedaron abrazados en la cama, sin dormir, para saborear cada minuto precioso. Pero la separación se erguía amenazadora ante ellos y Francie se dijo, desolada, que sería para siempre.

Al acercarse el momento Buck susurró.

—No puedo dejarte. ¿No comprendes, Francie? Mi vida con Maryanne es falsa. Ella no me quiere y yo no la quiero. Nunca hasta ahora había sentido esto por una mujer. No sabía que existiera tanta felicidad. Por favor, di que seguirás conmigo. Conseguiré el divorcio y nos casaremos. Solo dime que sí. Compraremos una casita en Washington, donde yo pueda cuidarte y amarte para siempre.

Todo su ser ansiaba seguirlo. Casi podía saborear la deliciosa vida nueva que compartirían juntos. Pensó que, si la vida de Buck con Maryanne carecía de sentido, tal vez todo eso fuera posible. Pero entonces recordó que Buck era un personaje público, un hombre que se encaminaba hacia la cima. Un divorcio escandaloso acabaría con su carrera. Y ella era una mujer escandalosa.

Le cubrió la boca con besos tiernos, sofocando sus palabras, contando los últimos minutos que pasaban juntos. Y cuando llegó el momento de que él partiera, cubrió su desnudez con las sábanas y lo dejó hacer el equipaje, diciéndose que no debía llorar sino alegrarse por la felicidad que había recibido.

Las maletas estaban en el pasillo. Oyó que él daba instrucciones al botones. Luego, los pasos que volvían hacia el dormitorio. Buck la devoró con la mirada desde la puerta. Ella lo vio como la primera vez: apuesto, bien vestido, poderoso. Un hombre con un gran futuro. Se arrodilló en la cama revuelta, cubriéndose con la sábana, esperando que él se despidiera. Buck se acercó y se envolvió las manos con sedosas hebras de su pelo, como si fueran cadenas doradas.

—Esto no es el final, Francie —prometió, quemándola con los ojos.

Y luego se marchó a paso rápido.

Annie observaba a Francie con suspicacia. Había un rubor intenso en sus mejillas, habitualmente pálidas, y un aire nervioso que la hacía diferente. La había arrastrado de un modista parisino a otro, para hacer audaces compras en Patou y Lelong, Molineux y Chanel; ahora estaban sentadas en el salón gris paloma de *Madame Vionnet*, mientras las modelos desfilaban sinuosamente delante de ellas. Allí no había nada que se ajustara a la redondeada silueta de Annie. Vionnet hacía ropas estilizadas y gráciles, en ajustado crepé y flexibles satenes. En cambio, eran perfectas para Francie, con su cuerpo aerodinámico y sus largas piernas. Annie agitó la cabeza, maravillada, al verla encargar diez o doce vestidos de diferentes colores.

—¿Dónde diablos piensas usar todo eso? —le pregunto—. Vas a Hong Kong una vez cada tantos años. Cuando estás en San Francisco, te pasas la vida trabajando para tus obras de caridad. Y el resto del tiempo lo pasas en el rancho. Dudo que te pongas las zapatillas de satén ciruela de *madame Vionnet* para atender tus viñas.

Francie se encogió de hombros, con una sonrisa demasiado brillante.

—Oh, no sé, es que todos son muy bonitos —respondió vagamente. Pero sabía que compraba esos vestidos porque a Buck le habría gustado vérselos puestos. Era

imposible apartarlo de su mente, imposible no pensar que formaba parte de su vida. Desde su partida, él le enviaba un telegrama todos los días, siempre diciendo lo mismo: «Te amo». Era jugar con fuego, pero si Buck volvía alguna vez a ella le sería imposible rechazarlo otra vez.

Annie sugirió, desconfiada:

—¿No habrás conocido a algún hombre? —Francie se ruborizó y su amiga se echó a reír, complacida—. Ya veo. ¿Y por qué no me has hablado de él?

Ella se mordió los labios y bajó la vista a las manos, azorada.

—No puedo.

—Eso significa que es casado —suspiró Annie—. Oh, Francie, ¿en qué te has metido ahora?

—Es Buck Wingate, Annie. —La noticia desbordó sus labios—. Es como un milagro. Porque el amor puede ser un milagro, ¿verdad? No ocurrió como con Edward, cuando me fui enamorando lentamente. Esto es amor, Annie. —Dijo la palabra casi gritando. Las vendedoras y las modelos se volvieron con una sonrisa: el amor era el amor en cualquier idioma. Francie redujo la voz a un susurro de conspiración, para poner a Annie rápidamente al tanto de su vertiginoso amorío.

—¿Y le dijiste que se fuera? —preguntó Annie, asombrada.

—Le dije que se fuera —confirmó ella. Sus ojos azules buscaban aprobación ansiosamente.

—En ese caso, ¿para qué tanta ropa nueva? Me parece que estás esperando volver a verlo.

—Si... No... Oh, Annie, no sé. Si vuelve... Oh, ¿qué debo hacer?

Una vendedora las interrumpió para que *madame* Harrison firmara la factura. Al salir del salón echaron a andar por la avenida, pensativas.

—Buck se enamoró de ti en cuanto te vio en mi fiesta —dijo Annie—. Tú no te diste cuenta, pero yo sí. Sin embargo, tenéis todo en contra, Francie. No solo por Maryanne, sino por su carrera. ¿Sabes a qué debería renunciar para casarse contigo?

Francie agachó la cabeza. Contra toda esperanza, esperaba que Annie sacara una solución de su bolsa de trucos, pero no la había. Buck vivía para su trabajo.

—Lo sé —dijo con tristeza—. Por eso le dije que se fuera. No puedo permitir que arruine un futuro brillante. Pero... Oh, Annie, ¿y si volviera?

Annie la miró compasivamente.

—Esperemos a ver qué pasa, tesoro.

Pasaron los días siguientes visitando hoteles. Por fin Annie decidió que los franceses tenían un estilo propio y que no le convenía competir con ellos. Entonces tomaron un tren a Burdeos, donde visitaron seis fincas, probaron cien vinos y compraron viñas nuevas para el rancho de Francie. Pero aún no podía olvidar a Buck. Arrastró a Annie hasta Cherburgo para tomar un barco a Nueva York, una semana antes de lo planeado.

En San Francisco guardó sus hermosos vestidos de París en el ropero y se dedicó

a esperar la llamada. Pasó una semana; luego, dos. Ella decidió no llamarlo; no debía. Al cabo de tres semanas se obligó a aceptar el hecho de que aquello había terminado y partió hacia el rancho, con el corazón destrozado.

El tiempo era frío y ventoso, pero el cielo mostraba un azul claro y seco. Francie se puso los pantalones de montar y la camisa de franela a cuadros, luego se echó sobre los hombros una vieja chaqueta azul marino. Ensilló su caballo favorito y cabalgó hacia las colinas. El viento frío le tironeaba del pelo y le irritaba las mejillas, pero ella lo recibió de buen grado: cualquier cosa estaba bien, si calmaba el dolor de la nueva soledad.

Horas después condujo a la cansada yegua de regreso, a paso lento, lamentando haber conocido a Buck Wingate. Y cuando entró en el patio, allí estaba él.

Se bajó del caballo y cayó en sus brazos en un instante.

—Hiciste mal en venir —dijo, con la voz apagada contra su hombro.

—Te equivocas. Es aquí donde debo estar. —La apartó estirando los brazos para mirarla—. ¿Vas a pedirme otra vez que me vaya?

Ella movió la cabeza.

—No puedo. Pero jamás te apartaré de tu esposa, Buck Ni de tu carrera. Me conformo con verte donde se pueda.

Y mientras él la abrazaba se dijo que, pese a todas las enseñanzas del mandarín, seguía siendo una mujer débil e indefensa cuando se trataba de amor.

Capítulo 37

1930.

Maryanne Wingate era una mujer ocupada; era rica y caprichosa y estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya, pero no era tonta. Aunque sospechaba que Buck tenía una aventura amorosa, al principio no dijo nada, suponiendo que pasaría como pasan esas cosas. Eso no la preocupaba; sabía que los hombres necesitaban tener aventuras con cierto tipo de mujeres, a las que pagaban con pequeños regalos o en frío efectivo, mujeres que no eran como ella. Y sabía que los Bucks de este mundo nunca se casaban con las de ese tipo. Como esposa, su posición era inviolable. Pero los meses pasaban, los viajes de fin de semana se hacían más frecuentes y la puerta que comunicaba ambos dormitorios permanecía firmemente cerrada. Entonces comenzó a asustarse. Una cosa era un amorío casual; una indiscreción grande sería un desastre.

Pensó, enojada, en todo el tiempo y el esfuerzo que había dedicado a impulsar la carrera de Buck. Entonces decidió llegar al fondo de las cosas. Llamó a una agencia de detectives muy discreta para que siguieran a su esposo. La horrorizó la rapidez con la que recibió su informe; al parecer, Buck no se molestaba mucho en disimular sus huellas. Más aún se horrorizó al descubrir el nombre de su rival.

Pasó días rabiando en silencio y paseándose por su cuarto como una pantera enloquecida. Buck estaba otra vez ausente... en el rancho, con esa. Hacía más de un año que se reunían allí. Cabía agradecer a Dios que, por lo menos, el rancho estuviera en el medio de la nada; de ese modo no exhibían sus relaciones ante todo San Francisco. Recordó haber visto a Francie Harrison en una fiesta y reconoció, enfadada, que la mujer era hermosa; con una reputación como la que tenía, era comprensible que Buck hubiera caído en sus manos. Pero era preciso hacer algo, si no quería perder todo aquello por lo que tanto había trabajado.

Francie vivía para los fines de semana que pasaba en el rancho, que era el hogar de ambos: de ella y de Buck. Ahora compartía su dormitorio con él, tenía sus ropas en el armario y sus botas de montar en el vestíbulo, junto a las de ella. El nervioso purasangre negro de Buck se alojaba en el establo, con su yegua india. Él había llenado los estantes con sus libros, el escritorio con sus papeles y el cuarto de baño con sus cosas para afeitarse. Dos años después del encuentro en París, estaba más enamorada que nunca. Su mundo entero giraba alrededor de las horas robadas que pasaba con él. Había respetado su decisión de no pedir nunca más, pero ahora las cosas eran distintas. Lo necesitaba.

Era viernes por la noche y él estaba viajando desde San Francisco. Francie se paseaba por el porche delantero, contemplando el camino con ojos esperanzados. Suspiró de felicidad al enumerar sus bendiciones: tenía ese hermoso rancho, con sus vacas lecheras, su ganado y sus preciosas viñas; tenía una casa estupenda en San Francisco y sus obras de caridad; tenía fortuna y dos buenos amigos: Annie y el mandarín; tenía un hombre que la amaba. Y ahora iba a tener un hijo de él.

La cara se le nubló al pensar en su hermoso Ollie. Habría dado con alegría cuanto era suyo para poder recuperarlo; como las circunstancias de su muerte eran demasiado penosas, las había relegado al fondo de la memoria, pero lo tenía siempre en sus pensamientos y con frecuencia hablaba de él con Annie. Recordó la noche de su nacimiento, allí en el rancho, con la única ayuda de Annie y Lai Tsin. Y ahora tendría otro hijo sin padre.

Su felicidad se evaporó con prontitud al enfrentarse a los hechos. Si pensaba solo en sí misma, jamás pediría a Buck que se divorciara de Maryanne; pero ahora debía pensar en su hijo. Se dejó caer en la mecedora del porche y cerró los ojos, asaltada por la antigua soledad, preguntándose qué hacer.

Buck la vio en cuanto giró en el recodo del camino, con su pequeño Ford, y le tocó la bocina, haciendo que los pájaros alzaran el vuelo entre los árboles y que los perros ladraran en los establos. Se detuvo en el patio con un chirriar de ruedas, bajó de un salto y subió los peldaños hacia el porche, maravillándose de que el corazón aún le diera un pequeño vuelco cada vez que la veía. Ella se acercó y se abrazaron con fuerza.

—Hace demasiado tiempo que no te veo —murmuró él, contra la suave cabellera—. Un mes entero.

Entraron de la mano y él echó una mirada apreciativa a su alrededor. El rancho era el único sitio que no cambiaba nunca. Oh, claro que había un cuarto agregado aquí y allá, una pintura nueva en la sala, tal vez diferentes cortinas en las ventanas; pero el corazón de la casa no cambiaba nunca. Brillaban las tablas de olmo del suelo; los cristales de las ventanas centelleaban al sol; había grandes ramos de flores silvestres en innumerables jarrones y la casa olía a madreselva y lavanda, mezcladas con los pasteles de cerezas que Hattie horneaba en la cocina.

—Dios, cómo amo este lugar —dijo, con la voz llena de nostalgias—. Cada vez que llego me pregunto por qué me fui. —Asomó la cabeza por la puerta de la cocina—. Hola, Hattie. ¿Qué hay para cenar?

—Hola, señor Buck. Bueno, solo tenemos pollo frito con bananas fritas a la sureña, como a usted le gusta. Nada más.

La cara de la mujer se alegró con una ancha sonrisa. Él se la devolvió.

—Por eso te amo, Hattie. Tú sí que sabes conquistar a los hombres.

—A algunos hombres —resopló ella, volviendo a sus hornillas. Pero sonreía. Hattie era el ama de llaves de Francie y aprobaba sus relaciones con el señor Buck. Con frecuencia le decía, firmemente:

—Cátese con él, señorita Francie. Es lo mejor que pudo pasarle en la vida.

—Pero si ya está casado —protestaba Francie.

El ama de llaves lanzaba un resoplido por la nariz, observando:

—Cualquiera puede divorciarse, ¿no? Y es como si ustedes estuvieran ya casados... a los ojos del Señor.

—Tienes razón, Hattie —decía Francie, pensativa—. Es como si ya estuviéramos casados.

Con frecuencia se consolaba pensando en eso, durante los largos períodos en que Buck estaba en Washington... con Maryanne.

Él se quitó la ropa y se encaminó hacia la ducha, cantando desafinadamente a todo pulmón. Francie reía.

—¿A que no adivinas? —gritó él.

—¿Qué?

—Te traje algo. En el bolso.

A ella se le iluminaron los ojos.

—¿Un regalo?

—Algo especial, muy especial —entró en el dormitorio, con una toalla envuelta a la cintura—. Espero que te guste.

Ella abrió el bolso y se quedó mirando la pequeña caja dorada.

—Anda, ábrelo —dijo él, suavemente. Sus ojos sonrientes permanecían fijos en la cara de Francie.

Ella desató la cinta y abrió la cajita. Era una perfecta miniatura de Ollie, tal como lo recordaba. Estalló en lágrimas.

—Oh, Francie, por Dios, lo siento. —Buck se sentó en la cama, a su lado, mirándola con preocupación—. Lo hice copiar de la fotografía que tienes en el dormitorio. Annie tiene una copia y me la prestó. Me pareció que el pintor había captado perfectamente su expresión. Pensé que te gustaría. Oh, Francie, no quería alterarte así.

Ella meneó la cabeza, con los ojos rebosantes de lágrimas.

—Es Ollie, sí. Por eso lloro. ¡Qué regalo tan maravilloso!

Por algún motivo, no parecía una ocasión adecuada para hablarle del bebé. A la mañana siguiente lo vio regresar a San Francisco, de prisa. Se hospedaría en Aysgarth, como de costumbre. Lo despidió agitando la mano; envidiaba a Annie, que podía hablar con él y hasta cenar públicamente en su compañía sin provocar un escándalo.

El rancho le pareció tan solitario que, siguiendo un impulso, decidió regresar también a San Francisco.

Horas más tarde detenía el automóvil ante su casa. Harry Harrison, que estaba a punto de salir, se detuvo al pie de su escalinata y la vio entrar de prisa, sin una sola

mirada en su dirección. Francie vestía un sencillo conjunto de chaqueta y falda y conducía un Ford sin pretensiones, pero tenía el aire desenvuelto y seguro de la mujer que es rica por derecho propio. Y así era, demonios.

Harry echó a andar hacia el Pacific Union Club, rabiando en silencio; pensaba en su hermana y en Lai Tsin Corporation; gracias al astuto cerebro comercial del mandarín, apenas había sido afectada por el derrumbe de la Bolsa. En cambio, él había estado muy cerca de hundirse. Aún podía considerarse rico, midiendo con cualquier vara, pero no con la propia. El Banco Mercantil Harrison sobrevivía, gracias a una administración decente (que tampoco era mérito suyo), pero él ya no era presidente del consejo directivo, no manejaba sus operaciones diarias ni podía, por cierto, tocar sus bienes. En cambio, su agencia de inversiones bursátiles había recibido un castigo irreversible y sus inversiones desaparecían como la nieve fundida.

Le quedaba parte de su fondo en fideicomiso y algunas acciones preferenciales. Pero su inversión más importante, las minas de fosfato de Sudamérica, no estaba rindiendo lo prometido. Era seguro que daría beneficios, si él lograba resistir; algún día recuperaría la fortuna de los Harrison y sería como su abuelo, el que guardaba sus barras de oro en las bóvedas del banco, donde nadie pudiera tocarlas. Mientras tanto, su padre debía de estar revolviéndose en la tumba, al ver que Francie se pavoneaba con sus mal ganado dinero y sus relaciones ilícitas con ese maldito chino.

Aunque el club estaba atestado, sus ojos inquietos divisaron inmediatamente a Buck Wingate, que conversaba con un par de eminentes comerciantes de San Francisco. Se acercó a grandes pasos y le dio una palmada en el hombro.

—Buenas tardes, Buck —dijo cordialmente, mientras saludaba a los otros con la cabeza—. Ya veo que ahora estás ocupado, pero después me gustaría hablar contigo, si es posible.

La última persona con quien Buck deseaba encontrarse era con Harry, pero su firma aún manejaba el fondo en fideicomiso y no había alternativa.

—A eso de las cinco estaré en el Aysgarth —dijo fríamente—. ¿Por qué no vas a verme a esa hora?

Harry asintió. Había captado la frialdad en la voz de Buck y eso le enojó. Le volvió la espalda y pidió un *whisky*, preguntándose qué derecho tenía ese maldito Buck Wingate a mostrarle esos aires de superioridad, si él era su cliente, qué diablos. Los Wingate habían ganado una fortuna manejando los asuntos de los Harrison durante tantos años, y Wingate haría bien en no olvidarlo. Se sentó con su bebida, enfadado. Primero había sido Francie, con su maldita superioridad; ahora, Buck. ¿Qué demonios se creían esos dos?

Buck estaba solo en San Francisco. Por eso Annie se sorprendió al ver que Maryanne Wingate entraba en el vestíbulo y hablaba con el recepcionista. Sabía que no se la esperaba, porque cuando Buck venía con su esposa ambos pedían siempre la *suite* real. Notó que, aun después de un viaje, Maryanne estaba impecable y serenamente hermosa; vestía un abrigo rojo de ancho cuello de zorro plateado y un

sombrero de piel haciendo juego.

—¡Qué grata sorpresa, señora Wingate! —dijo—. No la esperábamos.

Maryanne la miró con frialdad. Sabía que Annie Aysgarth era amiga de Francie Harrison; probablemente estaba enterada de sus asuntos con Buck.

—Decidí dar una sorpresa a mi esposo —dijo, con una sonrisa inocente—. El pobre viaja tanto... y yo sé que me extraña. Cuando un hombre está constantemente presionado, como él, necesita el apoyo de su esposa, ¿verdad?

Annie sonrió simpáticamente, pero algo en la sonrisa de Maryanne hizo sonar campanas de alarma en su cabeza.

—No lo dudo, señora Wingate —dijo—, pero lamento no haberlo sabido antes, para reservarle su *suite* favorita. Temo que ya está ocupada. ¿Puedo ofrecerle en cambio la Knaresborough? No es tan amplia, pero tiene la misma vista a la plaza y los jardines.

—Da igual —aceptó Maryanne, con una rapidez nada habitual en ella—. Haga trasladar las cosas del señor Wingate junto con las mías.

Mientras la acompañaba al ascensor, Annie tuvo la corazonada de que algo estaba mal; normalmente, Maryanne habría rechazado cualquier *suite* más pequeña. Estaba demasiado complaciente, toda sonrisas y dulzura, y hasta hacía comentarios banales sobre el clima.

—Creo que voy a descansar un rato, señorita Aysgarth. ¿Puede ordenar que no se me moleste? La camarera puede ocuparse de mi equipaje más tarde. Pero le agradecería mucho que me hiciera subir un poco de té.

En cuanto Annie hubo cerrado la puerta tras ella, Maryanne se deshizo de su abrigo rojo y su sombrero. Sacó las llaves de su bolso de cocodrilo y abrió la gran maleta de cuero; de ella sacó un sencillo abrigo negro, retirando las montañas de papel de seda en que su criada lo había envuelto, y un sombrero negro de ala ancha.

Corrió al cuarto de baño para empolvase rápidamente la cara y pintarse los labios; se cepilló el corto pelo rubio y lo escondió bajo el sombrero. Alguien golpeó a la puerta, haciendo que se volviera con un gesto culpable, pero era solo la criada que traía el té; sin salir, Maryanne le indicó que lo dejara en la mesa. Cuando la puerta volvió a cerrarse, se puso el abrigo negro, volvió a inspeccionar su imagen en el espejo y, después de recoger su bolso, marchó hacia la puerta.

Tras echar un vistazo al pasillo desierto, corrió a la salida de emergencias y abrió la puerta de incendios. Mientras descendía apresuradamente la tosca escalera de cemento, fue contando los pisos hasta quedar mareada. Al llegar abajo echó una mirada a su alrededor y cruzó la salida trasera. Por primera vez en su vida usaba una entrada de servicio. Se caló el sombrero negro, rogando que nadie la viera girar por la calle Taylor, rumbo a Nob Hill.

La cuesta era empinada. Con el corazón acelerado, subió por la calle California, buscando la casa de Francie. Al verla se detuvo por un momento, hasta serenarse; luego subió con firmeza los peldaños y tocó la campanilla. Harry, que volvía del club,

echó una mirada sorprendida a la mujer que llamaba a la puerta de su hermana. No eran muchos los que visitaban la residencia de Lai Tsin, pero en esa mujer de negro había algo espectralmente familiar. Escondiéndose sigilosamente entre las sombras, vio que el criado chino abría la puerta y la mujer le decía algo. Cuando el muchacho abrió la puerta un poco más, ella giró para echar un vistazo a ambos lados antes de entrar. Harry emitió un sordo silbido de asombro. ¿Qué diablos hacía Maryanne Wingate en casa de su hermana? No debía de ir para nada bueno. Maryanne no era de las que acechan los umbrales ajenos; además, su modo de vestir equivalía a un disfraz, con el cuello del abrigo levantado y el sombrero calado hasta los ojos.

Continuó el camino hacia su casa, intrigado. Siguió observando desde una ventana del primer piso, pensando que estaba equivocado y que no era Maryanne. Esperaría a que ella saliera para estar seguro.

El criado buscó a Francie en su cuarto para decirle que la señora Wingate deseaba verla. Ella lo miró sin decir nada, con el estómago contraído de espanto.

—¿La señora Wingate? —repitió, con la esperanza de que fuera un error.

El criado asintió, solemne.

—La señora Wingate, señorita Francie. Está esperando en el vestíbulo.

Francie se levantó lentamente. Solo un motivo podía llevar a Maryanne Wingate hasta su vestíbulo. Miró su corta falda tableada de lana azul y su sencilla blusa blanca, preguntándose si no convenía ponerse algo más impresionante para enfrentarse a su rival. Luego se encogió rápidamente de hombros.

—Hazla pasar a la sala, toma su abrigo y dile que bajaré en un minuto.

Se sentó ante el tocador, temblando, para estudiar su cara asustada. Luego se cepilló la cabellera y la ató atrás con una cinta de terciopelo. Agregó un toque de esencia de jazmín, aspiró hondo y marchó hacia la puerta. Allí vaciló, apretando las manos al vientre y a la invisible redondez que era el hijo de Buck. Luego abrió la puerta y descendió lentamente la hermosa escalera curva.

Ah Fong, el criado, le abrió la puerta de la sala. Maryanne estaba de pie ante la ventana, contemplando la calle California. Las dos mujeres se miraron con fijeza, midiéndose mutuamente.

—¿Señora Wingate? —saludó Francie, cortés. Pero no le alargó la mano. Maryanne tampoco lo hizo.

—Iré directamente al grano, señorita Harrison —dijo—. Usted sabe a qué he venido, por supuesto.

Francie no dijo nada. Maryanne se paseó entre la ventana y el hogar de mármol, observando lentamente la lujosa habitación, con sus alfombras orientales y sus obras de arte.

—Tiene usted una hermosa casa, señorita Harrison —observó fríamente—. Como usted es muy rica, no la insultaré preguntando si es con dinero de mi esposo con lo que ha pagado estos lujos.

Francie levantó el mentón en un gesto de advertencia, pero la dejó continuar sin

decir nada.

—Es bien sabido —dijo Maryanne, con voz serena— que los hombres, a la edad de mi esposo, suelen sucumbir a... —vaciló en busca de las palabras exactas—... una crisis del corazón. Viven presionados por el trabajo y la familia; de pronto necesitan un cambio. Una aventura sexual es muy tranquilizante para el orgullo masculino, señorita Harrison. A veces llego a pensar que son aún más vanidosos que las mujeres —su sonrisa fue casi conspiratoria—. Pero usted sabe, sin duda, que son solo niños traviesos.

Su mirada se hizo más dura al observar a Francie, con su ropa sencilla, sin maquillar y el pelo recogido con una cinta.

—Debo admitir que usted no es como yo esperaba —añadió—. La había imaginado a una mujer más llamativa, que disfrutara de la intriga y el suspenso de un romance ilícito.

Dejó de mirarla y volvió a la ventana. Francie también la observaba; la esposa de Buck era hermosa, sin duda. Su frialdad también era evidente. Y con ese impecable vestido de lana gris, era una dama de pies a cabeza.

—¿Qué quiere decirme, señora Wingate? —preguntó, sorprendida de que su propia voz sonara tan sosegada, cuando por dentro estaba revuelta por el miedo.

Maryanne giró desde la ventana.

—He venido para apelar a su inteligencia, señorita Harrison. No quiero conocer los sórdidos detalles de su relación con mi esposo, pero hay cosas sobre él que usted debería saber. Por el bien de él. Dígame: ¿ha pensado usted en sus hijos?

El corazón de Francie dio un brinco. Maryanne no podía saber que ella estaba embarazada. Ni el mismo Buck lo sabía aún.

—Todavía son pequeños, señorita Harrison, y tienen derecho a crecer con su padre. Necesitan su ayuda y su orientación, por no hablar de su apoyo. ¿Cómo los afectaría este escandaloso asunto? —Se detuvo por un momento, atravesando a Francie con los ojos. Luego continuó—: No voy a hablar de la ofensa que esto representa para mí, pero sí de algo más importante. No solo para mí, sino para Buck. Y para nuestro país. —Se sentó en el borde de la silla, frente a Francie, con las manos cruzadas alrededor de sus torneadas rodillas y las cejas elevadas en un gesto de interrogación—: ¿Él habla con usted de su trabajo? —Y se encogió de hombros, sin esperar respuesta—. No, claro que no, sin duda tiene otras cosas de qué conversar con usted. En ese caso, debo decirle que para Buck su trabajo es todo. Es un hombre responsable, un animal político de cabo a rabo. Vive para la política. Usted lo conoce desde hace poco y no puede comprender estas cosas. Pero yo lo conozco desde siempre, ¿sabe? Su padre solía traerlo a mi casa cuando era niño. En casa eran todos políticos. Buck no se molestaba en jugar con nosotros, los niños. Oh, no: siempre estaba rondando la biblioteca para escucharlos conversar. Creo que absorbió la política por ósmosis, a través de la piel. Y debo decir que mi familia lo alentó. Al crecer él, los míos comprendieron que tenía un gran futuro ante sí. Si usted aparta a

Buck de la política, señorita Harrison, será como si le clavara un puñal en la espalda. —Hizo otra pausa para dejar que sus palabras surtieran efecto. Francie la miraba, hipnotizada—. Un escándalo como este sería el fin de su carrera.

Francie apartó la vista de la mujer y la bajó a los dibujos de la alfombra.

—Comprendo —dijo en voz baja.

Maryanne suspiró.

—Eso espero, señorita Harrison, eso espero. Por el bien de Buck, no por el mío. —Hizo una pausa, con un brillo de triunfo en los ojos—. Buck tiene un brillante futuro en la política. No sería justo que alguien lo pusiera en peligro.

A Francie le dio un vuelco el corazón. Pensó en el niño que estaba gestando y comprendió lo profundo que era el abismo entre la vida de Buck y la suya. Los días pasados en el rancho, que le parecían tan reales, eran solo una representación teatral. La realidad era el hombre de brillante futuro político, casado con la mujer perfecta, cuyos hijos tenían derecho a llevar su apellido. Miró a Maryanne Brattle Wingate, tan segura de estar en lo cierto, de su vida, de sus derechos sobre su marido, y comprendió que jamás podría pedir a Buck que renunciara a todo eso. No sería ella quien le clavara el puñal en la espalda, quitándole todas las cosas por las que tanto se había esforzado.

Había tristeza en sus ojos, pero serenidad en su voz.

—Gracias por su visita, señora Wingate. Comprendo cuánto le ha costado. Naturalmente, diré a Buck que no deseo volver a verlo.

Maryanne no pudo disimular una entonación triunfal.

—Cuento con su discreción, desde luego. Ya sabe usted lo importante que es para él.

—Desde luego.

Francie la acompañó hasta el vestíbulo. Mientras Maryanne se ponía el abrigo y el sombrero, añadió en voz baja:

—Ah Fong la acompañará a la salida.

Volvió a subir la escalera y se tendió en la cama, sin llorar.

Oyó que abajo se cerraba la puerta y levantó la vista al techo. Imaginaba a la señora Wingate, que descendía apresuradamente los escalones de entrada para alejarse cuesta abajo, volviendo hacia su esposo y el estupendo futuro que ambos tenían en común. Y mientras fluían las amargas lágrimas, se preguntó por qué la suerte la trataba con tanta dureza. Una vez más se sentía como cuando era niña, cuando su terrorífico padre se erguía ante ella con la correa en la mano. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que vivía en un mundo de hombres, siendo solamente una mujer.

Capítulo 38

Annie, atónita, vio que Maryanne Wingate cruzaba a paso rápido el vestíbulo y se detenía junto al ascensor; mientras esperaba a que apareciera, tamborileaba con el pie contra el suelo, impaciente. La vio echar una mirada nerviosa a su alrededor antes de que las puertas del aparato se cerraran, llevándosela fuera de la vista. En tantos años como Maryanne llevaba alojándose en Aysgarth, nunca se la había visto así, con ese anónimo abrigo negro, escurriéndose por el vestíbulo del elegante hotel como si fuera una esposa culpable.

Annie agitó la cabeza. Algo estaba mal y ella lamentaba no saber qué era, porque cada vez era más fuerte esa sensación en sus huesos.

Quince minutos después entró Harry Harrison. Se acercó al escritorio, dijo al recepcionista que el señor Wingate lo estaba esperando y preguntó qué *suite* ocupaba. Annie, desconfiada, lo vio tomar el ascensor y preguntó al recepcionista donde iba. Se quedó estupefacta al enterarse de que se dirigía a las habitaciones de los Wingate. Entonces pasó al salón y tomó asiento cerca de la entrada, desde donde podría vigilar quiénes entraban y salían. Por fin pidió té y se acomodó para esperar.

Cuando Maryanne estaba saliendo de la ducha sonó la campanilla de la puerta. Debía de ser el servicio de habitación, con el café que ella había pedido.

—Pase —indicó.

El café era su único vicio y en ese momento necesitaba tomar una taza. Había tenido una tarde tensa, pero creía haberla manejado estupendamente bien.

—Deje la bandeja en la mesa —indicó desde el cuarto de baño, mientras se secaba con una suave toalla color melocotón, cuya felpa tenía más de dos centímetros de grosor. Había que reconocer que Annie Aysgarth, cualesquiera que fuesen sus orígenes, conocía «lo mejor» y no ofrecía otra cosa, aun tratándose de toallas. Tarareando una melodía, se puso la bata de terciopelo azul y hundió sus aristocráticos pies en las pantuflas que completaban el juego, bordadas con el escudo familiar, que había encargado especialmente a una exclusiva tienda de Londres. Aún segura canturreando alegremente cuando salió del cuarto de baño y se encontró cara a cara con Harry Harrison.

—Por Dios —exclamó, sobresaltada—, ¿cómo entró?

—Toqué la campanilla, usted me dijo que pasara y lo hice. Disculpe si la he asustado, Maryanne pero Buck me indicó que viniera a verlo alrededor de las cinco. Creo que me adelanté un poco.

Maryanne suspiró. No se molestó en fingir que esa presencia la complacía. Harry no figuraba entre su gente favorita. En realidad, Harry no servía más que para causar problemas y nunca había podido explicarse por qué Buck perdía el tiempo con él. La campanilla volvió a sonar; esta vez era el camarero que traía el café; lo dejó en la

mesa y se retiró.

Maryanne miró a Harry con fastidio. Quería estar sola cuando Buck entrara, para sorprenderlo con la mujer sensual en la que iba a convertirse; por él, no por sí misma. Mientras servía el café pensó, con una pequeña sonrisa, que era muy bueno para el orgullo personal poder despedir a una amante y recuperar al marido; una se sentía tan bien que casi valía la pena pasar por todo eso.

—¿Café? —ofreció, alargando la taza a Harry.

—Gracias, Maryanne. —Él se sentó en el sofá, frente a ella, admirándola con la vista.

—¿Para qué quiere hablar con Buck? —preguntó, sosteniéndole la mirada con altanería.

Él sorbió el café caliente y la miró con aire pensativo. Luego respondió:

—Se lo diré si usted me dice exactamente qué hacía esta tarde en casa de mi hermana.

Maryanne sintió que palidecía; Harry la había pillado por sorpresa. Dejó la taza con mano trémula.

—Creo que usted está equivocado —dijo, ordenando frenéticamente sus pensamientos dispersos—. Yo no conozco a su hermana. Ah, un momento. Miento. —Levantó una mano e inclinó la cabeza hacia atrás, como si estuviera pensando—. Sí, nos vimos una vez, en una fiesta de Annie Aysgarth. Creo que nos presentaron.

Y se encogió delicadamente de hombros, como si no valiera en absoluto la pena hacer memoria.

Harry, que se estaba divirtiendo, sonrió.

—Mi mayordomo también la vio, Maryanne. Y mi portero. Y aún con ese sombrero puesto —agregó, señalando el abrigo negro que ella había dejado en la silla, con el sombrero y el bolso—, no había duda de que era usted. —Con la misma delicadeza con que ella había expresado las cosas a Francie, un rato antes, concluyó —: Me pregunto si nuestro querido Buck, tan recto y responsable, ha entablado una relación íntima con mi extravagante hermana.

Al ver la cara espantada de la mujer soltó una carcajada.

—He dado bien en el blanco, me parece —barbotó, dejando su taza.

—Como de costumbre, Harry, está diciendo tonterías —objetó ella, glacial. Pero la voz le temblaba un poquito y él era de los que reparaban en esos detalles.

—Oh, creo que no. Considerando lo que dice el informe de los detectives, no.

Ella lo miró con horror; su cara tenía el color de la tiza.

—¿El informe de los detectives?

Harry dio una palmada a su bolsillo, con una suave sonrisa.

—Hay que cerrar las puertas con llave, Maryanne, y no hacer pasar a cualquiera sin saber de quién se trata. Nunca se sabe; podrían entrar ladrones. Y su bolso estaba allí, tan tentadoramente abierto...

Maryanne echó un vistazo a su bolso; luego cerró los ojos, descompuesta.

—Qué cerdo —dijo por lo bajo.

—Oh, no sé. —Él hablaba con desenvoltura—. No quiero perjudicar a nadie. Solo necesito una pequeña ayuda... de ti y de Buck. Una o dos palabras dichas en el sitio adecuado, quizás a tu padre y a un buen banquero. Ya me entiendes. Tengo minas de fosfato en América del Sur, ¿sabes? Y necesito algún respaldo financiero. Considéralo como una inversión, Maryanne. Eso es todo: Una inversión. Porque esa mina no tardará en proporcionar sus fosfatos al mundo. Entonces ganarás una fortuna.

—Ya tengo una —replicó ella con frialdad.

Él se encogió de hombros, levantándose para salir.

—Te propongo algo: discútelo tú con Buck —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—. Tú sabrás convencerlo mejor que yo. Lo dejo en tus hábiles manos, Maryanne.

Ella le clavó una mirada asesina. Harry, sonriente, dio una palmadita significativa al bolsillo donde tenía el informe de los detectives y se fue por el pasillo, riendo, como si la vida fuera una gran broma. Y esta vez la broma era contra ella.

Buck estaba en el vestíbulo, esperando el ascensor.

—Harry —exclamó, sorprendido, al verlo bajar.

—Es una lástima que no hayamos podido conversar, Buck —dijo el otro, rodeándolo para dirigirse a la salida—. Tengo algo de prisa. Pero hablé con Maryanne. Ella te explicará todo.

Buck se volvió a mirarlo con expresión desconcertada.

—¿Con Maryanne? —repitió.

Annie se le acercaba apresuradamente.

—Oh, Buck, temo que el señor Harrison ha arruinado tu pequeña sorpresa. La señora Wingate me dijo que había tenido la idea de reunirse contigo. He trasladado tus cosas a la *suite* Knaresborough, que está en el mismo piso.

Se miraron por un momento. Con frecuencia Annie se reunía en el rancho con Buck y con Francie. Los comprendía a ambos y, aunque no aprobaba esas relaciones, eso no afectaba la simpatía que él le inspiraba. Pero nunca hablaban de ese tema.

Buck entró en el ascensor, haciendo un gesto afirmativo.

—Gracias, Annie —dijo, fatigado. La jornada había sido larga; estaba demasiado exhausto como para preguntarse por qué Maryanne había decidido reunirse con él en San Francisco o qué buscaba Harry Harrison.

Pero Annie sospechaba por qué estaba Maryanne allí. No se sorprendió en absoluto al ver aparecer al criado de Francie, un rato después, con un sobre que decía «personal y privado», para ser entregado al senador Wingate cuando estuviera solo.

Annie Aysgarth recibió la nota y llamó a Buck por teléfono, para pedirle que bajara a hablar con ella.

Él se preguntó qué querría. Maryanne, en cambio, estaba segura de saberlo. Buck estuvo ausente varias horas; cuando regresó parecía enloquecido.

Cautelosa, ella lo vio pasearse de cuarto en cuarto, con los ojos aturcidos por la pena. Aliviada, se dijo que había llegado justo a tiempo. Todo habría resultado

perfecto, a no ser por ese cerdo de Harry. De cualquier modo, el hombre solo quería dinero; Maryanne podía pedir a su padre que le hiciera un par de favores y Buck no se enteraría de nada. Pero le preocupaba la expresión triunfal de esa cara odiosa. Y si Buck empezaba a portarse como un loco, sería mejor vigilar que no hiciera estupideces. Como volver con Francesca Harrison.

Buck miró por la ventana. San Francisco estaba envuelta en una de sus súbitas brumas blancas, pero él apenas se dio cuenta. Se sentía desgarrado por dentro. Al leer la carta que Annie le entregaba había dicho, incrédulo:

—No, no puede ser.

Pero la cara grave de Annie confirmaba que sí. Releyó una y otra vez la nota de Francie: «No puedo seguir viviendo así, —decía—. Es solo la mitad de una vida y últimamente, ni siquiera eso. Comprendo que hice mal en apartarte de tu propio mundo, de tus hijos y tu trabajo. Tengo derecho a tomar esta decisión Buck, y es definitiva. No quiero que la discutas ni que trates de verme. Solo quiero que me dejes en paz, para reconstruir mi propia vida. Te he amado y he sido feliz, pero eso acabó...».

Buck había salido del hotel para subir a Nob Hill. Golpeó a la puerta de Francie hasta que atendió el criado. Era la primera vez que visitaba su casa; entró en el vestíbulo, buscándola con la mirada.

—¿Dónde está? —inquirió—. Necesito hablar con ella.

Aunque el criado le dijo que ella no estaba, pasó de habitación en habitación, incrédulo, llamándola por su nombre.

—La señorita Francie no está en casa —repitió el muchacho, asustado—. Se ha ido, pero no al rancho. Dijo que se ausentaba por mucho tiempo.

Agitó los brazos en un ademán vago. Buck lo miró, desolado, comprendiendo que era cierto: Francie lo había borrado de su vida para siempre.

Por fin volvió la espalda a la ventana para mirar a su esposa, suspicaz.

—¿A qué viniste, Maryanne?

—Bueno, quería darte una sorpresa, querido.

Buck dio un paso hacia ella, con los ojos alterados por el dolor y la cólera.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, nerviosa.

Él se le acercó, con los puños apretados, como si se dominara con un terrible esfuerzo. Todo su cuerpo temblaba.

—Esto es obra tuya, ¿no, Maryanne? Fuiste a verla.

Ella le volvió la espalda, sin mirarlo.

—No sé qué quieres decir.

—¡Claro que lo sabes!

—Tienes que pensar en tus hijos —replicó ella, a la defensiva—. Después de tanto trabajar, debes pensar en tu futuro.

—¿Es realmente mi futuro, Maryanne? ¿O el tuyo? —Le sujetó el mentón entre los dedos, levantándole la cara para obligarla a mirarlo—. No lo voy a olvidar —advirtió en voz baja.

La mujer leyó en sus ojos la derrota y comprendió que había ganado.

—Todo es para bien, Buck —dijo, solícita—. No he pensado más que en ti. Después de todo, soy tu esposa.

Él la soltó. Su matrimonio era una cáscara vacía. Francie lo había dejado. Hacia adelante se estiraba un futuro brillante, pero a él ya no le importaba.

Observó a Maryanne, tan elegante y hermosa con su ceñida bata de terciopelo azul. Era su esposa y la madre de sus hijos; protegía a los suyos. Pero la distancia que siempre había existido entre ambos estaba allí, entre los dos, enroscada como una serpiente venenosa.

—¡Buck! —exclamó ella, al ver que su marido se dirigía hacia la otra habitación.

Él cerró la puerta.

Maryanne se dejó caer en el sofá, con un suspiro de alivio. Todo había acabado. Recordó su expresión dolorida y se dijo que no podía ser tan grave. En uno o dos días habría desaparecido, como el dolor de un niño con la rodilla despellejada, y entonces Buck se sentiría mejor. Entonces podrían recoger los fragmentos y la vida continuaría como si nada hubiera ocurrido.

Lysandra nació con el alba de una bella mañana primaveral, en la vieja y encantadora cama tallada de Dolores de Soto Harrison. Annie estaba junto a Francie. También el mandarín estaba allí para compartir su júbilo.

Fue él quien alzó a la niña, envuelta en su bonita mantilla blanca. Sus ojos negros brillaban de felicidad, pues Francie tenía a otra criatura en la que volcar su amor.

—Una hermosa niñita —exclamó Annie, gozosa—. Oh, Francie, este viejo rancho volverá a ser un lugar feliz.

—No lo dude, señorita Francie —dijo Hattie, observando la carita apretada de la pequeña—. Es como un pimpollo de rosa por la mañana, antes de que el sol le abra los pétalos.

Francie sonrió.

—Temo que jamás tendré todo un ramillete, Hattie —dijo. Luego miró con melancolía al mandarín—. Lo que lamento es que Buck no pueda verla. Ojalá llevara el apellido de su padre.

Él le puso al bebé en los brazos, con cuidado, y le hizo una reverencia.

—Soy anciano y no puedo ocupar el sitio de su padre, pero la cuidaré como si fuera mi propia nieta. Le enseñaré cuanto he aprendido y compartiré tu alegría de verla crecer.

Francie miró a su más querido amigo. Era anciano, en verdad; él mismo no habría podido decir cuántos años tenía. Se lo veía más menudo, con los hombros

encorvados, pero su rostro era fuerte y sus ojos seguían refulgiendo con la energía de siempre; había en él una maravillosa dignidad. Ella pensó que se lo debía todo: cada uno de sus triunfos, grande o pequeño. Lai Tsing había sido su único golpe de buena suerte. Ahora sería también la de su hija.

—¿Quieres dar tu nombre a Lysandra? —preguntó—. Es honorable y yo me sentiría muy orgullosa.

El mandarín dilató los ojos, primero por estupefacción, luego por placer, y tomó la diminuta mano de la niña para besarla.

—Queridísima Francie —dijo, con la voz cargada de emoción—, acabas de otorgar a tu viejo amigo el más grande honor de su vida. Yo era un campesino indigno. No tenía nada: riquezas, familia ni amor. Ahora tengo las tres cosas. Tengo un nombre del que puedo enorgullecerme y una nieta que lo llevará. Soy la persona más feliz del mundo.

El mandarín fue el amado abuelo de Lysandra durante siete años. En todo ese tiempo, Francie respetó su promesa de no ver más a Buck. Sin embargo, pensaba en él todas las noches y seguía su carrera por medio de los periódicos. No volvió a verlo hasta después de la muerte del mandarín. Fue en 1937, en la fatídica semana de la fiesta de Harry.

QUINTA PARTE:

Francie.

Capítulo 39

1937.

Miércoles, 4 de octubre.

En la mañana siguiente a la fecha en que las cenizas del mandarín habían sido diseminadas en el mar, Lysandra Lai Tsin saltó de la cama al dar las seis y media. Aunque estaba triste, no soportaba perder un solo minuto del día. Siempre despertaba con la misma gozosa expectativa de que ocurriera algo estupendo. Y habitualmente así era: ya fuera sacar un diez en matemáticas, o quedarse a dormir en casa de su amiga Dorothy o, simplemente, que le sirvieran pastel de chocolate después de cenar. Lysandra disfrutaba de la vida y se enfrentaba a ella cara a cara todos los días. Nunca jamás temía que le ocurriera algo malo.

Por eso la muerte de su abuelo había sido un golpe tan grande, porque entre ambos había una relación muy estrecha y ella no sospechaba que sus seres queridos pudieran desaparecer.

Pero ese era un nuevo día y brillaba el sol. Llena de su viejo optimismo, corrió al cuarto de baño para lavarse rápidamente la cara; se cepilló el rubio pelo enredado y, después de hacerse una trenza torcida, lo ató con un trozo de cinta escarlata, al estilo chino. Una inspección al espejo le mostró que seguía teniendo la misma cara y los mismos ojos, redondos y azules; al fin y al cabo, no se había convertido en una belleza deslumbrante y madura de la noche a la mañana. Salió dando un portazo y, entre alegres silbidos, corrió por la galería semicircular que daba al gran vestíbulo, rumbo al cuarto de Francie.

Después de llamar a la puerta esperó el habitual: «Pasa, nena». Desde que era pequeña corría al cuarto de Francie en cuanto despertaba, evadiendo a su ama, para trepar a su cama y compartir su té con tostadas. A Francie le gustaban las tostadas con mantequilla y nada más, pero Lysandra siempre untaba las suyas con la mermelada de melocotón que todos los veranos preparaba Hattie, la cocinera y ama de llaves del rancho. Después, ella y Francie iban a nadar en la piscina del hotel Fairmont. Según su madre, era la única ventaja del Fairmont sobre el Aysgarth Arms, pero Lysandra, personalmente, prefería la decoración plateada y verde del bar del Aysgarth a la piscina cubierta del Fairmont.

Sin embargo, ese día no hubo respuesta en el cuarto de Francie. La niña abrió la puerta para echar un vistazo. Con un «¡oh!» de alarma, vio que nadie había dormido en la alta cama de dosel. Las cortinas de brocado azul aún estaban corridas, con la lámpara encendida. El retrato de Morisot, en su caballete dorado, relumbraba a la suave luz como un icono.

Lysandra miró a su alrededor, llamando a Francie. Inspeccionó el vestidor, con

sus atestados roperos, y el cuarto de baño, con sus espejos y sus estantes llenos de polvos y lociones. Pero Francie no estaba allí. La niña tuvo una súbita sensación de fatalidad. Después de haber perdido a su amado abuelo, ahora perdía también a Francie.

Corrió por la galería hasta el dormitorio del mandarín; vaciló antes de abrir la puerta.

Las habitaciones de Lai Tsin eran las únicas decoradas al estilo chino por Francie, que entendía de esas cosas. La primera era un estudio. Las paredes y el techo estaban lacados en un bello tono de rojo; dos de los muros sostenían estantes llenos de pesados libros encuadernados; cerca de la puerta había una simple mesa tallada, de madera negra. Las azaleas blancas, las favoritas del mandarín, florecían en un tiesto, cerca de la ventana. Sobre la mesa central pendía un farolillo de filigrana, decorado con borlas escarlatas. Alrededor de la mesa se agrupaban las grandes sillas de madera, de respaldo cuadrado y tan resbaladizas que a Lysandra le habían parecido siempre muy incómodas.

Corrió al dormitorio y miró hacia el interior, pero el austero cuarto blanco estaba como siempre. Había una cama de madera baja, al estilo chino, con una esterilla acolchada, un pequeño brasero en el hogar y altas ventanas, con biombos calados y visillos de papel de arroz. La alcoba del mandarín, desprovista de toda decoración, estaba desierta.

Lysandra volvió a correr por la galería, bajó la escalera y cruzó el vestíbulo, resbalando en el piso de madera encerada, hasta abrir de par en par la puerta de la salita de su madre. Entonces soltó un gran suspiro de alivio: Francie dormía profundamente, acurrucada en el sofá.

—¡Ah —exclamó—, estabas aquí!

Francie abrió los ojos, desconcertada. Echó un vistazo a la salita: las cenizas muertas en el hogar, la lámpara encendida y las cortinas corridas; parecía verlo todo después de un largo viaje. Entonces agitó la cabeza, cansada. Debía de haberse dormido. Pero sus sueños del pasado habían sido tan inquietos que aún se sentía exhausta.

—Son más de las seis —dijo Lysandra, impaciente— y tú todavía llevas la ropa de ayer. ¿No te has acostado?

Francie estiró los brazos sobre la cabeza, sonriendo. Lysandra aún parecía un bebé, con el pelo mal trenzado y la chaqueta puesta del revés. Siempre tenía tanta prisa que no perdía tiempo en esas nimiedades.

—¿Te has lavado los dientes? —preguntó automáticamente, como todas las mañanas.

Lysandra sacudió la cabeza con aire culpable.

—Se me ha olvidado. Me los lavaré después de desayunar. —Y corrió hacia su madre para darle un abrazo—. No te encontraba. Me asusté —susurró—. Pensé que tú también te habías ido.

Francie le devolvió el abrazo.

—Jamás me iría sin avisarte. —Luego sonrió—. Tengo una idea estupenda. ¿Por qué no vamos al rancho, tú y yo? Anoche soñé que recogíamos uvas para el vino, y que hacíamos tortillas y recorríamos kilómetros y kilómetros a caballo. Creo que necesitamos unas pequeñas vacaciones. Y apostaría a que *Cookie* y *Mousie* se alegrarán mucho de verte. Si salimos en seguida estaremos allí en un par de horas.

La cara de Lysandra se iluminó al pensar en el rancho, el perro, el gato... y su *pony*. Con las manos entrelazadas, dio vueltas y vueltas por la habitación.

—Yo sabía que hoy iba a ocurrir algo bonito —dijo, encantada.

Francie sonrió. Era solo una niñita y resultaba muy fácil hacerla feliz. Pero se preguntó, afligida, qué ocurriría cuando, al crecer, se diera cuenta de que era la linda Lysandra Lai Tsin, quizá la niña más rica del mundo, dueña de un imperio comercial con miles de empleados y millones de dólares de beneficios. Suspiró; no sería fácil. Lysandra nunca se estaba quieta; le gustaban la vida y la acción. La idea de que pudiera presidir una reunión de dirección parecía muy remota. Pero el mandarín la había elegido para eso. Y él nunca se equivocaba.

El rancho y lagar De Soto era muy diferente de las pocas construcciones de madera, diseminadas en escasas hectáreas, que Francie visitaba con su madre. Con el correr de los años ella había comprado todas las tierras circundantes; ahora poseía ciento sesenta hectáreas. La vieja casa de madera seguía estando allí, pero con el añadido de dos nuevas alas, que delimitaban un patio, y una amplia galería alrededor. Había tres grandes graneros junto a los esbeltos edificios del lagar y, más allá, los dormitorios y la cocina de los trabajadores. A la derecha de la casa, los establos nuevos; junto a ellos, la cabaña donde vivía Zocco, el peón mexicano, con su esposa Esmeralda.

Zocco ya tenía más de setenta años; era moreno y retorcido como un roble viejo. Sus hijos ya eran mayores y le habían dado nietos, pero él aún cumplía una larga jornada de trabajo; supervisaba los establos y se hacía escuchar cuando los peones no respetaban sus normas de limpieza y pulcritud. Aún recorría a caballo el perímetro del rancho para componer las cercas y dormir bajo las estrellas, como cuando era joven; sus manos artríticas retenían la ligereza de una pluma en las riendas, como cuando Francie era niña y él le enseñaba a montar. Esmeralda preparaba la comida para los empleados que atendían las vides y para todos los trabajadores mexicanos temporales, que llegaban cada octubre para la vendimia.

Hattie Heremiah era corpulenta y hermosa, de piel suave y regordeta como las uvas negras. Ese manejo de energía manejaba la casa principal con ojos centelleantes, dando a entender que no toleraría estupideces, pero su sonrisa renuente decía que bueno, que tal vez las tolerara.

Era ella quien esperaba en el porche cuando madre e hija llegaron por la larga ruta

asfaltada, bordeada con los álamos dorados que eran los favoritos de Francie.

—Por fin llegáis —dijo, gruñona, con los brazos cruzados sobre el amplio busto—. Ya temía que no vinierais nunca.

Lysandra se bajó de un salto casi antes de que el coche se detuviera y subió los peldaños a saltos, para recibir el beso de Hattie.

—¿A que no adivinas? —confió, escurriéndose como una anguila—. No voy a ir a la escuela durante tres largas semanas.

—¿De veras? —preguntó Hattie, mientras la niña corría a toda velocidad hacia los establos—. En ese caso, jovencita, llegas a tiempo para ayudar a cosechar las uvas y ganarte un poco el pan.

Sus ojos se encontraron con los de Francie, que se le acercaba. Entre ambas se cruzó una mirada de comprensión y afecto.

—Lo siento mucho, señorita Francie —dijo, con lágrimas en las redondas mejillas—. Ya sé que era inevitable, pero una muerte siempre es difícil, por más que una la esté esperando. El mandarín fue el primer chino que conocí y siempre lo admiré mucho. —Se sorbió las lágrimas—. Y le quería, también, porque nunca conocí a un hombre más bueno ni más honorable. —Mientras estrechaba a Francie contra sí agregó—: Claro que no me ha tocado conocer a ningún hombre honorable, aparte del mandarín. Los otros no eran más que un montón de bandidos.

Francie se echó a reír.

—A veces pienso que tienes razón, Hattie —concordó.

Pocos años después de llegar al rancho, Hattie había desaparecido súbitamente; volvió un año después, con un bebé en los brazos y una expresión desencantada. «Me porté mal, señorita Francie, —había dicho francamente—. Ahora estoy como usted, con una criatura en los brazos y sin nadie que le haga de padre. Me gustaría volver a trabajar aquí, si puedo. Le prometo que este niño no va a molestar para nada. Se estará calladito como un ratón».

Lai Tsin, que estaba escuchando, le había dicho que los niños nunca molestaban, pues eran una bendición, y le había hecho construir una cabaña para que pudiera criar a su hijo. Jefferson (así llamado en honor de Thomas Jefferson, el famoso presidente) había cursado los estudios de primaria y secundaria en escuelas de la zona; ahora estudiaba el primer año de Ciencias en la Universidad de California, Berkeley, con intenciones de estudiar medicina. Hattie decía, orgullosa, que era el primero de su familia con estudios secundarios, por no hablar de la universidad. Más aún, la mayor parte de su familia no sabía siquiera leer y escribir correctamente. Ahora tenía un hijo que iba a ser médico. Por eso estaba dispuesta a todo por Francie Harrison y el mandarín. A cualquier cosa que ellos pidieran.

—Hace media hora llamó la señorita Annie —dijo en cuanto entraron. Las seguían Fong Joe, el criado que llevaba el equipaje, y Ah Sing, el ama de Lysandra, con su delantal y sus pantalones negros, llevando su esterilla, su edredón, su tetera y sus varillas de incienso. Las encendería en el pequeño altar al dios de la cocina, que

ponía siempre junto a las hornillas, aunque Hattie rezongara.

—Dijo que no sabía si usted venía hacia aquí, pero suponía que sí. Y que la llamara en seguida.

Mousie, el ágil gato, meneó perezosamente la cola en su trozo de sol al pasar Francie. De la cocina brotaba un apetitoso olor.

—La comida favorita de Lysandra —explicó Hattie—: habichuelas al horno, pollo frito y pastel de chocolate.

Francie se alejó por el pasillo, riendo. Había llegado al hogar y ya se sentía mejor. La puerta de su cuarto estaba abierta de par en par, con las ventanas bien subidas para que entrara el calor del sol; olía a aire fresco y madera lustrada con cera perfumada al espliego. El viejo armario del rincón guardaba las pocas ropas necesarias: pantalones de montar, camisas de batista, un par de chaquetas de lana abrigadas, una chaqueta de gamuza y las vestiduras chinas, largas y livianas, que le gustaba ponerse por la noche.

Había un tocador de madera de pino, un cómodo sillón viejo y una descolorida alfombra trenzada. La cama de roble tallado, herencia de su madre, lucía un edredón de retazos hecho por la esposa de Zocco, veinticinco años atrás. Ese había sido el cuarto de sus madre; allí habían nacido sus dos hijos. No podía cruzar su puerta sin que volvieran los recuerdos; algunos, maravillosos; otros, terribles. Pero así había sido siempre su vida.

La mañana siguiente a la cena de Harry, Buck despertó tarde y echó un vistazo irritado al reloj. Eran las diez y media; apenas había podido dormir, dando vueltas y vueltas y mirando el reloj de hora en hora; solo pudo dormitar después de las cinco. Había estado pensando en Francie. Llevaba más de siete años sin verla, pero la noche anterior había visto luces en las ventanas de su casa. Y todos los periódicos hablaban de la muerte del mandarín. Sabía lo mucho que ella lo quería y no podía quitársela de la mente; la imaginaba sola en esa casa.

Pensó en los años que habían pasado, cada uno haciendo su propia vida: la de Francie, tan privada; la de él, tan pública. Lo cierto era que él ya no tenía vida privada. Él y Maryanne ungían «por los niños», como decía ella, severa. Pero los niños eran tan Brattle y tan fríos como su madre. Iban a escuelas «adecuadas», tenían amigos «adecuados» y asistían a todas las fiestas «adecuadas». Y respetaban a su padre desde lejos.

Se preguntó otra vez por qué Maryanne había insistido en ir a la cena de Harry.

—Su nombre todavía es muy importante en San Francisco —había respondido a su pregunta, imperturbable—. Todavía puede serte muy útil, Buck.

—No veo para qué necesito la ayuda de Harry Harrison —replicó él, seco.

—Confía en mí, Buck. ¿Acaso no sé siempre lo que te conviene? —Y ella había sonreído con esa sonrisa a lo Brattle, de fría superioridad, que tanto le fastidiaba.

Salió de la cama, cansado. Llamó al servicio de habitación para pedir café y los

diarios de la mañana. Luego se metió bajo la ducha fría. Los chorros helados le despertaron de inmediato. Después de frotarse enérgicamente con la toalla, se puso el albornoz y pasó a la salita. En ese momento llegó el café. Mientras se servía una taza echó un vistazo al *Examiner*. «LA NIÑA MÁS RICA DEL MUNDO», rezaba el titular, sobre una fotografía que mostraba a una pequeña con vestido de verano:

«Lysandra Lai Tsin, de siete años, ha heredado un imperio de un millón de dólares, que le fue legado por el hombre al que llamaba “abuelo”, el mandarín Lai Tsin. Su famosa madre es, por supuesto, Francesca Harrison, a quien la niña se parece mucho».

Se decía mucho más sobre Francie, el mandarín y el pasado de la mujer, pero Buck no lo leyó. Miraba la foto de Lysandra, pensando en Francie y en los siete años transcurridos desde la separación. Sabía que estaba mirando a su propia hija.

La taza de café quedó olvidada en la mesa. Con la cabeza entre las manos, gimió en voz alta.

—Oh, Francie, ¿por qué no me lo dijiste, por qué?

Pensó en todo lo que ella debía de haber soportado: criar sola a la niña, enfrentarse al escándalo. Luego pensó en Maryanne, que dormía el sueño de los justos en el dormitorio vecino. Eran las siete; aún temprano. Pero no pudo esperar. Levantó el auricular para llamar a Annie Aysgarth.

Ella atendió de inmediato.

—Buck —exclamó, sorprendida—. ¿Pasa algo? ¿Tienes alguna queja?

—Acabo de leer los diarios —dijo él, abruptamente.

—Pues me llevas ventaja, querido —dijo Annie—. Yo aún no he tenido tiempo. ¿Hay algo importante?

—Una foto de Lysandra Lai Tsin, que tiene siete años.

Hubo un breve silencio. Luego Annie dijo, en voz baja:

—Comprendo.

Casi se la oía pensar. Por fin añadió:

—Dame unos minutos. Luego ven a desayunar conmigo en mi apartamento.

Annie estaba en pie desde las seis; ya estaba bañada y vestida y se había encargado de la correspondencia, los menús del día, el chef, las quejas del personal y su inspección general. Se empolvó la nariz ante el espejo del tocador, que había pertenecido a un noble del siglo XVIII, y por primera vez desde que lo tenía olvidó maravillarse de que ella, Annie Aysgarth, la de la calle Montgomery, fuera la dueña de un objeto tan bello y costoso. En ese momento estaba preguntándose qué diría a Buck sobre Francie.

Cuando sonó la campanilla respiró profundamente antes de abrir. Como los buenos vinos, Buck mejoraba con los años. Pero también notó que estaba demasiado delgado, que el pelo oscuro tenía mechaz grises, que había arrugas de cansancio en su

agradable cara y una expresión fatigada en los ojos pardos y serenos.

Él la besó en la mejilla.

—Parece que te hace falta un buen desayuno, Buck Wingate —dijo Annie, con sinceridad—. ¿Tu esposa ya no te da de comer?

Él se encogió de hombros y tomó asiento frente a ella, ante la pesada mesa de vidrio. Mientras Annie le servía zumo de naranja de una gran jarra de cristal, preguntó:

—Lysandra Lai Tsin es hija mía, ¿verdad?

Annie lo miró.

—Me pones en una situación muy difícil, Buck.

—Está bien, no hace falta que me respondas. Sé que es cierto. Dime, simplemente, por qué Francie me lo ocultó. Yo me hubiera ocupado de ellas. Francie lo era todo para mí —le buscó los ojos y agregó con suavidad—: Todavía lo es.

Annie lo observó, sabiendo que tenía ante sí a un hombre desdichado. Pensó en Francie y Lysandra; luego, en Maryanne Brattle Wingate. Y las puso en la balanza. Como siempre había dicho lo que pensaba, no vaciló. Reveló a Buck la visita de Maryanne a Francie y explicó que ella no quería verlo arruinar su carrera ni usar al bebé para extorsionarlo emocionalmente.

—Francie no es de esas —dijo, fieramente—. Es una mujer honesta.

No quiso agregar: «a diferencia de Maryanne», pero él le adivinó el pensamiento.

—Te dejó en libertad —completó Annie, simplemente—, sin lazos, sin ataduras. En libertad de hacer lo que desearas. De cumplir con tu destino político.

Mientras llenaba las tazas de café, contemplándolo con simpatía, casi le fue posible leer las ideas que cruzaban por la cabeza de Buck. No la sorprendió en absoluto oírlo decir:

—Tengo que verla, Annie.

Ella asintió:

—Ha ido al rancho, con Lysandra. Partieron temprano; ya deben de estar allí —bebió un gran sorbo de café y se levantó—. Hay un teléfono en el escritorio. Tengo que ir a ver qué está haciendo mi personal. —Y agregó con una sonrisa—. Si te sirve de algo, le dije que era una verdadera estúpida por separarse de ti.

Y salió de prisa, dejándolo a solas.

El número de teléfono del rancho estaba grabado en su memoria. Mientras oía su sonido, imaginó que ella corría a atenderlo, como siempre.

—Hola. —La voz sonaba como una música, pero no era la de Francie.

—Hola —replicó él, con cautela—. ¿Está la señorita Harrison?

—Sí, claro. Voy a llamarla.

Se oyó un estruendo cuando Lysandra dejó caer el auricular en la mesa. Buck la oyó gritar:

—¡Mamá! ¡Es para ti!

Y una voz distante inquirió:

—¿Quién es?

—Un hombre.

Buck sonrió ante la ironía. Aunque él era su padre, para la niña era solo «un hombre» que llamaba a su mamá por teléfono.

—¿Diga?

El corazón le dio un brinco y su pulso se aceleró de un modo familiar.

—Soy Buck, Francie.

Ella se apoyó en la pared, con los ojos cerrados. Volvía atrás en el tiempo. En ese momento solo existía la voz de Buck, en el extremo de un cable telefónico.

—No hacía falta que dijeras tu nombre. Te habría reconocido —dijo.

—Ha pasado mucho tiempo —observó él, sin alzar la voz.

Ella se dejó caer en la silla de junco.

—¿Por qué me llamas, Buck? No es lo que decidimos.

—Lo decidiste tú sola, Francie. —Como ella callaba, agregó rápidamente—: Hablé con Annie. Ella me dijo que te llamara. Estoy en su apartamento. Esta mañana vi la foto de Lysandra en el *Examiner*, la foto de mi hija.

Francie suspiró.

—¿Te lo dijo Annie?

—No hacía falta. Lo adiviné.

—Es una niña encantadora —dijo Francie, apretándose el pecho con una mano para aquietar su acelerado corazón—. Ella no sabe nada de... de lo nuestro. Y no quiero que lo sepa.

Buck comprendió que iba a colgar y se apresuró a decir:

—Tenemos que hablar, Francie. Por favor. Hay cosas que debemos discutir. Necesito verte.

Ella pensó en todos los años transcurridos, en lo mucho que amaba a Lysandra, en lo mucho que aún amaba a Buck. No soportaría verlo, aunque sin duda él tenía derecho. Ahora sabía lo de su hija.

—Me voy mañana por la mañana, Francie. Tengo entrevistas aquí todo el día. Las cancelaré para ir al rancho.

—No. —No quería que él se encontrara con Lysandra. Sería demasiado penoso verlos juntos—. No canceles nada por mí. Volveré a San Francisco. Estaré allí al atardecer. ¿Dónde quieres que nos encontremos?

Él pensó de prisa.

—Ven al Aysgarth, al apartamento de Annie. A las ocho. Y gracias, Francie.

Ella dejó el teléfono con manos temblorosas. Lysandra la miraba con curiosidad.

—¿Quién era, mami? —preguntó—. ¿Alguien horrible? Porque estás muy nerviosa.

Francie se sobresaltó, pero sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Oh, no, no es horrible. Por el contrario. Es... un viejo amigo, nada más.

—¿Un viejo amigo? ¿Y por qué no lo conozco? —Lysandra inclinó la cabeza a un

lado, en un gesto inquisitivo, tal como lo hacía Francie cuando preguntaba algo. La madre se echó a reír.

—Porque tienes solo siete años. Y los «viejos amigos» vienen de mucho antes.

Un súbito escalofrío de entusiasmo le corrió por las venas al pensar en Buck; impulsivamente, rodeó a Lysandra con los brazos y la abrazó. Luego recogió su canasto de flores para llevarlas a la cocina y comenzó a llenar los floreros, como si nada hubiera ocurrido. Pero por dentro temblaba sin cesar ante la perspectiva de volver a verlo.

Cuando Harry despertó estaba todavía furioso con Maryanne. Mientras se sentaba ante el abundante desayuno de costumbre, se preguntó quién creía ser esa mujer para actuar con esos aires de superioridad. A no ser por él, habría sido simplemente la esposa de uno de tantos políticos olvidados. Y se había mostrado bien fastidiosa ante su petición de inversiones para los yacimientos petrolíferos de Nueva México; suspiraba, ponía los ojos en blanco y preguntaba cuándo, cuándo iba a brotar el líquido oro negro que, supuestamente, recompensaría sus inversiones.

Mientras atacaba los riñones asados con huevos fritos, dio vueltas al asunto en su mente. Acabó por decidir que el balance de esas relaciones era muy desfavorable. Maryanne actuaba con mucha superioridad, como si ella fuera quien mandaba y él solo un empleado; como si ella fuera la diosa Brattle y él solo polvo bajo las ruedas de su carruaje. Era hora de dar a la querida Maryanne una buena lección.

Al terminar el desayuno la llamó por teléfono. Eran las once y media, pero ella bostezó con irritación.

—¿Para qué llamas, Harry? Nos vimos hace unas cuantas horas, en tu horrible fiesta. ¿Quién era toda esa gente de cine? No sabes lo que me ha costado explicar a Buck qué hacíamos allí.

Él no se molestó en explicar que ella y Buck estaban allí para otorgarle credibilidad, para que él pudiera presentarse ante Zev Abrams y los otros, pidiendo inversiones para sus operaciones petrolíferas. «Buck ya está en el asunto, desde luego», les diría con seguridad. Y ellos le creerían. Al fin y al cabo, ¿no habían cenado con Buck en casa de Harry?

—Tenemos que conversar, Maryanne —dijo, suavemente.

Ella se recostó en las almohadas, gimiendo.

—Por Dios, ¿qué quieres ahora, Harry? Tengo mucho que hacer.

—Nunca tanto que no puedas visitarme.

Ella apartó el auricular del oído, mirándolo con asombro, como si fuera la cara de Harry. Él se estaba volviendo muy insistente, hasta autoritario, y eso la preocupaba.

—¿No puedes decírmelo por teléfono? —preguntó quejumbrosa.

—No, quiero verte. Esta noche, a las ocho, en mi casa —replicó él, enérgico.

—No puedo. ¿Qué le digo a Buck?

—Dile que vas a cenar con una antigua compañera de estudios. Tengo experiencia en cuestiones de mujeres y de excusas. Esa siempre sirve.

—Ciertamente —replicó ella, glacial.

—A las ocho en punto —repitió él.

Y cortó.

Maryanne colgó el auricular y volvió a reclinarsse contra las almohadas, preguntándose qué haría. Harry se estaba convirtiendo en un problema. Y a los problemas había que enfrentarlos, aunque por el momento no sabía cómo.

Suspiró profundamente; por el momento no podía hacer nada. Harry la tenía en un puño y lo sabía.

Capítulo 40

Cuando Buck dijo que esa noche estaría ocupado, Maryanne dejó escapar un suspiro de alivio; por lo menos, así se ahorra la molestia de buscar una excusa por escaparse durante media hora para visitar a Harry.

—No te preocupes por mí, querido —dijo, aún irritada por el hecho de que Harry le hubiera exigido, ordenado esa visita—. Me haré traer la comida a la habitación. —Bostezó delicadamente—. De cualquier modo, estoy cansada.

Buck le echó una mirada, sorprendido de que ella no preguntara adónde iba. Pero en los últimos tiempos la comunicación entre él y Maryanne estaba reducida a lo básico. La vio retocarse la nariz, mirándose en el espejo de la polvera que él le había regalado para una Navidad, años antes; era un modelo de Cartier, con bandas de oro y platino y sus iniciales formadas con rubíes. Se había casado con una mujer ambiciosa y egoísta, que habría entregado gustosamente a toda su familia para convertirse en Primera Dama. Se encogió de hombros; ya no le importaba. Algo de calor se filtró en su helado corazón al pensar en Lysandra, su hija recién descubierta, y en Francie, a la que vería dentro de algunos minutos.

Maryanne se tendió en el sofá, con su bata de satén melocotón, mientras él se ponía el abrigo.

—Adiós, querido —lo despidió, enviándole un beso.

La expresión de sus ojos se llenó de cólera en cuanto él cerró la puerta, después de un frío adiós dicho por encima del hombro. Miró su reloj. No tenía tiempo que perder; debía vestirse, ir a casa de Harry y estar de regreso antes que Buck. Cayó en la cuenta de que ignoraba a qué hora regresaría Buck y adónde iría, pero ya no tenía tiempo para pensar en eso. Se puso rápidamente un vestido de lana negra, zapatos de gamuza del mismo color y una capa de cachemir verde esmeralda, forrada de visón. Había decidido que los forros de piel eran una buena idea; ahora que Buck se presentaba como «hombre del pueblo», no estaba bien lucir ostentosamente sus riquezas. Recogió el pequeño bolso negro y guardó en él la llave, su polvera de Cartier, un lápiz de labios, una libreta de direcciones y un pañuelo de hilo blanco. Luego corrió al ascensor. El vestíbulo principal estaba atestado. Después de echar una rápida mirada a su alrededor, pasó sin ser vista por las puertas giratorias.

Annie estaba en el Salón de las Montañas, saludando a sus huéspedes como solía hacerlo antes de pasar al comedor, para verificar que todo estuviera en orden. Pero esa noche solo dedicaba a sus invitados la mitad de su atención. Había dejado a Buck en su apartamento de la azotea y ahora estaba alerta esperando la llegada de Francie. Por fin la vio entrar de prisa al atestado vestíbulo, pocos minutos antes de las ocho.

Desde lejos, Annie la vio sacar su llave para usar el pequeño ascensor privado. Mientras las puertas de metal dorado se cerraban, Annie dejó escapar un suspiro de preocupación. No estaba segura de haber hecho lo correcto.

Francie cerró los ojos mientras el ascensor la llevaba en silencio hasta el vigésimo piso. Cuando el aparato se detuvo, abrió los ojos y vio a Buck ante ella, mirándola.

—Francie —dijo, con los ojos llenos de amor.

—Buck. —Salió del ascensor y le alargó cortésmente la mano, estudiándolo—. Estás igual que siempre; pareces apenas algo mayor.

—Siete años mayor —le recordó él.

No habría podido describir la ropa que ella tenía puesta, pero era algo azul, que destacaba el color de sus ojos. Aunque todas las mujeres se habían cortado el pelo y se peinaban al estilo paje, ella seguía recogiendo su larga cabellera hacia atrás, con peinetas enjovadas, de modo que formaba una suntuosa envoltura dorada en el cuello.

—No te lo cortaste —observó, recordando lo que le había hecho prometer.

Ella denegó con la cabeza.

—Me alegro. Siempre te recuerdo así.

Se miraron a los ojos y la misma sensación de siempre invadió a Francie. Si había llegado a dudar que amaría a Buck Wingate hasta su muerte, ahora lo sabía con seguridad. Pero estaba casado con otra y era un hombre importante. Un «hombre del pueblo», como decían ahora los diarios.

—Hice mal en venir —dijo, nerviosa—. No tenemos nada que decirnos, Buck.

—¿Cómo que no? —Él le tomó la mano para llevársela a la mejilla; luego le besó los dedos con suavidad—. Es como si el tiempo se hubiera detenido, como si estuviéramos otra vez donde estábamos. Como si la vida fuera solo cuestión de que tú me ames y yo te ame.

Ella retiró la mano.

—Pero no es así, ¿verdad? El tiempo no está detenido y la vida nunca es tan simple. Ahora tengo mi propia vida. Tengo mi trabajo, mis obras de caridad y mi hija. No quiero más secretos ni mentiras. Solo quiero paz de espíritu.

Caminó hasta el largo sofá blanco instalado junto a la ventana y se sentó, porque las rodillas estaban a punto de fallarle. El corazón le latía con fuerza. En realidad, no quería otra cosa que arrojarle en sus brazos, pero no podía. Debía pensar en Lysandra. Cruzó las manos alrededor de las rodillas y se inclinó hacia adelante, observándolo.

—Maryanne fue a hablar contigo, ¿no? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—En todo caso, tenía razón.

—¿Por qué no me hablaste siquiera por teléfono?

Parecía desesperado. Ella habría querido tomarle la mano y decirle que todo estaba bien, que nada había cambiado.

—Estaba embarazada. Tú eras un hombre casado y debías pensar en tus hijos. Y

en tu carrera. Tuve que decidir.

—La decisión fue tuya, Francie, no mía. Y nos involucraba a los dos. ¿No crees que yo tenía derecho a opinar?

Los ojos de Buck suplicaban. Ella suspiró.

—No he venido a hablar de lo nuestro, Buck; he venido por Lysandra. Ella no sabe que eres su padre y no quiero que lo sepa. Le he dicho que su padre nos dejó antes de que ella naciera y ella lo acepta. Solo tiene siete años, pero hace muchas preguntas; yo le cuento cómo eras, le digo que la habrías amado. Ahora no puede comprender, pero tal vez lo haga cuando sea mayor, cuando ella también sea mujer.

Buck pensó en sus dos hijos, tan sumergidos en sus propias vidas que rara vez los veía, y en esa hija nueva a la que se le prohibía ver. Entonces abrió los brazos, exclamando.

—¿En qué me equivoco? Mi vida no es nada. No tengo nada...

—Oh, Buck, no digas eso, por favor. —Ella lo miró, espantada.

—Es cierto —replicó él, amargamente—. Cuando nos encontramos en París, te dije que mi vida era una fachada, una estafa. Nada ha cambiado.

—Tienes tu trabajo —observó Francie—. Un futuro brillante, como dice todo el mundo.

Buck se encogió de hombros. Ella se levantó para acercarse. Él le abrió los brazos y la estrechó con fuerza, apoyando la cabeza contra su pelo. Sus cuerpos se ajustaron mutuamente con la fácil familiaridad de los amantes; Francie sintió el palpitar de su corazón, su aliento en el pelo, la fuerza de sus brazos. Era como si las puertas del paraíso hubieran vuelto a abrirse y le permitieran entrar, solo por algunos instantes.

—Vuelve a mí, Francie —murmuró él—. Volvamos a comenzar. Te amo, siempre te he amado.

Ella quería con todo su corazón decir que sí. Dio un paso atrás para mirarlo.

—Dime una cosa, Buck: si yo te hubiera pedido que tomaras esa decisión hace siete años, si te hubiera pedido que renunciaras a todo, a tu esposa, tus hijos, tu carrera y tu deslumbrante futuro para casarte conmigo, ¿qué habrías dicho?

Él vaciló, mirándola a los ojos.

—No puedo mentirte —dijo en voz baja—. No lo sé.

Ella asintió tristemente. Era la respuesta que esperaba.

Recogió su abrigo y se lo puso sobre los hombros.

—Por favor, no trates de ver a Lysandra —dijo, serena—. No sería justo para ella. Ni para mí. —Logró sonreír a medias—. Ni siquiera para ti.

—No te vayas, Francie —pidió él, sujetándola por los hombros—. No sé qué voy a hacer sin ti.

—Todo saldrá bien, Buck. Seguiremos haciendo lo que hemos estado haciendo en todos estos años.

Luego se desprendió de sus manos y entró rápidamente al ascensor. Las puertas de rejas doradas se cerraron, apartando nuevamente a Buck de su vida. Se miraron a

los ojos a través de la reja, llenos de nostalgia, mientras el ascensor bajaba lentamente, hasta que él desapareció de la vista.

Harry había dado licencia a los criados por esa noche; quería estar solo con Maryanne. En la biblioteca revestida de madera había fuego encendido y un botellón de fino coñac francés, junto a dos copas de cristal finísimo, detrás del sofá Chesterfield de piel verde oscura. Cuando sonó la campanilla, él mismo fue a abrir la puerta. Maryanne lo miró, sorprendida.

—¿Dónde está tu mayordomo? —preguntó, cruzando el umbral para pasar al vestíbulo.

—El pobre tipo tenía que visitar a un colega internado en el hospital —mintió Harry—, así que le di la noche libre.

Tomó la capa forrada de piel y la dejó caer sin miramientos en una silla de roble. Maryanne lo miraba, desconfiando.

—¿Y tus maravillosos lacayos, Harry? ¿No hay siquiera una criada?

—Bueno, es que en estos tiempos terribles, con el recuerdo de la Depresión aún tan presente en nuestra memoria —dijo él, citando las palabras de su visitante—, me parece mejor prescindir de los lacayos. Cuando los necesito, los empleo por una noche. Y las criadas vienen durante el día. Hoy tuvieron mucho trabajo, por la cena de anoche. Les dije que yo mismo atendería la puerta, para que pudieran retirarse temprano.

Maryanne entornó los ojos.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan generoso?

Harry lucía una moderna chaqueta de terciopelo y una sonrisa satisfecha que no le merecían la menor confianza. Lo siguió a la biblioteca, apreciando de una mirada el hogar encendido, las luces suaves y las dos copas preparadas.

—Siéntate aquí, a mi lado, Maryanne —pidió Harry, dando una palmadita al sofá.

Ignorando la sugerencia, ella fue a sentarse en el gran sillón instalado junto al fuego.

—¿Coñac? —propuso él, ocupándose del botellón y las copas.

Maryanne vaciló; rara vez bebía, pero en ese momento necesitaba algo para asentar los nervios. Harry se traía algo entre manos y ella no sabía de qué se trataba.

—Gracias —dijo, con su voz más serena.

Él le entregó la copa, tomó la suya y caminó hasta el hogar. Se detuvo de espaldas al fuego, mirándola.

—Me alegra volver a verte, Maryanne —dijo—. Muy rara vez nos vemos a solas.

A la mujer se le erizó el pelo de la nuca; algo en ese tono de voz le provocaba escalofríos.

—Para ser exactos, Harry —se apresuró a decir—, nunca jamás nos vemos a solas. Y francamente no sé qué hago aquí contigo. —Echó un vistazo a su pequeño

reloj de pulsera y agregó, enérgica—: Me gustaría que te explicaras sin perder tiempo. Buck me está esperando.

Él sonrió y tomó un sorbo de ese perfecto coñac, saboreándolo con lentitud.

—Tranquilízate —dijo, jovial—. Tú y yo sabemos que no hay prisa. Después de todo, Buck no te echará de menos, ¿verdad?

—¿Qué es lo que quieres decir con eso? —Ella dejó su copa, observándolo con desconfianza.

—Somos tan buenos amigos, Maryanne, que entre nosotros no hay secretos. La verdad es que no entiendo a Buck. ¿Cómo puede descuidar a una belleza como tú? Claro que ha estado siempre muy dedicado a su carrera... aparte de ese pequeño episodio con mi querida hermana, por supuesto. Los dos lo recordamos con toda claridad, ¿cierto, Maryanne? Y te estoy muy agradecido por tu ayuda, desde luego.

—Quieres más dinero —apuntó Maryanne, secamente.

Él asintió con la cabeza.

—Eso... también. —Dejó su copa y se acercó a ella, que lo miró con cautela—. Sabes que siempre te he admirado, Maryanne —dijo, tomándole la mano—. Eres una mujer hermosa. Buck no te hace justicia. Necesitas de alguien que te enseñe lo que es la vida, alguien que funda el hielo de tu corazón y libere tus jugos secretos...

—No seas tonto, Harry —le espetó ella.

La cara le ardía de disgusto. Se levantó, tratando de pasar a su lado, pero él la sujetó por el brazo y la atrajo bruscamente hacia sí, apretando sus labios a los de ella. Con los ojos dilatados de horror, Maryanne sintió que le deslizaba una mano por la espalda y por las nalgas, acariciándola, mientras la otra la estrechaba con la firmeza de una morsa. Por primera vez en su vida las cosas estaban fuera de su mando. Maryanne se asustó. Cuando por fin su boca quedó libre, le gritó:

—¡Suéltame, pedazo de cerdo! Te voy a hacer arrestar. Por esto acabarás en la cárcel.

—No lo harás, desde luego —replicó él, tranquilamente—. Piensa en el escándalo. No necesito describirte los titulares. —La levantó en brazos para llevarla al sofá, pese a sus pataleos.

—No te atrevas a tocarme, Harry Harrison —le advirtió Maryanne, mientras él se arrodillaba a su lado—, si no quieres que grite.

—Grita todo lo que quieras. No hay quien pueda oírte. Además, eso añade interés a las cosas. ¿Será eso lo que hace falta para conquistarte, Maryanne? ¿Un poco de rudeza?

Súbitamente la abofeteó en plena cara. Ella ahogó un grito, mirándolo con terror. Harry le deslizó una mano a lo largo de todo el cuerpo, mientras ella la observaba con horrorizada fascinación, como si fuera un insecto que reptara sobre ella. Se estremeció al ver que él comenzaba a desabrochar la fila de diminutos botones que cerraban el cuello del vestido.

—No me toques —repitió—. Te daré todo el dinero que quieras.

—Por supuesto —murmuró él, descubriendo los pequeños pechos cubiertos de seda.

Luego le hundió la cabeza en el seno. Maryanne comprendió que estaba loco, todavía más loco que su hermana. Miró a su alrededor como enloquecida, buscando un arma. El pesado botellón de cristal tallado estaba en la mesa del sofá, justo por encima de su cabeza. Estiró el brazo hacia arriba, tratando de asirlo. De pronto lo tuvo entre los dedos. En cuanto Harry apartó la cara de su pecho, lo golpeó con todas sus fuerzas en la nuca.

El botellón era más duro que la cabeza de Harry; no se quebró. El coñac cayó en el corte, ardiente. Harry se levantó tambaleándose, con un gemido.

Se llevó las manos a la cabeza. De la herida manaba sangre. Le clavó una mirada asesina. Ella retrocedió, demasiado aterrada para moverse. Harry dio unos pasos vacilantes hasta el hogar y se aferró de la repisa, sin dejar de mirarla, mudó. Entonces le fallaron las rodillas y cayó pesadamente al hogar de piedra.

Maryanne lo miraba, aturdida. El gran reloj del rincón seguía con su tictac; los leños del hogar crepitaban en el fuego; pero Harry no emitía un solo sonido. Cerró velozmente el vestido sobre sus pechos desnudos, arrugando la nariz por el olor a coñac. Luego se levantó para caminar con cautela hacia él. Estaba tendido de costado; la nuca era una masa astillada de sangre y hueso. Maryanne hizo una mueca, asqueada, pero reunió coraje para buscarle el pulso. Entonces lanzó un suspiro de alivio; estaba acelerado, pero Harry aún vivía.

—Oh, por Dios —dijo, abotonándose frenéticamente el vestido—. Oh, por Dios, será mejor que llame a una ambulancia.

Entonces pensó en Buck, en el escándalo, y vio su vida entera en ruinas. Sacudió violentamente la cabeza; no podía permitir que ocurriera eso, desde luego. Giró bruscamente la vista al oír que el reloj daba las nueve. ¡Las nueve ya! Aunque Harry le había asegurado que los criados tenían la noche libre, podían volver en cualquier momento. Se preguntó frenéticamente qué hacer.

Los leños se hundieron en la parrilla, entre una lluvia de chispas; uno rodó hasta el borde y quedó allí peligrosamente suspendido. Maryanne, hipnotizada, lo vio caer. Desde el laberinto de miedo que era su mente surgió un pensamiento frío y claro. Toda la habitación apestaba a coñac; Harry había estado bebiendo; al caer, se había golpeado la cabeza. Bastó con un delicado impulso dado con la puntera del zapato para que el leño tocara la costosa alfombra de Aubusson, a medio metro de donde yacía Harry. Ardió por un momento; luego surgió un fulgor rojo y una diminuta llama amarilla.

Con una exclamación aterrorizada, Maryanne huyó de la biblioteca, cerrando con un portazo. Cuando estaba ante la puerta se acordó de la capa y corrió a buscarla. Se la echó sobre los hombros, con el lado de piel oscura hacia afuera, para ser menos visible. Luego abrió la puerta y salió a la calle.

Echó un vistazo a ambos lados, pero la noche era fría y oscura; no había nadie.

Bajó la escalinata a toda prisa y giró en la esquina, para perder de vista esa casa terrible. Corriendo cuanto le permitían los zapatos de tacones altos, se dirigió hacia el Aysgarth. Al llegar a Union Square aminoró la marcha y se echó el pelo hacia atrás; habría querido empolvase la nariz y pintarse los labios, para tener un aspecto más normal. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que había dejado el bolso en casa de Harry.

Pensó en el leño caído sobre la alfombra y en el bolso dejado en el sillón, cerca del hogar; a esas horas ya estaría quemado. Ciñéndose la capa al cuerpo, entró al hotel y cruzó el vestíbulo a paso rápido, rezando porque el ascensor estuviera esperando en la planta baja. Tuvo suerte; allí estaba. Entró sin prestar atención al alegre saludo del botones y se apoyó contra la pared, esperando que el aparato la llevara a un lugar seguro.

Mientras el ascensor subía rápidamente, Maryanne ocultó la cara en el cuello del abrigo. Solo al llegar a la *suite* Knaresborough, corriendo por el pasillo, recordó que las llaves estaban aún en el bolso. Y su bolso, en casa de Harry. El corazón le dio un vuelco; tendría que bajar otra vez y explicar al recepcionista que había salido y que no encontraba las llaves. El ascensor de servicio se detuvo en el extremo del pasillo, depositando allí a un camarero que cargaba una bandeja. Maryanne corrió hacia él con un suspiro de alivio. Seguramente tenía llaves y le abriría la puerta. Estaba salvada, pese a todo.

Pocos minutos después estaba en su *suite*, preparándose un baño bien caliente, con una generosa cantidad de su caro aceite perfumado. Al quitarse el arruinado vestido volvió a arrugar la nariz por el olor a coñac; lo hizo un lío y lo arrojó al cesto de la basura. Luego hizo pedazos la enagua de seda y la depositó junto con el vestido. Por fin se hundió en la bañera, con los ojos cerrados, dejando que el agua perfumada limpiara la huella vil de Harry y sus manos.

Aún estaba allí cuando entró Buck, media hora después.

—¿Eres tú, querido? —preguntó, con la voz serena de siempre.

—Sí.

Buck se detuvo en la puerta, mirándola, y ella se sintió agradecida. Se le veía fuerte y apuesto, como en las fotografías de los periódicos. Era su esposo. Y ahora nada podía perjudicarlos. Ella lo había solucionado todo. Vagamente, desde la calle, llegó el urgente ulular de las sirenas y las campanas de alarma.

—¿Qué hora es, querido? —preguntó.

—Las nueve y cuarto.

—Parece haber un incendio en alguna parte —comentó ella, con una sonrisa perezosa.

Volvió a recostarse en la bañera, con los ojos cerrados. El fuego había tenido tiempo sobrado para prender bien. Si algo quedaba del odioso Harry, para entonces sería ya irreconocible.

Capítulo 41

Francie, desvelada en su cama, oyó los coches de bomberos que subían la colina. Aún tenía la mente llena de Buck: su aspecto, sus arrugas de cansancio, la súplica de sus ojos. Y cómo había vuelto a sentirse débil de amor por él, cuánto deseaba estar a su lado, mostrarle su hermosa hijita, recibirlo de nuevo en su vida. Pero había llamado a Annie para contarle lo ocurrido, agregando que no quería volver a hablar de él. Solo para no poder cambiar de idea.

Los coches de bomberos pasaron ruidosamente y se detuvieron chirriando. Ella se incorporó, sobresaltada. Corrió a la ventana y miró más allá, hacia la casa de Harry. Las llamaradas surgían por las ventanas. Cerró los ojos, pensando que soñaba, pero cuando volvió a abrirlos era verdad. La casa, ese gran monumento al apellido Harrison, se estaba incendiando. Otra vez.

Por segunda vez en esa noche se sintió llevada de nuevo al pasado. Esta vez, a aquella noche, más de treinta años atrás, en que había visto arder la casa de su padre junto con el resto de la calle California. Dejando caer la cortina, se preguntó qué diría Harry ahora.

Con una punzada en el corazón, recordó la noche en que Ollie había muerto en el incendio de los depósitos. Sabía desde siempre que Harry tenía alguna participación en el hecho; esta era una pequeña venganza. Pero no le interesaba la venganza. Solo quería no volver a pensar en Harry nunca más.

Apretó la cara contra la almohada, tratando de no oír la frenética actividad exterior, pero era imposible. Entonces se levantó, fatigada, y bajó a la cocina para prepararse un poco de té.

Ah Fong estaba en el vestíbulo, con la puerta de calle completamente abierta, y contemplaba el incendio con cara de extrañeza.

—Es la casa del señor Harrison, señorita Francie —dijo, señalando la escena con aire excitado.

Ella se acercó. La calle estaba cerrada por las autobombas y por decenas de bomberos, que vertían chorros de agua contra el fuego de las ventanas, mientras otros hombres, subidos a escalerillas, se ocupaban del techo.

—¿Sacaron a todos? —preguntó, preocupada por los criados.

Ah Fong se encogió de hombros.

—Dicen que no había nadie.

Francie se preparó el té y lo llevó arriba, pero no pudo beberlo. Tendida en la cama, recordaba la noche del terremoto y el gran incendio. Y pensaba en Josh, y en uno de los secretos que el mandarín le había contado en el templo de Lilin. Ahora sabía que era preciso revelárselo a Annie.

Cuando llegó el alba, descorrió las cortinas para mirar el desastre. La casa de

Harrison era una cáscara ennegrecida. Mientras la contemplaba esperó sentir alguna reacción, pero no había nada, ni alegría ni triunfo. Simplemente, ya no le importaba.

Annie la llamó a primera hora de la mañana.

—Dicen que se incendió la casa de Harry. ¿Es cierto? —preguntó.

—Es cierto. Ha quedado tal como quedó después del terremoto.

—El destino tardó treinta años en tomar venganza —dijo su amiga, con amargura—; si alguien merecía perderlo todo, ese es Harry.

—¿Tienes mucho que hacer hoy? —preguntó Francie, de pronto.

Annie pensó en el millón de cosas que tenía planeadas y dijo, con calma:

—No necesariamente.

—Necesito verte.

Hubo un silencio. Luego Annie dijo:

—Dentro de una hora me tendrás allí.

Francie la estaba esperando en el vestíbulo.

—No te molestes en quitarte el abrigo —le dijo—. Vamos a salir.

—¿A encontrarnos con Buck? —preguntó Annie, subiendo al pequeño Ford negro de Francie.

—Ya te dije que no quiero volver a hablar de él —replicó Francie abruptamente—. Eso no puede ser, Annie. Su vida lleva un curso diferente de la mía.

Su amiga asintió con tristeza. Ella agregó, cansada:

—Estoy sola, Annie, como siempre. Anoche, mientras miraba el incendio, pensaba en Josh.

Mientras descendían por la colina, preguntó:

—¿Te acuerdas de lo que te dije tras los funerales del mandarín? Que no conocías toda la verdad. Bueno, ahora te la diré. Antes no podía, Annie, porque era un secreto de él. Pero lo que él hizo, lo hizo por amor; quiero que lo tengas presente. Te llevo a ver algo. Después te contaré lo que ocurrió.

Llegaron al sur de la ciudad, al pequeño cementerio en lo alto del acantilado. Allí Francie mostró a Annie la cuidada sepultura con el nombre de Josh. Le contó que el mandarín lo había encontrado en poder de Sammy y había tratado de ayudarlo, aunque ya era demasiado tarde. Y le explicó por qué no había permitido que ellas vieran a Josh antes de su muerte.

La expresión de Annie era triste, pero no derramó ninguna lágrima.

—Me alegro —dijo simplemente—. Yo no habría soportado verlo así. El mandarín tenía razón: ya lo habíamos llorado y era hora de que volviéramos a vivir.

Se sentaron juntas, abrigadas por un sol vacilante, para contemplar el mar y pensar en Josh. Al partir Annie dijo:

—Es un lugar estupendo, Francie. A Josh le habría encantado.

Esa tarde, cuando volvieron a cruzar San Francisco, todos los vendedores de periódicos estaban anunciando una edición extra.

—¿Qué dicen? —exclamó Annie, bajando su ventanilla para oír mejor.

Francie agitó la cabeza; era la hora de mayor tránsito, las calles estaban atestadas y tenía toda su atención puesta en el volante.

—¡Harry Harrison muere en el incendio! —chillaba un muchacho, corriendo entre los coches.

Les entregó un ejemplar del *Chronicle* y Annie le pagó con una moneda.

Francie se desvió para detenerse junto a la acera. Sus ojos atónitos buscaron los de Annie.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Es totalmente cierto.

Annie sacudió el periódico para desplegarlo y ambas inclinaron la cabeza sobre él, para leer la información de que Harry Harrison había muerto en el incendio que devastara su casa durante la noche anterior.

—No puedo creerlo —dijo Francie, extrañada—. Murió igual que Ollie. Parece la venganza de Dios.

—Si es cierto que Harry era responsable de la muerte de Ollie, es una especie de venganza, sí —concordó Annie. Miró con preocupación a Francie, que estaba pálida y extrañamente serena—. ¿Te sientes bien, tesoro?

Su amiga suspiró profundamente. Luego dio una palmadita a la mano de Annie.

—Durante años enteros, desde que Ollie murió, he querido matar a Harry. Ahora ha muerto. Todo se borró en una sola noche, Annie. Es como un don, pero no de los que brindan felicidad.

Dejó a Annie ante el hotel y, en el trayecto hacia la casa, giró la cabeza para contemplar la casa que se había convertido en la tumba de Harry, como antes en la de su padre. Las ruinas estaban acordonadas y allí montaban guardia seis policías, observados por una multitud de curiosos, periodistas y fotógrafos. Al pasar Francie todos se volvieron a mirar; ella, nerviosa, decidió utilizar la puerta trasera.

Al cruzar la cocina saludó a Ah Fong y al cocinero chino. Ellos le dijeron que los periodistas habían rondado la casa durante todo el día, esperándola. Francie se detuvo ante la ventana de su salita, observando la actividad que se desarrollaba al otro lado de la calle. No se alegraba de que Harry hubiera muerto. No sentía nada. Solo cansancio.

Se dejó caer en un sillón, quitándose los zapatos, y volvió a leer el artículo del diario: «La autopsia se está llevando a cabo, pero el informe forense ya ha establecido

con certeza que los restos corresponden al señor Harrison».

Arrojó el diario a un lado y apoyó la cabeza en los almohadones, con los ojos cerrados. Harry estaba muerto y Buck había vuelto a su propia vida. Ella también debía volver a vivir. Al día siguiente recorrería su finca a caballo, en compañía de Lysandra; cuidaría de sus viñas y charlaría con Hattie como si nada hubiera ocurrido. Y así sería todo en adelante.

Pasó la noche dando vueltas y vueltas, sin poder dormir. Tenía demasiadas cosas en la mente: Josh, Buck y Harry. A las siete, ya bañada y vestida, bajó la escalera con aire de cansancio. La mesa estaba puesta para su solitario desayuno, con el diario de la mañana plegado junto a su plato. Se sirvió un poco de café y releyó los titulares referidos a Harry. Pero esta vez decían: «HARRY HARRISON: ASESINADO».

Leyó con el estómago revuelto:

«Aunque su cadáver resultó casi totalmente destruido por el fuego, la autopsia ha podido determinar que el señor Harrison no pereció en el incendio. Antes de que este se iniciara, había fallecido víctima de una fractura craneal. Los restos fueron encontrados boca abajo, por lo que la policía afirma que no pudo causarse esa herida al caer, sino por un golpe en la cabeza aplicado con deliberación. Por el momento no hay sospechosos».

Arrojó el periódico al suelo y llamó a Annie.

—Dicen que alguien mató a Harry —barbotó—. Oh, Annie, ¿quién podría ser?

—Cualquiera entre unas cien personas, diría yo —replicó Annie, enérgica—. Yo misma tuve ganas de hacerlo más de una vez. Supongo que presionó demasiado a alguien y ese fue su fin. Quienquiera haya sido, no puedo criticarlo.

Francie no tuvo más remedio que reír.

—¿Nunca te dije que me haces mucho bien? —preguntó—. Te las arreglas para dar a las cosas una perspectiva diferente.

—Gracias por lo de ayer, Francie —dijo Annie—. Me hace más feliz saber dónde está Josh y cómo pasó sus últimos días. Y tengo mucho que agradecer también al mandarín. —Francie sonrió.

—Suenan el timbre. Espero que no sean otra vez los periodistas. Tengo que colgar.

Mientras sorbía su café, oyó que Ah Fong cruzaba el vestíbulo para abrir la puerta. Luego, una voz de hombre y otra vez los pasos del criado.

—Señorita Francie —exclamó, con voz trémula—, son tres policías. Quieren hablar con usted. Inmediatamente, dijeron.

—Muy bien —repuso ella, intrigada—. Hazlos pasar a mi salita.

Probablemente querían hacerle preguntas sobre Harry, puesto que ella era su único familiar. Después de arreglarse el peinado ante el espejo, cruzó el vestíbulo.

Los tres hombres se volvieron a mirarla; uno venía de uniforme, los otros dos, en ropas de paisano. Se presentaron como detective inspector Walter Sinclair, sargento

de detectives Charlie Mulloy y agente Stieglitz, de la policía de San Francisco.

Ella les ofreció asiento; los dos detectives aceptaron, pero el agente se quedó de pie junto a la puerta. Ella lo miró sin comprender, pero ocupó una silla frente a los detectives y preguntó:

—¿Supongo que vienen por lo de mi hermano Harry? ¿En qué puedo serles útil, caballeros?

El inspector Sinclair sacó una libreta del bolsillo.

—¿Es usted la señorita Francesca Harrison, hermana del difunto Harmon Lloyd Harrison, hijo, a quien se conocía con el nombre de Harry?

—Sí, por supuesto —contestó ella sorprendida—. Ustedes ya lo saben.

—Es una formalidad, señorita —replicó rápidamente el detective Mulloy—. Señorita Harrison: ¿cómo calificaría usted las relaciones entre usted y su hermano?

Francie lo miró con desdén.

—Yo odiaba a mi hermano; todo el mundo lo sabe. Y él me odiaba a mí. Nuestra relación ha sido documentada por todos los periódicos del país.

El inspector la miraba a los ojos.

—Se dice que usted culpaba al señor Harrison por la muerte de su hijo Oliver, fallecido hace años en el incendio de los depósitos de Lai Tsin.

—Mis opiniones y mi vida privada no atañen a nadie —contestó ella, enfadada—. ¿Les molestaría decirme exactamente a qué han venido?

El hombre carraspeó, echó otra mirada a sus notas y levantó la cabeza.

—Algunos testigos la oyeron decir que usted quería matar a Harry Harrison por lo que le había hecho a su hijo, señorita.

Ella miró esa cara roja y carnosa, esos estrechos ojos azules, y comprendió de pronto adonde quería llegar.

—¡No estará usted sugiriendo que yo estoy implicada en la muerte de mi hermano! —exclamó.

El inspector volvió a carraspear y echó un vistazo al detective Mulloy.

—¿Le molestaría decirnos, señorita, dónde estaba el miércoles por la noche, entre las veinte y las veintiún horas?

Francie lo miró con fijeza. Le estaban pidiendo una coartada, igual que en las películas de pistoleros. El miércoles por la noche ella estaba con Buck Wingate en el apartamento de Annie, pero no podía decirlo. Y si les decía que había pasado la noche sola en su propia casa, se haría sospechosa del asesinato de Harry. Pensó con celeridad.

—Estuve... estuve en el hotel Aysgarth. Pasé la velada con mi amiga Annie Aysgarth.

Los dos detectives intercambiaron una mirada significativa. Mulloy dijo.

—Ya hemos interrogado al personal del hotel que estaba de turno esa noche, señorita. Los testigos declaran que la señorita Aysgarth estuvo abajo la mayor parte de la noche; primero, en el Salón de las Montañas; después, en el comedor. Cenó sola

y más tarde se la vio conversando en el vestíbulo con algunos huéspedes.

Con los ojos clavados en el rostro petrificado de Francie, se levantó y dijo, sin levantar la voz:

—Me veo en la obligación de arrestarla como sospechosa del asesinato de Harmon Lloyd Harrison, hijo.

Francie levantó una mirada aturdida.

—No es cierto. Yo no maté a Harry. Solo mentí porque sabía que, si declaraba haber estado sola en casa, se sospecharía de mí. Todo esto es un error.

—Si tiene a bien ponerse el abrigo, señorita, la llevaremos a la comisaría de policía. Allí podremos hablar. —Hizo una seña al agente uniformado—. Acompañe a la señorita Harrison al piso alto, Steiglitz, para que pueda buscar sus cosas.

Y Francie comprendió que estaba prisionera.

Subió lentamente a su habitación, demasiado aturdida para pensar con claridad. Se puso un abrigo color ciruela y un sombrero haciendo juego. Mientras caminaba hacia la puerta bajó el pequeño velo sobre los ojos. Steiglitz la seguía. Cuando pasaron junto a los asustados sirvientes chinos, Ah Fong dijo, con los ojos llenos de lágrimas:

—Llamaré a la señorita Aysgarth, señorita Francie. La llamaré de inmediato. Ella siempre sabe qué hacer.

El detective Mulloy abrió la puerta y Francie salió a una descarga de fognazos. Los miró, sobresaltada. Luego los detectives la tomaron por los brazos para hacerla subir al coche patrulla, que se la llevó.

Capítulo 42

Viernes, 6 de octubre.

Buck había abandonado el hotel a primera hora del jueves. Supo lo del incendio al terminar una conferencia en la Universidad de Stanford y estaba en Sacramento cuando se divulgó que Harry había muerto. Algo más tarde le sorprendió el informe de que Harry había sido asesinado.

El viernes por la noche regresó a San Francisco, planeando regresar a Washington por la mañana. No tenía motivos para quedarse, pues había terminado con sus compromisos, tras pasar una dura jornada visitando diez o doce ciudades, grandes o pequeñas, estrechando la mano de los dignatarios locales y de la «gente de verdad». Apenas tuvo tiempo de comer un bocado. Cuando entró en su *suite* del Aysgarth solo quería darse una ducha y acostarse.

—¿Eres tú, querido? —preguntó Maryanne desde su cuarto.

Por enésima vez, Buck se preguntó quién otro podía ser. Ella salió a su encuentro. Estaba inmaculada, con un vestido verde oscuro y el pelo rubio lustrosamente ondeado contra la bella forma de su cabeza; sonreía.

—Pobre querido —dijo, reconfortante—, debes de estar exhausto. Voy a prepararte una copa.

Se acercó a la mesa para servirle un *whisky* con un solo cubito de hielo, como a él le gustaba. Buck se dejó caer en el sillón, cansado, y ella ocupó el sofá de enfrente, balanceando un pie y sin dejar de sonreírle.

—Se me ocurrió que podríamos cenar aquí arriba —sugirió—. Algo ligero. Sé que estás demasiado fatigado como para soportar mucho.

—Como quieras —replicó él, indiferente. Algo distraído, observó el pie que iba y venía. De pronto dijo—: ¿Qué le pasó a tu zapato? Parece tener la puntera gastada.

Maryanne bajó la vista a sus zapatos de gamuza negra y enrojeció súbitamente. Después de la visita a Harry había arrojado los zapatos al interior del ropero; acababa de ponérselos sin echarles siquiera una mirada.

—Caramba —dijo, mientras corría a cambiárselos—, están llenos de polvo. Haré el que camarero se los lleve para limpiarlos.

—¿Qué pasó con Harry? —preguntó Buck, inesperadamente.

—¿Con Harry? Ah, ¿verdad que es espantoso? El pobre murió en el incendio de su casa y ahora creen que fue un asesinato.

Maryanne vaciló; al parecer, su marido no sabía que habían arrestado a Francie. Decidió que era mejor no decirle nada. Él estaba demasiado exhausto para encender la radio y se irían a primera hora de la mañana. Si lograba que Buck no se acercara a los diarios, con un poco de suerte no se enteraría hasta que estuvieran de nuevo en

Washington, sanos y salvos.

Buck miraba pensativamente su copa.

—Siendo Harry como era, supongo que muchos deben de alegrarse con su muerte.

—Bueno, no vamos a quedarnos para los funerales, desde luego —replicó ella enérgicamente—. Lo siento por Harry, pero quiero ver a los niños. Paso demasiado tiempo lejos de ellos.

Él levantó la vista, sorprendido. Maryanne veía a sus hijos con tan poca frecuencia como él, pero era por su propia decisión. Vació su copa y fue a darse una ducha. Cuando salió, el camarero estaba entrando con una mesa de ruedas. Su esposa desapareció apresuradamente en su dormitorio.

—Encárgate de la comida, ¿quieres, Buck?

—Me alegro de verlo, senador. —El camarero le sonrió mientras colocaba los platos—. Pero supongo que lo de su amigo, el señor Harrison, ha de ser un duro golpe.

—Es una triste noticia —concordó Buck, firmando la factura.

—¿La señora Wingate recuperó sus llaves, señor? —preguntó el hombre, solícito—. Esa noche las busqué por todas partes, en el pasillo y en el ascensor, pero no había rastro de ellas.

—¿Qué llaves?

—Bueno, señor... El miércoles por la noche, al entrar, dijo que las había perdido. Pero la señora no tiene por qué preocuparse. La señorita Aysgarth siempre dispone de varias copias. Son cosas que pasan, ¿no, señor?

—Supongo que sí —repuso Buck, preguntándose vagamente adonde habría ido Maryanne el miércoles por la noche.

Dio una propina al camarero y, después de darle las buenas noches, se sirvió otra copa. Miraba lúgubrementemente por la ventana, preguntándose si Francie estaría en su casa y qué pensaría sobre la muerte de su odiado hermano. «Debe de estar contenta, —pensó—, aunque a ella misma le parezca horrible alegrarse». Pensó en llamar a Annie para averiguarlo, pero en ese momento volvió Maryanne. De cualquier modo, no tenía derecho.

—Consumé —observó ella, destapando las fuentes—. Perdices asadas para ti y ensalada de langosta para mí. Tienes muy mala cara, querido. Ven a comer. Esto huele muy bien.

Buck se sentó frente a ella. Maryanne comía su ensalada, charlando sobre lo que harían en Washington la semana siguiente, las fiestas a las que debían asistir y la cena que ofrecería en honor del embajador británico. El teléfono la interrumpió en medio de una frase.

—Yo atiendo —dijo él, levantándose.

—Lamento molestarlo, senador Wingate —dijo la voz del teléfono—. Le habla el sargento de detectives Mulloy. ¿Sabe usted lo del incendio en casa del señor

Harrison? Lo siento mucho, senador; sé que usted y su esposa eran amigos de él. En realidad, eso es lo que me trae por aquí, señor. Tenemos que revisar las ruinas, buscando los motivos del incendio y cualquier cosa que haya podido salvarse. Y apareció un objeto valioso que el mayordomo identificó como perteneciente a su esposa, señor. Se trata de una pequeña polvera con sus iniciales. Los criados dicen que usted y su esposa cenaron allí el martes por la noche. Supongo que la señora olvidó la polvera allí.

—Gracias —dijo Buck, automáticamente.

—La hemos limpiado un poco, señor —dijo el sargento de detectives—. Creo que ha quedado bastante bien; hasta el polvo está intacto. Es asombroso, pero hay cosas que sobreviven a un incendio y otras que no. No se imagina las cosas que se encuentran: juguetes, zapatos, relojes... Nunca acabo de sorprenderme.

—Sí —concordó Buck.

—Se la haré subir, senador. Le agradeceré mucho que me devuelva el recibo firmado por medio del botones.

—No se moleste. Yo mismo bajaré a firmarlo.

Mientras caminaba hacia la puerta sintió los ojos de Maryanne fijos en él.

—Hay alguien abajo que quiere verme.

—Pero tu cena...

La puerta se cerró tras él. Maryanne frunció los labios, enfadada, preguntándose qué podía ser tan importante.

Buck recibió la polvera de manos del policía y firmó el recibo. Después de guardársela en el bolsillo, salió a la calle. Necesitaba estar solo con sus pensamientos. Cruzó la plaza a paso rápido y subió por Nob Hill. Aún había una multitud rodeando las ruinas acordonadas de la casa Harrison. Él también se detuvo a mirar, pensando que había cenado en esa casa apenas cuatro noches antes. Cerró la mano en torno de la pequeña polvera, deslizando el pulgar sobre las iniciales de rubíes: MBW. Pensaba en Maryanne, intrigado. A la mente le venía una imagen de ella, sentada en el sofá, con una bata color melocotón, empolvándose la nariz. Había usado esa misma polvera. Fue la noche en que él se había entrevistado con Francie. La misma noche del incendio en casa de Harry. La noche en que Harry Harrison había sido asesinado.

Apretó la polvera de oro con tanta fuerza que la sintió ceder. Veía en su mente el rostro preocupado del camarero, que preguntaba si la señora Wingate había recuperado sus llaves. El miércoles por la noche él había tenido que abrirle la puerta.

—¿Senador Wingate?

Se volvió rápidamente hacia el agente uniformado.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó el policía.

Buck se encogió de hombros.

—No, gracias. Es que éramos amigos. Estoy anonadado.

—Claro, señor. Lo siento mucho. Supongo que se sentirá mejor ahora que hemos arrestado a la mujer. Entre usted y yo, senador, es casi seguro que fue ella.

Buck soltó la polvera, invadido por el alivio. Lo que había estado pensando era una locura. Tenía que ser alguna de las mujeres de Harry, por supuesto, alguna pobre muchacha abandonada...

—Todo el mundo sabe que él y su hermana se odiaban —continuó el agente—. Hace más de treinta años que los Harrison viven en guerra. Ella siempre aseguró que él había matado a su hijo. Supongo que acabó por tomar venganza.

Buck miraba fijamente al hombre, alelado por el espanto.

—¿Qué dice usted? ¿A quién han arrestado por el asesinato de Harry?

—Caramba, a su hermana, señor.

El agente lo siguió con la vista, preocupado. Buck había girado sobre sus talones para alejarse a grandes pasos.

Bajó la colina hacia el hotel casi corriendo, con la cabeza agachada y las manos en los bolsillos. Su mente estaba llena de horrendas imágenes. Veía a Francie arrestada, aterrorizada y sola, encarcelada por el asesinato de Harry. Un asesinato que ella no podía haber cometido.

Maryanne estaba sentada en el mismo sofá de chintz, vestida con la misma bata color melocotón, como el miércoles por la noche. Al verlo dejó su libro con una sonrisa de alivio.

—Estaba preocupada por ti, querido —dijo—. ¿Dónde diablos te habías metido?

Él sacó la polvera del bolsillo y se la mostró.

—Fui a buscar esto —dijo, con la voz tensa de enojo. Ella miró la polvera. Luego, a él.

—Oh, Dios mío —dijo, trémula—, no podía encontrarla. ¿Se me cayó abajo?

—La dejaste en casa de Harry —dijo él, sin alzar la voz—. El miércoles por la noche.

—¿El miércoles por la noche? No seas ridículo. La cena con Harry fue el martes, no el miércoles —dijo ella, irritada.

—La cena de Harry fue el martes, pero tú estuviste en su casa el miércoles. La noche en que perdiste las llaves y el camarero tuvo que abrirte la puerta del cuarto. ¿Te acuerdas, Maryanne?

Ella se pasó una mano nerviosa por el perfecto peinado.

—¿El miércoles? Debes de estar confundido. ¿No estuve aquí, sola contigo?

—¿Qué estaba pasando entre tú y Harry?

Ante el ademán de protesta de su mujer, Buck la interrumpió:

—No, no me mientas. Quiero saber qué hacías en su casa.

Ella se encogió de hombros, derrotada.

—Harry me estaba extorsionando —dijo, en voz baja—. Por tu aventura con su maldita hermana. Hace años que le pago... Bueno, no con dinero de mi bolsillo, sino acercándole algún buen negocio. Por medio de mi familia y de ti, Buck, aunque nunca te enteraste. —Echaba chispas por los ojos—. Todo es culpa tuya. Si no te hubieras enredado con esa tonta nada de esto habría ocurrido. —Levantó hacia él una

mirada dura—. Ella lo había amenazado. Harry me lo dijo. Y ahora la han arrestado por el asesinato. Si ella no lo hubiera hecho, Harry la habría matado a ella, tarde o temprano. Tal para cual.

—Francie no asesinó a Harry —dijo él, asiéndola rudamente por los hombros.

Maryanne le dedicó esa sonrisa inocente y aniñada que tan bien le salía.

—Pero por supuesto que sí Buck. Es que te cuesta creerlo. El mismo Harry me contó que ella lo acusaba de matar a su hijo en un incendio. ¿No te parece la venganza perfecta? ¿Otro incendio? En realidad, es bastante bíblico: ojo por ojo, incendio por incendio...

—Grandísima perra mentirosa y sucia —exclamó él, soltándola.

Ella se dejó caer en el sofá. La asustaba ver ese brillo salvaje en los ojos de su marido.

—Todo pasó hace mucho tiempo, Buck —trató de calmarlo, con voz conciliatoria—. Pusiste fin a la aventura y se acabó todo. Al fin y al cabo, he sido yo la que he tenido que pagar el precio. —Se estremeció delicadamente—. Harry era tan... tan despreciable...

—Yo no terminé con Francie —aclaró él, pétreo—. Lo hiciste tú por mí. Tal como trataste de manejar el resto de mi vida. Yo no quería romper con ella. La amaba.

Maryanne aprovechó rápidamente el uso de ese tiempo pasado.

—Bueno, ya lo ves. La amabas, pero eso terminó. Y ahora ella se ha metido en este aprieto. Lo siento mucho, Buck, pero no podemos dejar que esto nos afecte. Es demasiado lo que está en juego.

Él permanecía inmóvil, con las manos en los bolsillos, observándola. Maryanne había apostado demasiado. Pensó en la fría e impertérrita belleza con quien se había casado; en sus hijos, tan distantes; en su brillante futuro, que era solo cenizas. Maryanne había incendiado la vida de ambos junto con la casa de Harry, el miércoles por la noche.

Se volvió para recoger su abrigo.

—¿Adónde vas? —preguntó ella, cerrándose el peinador de seda alrededor del cuello, asustada.

—A ver a Francie. Sé que ella no lo hizo. Tiene la coartada perfecta. El miércoles por la noche estaba con el senador Buck Wingate... mientras tú visitabas a Harry.

—¡No, no! ¡No es cierto! —corrió tras él hacia la puerta, pisando el filo de su bata.

—Siempre has conseguido lo que deseabas. Pero esta vez no, Maryanne.

—Lo hice por ti, Buck —gritó ella, aferrándose de su brazo—. Lo hice por ti... por nosotros.

—Lo que hayas hecho, lo hiciste por ti misma —replicó él, amargado—. Como siempre. Pero ahora tendrás que vivir con tu conciencia.

Horrorizada, Maryanne lo vio cruzar la puerta. Un pequeño sollozo escapó de sus labios: escondió la cara entre las manos, temblando. Al cabo de un rato logró

dominarse y entró en su habitación. Se sentó ante el tocador, mirando en el espejo su pelo revuelto y sus ojos asustados.

Había estado a punto de triunfar. Buck habría llegado un día a la Casa Blanca. Pensó en el poder, el prestigio, las aclamaciones que habrían sido suyos. A no ser por la estupidez de Buck, ella habría podido gozar de todo eso. Se preguntó qué haría su esposo con respecto a Harry.

Era mejor no preocuparse por eso. Buck no podía probar que ella hubiera olvidado su polvera la noche de la cena. Nadie podía probar nada. Estaba a salvo. Buck tendría que vérselas con ella cuando regresara. Tendría que pagar por todo lo que le había hecho pasar esa semana.

Después de peinarse y empolvase la nariz, se cambió la bata desgarrada por otra de terciopelo azul y se tendió en el sofá, a esperarlo.

El sargento que atendía el escritorio se levantó precipitadamente al ver entrar al senador Buck Wingate, que pedía ver al jefe de policía.

—Claro, señor... senador Wingate. Creo que está en su casa, senador. Lo llamaré en seguida, señor.

Buck aguardó quince minutos en una oficina atestada. En el escritorio ardía una lámpara de pantalla verde; los estantes estaban repletos de montañas de carpetas y había solo dos viejas sillas de maderas, con la pintura saltada.

—Me alegro de verlo, senador Wingate. ¿Qué podemos hacer por usted? —El jefe de policía era un hombre corpulento, de cara inteligente, enrojecida por la prisa.

Buck tomó asiento. Luego miró con firmeza al jefe de policía y dijo:

—Vengo por lo de Francesca Harrison.

—¿Por el caso Harrison? —El hombre parecía sorprendido.

—Vengo a decirle que la señorita Harrison no cometió ese asesinato, jefe Rawlins. No pudo hacerlo porque esa noche estaba conmigo.

Rawlins dio un respingo; en su oficio se veían y oían muchas cosas; un escándalo siempre era un escándalo, pero allí se trataba de uno grande. Suspirando, se dijo que el sexo volvía loco a cualquiera, desde un portero a un senador; daba igual. Pero este era un hombre importante, muy importante. Y la familia de su esposa era lo más parecido a la realeza que existía en el país.

—¿Está seguro de querer decir esto, señor? —sugirió delicadamente, ofreciéndole una salida.

—Estoy seguro. La señorita Harrison es inocente y estoy dispuesto a firmar una declaración diciendo que estaba conmigo. Si es necesario, me presentaré ante el tribunal como testigo.

Rawlins sacudió rápidamente la cabeza.

—No será necesario, senador, por supuesto. No tengo inconveniente en dejar a la señorita Harrison en libertad, si usted lo dice. No habrá necesidad de declaración

escrita, señor. Nadie tiene por qué enterarse.

Y miró a Buck con una sonrisa, pensando cínicamente que los hombres de ese tipo siempre se quedaban con el pan y con la torta.

Buck manifestó con energía:

—Es que quiero firmar esa declaración, Rawlins. Y quiero que sea entregada a los periódicos. Todo el mundo debe saber que la señorita Harrison no se libra de esta grave acusación por un mero tecnicismo. Quiero que todos sepan, sin la menor duda, que esa mujer es inocente. No debe quedar ninguna sospecha que los medios conviertan en otro escándalo innmercido.

El jefe parecía nervioso.

—Me preocupa su propia situación, senador. ¿Cómo quedará usted después de esto?

Buck se encogió de hombros.

—He tenido en cuenta todas las consecuencias, jefe Rawlins.

—En ese caso, señor, escriba usted su declaración y yo la certificaré. Luego haré que el sargento traiga a la señorita Harrison. Está en una sala de entrevistas, al otro lado del pasillo.

La terrible visión de Francie en una celda sombría se desvaneció de su mente. Tomó una estilográfica y redactó velozmente su declaración. Luego la firmó sin vacilar. El jefe, después de leerla, agregó su propia firma como testigo.

El joven sargento llamó a la puerta y la abrió, dejando entrar a Francie. Tenía la cabeza baja y los ojos oscurecidos por la fatiga y el sobresalto; al verla, Buck pensó en un cervatillo asustado. Los miró a ambos sin decir nada, y él comprendió que aun en ese momento estaba dispuesta a protegerlo, a sacrificarse por él, su familia y su carrera política. Su estupenda carrera, a la que él había sacrificado su felicidad.

Le sonrió con la cara llena de amor.

—Todo está bien, Francie —dijo—. El jefe Rawlins sabe que estabas conmigo cuando Harry murió. Ya estás libre.

Ella lo miró. Luego levantó orgullosamente la barbilla.

—¿Libre? —dijo.

Y él comprendió lo que preguntaba.

—Sí —respondió. Le tomó un brazo y lo enlazó con el suyo para salir de esa oficina desordenada y lúgubre—. Los dos estamos libres —añadió, sonriente.

Maryanne leyó la sensacional noticia en el *Examiner*, a la mañana siguiente; informaba sobre la liberación de Francie Harrison y anunciaba, bajo una foto de Buck Wingate, que el senador quizá se retirara de la política.

Pálida de cólera, arrojó el periódico al suelo y pisoteó el agradable rostro de su esposo. Luego llamó a la camarera para que le preparara el equipaje. Se vistió con esmero: un vestido de lana gris plata, la capa con forro de visón y el sombrero

haciendo juego. Al pintarse los labios aplicó más color que de costumbre. Después de inspeccionar su aspecto en el gran espejo, bajó para enfrentarse con los periodistas acampados en la calle, ante el Aysgarth.

Al verla bajar los peldaños hacia la limusina que esperaba, todos corrieron hacia ella, gritando:

—Señora Wingate, ¿qué puede declarar sobre lo de Francie Harrison y su esposo? ¿Qué puede decirnos de su renuncia, señora?

Ella giró, con un pie en la limusina, y les dedicó una sonrisita seca.

—Caballeros, caballeros —pidió, entre una descarga de fogonazos—, gracias por tanto interés, pero ustedes comprenderán que se trata de un asunto puramente personal. Naturalmente, los Brattle nunca discutimos de estas cosas fuera de la familia.

Con una última sonrisa valiente, agitó la mano a modo de saludo y subió al automóvil. La llevaron al aeropuerto, donde tomó el avión a Nueva York para consultar a su abogado con respecto a los trámites de divorcio.

Desde lo alto de la escalinata, Annie Aysgarth presenció la última actuación de Maryanne como bella esposa del senador Wingate. Cuando el coche arrancó, por fin, la inglesa suspiró de alivio. Harry Harrison y Maryanne Wingate habían conspirado para arruinar la vida a cuantos los rodeaban. Esos dos se parecían: ambos eran egoístas y sin escrúpulos; tomaban sin dar y no se detenían ante nada. Ni siquiera ante el asesinato. Pero Harry estaba muerto y Maryanne había creado un infierno personal propio, en el que tendría que vivir.

Los periodistas y fotógrafos desaparecieron, ansiosos de informar sobre la dramática partida de la esposa. Annie bajó a la calle y se volvió para contemplar su hotel. Era creación suya, como todos los otros. Aysgarth era su propio mundo, el que ella amaba. Los hijos de Francie habían sido en parte suyos, como Josh en su infancia. Aunque no tenía marido ni hijos propios, se sentía satisfecha. Subió de prisa los peldaños para volver a su mundo. A través de todas las tragedias, la fortuna le había sonreído. Era una mujer feliz.

Francie y Buck estaban en el rancho. Tenían tantas cosas que decirse que probablemente no las dijeran jamás. Tampoco hacía falta. Él lo había dicho todo al expresar que ambos estaban libres.

Al estallar el escándalo, Buck no se dio prisa en renunciar. «Si lo hago pensarán que eres culpable... o que lo soy yo, —le dijo—, ya verás: seremos la comidilla durante nueve días, hasta que nos reemplace otro escándalo. Además, tienen que decidir a quién designarán para sustituirme. No puedo dejar colgada a toda esa gente que depende de mí».

Estaba en lo cierto, desde luego. En Washington se le tenía aprecio. Un mes más tarde, cuando presentó su renuncia, los columnistas políticos se apresuraron a entonar

sus alabanzas. «El mundo de la política pierde a un buen hombre, —decían—. Pero él mismo ha tomado su decisión, sin presiones puritanas. Si bien es de esperar que disfrute de su retiro y de su nueva vida, el Partido Republicano cometería un error si se desprendiera por completo de él; se comenta que estaría disponible como asesor, para lo cual está más que capacitado, gracias a su ilimitada experiencia».

Cuando por fin conoció a Lysandra, la tomó en sus brazos para darle un beso y le dijo que era el viejo amigo de su madre, el que había llamado por teléfono. Se había puesto en cuclillas, para estar a la altura de la niña; ella lo miró en silencio. Luego dijo:

—Eres tú, ¿verdad? ¿Eres mi padre?

Francie ahogó una exclamación, temerosa de lo que Lysandra pudiera decir. Pero él le sonrió con suavidad, respondiendo:

—Es verdad, Lysandra. Espero que me perdones por no haber pasado contigo estos siete primeros años, pero yo no conocía tu existencia.

—¿Y ahora te vas a quedar? —preguntó ella, melancólica y con la cabeza inclinada a un lado.

—Si tu madre me lo permite —respondió él, echando un vistazo a Francie.

Entonces Lysandra deslizó una mano en la suya, llena de confianza.

—Oh, ella te ama. La conozco.

Ahora eran muy buenos amigos. Francie los vio caminar entre las viñas. Buck se inclinaba hacia Lysandra, que le mostraba algo. Probablemente estaba explicándole cómo se las podaba antes del invierno. Lysandra siempre lo sabía todo. Buck levantó la vista y sorprendió su mirada.

—Me está enseñando a cultivar vides —explicó, levantando la voz—. ¿Nunca te dije que quería dirigir un lagar?

Francie, riendo, recordó habérselo oído decir, muchos años antes. Mientras iba a reunirse con ellos lamentaba que el mandarín, el que le había cambiado la suerte, no estuviera allí para compartir su felicidad.

SEXTA PARTE:

Lysandra.

Capítulo 43

1963.

Hong Kong.

Lysandra Lai Tsin había cumplido sobradamente con el destino legado por el mandarín. Era presidente de Lai Tsin International, mujer hermosa en un mundo de hombres, aunque ponía cuidado en no explotar ese hecho. Usaba trajes formales, casi severos, de cachemir oscuro en invierno y seda en verano. Prefería los tacones sensatamente bajos, aunque tenía las piernas largas y bien formadas, dignas de exhibirse, y peinaba su rubio pelo prerrafaelista hacia arriba, sujeto a los costados con un par de antiguas peinetas de jade, de las que tenía una colección fabulosa. Su cutis era terso e impecable. Había heredado los asombrosos ojos de zafiro de su madre y su bonita boca, que pintaba de color fucsia intenso; ese era todo su maquillaje y su única concesión a la femineidad. Pero hasta sus enemigos admitían que Lysandra no necesitaba maquillaje. ¿Con su belleza? ¿Con su dinero? ¿Y con su poder? Quienes se acercaban a ella jamás olvidaban sus ojos serenos y enigmáticos ni su esencia vaga, casi invisible, como el aroma limpio de un jardín en los amaneceres de verano, con un vago recuerdo a lirios.

Estaba sola en su oficina, en lo alto del espectacular edificio Lai Tsin, de treinta pisos, levantado entre las calles Connaught y des Voeux, aunque la dirección oficial de la empresa seguía correspondiendo al viejo godown del puerto. Cuando el nuevo rascacielos reemplazó a la primera sede del mandarín, Lysandra insistió en que se preservaran las grandes cosas que él le había mostrado con tanto orgullo, siendo ella una niña: las columnas de malaquita, los mosaicos y las tallas habían sido incorporadas al modernísimo salón de recepciones.

Y los grandes leones de bronce aún montaban guardia junto a los peldaños de entrada, para alejar el mal *ch'i*.

Eran las siete y media de la tarde. El sol se ponía sobre Victoria Bay, pintando el cielo de naranja y oro; el agua grisácea y los pequeños *ferries* tomaban un alegre tono rosado de carnaval. Lysandra estaba en su oficina desde las siete y media de la mañana, como de costumbre. Ahora todo era silencio, descontando el tictac de un diminuto reloj adornado con joyas y el sordo ruido del tránsito en la calle, mucho más abajo. Durante el día rara vez abandonaba su oficina; la gente iba a verla allí y, cuando tenía un almuerzo de negocios, era siempre en su comedor privado del trigésimo piso, que tenía fama de ser el equivalente gastronómico de los mejores restaurantes de Hong Kong. Y Lysandra se había ganado la reputación de ser una de las empresarias más fuertes de la ciudad.

—El viejo sabía lo que estaba haciendo cuando la eligió para manejar la empresa

—reconocían los taipáns de Hong Kong, admirándola a regañadientes—. A Lysandra Lai Tsin no se le escapa nada. Esos ojos de águila no pasan nada por alto.

Y su instinto para los negocios solo puede atribuirse a lo sobrenatural. O a la buena *fung shui*. Decían que Lysandra había iniciado su carrera siendo apenas una niña de diez años.

En noviembre de 1941, Lysandra hizo su visita anual a tío Philip Chen y su familia. Buck se culparía eternamente por su falta de previsión en esa oportunidad. Aunque Europa estaba en guerra, en Hong Kong las cosas continuaban como siempre; el puerto estaba lleno de cargueros; los aviones de Pan Am hacían regularmente el viaje a EE. UU. Buck aún era muy querido en Washington, pese a haber renunciado a su escaño en el Senado. Si bien deseaba pasar su tiempo con Francie y dedicarse a ampliar el rancho y el lagar, Washington aún lo tentaba; de vez en cuando era convocado para actuar como asesor.

El Departamento de Guerra le pidió que viajara a Hong Kong en una misión de tres semanas, pretendiendo ser observador de cierta delegación comercial. No había motivos para creer que Norteamérica y sus ciudadanos estuvieran amenazados; los japoneses no cometían actos de beligerancia más allá de las fronteras de China. Lysandra le había suplicado, con los ojos llenos de anhelos.

—Después de todo —decía melancólicamente a su madre—. Hong Kong es como mi patria, o lo será un día de estos. —Las pupilas se le llenaron de tristeza al agregar—: Y es lo que el abuelo Lai Tsin quería que hiciera.

Fue esa tristeza lo que se impuso. Francie miró a Buck, suspirando.

—Es cierto. El mandarín quería que viajaras a Hong Kong todos los años.

Lysandra le arrojó los brazos al cuello.

—Por favor, déjame ir, mami —murmuró—. Con Buck estoy segura, bien lo sabes.

Buck sonrió.

—Eso no puedo discutirlo.

Así fue cómo Lysandra viajó con él. Solo llevaban tres días en Hong Kong cuando Buck enfermó de fiebre tifoidea; pasó dos semanas en el hospital y fue embarcado de regreso hacia su patria en una camilla. Se decidió que Lysandra se quedara con Philip Chen; su esposa Irene la acompañaría personalmente en el viaje de regreso, un par de semanas después. Buck, debilitado, reconoció que eso era preferible a acompañar a un enfermo incapacitado. Luego las cosas ocurrieron tan de prisa que nadie pudo actuar.

El ocho de diciembre, los japoneses atacaron Pearl Harbor y, simultáneamente, cruzaron la frontera entre Shenzen y Hong Kong. El aeropuerto de Kai Tak recibió un fuerte bombardeo y las pistas quedaron fuera de servicio. Apenas tres semanas después, en la Navidad de 1941, Hong Kong se rindió. Philip Chen se apresuró a retirar de la casa central de Lai Tsin todos los documentos secretos e importantes, incluyendo los de la caja fuerte personal del mandarín, de la que solo él y Francie

tenían la llave, y los ocultó bajo las tablas que formaban el suelo de su cocina. No era el mejor escondrijo del mundo, pero fue cuanto pudo hacer.

Francie estaba loca de miedo por Lysandra y la familia Chen. Entre los brazos de Buck, pálido, flaco y aún debilitado por la enfermedad, lloraba amargas lágrimas por su estupidez al permitir la partida de Lysandra.

—Es culpa mía —decía él, apretando los labios en un esfuerzo para dominar sus temores—. Yo la llevé y yo tengo la responsabilidad de recuperarla. Voy a sacarla de allí, aunque sea lo último que haga.

Al día siguiente partió hacia Washington.

Por primera vez en su vida, Francie no soportaba estar en el rancho. Estaba lleno de Lysandra; sus fotografías cubrían mesas y paredes, sus ropas abarrotaban los armarios y sus libros los estantes. Sus perros seguían a Francie, husmeándole los talones. Allí se había iniciado su joven vida... que a esas horas bien podía haber terminado. Francie, aterrorizada, huyó hacia Washington en busca de Buck. Su nombre aún tenía peso en la capital; él conocía a todas las personas importantes. Si había influencias que sirvieran para hallar a Lysandra, Buck emplearía las adecuadas.

Ante la mirada de Philip Chen, los soldados británicos marchaban por la fuerza a los campamentos como prisioneros de guerra de Kowloon. Como muchos otros chinos, corrió junto a ellos para darles toda la comida y el dinero de que había podido echar mano. Ayudó a un fatigado joven a cargar con su pesada mochila hasta que un brutal guardia japonés, después de arengarlo, los derribó a ambos con la culata de su fusil. Chen pudo levantarse y se alejó; al mirar hacia atrás vio que el joven soldado no había tenido tanta suerte: aún estaba tendido en el camino. A partir de entonces supo qué podía esperar de los invasores japoneses.

Aparecieron carteles informando a todos los civiles extranjeros que debían presentarse ante los funcionarios japoneses, para ser enviados a campamentos de concentración en Stanley, cerca del mar; solo los chinos podían quedarse. Philip discutió la cuestión con Irene, su esposa. Ambos tenían bajo su responsabilidad a Lysandra, la heredera designada por el mandarín, a la que amaban como a una hija. De inmediato decidieron que debían esconderla hasta que terminara la guerra, cualquiera que fuese el riesgo. Ah Sing, el ama de Lysandra, los observaba con preocupación; adoraba a su joven pupila y la sabía en peligro. Su amor era tan fiero como el de cualquier madre por su Hija Número Uno.

Esa tarde Philip Chen fue llamado al cuartel general de los japoneses. El hombre que lo interrogó, por medio de un intérprete, era arrogante y expeditivo. Ordenó a uno de los guardias que aplicara un fuerte golpe a la cabeza de Philip, por no haberse inclinado ante el invasor imperial japonés. Sus ojillos relumbraban por el triunfo de tener a su merced al influyente comprador de una de las empresas más importantes de Hong Kong.

—Mañana a las once en punto —dijo—, el Ejército Imperial Japonés se apoderará de la casa central y los bienes de Lai Tsin Corporation. Tu taipán deberá acompañarte a esa reunión, para que ponga su firma en los documentos por los que cederá todos sus derechos al Gobierno Imperial Japonés.

En los ojos de Philip se encendió el enojo, pero se dominó; los espías no debían de saber mucho sobre Lai Tsin Corporation, exceptuando que era muy rica; codiciaban sus bienes y sus barcos, muchos de los cuales yacían ahora bajo las aguas del puerto, gracias al bombardeo japonés. También dedujo que no conocían la existencia de Lysandra.

—El taipán estaba en San Francisco en el momento de la invasión —dijo, despectivo—. No estará disponible para firmar esos documentos.

Los fríos ojos del oficial japonés buscaron los suyos.

—Nuestras informaciones dicen lo contrario. —Su voz se elevó a un grito furioso—. Nuestro informante es muy confiable. Un chino. Sabemos que el taipán de Lai Tsin está aquí, en Hong Kong, y esperamos que se presente mañana a las once. Si no lo hace habrá graves represalias, señor Chen... contra usted y su familia.

Mientras se retiraba, acompañado por el guardia, Philip sentía sus ojos clavados en la espalda. Corrió a su casa, muy preocupado. Aun en tan poco tiempo, la Kempeitei, policía militar japonesa, había alcanzado una reputación de brutalidad que igualaba la de la Gestapo alemana. Cabía esperar lo peor. Él era en Hong Kong un hombre rico e importante; vivía en una hermosa casa de los niveles intermedios. Era uno de los objetivos y lo sabía.

—La llevaremos a escondidas a alguna remota aldea china, donde pueda esconderse —dijo a su afligida esposa.

Pero ella observó que era imposible.

—Siendo tan rubia y de ojos tan azules, no hay modo de hacerla pasar por china. Aunque la enviáramos con Robert —agregó. Su cara, normalmente dulce, se arrugaba de nerviosismo al mirar a Lysandra y a Robert, su hijo de catorce años, que escuchaban el diálogo.

—Sin Lysandra no iré —dijo Robert tercamente. Era un muchachito alto y estudioso que llevaba gafas. Lysandra siempre había sospechado que no la quería. Por eso lo miró sorprendida al oírlo agregar—: Me quedo a cuidar de ella.

Philip sacudió la cabeza.

—Tenemos que sacarla de aquí inmediatamente, antes de que vengan a buscarla.

Lysandra echó un vistazo al matrimonio y comprendió que, por causa de ella, estaban en un gran peligro.

—¿Qué quieren los japoneses de mí? —preguntó, intrigada.

—Han pedido que el taipán vaya mañana a nuestras oficinas, para reunirse con el general y firmar personalmente la orden de ceder todos los derechos y las propiedades de la empresa.

—¿Y si no voy?

Él se encogió de hombros.

—Habrás represalias.

En el tiempo que llevaban allí las fuerzas de ocupación, Lysandra había aprendido lo que significaba eso. Se apresuró a pensar en lo que habría hecho su madre.

—Bueno, entonces es sencillo. Mañana iré a nuestras oficinas, como taipán de Lai Tsin Corporation, y firmaré la orden. Y cuando ganemos la guerra lo recuperaremos todo.

Philip sonrió ante su agresividad. Era apenas una escolar y creía poder medirse con los guerreros japoneses.

—Aunque seas la taipán, hasta que cumplas los dieciocho años es tu madre quien dirige la empresa. Un documento firmado por una menor de edad carece de valor.

—Mejor aún, ¿no te parece? Ellos creerán haber conseguido lo que querían y te dejarán en paz.

—No puedo permitir que vayas. Es peligroso. No sabes cómo son, Lysandra. No tienen conciencia ni misericordia.

Ella sopesó cuidadosamente esas palabras. Solo sabía que los japoneses no tendrían piedad con tío Philip, tía Irene y Robert si ellos la escondían, en vez de llevarla a las oficinas al día siguiente.

—Como taipán de Lai Tsin —dijo, proyectando el mentón y mirando a Philip Chen a los ojos—, esta es mi primera orden. Mañana a las once me acompañarás a nuestra casa central, para que firme el documento para los japoneses.

Philip Chen había amado mucho a su «Honorable Padre». Lai Tsin. Ahora dedicaba el mismo amor, la misma lealtad a su Honorable Nieta Lysandra. Pensó en Francie y en Buck; no podía exponerla a semejante peligro.

—Ellos esperan recibir a un hombre —dijo, buscando un sustituto en su mente—. Llevaremos a otro en tu lugar.

—¡No! —La voz de Lysandra era imperiosa—. Mi abuelo me traspasó la responsabilidad. Seré yo quien firme el documento. —Su carita se arrugó; de pronto había perdido todo el coraje. Corrió hacia su tío y, desde la protección de sus brazos, exclamó—: ¿No te das cuenta de que no hay otra solución? Vosotros sois mi familia. Os amo. No puedo permitir que os hagan daño.

—Cuando vean que es solo una criatura —dijo Irene, reconfortante—, la dejarán en paz.

Pero Ah Sing les volvió la espalda, agitando la cabeza; esa noche quemó incienso en honor de todos los dioses que pudo recordar, rezando por que Irene tuviera razón.

A la mañana siguiente Lysandra despertó temprano y corrió desde su cuarto al vecino, donde dormía Robert. Él levantó la cabeza de la almohada y la miró con aire somnoliento, buscando sus gafas.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmado—. ¿Han venido los japoneses a buscarnos?

—No, no. —Ella sacudió la cabeza, haciendo volar el pelo rubio—. Solo quiero preguntarte algo. —Se inclinó hacia adelante, conspiradora—. Acabo de darme

cuenta de que, cuando yo sea grande y pueda manejar Lai Tsin, tu padre se habrá retirado. ¿Quieres ser mi comprador cuando seas grande, Robert?

Él se plantó las gafas en la nariz.

—Pensaba dedicarme a la neurocirugía —dijo—. No creo que sirva para comprador.

Lysandra exhaló un suspiro.

—Prométeme que lo pensarás —rogó—. El mandarín siempre dijo que yo necesitaría de todos los amigos posibles.

Philip no quería correr peligros. Después del desayuno, Robert y su madre se fueron a Kowloon, a casa de unos amigos. Desde allí, disfrazados de campesinos, viajarían por la noche por los Nuevos Territorios hasta cruzar la frontera de China, donde podrían esconderse. Lysandra se despidió de ellos con los ojos llenos de lágrimas, preguntándose cuándo volvería a verlos. Desde la ventana vio que Philip recorría primero la calle a solas, para ver si lo vigilaban. Una vez seguro de que el camino estaba libre, hizo señas a Irene y a Robert, que salieron por la puerta de servicio y se alejaron por el callejón trasero, hasta perderse de vista.

Al acercarse las once, Ah Sing vistió a Lysandra con su mejor conjunto de algodón azul, calcetines blancos y zapatitos de charol negro. Aunque hacía calor, le puso también una hermosa túnica de seda azul intenso, bordada de oro y carmesí. Como los japoneses ya se habían apoderado de todos los vehículos motorizados de Hong Kong, tomaron un rickshaw para ir a las oficinas, acompañados por Ah Sing, que se negó a separarse de la niña.

El personal estaba advertido de la visita del general japonés y había formado en el alto salón de recepciones. Todos miraron con asombro a Philip Chen, que cruzaba la puerta con la pequeña Lysandra Lai Tsin, vestida con sus ropas de mandarín. Se apresuraron a inclinarse respetuosamente ante la niña, que a su vez saludó a cada uno con una sonrisa y una majestuosa inclinación de cabeza.

La oficina del mandarín, en la parte trasera del vestíbulo, estaba tal como él la había dejado, porque nadie podía utilizarla. Los trabajadores más leales la limpiaban y lustraban todos los días. Allí estaban el tintero y los pinceles chinos, la plumas occidentales y el viejo ábaco de madera, dispuestos en el escritorio de ébano como si él pudiera aparecer en cualquier momento. Lysandra contempló su retrato, que colgaba de la pared opuesta a la ventana, y le sonrió temblorosa. Él también vestía la túnica de los mandarines; se le veía tan sabio y bondadoso como ella lo recordaba. Con las rodillas vacilantes y las manos húmedas de sudor, ocupó una antigua silla de madera oscura, similar a un trono, dispuesta tras el escritorio de su abuelo, para esperar al general japonés. Nada habría deseado tanto como tener allí a sus padres. En busca de coraje, miró otra vez el retrato del mandarín, recordando la primera vez que él la había llevado allí. Su abuelo habría esperado de ella que fuera fuerte en la adversidad, como él lo había sido siempre.

Philip Chen se puso de pie a la izquierda de su silla. Al lado se alinearon diez o

doce hombres, los jefes de todos los departamentos. Ah Sing se acurrucó en el rincón, acariciando el afilado cuchillo de cocina que llevaba escondido bajo su bata negra, lista para matar a quien tratara de hacer daño a su bienamada Hija Número Uno.

Exactamente a las once se oyó una súbita conmoción de órdenes dadas a gritos y un ruido de botas que marchaban por el vestíbulo de mármol. La puerta se abrió de par en par y el general japonés se irguió en el vano, estudiándolos.

Lysandra notó rápidamente que era tan bajo como ella; su cuerpo era delgado; tenía un bigotito fino como trazado a lápiz y estrechos ojos rasgados. A diferencia de sus soldados, lucía un uniforme de corte perfecto, con botones de bronce relucientes, y una larga capa de forro escarlata que le cubría los hombros. Lo seguían cinco o seis guardias, con los fusiles preparados, y un joven teniente que actuaría como intérprete.

El general entró con aire jactancioso, golpeándose la palma con la vara. Miró a Philip Chen y a los gerentes, que inclinaban respetuosamente la cabeza. Miró el retrato del mandarín. Y luego miró a la niña rubia, de ojos azules, que ocupaba el escritorio principal de una de las empresas más grandes de Hong Kong. La halagüeña semisonrisa que se había dignado otorgar fue reemplazada por una expresión de enojo tan feroz que Lysandra cerró los ojos, para no verla.

Gritó algo que el intérprete japonés repitió, nervioso, en el impecable inglés aprendido en la Universidad de Stanford, California.

—El general pregunta qué broma es la que estáis haciendo al emisario de Su Majestad Imperial. Os advierte que las represalias serán severas y os indica que presentéis inmediatamente al verdadero taipán de la Casa de Lai Tsin.

Lysandra se irguió en toda su estatura, proyectando el mentón en el aire tal como lo hacía su madre cuando se enfadaba.

—Di al general que yo soy la taipán de Lai Tsin Hong. Seré yo quien lea los documentos que ha traído y decida si voy a firmarlos.

Los ojos furiosos del general permanecieron fijos en ella, en tanto el intérprete transmitía la noticia. En esta oportunidad ella no le esquivó la mirada. Notó con satisfacción que esa cara pasaba del escarlata al púrpura. El hombre estaba tratando de decidir si le estaban tomando el pelo.

Miró a Philip Chen como si quisiera asesinarlo y ladró otra pregunta al intérprete.

—El general pregunta tu nombre y por qué el gran Lai Tsin Hong tiene a una niña a su frente.

Lysandra asintió con gravedad.

—Di al general que soy Lysandra Lai Tsin. Mi Honorable Abuelo, el mandarín Lai Tsin, me dejó a su muerte como única heredera de su imperio. Ya conoces al señor Chen, mi comprador; estos hombres son mis gerentes. Di al general que soy la única persona con autoridad para firmar sus papeles, pues solo yo soy responsable de la empresa y de mis empleados.

El general escuchó al intérprete. Su expresión era intranquila, pues comprendía que, si eso era una treta, pronto se enteraría toda Hong Kong; entonces sería el

hazmerreír de todos, y el deshonor sería tan grande que bien podía requerir su muerte.

—Pregunta a la niña dónde está el chop, el Gran Sello de Lai Tsin —ordenó.

Lysandra sacó del cajón una caja de sándalo roja, con incrustaciones de oro, y mostró el sello de jade tallado.

—Aquí está —dijo, depositándolo en el escritorio—. Y ahora, ¿quieres decir al general que deseo ver inmediatamente sus papeles?

Su trono de madera oscura era alto y resbaladizo. Se retorció hacia adelante, rogando que él no viera que los pies no le llegaban al suelo. El general la miraba con enojo. Ordenó al intérprete que le preguntara quién era su madre y dónde vivía. Al escuchar las respuestas comprendió que la niña era quien decía ser.

Aunque ardía de furia por verse obligado a hacerlo, entrechocó los talones y le entregó los papeles con una breve reverencia, mientras el intérprete explicaba que ella debía entregar la empresa para que fuera «administrada» por los emisarios de Su Majestad Imperial, el emperador Hirohito. Debía poner su firma y el sello. Luego su comprador y todos los gerentes firmarían también el documento. A partir de ese momento serían confiscados todos los bienes de la compañía, incluidos ese edificio y todos los navíos anclados en el puerto.

Lysandra se volvió otra vez hacia el retrato de su abuelo. Luego miró otra vez al arrogante japonés; por fin, a tío Philip y a los otros hombres, que guardaban silencio. Comprendió que no tenía alternativa.

Utilizó los pinceles del mandarín para escribir su nombre, en los exquisitos caracteres chinos que él mismo le había enseñado. Aplicó el sello y el acto quedó cumplido.

Mientras volvía a guardar cuidadosamente el sello en su estuche, la niña miró con fiereza al japonés que esperaba. Luego apartó su silla y se levantó.

—Di a tu general que ahora tiene lo que deseaba, que estas oficinas son suyas. Nos vamos.

Su mirada reunió a Philip y a los jefes de todos los departamentos. A la cabeza de todos, salió de la oficina del mandarín sin decir una palabra más.

El general la vio pasar a su lado, con la rubia cabeza en alto. Los zapatitos de charol negro y los calcetines blancos asomaban bajo la rica túnica bordada; sus manos pequeñas apretaban con firmeza la caja con el sello de Lai Tsin.

Por una vez en toda su carrera no supo qué decir. El intérprete apartó la vista, nervioso, para no presenciar la profunda indignidad del general, que podía descargar su enojo contra él.

—No se saldrá con la suya —murmuró el general, mientras recogía los documentos que ella había dejado en el escritorio. Su voz temblaba de cólera al repetir, ominosa—: No se saldrá con la suya.

Un rato más tarde, Philip Chen y todos los gerentes fueron arrestados por la Kempeitei y llevados al edificio de la Suprema Corte, donde fueron brutalmente interrogados y torturados; pocas semanas después se los hizo prisioneros y se les

obligó a hacer trabajos forzados, para reconstruir las pistas del aeropuerto. Lysandra Lai Tsin fue tomada en custodia y enviada a Manchuria, donde se la mantuvo en confinamiento con otros prisioneros importantes. Pocos meses después fue llevada misteriosamente por patriotas chinos. Al cabo de un viaje largo y azaroso a través de Rusia, llegó a la Finlandia neutral. Al descender del endeble aeroplano, la primera persona a la que vio fue Buck; cayó en sus brazos, con surcos de lágrimas en la carita cansada y tensa.

—Oh, Buck —fue cuanto pudo decir, entre sollozos convulsivos.

Él la estrechó con fuerza; sus propias lágrimas caían en el pelo enredado y sucio de su hija.

—Todo está bien, pequeña —murmuró—. Ya estás a salvo. Pronto estarás en casa, con mami.

Y dio gracias a Dios por haber podido cumplir con la promesa hecha a Francie.

Volaron en secreto a Londres y desde allí a Nueva York, para reencontrarse jubilosamente con Francie. Pero guardaron el secreto de las aventuras corridas por Lysandra, por temor a que hubiera represalias contra Philip Chen, que solo al terminar la guerra fue puesto en libertad y pudo reunirse con su familia.

Exteriormente la vida de Lysandra volvió a ser la de una niña normal, pero la experiencia había dejado en su alma una mancha indeleble, que la hacía diferente de sus amigas. Francie trataba de hacerla hablar sobre el tema, pero ella no podía revelar a su madre las salvajes imágenes del miedo, que mantenía encerradas en algún compartimiento mental secreto, para no volverá verlas.

Fue Annie quien, por fin, logró quebrar la barrera. Al salir de la escuela, Lysandra había ido a tomar el té con ella en el apartamento de la azotea; esas invitaciones le encantaban, tanto por la sensación de flotar sobre la ciudad como por los fabulosos pasteles que preparaba el confitero suizo del Aysgarth. Se le permitía comer exactamente dos.

—Dos pasteles son suficientes para una niña en crecimiento que no quiera engordar —le dijo Annie con energía, aunque ella había engordado notablemente. Sirvió el té en anchas tazas de porcelana azul y pasó una a Lysandra, agregando—: Tu madre está loca de preocupación por ti, ¿lo sabías?

Lysandra la miró, atónita.

—¿Mamá, preocupada? ¿Por qué? ¿Qué hice?

—Lo que importa es lo que no hiciste. Casi no hablas del campamento de prisioneros y de lo que te pasó allí.

—No quiero pensar en eso —exclamó la niña, mirando la tarta de chocolate que tenía en el plato. Ya no le parecía tan apetitosa como un minuto antes.

Annie dijo, con suavidad:

—Mira, tesoro: a veces, la única manera de descartar un mal recuerdo es hablar

de él y enfrentarlo. Luego puedes decir: «Que se vaya al diablo. He terminado con él para siempre».

Lysandra la miraba, dubitativa. Annie era su madrina, pero también su amiga. Hablaba con franqueza y nunca se andaba con rodeos; cuando consideraba que ella se estaba portando mal, no tenía miedo de decírselo; tampoco escamoteaba los elogios cuando ella los merecía. Annie era siempre imparcial y no criticaba. También tenía la habilidad de hacer que una viera los dos lados de una cuestión. Nunca proporcionaba la solución, pero se las arreglaba para que una la encontrara.

Y al fin reconoció que Annie le estaba diciendo la verdad.

La miró en silencio, con miedo en los ojos azules. Annie se había vuelto más robusta con los años. Su pelo ya no era castaño, sino gris, pero sus grandes ojos sagaces eran los de siempre y estaban llenos de afecto y compasión.

—Es que no quería preocupar a mami y a Buck más de lo que estaban —murmuró Lysandra, retorciéndose las manos con nerviosismo—. Sé que se sienten culpables por haberme dejado viajar. Pero la culpa fue mía, Annie. Fui yo quien insistió en que no habría problemas. Buck iba a viajar y yo tenía muchas ganas de ver a tío Philip y... y a todo eso. Arriesgué la vida de todos: la de los Chen, la de Buck...

—Y la tuya —agregó Annie, con suavidad.

Se inclinó hacia adelante para separar las manos calientes y apretadas de la niña y las retuvo con firmeza entre las suyas, frescas y suaves. Y súbitamente brotó la historia entera. Lo asustada que se había sentido al firmar el documento, pese a su fachada de atrevimiento; el terror de ver que Irene y Robert desaparecían en la noche, al pensar que quizá no volviera a verlos; su desolación al encontrarse sola en la prisión japonesa y la desesperación de no saber qué había sido de Philip. Cuando los chinos vinieron por ella, había pensado que era para ejecutarla.

—Todo el mundo cree que yo fui muy valiente —murmuró entre lágrimas—. Pero no es cierto, Annie. Tenía miedo siempre, siempre.

—Por supuesto, querida —la consoló Annie—. Había que ser estúpido para no tener miedo.

Escuchó los relatos que Lysandra hacía de la diaria brutalidad presenciada: las palizas, los alaridos que se oían en la noche, el correteo de las ratas, el olor a vómito y letrinas. Y aunque mantuvo la cara impassible, en su interior sufría por la niña.

—Y yo pensaba siempre en mami —continuó Lysandra—. Pensaba en lo preocupada que estaría. Todas las noches me dormía llorando pensando en ella, en Buck y en ti, Annie. Imaginaba que los perros estaban acurrucados en mi cama, como en el rancho, y que oía el susurro del viento en la huerta y el relincho de los ponies en los establos. Trataba de borrar todas las cosas feas. A veces lo conseguía y soñaba que estaba otra vez en casa.

—Y ya estás en casa, hija, ahora sí. Eso es lo que debes recordar, no las cosas feas. La guerra es algo maligno. Fue en parte por tu culpa por lo que te viste enredada en ella, pero tu madre y Buck también fueron culpables por hacerte caso. Todos

habéis sufrido por eso, pero ya pasó. Ahora puedes seguir adelante con la vida real. Tal como lo hizo tu madre cuando era jovencita, no mucho mayor que tú ahora. Y voy a decirte una cosa —agregó con fiereza—: no vuelvas a decir que no fuiste valiente. Porque lo fuiste, Lysandra Lai Tsin. Cualquiera soldado te dirá que, cuando se enfrenta al enemigo y entra en combate, tiene miedo. Y tú fuiste tan valiente como un buen soldado.

—¿Te parece? —preguntó Lysandra, trémula.

—Claro que sí. —Una sonrisa se extendió por la cara de Annie, aún bonita—. Y ahora vamos a tomar otro poco de té, ¿quieres?

Pero esa conversación fue siempre un secreto entre Annie y Lysandra. Más adelante, cuando los forasteros llegaban a Hong Kong, se les decía siempre: «Cuídate de Lysandra Lai Tsin, que ha heredado el coraje del viejo, junto con su imperio». Y reían entre dientes al relatar el modo en que la pequeña se había enfrentado al general japonés, haciéndole pasar vergüenza.

Cuatro años después, los barcos de Lai Tsin volvían a navegar por el mundo y la gran empresa recuperaba su poder. Lysandra soportó a duras penas sus cuatro años de estudios en Vassar, anhelante por ir a Hong Kong. Sabía que su destino era diferente del de las niñas de sociedad con quienes trataba. Claro que usaban las mismas chaquetas de colores pastel, las mismas perlas y los mismos zapatos de plataforma, pero ellas solo querían encontrar al Príncipe Azul casarse y tener hijos. Ella, en cambio, era Lysandra Lai Tsin, taipán de una de las empresas más ricas del mundo, y no veía la hora de encarar sus responsabilidades.

—Es como si fueras Rockefeller —le dijo una de las muchachas, extrañada, cuando por fin abandonó Vassar para ir a Hong Kong.

Francie y Buck viajaron con ella. La familia Chen los esperaba en el aeropuerto.

—No cambias nunca, Philip —dijo Francie, abrazándolo—. Sigues siendo el serio joven de gafas que solía ayudar a Ollie con sus deberes.

—Ojalá los dioses hubieran sido más bondadosos, permitiendo que Ollie estuviera aún con nosotros —dijo él, con suavidad—. Pero tú, Francie, no has envejecido un solo día y estás aún más hermosa.

Ella sacudió melancólicamente la cabeza.

—No puedo disimular las canas, Philip.

—Con las canas llega la sabiduría, y la sabiduría aumenta la belleza.

—Cuidado —rio Buck—. No voy a poder mantenerme a la par de tantos cumplidos chinos.

—Es cierto. —Lysandra miraba con admiración a su madre, tan esbelta y elegante como veinte años atrás. La blusa de seda crema y la pequeña chaqueta azul marino destacaban su estrecha cintura; se había puesto un sombrero de paja de ala ancha, con una gardenia de seda a un lado—. Mamá se vuelve más bonita al envejecer. Igual que

tía Irene —agregó, abrazando a la menuda china, igualmente elegante con su vestido camisero de shantung rojo de falda amplia, según la nueva moda—. Y tampoco tiene canas —agregó con admiración—. Oh, me alegro de veros.

Solo Robert estaba cambiado. Se mantenía un paso atrás, aguardando a que los mayores se saludaran. Lysandra lo encontró muy mayor.

—Robert —dijo, alargándole las manos—, estás...

Hizo una pausa mientras lo inspeccionaba. Él sonreía. Era alto y de hombros anchos; las gafas de carey ocultaban a medias sus ojos azules; conservaba el pelo negro y muy abundante. Pero había algo nuevo en él. La muchacha vaciló, buscando la palabra exacta. Era un aire de confianza, como si supiera exactamente lo que iba a hacer en el mundo... cosa que había sabido siempre.

—Se te ve distinguido —dijo Lysandra, muy sonriente—, como corresponde a un neurocirujano famoso.

Él se echó a reír.

—Y tú estás igual que siempre, solo que aún más flacucha.

—No soy flaca —exclamó ella, indignada—. Soy delgada, como se lleva. —Y soltó una carcajada—. Caramba, siempre supiste irritarme. —Le echó los brazos al cuello—. ¿Seguimos siendo amigos?

—Siempre —prometió él—. Puedes contar conmigo.

Como la taipán venía a reclamar su herencia, esa semana hubo una fiesta de celebración en el gran vestíbulo del Edificio Lai Tsin. Después de la cena, larga y formal, la muchacha se levantó para pronunciar un discurso. Francie la observaba con orgullo. Se la veía muy joven con su cheongsam azul intenso.

Hablando en impecable mandarín, prometió guiar la empresa con tanta seguridad como su abuelo y rezó por llegar a ser tan sabia como él; agregó que mientras tanto, necesitaría de la ayuda de todos, para que Lai Tsin Hong siguiera siendo conocida en el mundo entero por lo justo y limpio de sus negocios.

—Oh, Buck —susurró Francie, apretando la mano de su esposo con una punzada de malos presentimientos—, ojalá el mandarín haya sabido lo que hacía. Es tan joven... ¿No debería estar divirtiéndose como otras chicas de su edad?

—Lysandra no es como las otras chicas de su edad —susurró él a su vez—. El mandarín la modeló cuando aún era niña. Además, tiene tu orgullo y tu decisión. Esto es lo que desea. Y créeme: si llegara el día en que no lo quisiera, lo decidiría con igual seguridad.

—Espero que tengas razón —susurró Francie.

Una semana después, ella y Buck volvieron a California.

—Te voy a echar de menos —dijo a Lysandra, al despedirse.

—Ni la mitad que yo a ti —respondió su hija, abrazándola con fuerza; a sus ojos asomaron las lágrimas.

Los siguió con la vista mientras ellos subían la escalerilla del avión. Cuando Buck rodeó a su esposa con un brazo y ambos se volvieron para saludarla con la mano,

Lysandra tragó el nudo que tenía en la garganta. Formaban una pareja perfecta, como si se pertenecieran el uno a la otra, y ella se alegró de verlos felices. Pero cuando el avión desapareció entre las nubes, comprendió que su vida sería diferente de la de sus padres. Su destino no era ser esposa de nadie, sino taipán de Lai Tsin.

Durante un año trabajó junto a Philip Chen, aprendiendo cuanto él podía enseñarle. Llevaba libros a su casa para estudiar por la noche y le molestaba perder el tiempo en las fiestas del club campestre o bailando con innumerables muchachos, que siempre parecían mucho más jóvenes y despreocupados que ella. Detrás de su bonita fachada rubia, era una joven muy seria, decidida a cumplir con las exigencias de la empresa heredada, sin que nada se interpusiera. Y entonces, cuando apenas tenía veintidós años, conoció a Pierre d'Arancourt.

Tenía cuarenta años y un porte muy distinguido. El pelo negro lucía bandas de plata en las sienes; era de nariz arrogante y boca sensual, delgado, alto y de hombros anchos. No se parecía a los muchachos que Lysandra conocía. Lo vio por primera vez montado a caballo, para participar en una carrera de Happy Valley.

—¿Quién es? —preguntó, con los ojos dilatados de interés. Inmediatamente apostó cincuenta dólares por él.

—Oh, es el príncipe Pierre —le respondió alguien, con indiferencia—. De vez en cuando aparece en Hong Kong, cuando se aburre de París, Nueva York y Buenos Aires. Es un francés con antiguo título nobiliario, pero se crió sobre todo en la Argentina. Supongo que por eso es tan buen jinete.

—Supongo —susurró ella, levantando los binoculares para verlo llegar a la meta.

Esa noche él estaba en el baile que se ofrecía en la Casa de Gobierno. Lysandra notó que él la había sorprendido observándolo y apartó tímidamente la vista. En sus veintidós años de edad nunca había tenido novio; pretendientes sí, a montones, pero nunca un novio de verdad. Sabía que eso preocupaba a su madre; Annie, en cambio, comprendía que aún no le había llegado el momento. Primero tenía que trabajar mucho y encontrar su lugar. Aunque nadie lo sabía, detrás de esa fachada serena había una muchacha insegura, que no sabía nada del amor.

Pierre era mucho mayor que ella. Lysandra no supo qué decir cuando él se acercó para presentarse e invitarla a bailar. Le pareció aún más apuesto que Buck y quedó fascinada con sus relatos sobre su estancia de la Argentina, su apartamento en la Avenue Foch de París y el castillo familiar del Loira. Su vida parecía cosmopolita y encantadora, salpicada de nombres exóticos del teatro, el cine y la sociedad; estaba a años luz de su propia existencia, retirada y severa.

—Y tú ¿cómo pasas el día aquí, en Hong Kong? —preguntó él, arreglándoselas para que la perspectiva sonara aburrida y provinciana.

Cuando ella le dijo que trabajaba mucho para aprender a manejar la empresa heredada de su abuelo, Pierre se echó a reír. Sus ojos oscuros se llenaron de burlona diversión.

—Bueno, deberíamos hacer algo para cambiar eso. Eres demasiado hermosa para

dedicarte solamente a los negocios.

A la mañana siguiente, junto al plato del desayuno. Lysandra recibió un ramillete de perfectos pimpollos de rosas de té, con una nota expresando que él deseaba volver a verla. La muchacha puso las flores en agua, recordando con cierto entusiasmo aquellos ojos oscuros y esa voz grave, diciéndole que era hermosa. Su cabeza fue un torbellino durante todo el día; pensaba en él, deseando que llamara. Pero a las seis y media aún no había tenido noticias de Pierre. Volvió desilusionada a su pequeño apartamento de los niveles intermedios. Ah Sing le abrió la puerta de par en par, con la cara envuelta en sonrisas. Al entrar, Lysandra descubrió que el apartamento estaba lleno de flores: rosas y orquídeas, jazmines, peonías y pequeños cuencos de gardenias. El perfume era abrumador; el mensaje, claro: el príncipe Pierre estaba muy interesado en su belleza rubia y no en su cerebro comercial.

Sonó el teléfono. Era él.

—Gracias por las flores —dijo ella, sofocada—. Nunca en mi vida he visto tantas. Debes de haber asaltado a todos los floristas de Hong Kong.

Él, riendo, la invitó a cenar en el hotel Península. Lysandra hizo que los «colonos» enarcaran las cejas al verla, con su cheongsam de brocado verde mar y el pelo rubio recogido hacia arriba.

—Se olvidan de que tengo estirpe china —dijo a Pierre, orgullosa.

Lucía una de sus gardenias en el hombro. Él le dijo que jamás podría volver a percibir ese maravilloso perfume sin pensar en ella.

—Las gardenias se hicieron para ti —le dijo.

Y ella sonrió, excitada por estar en compañía del hombre más apuesto del salón.

Él la llevó a su casa y le besó la mano en el umbral. Desde el coche se volvió para saludarla con la mano, y Lysandra conservó ese recuerdo para soñar por la noche, en su cama.

A la tarde siguiente, cuando llegó de la oficina, la esperaba un pequeño paquete envuelto en papel escarlata y atado con cintas brillantes. Leyó su nombre escrito por la mano de Pierre y sopesó el paquete, preguntándose qué sería. Al desgarrar la envoltura quedó encantada al ver un exquisito abanico de jade, tan finamente tallado que parecía una pieza de encaje. Pero la tarjeta la encantó aún más: «Vi esto en Hollywood Road. Me acordé de ti, con tu cheongsam chino, y comprendí que te pertenecía».

Ella lo llamó por teléfono, entusiasmada.

—Es un regalo demasiado caro —le dijo, riendo—, pero no soportaría devolvértelo. Tendré que comprarte algo a cambio.

—Nunca acepto regalos de las mujeres —replicó él, súbitamente frío.

Ella replicó, azorada:

—Oh, no quiero ofenderte. Solo que... bueno, quería hacerte tan feliz como tú a mí.

—Eso es todo lo que pido a cambio —dijo él; galante—. Y algo más: vuelve a

cenar conmigo, esta noche.

Lysandra pensó en la cena a la que debía asistir esa noche y decidió cancelarla. Él la llevó a un restaurante chino de Kowloon. La muchacha, vestida de hilo azul, agitaba suavemente su exquisito abanico de jade, mientras él la entretenía con anécdotas de su familia, que se remontaba hasta los tiempos anteriores a Luis, el Rey Sol, que era el único rey francés del que Lysandra sabía algo.

Cenaron juntos también en las dos noches siguientes. El bonito apartamento estaba tan lleno de flores frescas que parecía un jardín exótico. Y todas las noches él le hacía un regalo diferente: peinetas de jade tachonadas de perlas y diamantes amarillos («Como tu pelo», decía él); un par de pantuflas de seda bordadas de oro. Con las punteras curvadas hacia arriba, que supuestamente habían pertenecido a Cixí, la Emperatriz Dragón; lo último (solo porque ella le prohibió hacerle más regalos), un glorioso huevo cuajado de piedras preciosas, al parecer de Fabergé, que él dijo haber comprado a un viejo emigrante ruso, que pasaba sus últimos días en un diminuto apartamento, sosteniéndose con una mísera pensión y rodeado de tesoros zaristas.

Philip e Irene Chen pronto oyeron hablar del nuevo pretendiente de Lysandra; los rumores no eran favorables.

—Es solo un coqueteo —supuso Irene, preocupada—, pero ella es tan joven y tan poco experimentada... Espero que no haga tonterías.

Habría querido que Robert estuviera allí, para hacer una amistosa advertencia a la muchacha, pero él estaba haciendo sus prácticas en Georgetown.

Lysandra llevó a Pierre a visitar la antigua mansión que su abuelo tenía en Repulse Bay, convertida en un fabuloso museo. Le mostró el enorme edificio Lai Tsin, los barcos mercantes anclados en el puerto. Y cuando él la tomó en sus brazos para besarla, susurrándole al oído palabras de pasión, ella aceptó de inmediato su propuesta de matrimonio.

—Guardémonos el secreto —sugirió él, jubiloso—. Más adelante daremos una gran fiesta en París, para todos mis amigos.

Ella se sintió culpable al pensar en su madre, a quien tanto le habría gustado asistir a su boda, pero se dejó arrastrar por los entusiastas planes de Pierre; lo amaba tanto que solo pensaba en él. Al día siguiente, el príncipe alquiló un yate y navegaron hasta Macao, donde Lysandra Lai Tsin pasó a ser la esposa de Pierre d'Arancourt, en una ceremonia muy breve y privada, que se llevó a cabo en la vieja y encantadora iglesia portuguesa. Ella lucía un vestido de encaje rojo, que es el color nupcial entre los chinos, y llevaba un ramo de rosas escarlatas. Enamorada como estaba, se olvidó por completo de que era presidente de Lai Tsin Corporation. Solo quería ser la esposa de Pierre.

Envió un telegrama a San Francisco, para dar la noticia a Francie y Buck, firmado «Princesse d'Arancourt». Ellos respondieron con otro cable expresando su tremenda sorpresa y exigiendo que les llevara inmediatamente a su esposo, para que le dieran su aprobación. Pero Pierre quiso viajar pasando por Europa, por lo que tomaron la

suite presidencial en el primer barco francés de Messageries Maritim que zarpó hacia Marsella.

Pierre no era muy tierno ni considerado como amante, pero Lysandra no tenía con quién compararlo y supuso que su actitud, apresurada y poco persuasiva, era lo normal. Ni por un minuto sospechó que a su esposo le fastidiara su inexperiencia ni que le aburriera su adoración juvenil. Estaba tan enamorada que solo veía su garbo y su apostura. Observaba con celos las miradas insinuantes que le lanzaban otras mujeres.

Pierre no le fue infiel hasta que llegaron a París. Se instalaron en una *suite* del George V, «porque están redecorando mi apartamento de la Avenue Foch», aunque él pensaba venderlo para comprar uno más grande, de cualquier modo. Pasó mucho tiempo hablando por teléfono y la envió a las casas de moda, a comprarse ropa. «No puedes seguir usando esos horribles cheongsams», le dijo, muy desagradable. Ella, dolorida, recordó cuánto le gustaba antes verla así vestida. Ignoraba dónde pasaba Pierre sus tardes. Casi todas las noches cenaban temprano, en sus habitaciones; luego él la dejaba, aduciendo que debía visitar a su abuela enferma, jugar a las cartas con sus amigos o viajar a Deaulville, para vender los caballos de polo que criaba en la estancia de Argentina.

Hacía dos meses que vivían en el George V cuando Lysandra encontró la nota de una amante en el bolsillo de su batín. Aunque estaba escrita en francés, ella entendió lo suficiente para comprender que no se trataba de un amorío casual, sino una relación de varios años. Ahogó una exclamación de horror al ver mencionado su nombre: «... esa rica concubina china que te mantiene como siempre has deseado», decía. La venda del amor cayó de sus ojos, permitiéndole ver la verdad. Pensó en su madre y en los rumores de que era «la concubina del mandarín», recordando lo mucho que eso la hacía sufrir. El enojo se encendió en sus ojos azules, convirtiéndolos en acero.

Alguien llamó a la puerta.

—Pase —ordenó.

Fue una sorpresa ver que se trataba del gerente.

—Perdone mi intromisión, princesa —dijo él, abochornado—, pero parece haber un pequeño olvido por parte del príncipe. La cuenta, *madame*. Se la hemos presentado varias veces y el príncipe promete pagar, pero hasta ahora... —Se encogió de hombros—... nada. Se la he traído personalmente, *madame*, con la esperanza de que usted quiera ocuparse de este pequeño asunto para satisfacción de todos.

Lysandra lo miró fijamente y el corazón le dio un vuelco.

Ahora todo estaba claro. Pensó en el cortejo de Pierre, con sus palabras encantadoras y sus regalos. Luego, en el mandarín y en lo que le había dicho, tanto tiempo atrás, cuando ella tenía apenas siete años y otros empresarios la cubrían de obsequios: «No olvides que estas personas no te hacen regalos porque son tus amigos, sino porque eres una Lai Tsin».

Pierre no se había casado con ella por amor. No se había casado con Lysandra, sino con la fortuna de Lai Tsin.

Firmó la cuenta y el gerente se lo agradeció efusivamente. Al salir cerró la puerta con suavidad y, poco rato después, le envió una botella de su mejor champán, pidiendo disculpas por haberla molestado.

Lysandra no perdió el tiempo: llamó a la camarera y le indicó que preparara su equipaje. Luego tomó un par de tijeras y la usó sistemáticamente en los roperos de Pierre, reduciendo a harapos sus trajes de corte perfecto. Sus propias maletas ya estaban listas. Después de ponerse el conjunto azul de Dior, descorchó el champán y brindó por su abuelo el mandarín, cuyas sabias palabras estarían para siempre grabadas en su cerebro prometiendo seguir siempre sus consejos. Vacío el resto de la botella sobre las costosas corbatas de seda de Pierre y ordenó que bajaran su equipaje. Luego fue al aeropuerto y tomó el siguiente vuelo a Nueva York. Desde allí continuó hasta San Francisco, para llorar en el hombro de su madre.

Los chismes tienen la mecha corta. Pronto se supo que el príncipe Pierre había encontrado sus ropas despedazadas en un hotel de París, del que ni siquiera había pagado la cuenta, y que su esposa lo había abandonado sin un centavo. La noticia llegó a Hong Kong antes que ella y fue agregada al anecdotario de Lysandra Lai Tsin. Cuando la conoció Matt Jarrad, trece años después, todo eso componía ya una leyenda.

El sol había completado su descenso en el mar del la China. Lysandra se apartó con un suspiro de la ventana de su oficina. Pierre se había convertido solo en un recuerdo desagradable. El divorcio fue veloz y sus abogados habían aniquilado todo intento del príncipe por reclamar parte de la fortuna de Lai Tsin. Todo eso había sido solo un breve escándalo en los periódicos internacionales, pero aún estaba herida.

Robert Chen había vuelto a Hong Kong para trabajar en el hospital de la ciudad; ahora dirigía el ala neurológica fundada por Lai Tsin. Era su amigo y confidente; como él también estaba casado con su trabajo, se comprendían bien. Lysandra dedicaba su tiempo a la empresa; solo de vez en cuando salía con hombres cuyos antecedentes conociera y con quienes tuviera negocios en común, pero nunca se había permitido volver a enamorarse. Hasta la aparición de Matt.

Era tarde. Abandonó la ventana para recoger su bolso, que estaba en el escritorio, y marchó rápidamente hacia la puerta. Saludó con la cabeza a su secretaria, que lanzó un suspiro de alivio y tomó el teléfono, para avisar al chófer que *Madame* ya bajaba.

Desde la ventanilla del Rolls Royce verde oscuro, Lysandra contemplaba inexpresivamente el pesado tráfico, de regreso al hogar. El «hogar» era una extensa y lujosa «cabaña» blanca, medio oculta entre adelfas y Jacarandas, en la elegante Po Shan Road. Por un breve año la había compartido con Matt, sin que le importara lo que pudieran pensar los taipáns de Hong Kong o el resto del mundo.

Matt era un aventurero; ella lo había adivinado a primera vista. Se trataba de un artista despreocupado y apuesto, que viajaba por el mundo con una vieja y maltrecha mochila; en ella llevaba unas cuantas camisas, un par de vaqueros de recambio y sus preciosos pinceles.

Se habían conocido en una exposición de cuadros, en la nueva galería de Nathan Road. Todo el mundo vestía de gala, con lentejuelas y corbatas negras, pero el pintor se había presentado con unos descoloridos Levis y una camisa blanca, mal cortada y sin cuello. Era alto y ágil, de pelo rojizo oscuro, aún mojado por la ducha. Sus ojos verdegrises parecieron atravesar la serena fachada de Lysandra. Su boca generosa se curvó en una semisonrisa al notar que ella lo examinaba.

—Disculpe lo de la camisa —dijo—. Cuando vi que la galería era tan elegante y que las invitaciones hablaban de «champán y entremeses», corrí a la sastrería de al lado para que me hicieran media docena de estas en una hora —sonrió con toda la cara. Sus ojos brillaban de placer—. He pasado el último año viviendo en una choza, en la playa de Bali, y creo que ya no sé comportarme en sociedad. Me olvidé de las reglas.

—De cualquier modo, usted no parece ser de los que se ajustan a las reglas —observo ella.

Sus ojos se encontraron por un largo instante. Luego él replicó:

—Supongo que es así.

Ella se quedó por más tiempo del que acostumbraba dedicar a esos compromisos. Cuando la multitud empezó a disolverse, el pintor se acercó para decirle:

—Quédese un rato más. La invito a cenar.

La miraba como estudiándola. A Lysandra se le subió el corazón a la garganta. Nunca había conocido a un hombre así, un espíritu libre que viviera según sus propias normas.

Lo llevó a su encantadora casa de Po Shan Road y le sirvió huevos revueltos y champán. Cuando él le tocó la mejilla y la besó, Lysandra supo que estaba sintiendo algo nuevo. Matt le preguntó por su vida; ella le habló de su familia y de Pierre.

—Nunca he conocido a un hombre que, al conocerme, no pensara en mi dinero —dijo, desafiante.

Él la miró serenamente.

—Bueno, creo que ahora conoces a uno, señorita ricachona. Yo solo pienso en que tu piel es como crema fresca, que tus ojos pasan de aguamarinas a zafiros a la luz de las velas y que deberías llevar el pelo suelto a la espalda, en vez de confinarlo con peinetas enjoyadas. Eres una doncella prerrafaelista. No quiero tu dinero. Solo quiero pintarte.

Ella lo miró, atónita.

—¿No quieres hacerme el amor?

Él sonrió de oreja a oreja y le tomó la cara entre las manos.

—Eso también —admitió.

Desde entonces había pasado un año. Un año de apasionado amor y apasionadas discusiones, porque ella respetaba su voto personal de dedicar su vida a dirigir la empresa. Mantenía su estricto régimen de trabajo: salía de su casa a las siete y media, todas las mañanas, y con frecuencia no regresaba hasta las ocho o nueve de la noche. Él estaba allí, esperándola, con el delgado cuerpo apoyado contra la barandilla de la galería, un vaso de *whisky* en la mano y champán (lo único que Lysandra bebía) esperando en el cubo de hielo. Ella se había jurado no renunciar a lo que era, a ser quien era, por ningún hombre. Y noche a noche la distancia parecía crecer entre ellos.

—Deja —le dijo él una noche—. Déjalo todo, Lysandra. La empresa no te necesita todos los días. Esos hombres podrían manejarla puestos de cabeza. Vive tu propia vida. Sé mujer, para variar. —La miró con serenos ojos verdegrises—. Casémonos, Lysandra.

Ella descartó la proposición con un encogimiento de hombros, enfadada por esa idea de que Lai Tsin Corporation podía arreglárselas sin ella. ¡Sin ella, su abnegada taipán! Matt esperaba una respuesta, pero ella no se la dio. Entonces él le volvió la espalda con una sonrisa irónica. Lysandra, nerviosa, tuvo la impresión de que su expresión era triste.

Se fue con tanta facilidad como había llegado.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella, desconcertada, al verlo arrojar sus pocas pertenencias en la maltrecha mochila.

—Lejos —fue la tranquila respuesta.

—¿Lejos? —Ella dilató los ojos al hacer la pregunta.

—Lejos de ti, amor mío —respondió él, con su adorable sonrisa torcida.

Luego se echó la mochila al hombro y, con una última mirada de esos serenos ojos verdegrises, giró en redondo y salió del dormitorio, salió de la hermosa casa blanca y salió de su vida para siempre.

El Rolls Royce giró hacia el camino de entrada y se detuvo. Ella se bajó para entrar de prisa. Como siempre echó un vistazo a la galería, casi deseando verlo allí, esperándola. Pero no estaba, por supuesto, y Lysandra caminó desconsolada hasta su dormitorio. Seguía considerándolo el dormitorio de ambos, pero sin el desorden de sus pinturas en el lavabo del cuarto de baño, sin su reloj barato en la mesilla, sin su chaqueta arrojada a la silla, sin sus libros en los estantes, la casa era como un sepulcro silencioso. Nadie vendría. No había necesidad de vestirse. Lysandra se dio una ducha rápida y se puso una suave bata de cachemir gris.

Ah Sing era ya demasiado anciana para cuidar de ella, pero ocupaba un puesto de honor entre los criados. Su rostro estaba tan arrugado como una nuez y tenía el pelo gris, pero aún lucía la tradicional chaquetilla negra y los pantalones abolsados de su oficio.

—Ha llegado, joven ama —dijo en chino al entrar, rebuscando en el amplio

bolsillo de su bata—. ¿No te lo dijo tu Anciana Madre?

«Anciana Madre» era el título honorario de las ayas, pero también denotaba el amor que Lysandra sentía por ella.

—¿Qué cosa ha llegado, Ah Sing? —preguntó, intrigada y con un dejo de impaciencia. Estaba cansada y tenía mucho en que pensar.

—La carta que esperabas desde hace meses. —Por fin, Ah Sing sacó del bolsillo una tarjeta postal y se la alargó—. Aquí tienes. Es de él. ¿Me equivoco?

Lysandra tomó la postal con mano trémula; era de Australia: una playa próxima a la gran barrera coralina. Solo se veían una choza con cubierta de paja, una banda de arena dorada y un ondular de olas blancas en el mar de azur. Al dorso decía: «Solo faltas tú».

El corazón le dio un brinco como en el momento en que lo había conocido; sus rodillas amenazaron con ceder.

—Es una broma, Ah Sing —adujo rápidamente—. ¿Cómo puede suponer que voy a abandonar todo esto para vivir con él en una isla desierta? Es decir: ahora es una isla desierta. El mes que viene será Katmandú, Nueva Guinea o Venezuela.

Ah Sing le apoyó una mano deforme en el hombro y dijo con suavidad:

—Tu Anciana Madre no es tan sabia como para guiarte en estas cosas. Solo sabe que la Hija Número Uno no es feliz. Y si todo el dinero del mundo no puede hacer de la Hija Número Uno una mujer feliz, algo está mal.

Lysandra reflexionó en esas palabras por largo rato. Daba vueltas y vueltas a la tarjeta postal de Matt, llevándosela a los labios y a las mejillas. Se paseó por la galería, contemplando las luces de Hong Kong. Pensó en su madre y en Buck, en lo felices que eran. En su última visita, seis meses antes, habían conocido a Matt.

—Es diferente —había dicho Francie, sonriendo.

—Demasiado diferente, quizá —fue la respuesta de Lysandra.

Pero él se había entendido de maravilla con su madre. Hasta Buck, que desde el episodio de Pierre observaba a los posibles candidatos con mucha suspicacia, comentó: «Es un hombre honesto, Lysandra. Y en estos tiempos eso es una verdadera rareza».

«Demasiado honesto, quizá», pensó ella, melancólicamente. Comprendió que su vida estaba en un cruce de caminos. No sabía hacia dónde dirigirse. Sus pensamientos volvieron al mandarín y a la visita que ambos habían hecho a Hong Kong, siendo él anciano y ella, solo una niña. Entonces recordó lo que había dicho de las «verdades»:

—Soy viejo —dijo, mientras el hidroavión despegaba pesadamente de Manila, para la última etapa del trayecto—. No tendré el honor de conocerte en tu largo viaje por la vida, cuando te hagas mujer. Voy a darte todo lo que puedas desear en esta tierra: riquezas, poder y éxito, con la esperanza de que tu vida sea bendecida por la felicidad. Te lo he dicho todo, Lysandra, con la única excepción de una Verdad. Esta Verdad es mi secreto. Esta Verdad ha sido escrita y guardada bajo llave en la caja fuerte privada de mis oficinas de Hong Kong. Solo debes leerla si te invade la

desesperación y el sendero de tu vida parece borroso. Y si llegara ese día, nieta mía, rezo porque me perdones y para que mi Verdad te ayude a elegir el sendero correcto hacia la felicidad.

Lysandra corrió desde la galería a su dormitorio. Se puso un par de vaqueros, una camisa de algodón blanco y botas texanas. Recogiendo al paso las llaves de su automóvil, corrió a la cochera y subió a su pequeño Mercedes descapotable para volver al distrito central.

El vigilante del Edificio Lai Tsin la reconoció de inmediato y le permitió entrar. Ella subió en el ascensor hasta sus oficinas del trigésimo piso y, descolgando el pergamino enmarcado que pendía delante de su diminuta caja fuerte, marcó apresuradamente la combinación. Sacó de adentro el sobre de papel madera que había tomado de la vieja caja fuerte del mandarín, al trasladarse la empresa al edificio nuevo. Sus manos temblorosas abrieron la carta que él le había ordenado no leer, a menos que necesitara conocer la verdad. Sentada ante su propio escritorio, como él lo hacía cuando dirigía la empresa, leyó lo que el mandarín había dejado escrito:

«A mi nieta Lysandra, a mis bisnietos, tataranietos y así hasta el infinito, los bienamados a los que jamás veré. Esta carta os llegará desde más allá de la tumba, puesto que el tiempo que me fue asignado se habrá terminado mucho antes. Es mi ardiente deseo que jamás sea leída, pero si el destino decreta que es necesario, sea.

»Voy a contar la verdadera historia de Mayling. Pero para eso debo revelar primero las falsedades. Permitidme explicarlo.

»Mayling tenía trece años y Lai Tsin, nueve, cuando fueron vendidos por su padre. La venta de mujeres era un gran negocio en las provincias chinas. Los hombres ganaban fortunas secuestrando muchachas, que luego serían vendidas y revendidas muchas veces. Pese a la dura vida que llevaba y a la violencia de su padre, Mayling era una niña feliz, de alegres ojos oscuros. El pelo, negro y brillante, le caía hasta la cintura; lo usaba trenzado, como todas las niñas chinas. A veces imaginaba cómo estaría cuando, ya mujer, pudiera peinarse con un moño, en el que ensartaría briznas de paja a modo de peinetas ornamentales, para mantenerlo en su sitio. Fingía que llevaba puesto un hermoso cheongsam de seda y se paseaba con elegancia, soñando que era una gran dama, la Esposa Número Uno de un hombre rico y bondadoso, con sirvientes que la atendían e hijos propios con quienes jugar. Por desgracia, era solo un sueño.

»En Shanghai, cuando el traficante de carne separó a Mayling de su hermano, a bordo del junco, su vida entera cambió. Él la llevó a su camarote y la tocó en sus sitios secretos; ella gritó tanto que el hombre la golpeó en plena cara. Y ella seguía gritando. El traficante le echó las manos al cuello, tan enojado que pensaba estrangularla, pero recordó lo mucho que había pagado por ella y calculó sus ganancias. Tenía a su disposición a cien niñas que le causarían menos dificultades;

además, si la vendía virgen sus beneficios serían más elevados.

»Le dio varios golpes más, para darle una lección; luego le arrojó un trozo de arpillera y así, envuelta como un perro muerto, la desembarcó para subirla a una silla de manos.

»A Mayling aún le zumbaban los oídos por los golpes y se le partía la cabeza del dolor. Permaneció tendida en el suelo de la silla, que se bamboleaba por las calles de Shanghai, rogando que se le presentara la oportunidad de escapar, pero no la tuvo. La silla se detuvo y el hombre la arrojó a la calle oscura. La llevó arrastrando, asida por la coleta, hasta dentro de un edificio oscuro y por un pasillo mal iluminado. En un cuarto del extremo había un anciano, sentado ante una mesa. Tenía la cara marchita y los ojos tan estrechos que Mayling se preguntó cómo haría para mirar; aun así percibió la atención con que la inspeccionaba. El traficante le tiró de la coleta, obligándola a erguirse más. Le clavó los dedos en la carne, ensalzando sus cualidades y, sobre todo, su virginidad, hasta que la niña enrojeció de vergüenza. El viejo sentado al escritorio ofreció un precio y el mercader lo trató de ladrón, pero después de muchos gritos llegaron a un acuerdo y él la dejó sola con su nuevo propietario.

»Mayling se apretó contra la pared, pero el viejo no la tocó. Hizo que la siguiera por un tramo de escaleras hasta un sótano y allí la dejó, echando el cerrojo para que no pudiera escapar. Mayling se sentó en los peldaños, llorando en la oscuridad. Una rata correteó a su lado, haciendo que se levantara con un grito, pero nadie vino a salvarla. Pensó en su hermano y comprendió que no volvería a verlo. Estaba sola en un mundo malvado que ni siquiera comprendía.

»Cuando por fin se abrió la puerta del sótano estaba tan atontada por el miedo que ya no podía gritar. Obediente, siguió al hombre hasta un carro de mulas. Allí la ataron de pies y manos y la cubrieron con paja. El carro salió lentamente de la ciudad, adentrándose en el campo.

»Mayling no supo cuántas horas pasaron antes de que el carro se detuviera. Cuando la sacaron de allí vio que estaba en las afueras de una aldea grande. El carretero la llevó a una choza de madera, la arrojó adentro y cerró la puerta con candado. La niña oyó un ruido y escrutó la oscuridad. Diez o doce pares de ojos la miraban. Se echó atrás, con un grito de miedo, pero una voz de muchacha dijo suavemente:

»—No temas, hermanita. Nosotras también somos prisioneras.

»Alguien se acercó a ella y la tomó de la mano. Estaba tan oscuro que Mayling apenas podía ver algo. La mano de la muchacha parecía áspera, pero su voz era suave.

»—Pero eres muy pequeña —exclamó—. Y todavía te peinas con coleta. Eres solo una niña.

»—Tengo trece años —admitió Mayling, aferrándose a la mano curtida de la muchacha. La oyó suspirar.

»—Yo tengo quince —replicó en voz baja—. Me raptaron de mi aldea. Y también

a las otras muchachas, aunque a algunas las sacaron de los arrozales, tentándolas con promesas de empleo como criadas en las casas ricas de la ciudad; otras fueron vendidas por sus padres, que no estaban dispuestos a pagar una dote y un festín de bodas. Todas somos míseras hembras. ¿Quién sabe qué será de nosotras?

»Hizo que Mayling se sentara a su lado y le ofreció arroz de una pequeña escudilla. Pese a la desesperación y el dolor de cabeza, Mayling estaba muerta de hambre, pero comprendió que la niña no tenía otra cosa y tuvo la cortesía de tomar solo un bocado. Las otras muchachas le ofrecieron generosamente sus escudillas; de cada una ella tomó un solo bocado, inclinándose respetuosamente para dar las gracias. Luego la venció el agotamiento y se durmió, con la cabeza apoyada en el regazo de la otra niña.

»Las despertaron unos hombres que blandían látigos y les ordenaron levantarse para salir. Mayling siguió a las otras. Estaba oscureciendo y una fría media luna asomaba por encima de los escasos árboles que rodeaban la pequeña ciudad, rielando en las aguas profundas y oscuras del río cercano. Los hombres les ordenaron que se quitaran las batas, pero las niñas, agachando la cabeza, se negaron hasta sentir los golpes del látigo; entonces obedecieron, entre gritos. Los hombres las obligaron a ponerse en fila, riendo burlescamente ante la vergüenza con que trataban de cubrir sus desnudeces. Les torcieron los brazos a la espalda y les ataron las muñecas tan estrechamente que bastaba un movimiento para que las cuerdas se les hundieran en la carne. Después, el malvado viejo colgó al cuello de cada muchacha un letrero con su precio. Espoleadas por los látigos, fueron obligadas a marchar por la ruta hasta la aldea.

»Mayling era la última; caminaba con la cabeza baja y un ardor de lágrimas en los ojos, agradeciendo que la oscuridad cubriera su desnudez. Pero a la entrada de la aldea la ruta estaba bien iluminada por diez o doce faroles. Había allí un puesto donde se vendía vino de arroz. Al acercarse ellas, un grupo de hombres ya medio ebrios se volvieron a mirarlas. Las muchachas vacilaron, tambaleantes, pero el escozor del látigo las obligó a seguir avanzando por el medio del camino, entre los hombres que las miraban boquiabiertos, en silencio. De pronto, con un grito gutural, todos se arrojaron contra las muchachas que gritaban. Las que trataron de huir fueron azotadas sin misericordia y tuvieron que detenerse, temblorosas, dejando que los hombres las examinaran.

»Mayling también quería correr a esconderse, pero el miedo la inmovilizaba como a un animal en el matadero. Los hombres pasaban junto a ella, riendo ante su cuerpo inmaduro; la pellizcaban y hurgaban sus sitios más secretos con manos sucias, verificando su doncellez y escupiendo despectivamente a sus pies, mientras regateaban furiosamente el precio. Mayling hundió la cabeza en el pecho; habría querido morir. Una lágrima le corrió por la mejilla hasta la comisura de la boca, tan amarga como sus sentimientos. Un sucio campesino maduro regateaba por ella con voz chillona; entre risas desdentadas, cerró el trato. Los ojos de Mayling se

encontraron con los de su reciente amiga por un segundo, antes de que se la llevaran a rastras. Las pupilas de la otra estaban nubladas de simpatía; expresaban el dolor de mujeres que, por siglos enteros, habían sido siervas de los hombres, para soportar uso y abuso, compradas o vendidas. Agitó la cabeza y susurró un adiós. El campesino hakka la arrojó a su carro de bueyes y la cubrió de paja sucia, para llevarla a la cabaña de madera que tenía en los sembrados.

»El hakka era cruel e ignorante; su cuerpo hedía y los dientes se le podrían en la boca. La poseyó como a un animal, dejándola entumecida de espanto y dolor, cubierta de vómito y de su propia sangre.

»Al día siguiente volvió a cargarla en el carro de bueyes y la vendió a otro campesino, obteniendo una ganancia. Este era más joven, pero igualmente feo y cruel. Él también tenía intención de disfrutarla por una sola noche y venderla después, pero le gustó esa nueva “esposa niña”; le gustaban su pelo lustroso y los botones de sus pechos; le gustaba también su modo de gritar cada vez que él la poseía. Se dirigía hacia Shanghai para embarcarse hacia América y la Montaña de Oro, y decidió que la “esposa niña” viajara con él. Cuando se cansara de ella la vendería. Como en América había pocas mujeres chinas, podría obtener un buen precio. Le rasuró la parte delantera de la cabeza, como si fuera un niño, y le trenzó el pelo en una coleta. Luego la vistió con bata y pantalones de coolie, amenazando con matarla si llegaba a decir una sola palabra a nadie. Y la embarcó consigo.

»El viaje duró cuatro meses y fue muy duro. Mayling, sentada en silencio junto a su carcelero, temía pronunciar palabra. Era la única mujer a bordo y sabía lo que iba a ocurrir si los hombres la descubrían o si el campesino decidía venderla a los otros. Habría querido arrojarse al misericordioso mar, pero el hombre no la perdía de vista. Por fin, el capitán quiso que ella le sirviera de grumete; entonces tuvo que soportar su ebriedad y sus insultos.

»Cuando se desató el tifón, Mayling rogó que el barco naufragara, pero el destino no fue tan bondadoso. Y cuando estalló la tormenta ante las costas de Mendocino, ella saltó al mar con los otros, pensando que por fin se le permitiría morir. Pero al hundirse bajo las aguas heladas, muy dentro de ella asomó el antiguo instinto de supervivencia. Pataleó frenéticamente hasta la superficie, en el momento en que el dios de la providencia hacía que un trozo de madera pasara flotando junto a ella. Se aferró desesperadamente a él, jadeando, y miró a su alrededor. Había muchas cabezas que se bamboleaban en el agua. De pronto el campesino apareció a su lado y se apoderó del leño, apartándola de un puntapié.

»—No vales nada, —le gritó entre maldiciones, mientras desprendía del madero sus dedos desesperados—. Eres solo una hembra. Tu vida no vale nada.

»Ella oyó el rugir de una gran ola que se aproximaba. Luego se vio envuelta en agua oscura y glacial; sus pulmones estaban llenos, iban a reventar, se ahogaba, se estaba muriendo. Sintió un gran dolor en todo el cuerpo. La ola la había arrojado a la costa y se retiraba, dejándola en un fragmento de playa de guijarros. Al oír un grito

miró hacia atrás. El campesino venía marchando desde el agua. La fosforescencia le permitió ver su cara, lívida de ira... y detrás de él el mar que se alejaba como si una fuerza gigantesca lo alejara de la costa.

»Mayling se levantó trabajosamente y echó a correr, trepando por la faz cortada a pico del acantilado, buscando asidero en la roca y en pequeñas cornisas. Los pies se le resbalaban en las piedras sueltas y le sangraban las manos. Oyó que el campesino venía tras ella y miró hacia abajo. El hombre cruzaba a la carrera el guijarral. Mayling sollozó de miedo, sabiendo que él no tardaría en alcanzarla. Y entonces la mataría. Habría preferido ahogarse con los otros en vez de morir brutalmente en sus manos. El mar rugió ominosamente. El campesino se volvió a mirar, intrigado. El océano se había retirado muy lejos, dejando una banda pedregosa de cincuenta metros de amplitud, pero ahora se estaba acumulando en una ola altísima, que rugía hacia la costa, cada vez más alta y más veloz. El agua se arrojó contra las rocas, devorando al campesino.

»Mayling se aferró de su cornisa, alerta al agua que se retiraba. No había nadie allí. El campesino había desaparecido con los otros. Ella era la única sobreviviente.

»Demasiado asustada para moverse, esperó a que el océano volviera para reclamarla, pero de pronto se había hecho la calma. El agua estaba serena y vidriosa como un lago estival bajo la luna.

»Continuó trepando. Descansó por el resto de la noche y por la mañana inició la caminata. Se alimentaba con frutas, zarzamoras y lo que podía robar o matar con sus propias manos. Las noches eran frías; cuando llegó a la pequeña capilla de madera, se acurrucó en el banco para dormir. El pastor que la encontró era un hombre rubicundo, de ojos ladinos, que se pasaba la vida hablando de “El Señor”. Ella no comprendía una palabra, pero cuando él le puso una mano en el hombro comprendió que era un hombre como todos. La llevó a su cabaña. Vivía en una comunidad de hombres y mujeres lúgubres, de ojos duros, a los que dijo, piadosamente, que para salvar a esa pagana la llevaría a su casa, “la casa del Señor”. Esa noche la obligó a arrodillarse a su lado, mientras bebía su *whisky* y entonaba largas plegarias angustiosas. Luego le hizo lo mismo que los otros.

»La vistió de varón, con ropas de demonio extranjero, y la mantuvo encerrada bajo llave. Desesperada, Mayling se descolgó desde una ventana y logró escapar. Mucho más tarde, para su sorpresa, dio con un grupo de chinos que trabajaban en los sembrados y se escondió entre los árboles para observarlos. Eran chinos, pero también eran hombres; tuvo miedo. El coolie le había dicho que, en la Montaña de Oro, los hombres le pagarían un buen precio por ella; sin duda tenía razón. Pero tenía el vientre revuelto por el hambre y se caía de agotamiento; comprendió que no podía continuar. Pensó buscar un lugar tranquilo en el bosque y, acurrucada bajo un árbol, aguardar la muerte. Pero así no volvería a ver a su hermanito, que tanto echaba de menos. Solo una cosa podía hacer.

»Lo pensó con cuidado. Estaba vestida de varón, aunque fueran ropas de demonio

extranjero. Su cuerpo estaba poco desarrollado y podía pasar por niño. El coolie le había afeitado la parte frontal de la cabeza y, con su larga coleta, su aspecto era de varón.

»Mayling aspiró hondo. Para sobrevivir en este mundo debía vivir como hombre. Debía convertirse en Lai Tsin.

»Bienamada nieta mía: durante dos años Mayling trabajó junto a los hombres de Toishan. Cada día era una prueba de fuego, pues en cualquier momento la descubrirían. Cuidaba de mantener siempre el cuerpo pudorosamente vestido, pero ya era mujer y todos los meses pasaba por las dificultades del ocultamiento. Aunque el trabajo era brutal, no se quejaba. Observaba a los hombres con atención. Aprendió a hablar como ellos, a pensar como ellos. Vivió como hombre hasta olvidar por completo cómo era ser niña; solo recordaba cómo era sufrir el abuso de las manos masculinas.

»Cuando el trabajo terminó, vagó con los otros por los fértiles valles de California: Santa Clara, San Joaquín, Ojai y Salinas; cosechaba cerezas y almendras, limones, naranjas y lechugas. Al aproximarse el invierno se encaminó hacia la gran ciudad. Aceptaba cualquier trabajo que se le ofreciera, pero en general pagaba su alojamiento y su comida gracias a las apuestas.

»San Francisco era grande y atemorizante, pero al ver el barrio chino se le alegró el corazón. Las calles tenían un aspecto familiar, así como los templos, con sus dragones dorados y su olor a incienso, las voces, las caras y las tiendas, con sus letreros que deseaban prosperidad y larga vida. Le eran familiares el olor de las especias y los niños de coleta y ropas vistosas, los adivinadores de la suerte y las casas de té.

»Miraba con envidia a las muchachas, tan femeninas con sus cheongsams, sus chaquetas acolchadas y flores en el pelo; luego observaba sus propias manos, encallecidas por el trabajo; comparaba sus pesadas botas y sus pasos largos con esos piececitos delicados y ese trotecito femenino. Escuchaba el parloteo agudo de sus voces y sus propias palabras monosilábicas, copiadas de los hombres. Entonces les envidiaba esos vestidos y esas peinetas, los zapatos y la cháchara femeninas. Anhelaba volver a ser una muchacha como ellas.

»Siguiendo un impulso, entró en una tienda china y malgastó su precioso dinero en un atuendo de colorida seda, con zapatos y peinetas, fingiendo que eran un regalo para su hermana. Luego llevó todo a su diminuto cubículo, plagado de cucarachas. Se arrancó esa ropa de demonio extranjero y contempló su desnudez. Ya tenía casi dieciséis años; su cuerpo era juvenil: pechos pequeños y altos, cintura estrecha y esbeltas caderas de adolescente. Llenó el cántaro de agua fría y se lavó con esmero. Luego se puso el conjunto de seda, calzó los zapatos de suela curva y destrenzó su cabellera, para formar un pulcro moño en la nuca, que sujeto con las peinetas.

»Al mirarse en el reflejo del vidrio sucio se encontró con un milagro. Ya no era el campesino Lai Tsin, sino Mayling, una muchacha de dieciséis años. Intentó caminar

con esos precarios zapatos, haciendo muecas de dolor, porque se había acostumbrado a las grandes botas. Luego reunió valor y salió a la calle; apenas se atrevía a levantar la vista, pensando que todos estarían riéndose de ella. Caminó lentamente hasta un pequeño puesto de la vecindad, donde un fotógrafo tomaba fotos para que los chinos enviaran a sus parientes. Él apenas la miró; se limitó a darle un abanico de papel y a indicarle que se estuviera quieta. Hubo un destello cegador y todo acabó.

»Mayling volvió a su cuarto. Se quitó la ropa y la guardó cuidadosamente plegada. Estaba tan habituada a ser Lai Tsin que ya no sabía comportarse como mujer y tenía miedo.

»Otra vez vestida de hombre, consiguió trabajo en un garito, donde servía bebidas, limpiaba las mesas y lavaba el suelo. Todos los trabajos serviles caían sobre ella. Y al terminar cada semana, cuando cobraba los pocos dólares de su salario, pasaba la noche apostando. A veces ganaba y a veces no, porque esos jugadores eran más inteligentes que los campesinos de los que había aprendido. Y todos los domingos, sin falta, asistía a las clases de inglés de la Escuela Dominical Bautista. Tenía un techo sobre su cabeza y comida en el estómago. No pedía más.

»Wu Feng, el chino que dirigía el garito, pagaba alquileres a un propietario *gwailo*, que se presentaba todas las semanas para cobrar su dinero. Era un hombre joven, alto y de ojos muy claros, denso pelo rizado y barba. Mayling no podía menos que contemplarlo cuando le servía el vino de arroz. Por entonces dominaba el inglés lo suficiente como para entender si él le pedía vino o le preguntaba su edad y de dónde venía. Su voz era suave y sus ojos solían demorarse en ella. Pero Mayling no tenía miedo, pues para ese *gwailo* era Lai Tsin, un hombre como él.

»Una semana, en vez de presentarse a cobrar el alquiler, mandó mensaje pidiendo a Wu Feng que le enviara el dinero.

»—Puede traerlo Lai Tsin, —decía, dando su dirección.

»Mayling tenía mucho miedo de abandonar el barrio chino; caminaba apresuradamente por la calle Market, con la cabeza baja, temiendo mirar de frente a los demonios extranjeros. La casa del propietario era imponente. Cinco escalones blancos llevaban a su reluciente puerta, esmaltada de negro; mientras tocaba la campanilla, ella rogó que sus botas no ensuciaran el prístino mármol. Abrió un criado chino, de chaquetilla y guantes blancos, que sonrió taimadamente a Lai Tsin.

—El amo te espera arriba —dijo, dándole un pequeño empujón hacia la escalera alfombrada de rojo.

»Mayling se dirigió hacia la escalera, vacilante; allí se volvió a buscar al criado, pero él había desaparecido. Con un suspiro nervioso, subió hasta el primer piso y llamó al propietario por su nombre. Era un apellido famoso en San Francisco; obviamente, el hombre era más rico de lo que ella podía imaginar. Mientras esperaba, sin saber qué hacer, observó los tesoros del *gwailo*: las alfombras de seda, el enorme cuadro oscuro, las urnas de plata y los floreros de cristal.

»Oyó que él ordenaba: “Ven aquí”, y caminó por el pasillo hacia su voz. Lo

encontró sentado detrás de un gran escritorio. Ella le hizo una reverencia y el hombre se levantó para cerrar la puerta con llave. Mayling parpadeó, sorprendida, pero luego recordó que se trataba de una operación de dinero; obviamente, él no quería que sus sirvientes se enteraran.

Sacó el paquete de su bolsillo secreto y lo puso en el escritorio.

»—El alquiler de Wu Feng, honorable señor —dijo, con su voz suave y tosca.

»Él se encaramó en el borde del escritorio, cruzado de brazos, y la miró por largo rato. Luego se echó a reír.

»—Gracias, Lai Tsin —dijo, aún sonriente—. ¿No te gustaría quedarte con ese dinero? ¿Que fuera tuyo, para guardarlo en tu bolsillo secreto?

»Ella ahogó una exclamación, con los ojos redondos e intrigados.

»—¿Qué puede hacer Lai Tsin para ganar semejante suma?

»—¿De veras no lo sabes?

»La voz del hombre sonaba grave, con una ansiedad gutural. Su mano se disparó para sujetarla por el hombro. Mayling ahogó un grito, porque conocía esa entonación de los hombres y sabía que esas manos de acero temblaban de pasión. Pero ese hombre la creía varón.

»—No, señor, no. Usted no comprende —exclamó.

»El hombre reía, mientras ella se debatía entre sus manos.

»—¿Qué es lo que no comprendo, muchachito? —preguntó, divertido—. ¿No comprendo las miradas que me echas todos los viernes, cuando voy al garito de Wu Feng? ¿No comprendo el lenguaje de tu cuerpo, tus miradas lánguidas, el movimiento de tus manos y de tus nalgas? Claro que sí. Tú y yo nos entendemos perfectamente, pequeño Lai Tsin. Yo quiero lo que tú puedes darme y tú quieres lo que yo puedo darte. —Empujó hacia ella el dinero dejado en el escritorio—. Tómalo. Soy generoso con quienes me complacen.

»Mayling se retorció hasta liberarse y corrió hacia la puerta, mientras él reía. Estaba cerrada con llave, por supuesto. La muchacha giró lentamente para enfrentarse a él.

»—Usted no comprende —dijo otra vez, en su inglés entrecortado—. No soy Lai Tsin, sino Mayling. Soy mujer.

»Él sacudió la cabeza, riendo.

»—Eso está bien —se carcajeó, con la cara encendida por la diversión—. ¡Una muchacha vestida de oveja!

»Luego la atrajo hacia él bruscamente, metiéndole la mano entre las piernas. La miró, sorprendido, y soltó una carcajada, ordenándole que se desvistiera. Mayling temblaba de miedo y humillación. Sacudió la cabeza; prefería morir antes que hacer lo que él pedía. Pero su disfraz había inflamado las pasiones del hombre; era a un tiempo mujer y varón, y eso lo hacía temblar de deseo. La arrojó al suelo y le arrancó las ropas; se tendió sobre ella para poseerla, entre manoteos y maldiciones, temblando de pasión por los pocos minutos que tardó en satisfacer su impulso bestial.

Luego se levantó, abotonándose los pantalones, y fue a sentarse en el escritorio. Se alisó el pelo y enderezó su corbata.

»—Ahora puedes irte —dijo tranquilamente—. Y no quiero volver a verte en el garito de Wu Feng. ¿Entendido? No quiero verte la cara nunca más.

»Mayling se levantó, tambaleante, con el cuerpo profanado por su semen pegajoso; temblando de asco y furia, se cubrió de prisa y caminó hacia la puerta, que seguía cerrada. Él le arrojó la llave, diciendo:

»—No sé a qué estás jugando, pero te advierto que es peligroso. Hay otros hombres que no serían tan bondadosos contigo como yo. Por un engaño como este podrían matarte.

»Mayling cerró silenciosamente la puerta detrás de sí, descendió a paso lento la bella escalinata y atravesó el gran vestíbulo. Mientras salía vio, por el rabillo del ojo, al sirviente chino que sonreía con astucia. Corrió tras ella y la aferró por el hombro, susurrando:

»—El señor Harrison es un hombre generoso; dame la mitad de lo que te puso en el bolsillo secreto y no diré a nadie lo que has hecho.

»Ella lo miró, inexpresiva.

»—¿Qué señor Harrison?

»—Mi amo —explicó el criado, impaciente—. Harmon Harrison, el gran banquero. Es el hombre más poderoso de San Francisco.

»—No he cobrado nada —dijo ella, apartando al sirviente de su pasos para bajar a la calle, corriendo. Por aquel entonces, el apellido no tenía sentido para Mayling. Solo muchos años después sabría quién era.

»Sin saber cómo, logró volver al barrio chino y a su pequeño cubículo. Se quitó la ropa para restregarse el cuerpo con agua helada y jabón barato, hasta que le ardió la piel. Luego se puso la bata y los pantalones de mujer y se tendió en la esterilla, preguntándose qué haría. El corazón se le partía de nostalgia por su madre y su hermanito; ardía de odio contra todos los hombres. Pero cuando se acabaron las lágrimas comprendió que nada podía hacer. Debía continuar con su engaño. Solo que no volvería a dejarse tocar por ningún hombre. Si alguno lo intentaba, estaba dispuesta a matarlo.

»Al día siguiente consiguió otro empleo como coolie, cargando verduras y gallinas vivas al mercado, en dos cestos de paja que colgaba de los hombros con una pértiga de bambú. Por la noche trabajaba en otro garito, más pequeño y sucio, que administraban los tongs; atrás había divanes para el opio; ante las mesas, hombres con hachas en el cinturón. A ella no le importaba; apenas reparaba en ellos. Solo quería sus dólares.

»Pocos meses después descubrió que estaba embarazada. Lo ignoraba todo sobre esos temas; cuando cayó en la cuenta de que tenía en el vientre al hijo del odiado Harmon Harrison, ya era demasiado tarde para hacer nada, aun cuando se hubiera atrevido. Trabajó hasta que se le hizo imposible disimular su estado. Entonces buscó

otro alojamiento y volvió a ser Mayling, con su bata de seda y su larga cabellera recogida. La ayudó en el parto una vieja china, experimentada en nacimientos, aunque Mayling tuvo que pagarle demasiado, pues la mujer la despreciaba por no tener esposo. No sabía qué esperar y temió que el dolor del trance le destruyera la mente, pero al fin nació la criatura. Un varón pequeño y lloroso, de rostro pálido.

»Cuando la anciana hubo terminado con sus tareas y la dejó sola, Mayling contempló a su bebé, que descansaba en su esterilla, envuelto en un chal. Era diminuto, de pelo y ojos oscuros; no se parecía en absoluto al diablo extranjero. Parecía tan chino como ella. Lo vio indefenso, tan asustado como ella por ese mundo nuevo, y lo compadeció con todo su corazón. Por fin lo alzó para darle el pecho.

»Cuando el niño tenía dos meses, Mayling comprendió que debía volver a trabajar. Después de mucho pensarlo, solo halló una solución. En China existía una vieja costumbre: las familias que tenían demasiadas bocas que alimentar cedían uno o dos hijos a parejas menos afortunadas, carentes de hijos. Mayling buscó una familia para su niño. Era un matrimonio de edad madura, que ya había abandonado la esperanza de tener un bebé propio; los ojos se le iluminaron de felicidad cuando ella les entregó al niño. Después de prometer que todos los meses les enviaría dinero para su manutención se alejó rápidamente, con los ojos ardiendo de lágrimas sin derramar.

»Mayling se convirtió nuevamente en Lai Tsin. Volvió a trabajar en los sembrados y al juego de apuestas. Llevaba una vida solitaria, pues no se atrevía a confiar en nadie. Se mantenía sola y, todos los meses, enviaba dinero para su hijo, aunque en aquellos años largos y lentos nunca trató de verlo.

»Pasó el tiempo. Un día recibió un mensaje de la pareja, diciendo que su hijo tenía ya dieciocho años y se había comprometido. De inmediato Mayling envió todo el dinero que tenía para colaborar con los gastos de la boda, pero no fue invitada. Al año siguiente le informaron que el muchacho era padre de un varón y ella se regocijó por la felicidad de la familia. Cayó en la cuenta de que era abuela, aunque no creía tener más de treinta y cuatro años. Volvió a su trabajo, entre los sembrados y las apuestas, silueta solitaria en ese panorama chino.

»El día del gran terremoto Mayling volvía a su pequeño cubículo de la calle Kearny, después de haber apostado hasta el amanecer. Cuando la calle se elevó súbitamente bajo sus pies, arrojándola al suelo, su primera idea fue que los dioses estaban enfurecidos con ella por todos sus pecados y, por fin, venían a buscar venganza. Se arrastró hasta un portal, mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor. Cuando la tierra dejó de sacudirse y las construcciones de temblar, abrió los ojos a la devastación. De inmediato pensó en su hijo y su nieto; su corazón tembló como los edificios al imaginar lo que podía haberles ocurrido.

»Se levantó de un salto para correr por las calles destrozadas, hacia la casa donde ellos vivían. Ya no existía. Los vecinos retiraban frenéticamente vigas y trozos de manpostería, excavando a mano limpia entre los escombros; un niño semidesnudo, sentado en la acera, los observaba con solemnidad. Mayling corrió hacia él y lo tomó

de la mano. Él la asió con fuerza; sus ojos negros la miraron con toda confianza. Alguien gritó que los habían hallado, al matrimonio viejo y al joven, aún en las camas. La chimenea había caído sobre ellos, matándolos instantáneamente. La camita del niño, que estaba en otra habitación, permanecía intacta.

»Mayling caminó entre los escombros para observar el rostro de su hijo muerto. Lo veía por primera vez desde el momento en que lo había cedido, a los dos meses de edad, y su corazón lloró por él, que era joven y hermoso, con muchos motivos para vivir. Cuando dijo a los vecinos que se encargaría del niño, ellos le buscaron apresuradamente un poco de ropa. Con una larga mirada postrera, volvió a separarse de su hijo por última vez.

»Ya veis, bienamados míos, —había escrito Lai Tsin—, que la historia de Mayling es la de Lai Tsin, y viceversa. Cuando Lai Tsin encontró a Francie Harrison en Nob Hill, le dijo que el niño era un huérfano que él había rescatado del terremoto. Era solo parte de la verdad. Ese niño era también su verdadero nieto, Philip Chen. Y el nieto de Harmon Harrison. Mi pena ha sido siempre no poder admitir que era de mi propia sangre, pero ya era demasiado tarde. Había pasado mucho tiempo y yo tenía una nueva identidad. Pero en mi corazón Philip Chen fue siempre el amado hijo que nunca conocí.

»Te cuento ahora la verdad, Lysandra, porque como mujer eres vulnerable, no solo ante otros, sino también ante ti misma. Las circunstancias me obligaron a renegar de mi condición de mujer a fin de sobrevivir. Pero todo mi éxito, mi fortuna y mi poder como taipán nunca fueron suficientes para compensarme por esa pérdida.

»Leerás esto solo cuando sea necesario. Lo que ahora te aconsejo, querida nieta, es recordar ante todo tu condición de mujer. No reniegues de la felicidad en tu búsqueda de ti misma. Se fuerte y arriesgada. Busca tu propia vida adonde quiera llevarte. Ser mujer es tu fortuna. Úsala con sabiduría, compasión y amor.

Cuando Lysandra volvió a guardar la carta del mandarín en su sobre, por su cara llovían amargas lágrimas. Su corazón ardía de piedad por Mayling, su terrible secreto, sus sufrimientos; deseaba con todo su corazón poder volver el reloj atrás y dar un nuevo comienzo a la pobre y aterrorizada niña china que, por la fuerza de las circunstancias, se había convertido en «el Mandarín».

Pensó por largo rato en la triste vida de Mayling y en los sacrificios que había hecho para sobrevivir. Su mensaje era tan claro como lo había sido para Francie, tantos años antes: «Sé fuerte, sé independiente».

Lysandra tomó el sobre y volvió a Po Shan Road. Ya en su dormitorio, se miró en el espejo. Vio en él a una mujer de treinta y dos años, aún hermosa y deseable, pero con arrugas de tensión alrededor de los ojos y la boca. Vio los años que se estiraban adelante, vacíos, con más éxitos y más dinero, mientras su reloj biológico marcaba desesperadamente el paso del tiempo. Matt tenía razón: Lai Tsin Corporation podía

continuar sin ella. Pero ella no podía continuar sin Matt. Ya no.

Elevó una plegaria de agradecimiento al sabio mandarín, por haberle señalado el camino a la felicidad. Luego sacó un bolso del ropero y lo llenó con las pocas cosas necesarias para vivir en una choza de playa; luego agregó un frasco grande de su perfume de gardenia. Por fin llevó la carta al hogar y le acercó un fósforo ante sus ojos; el secreto de Mayling desapareció en un rápido aleteo de llamas y humo azul. Se sentía más cerca del mandarín que nunca antes.

Llamó a Philip Chen para explicarle lo que había decidido y solicitar su ayuda.

—Sabes que puedes contar conmigo —dijo él, serenamente. Matt le gustaba; por eso no puso en tela de juicio la decisión de Lysandra, y ella se lo agradeció.

Pensando en lo que Lai Tsin le había revelado, dijo:

—Philip...

—¿Sí?

Vaciló, con el teléfono pegado al oído.

—Oh, nada. Pero... ¿sabes lo mucho que Lai Tsin te amaba?

—Me amaba como a un hijo propio, lo sé.

La voz de Chen era serena, sin sugerencias ocultas. Ella se apresuró a decir:

—Bueno, quería decirte que yo también te amo, Philip. Y quiero darte las gracias... por todo.

—Buena suerte, pequeña —dijo él, sosegado—. Te acompañaremos con el pensamiento. Haré lo que pueda para dirigir la empresa hasta que designes un sucesor.

Ella pasó un rato con la vista perdida en el espacio, pensando en Philip, en Lai Tsin y en Harmon Harrison; luego volvió forzosamente a la realidad, pues debía hacer unas cuantas llamadas a los hombres importantes que ayudaban a dirigir la empresa. Y por fin llamó a Robert.

Al enterarse de la noticia, él se echó a reír.

—Habrías debido acompañarlo cuando él te invitó. Te lo dije.

—¿Crees que será demasiado tarde, Robert? ¿No habrá dejado de amarme?

—Ni por casualidad. El hombre que se enamora de ti cumple una sentencia por vida.

—Ojalá tengas razón.

Se hizo el silencio. Luego él dijo, abruptamente:

—Tengo que darme prisa. Hace quince minutos que debería estar en el hospital. Buena suerte, Lysandra.

—Te llamaré —prometió ella, algo melancólica.

Cuando dejó el auricular, lo hizo con la sensación de estar cortando toda una parte de su vida. Echó un vistazo al reloj mientras daba a la operadora el número del rancho; en California eran las tres de la tarde. Atendió Buck, su voz alegre y animosa le hizo un nudo súbitamente en la garganta.

—¿Cómo estás, hija? —quiso saber—. ¿Todo bien?

—Oh, Buck, estoy enamorada —sollozó ella.

—¿Y vas a llorar por eso?

Ella se sorbió la nariz.

—No, no. Es que soy feliz.

—¿Se trata de Matt, supongo?

—Sí.

—Bueno, tesoro, es un tipo estupendo, inigualable. Con un hombre como Matt no llevarás una vida rutinaria y vulgar.

—¿O sea, que me das tu aprobación?

Él se echó a reír.

—Si es necesario... Pero promete que esta vez nos invitarás a la boda.

Lysandra sintió que se ruborizaba.

—La vez pasada lo rechacé. Tal vez tenga que ser yo la que se lo pida.

La carcajada de Buck volvió a resonar por la línea.

—Siempre fuiste de las que saben conseguir lo que se proponen. Buena suerte, hija. Y recuerda: cuídate.

Francie se apoderó del teléfono. Lysandra captó sus calladas vibraciones de ansiedad pese a los miles de kilómetros de cable y océano.

—Supongo que siempre he buscado una relación como la tuya con Buck, mamá —dijo—, y esta vez creo haberla hallado. Pero me costó descubrir que el amor exige mucho de uno mismo. Hay que anteponerlo a todo.

Mientras la escuchaba, Francie contempló abstraída el panorama por las puertas que daban al patio. Veía un par de caballos corriendo en el corral y las laderas, con sus surcos de viñas intercaladas de rosales. La turbulencia de sus primeras décadas de vida parecía estar muy lejos de la tranquila felicidad actual. Se pasó una mano por el pelo, preocupada y tratando de no pensar en el desastre de Pierre. Matt era diferente, sin duda; pese a su itinerante estilo de vida, en él había algo sólido. Había tenido la fortaleza de abandonar a Lysandra, cuando ella decidió ser quien marcara el ritmo, y eso era respetable, porque sabía cuánto la amaba. Bueno, ojalá fuera el hombre adecuado para su hija.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Oh, mamá. —La voz de Lysandra expresaba diversión—. ¿Justamente tú me preguntas eso? ¿Cómo lo supisteis tú y Buck? Pierre me aduló hasta hacerme creer que estaba enamorada. Pero Matt es la realidad... para bien o para mal. Además, abrí la carta del mandarín. —Hizo una pausa—. ¿Sabes lo que decía, mamá?

Francie suspiró.

—Sí, lo sé. Él me llevó a su antigua aldea y me mostró el Templo de Lilin. Pero di mi palabra de respetar su secreto, todos sus secretos, Lysandra. No podía decírselo a nadie, ni siquiera a ti.

—Oh, mamá, qué valiente fue. Sacrificó muchas cosas y nos dejó en herencia algo más que su éxito y su fortuna. Nos desnudó el alma para poder ayudarnos. Y

ahora sigo su consejo. Tengo que darme prisa, mamá, si no quiero perder el avión. Deséame suerte, ¿quieres?

—Claro que te deseo suerte, querida. Y felicidad.

Francie, sonriente, salió al porche donde Buck la esperaba y se sentó junto a él, tomándole la mano.

—Dice que solo quiere una relación como la nuestra —le dijo—. ¿Te parece que está haciendo lo correcto?

Él la miró con ojos llenos de amor, viendo a la misma mujer hermosa que había conocido tantos años antes.

—Sin duda —dijo, sonriendo.

A primera hora de la mañana siguiente, Lysandra Lai Tsin viajaba en avión hacia Australia. Y hacia Matt.

Epílogo

Muchos años después, cuando la acosada China reabrió sus puertas al mundo, Lysandra y Matt, su esposo, se embarcaron en un maltrecho junco de velas negras para remontar el ancho y amarillo Yangtze desde Shanghai, pasando ante Nanking y Wuhu, por sus altas gargantas y sus juncales, rehaciendo el fatídico viaje de su bienamado mandarín. En el trayecto ella contó a Matt la historia de Mayling y su hermano Lai Tsin, del hermanito Chen y la bella *mui-tsai* Lilin, su madre. Pero no divulgó el secreto del mandarín, ni siquiera al hombre que amaba, el padre de sus tres hijos, que le habían dado una felicidad nunca soñada.

Acodados en la barandilla, vieron que el junco se acercaba a la ribera, donde un viejo muelle de madera se hundía como ebrio en el río; los coolies, con sus chaquetas azules de cuellos a lo Mao, se apresuraron a amarrar los grandes cabos. La tierra plana se acurrucaba como una bestia castigada bajo el cielo encapotado; el camino que conducía a la vieja aldea del mandarín era ahora poco más que una huella.

Aferrada a la mano de Matt, Lysandra se aventuró por el estrecho sendero de arcilla, buscando con la vista los lugares que ya creía conocer. Pero el acerado estanque estaba seco y ahogado por los juncos; ya no albergaba a mil hermosos patos condenados; los arrozales habían vuelto a ser pantanos y el bosquecillo *fung shui*, donde habían dejado al pequeño Chen a merced de las aves y los perros, estaba reducido a unos pocos árboles estériles y deshojados. La muralla que antes cercaba la aldea se había desmoronado mucho tiempo antes; ya no había perros hambrientos que vagaran en busca de comida; de las casas solo quedaban unos cuantos montones de piedras amarillentas.

Lysandra se estremeció al contemplar tanta desolación; como nada allí le recordaba al mandarín, se alejó con tristeza, lamentando haber ido.

Siguieron el sendero cubierto de pastos, que cruzaba los arrozales, y de pronto vieron en la colina, como una llama contra el paisaje dorado y gris, el templo ancestral de Lilin, lacado de bermellón. Treparon sin aliento por el rocoso camino hasta encontrarse ante él; aunque la pintura estaba descolorida y el sobredorado había desaparecido tiempo atrás, el templo mantenía su belleza.

Adentro, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, encontraron a un anciano santón. Era tan viejo que sus frágiles huesos apenas sostenían la magra cobertura de carne. Su rostro parecía una calavera; le quedaban las hebras de una barbilla gris y sus ojos parecían aún más viejos que el resto, empapados de sabiduría y vivaces de bondad. Lysandra se inclinó ante él como por instinto.

Estaba sentado en su esterilla de hierbas y envuelto en su gastada túnica de color azafrán. Ella se sentó a su lado y le dijo, en chino:

—Honorable Anciano, disculpa si perturbo tu paz con mi humilde presencia, pero

he venido a presentar mis respetos a mis honorables antepasados.

Los ojos del viejo estudiaron sus facciones, pero no puso en tela de juicio lo que ella decía.

—Sus espíritus se alegrarán de que hayas venido —replicó, con una voz delgada como un junco.

—Dime, hombre santo: este lugar ha perdido toda la vida. ¿Por qué estás aquí?

—Honorable Hija —respondió él, con suavidad— encontré este pequeño templo en uno de mis viajes, hace muchos años; cada vez que paso por aquí me siento atraído hacia su paz y su belleza. En cada oportunidad me detengo a pasar aquí algunas horas o algunos días; no sé precisarlo, pues soy tan viejo que ya no recuerdo el paso del tiempo.

—Entonces recordarás este sitio, Honorable Anciano —dijo Lysandra, ansiosa—. ¿Te acuerdas de la aldea? ¿Sabes qué pasó con ella?

Él asintió.

—Cuando vine por primera vez, la aldea ya era pobre y su señor, severo y codicioso. Las sequías se sucedían, año tras año, marchitando los arrozales y secando el estanque. Los jóvenes, para eludir la crueldad del codicioso señor, corrían a las grandes ciudades en busca de una vida mejor. Grandes cambios acaecieron en China y la aldea fue abandonada. Las casas se derrumbaron, volviendo a ser polvo; los vientos vinieron a llevarse ese polvo. Un día el gran Ta Chiang se elevó hasta cubrir la tierra y permaneció allí hasta el verano; entonces volvió a su lecho y se inició nuevamente la sequía. Cada invierno el Ta Chiang se acerca más y se queda por más tiempo. Muy pronto solo quedará esta colina, con el templo ancestral de la mujer Lilin y sus hijos.

Lysandra le dio las gracias por su relato. Luego encendió las varillas de fragante incienso que llevaba consigo y se arrodilló a rezar, haciendo muchas reverencias a los espíritus de sus seres amados.

Al despedirse del santón puso una ofrenda en su cuenco. El viento, suave y fresco, le acarició el pelo claro y tocó su mejilla con suavidad, mientras ella se volvía para echar una última mirada al templo construido por Mayling para su familia, que relucía como un bello faro escarlata en su colina.

—Ella lo sabe —dijo a Matt, con una sonrisa de contento—. Ella sabe que vine a darle las gracias.

El viento hinchó las velas del pobre junco negro, que se apartaba de la ribera para iniciar el regreso, suspirando en el paisaje plano y desolado. Se llevaba la tierra y el polvo capa tras capa; muy pronto nada quedaría, salvo el templo bermellón de la colina.



Elizabeth Adler. Es el seudónimo de Ariana Scott nació en Yorkshire (Inglaterra). Se define como una niña rubia, flacucha, con unas redondas gafas, y tremendamente tímida. Conoció a su marido Richard cuando vivía en Londres y él se trasladó a vivir al apartamento de al lado del que compartía ella con unas amigas. Richard era abogado y trabajaba para una empresa de Televisión. Se enamoraron y tres meses más tarde su empresa lo envió a Brasil. Se escribieron y semanas después Richard le envió un billete de avión para que se reunieran en Río. Y han estado juntos desde entonces, más de treinta y tres años. Tienen una hija.

Han vivido en Brasil, USA, Inglaterra, Francia e Irlanda. Gran aficionada a la cocina, especialmente la italiana. Su otra gran afición, además de escribir, es viajar.

Escribió su primer relato en la escuela primaria, con ocho años, una serie de misterio sobre una colegiala. No volvió a escribir hasta que su hija fue a la escuela. Entonces se sentó y escribió la que sería su primera novela, *Leonie*. Ambienta sus novelas en lugares que ha conocido en sus viajes y sus personajes, aunque son ficticios, están basados su caracteres en personas reales.